2024

Siete Copas

Santiago Alejandro

Siete Copas

Santiago Alejandro

2024

Título: Siete copas
© 2024: Santiago Alejandro
©De los textos: Santiago Alejandro
Ilustración de portada: Santiago Alejandro
Edición emitida por: Santiago Alejandro
©Todos los derechos reservados

Dedicatoria:

Para mi hijo Alejandro Salas

Índice

Prologo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37 parte 1

Capítulo 37 parte 2
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55 parte 1
Capítulo 55 parte 2
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Mini extra
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63 parte 1
Capítulo 63 parte 2
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo final

Prologo

Su nombre es Elizabeth Shaine (Beth) es adicta al café, al vodka, al vino tinto y a un buen polvo. Es una publicista, pero ama la velocidad y aunque a veces puede ser una cabezota, es transparente como el agua. Está dolida por el engaño de su novio Ben, pero ella no es de las que se echan a llorar. Ella es de las que se cambian y salen a la calle. Ella es de las que no perdonan ni olvidan con facilidad. Ella es Beth y su actitud, un poco impulsiva, la lleva a tomar decisiones que cambiarán su vida radicalmente, y todo por hacer pagar a su ex.

Él es Clark Holland, un importante empresario de carácter fuerte. Toda su vida ha trabajado para hacer crecer el imperio familiar Holland, pero cuando esto es amenazado por su propia abuela, una mujer de sangre fría, tendrá que tomar decisiones radicales. Clark es un hombre justo, pero de sentimientos crudos. Siempre ha tenido todo su entorno en orden, sin embargo, conoce a Beth, que es como un tsunami de energía y que llega a su vida para sacudirla hasta que todo se rompa o termine de encajar. Pero Clark no es de lo que hacen las cosas por hacerlas, detrás de cada decisión siempre hay mucho más de lo que se ve.

Dicen que los polos opuestos se atraen, pero ¿qué pasa cuando ambos polos son negativos? Beth y Clark, dos personas con carácter fuerte y personalidades arrolladoras. Presentados por una noche de copas, unidos por un contrato inusual y marcados por el destino que, casi como una broma, ha decidido jugar a tirar de sus corazones.

Capítulo 1

Beth

—Y los declaro marido y mujer —dice el hombre de aspecto serio y con cara de ser desdichado, pero supongo que no tanto como yo, que estoy aquí, al lado del detestable Clark Holland, con ganas de empuñar la pluma con la que acabo de firmar el documento que arruinará mi vida y clavárselo en el pecho.

Intento esbozar una sonrisa para disimular las ganas de matar a ese imbécil delante de los invitados, pero no creo que me salga más que una mueca al igual que a él, que hoy me odia tanto como yo lo odio.

—¡Puede besar a la novia! —agrega el hombre y me veo tentada a morderle el labio a mi ahora esposo cuando se inclina y me da un pequeño beso. Se salva porque al menos es breve.

Casi estoy a punto de limpiarme cuando los pocos invitados se acercan para felicitarnos. Intento con todas mis fuerzas no machacar a la gente por no haber detenido esta estupidez, pero aunque me siento furiosa, me veo obligada a sonreír como una idiota para no terminar de arruinar el jodido contrato. «¿Quién carajos me manda a firmar sin terminar de leer?» Sigo sintiendo los apretujones mientras ruego a Dios que el año termine pronto, al menos habré resuelto mis problemas económicos y me desharé del maldito que ahora tengo como esposo.

—Muchas felicidades, Beth, te has conseguido un muy buen partido —me susurra al oído Addy, mi hermana. Desde que lo conoció no ha dejado de recalcar lo guapo que es y aunque intento no hacerlo, termino poniendo mala cara.

Mi nombre es Elizabeth Shaine y te preguntarás cómo carajos llegué al altar odiando al hombre con el que me acabo de casar, pues te lo contaré...

Todo empezó hace tan solo un mes, sí, un mes. Se suponía que era el mejor día en muchísimo tiempo. Se suponía que sería nombrada como directora Creativa de la agencia de publicidad en la que trabajaba, pero vamos, que soy yo, nada me sale como espero.

El sol brillaba en lo más alto cuando salí por el portal del edificio de tres pisos de la agencia publicitaria Collins. La rabia me invadía los huesos luego de que cinco minutos atrás le hubiese tirado el café caliente entre las piernas a mi jefe.

—¡Maldito imbécil! —mascullé sacando del bolso las llaves de mi viejo coche.

No me podía creer que ese capullo no me había elegido para el puesto después de llevar un año haciéndome las pelotas. Cinco años perdidos por ese hijo de puta. Cinco años viendo cómo me miraba el trasero y tratando de no vomitar cuando se hacía el chistosillo. Cinco años trabajando duro para conseguir ese puesto y cuando lo creía en mis manos, termina por dárselo a Dania Ojeda, una tonta sin tres dedos de frente que solo llevaba doce meses allí, pero claro, como ella sí le abrió las piernas.

Llevaba dos años siendo la mejor publicista, haciendo las mejores campañas y llevando reconocimiento a la agencia, para que el maldito de Drakie Collins se preciara de tener a los mejores. Durante el último año me hizo creer que el puesto sería mío cuando su padre le dejara el suyo de director general. Y cuando al fin lo hizo, ese grandísimo... En fin, se merecía que le quemara las pelotas y que le gritara lo patético que era al pensar con su polla y no con lo poco que tenía de cerebro, porque esa cabeza hueca lo iba llevar a la ruina. Se merecía que lo mandara al diablo y que le dijera que bailaría sobre la tumba de la agencia cuando lo viera hundirse sin mí.

Sí, puede que me haya pasado. Quizá debí pensarlo un poco más antes de renunciar, porque mientras encendía mi auto recordé que ya no tenía trabajo, que seguía pagando el tratamiento y

las deudas de juego de mi padre, además de los estudios de mi hermana. Maldije por lo alto y pisé el acelerador hasta el fondo. Escuché a un anciano gritarme cuando me le adelanté. Tenía que calmarme y correr era lo único que podía hacerlo. Cómo deseé tener un buen coche y no mi pobre cacharro.

En pocos minutos llegué a casa de Ben, mi novio. Necesitaba verlo, necesitaba relajarme y tal vez un polvo me pondría de mejor humor. Sonreí al pensar en lo feliz que estaría cuando le diera la sorpresa. Decía que nunca iba a verlo. Decía que no le quería lo suficiente para mudarme con él como tantas veces me lo propuso, pero no era eso. Simplemente me gustaba mi independencia. Me gustaba estar en el piso que tanto esfuerzo nos costó comprar a Ray, mi mejor amigo, y a mí.

»Mientras subía las escaleras, aún intentado calmarme, pensé en lo mucho que le echaba de menos. Que si no hubiese tenido tantos compromisos y a Ben, me hubiese ido con él cuando tres meses atrás me propuso irnos de mochileros por el mundo. Sí que estaba loco, pero cómo se hacía querer.

Cuando llegué a la puerta pensé en tocar, pero recordé que cuatro semanas atrás, cuando me pidió por tercera vez que viviéramos juntos, me dio un juego de llaves. Abrí mi bolso y busqué en él, y en ese instante me fijé en mis zapatos rojos que llevaban salpicadura seca del café que había tirado media hora antes. Un fogonazo me atravesó el pecho solo de volver a pensar en que ya no tenía empleo. Acomodé mi vestido azul oscuro que se me había levantado un poco y lo llevé hasta donde se suponía que iba, a las rodillas. Saqué un pequeño espejo para arreglarme el pelo revuelto gracias a la brisa que entró por la ventanilla del auto. Puse en orden mi cobrizo y ondulado cabello y me obligué a sonreír.

Un sonido casi imperceptible me confirmó que la puerta se abría dos segundos después de que introdujera la llave en la perilla. La imagen del amplio salón decorado con colores blanco azulado y gris, apareció frente a mí. Dejé mi bolso en el sofá. Lo llamé, pero no respondió. Debía estar durmiendo o en la ducha porque eran las dos de la tarde del jueves, el día que solía coger para descansar. Era agotador ser el administrador de uno de los clubes nocturnos más importantes de la ciudad.

Caminé por el corredor largo. Ese que conocía bien. Ese adornado con cuadros que no tenían el mínimo sentido para mí. Mientras avanzaba me decía que todo iba a estar bien, porque al menos lo tenía a él. Porque aunque nunca dejé que me ayudara económicamente, su apoyo era esencial. Cuando me vi en frente de la puerta de aquella habitación que habíamos compartido tantas veces por más de un año, mi corazón se encogió. Gemidos, sí, justo eso escuché. Unos malditos gemidos que se colaron por mis oídos hasta, de alguna forma, llegarme al estómago.

Extendí la mano con dudas. Ya sabía lo que vería dentro. Por un segundo pensé en dar la vuelta e irme, pero nunca fui cobarde. Siempre preferí enfrentarme a las cosas. Respiré hondo y giré el pomo con cuidado, y cuando la puerta se apartó, una daga en forma de imagen apareció delante de mí. Una chica rubia se aferraba con fuerza al respaldo de la cama, mientras Ben, a su espalda, la sostenía con firmeza por la cadera al tiempo en que la embestía una y otra y otra vez.

Sus cuerpos desnudos bailaban con fiereza delante de mis narices. Por un instante sentí que veía en primera fila una escena de una película porno, solo que no la disfrutaba, porque un instinto asesino me inundó. Sí, quería matarlos a los dos. Miré el candelabro antiguo y pesado que reposaba en una mesilla al lado de la puerta. Lo tomé en las manos y me les fui encima. Golpeé sus cabezas hasta ver que respiraban su último aliento, hasta que los hice añicos...

¡Espera! ¡Espera! En realidad eso no pasó, al menos no en la vida real, porque en mi cabeza los había asesinado cien veces antes de que notaran mi presencia.

—¡Beth! —La cara de Ben al decir mi nombre fue de terror.

La chica se apartó tan rápido como pudo y se cubrió con una sábana estrujada que de seguro llevaba sus perfumes envueltos.

Apreté los puños con tanta fuerza que mis uñas se me clavaron en la palma, pero no me importó. ¿Llorar? No, no iba a llorar. Me tragué todas las lágrimas que quisieron salir.

—¡Cariño...!

Quiso acercarse luego de haberse puesto ropa interior en tiempo récord, pero se detuvo en seco cuando lo miré con furia, decepción y odio. Sí, odio. Lo odié por cada «te quiero» que me dijo. Lo odié por cada vez que me suplicó que pasara más tiempo con él. Lo odié por llegar a mi vida para herirme. Lo odie, porque cuando acepté tener una relación con él, le pedí que no me hiciera daño y me lo estaba haciendo. Lo odié, pero también me odié a mí. Me odié por creer en él cuando nunca fui de confiar en nadie. Me odié por tener ganas de derrumbarme cuando él no lo merecía. Me odié por seguir allí parada sin prenderles fuego y hacerlos cenizas.

—Creo que la están pasando estupendo. —Sonreí con amargura—. Tranquilos, no los interrumpo más.

Me di media vuelta para irme, pero cuando menos lo esperaba lo tenía en frente poniendo sus asquerosas manos sobre mis hombros.

—¡Cariño, por favor, escúchame! ¡Esto es... un error! Yo...

—¿Cariño? —Escupí, y la rabia que había estado conteniendo se apoderó de todo mi ser—. Cariño tu abuela —grité cuando levanté mis rodillas con furor y la estampé en su entrepierna—. Maldito imbécil— volví a gritar cuando lo vi en el suelo revolviéndose de dolor y quise molerlo a golpes allí mismo.

Le pasé por encima para irme, sin embargo me detuve cuando la rubia salió de la habitación a socorrerlo. Quise patearla a ella también, pero ni siquiera valía la pena.

—¡Que te aproveche, bonita! Y suerte, porque no sé si lo escuchaste, pero al parecer eres solo un error.

Le sonreí cuando alcancé el sofá y cogí mi bolso. Ella tenía cara de pánico y el color de su piel había desaparecido por completo. Tragué hondo al mirar las llaves en el llavero del carrito rojo de metal que simbolizaba a mi coche, las mismas llaves con las que había abierto la puerta a una realidad que me comprimía el estómago, y antes de que otro pensamiento asesino me pasara por la cabeza, las lancé a una fotografía nuestra que colgada de la pared detrás del sofá más grande. Los finos cristales sonaron como gotas gruesas de lluvia sobre un tejado de láminas y yo, de alguna forma, me sentí mejor de haber destrozado ese recuerdo congelado en el tiempo.

Caminé sin dudar hacia la puerta y avancé escalera abajo aún con las manos empuñadas. Cuando llegué a mi coche me obligué a controlar mi respiración. «No voy a llorar» me repetí hasta al cansancio y lo conseguí. No lloré aunque todo se estuviera derrumbando en un solo día. No lloré aunque sentía que una mano apretaba con saña mi corazón. No, no lloré.

Capítulo 2

Beth

Golpeé el volante gruñendo con dolor y frustración cuando recordé que me había reclamado tanto porque me la pasaba trabajando. Y pensar que en algún momento me sentí culpable por no estar a su lado lo suficiente. ¡Qué estúpida fui!

Volví a meter el pie en el acelerador y dejé que la brisa que rasguñara el rostro, porque fue lo que sentí al salir del piso de Ben. Que todo era diferente. Que el aire que solía calmarme me quemaba. Que las calles eran más estrechas y que el sol, que seguía en lo alto, no era tan brillante como un rato atrás.

Media hora después llegué a casa, sin trabajo, sin novio y sin familia, porque en algún momento de mi vida se me ocurrió la idea de salir de la ciudad donde nací, y aunque nunca me había arrepentido, esa tarde me ahogaba la sensación de estar más sola que nunca.

Al atravesar la entrada dejé las llaves en el pequeño mueble de madera junto a la puerta. Caminé pocos metros hasta llegar al pequeño salón adornado solo por una pequeña pantalla en la pared, un librero antiguo que ni siquiera tenía libros sino carpetas de trabajo y un viejo sofá que alguna vez fue rojo vibrante, pero que ya era de un rojo desgastado y cenizo. Tropecé con la alfombra gris y me dejé caer sobre el sofá. Miré al techo donde el ventilador giraba sin ganas como si se burlara de mí. Siempre olvidaba apagarlo antes de salir de casa. Mi mirada se quedó allí, en las aspas que giraban y giraban. Vi el polvo que las cubría y me levanté rápido, sin pensarlo.

Fui a mi pequeña habitación. Dejé mi bolso sobre mi diminuto escritorio. Me quité el estilizado vestido que llevaba puesto, no era muy mi estilo, pero en los días importantes cuando había nombramientos o actividades en la agencia, me veía obligada a usar ropa así, ceñida y elegante. Lo único bueno era que de seguro ya no lo necesitaría en mucho tiempo. Con lo difícil que era conseguir trabajo en la ciudad.

Me puse unos pantalones cortos y una camiseta blanca. Iba a limpiar todo el piso, porque lo prefería a ponerme a llorar. Encendí el pequeño televisor de la sala y puse a reproducir vídeos de Colplay. Abrí una botella de vodka y empezó la rutina. Limpie los pisos de toda la casa, incluyendo el de la habitación de Ray. Limpié la cocina con productos de limpieza que olían estupendo. Despolvé el librero color blanco opaco, seguido del cristal de la ventana con vista a la calle. Entre todo aquello, bailaba, cantaba y bebía.

Organicé mi pequeño closet y cambié las sábanas de mi cama. Llorar no era una opción, al menos no por alguien que no valía nada. Cogí mi móvil tres horas después de haber llegado a casa y tenía docenas de llamadas perdidas de Ben, dos de Addy, mi hermana menor y una de Ray, como si supiera lo que estaba pasando. No devolví ninguna.

El sol empezaba a caer cuando terminé de limpiar y me dejé caer sobre el sofá, de nuevo. Había tomado tanto que cualquiera hubiese estado vomitando, pero siempre tuve bastante resistencia al alcohol. Miré a mi alrededor y sentí que la pared verde en donde reposaba el televisor amenazaba con caerme encima y la que me quedaba detrás, esa color salmón con marcas y rasguños por tanto tiempo sin ser renovada, me gritaba que fuera a acabar con la vida de ese malnacido.

Durante las próximas veinticuatro horas, la pasé allí, encerrada. Haciendo lo que mejor sé hacer cuando estoy tensa o enfadada, limpiar, cocinar y beber. Cociné una lasaña que ni siquiera probé, una tarta de manzana que odiaba y un pastel de chocolate que terminó en la nevera con todo lo demás. Cuando la noche volvió a caer sentía que las lágrimas querían salir y no podía

permitirlo. No por él.

Caminé por el pasillo hacia mi habitación, en el camino me detuve delante de tres fotos que colgaban de la pared. Las descolgué y las llevé conmigo. Levanté la tapa del bote de basura al lado de mi escritorio y tiré esa en la que salíamos Ben y yo. Me senté sobre el borde de la cama y me quedé observando las dos restantes queriendo con todas mis fuerzas volver a esos momentos. En una de ellas estaba toda mi familia. Mi padre, cuando aún no tenía canas, cuando aún no era un apostador, cuando aún los años no le habían pasado factura a su corazón.

»Mi madre cuando su cabello cobrizo brillante, sus ojos grises y su rostro perfecto no evidenciaban su cáncer, cuando aún estaba viva. Mi hermana Addison con catorce años, con ese pelo castaño revuelto y esa sonrisa encantadora. Mi hermano Jeff, dos años menor que Addy, con ese pelo castaño igual que mi padre y esos ojos grises igual que mi madre, en realidad los tres sacamos sus ojos. Y por último, al lado de ese pequeño y risueño chico, estaba yo, con diecisiete años, con el pelo, la delgadez y a decir verdad, todos los rasgos de mi madre.

»Dos lágrimas cayeron por mis mejillas, pero no fueron por Ben, sino por la pérdida. Por mi madre, que había exhalado su último aliento un año después de esa foto y por Jeff, que acababa de cumplir un año desde que murió en ese accidente de auto. Y pensar que a veces lo tenemos todo y no nos damos cuenta hasta que el vacío nos aplasta...

Me limpié las lágrimas con el dorso de mi mano y dejé a un lado esa imagen para centrarme en la otra, en esa última foto que me hice con Jeff aquel día que fuimos a ver una carrera de autos y él estaba tan feliz que no cabía en su propio cuerpo.

Joder, no quería pensar. Sacudí mi cabeza y aparté todo recuerdo del día en que nos dejó. Dejé los marcos sobre mi escritorio junto a mi ordenador y me fui a la ducha. Permanecí allí durante un rato intentado ahogar bajo el agua todo lo que no me dejaba respirar bien. Cuando salí de la habitación supe que tenía que salir de allí. Que de lo contrario ya no podría aguantar el llanto y joder, no quería llorar porque mis emociones son demasiado intensas y lo último que me apetecía era pasar semanas sumergida en la tristeza por culpa del desgraciado de Ben.

Hacía un poco de calor, así que usé una falda corta negra y unos botines del mismo color. Lo combiné con una camiseta en el mismo tono, que llevaba unos candentes labios rojos dibujados en la tela que cubría mis pechos y como pude me hice una trenza en mi enredado pelo. Cogí un bolso pequeño, mi móvil, las llaves de mi coche y algo de efectivo. Durante veinticuatro horas había estado tomando, pero esa noche quería emborracharme, follarme a cualquiera y olvidarlo al día siguiente. Sí, eso quería.

Cuando bajé mi coche no quiso encender. Quizá era lo mejor, porque de seguro no estaría en condición de conducir de regreso. Tomé un taxi y casi sin darme cuenta llegué al club nocturno Blue Dragon. El club que manejaba Ben. Estuve a punto de decirle al taxista que me llevara a otro lugar, pero recordé varios datos importantes. Lo primero que Ben no estaría a esas horas, lo segundo que allí todos me conocían como su novia y lo tercero que era una gran oportunidad para empezar a vengarme de él. Siempre les dijo a sus empleados que me sirvieran lo que yo quisiera ¿Por qué no tomar el mejor licor a sus costillas? ¿Por qué no regalar tragos a cualquier desconocido que me pareciera un buen prospecto para follarme y lograr quitarme las caricias de ese tarado?

Atravesé la puerta del lugar acomodando mi bolso. Fui directamente a la barra y pedí dos copas de vino tinto. Si quería permanecer allí un rato, debía irme lento, porque ya estaba un poco

tomada. Luis, el camarero de la barra, me sonrió cuando me sirvió la primera y le dije que apuntara todo a Ben. También sonrió cuando le dije que no se fuera lejos, porque quería unas cuantas más.

Me crucé de piernas al mismo tiempo en que me llevaba el vino a la boca. Era dulce, pero también tenía mucho alcohol. Dejé la copa y el bolso en la barra cuando me la terminé. Le hice seña a Luis para que me sirviera otra y mientras lo hacía, miré a todos lados en búsqueda de un buen polvo. No quería pensar en nada y el sexo siempre me iba de maravilla.

Ni siquiera me podía creer que había renunciado a la vida sin complicaciones que tenía antes de conocerlo. No podía creer que le había dado la oportunidad de apuñalarme el corazón, pero eso no volvería a pasar. O eso era lo que creía en ese momento de mi vida, porque la realidad sería muy distinta.

El club estaba lleno. La música estaba muy alta y sin embargo no me molestaba, porque cada vez que sonaba una canción me sacudía los pensamientos que querían arremolinarse en mi cabeza.

Cuando llevaba tres copas, un chico musculoso, rubio, de estatura promedio y cara de tener veinte y pocos años, se me acercó y me invitó a bailar. A mis veintiséis nunca me había fijado en alguien menor que yo, me gustaban los hombres con experiencia, como Ben. Maldito idiota, ¿cómo se atrevió engañarme? Me las pagaría. Sin embargo, yo solo quería divertirme y pasar una estupenda noche, no perdía nada en hacer algo diferente.

Le di mi bolso a Luis y me fui a bailar. Lo vi fruncir el ceño cuando me vio irme con el chico, pero no me detuve hasta llegar a la pista. Un reguetón sonaba en todo lo alto. Empecé a moverme al ritmo de la música y vi como los ojos del chico brillaban con lujuria. Sonreí porque era justo lo que necesitaba. Se acercó a mí y me sostuvo de la cintura, pero por alguna razón, su agarre no me gustó en lo absoluto. No era solo porque se sintió dominante, sino porque fue torpe y brusco. No sé con exactitud por qué sentí que ese tío era uno de esos que lastimaban a las mujeres mientras tenían sexo y eso no iba conmigo, porque primero era capaz de castrarlo.

Cuando quise apartarme un poco, me apretó más fuerte contra su cuerpo y sentí que me faltaba el aire. Quiso besarme y lo empujé, pero era evidente que aquellos músculos no eran de adorno, porque ni siquiera se movió. Sonrió con aire de superioridad y yo lo miré con cara de asesina en serie, pero no le importó porque aunque yo seguía intentando apartarme, él volvió a acercar su boca a la mía para besarme. Esta vez se lo permití, pero cuando posó sus labios sobre los míos, le mordí el inferior con tanta rudeza que al apartarse de golpe sangraba.

—¡Maldita zorra! —Logré escuchar en medio de la música.

Le saqué el dedo corazón y me di media vuelta para volver a la barra, pero de pronto sentí un agarre que me mantuvo quieta, muy quieta, mientras me hablaba al oído.

—Me has calentado y ahora me vas a abrir las piernas quieras o no.

Un latigazo me azotó el estómago, no estaba segura si era por tanto alcohol o por las palabras que acababa de escuchar. La sangré me hirvió y logré soltarme, pero cuando iba a echarme a correr a donde Luis o los demás empleados pudieran verme, me volvió a coger del brazo. Sin embargo, un segundo después lo vi tirado en el piso con la cara llena de sangre. Todo pasó tan rápido que me tardé unos segundos para entender lo que había sucedido. A mi lado, delante del psicópata con el que bailaba, había un hombre alto, fuerte y con un traje caro. No tuve tiempo a detallarlo mejor, porque tomó mi muñeca y me arrastró hacia la barra, hasta el mismo lugar en

donde había estado sentada antes.

Me senté en mi buró y vi cómo seguridad sacaba del lugar al musculoso tonto. Cuando volví la mirada, el hombre, que ya estaba sentado a mi lado, me miraba enfadado y no entendía por qué. No lo conocía.

—¿Qué? —pregunté mientras le hacía seña a Luis para que me trajera otra copa.

—¡¿Qué?! Creo que un «gracias» sonaría mejor —dijo con los ojos fijos en mí, pero al notar que no era mi intención hacerlo, prosiguió—. Parece que tienes instintos suicidas —agregó apartando la mirada y tomando del trago que ya le habían servido.

—Yo diría que justo hoy tengo instintos asesinos, pero eso también vale.

Mis palabras salieron como una broma, pero eran completamente ciertas. Por unos minutos me limité a tomar la copa que tenía enfrente. A olvidar que ese hombre apuesto estaba a mi lado con el ceño fruncido. A olvidar que Ben era un capítulo de mi vida que tenía que cerrar aunque soliera.

Cuando llevaba cinco copas todo empezó a sentirse demasiado ligero. El dolor, la rabia y la impotencia. Todo.

—Parece que alguien ha tenido un largo día —dijo volviendo a centrarse en mí. Ni siquiera podía distinguir el color de sus ojos allí dentro, pero era malditamente guapo.

—Espero que mejore pronto, pero a juzgar por lo que acaba de pasar parece que no encontraré un buen prospecto —hablé fijando la mirada en la nueva copa que Luis acababa de ponerme. Estaba siguiendo el círculo de la misma, cuando sentí la mirada de ese hombre clavada en mi piel. Me volví para verlo y noté que sonreía. ¡Dios! ¡Qué sonrisa! Me hormigueó todo el cuerpo, pero no dije nada.

Inconscientemente me mordí el labio inferior cuando un pensamiento fugaz me atravesó con ansias la cabeza: «Él es un buen prospecto».

—No hagas eso. —Ni siquiera era consciente de que seguía mirándome o de que se había inclinado, hasta que su voz potente y certera sonó demasiado cerca de mi oído, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

No me moví cuando lo vi enderezarse de nuevo en su lugar. Ni cuando tuve la certeza de que seguía mirando mi perfil. Agarré mi copa como si se me fuese a escapar y unos segundos después, el vino había recorrido mi garganta mientras me quemaba ¿o era su voz? No lo sabía aún, pero lo descubriría esa misma noche.

Capítulo 3

Beth

Cuando el vino me relajó lo suficiente y noté que el hombre de cabello castaño seguía a mi lado, empecé a hablar sin frenos. Sí, hablé hasta por los codos. Ray decía que cuando tomaba en exceso solía hacerlo. Dije tantas cosas sin detenerme a pensarlas, que ni siquiera era consciente de mis palabras. El hombre escuchaba atento, pero no decía nada y eso empezaba a desesperarme.

Siete copas. Llevaba siete copas cuando supe que debía irme. Todo empezaba a darme vueltas y aunque aún era un poco consciente de todo, no tardaría en olvidarme hasta de mi nombre.

—Dame dos botellas del mejor vodka que tengas, ponlos en una bolsa y ya sabes lo que tienes que hacer —le dije a Luis.

Sí, todo iría a la cuenta del maldito de Ben. «Cómo me gustaría ver su cara cuando vea la que le he liado» pensé.

—¿Vas a beberte todo eso? —La voz de ese hombre me recorrió el cuerpo y maldije por dentro.

¿Cómo era posible que solo hubiera salido a beber y a follar y no había conseguido lo segundo? ¿Cómo era posible que no lo tenía encima haciéndome gemir?

—O moriré en el intento. —Sonreí con picardía cuando agarré la bolsa con las dos botellas. No era cierto. No me las bebería, al menos no esa noche, pero bueno, no tenía por qué decírselo —. Pero si quieres puedes unirte a la fiesta. Pareces un buen prospecto.

—¿Para follar? —Enarcó una ceja, divertido.

Al parecer eran bastante evidentes mis intenciones.

—Pues sí. —Puse cara de angelito, aunque a esas alturas ambos sabíamos que no tenía nada de ello.

Vi como una sonrisa coqueta nació en esos labios tentadores y antes de empezar a besarlos solo para borrar los de mi ex, preferí irme. No quería hacer el ridículo.

Me puse de pie y me tardé unos segundo en estar segura de poder avanzar sin tropezar y caerme. Y cuando al fin di un paso, sentí una mano atrapar mi cintura y atraerme a un fornido cuerpo. No tuve que voltear para ver quién era. Su perfume caminaba a mi lado hasta la puerta y cuando el aire me rozó la cara, inhalé hondo.

—¿Estás bien? —preguntó, al tiempo en que me quitaba las botellas.

Quizá estaba consciente de que era muy probable que las dejara caer. Luego hizo una señal a un hombre alto y moreno, que se acercó, cogió la bolsa y se la llevó a un coche negro bastante lujoso.

Lo miré con interés. Allí fuera todo era más claro. Las lámparas de las calles me dejaron ver con más facilidad esos hermosos labios, ese cabello peinado con dedicación y esa barba pulida como si acabara de salir de la peluquería. Me dejaron ver esa expresión seria pero sexy, y sus ojos, joder, sus ojos eran claro. No definí bien el color, pero eran bonitos, profundos y lujuriosos, y es que aunque me preguntaba cómo me sentía, era evidente que no dejaba de mirarme y no precisamente la cara.

—No, no estoy bien, pero lo estaré si me echas un buen polvo...

No había terminado de hablar cuando sentí su mano izquierda aferrarse a mi cintura asesinando el espacio entre nuestros cuerpos, mientras la derecha atrapaba mi nuca para luego inclinarse y tirar de mí hasta que sus labios se lanzaron sobre los míos. No fue un beso cálido, no. Fue un beso bañado en fuego.

Sentí su boca atrapar la mía con deseo, con fiereza. Su lengua se entrelazó con la mía y yo apenas podía reaccionar, pero cuando lo hice rodeé su cuello con mis brazos para intensificar más el beso. Tenía las mismas ganas. Quería que me arrancara la ropa, quería que recorriera mi cuerpo con esos labios ardientes, con esa lengua, que con toda seguridad, era una experta en hacerlo. Mordisqueé sus labios y sentí su gemido ahogado en los míos.

—¡Vamos! —Tiró de mí hasta llevarme al mismo coche que, minutos atrás, el moreno había llevado las botellas.

Supuse que era su chófer cuando vi que iba a conducir, pero él hombre a mi lado le quitó las llaves. Nos subimos con prisa y antes de ponerlo en marcha, me volvió a besar. Esta vez con más desenfreno. Una de sus manos me recorrió las piernas desnudas y yo gemí cuando la sentí rozar el borde de mi falda. Quería que siguiera escalando, pero se limitó a gruñir al tener que empezar a conducir.

—¡Joder! —masculló y luego pisó el acelerador.

Me pidió mi dirección y se la di sin detenerme a pensarlo. Podía ser un asesino, pero no me pasó por la cabeza porque estaba caliente, porque quería olvidar, porque necesita sentir otra piel.

Cerré los ojos cuando sentí que cogíamos camino a casa. Me recosté en el asiento y un montón de imágenes empezaron a aparecer en mi cabeza. La última noche que pasé con Ben, las veces que juraba que me quería, el día que se lo presenté a mi familia y la tarde anterior cuando lo vi follar a esa rubia. No, no quería pensar. No quería o me pondría a llorar allí mismo sin poder retrasarlo más. Necesitaba hacer algo para despejar esos pensamientos.

Abrí los ojos cuando su mano volvió a rozar la piel de mis piernas y me estremecí. Estaba ansioso, muy ansioso. Sonreí cuando algo me pasó por la cabeza, era una locura, pero me ayudaría a no pensar y de paso, lo disfrutaría. Alargué mi mano hacia el cierre de su pantalón y sus ojos se clavaron en mí.

—¿Qué haces? —Ladeó la cabeza.

—Algo interesante.

Me lamí los labios y vi cómo todo su cuerpo reaccionaba a ese simple gesto. Giré un poco para poder desabrochar la correa y el cierre, y sentí como tembló.

—¡Joder! ¡Joder! —farfullaba tratando de concentrarse en el camino.

Yo seguí deshaciéndome de lo que me estorbaba y cuando al fin lo logré, metí mi mano entre su ropa interior.

—¡Joder! —Esta vez fue mi voz la que resonó en el cristal. Era enorme y estaba duro, de verdad duro.

Ni siquiera podía voltear a verme porque tenía la mirada fija en la carretera, pero sentía cómo su piel ardía, cómo vibraba debajo de mi mano. Lo abordé y empecé a masturbarlo, pero no era suficiente, no para mí. Quería más y él también. La velocidad se redujo un poco, supuse que para poder mantener el control y que no termináramos estampados contra otro coche, pero el auto dio un movimiento brusco cuando vio que incliné mi cabeza entre sus piernas. Frenó de repente y yo casi me cago del susto.

Se orilló en la carretera y vi la desesperación con la que me ayudaba a despejar un poco la tela para que abrazara su miembro con mi boca. Lo miré de reojo antes de hacerlo y vi que casi se le salía el corazón. Su respiración era rápida, demasiado. *¡Hazlo!* Me suplicó con la mirada y un segundo después mis labios se abrieron para dar paso a su agrandada polla sobre mi lengua. Era

suave y dura. La lamí, jugueteé con ella, la saqué y volví a meterla entre mi boca subiendo y bajando sobre su longitud, mientras lo escuchaba gruñir como un animal salvaje. Mi cuerpo ardía, estaba húmeda. Sus dedos se hundieron entre mi pelo en un puño. Sentí como me indicaba el movimiento cada vez más certero, más rápido.

—¡No puede ser...! —gimió unas cuantas chupadas después.

Estaba a punto de correrse, lo sentía. Bajé una de mis manos al medio de mis piernas, lo necesitaba, pero cuando aparté la tela de mis bragas, cuando mi boca se movía con más rapidez, cuando lo sentía latir dentro de mis labios, escuché la corneta de un auto.

—¡Mierda, la policía! —Le oí decir y me aparté con la misma rapidez con la que él se acomodó el pantalón.

Unos segundos después, un uniformado tocó la ventanilla del conductor. El hombre, al que le había hecho una mamada sin pensar que podía contagiarme una maldita enfermedad, ese del que ni siquiera conocía su nombre, abrió el cristal y lo saludó calmado, como si no hubiese estado a punto de correrse unos segundo atrás y no tuviese un dolor de huevos por la interrupción.

—¿Pasa algo? —Le preguntó el poli.

—No, es que mi novia se sintió mareada y tuve que detener un momento el auto, pero ya nos vamos.

El hombre de algunos cincuenta años, con aspecto de estar cansado de lidiar con borrachos, nos miró desconfiado. Yo ni siquiera hablé, sabía que si lo hacía podía empeorar las cosas.

Tres minutos después, luego de revisar los documentos de Clark Holland —sí, así se llamaba mi acompañante. Lo supe porque el poli lo dijo en voz alta— estábamos de nuevo en marcha hacia mi piso.

—Creo que es mejor que terminemos esto en un lugar privado —dijo divertido y yo solté una carcajada que llenó todo el espacio—. De verdad estás loca. —Pisó el acelerador mientras yo no podía dejar de reír.

Definitivamente el alcohol y mis ganas de sexo estaban haciendo de las suyas y la verdad no me quejaba, no en ese momento cuando estaba a punto de obtener lo que deseaba, borrar los dedos de Ben en mi piel y alcanzar mi propio placer.

Capítulo 4

Beth

Llegamos a mi piso luego de subir tres alturas por las escaleras. Cuando logré encajar la llave en la puerta y abrirla. Cuando pude encender las luces, ya lo tenía metiéndome mano por todas partes. Con sus labios besando de forma intercalada, sin nada de sutileza, mi boca y mi cuello. Calor, sentí un calor que solo cesaría con él dentro de mí.

Lo arrastré a mi habitación y ni siquiera cerré la puerta cuando ya me deshacía de la camiseta. Él hacía lo mismo con la parte superior de su traje. Su mirada estaba puesta en cada uno de mis movimientos. Allí delante de mí parecía más alto, más guapo, más imponente. Cuando me había quitado casi todo y estaba en ropa interior, sus brazos me levantaron del suelo y lo rodeé con las piernas. Su boca ansiosa buscaba la mía. Me devoraba con ganas, como si él también lo necesitara. Como si al igual que yo quisiese borrar otros labios.

Me lanzó sobre la cama y me arrancó las bragas. Me miró, me miró sin apartar la mirada ni un segundo mientras se deshacía de su pantalón, que era lo único que le quedaba. Me quité el sujetador y lo lancé al aire. Sonreí con picardía cuando se quedó perdido en mis pechos.

—¡Dios! Eres preciosa —dijo posándose sobre mí.

Volvió a besarme y sentí que me dolieron los labios, que me quemaban, pero no me importó porque me gustaba. Su boca se deslizó por mi mandíbula hasta mi cuello, mientras se apoyaba con una mano sobre la cama y con la otra acariciaba mis pechos. Siguió su descenso hasta escalar mis dos montañas. Sentí la calidez de sus labios abrazar mis pezones y gemí, joder, sí que lo hice. Mis piernas se tensaron, mis manos se clavaron en su piel. Lamía y succionaba, lamía y succionaba, y cada vez que sus dientes tiraban de mis pezones, mi espalda se arqueaba como si una corriente controlara mi cuerpo. Apreté su cabeza con rudeza y él succionó más y más y más.

—¡Fóllame! —dije en medio de un gemido.

Estiré la mano al cajón de mi mesa de noche para buscar un condón, pero él ya se había apartado para buscar uno en su cartera. Vi como lo desenroscaba en su pene y me mordí los labios. Miré, de verdad lo miré. Sus abdominales definidos, ese tatuaje en el costado y su pene, una obra maestra. Volvió a por mí. Me abrió las piernas y las enrosqué en su cintura.

Casi aullé como una loba cuando sentí su dureza abriéndose paso. Me estremecí por completo. Apoyó los codos a cada lado antes de empezar a embestir.

—¿Suave o duro? —preguntó sobre mi boca. Lo besé como respuesta. Le devoré los labios de tal forma que casi lo dejo sin aliento—. Duro entonces —sonrió como si él también lo deseaba justo así.

Una, dos, tres... embestidas. Fuertes, precisas. Nuestros cuerpos encajaban a perfección, mis uñas se enterraron en su espalda, pero ni siquiera pareció darse cuenta. Movimientos sin descanso. Embestidas que me hacían abrir la boca para intentar recuperar el aliento, pero no quería que se detuviera. No lo quería.

Entraba y salía, entraba y salía. De repente salió y me giró con rudeza. Me agarró por la cintura y me levantó como si no pensara nada. Con las rodillas y los codos en la cama, con una de sus manos puestas en mi cadera y la otra enroscada en mi cabello, volvió sumergirse en mí. Mi espalda se curvaba cada vez que arremetía y un latigazo casi letal pero placentero me atravesaba.

Gemí con fuerza cuando sentí que iba a correrme, sabía que él estaba en las mismas condiciones porque su cuerpo vibraba con el mío. Las rodillas me temblaron hasta casi derrumbarme cuando tiró de mi pelo, me apretó la cintura y una última embestida nos sacudió

hasta hacernos correr al mismo tiempo. Joder, qué sensación.

Jadeé cuando me dejé caer y sentí su cuerpo sobre el mío. Entonces pasó, no pude contenerlo, las lágrimas empezaron a salir sin que pudiera hacer nada y cuando Clark lo notó se apartó de inmediato.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Escuché su voz preocupada a mi espalda.

—Estoy bien —mascullé poniéndome de pie.

Ni siquiera me molesté en vestirme, necesitaba salir de allí y que no me viera llorar, porque ya no podía contenerlo por más tiempo.

Caminé a paso rápido al pasillo y me metí en el baño. Cuando entré me vi al espejo. El pelo revuelto. El labial había desaparecido, mis ojos llenos de lágrimas y una desnudez que apenas reconocía sin él. Lloré, lloré por un día de mierda. Lloré por él, porque Ben, de alguna manera, era mi lugar seguro, lo único certero que tenía en la vida. Nunca necesité a nadie, siempre fui independiente, pero cuando mi hermano murió él estaba ahí ofreciéndome su amor y me hizo creer que estaría siempre.

Me miré al espejo y mis ojos reflejaban todo lo que sentía. Rabia, frustración, dolor, mucho dolor, y lo peor de todo era que no estaba segura de que lo que más me dolía fuera su engaño y no el hecho de que ya no tenía sus brazos para refugiarme en los días grises.

Lloré con más intensidad al recordar cuando una noche me pidió que nos casáramos y le dije que no porque no estaba lista. Lloré cuando sus palabras flotaron a mi alrededor: *«Tú no me quieres ni me necesitas, algún día te cansarás de mí y te dolerá apartarte, pero lo harás, porque no me amas, al menos no de la forma en la que yo te amo a ti»*. Lloré porque aunque había sido él quien me había engañado, de alguna forma, sentí que quizá pude haber hecho las cosas diferentes.

»Lloré por mi orgullo herido, lloré porque nuestras risas se desvanecían cada vez que esa escena en su piso volvía a mi cabeza. Lloré porque no era él quien estaba en mi habitación y nunca más lo estaría. No podía perdonarlo, nunca supe cómo hacerlo y le quería, le quería muchísimo, pero tal vez él tenía razón, yo no lo necesitaba para nada.

—Oye... ¿De verdad estás bien? —La voz ronca del otro lado de la puerta me hizo volver a la realidad.

—Sí. —Fue lo único que pude decir.

Me limpié las lágrimas, odiaba llorar. Odiaba sentir que no tenía el control de mi vida. Odiaba darme cuenta de que en un solo día todo se había ido a la mierda, mis sueños de un mejor puesto, mi trabajo, mi relación, todo. «Ray, ¿dónde estás?» Pensé. Necesitaba a mi mejor amigo.

¡No! Esa mujer que lloraba en el espejo, que se sentía miserable y pequeña, no era yo. Casi cuarenta minutos después, cuando logré tranquilizarme. Cuando me repetí a mí misma que yo era quien mandaba, que yo era dueña de mi historia y que nadie podía hacerme sentir diminuta. Cuando me lavé el rostro y sentí que por fin podía respirar sin dificultad, salí por la puerta del cuarto de baño dispuesta a recordarme que aunque el mundo se derrumbara yo siempre volaría por encima de los escombros. Estaba dispuesta a recordarme que mis emociones no me dominaban y que nada de lo que estaba sintiendo podía aplastarme, porque yo no lo permitiría.

Clark me había follado y lo había hecho fenomenal, pero ahora me tocaba a mí, porque lo necesitaba, porque debía recuperar el control.

Cuando entré a la habitación aún desnuda, vi que estaba empezando a vestirse. Lo más

probable era que se había cansado de esperarme o peor aún, que pensaba que estaba loca, pero no me importaba. Ya llevaba bóxer cuando me vio. Quiso abrir la boca para decir no sé qué, pero lo callé con un beso lleno de todos los sentimientos abocados en mi alma. Lo besé con furia, desesperación, impotencia. Lo besé con ganas, deseo y pasión. Cuando intentó cogerme de la cintura lo empujé y terminó tirado sobre la cama mirándome fascinado.

Me incliné un poco y con los dedos empecé a deslizar su ropa interior. Elevó el trasero para facilitarme las cosas y descendí hasta sacárselo. Cuando levanté la mirada lo vi mirarme curioso. Extendió una mano y masajeó uno de mis pechos. Miré su miembro y ya estaba listo.

—¡Eres preciosa, Elizabeth! —Ni siquiera recordaba que le hubiese dicho mi nombre, quizá lo mencioné en todo lo que había hablado en el bar—. ¡Preciosa! Su voz era casi una súplica para que no retrasara más el acto.

Subí a la cama y él se acomodó en el centro, parecía estar consciente de lo que iba a pasar. Le besé la boca una vez más y otra y otra, hasta que sentí que me ardían los labios. Lamí su cuello y luego le clavé los dientes mientras una de mis manos abordaba su pene. Sentí unos azotes en las nalgas que me prendieron aún más.

Me estiré a coger un condón del cajón y mis pechos quedaron sobre su rostro, lo que aprovechó para saborearlos con ganas haciendo que me mordiera los labios hasta casi hacerme daño. Lo dejé que comiera de mí hasta que quiso o hasta que ya no podía más. Se sorprendió cuando yo misma desenrollé el preservativo sobre su erección. No se perdió ni uno solo de mis movimientos. Me abrí completa y encajé mi sexo con el suyo y joder, vibré al sentirlo tan caliente dentro de mí. Una corriente intensa nació en la punta de mis dedos y recorrió cada centímetro de mi piel al escuchar sus gruñidos que llevaban mi nombre. Mis manos presionaban su pecho y las suyas se arrastraban con impaciencia sobre mis caderas.

Empecé con movimientos sutiles pero firmes. Mi pelvis se contraría apretando su miembro y en vez de un jadeo, le salió un bufido. Cerré los ojos y me dejé llevar por lo que estaba sintiendo. Una danza, eso bailaba sobre él, una danza que al principio es lenta aunque intensa, pero que mientras van llegando los acordes el ritmo aumenta. Subía y bajaba sobre su miembro. Me balanceaba buscando mi orgasmo y lo escuchaba maldecir de placer. Unas palmadas más en mis nalgas me hicieron abrir los ojos. Era hora de cabalgar con más prisa, con más intensidad. Yo era el jinete, yo mandaba. Mis movimientos se tornaron más intensos, más precisos, con más rapidez. Mis uñas se clavaron en su pecho, pero no se quejó.

—¡Joder! ¿De dónde has salido? —Logró decir en medio de su agitada respiración. No respondí. Apenas tenía aire. Subía y bajaba. Subía, bajaba y apretaba. Mi cuerpo echaba chispas con cada roce, con cada colisión. El suyo emanaba un fuego que parecía querer consumirnos. Seguí moviéndome con ímpetu sin perderme sus expresiones intensas de deleite... hasta que exploté liberando todo lo que tenía dentro, pero aún faltaba él, solo unos segundos, lo sentía, unos segundos.

—Sí, sí, sí... joder, sí. —Se escuchó a media voz, mientras yo seguía en mi placentero trabajo. Sus dedos me apretaron los muslos con fuerza lanzando una embestida fulminante cuando sus ojos se pusieron en blanco y un gruñido final se le ahogó en la garganta.

Me dejé caer sobre su pecho, agotada. Sintiendo su corazón galopante. Nuestras respiraciones irregulares se fusionaron en el aire y cuando logré que mi cuerpo reaccionara, me moví a rastras hasta colocarme a su lado aún jadeante.

—¡Eres... increíble! —fue lo último que dijo. Yo no hablé, no era necesario. Le di la espalda y bloqueé cualquier pensamiento que quiso aparecer en mi cabeza.

Esperaba que con un poco de suerte no hubiese cogido alguna enfermedad cuando le hice la

mamada en el coche. Estaba agotada, había tenido un día largo, tomando demás y teniendo buen sexo. Necesitaba dormir, cerrar los ojos y que el caos desapareciera en mis sueños o al menos que al despertar mi apuesto follador ya no estuviera en mi piso y me ahorrara la molestia de pedirle que se fuera.

Necesitaba que cuando abriera los ojos mi mundo fuera menos complejo y volver a ser la misma mujer sin ataduras emocionales que era antes de conocer a Ben. Sí, justo eso. Volver a ser un ave de paso. Volver a tirarme a quien yo quisiera sin tener que dar explicaciones. Lo mío nunca fueron las relaciones, no debía sorprenderme que no hubiese funcionado.

Capítulo 5

Beth

Dolor, justo eso sentí cuando abrí los ojos y el sol me encaró con rabia. Debía poner unas cortinas en esa ventana, pero solo lo recordaba en días como ese. Quizá porque siempre me ponía en pie antes de que el día comenzara. Solía levantarme temprano, ir a correr, volver a casa, prepararme e irme a trabajar a las siete treinta de la mañana con un café gigante, sino no funcionaba mi día.

Cuando volteé a ver a mi lado, el hombre apuesto no estaba. Agradecí al universo que al menos no me torturara con eso. Miré la pantalla colgada en la pared de en frente de mi cama y me vi tentada a encenderla, casi nunca lo hacía, pero tenía sed. Me estrujé los ojos antes de agarrar fuerzas para levantarme. Apenas había dado dos pasos cuando mi móvil sonó. Lo cogí de encima de mi mesa de noche y miré la pantalla, era Addy. Debía contestar o era capaz de aparecerse en mi puerta.

—¿Por qué llamas tanto? —Seguí mi camino mientras hablaba.

—No lo sé, quizá porque nunca contestas, Sky.

—No me digas Sky —me quejé.

—Antes no te molestaba que te llamara así.

—Tú no me llamabas así hasta que Jeff lo hizo. —Un silencio llenó la vía de comunicación mientras yo seguía mi camino hacia el salón.

—¿Por qué nunca contestas? —Cambió de tema. Buena decisión.

—¿Qué quieres, Addy? Tengo mucho trabajo —mentí.

—Ben me llamó.

Me quedé helada. Esperaba que ese idiota no se hubiese puesto a hablar demás. No me gustaba preocupar a mi familia.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Me pidió que hablara contigo. Dijo que había cometido un error, que lo habías exagerado y que necesitaba que te convenciera para que hablara con él.

«¡Maldito! ¿Cómo se atrevió a utilizar a mi hermana? ¿Cómo se atrevió a decirle que lo había exagerado?»

—Addy, no te metas. No es como tú crees, te mintió, yo...

—¡Lo sé! —Me interrumpió.

—¿Qué...?

—Te conozco, Beth. Sé que eres intensa en tus sentimientos, pero también sé que no tirarías a la basura una relación que te costó construir por algo insignificante. Seguro te engañó con otra. ¿Cierto?

Mi hermana, con poco más de veintidós años, a veces podía actuar como una niña pequeña, me sorprendía que tuviera la madurez para darse cuenta de esas cosas.

—Sí, pero estoy bien —aclaré antes de que se ofreciera a venir a mi piso.

—¿Segura? Porque puedo ir a verte el próximo fin de semana.

—No te preocupes, cariño. Estoy bien. Ya me conoces, soy un hueso duro de roer.

—Lo sé. —Supe que sonreía aún sin verla—. ¿Cuándo vendrás a vernos? Te extrañamos mucho.

—No lo sé aún, pero pronto. ¿Cómo está papá?

—Está bien, ¿quieres hablar con él? Está en el salón, puedo llevarle el móvil.

—No. Debo dejarte, tengo mucho trabajo.

—Vale, pero... por favor, llama a papá, te extraña mucho y nunca le coges el móvil.

—He estado muy ocupada, pero lo intentaré. Los quiero.

Cerré la llamada sintiendo que mi estómago iba a explotar. Seguro que el alcohol tenía mucho que ver, pero tal vez también el hecho de que me costara tanto hablar con mi padre. Le quería un montón, de verdad, pero seguía sin poder perdonarle que cuando mi madre murió se haya dejado ir y haya sido yo quien tuviera que tomar el papel de padre y madre. No podía olvidar que a esas alturas de mi vida seguía pagando deudas interminables cuando le dio por ponerse a apostar y a beber. Lo único bueno era que con ayuda había logrado dejarlo, pero dolía y mucho. Era innegable que mi padre me había marcado para siempre.

Cuando entré a la cocina a prepararme un café, me sorprendí porque ya había un poco preparado. Sobre la encimera había dos pastillas para la resaca y una taza limpia para servirme. Fue un bonito gesto del bombonazo, pero no le di importancia. Había demasiadas cosas en mi cabeza como para pensar en alguien que no volvería a ver, aunque fuera un diez en la cama.

Me bebí dos tazas de café y claro, las pastillas. Las necesitaba. Tomé un cuchillo para picar una cebolla y tomate con la intención de hacerme unos huevos revueltos, pero cuando tenía todo sobre la encimera me dio nauseas pensar en comida, así que lo dejé todo y me fui a la ducha. Durante un rato me quedé allí, pensando en lo que haría en lo adelante. Necesitaba un nuevo empleo.

Al salir de la ducha me puse un pantalón deportivo, una camiseta verde de tirantes y me dejé el pelo recogido. Encendí el portátil y revisé mis cuentas bancarias. Con todos mis ahorros podía permanecer tres meses sin trabajar, pero no más. Aun me faltaba casi un año para culminar de pagar las deudas de mi padre y no podía atrasarme o perdería la casa en donde crecí.

Estaba atada de pies y manos, pero no me daría por vencida. Llamé a Loly, una compañera de trabajo a quien apreciaba mucho. Me dijo que la agencia era un caos desde que me fui y que dos campañas importantes se cayeron cuando supieron que había renunciado. Querían a la creadora y ganadora a mejor campaña del año anterior y esa era yo. Disfruté ese momento en cámara lenta. Me reí por lo alto con cada una de sus palabras, al menos el bicho ese lo estaba pasando mal.

«¿Quién lo manda a regalar mi puesto?»

Cuando al fin pude parar mi risa, le pedí que me enviara unos documentos que había dejado y la dirección electrónica de la última agencia que me había ofrecido empleo descaradamente delante de mí estúpido jefe. Este se había regocijado diciendo que no me dejaría ir porque era lo mejor. *¡Idiota!* Le agradecí a Loly cuando me los envió por correo y colgué la llamada con la promesa de tomar un café juntas en los próximos días.

Estaba concentrada verificando todo en el momento en que sonó el timbre. Ni siquiera me moví porque ya sabía quién era. Tenía montones de mensajes de Ben y sabía que no tardaría en ir a casa. Pero cuando recordé que tenía una llave, me puse de pie rápido y me dirigí al salón, aunque ya era tarde. Ben entraba por la puerta con una cara de inocente que me daban ganas de estropeársela. Me ofreció una sonrisa leve cuando se encontró con mi mirada.

—¿Qué diablos haces aquí? —Me crucé de brazos interponiéndome en su camino para que no avanzara al salón. Quería que se diera media vuelta y se largara.

—Cariño, tenemos que hablar...

—No tenemos nada de qué hablar. ¡Vete de aquí! —escupí con ganas.

—Amor, por favor, yo... ¡Espera! —Entornó los ojos—. ¿Eso es un chupón? —Señaló mi

cuello.

Quizá debía sentirme avergonzada, sin embargo no sentí nada más que satisfacción al ver su cara de horror.

—¿Y si así fuera qué? —No me moví cuando se acercó un poco más para ver mejor. Ni siquiera sabía si lo era, pero suponía que sí.

—Joder, Beth, ¿cómo me hiciste esto?

—¿Perdona? ¿Yo te hice esto? —Me llevé un dedo al pecho—. Pero qué cojones tienes. —Lo encaré cuando se echó atrás para verme a la cara.

La sangre me empezó a correr más rápido de lo que debería y mi corazón latía con demasiada fuerza. Quería matarlo por cínico.

—Sí, tú y tu maldita impulsividad. ¿Por qué no puedes ser una persona normal?

—¿Normal? —Solté una risa irónica—. ¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Ponerme a llorar porque te encontré gimoteando mientras se lo metías a otra mujer? ¿Eso es lo normal?

Me miró frustrado y la piel de su rostro se enrojeció.

—Pues es lo que hace la mayoría. Al menos debiste aceptar hablar conmigo antes de irte a acostar con cualquiera solo para vengarte de mí. Porque sé que esas fueron tus intenciones.

Maldito, sí que me conocía, pero no le daría el gusto de admitirlo.

—Te equivocas. Lo hice porque necesitaba sentir un hombre de verdad y no un desgraciado que pone su polla donde sea sin importarle que tiene novia. Y si te lo preguntas, lo disfruté como nunca he disfrutado el sexo.

Su rostro palideció. Sus ojos se crisparon de la rabia y sus labios eran aprisionados por sus dientes con fuerza.

—¡Ya cállate!

—¿Qué? ¿Te molesta? —Sonreí victoriosa.

—Estás provocándome.

—¿Qué? ¿Te estás imaginando cómo otro hombre me follaba? No creo que lo hagas y en dado caso fue mucho mejor de cómo te lo imaginas.

—¡Beth! ¡Ya basta! —gritó furioso.

Su respiración era acelerada, sus manos estaban cerradas en un puño a cada lado de su cuerpo y este estaba tenso hasta más no poder.

Podía detenerme, sí, pero no lo hice porque lo que fuese que estuviese sintiendo no se comparaba con lo que yo sentí cuando lo vi con esa rubia. Empecé a contarle con detalle la noche anterior, claro, sin mencionar el nombre del hombre con el que había estado.

Me vi obligada a dar pasos atrás cuando noté que me miraba con demasiada rabia y empezaba a caminar hacia mí. Giré un poco, aún de espalda, con el fin de conducirme a la cocina. Y en el instante en que mi cintura se topó con la encimera, le detallaba la forma en que me empotraron duro una y otra vez hasta hacerme gemir. Su rostro estaba tenso, pero quería verlo sufrir y mucho. Rodeé la encimera y quedé delante de la estufa mientras le decía que después de hacerme correr un par de veces, me di a la tarea de cabalgarlo con ganas. Me atrapó justo cuando le hablé de mi boca en la polla de otro hombre, al parecer fue la gota que derramó el vaso.

—¡Eres una zorra! —gritó furioso apretando mi mano izquierda con tanta fuerza, que sentí que me crujieron los huesos.

—Y tú eres un hijo de puta. —Intenté zafarme, pero no pude.

Sus ojos seguían puestos sobre mí con un montón de sentimientos encontrados. Rabia, dolor, desilusión, frustración e impotencia. Su pecho, al igual que el mío, subía y bajaba con prisa. Vi su nuez de adán deslizarse de arriba abajo con furia y su mandíbula parecía estar tan apretada que por un momento me pareció que se hacía daño, pero me valía mierda todo lo que estaba sintiendo porque él solo podía imaginarse cada escena que le narraba, sin embargo, yo lo vi con mis propios ojos y por más que lo intentara nunca podría sacarme esa imagen de la cabeza.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —repitió apretando más sus dedos sobre mi brazo. Me hacía daño, jamás lo había hecho, pero podía ver en sus ojos que estaba a nada de hacerme aún más. No podía permitirlo. Le enterré las uñas sobre su mano y me soltó de golpe. Mi intento de pasar rápido por su lado quedó frustrado cuando tiró de mi pelo con una mano y con la otra me arrastró hasta tenerme de nuevo frente a él.

—Así que te gusta que te den duro y con rabia ¿No? —Su aliento lleno de ira navegó en mi cara—. Podemos resolver eso. —Quiso besarme, pero le mordí los labios al igual que al chico en el club—. ¡Maldita seas, Beth! —Tiró de mi cabello con tanto brío que sentí que me arrancaría cada hebra.

—¡Eres una bestia! No sé cómo pude estar con alguien tan despreciable como tú. —Me temblaba un poco la voz por la fuerza que ejercía sobre mí, pero no aparté la mirada de sus ojos, no le daría el gusto de verme frágil ni por un segundo.

Pese a que sus labios sangraban, él no le prestaba atención porque seguía sosteniéndome del pelo y de la cintura. Me miraba con ganas de matarme y yo lo hubiese intentado si no hubiese estado atrapada.

—Te mostraré la bestia que puedo ser. —Tiró con más fuerza y logré ver sus intenciones cuando me apretó tanto que no podía respirar, cuando sumergió su boca con rudeza en mi cuello.

Apreté los ojos mientras seguía intentando quitármelo de encima empujando su hombro con mi mano libre, pero no pude. Cuando los volví a abrir, mi vista fue a parar al cuchillo que había dejado sobre la encimera. Estiré mi mano y logré alcanzarlo, mientras Ben seguía succionándome justo sobre el chupón de la noche anterior, como si quisiera demostrarme algo. Pensé en volver a golpearlo en las bolas, pero estaba tan pegada a él que me era imposible.

Sentí que empezaba a arrastrarme hasta el salón y aproveché ese pequeño espacio que se abría entre nuestros cuerpos cada vez que me obligaba a dar un paso atrás, para meter mi otra mano en su entrepierna sobre el pantalón de tela que llevaba y agarrarle las bolas con toda la rabia que me había contenido. Un grito ahogado intentó salir, pero su cuerpo se limitó a retorcerse y apartarse todo lo que mis manos en sus bolas le permitieron.

—Ahora no eres tan valiente... Malnacido, ¿pensabas violarme?

—Noooooooo... N unca haría eso, solo estoy enfadado... —masculló casi sin aire.

—Pues espero que te lo pienses mejor antes de volver a hacer una estupidez como esta. —Lo solté de golpe y el aire pareció volver a llenar sus pulmones poco a poco—. ¡Escúchame bien! —hablé mostrándole el cuchillo en la mano—. No quiero volver a verte en mi puta vida o te juro que te castraré y haré que te tragues tu poca hombría.

Aún estaba retorciéndose cuando volvió a mirarme.

—Estás loca, Beth, todo esto es una locura... tú y yo...

—No hay un «tú y yo» no hay un «nosotros». No te conozco, creí hacerlo, pero eres un miserable. ¡Quisiste abusar de mí! —grité.

—No... jamás haría eso.

—Vete o no respondo. —Me aparté cuando empezó a caminar para salir de la cocina y dirigirse a la puerta, pero antes de salir del todo se giró de nuevo hacia mí.

—Me he equivocado mucho y lo lamento, pero lo que has hecho... No sé cómo carajos me enamoré de ti.

Cerró la puerta detrás de su espalda y yo volví a respirar. *¿Cómo carajos la persona con la que compartiste tu vida durante casi dos años se transforma en un desconocido?* Vale, quizá sí que me pasé en los detalles, pero se lo merecía.

Me quedé allí, sentada en el sofá, con el cuerpo débil de la impresión, aún con el cuchillo en la mano y con la plena certeza de que si volvía a pasar algo así terminaría en la cárcel, porque prefería aquello a ser sometida y ultrajada por Ben o por ningún otro imbécil.

Respiré tan profundo como mis pulmones me lo permitieron. Fui a la cocina y me vi tentada a coger una de las botellas de vodka que había traído del club, pero era muy temprano para ello, así que cogí una copa de vino y regresé a mi ordenador; sin embargo, no pude concentrarme porque las palabras de Ben y su cara no se apartaban de mi cabeza.

»¡Maldito pirado! Me arruinó el día, porque no pude hacer más que comer comida de la nevera, beber vino y, en la noche, tomar algunos tragos de vodka con soda. Así pasé los siguientes tres días, hasta aquella mañana, cuando mi vida, de una forma inesperada, empezó a cambiar para siempre...

Capítulo 6

Beth

Era tarde cuando abrí los ojos. Me vi tentada a dormir un poco más, pero el dolor de cabeza era inaguantable. Me puse en pie, cansada. Ni siquiera me digné a ponerme unos pantalones, me quedé justo como había dormido: con una camiseta blanca y bragas negras. No me miré en el espejo antes de salir, pero de seguro mi aspecto era terrible. Caminé a trompicones por el pasillo. Me costaba tener los ojos abiertos. Llegué a la cocina, cogí una botella de agua y me la tomé hasta el fondo.

—¡No vuelvo a tomar! —gruñí aunque nadie más me escuchara. Quizá para ver si así me convencía de que era hora de dejar el alcohol y poner orden en mi vida. Sobre todo porque, aunque no tuviera trabajo, los gastos de mi padre y de mi hermana no hacían pausa, tampoco los míos.

Sí, tenía que recuperar la cordura y buscar trabajo. Estaba decidido. Mi plan era prepararme un café, comer más lasaña fría de la nevera, ducharme, meterme a internet, enviar algunos correos con mi currículum. Era un buen plan ¿no? Pues no terminó siéndolo tanto...

Acababa de servirme una taza gigante de mi café favorito cuando el timbre sonó. Rodé los ojos y pensé en no abrir, pero era insistente. Ya me parecía que sabía quién era. Ben debía estar desesperado después de que no contestara ni una sola de sus llamadas, después de enviarme montones de mensajes pidiéndome perdón por su actitud sin recibir respuestas.

Di unos pasos para ir abrir teniendo en mente tirarle el café caliente en las bolas como lo hice con mi Drakie para que me dejara en paz, pero cuando tiré de la puerta, un hombre alto, con unos ojos azules grisáceos, un traje azul cobalto, una corbata del mismo color de sus ojos y mirada intensa, apareció delante de mí. Apenas lo reconocí, cuando lo vi tres noches antes, o más bien cuando me lo follé, estaba demasiada liada y tomada como para detallarlo tanto como esa media mañana bajo la luz del día.

—Vaya, ¿así acostumbras a abrir la puerta? —dijo enarcando una ceja, mientras su mirada se escabullía por la parte inferior de mi cuerpo. Lo imité y fue cuando recordé que iba en camiseta y bragas, pero qué más daba, me había penetrado hasta el fondo, así que ni siquiera me sonrojé.

—¿Qué haces aquí? —Fruncí el ceño.

Lo último que creía era que volvería a verlo. Ambos éramos conscientes de que solo había sido una noche o eso pensaba. Hizo un gesto con la mano para que lo dejara entrar, me aparté un poco, pero aun así rozó mi brazo. Calor, sentí calor.

—Tranquila, no he venido a follarte. —Le escuché decir, al tiempo en que yo cerraba la puerta y él se dirigía a mi pequeño salón.

—Ay, que tristeza tan grande —dije con sorna, llevándome una mano al pecho y poniendo los ojos en blanco.

Se acomodó en mi sofá y una media sonrisa le bailó en los labios. Me obligué a dejar de mirarlo porque era malditamente guapo y él lo sabía. Claro que lo sabía.

—¿Qué haces así a esta hora? —Su voz grave se coló por mi piel desnuda cuando me senté a su lado, aunque no demasiado cerca.

—Oye, el hecho de que hayamos echado un polvo...

—Un grandioso polvo —me interrumpió sonriente.

—...no significa que vengas a mi piso a juzgarme. No me conoces, no te conozco y tampoco me interesa hacerlo. ¿Vale? Así que dime lo que viniste a hacer, ya que has aclarado que no es a nada divertido, y luego te vas y no regresas.

—Si quieres podemos mejorar el día, no tengo prisa. —Lo apuñalé con la mirada y su sonrisa se esfumó. De hecho, apareció una expresión muy seria en su cara antes de seguir hablando—. He venido a proponerte algo. Más bien un empleo.

Lo miré confusa mientras le daba el primer sorbo a mi café. Se quedó detallándome por un instante y luego, una ligera expresión divertida se asomó a su perfecto rostro.

—¡No puede ser! No recuerdas nada de lo que me dijiste esa noche ¿cierto? —agregó.

La verdad era que no recordaba casi nada de lo que hablé. Los recuerdos eran como retazos que no encajaban del todo. Quise mentir y decirle que tenía todo claro, pero la realidad era que ni siquiera me había detenido a pensar en esa noche o al menos, no precisamente en lo que dije en el club.

—¡Ya habla o lárgate! —ordené.

—Bien. —Se enderezó y me extendió la mano con una carpeta que ni siquiera había notado —. Dijiste que perdiste tu trabajo, que habías puesto en su lugar al idiota de tu jefe. Que habías encontrado a tu novio tirándose a una rubia y que querías pagarle con la misma moneda...

—¿Lo último es relevante para lo del trabajo? —inquirí cruzando las piernas y tomando otro trago de mi café.

—Solo era por si querías recordar. —Seguía serio y yo empezaba a desesperarme—. Quiero que te cases conmigo...

El líquido oscuro que casi atravesaba mi garganta, retrocedió por boca y nariz desparramándose sobre la alfombra. Mi cara debió ser de terror absoluto porque de repente pareció tan incómodo como yo.

—¿Qué demonios...? ¿Estás pirado? —Me levanté con rapidez dirigiéndome a la salida—. Escucha, no sé de dónde has salido ni qué coño tienes en la cabeza, pero será mejor que te vayas.

Su cuerpo estaba tan tenso como el mío. Su ceño se frunció en cuanto se levantó del sofá y se acercó a mí, que ya tenía la puerta abierta para que saliera.

—Vale, sé que esto parece una locura, pero escúchame, todo tiene una explicación.

—Sí, que estoy tan mal en esta puta vida que salgo del imbécil de mi novio y me topo con un demente psicópata.

Respiró agobiado pasándose las manos por el rostro.

—A ver, Beth.

—Elizabeth para ti...

—Elizabeth, tú necesitas un trabajo, yo necesito una esposa en un mes, durante un año. Es todo, es un simple trámite.

—Pero ¿tú de qué vas? No te conozco de nada y no logro entender una sola palabra. —Me crucé de brazos apoyada en una pierna.

—Verás, eso que acabo de darte —señaló la carpeta sobre el sofá—, es el contrato, todo está redactado. Si quieres léelo y si tienes duda te las aclaro. Considéralo un trabajo, nada más.

Me quedé helada. Ese hombre me parecía tan guapo como demente, pero su expresión era demasiado seria. Cada pensamiento irracional me cruzó por la cabeza. Que era un asesino y quería matarme en un juego retorcido. Que era un pervertido y le había gustado en exceso nuestro encuentro sexual o en su defecto, que decía la verdad y que por alguna razón ilógica, necesitaba una esposa por contrato.

—Vale, lo entiendo, te has quedado en shock. Es normal. Haremos esto: tengo que volver a la

oficina, lee los documentos y me llamas cuando lo hagas. Te he dejado una nota adhesiva dentro de la carpeta con el número de mi móvil, pero no tardes, no tengo tiempo que perder.

Él atravesó la puerta sin más y yo me quedé allí, pensando en cómo carajos siete copas y una noche de sexo me habían llevado hasta allí. Pensé en lo guapo pero loco que estaba Clark y en la estupidez que acababa de ofrecerme. Me senté en el sofá con la carpeta gris en la mano mirándola con gran curiosidad, porque, aunque era una propuesta absurda y obvio no aceptaría, necesitaba saber qué rayos decían esos papeles y por qué un hombre como ese se presentó en mi piso con la palabra matrimonio en los labios.

* * *

Pasé toda la mañana leyendo el documento de unas diez páginas, cuando llegué a la mitad había tantos términos desconocidos que volvió a dolerme la cabeza. Reconocí muchos puntos importantes, como que debía permanecer un año casada con él, que no debía hablar nada del matrimonio falso con nadie, que debía ir a revisión médica para corroborar mi estado de salud, que debía cumplir con mis obligaciones matrimoniales con fechas acordadas o lo que fuese que eso significara.

»Debía acompañarlo a reuniones puntuales y comportarme a la altura del apellido Holland. No podía inmiscuirme en escándalos públicos y aunque el matrimonio sería por un contrato, no podía tener relaciones con nadie más para evitar cualquier filtración a la prensa.

A media tarde me sentía mareada por tantas letras y me fui a la cocina a buscar algo de comer. Cuando abrí la nevera recordé que ya no quedaba lasaña, lo único que aún estaba intacta era la tarta de manzana que nunca me gustó, pero tuve que atragantarme de ella para no morir de hambre porque no me apetecía cocinar.

Me senté sobre el sofá y mientras comía, decidí revisar todas las notificaciones de mi móvil que iba a reventar. Tenía doce de Ben, con mensajes de disculpas, un mensaje de mi hermana que decía que estaba feliz porque le había ido estupendo en sus exámenes finales, otro de Loly preguntándome si había logrado conseguir empleo y cinco de Ray, diciendo que contestara el maldito teléfono. Rodé los ojos solo de pensarlo escribiendo ese mensaje, todo exagerado, y tal como si lo hubiese estado invocando, su cara sonriente apareció en la pantalla de mi móvil.

—Sí sabes que eres un pesado cuando te lo propones —gruñí ante su insistencia.

—Y tú eres un palo en el culo cuando te desapareces por tantos días —se quejó del otro lado.

—¿Qué quieres, Ray?

—¿Qué quiero? ¿Es en serio? Te has perdido por días, llevo tiempo intentando comunicarme contigo y no contestas, así que habla ¿Qué demonios pasa?

Me quedé en silencio quizá demasiado tiempo, no podía mentirle, era la única persona en el mundo capaz de leerme incluso a través del teléfono.

—Terminé con Ben —dije a media voz y me imaginé la mueca en su rostro al escucharme.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué pasó?

—¿Cómo lo supiste...? ¡Addy! Menuda chismosa.

—Como no contestas la llamé, ya sabes cómo es. Te engañó, es eso ¿cierto? lo voy a matar...

Durante un rato tuve que contarle a mi mejor amigo que no solo había terminado con Ben, sino que había perdido mi empleo y además me había tirado a un desconocido que parecía tallado a mano. Además de que se lo había contado a Ben y él había reaccionado como un psicópata.

—¡Eres una demente! Porque a ver, lo de tirarte al desconocido por vengarte, pues vale, tú eres así de intensa en todo, pero lo de contárselo... ¿Qué hubiese pasado si te hubiese lastimado?

—No creí que lo hiciera, siempre fue tan pasivo que no pensé que intentara hacerme daño, pero me equivoqué...

—Sabes que ni a Jeff, que en paz descanse, ni a mí, nunca nos cayó bien ese tío, parecía que no cagaba, siempre tenía cara de estreñido.

—¡Por Dios!

Lo escuché soltar una carcajada del otro lado y yo lo imité sin proponérmelo. Ray siempre fue así de franco. No tenía tapujos con nada.

—Y cuéntame, ¿cómo te fue con el tipo? ¿Te cogió bien?

Me mordí los labios al recordarlo dentro de mí con fiereza. Al rememorar cuando lo monté sintiendo su miembro latir dentro de mis paredes vaginales y su cara cuando lo abordé con la boca en su coche, pero me vi obligada a disipar esos pensamientos cuando miré la carpeta, era guapo, pero estaba desquiciado.

—Estuvo bien —me limité a decir, después de todo, no lo volvería a ver porque no aceptaría esa estúpida propuesta.

—Vamos, no seas así. Solo quiero apoyarte. —Me escuchó reír y supo que no contaría—. Vale, eres una aburrida, pues yo si te contaré. Hace poco estaba en una playa y me encontré con un par de morenas y no te imaginas, eran preciosas y aceptaron mi invitación a mi cabaña...

—¡No me digas que te las tiraste a las dos...!

—Nooooo —dijo en tono dramático—. Ellas me cogieron a mí y no sabes lo delicio...

—Ya vale, tengo suficiente con imaginarme a mi mejor amigo follando en un trío. —La imagen me llegó a la cabeza, porque en realidad ya lo había visto una vez cuando llegué antes a nuestro piso, luego de visitar a mi familia. Estaba sentado en el sofá desnudo, mientras dos chicas estaban de rodillas dándole caricias a su miembro con sus bocas—. Por Dios, que asqueroso. —Sacudí la cabeza espantando la escena y su risa inundó mi oído.

La verdad no era que me alborotara si hubiese sido otra persona, pero Ray era como mi hermano y que desagradable ver a tu hermano en esas andanzas. ¡Prummm, asco!

—Como si no te conociera, no te hagas la mustia, eres una calenturienta también...

—¡Ya! Deja de hablar tonterías. ¿Cuándo vuelves?

—No sé... ¿Me necesitas? Si es así puedo volver cuanto ante.

Me lo pensé, sí que lo extrañaba un montón, pero no tenía por qué arrastrarlo conmigo, mis problemas eran solo míos y debía resolverlos como siempre, sola.

—No, no te preocupes, estoy bien.

—No, no lo estás, pero nunca lo vas a admitir. —Hizo una pausa—. Como sea, sabes que cuentas conmigo, si me necesitas, llama y estaré allí en menos de lo que piensas.

—Gracias, Ray. Love you.

—Love you more, Betty, Betty. ¡Bye!

Me despedí de Ray sintiéndome mucho mejor. Él tenía esa facilidad de ayudarme a serenar o de sacarme una sonrisa en un día de mierda como lo estaba siendo aquel. No había enviado ningún correo buscando empleo y lejos de eso, me encontraba en el salón de mi casa leyendo papeles, de los cuales no entendía ni la mitad de lo que decían.

Fui a descansar un poco y luego de una siesta corta, volví al salón para seguir leyendo, todo

era complejo. El contrato decía que, obvio, nos casaríamos con bienes separados, pero que pagaría todas las deudas de mi padre, lo que restaba de la universidad de mi hermana, que costearía mis gastos personales y que al terminar el contrato me pagaría un millón de euros como compensación por el trabajo ejercido.

—¡Qué mierda...! —mascullé mientras mis ojos seguían las líneas—. ¿De dónde sacará tanto dinero? —Me pregunté, entonces algo flotó en mi cabeza: «Holland» ese apellido lo había escuchado antes.

Me metí a Google y escribí su nombre. Cuando le di a buscar, unos segundos después, apareció su foto junto a innumerables noticias, tanto de negocios como de espectáculos. Algunas eran antiguas, otras recientes. *«Clark Holland, el nuevo presidente de las empresas Gold Blood»* era la noticia más antigua, de algunos ochos años atrás, seguida de otras tantas parecidas donde resaltaban su labor y lo exitosas que eran cada una de sus empresas, tanto las que se dedicaban a la fabricación y distribución de perfumes, como aquellas que se inclinaban por los lujosos zapatos. La nota más reciente se titulaba: *«Clark Hollad, un hombre exitoso, guapo y soltero. El sueño de toda mujer»*.

Todo era surreal, no me lo podía creer. Seguí leyendo unos puntos más del contrato, muchos eran banales como que debía vivir con él, algo obvio, que no podía quedar embarazada si en dado caso decidíamos tener intimidad... Y un montón de tonterías más. Cuando llegué a la mitad de la última página, el sol ya se ponía y el timbre volvió a sonar. Maldije por lo bajo, no quería ver a nadie, pero de seguro era Clark Holland que había vuelto para que le dijera en su cara que era un pirado y que se largara de mi casa.

Caminé a la puerta y al estirar mi mano, girar la perilla y apartar la madera blanca, la cara de Ben apareció ante mí. Mi corazón palpitó fuerte, aunque no supe si por la impresión de verlo sin esperarlo o por recordar la última vez que estuvo allí. La verdad era que no sabía qué esperar, pero algo me decía que nada bueno.

Capítulo 7

Beth

Su rostro parecía cansado. Sus ojos verdosos me miraban inquietos mientras se pasaba la mano por el cabello rubio. Vestía unos vaqueros oscuros, una camiseta color beige y unas zapatillas deportivas blancas. Sí, podía pasar por un supermodelo y a simple vista parecía la persona más inocente del mundo, pero no lo era. Cuando pude reaccionar intenté cerrar la puerta, pero me conocía lo suficiente para deducirlo, así que no lo permitió.

—¡Tenemos que hablar! —dijo apartándome para adentrarse en mi piso.

—Mira que tienes cara dura. —Estrellé la puerta—. ¿Qué coño haces aquí, Ben? ¿Vienes a intentar lastimarme de nuevo?

Yo me crucé de brazos y él seguía mirándome como si buscara en su cabeza las palabras adecuadas, pero todavía no habían inventado ninguna que me quitara las ganas de volver mierda su bonito rostro.

—¡Escucha! —Intentó acercarse, pero supo que no era buena idea cuando solté mis brazos a cada lado y los apreté contra mi cuerpo. Juro que si me hubiese tocado en ese momento me convertía en asesina. Por suerte retrocedió los dos pasos que ya había dado—. Cariño, sé que he sido un imbécil, el más grande de este mundo, pero yo te quiero. Ella solo ha sido un desliz y el otro día, yo... estaba ciego de los celos de imaginarte con alguien más. —Se mordió el lado interno de la mejilla y lo supe, había una mentira dentro de esa oración y debía ser sobre la rubia.

Intenté respirar antes de hacer la pregunta, como si así pudiera soportar la respuesta, y es que, si había algo que me molestara y me doliera más que el engaño, era que me vieran la cara de imbécil. .

—¿Cuántas veces?

—¿Qué? —Me miró confuso.

—¿Cuántas veces te acostaste con esa mujer mientras estabas conmigo? —Abrió los ojos y noté que volvería a mentir. No lo permitiría—. Ni se te ocurra mentirme. ¿Cuántas veces me engañaste?

—Yo... —Sus ojos brincaban de un lado a otro. Estaba nervioso—. Es que tú nunca estabas. Últimamente nuestros horarios nunca coincidían y yo...

—¡Ben! —grité ansiosa.

—Muchas... yo... muchas veces, pero se acabó, lo juro. —Unió sus manos en forma de súplica, mientras yo intentaba tragarme el nudo que sus palabras formaron en mi garganta.

—¡Maldita seas, Ben! ¡Maldita seas! —Logré articular, aunque seguía casi inmóvil—. Te pedí que no hicieras esto. Me convenciste de que podíamos tener una relación más allá de acostarnos y te creí. Dijiste que me querías y todo era mentira. ¿Por qué? ¿Por qué orillarme a tomar lo nuestro en serio para luego hacer esto? No te conozco, eres una persona muy distinta a la que pensé.

Elevó la mirada, parecía agobiado, triste y molesto. Yo estaba decepcionada, tres días atrás había intentado hacerme daño y todo lo que creía de él se esfumó como niebla.

—Ese siempre ha sido el problema, que yo te he querido demasiado y tú no.

—¿Qué? —Tomé el control de mi cuerpo y caminé hacia él—. ¿Me has querido demasiado? ¿En serio? Tiene que ser una maldita broma, ¿cierto?

Ni siquiera era consciente de que estaba demasiado cerca hasta que intentó besarme y terminó tirado sobre el sofá luego de que lo empujara con todas mis fuerzas.

—¿Qué diablos te pasa? —pregunté sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—Lo siento. —Se acomodó en el sofá, puso su rostro entre sus manos y luego alzó la mirada dejándome ver su frustración—. Es tu culpa, tú me vuelves loco. —Se puso de pie tan rápido que me estremecí, pero no se lo demostré.

—Vale... ahora tengo la culpa de que te folles a cualquiera. Seguro que también soy culpable de que Bob Patiño siempre quiera matar a Bar Simpson.

—Aunque lo diga así y bromees, sí que eres culpable. ¿No te das cuenta? —Me agarró por el brazo con fuerza—. Me cansé de mendigar tu tiempo. Me cansé de esperar a que fueras una mujer normal con intereses reales como tener una familia.

—¿Perdona? —Me solté de golpe—. ¡¿Una mujer normal?! —repetí.

—Sí. Esa chica con la que me viste daría lo que fuera porque yo le pidiese matrimonio y apenas la conozco hace dos meses.

—Pero ¿de qué carajos hablas? —Todo mi cuerpo estaba tenso, ni siquiera era capaz de entender lo que decía, no hasta que me perdí en sus ojos llenos de rabia e impotencia, como si hubiese sido yo quien le hubiese fallado.

Me miraba como lo miré yo aquella tarde.

—Vale, ya lo entiendo, señor Ben. —Reí con rabia—. Lo que querías era una mujer que se casara contigo, te diera cinco hijos y esperara en casa mientras tú te follabas a otras.

—Si hubieses aceptado casarte conmigo no me hubiese acostado con nadie más. —Una carcajada agria salió de mi garganta con tanta fuerza que lo enfureció—. Ni siquiera sé cómo pude enamorarme de ti, eres una mujer con el alma fría, arrogante y jamás podrás darle a nadie lo que necesita —dijo acercando su cara a la mía, pero sin atreverse a tocarme.

—No tengo por qué darle a nadie lo que necesita, Ben. Soy una mujer no un títere manejado para suplir las carencias de otros —repliqué acercándome aún más. Podía sentir su aliento y nuestras miradas retadoras no se apartaban.

Ben siempre decía que quería una familia y siempre le dejé claro que no quería hijos y que aún no estaba lista para casarme. Nunca se quejó, pero esa tarde, mientras nos mirábamos fijamente a los ojos, vi todos sus reproches. Toda su rabia y no lo entendía, no porque no supiera que él deseaba tener hijos y todas esas cosas con la que la mayoría de gente sueña, sino porque desde que nos conocimos siempre fui bastante clara al respecto.

—Estás cometiendo un error, Beth —afirmó apartándose un poco—. Nadie va a soportar verte solo tres veces por semana cuando tengas demasiado trabajo. Nadie va a soportar tu carácter de mierda cuando te enfadas. Nadie más que yo va a querer hacerte su esposa. —Su voz era casi una súplica, pero envuelta en ira.

—Tal vez... pero prefiero estar sola que estar con alguien que un día dice quererme y al siguiente tiene la polla metida en otro coño. Lo prefiero a estar con un hombre que finja ser un príncipe y termine siendo un animal.

Mi voz sonó tan fría como pretendí. No podía perdonarlo. No podía ni siquiera verlo sin asco. Detestaba la gente hipócrita y no porque fuera una santa, no, siempre tuve una vida sexual activa, pero dejé todo ello atrás para intentar algo serio con él, porque le quería, aunque él dijera que no, yo le quería y sobre todo confiaba en él, que es mucho más de lo que hago con la mayoría de la gente. Me cagaba que después de todo, él lo hubiese arruinado de esa forma y justo el día que perdí mi trabajo, como si todo fuese un complot del universo.

—Lo estarás. —Rio amargamente—. Estarás sola porque nunca podrás hacer feliz a nadie.

Nunca podrás ser una esposa para nadie. Nunca llegarás tan alto como quieres, porque yo ya no estaré aquí. Eres un desastre, Beth, y nadie quiere el caos en su vida. Estás echando a la única persona que no le importa lo que eres.

—¿En serio? —Caminé hasta el sofá y me dejé caer, agotada de aquella conversación—. Pues que mal rollo estar sola haciendo lo que me apetezca. Follando con quien me dé la gana y bebiendo sin que ningún imbécil me diga cuando parar —ironicé.

Se giró para verme y se cruzó de brazos. En su cara se dibujó algo que jamás le vi antes, maldad.

—No te das cuenta, ¿cierto? Te quedarás sola. Aquí solo me tenías a mí.

—No te necesito. —Dejé de mirarlo.

—Eso lo sé, jamás necesitaste a nadie, pero nunca podrás ser feliz. Nunca. Todo tu mundo se está derrumbando. Sé que perdiste tu trabajo por no poder parar esa lengua. Y también sé que en algún momento me vas a extrañar, porque por más que folles nadie te tomará en serio, nadie querrá atar su vida a la tuya. Nadie querrá caminar contigo de su mano porque eres como un cactus, estás llena de espinas y por más hermosa que seas, no será suficiente.

Lo escuchaba hablar sin ser capaz de mirarlo. Sus palabras se anidaban en mi estómago y me revolvían por dentro, y es que le conocía tan bien que sabía que quería hacerme daño y lo estaba consiguiendo. Después de todo no soy de piedra como me pintaba.

—Eres preciosa, tanto que dueles, pero la vida es mucho más que eso y algún día querrás que te quieran, querrás que te abracen con cariño, querrás ponerte un vestido blanco y sonreírle a un hombre que te espere lleno de alegría en una iglesia como yo deseaba hacerlo, pero será tarde, muy tarde.

Volteé a verlo para encontrarme con una sonrisa llena de muchos sentimientos. Con una mirada llena de sombras que no le había visto antes.

—Fuiste tú quién me fallaste —dije casi en forma de susurro.

Tenía un nudo en la garganta y un montón de sensaciones encontradas.

—¿Yo? —Alzó la voz acercándose a mí hasta sentarse a mi lado y agarrarme del brazo—. Yo no te fallé, tú me fallaste a mí. Solo hice lo que cualquier hombre hubiese hecho.

—¿Engañarme? —Me solté, pero tardé más en hacerlo que él en volver a tirar de mí.

—Buscar a alguien que me diera su tiempo y no que estuviera sumergida en su trabajo. —Volteé la cara aunque no pudiera girar mi cuerpo—. ¡Mírame! —Atrapó mi mentón con la mano libre—. Te quiero... te quiero tanto como te odio.

Mi corazón dio un vuelco *¿cómo podía decir eso?*

—Creía que podía convencerte de tener una familia, de ser una mujer normal, pero eres una cabezota —agregó.

Yo me solté rápido incorporándome, no quería seguir escuchando. Dolía, aunque no quisiera, dolía mucho escuchar a la persona con la que había compartido casi dos años de mi vida hablarme de esa forma. No lo conocía, creía que sí, pero nunca lo hice.

—Es mejor que te vayas.

Caminé hasta la puerta y sentí sus pasos detrás de mí. Giré la perilla y tiré de ella hasta dejar el hueco por el que tenía que pasar para salir completamente de mi vida.

—¿Sabes? —Me enfrentó—. Espero que seas infeliz, que sufras como me estás haciendo sufrir a mí. —Su voz sonó más calmada, pero con la misma furia que segundos atrás.

—¡Es suficiente! —Me harté—. Todo este tiempo te hablé con la verdad, te dije lo que sentía y lo que podía darte. Tú lo aceptaste y parecías encantado. Si tu loca cabeza se enamoró de una Beth que no existe, es tu puto problema. Y para que te enteres, tienes razón, no soy una mujer normal. No creo que exista una. La mujer que quieres que sea es solo una idealización absurda de tu ego. Yo... —me señalé— soy una mujer que sabe lo que quiere y lo que merece, y no voy a dejar que ni tú ni nadie me diga lo que tengo que hacer o quién debo ser. ¿Vale? No me interesa cumplir tus patéticas expectativas ni las de este mundo de mierda. Ahora vete de mí piso y no te atrevas a volver.

Lo vi tensar aún más la mandíbula y echarme una mirada que paralizaría a cualquiera, a cualquiera menos a mí.

—¿Qué esperas? ¡Lar-ga-te! —Señalé la puerta.

—Eres como un animal salvaje, no me explico cómo demonios he podido quererte.

—Pues espabila y sal de aquí, antes de que este animal salvaje te destroce tu linda cara.

Me crucé de brazos con fuerza, conteniendo todo lo que sentía por dentro. Ben me echó una última mirada antes de cruzar el arco.

—¡Jódete! —Le escuché decir ya del otro lado.

—¡Que te den! —repliqué cerrando la puerta con furor.

Me fui a la cocina a por un vaso de agua. Estaba furiosa. Todo mi cuerpo temblaba y las palabras de Ben se arremolinaban a mi alrededor: «Nunca nadie te tomará en serio». «Nadie te querrá como esposa ». Debí asesinarlo y enterrar el cuerpo, quizá así no hubiese estado sintiendo que corrían clavos por mis venas.

¡Maldito Ben! Lo logró. Logró desequilibrar mis emociones. Él me había fallado y quería hacerme creer que todo lo ocurrido fue mi culpa. Quizá le hubiese funcionado con otra, pero no conmigo, sin embargo sus palabras no dejaban de doler. No dejaban de producir un malestar general en todo mi ser. Él se equivocaba y se lo demostraría.

No lo pensé mucho, cogí los documentos que había estado leyendo antes de su llegada y los firmé ejerciendo más fuerza de la que debía. Luego alcancé mi móvil y envié un mensaje: «Acepto» y segundos después, como si hubiese estado esperando esa respuesta, contestó: «De acuerdo, futura esposa».

Puse los ojos en blanco y me tomé el último sorbo de agua como si intentara apagar una llama dentro de mi alma, pero nada podía apagarla. Necesitaba más. No me detuve a reflexionar, siempre me ha sido difícil cuando estoy enfadada. Volví a coger el móvil y escribí otro mensaje: «Sexo, mi piso, media hora». Lo envié sin titubear, pero estaba ansiosa, con ganas de sacar todo lo que tenía dentro, así que agregué otro: «Si no estás aquí en media hora busco otro prospecto».

Vio los mensajes, pero no respondió. No me importaba, hablaba en serio. Clark follaba como los dioses, pero si no estaba allí pronto saldría en busca de alguien más. Necesitaba ser la misma que antes de conocer a Ben, esa mujer libre que no le importaba una mierda tener una relación seria. Necesitaba caricias que recorrieran mi piel. Necesitaba sexo duro sin sentimientos como el que había tenido con Clark. Necesitaba mi libertad antes de... ¿casarme? Joder. Iba a casarme... ¿Con Holland?

¿Qué carajos estaba haciendo? No lo sabía, pero esa tarde no me importó, no quería pensar y esperaba que él tampoco llevara nada que discutir antes de follarme hasta hacerme gritar de placer. ¡Maldito Ben!

Capítulo 8

Clark

Llegué a la oficina luego de entregarle el contrato a Elizabeth. Me dolía la cabeza. Llevaba cuatro días con ese malestar. La última discusión con la abuela seguía atormentándome. Era la única persona capaz de sacarme de mis casillas. Nuestra acalorada conversación seguía retumbando en mi cabeza.

—Si no estás casado para cuando cumplas los treinta y uno, dejaré las empresas en manos de tu primo.

—Es un bueno para nada...

—Pero está casado y tiene una hija, en cambio tú vives saliendo con mujeres, eso no habla bien de ti ni de nuestro apellido.

—Stick y su hermano son la peste de esta familia, además tengo la mayoría de las acciones. Gracias a mí y el trabajo que he hecho durante estos ocho años estamos consolidados. No puedes quitarme la presidencia.

En su rostro se dibujó una sonrisa fría.

—Su hermano sí, por eso ya no es parte de nosotros, pero Stick no y claro que puedo. Sabes tan bien como yo que cuando se toman decisiones como esta no importa que tengas el cincuenta por ciento de las acciones, la junta directiva es la que elige y puedo hacer que tu primo sea el nuevo presidente.

—¿Por qué diablos estás haciendo esto, abuela? ¿Eres capaz de arriesgar todo nuestro imperio solo porque no estoy casado?

—El matrimonio es importante, pero no es solo eso. Necesito asegurarme de que toda la fortuna de esta familia no llegará a manos de ninguna de esas mujerzuelas con las que te acuestas.

—Eso no pasará —aseguré.

—Claro que no pasará. —Se puso de pie—. No lo permitiré. Ya sabes...

—Falta poco más de un mes para mi cumpleaños, ¿cómo pretendes...?

—Hace unos meses dijiste que tenías novia, ¿no?

Había olvidado que le mentí cuando quiso presentarme a una chica de «buena familia».

—Sí, pero...

—Pues quiero conocerla y si la apruebo te casarás de inmediato.

Abrí la boca para mandar todo al diablo. No necesitaba seguir allí. Tenía mis cuentas bancarias repletas por todo mi trabajo, mis inversiones y la herencia directa de mi madre, pero entonces recordé la promesa que le hice justo a ella diez años atrás antes de morir, cuando me imploró que me ocupara de toda la familia.

Respiré profundo y saqué de mi cabeza las ganas que tenía de que le diera un infarto masivo a la anciana de pelo gris, estatura promedio, delgada y ojos azul grisáceo como los míos. Sí, puede que parezca un desgraciado y puede que en realidad lo sea, pero no lo pensarías si la conocieras. Es una mujer de armas tomar. Saqué de mi cabeza la esperanza porque primero me daba el infarto a mí antes que a ella.

—No vas a mandar en mi vida, no dejaré que te metas.

—Haz lo que te plazca, cariño, pero estás advertido.

Salió por la puerta de mi oficina con su bastón dorado como si de verdad lo necesitara para caminar y yo me quedé con ganas de asesinar a alguien, específicamente a ella. Desde ese día me empezó el dolor de cabeza y solo se iba por ratos.

—No tienes buena cara. —La voz de Emily me sacó de esos recuerdos.

—¿No te enseñaron a tocar? —gruñí a la rubia.

Ella era la prueba viviente de que eso de que las rubias son tontas es una vil mentira. Emily Palmert, mi abogada y mejor amiga. Inteligente, astuta, hábil y jodidamente bella.

—Toqué y no respondiste, tu secretaria no está. —Se sentó frente a mí, cruzándose de piernas con ese traje rojo que resaltaba su belleza.

—La envié al archivo por unos documentos importantes.

—Hablando de documentos importantes, voy a redactar uno vital y necesito que me lo firmes. Es tu aprobación para internarte en un psiquiátrico.

—Muy chistosita. —Me recliné en mi silla, algo cansado por el estrés de los últimos días mientras ella sonreía acomodándose las gafas.

—Es que tienes que estar loco, Clark. No entiendo cómo puedes proponerle matrimonio a una mujer con la que te acostaste una sola vez. No la conoces.

—Sabes por qué lo hago.

—Sí, por la bruja de tu abuela, pero es que no la conoces. Llegué a creer que te casarías con Ruth. —Hizo una mueca de asco—. Eso sería terrible, no podría ser tu madrina. Le arrancaría los pelos por zorra.

—No te he pedido que seas mi madrina...

—Por Dios, si nadie te soporta. Eres un desgraciado y Julián y yo somos los únicos que aguantamos tu geniecito.

Le puse mala cara. *¿Cómo podía ser mi mejor amiga?* Menuda bruja.

—Ruth es solo para pasar el rato.

—Lo sé, pero es la única con la que te has acostado más de una vez, siempre pasas una noche con todas y la echas a volar.

—Solo han sido tres veces, no es para tanto.

—Tratándose de ti, lo es. No has durado más de un día con nadie después de...

Se calló de golpe, sabía que no quería que la mencionara. Ya no la odiaba, pero seguía resultándome difícil no tensarme cada vez que escuchaba su nombre o en su defecto, cada vez que la veía.

—¿No tienes trabajo?

Puso los ojos en blanco.

—En efecto, y lo estoy haciendo. Estoy tratando que mi feje déspota entre en razón. Ahora dime la verdad... ¿Por qué esa chica? No tienes idea de quién es...

—La tengo.

—El hecho de que la hayas investigado no significa que la conozcas, Clark.

—Sé lo suficiente.

Se cruzó de brazos.

—Habla ya, capullo.

—Por mucho menos que eso he despedido a muchos. —Enarqué una ceja.

—No puedes vivir sin mí, así que no me preocupo.

—Bruuuu —resoplé—. Eres una pesada—. Me miró con cara de «escupe lo que tengas que decir»—. Vale... Es solo que la investigué y necesita el dinero. Es bella, inteligente y puede hacer pasar malos ratos a la abuela.

—¿Desde cuándo te preocupas por los problemas cotidianos de gente que ni siquiera conoces? —Apoyó sus codos sobre mi escritorio con mirada acusadora—. A mí no me engañas, Holland. Hay algo más.

—Oye, ya te dije la verdad. Si quieres creerme o no, ese es tu problema. Ahora vete a trabajar, ocúpate de tus asuntos y yo me ocupo de los míos. ¿Vale?

Su mirada me dijo que no me creía nada, pero no me importaba, era la verdad, a medias. Hasta cierto punto ella tenía razón, nunca me importó una mujer después de June, la amaba, de verdad lo hacía, pero ella me destrozó el alma y me demostró que el amor es una idiotez.

Emily caminó hacia la puerta, pero antes de atravesarla se volvió hacia mí:

—No sé qué te hizo esa chica, pero te gusta. ¡Ten cuidado!

Y ahí estaba la advertencia que cargaba en los labios desde que entró a mi oficina, y lo peor de todo era que Emily y sus advertencias eran como un maldito hechizo, casi siempre se cumplían.

*** * ***

Atravesé la oficina furioso. La reunión con mi equipo de trabajo resultó pésima y terminé despidiendo a dos ineptos. Tres meses haciendo negociaciones con nuestra nueva empresa y si no es por Emily todo se va a la basura. Aparte de ello, una de las producciones más grandes de zapatos seguía detenida en la fábrica por un estúpido retraso de la empresa de distribución. Definitivamente estaba siendo un muy mal día.

El sonido del teléfono detuvo mis dedos en la sien y me vi tentado a estamparlo contra la pared, pero antes de ello respiré y atendí.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Lily, mi secretaria.

—Disculpe señor —su voz tembló—. La señorita June lo busca.

Me quedé en silencio. ¿Qué diablos buscaba esa mujer en mi oficina?

—No estoy para recibir a nadie. —Corté, sin embargo, antes de dejar el teléfono en su lugar, la figura delgada con cabello largo ondulado y ojos miel, atravesó el umbral.

—Lo siento, Mía quiere verte —habló sin mirarme y detrás de ella salió la niña de cabello claro como su padre.

Si te lo preguntabas, June era mi novia ocho años atrás, era modelo de zapatos y manteníamos una relación secreta, solo Emily y mi primo lo sabían, sí, Stick. Cuando menos los esperaba la presentó ante la familia como su novia, la misma que estaba embaraza de él y pronto se iban a casar.

Esa noche el amable y dulce Clark desapareció. En su lugar nació una persona que no confía en nadie y no cree en el amor. Que odia media humanidad y que la otra le da igual. Nunca dije nada a la familia, la bebé que estaba en su vientre no era responsable de ser el resultado del acto miserable del engaño. Desde entonces June no podía sostenerme ni siquiera la mirada y Stick siempre actuaba como si nada hubiese pasado.

»Desde que conocí a Mía cuando tenía un año, la quise. Era imposible no hacerlo, sobre todo porque ella siempre estaba sentaba en mis piernas jugueteando con mis mejillas. Después de todo, ella era solo un precioso ser que tuvo la desgracia de venir al mundo de la mano de dos capullos malnacidos que ni siquiera tuvieron la decencia de pedir perdón, aunque nada hubiese cambiado, nunca los habría perdonado.

—Tío Clark.

Los brazos de Mía, de siete años, se aferraron a mi cuello cuando me agaché y la tomé en

brazos.

—¿Qué haces aquí, pequeño renacuajo? —Le zampé un beso en la mejilla mientras ella sonreía como si fuera feliz solo de verme.

—Es que te he extrañado mucho. Tengo días pidiéndole a papá y a mamá para que me traigan a verte y dicen que están ocupados. —Miré a June, que de inmediato evitó mi mirada—. Hoy le he dicho a mamá que si no me traía a verte me escaparía de casa.

Sonreí, era capaz de hacerlo. Era una niña dulce pero determinada.

—Lo siento, me vi a obligada a venir... preferí traerla aquí que a tu casa.

—Yo también te extrañé —ignoré las palabras de la castaña y me dirigí al sofá dejando a Mía a mi lado—, pero no puedes salir de casa sola. Eres una cría aún. —Le apretujé las mejillas y resopló.

—Es que paso mucho tiempo sin verte, tío. ¿Acaso ya no me quieres?

—Claro que sí, pero tengo mucho trabajo. No es tan fácil como crees.

Claro que no era nada fácil, cada vez que veía a la pequeña tenía que ver a ese par o a la abuela. Los padres de Stick vivían fuera de la ciudad desde hacía cinco años. Solo venían de vacaciones. Y su hermano ni siquiera se nombraba a nuestro alrededor.

—Lo entiendo. —Hizo una mueca de cansancio y supe que iba a hacer lo que mejor sabía, intentar manipularme—. Ya no tienes tiempo para mí.

—De eso nada, renacuajo. Sabes que te adoro, pero nada de manipulaciones. Estoy suficientemente grande para dejarme chantajear por una mocosa como tú. —Le acaricié la nariz y sonrió como un angelito.

—Vale, tío, pero prométeme que te veré más a menudo. Deberías llevarnos a comer helado a mí y a mi amiga Lana, ella está enamorada de ti.

Abrí los ojos y luego me eché a reír. Al menos mi tarde había mejorado con la visita de Mía. Me centré en ella y no en la mujer que seguía de pie cerca de la puerta sin ser capaz de sostenerme la mirada ni por un segundo.

—Creo que Lana está muy pequeña para mí, pero seguro que podemos comer helado un día estos, ¿vale?

—Vale. —Se lanzó de nuevo a mis brazos—. ¡Te quiero, tío Clark! Eres mi superhéroe.

—Y tú eres mi guerrera amazónica. —La apreté contra mi pecho y sentí que de alguna forma la vida tenía sentido.

¿Cómo carajos podían querer tanto al fruto de la traición, de la mentira? ¿Cómo podía adorar al resultado de mi sufrimiento? No lo sabía, pero cada vez que Mía me miraba, me sonreía o me abrazaba, todo ello desaparecía.

—Eh... hora de irnos, cariño. —La voz atropellada de June sonó y Mía puso mala cara como siempre.

Dos minutos después, luego de prometerle comer helado juntos en los próximos días, se fue feliz saltando de la mano de su madre. No pude evitar que un pensamiento me atravesara la cabeza. ¿Qué hubiese pasado si ella hubiese sido mi hija? Sacudí la cabeza y despejé tal pensamiento. No valía la pena pensar en el pasado, en especial porque de alguna manera estaba agradecido con la vida de haberme quitado de encima a una mujer como June.

* * *

—Señor Holland, no encuentro el contrato con la empresa de transporte... pero puedo llamar a

la señorita Palmert, ella de seguro conserva una copia.

La voz temblorosa de Lily me ponía de los nervios. Tenía los ojos cerrados, recostado con los codos sobre mi escritorio, masajeando mi sien. El dolor de cabeza no se iba con nada.

—Señor Holland, ¿me escuchó?

Abrí los ojos echándole una mirada fulminante y se removió en su lugar inquieta.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí, señorita Sanders?

—Yo... ¿¡Cuatro años!? —titubeó.

—En ese tiempo que ha trabajado conmigo, ¿le parezco alguien que acepta una respuesta como que no encuentra un estúpido contrato? —La vi negar con la cabeza—. Emily está en otro asunto, así que encuentre el maldito contrato o lárguese de esta empresa. ¿Está claro?

Sanders asintió y salió sin color en el rostro. Nunca conocí a alguien tan torpe e ineficiente como ella. Llegaba tarde, nunca tenía los documentos en orden y siempre parecía a punto de salir corriendo. ¿Por qué no la había despedido? Porque era consciente de que nadie la contrataría y ella necesitaba el empleo para poder terminar su carrera.

Joder, el buen humor que me produjo el ver a Mía se había ido en cuanto salió por la puerta. Necesitaba que ese día terminara pronto. El sol ya estaba cayendo, pero no me iría de allí hasta revisar ese contrato y encontrar la forma de hacer pagar a esa empresa por las pérdidas económicas que nos estaba ocasionando su irresponsabilidad.

Me levanté y me serví un whisky. Y cuando me tomaba el último trago, la cara sonriente de Ruth apareció frente a mí. *¡Tenía que ponerle seguro a la jodida puerta!* Llevaba un vestido corto color lila que dejaba al descubierto sus largas piernas bronceadas. Su piel trigueña era fascinante. Su cabello corto y ondulado era tan negro como su alma y sus ojos avellana me devoraban vivo.

—¡Cariño! —Se abalanzó sobre mí sin lograr que levantara ni el más mínimo músculo para corresponder a su abrazo.

—¿Qué diablos haces aquí? —Lo que menos quería era lidiar con los caprichos de esa mujer. Y es que no se cansaba de insistir con tonterías aunque nunca le hiciera caso.

—Uff, estás de mal humor. —Se apartó y se acomodó en el sofá ignorando mi mirada fría—. He pensado que podríamos ir a cenar y luego podemos ir a mi piso.

—¿Cuándo carajos hemos cenado tú y yo? —Me serví otro trago y luego la encaré—. No te equivoques, bonita. Tú y yo solo follamos, no me interesa nada más y lo sabes muy bien.

—Lo sé, pero...

—Con permiso, señor Holland. He encontrado el contrato. —Sanders apareció con la carpeta en la mano como si fuera un trofeo, pero palideció al notar que estaba acompañado—. Lo siento, no quise interrumpir.

—Aprende a tocar la puerta, estúpida. —La voz molesta de Ruth se elevó en el aire.

—¡Lo siento...!

—No vuelva a entrar sin tocar —le reclamé a mi secretaria y luego dirigí mi mirada a la trigueña—. Y tú, no vuelvas a hablarle de esa forma a mis empleados. ¿Entendido?

—Cariño, pero...

—¿Entendido? —pregunté con más firmeza.

—Sí —contestó de mala gana.

—Deje el contrato sobre mi escritorio y váyase a casa.

Lily, hecha un manojo de nervios, obedeció y luego salió a paso rápido de mi oficina mientras yo volvía a mi silla a revisar el contrato. Empecé a hojearlo bajo la mirada de Ruth que se inquietaba esperando por mí.

—Puedes irte si quieres, no iré a cenar contigo.

Sus alargadas piernas se enderezaron para conducirla hacia mí. De un momento a otro giró mi silla haciendo que la mirara y luego se sentó en mi regazo con esa sonrisa coqueta.

—Ya lo sé —me dio un beso breve en los labios al tiempo en que rodeaba mi cuello con sus delgados brazos—, pero me conformo con que me lleves a tu *penthouse* y me hagas gritar tu nombre.

La miré por unos segundos. Estaba cansado, había sido un día de mierda y encima Elizabeth no contestaba a mi propuesta, y aunque estaba seguro de que aceptaría, no podía perder tiempo. Quizá necesitaba relajarme y acostarme con Ruth no era tan mala idea.

—Ya te dije que no irás a mi casa, pero...

La vibración de mi móvil en el bolsillo de mi chaqueta me alertó sobre un mensaje. Ruth se levantó bajo mi orden y al deslizar mi dedo por la pantalla supe que era ella. Ya había conseguido su número y la tenía registrada. «Acepto» un breve mensaje para una responsabilidad como esa, sin embargo, lejos de molestarme, me sacó una leve sonrisa: «De acuerdo, futura esposa» respondí.

Al menos el día empezaba a mejorar y luego de que Ruth se me abriera de piernas mejoraría aún más. Estaba a punto levantarme para llevarla a un hotel, pero mi móvil volvió a vibrar con un nuevo mensaje de la cobriza: «Sexo, mi piso, media hora». Seguido de otro más amenazante: «Si no estás aquí en media hora busco otro prospecto».

—¿Nos vamos, cariño? —preguntó Ruth.

Guardé mi móvil sin contestar. Tenía dos cartas sobre la mesa: la candente trigueña parada frente a mí con los brazos cruzados muy sonriente, que prometía una noche de sexo maravilloso y la chica de ojos grises que me aseguraba un sexo salvaje. Las imágenes de aquella noche llenaron mi cabeza. Yo mirándola desde lejos con las piernas cruzadas en el bar, tomando como si no hubiese un mañana. La imagen de sus perfectos labios abordando mi miembro ¡Que boca tan deliciosa! Su culo en pompa dejándome ver ese tatuaje de una flor de loto en el medio de sus caderas y esa forma desbordante mientras me montaba. ¡Maldición! Tenía que elegir o era lo que me decía a mí mismo porque la realidad era que no tenía que pensármelo ni un puto segundo.

Capítulo 9

Beth

Cuando el timbre de la puerta sonó, habían pasado diez minutos desde que le envié el mensaje a Clark. Yo seguía en la cocina, pero había cambiado el vaso de agua por una copa de vino. Estaba decidida a abrir y abalanzarme a sus brazos sin pensar, pero cuando el umbral quedó despejado de la madera, un hombre de unos cincuenta y pocos años, de estatura promedio, con algunas canas en su cabello negro y de figura normal, apareció ante mí: Gustavo Collins.

—Buenas noches, señorita Shaine. ¿Puedo pasar?

Asentí tragando saliva. *¿Qué carajos hacía el padre de Drakie Collins en mi piso? ¿No había dejado la empresa en manos de su patético hijo?*

—¿Puedo ofrecerle algo? —pregunté tratando de disimular la vergüenza de estar en pijama y la sorpresa de verlo frente a mí.

—No, gracias, estoy bien —contestó sentándose en mi sofá—. Sé que te estarás preguntando qué hago aquí.

—La verdad es que sí. —Me senté en el otro extremo del sofá.

—Iré al punto, necesitamos que vuelvas a la agencia.

—¿Perdón?

—Sé que mi hijo le dio tu puesto a otra chica que no tiene las capacidades para ejecutarlo, ese puesto es tuyo y lo tendrás.

Me quedé en silencio. Se suponía que era una gran noticia, pero algo en mi estómago no me dejaba procesarlo y sabía bien qué era, mi orgullo.

—Señor Collins, agradezco que esté aquí ofreciéndome el puesto por el que trabajé durante tanto tiempo, pero lamentablemente no puedo volver.

Frunció el ceño y pareció confundido.

—¿Por qué?

—Verá, siento decirle esto, pero su hijo llevará la agencia a la ruina, es un...

—Inepto. —Terminó la frase por mí.

—Lo siento, pero es así. Además no estoy dispuesta a tener que lidiar con él y sus estúpidas insinuaciones. De verdad lamento hablar así de su hijo, pero no soy de quedarme callada y no pienso volver a recibir órdenes de alguien que no conoce el concepto del respeto y la ética.

—Entiendo... —Se quedó en silencio mirándome y llegué a sentirme incómoda.

—Yo...

—¿Y si no tiene que recibir órdenes de Drakie? —preguntó acomodándose la corbata como si nada.

—¿Qué quiere decir?

—Señorita Shaine, voy a ser sincero. Al igual que usted, sé muy bien que mi hijo es un inepto y aunque parezca que le he dejado la dirección de la agencia, no es así. En realidad estoy probando qué tanto hará mi hijo, pero sigo monitoreando todo. —Me quedé con la boca abierta sin poder decir nada—. Desde que usted se fue hemos perdido dos campañas y una de ellas es la más importante de todas, seguro sabe cuál es, tuvo una reunión con ellos unos días antes del desafortunado desastre con mi hijo.

Asentí. Sabía que hablaba de la marca de cosméticos Green Love, reconocida a nivel mundial.

—La marca quiere a la mejor y esa es usted. Me comprometí con ellos a que la tendrían y espero poder cumplirles. Si su problema es recibir órdenes de mi hijo, pues lo resolveré. Usted elegirá su propio equipo y solo me reportará a mí. Su salario será tres veces el que tenía y si todo

sale bien, recibirá una buena bonificación.

No lo podía creer, me estaba ofreciendo el trabajo que había soñado y un excelente salario. Si lo aceptaba podía terminar de pagar mucho antes las deudas de mi padre.

—Una cosas más, señorita Shaine. —Claro, todo no podía ser tan fácil—. Si no logra cumplir con las expectativas de nuestro más importante cliente, no podré hacer más que darle la razón a Drakie y creer que no tiene lo que se necesita para el puesto, así que tendrá que volver a su antiguo cargo y recibir sus órdenes.

—Por supuesto.

—Entonces tenemos un trato. —Se puso de pie y me extendió la mano.

—Tenemos un trato. —Lo imité.

Un momento después Gustavo Collins salía por la puerta de mi piso dejándome aire en los pulmones, por fin. Confiaba en mis habilidades y sabía que podía lograr una excelente campaña para el relanzamiento de la marca Green Love. Pero lo mejor de todo era imaginar la cara del imbécil de Drakie cuando me viera siendo, de alguna forma, mi propia jefa.

***

El sonido de los toques en la madera me sacó del montón de pensamientos amotinados en mi cabeza. Miré el reloj y eran las siete treinta, media hora luego del mensaje.

—Buenas noches, señorita Shaine. —La voz grave de Clark atravesó la puerta en cuanto la abrí.

No respondí. Me quedé embobada viendo sus ojos azules grisáceos puestos sobre mis labios.

—¿Puedo pasar o me follarás aquí mismo? —inquirió divertido y tuve que reprimir una sonrisa.

Asentí y me hice a un lado. Eso de lanzármele encima cuando llegara se esfumó por completo con las palabras de mi jefe. Iba a abrir la boca cuando mi móvil sonó mostrándome el nombre de Ray en la pantalla. Levanté el dedo para declinar la llamada, pero recordé que si no contestaba llamaría cien veces más.

—Disculpa, tengo que atender. Estás en tu casa.

Lo dejé en medio del salón con las manos en la espalda mientras me dirigía a mi habitación. No sé por qué, pero algo me decía que sus ojos estaban puestos en mi trasero y eso me gustaba.

—¿Qué quieres, Ray? —Entré a mi habitación.

—¿Esa es la forma de contestarle a tu guapo y encantador mejor amigo?

—Sí, si está interrumpiendo... —Me callé de golpe.

—¿Qué estoy interrumpiendo, Betty?

—¿Por qué todo el mundo me pone nombres? —Me senté sobre la cama—. Sky, Beth, Betty. Me llamo Elizabeth.

—¡Qué genio! Te hace falta un buen polvo... ¡Espera! Es eso lo que estoy interrumpiendo. Joder, lo siento.

—Dime lo que ibas a decirme y...

—No importa, te llamaré luego. Pásala bien y demuéstrale al muñequito quién manda.

—¡Ray!

—¿Qué? ¿Olvidas que vivimos juntos? Te escuché docenas de veces dándole una paliza polvosa al tonto de Ben.

—Eres un desgraciado... Te voy a matar cuando te vea.

—Yo también te quiero, mi dulce Betty.

Colgó el muy...

—¿Todo bien? —Alcé la mirada y Clark estaba delante de mí, recostado en el marco de la puerta, sin la chaqueta ni la corbata del traje y con una mano metida en un bolsillo de su pantalón. La camisa blanca hacía contraste con la copa de vino tinto que llevaba en la otra mano. Me mordí los labios cuando se llevó la copa a la boca. *¿Cómo podía ser tan endemoniadamente guapo?* Yo seguía sin contestar. Dejó la copa a un lado sobre un pequeño estante de madera al final del pasillo junto a la puerta de mi habitación, pero no dejaba de mirarme.

—¡Elizabeth! —Enarcó una ceja dando pasos lentos hacia mí, inundándome con su embriagadora esencia cítrica de su perfume Acqua di Giò de Armani. Conocía ese aroma, Ray lo había usado alguna vez, pero en Clark olía tan diferente y excitante.

—Sí, todo bien. —Me levanté por inercia—. Hablaba con un amigo...

No terminé la oración cuando tenía su lengua enredada en la mía casi atravesándome la garganta. Una de sus manos aprisionaba mi nuca elevando la intensidad del beso, mientras los dedos de la otra se enterraban en mi trasero acercándome aún más a su cuerpo y haciéndome notar la dureza entre su pantalón. *¿Cómo podía estar tan duro sin que siquiera lo tocara?*

—Eres preciosa —susurró sobre mi boca.

Yo apenas tenía aliento. Tomé sus mejillas con ambas manos, pero me las quitó tomándome por las muñecas.

—Lo siento, guapa, pero las cosas han cambiado... —Otro beso y un pequeño mordisqueo en mis labios—. La primera vez te dejé dominarme, estabas como una fiera, ebria y dolida—. Un lametazo fugaz mientras sus ojos seguían cada expresión de mi rostro—. No puedo negar que me encantó— un corrientazo con otro choque de nuestras lenguas—, pero esta vez mando yo.

Sus ojos empezaron a oscurecerse y la sensación en mi columna vertebral aumentó. Sonreí en sus labios, algo me decía que sería divertido dejarlo creer que podía dominarme. Nadie podía hacerlo, ¿o sí?

Cuando menos lo creí me estrelló sobre la cama. Me observaba despojándose de la camisa y un instante después su moldeado cuerpo estaba sobre mí. La calidez de sus labios volvió a atrapar los míos sin nada de sutileza, mientras una de sus manos se escabullía por la camiseta de mi pijama. Sus dedos rodearon uno de mis pechos presionándolo y un leve gemido salido de mi garganta terminó anidado en su boca.

—So perfect. —Acarició mi mejilla con la punta de su nariz y por primera vez en la vida un simple gesto como ese estremeció cada fibra de mi ser.

Y es que sus ojos eran intimidantes y sus dedos sobre mis pezones me hacían sentir como si me diese latigazos en el medio de mis piernas. Me aferré a sus hombros para atraerlo más. Lo necesitaba. ¡Joder! Lo necesitaba dentro de mí. Succioné su labio inferior y rasguñé su cuello, y fue como si hubiese despertado a un lobo feroz. Volvió a cogerme de las muñecas, colocando ambas manos a cada lado de mi cabeza.

»Sus labios iniciaron su recorrido, empezando por mis labios, siguiendo por la piel de mi mentón, haciendo escala con furia en mi cuello y luego clavando sus dientes en mi clavícula mientras mi cuerpo se retorcía bajo el suyo. Me soltó de golpe y cuando quise reaccionar me había arrancado la camiseta por los brazos y la cabeza. Agradecí no llevar sujetador. Un segundo después adoptó la misma posición, solo que esta vez sus paradas fueron más intensas, más

vehementes. Su lengua rugió sobre mis pezones erectos. Una caliente succión me arqueó la espalda.

—¡Joder! —mascullé.

Su aliento sobre mi pecho me agitó aún más la respiración. Soltó mis muñecas y me sentí libre. Tomé su pelo perfectamente peinado y hundí mis dedos en él con fiereza.

—¡Cómeme! —gemí—. ¡Duro...! —Apreté su boca contra mi pecho mientras sentía una de sus manos buscar la forma de llegar a mi pelvis.

Sus dedos rozaban la piel de mi abdomen y sentí que me quemaba, pero mierda, que bien se sentía arder. Tiró de mi pantalón corto de algodón dejándolo a la mitad de mis muslos sin dejar de intercalar lamidas, mordisqueos y succiones sobre mis pezones. Empuñé aún más su cabello y un rugido se atoró en su garganta, pero supe que no era de dolor sino de placer.

Mi otra mano se aferró con uñas a su hombro cuando, de un tirón, asaltó la tela de mis bragas. Su boca se apartó de mis pechos y volvió a mis labios devorándolos con soltura.

—¿Estás bien? ¿Puedo comerme tu coño sin pensar que me moriré mañana de una enfermedad? —preguntó sin apartar su boca de la mía, mientras sus dedos alcanzaban la humedad de mi entrepierna.

—Sí —contesté a media voz.

Todo mi cuerpo se mecía con su tacto.

—Tu novio te engañó. ¿Estás segura?

Abrí los ojos con amplitud y por un segundo me quedé inmóvil bajo su cuerpo. *¿Por qué diablos me lo recordaba?* Lo empuje fuerte apartándolo de mí, acomodándome los pantalones y reincorporándome. *¡Maldito Ben! ¡Maldito Clark Holland! ¡Malditos hombres!* Tal vez debía convertirme en lesbiana.

—¡Oye! —Me atrapó cuando me dirigía a la puerta aún sin camiseta. La calidez de su pecho contra mi espalda provocó una placentera sensación en mi pelvis—. Lo siento, tengo que preguntar, no puedo arriesgarme. —Su voz en mi oído y sus manos acariciando mis pechos casi me doblegaron, pero...

—Estoy limpia. —Me zafé encarándolo, no soy una mentirosa—. Llevábamos casi ocho meses usando preservativos porque el estúpido consiguió una infección en una acampada que hicimos por no hacerme caso y meterse a bañar en aguas turbias. Así que yo se lo exigí. Luego nos acostumbramos, pero tranquilo, no necesito que me...

—Bien. —Me interrumpió tomándome por el culo y arrastrando mi cuerpo hacia el suyo. La dureza de su polla se frotó en mi abdomen y tuve que tragar hondo cuando la boca se me hizo agua. Ya la había probado y era exquisita—. Solo necesitaba saber eso.

Me levantó del suelo y rodeé su cintura con mis piernas y su cuello con mis brazos, mientras me besaba con ganas. Mis labios ardían. Él no estaba besándome, estaba tragándome viva y eso me prendía aún más.

Me dejó sobre la cama y volvió a hacer el recorrido, pero esta vez con más calma *¡Quería enloquecerme!* Sus labios besaron mi abdomen y todo mi cuerpo se tensó. Mis manos estaban apoyadas en su cabeza sin hacer presión, dejándolo hacer todo lo que quería. *¡Matarme de ansias!* Hizo una pausa para literalmente arrancarme los pantalones y las bragas. Se quedó embobado mirándome sobre la cama y luego se puso de rodillas ante mis pies. Besó mis dedos y empezó a dejar una hilera de besos húmedos sobre mis piernas sin apartar los ojos de mi rostro.

Yo no podía dejar de mirarlo y, cuando sus labios tocaron la piel interna de mis mulos, casi me ahogo con un grito como si fuera un animal salvaje. Necesitaba su lengua dentro de mí. Quise llevarla a mi sexo, pero se rehusó con media sonrisa en los labios. *¡Idiota!* Luego de torturarme con mordiscos, besos y un ronroneo, sentí sus dedos sobre los músculos de mi clítoris y...

—¡Carajo! —Mi espalda se curvó dejándome completamente abierta para él.

—¡Estás muy húmeda! —Un lametazo fugaz me quitó el aliento—. Me encanta —dijo casi como un rugido y cuando quise volver a encararlo, la humedad ardiente de sus labios abordó mi sexo con furor.

—¡Por Dios! —Una de mis manos se hundió más en su cabello mientras la otra se colgaba de las sábanas que cubrían mi cama.

Sus labios me soltaron un segundo y un tirón me dejó en el borde de la cama con mis piernas sobre sus hombros.

—¡Estas deliciosa!

Volvió a hundir su lengua en mi sexo una y otra vez, al tiempo en que sus dedos formaban círculos sobre mis músculos del placer.

—Siiiiii —gemí apretando mi coño contra su experimentaba boca.

Los movimientos de mi cadera nacieron solos. Era como si no pudiera controlar nada. Quería más, mucho más. Sus dedos se enterraron en mis glúteos haciendo aún más presión contra sus labios. No podía dejar de mirar cómo me comía con ganas. Como si mi coño fuera el más delicioso manjar, como si su hambre solo se saciaría estando completamente dentro de mí. Sus ojos me miraban con lujuria y yo me preguntaba cómo diablos podía hacerme vibrar de esa forma.

Apreté mis mulos a cada lado de su cabeza cuando empezó a succionar y tirar con fuerza de mi clítoris evocando el clímax. Una electricidad me rasgó toda la piel cuando los movimientos de mis caderas se convirtieron en espasmos luego de que sus candentes labios liberaran millones de estrellas en mi interior. Estrellas que explotaron justo en el cuerpo de su lengua...

Capítulo 10

Beth

Todo mi cuerpo temblaba y sentía convulsiones en mi pelvis. Tenía los ojos cerrados hasta que poco a poco recuperé el aliento y los abrí. Y allí estaba, delante de mí, con una sonrisa pícara y completamente desnudo. Su alargado, robusto y firme miembro estaba atrapado por su mano que masajeaba con lentitud.

Ni siquiera podía creer lo que estaba viendo. Estaba demasiado bueno para ser real. Antes de Ben me había acostado con más hombres de lo que cualquier mujer admitiría por miedo a ser juzgada. Mis experiencias sexuales casi siempre fueron gratas, pero él... parecía jodidamente perfecto. Su abdomen definido, sus piernas torneabas, sus labios que me llevaron al paraíso, sus ojos enigmáticos y su polla, su majestuosa polla que me retaba a volver a meterla entre mi boca y saborearla hasta más no poder.

—Sabes muy bien. —Se lamió los labios y luego miró su mano inquieta en su entrepierna—. ¿Te gusta?

—Me gusta. —Me senté en la esquina de la cama y alargué mi mano abordando su miembro que había dejado libre para mí.

Allí de pie, mirándome con una sonrisa perversa, mirándolo con ganas y masajeando de arriba abajo su hombría, algo me dijo que estaba jugando con fuego y que podía quemarme, pero qué más daba si me volvía cenizas embriagada de placer.

Tomó mi rostro y se inclinó a besarme. Saboreé mi sabor. Le mordí los labios y sentí como su polla latía en mi mano.

—¡Estás muy duro! —Quise acercar mis labios, pero retrocedió.

—No, guapa. Te dije que yo mando.

Me sostuvo por los hombros y me empujó al suelo poniéndome de rodillas. Casi se me salen las palabras para decirle que yo hacía lo que me diera la gana, pero el calor en el cuerpo me recordó que era justo lo que deseaba.

—Saca la lengua —ordenó.

Tragué hondo antes de hacerlo.

—¡Me encantas! —Empezó a golpetear con la punta de su polla sobre mi lengua.

Desde abajo parecía un ser de otro planeta, imponente, guapo, candente. Su mirada me dejaba ver que creía tener el control. Qué equivocado, ni siquiera le pasaba por la cabeza que estaba poniendo en mi boca una bomba que detonaría en su contra haciéndolo perder el poder.

De espalda a la cama y frente a él, me vi a mí misma jugueteando con la corona de su polla. Lamiendo despacio la punta de su longitud.

—¡Mierda! —exclamó a media voz cuando aparté su mano y cubrí la mitad de su miembro con la mía.

Abrí la boca por completo y abordé todo lo que pude. Un temblor en su cuerpo lo hizo arremeter y su polla casi me llega a la garganta. Su mano se enredó en mi pelo haciendo presión contra su dureza, me faltaba el aire, pero me gustaba. La expresión de su rostro era de otro mundo. Como si lo estuviese matando y salvando al mismo tiempo.

Dejó de hacer tanta presión y me permitió seguir chupando, alimentándome de sus ganas y de las mías. Su respiración agitada se multiplicó cuando pasé de lametazos y jugueteos, a succiones vehementes que quiso apartar, pero que no le permití.

—¡Por favor! —musitó sin dejar de observarme—. No-quiero-correrme-en-tu-boca... no-ahora...

Él quería controlarlo todo, pero yo no iba a soltarlo. Sabía delicioso y sus ojos oscurecidos me volvían loca, además, quería doblegarlo, demostrarle que yo hacía lo que me apeteciera y que si deseaba que se corriera en mi boca, lo conseguiría.

—¡Dios! —Su voz se quebró cuando volví a succionar con ímpetu sin dejar de mirarlo como si fuera un ser supremo.

No pudo apartarme y su cuerpo empezaba a controlarlo, sus manos arremolinadas en mi cabello, sus ojos centellaban con cada succión.

—¡Detente, joder! —gruñó, pero aunque su boca suplicaba que pausara, su cadera deseaba con ansias que no parara y me lo demostró follándome la boca, arremetiendo contra mi lengua al punto en que mis ojos soltaron un par de lágrimas.

Y cuando vi que se retorcía sin poder detenerse. Cuando noté que con cada chupón sus dedos apretaban más mi cabello y sus movimientos se volvieron más intensos, cuando reconocí que solo yo tenía el control, entonces, solo entonces, me detuve.

—¡Maldición!

—¿Qué? ¿No querías que me detuviera? —pregunté poniéndome de pie lamiéndome los labios.

—Eres una maldita...

Lo callé enterrándole la lengua en la boca. Cinco dedos en el pecho y las uñas en la nuca. Era mi turno de mostrarle quién mandaba. Me alzó por el culo llevándome hasta la pared al lado de mi cama. Mi espalda desnuda sintió el frío de la pintura, pero duró poco, el fuego en la piel era aún más intenso. Su respiración acelerada y mi corazón corriendo a millón por segundo desembocaban en besos desesperados y ansiosos de volver a unir nuestros cuerpos. De fundirnos uno con el otro.

—Ponte un puto condón —le exigí en medio de jadeos.

No había terminado bien de hablar, cuando Clark me había bajado y ya estaba rebuscando con desesperación en su cartera. No tardó nada en desenroscar el látex y volver a por mí.

—Eres una bruja malvada... —susurró sobre mi boca cuando mi espalda volvió a chocar con la pared.

—Eso parece, guaperas... —atrapé su labio inferior entre mis dientes—, pero al parecer eso te pone más duro, ¿o no?

Rio con picardía.

—Sí que sabes enloquecer a un hombre. —Un lametazo fugaz sobre mis labios y sin contemplación, sentí su polla en mi entrada.

—¡Hazlo ya! —gemí.

Jamás creí sentir lo que sentí. Quizá estaba demasiado ebria cuando me penetró por primera vez, no lo sé, pero su miembro clavándose dentro de mí me quitó todo el aliento.

—¡Jo-der! —farfullé cuando mi espalda se arqueó en medio del placer y una leve sensación de dolor.

—¿Estás bien?

Me tardé unos segundos en volver a respirar, pero lo hice.

—Mejor que nunca. —Volví a mordisquearlo mientras nuestros cuerpos seguían uniéndose con movimientos sutiles hasta lograr acostumbrarme al tamaño de su polla. Mis jugos vaginales hicieron su labor.

Mi columna recostada en la pared y sus dedos enterrados en mi culo. Mi cabeza echada hacia atrás dándole acceso a mi cuello y su agitada respiración le dieron paso a la primera embestida feroz.

—¡Maldito!

Rio sobre la curva de mi hombro al notar la oleada de placer que me transmitió y volvió a embestir una, otra, otra y otra vez...

Mi cuerpo saltaba sobre su miembro, mis piernas rodeando su cintura me daban el impulso para moverme con soltura, el sudor brillaba en su frente y la piel de mi espalda empezaba a humedecerse. Mis pechos saltaban con el movimiento y de vez en cuando terminaban siendo invadidas por la tibieza rústica de sus labios que succionaban con ganas.

—Sí, sigue —casi rogó lanzando un movimiento impetuoso.

Y lo hubiese hecho si en el último salto no hubiese saboreado las mieles del infierno cuando su agrandada polla casi me atraviesa, provocándome una momentánea pero profunda sensación de dolor.

—¡Perdón! —Me dejó sobre la cama y quiso apartarse, pero no se lo permití.

—La tienes muy grande y dura. —Lo besé arrastrando la lengua en toda su boca y los dientes en sus labios—. Pero puedo con ello... —reí con malicia.

No, no me había detenido a pensar en que aunque desde los dieciséis había tenido una vida sexual activa, nunca había enfrentado a una verga como la suya y lo peor era que lejos de asustarme, me incitaba a seguir disfrutando de su potencia.

Sí, la posición no me ayudó, porque de esa forma se adentraba por completo llenándome incluso en espacios no recorridos con antelación, pero solo era cuestión de que mi coño se acostumbrara y lo estaba haciendo. Ni siquiera sabía por qué no recordaba esa sensación la primera vez. *¡Sí, definitivamente estaba demasiado alcoholizada!*

Empezó a moverse sobre mí con sutileza, besándome por todas partes. Me lamía el cuello y saboreaba mis pezones erectos, pero no quería ese hombre sutil y cuidadoso, quería el salvaje que casi me rompe en dos con esa última embestida y necesitaba hacérselo saber.

Tomé su nuca e hice que volviera a mi boca, devorándolo con ansias, quemando sus labios con mi necesidad de que me volviera a embestir con fuerzas. Clark temblaba con la misma necesidad que la mía y aunque sudaba por controlar su cuerpo, no pudo hacerlo más cuando los movimientos de mis caderas se intensificaron provocando lo mismo en él.

—No te controles —le hablé en el oído y luego le mordí el lóbulo de su oreja.

Vibró como si lo liberara de una carga. Se incorporó un poco sobre sus codos para verme mejor el rostro y sonrió como si notara mi necesidad. ¡Joder!

—Te destrozaré el coño si me muevo duro.

—Ja, no creo que puedas hacer tanto.

—Lo hice hace un momento. —Sus movimientos se intensificaban poco a poco mientras sonría victorioso de su supuesta hazaña.

—Me parece que lo hice yo misma moviéndome como gata en celo.

Una carcajada ronca salió de su boca.

—Pues vale, guapa, como órdenes.

Una, dos, tres... embestidas sin preámbulos. Rudas, intensas y desatadoras de placer. Jadeos que morían en su boca y caricias que incineraban nuestra piel. El vaivén de nuestros cuerpos

acunando las ganas para extirparla en el momento preciso.

—No que me romperías el coño —hablé con un hilo de voz.

En verdad lo estaba haciendo, tanto, que mis uñas se enterraban más profundo cada segundo, pero no podía darle demasiado crédito, era evidente que era un ególatra.

Clark sonrió de medio lado haciendo de sus movimientos más certeros. Su frente estaba húmeda, su boca buscó la mía para dejarme algunos besos calientes.

—¿Segura de que no te hago daño? —preguntó apartándose un poco.

—Para... nada —aseguré a media voz cuando una embestida rugió dentro de mí.

—Bien —dijo con una mirada perversa que no entendí hasta que vi sus intenciones y cuando menos lo creía, tenía una pierna sobre su hombro y un escalofrío recorriéndome el cuerpo, seguido de una capa ardiente de placer.

—¡Por Dios! —gruñí cerrando los ojos cuando mi espalda se curvó en la primera embestida, que por un momento creí que me llegaría a la garganta.

—¿Paro? —preguntó, aunque la intensidad de sus arremetidas no disminuía, tampoco es que lo quisiera.

—N-no...

Volví a enterrar mis uñas en sus hombros, sintiéndolo completamente dentro de mí, sin piedad, salvaje. Me mordí los labios tan fuerte que casi saboreé el sabor metálico de mi sangre. No me importaba. Mi cadera se acompasaba a la suya. La necesidad de volvernos nada nos envolvió y parecíamos dos animales feroces que luchaban por devorarse. Dos llamas encendidas que insistían en volverse cenizas. Y así seguimos por un rato hasta que luego de movimientos casi convulsivos terminamos desenfundando nuestras ganas y experimentando el éxtasis de un orgasmo expandido.

Su cuerpo tonificado de casi uno noventa cayó sobre mí. Con su rostro hundido en mi cuello. Con la respiración tan agitada como la mía.

—No puedo respirar, capullo —musité.

Y sentí como soltaba una carcajada sobre mi piel justo antes de tenderse a mi lado.

—¿Capullo? —inquirió con la mirada clavada en mi perfil aun respirando con rapidez.

No lo miré. Estaba más concentrada en que mi frecuencia cardíaca se estabilizara. Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho, pero era el mejor sexo que había tenido en la vida. Aunque claro, ni por error se lo haría saber.

Dos minutos después de silencio encontré las fuerzas para levantarme. Tenía mucho calor y necesitaba refrescarme.

—¿A dónde vas? —preguntó tomándome de la muñeca cuando pretendía irme.

—Necesito una ducha.

Ni siquiera lo miré a los ojos y no supe por qué. Sus dedos me liberaron y salí al pasillo para alcanzar el cuarto de baño. Entré y me topé de inmediato con el espejo. Me miré detenidamente mientras mi respiración seguía un poco irregular. Mi piel estaba roja por doquier, sobre todo mis pezones y mi cuello. Y qué decir de mis labios hinchados. Sonreí mordiéndome el labio inferior al sentir que todavía la corriente de su cuerpo seguía en mí.

Me metí a la ducha y el agua tibia empezó a fundirse con mi desnudez. La dejé caer por mi cara intentando acomodar mis sensaciones. Cogí la esponja rodeándola con jabón líquido y empezaba a enjabonarme cuando la mampara se abrió de golpe y Clark apareció frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté como si fuera estúpida. Su naciente erección era una respuesta clara.

Sonrió como un pervertido mirándome de arriba abajo, o más bien, comiéndome con los ojos.

—Ya lo sabes.

No tuve tiempo a replicar cuando ya lo tenía encima de mí, tirando de mi cabello mojado, fusionando sus labios con los míos en un beso ardiente, urgido de volver a follarme y vamos, ¿a quién engaño? Yo lo deseaba tanto como él.

Capítulo 11

Beth

Luego de aquella ducha en la que follamos más que otra cosa. Luego de verme aferrada al lavamanos, mirándonos al espejo mientras él apretaba los dientes con cada arremetida que me hacía jadear sin pudor... Me vi a mí misma poniéndome un pijama mientras él se vestía. Me vi a mí misma atrapada por un montón de pensamientos que atropellaban mi cabeza. De nuevo tenía un trabajo con el que podía resolver mis problemas económicos y aunque no lo tuviera, no podía casarse con ese hombre. Nunca hice nada que no quisiera y mucho menos por dinero.

Una sensación de horror me recorrió el alma. Yo no era esa mujer. Si firmé ese estúpido contrato era porque estaba enfadada con Ben. No podía casarme con Clark y aunque era un experto en la cama y mis piernas temblorosas eran prueba de ello, debía hacérselo saber.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Levanté el rostro para darme cuenta de que estaba más cerca de lo que pensaba.

—¿Eh...? —Algo me decía que se iba a enfadar por romper el contrato y era una lástima porque de seguro podíamos seguirlo pasando bien.

—Tienes el ceño fruncido y parece que te has perdido en tus pensamientos —hablaba mientras terminaba de abotonarse la camisa, claro, sin dejar de verme a los ojos.

¡Joder!

—Debemos hablar.

—Lo sé. Debemos hablar de nuestro matrimonio y el contrato...

—No habrá boda, yo... no puedo casarme contigo.

Detuvo sus manos en el aire cuando iba a abrocharse el último botón aún con sus ojos clavamos en mí. Pensé que se enfadaría, pero su rostro era impasible. Solo se limitó a mirarme por más tiempo del que pude soportar.

—Oye... yo... lo siento, pero no puedo hacerlo. Soy impulsiva, lo sé. Había discutido con el idiota de mi ex y me enfadé tanto que firmé sin más, pero no puedo casarme por dinero. No soy ese tipo de persona.

Enarcó una ceja y se acercó hasta llevar su mano a un mechón cobrizo de mi cabello y envolverlo en uno de sus dedos.

—Pues no lo hagas por dinero, hazlo porque te follo bien. Solo será un año, Elizabeth.

—Yo... no puedo. —Salí de la habitación rumbo a la cocina. Aparte de que tenía un hambre atroz, no quería seguir viendo la forma en que me miraba.

Abrí la nevera y empecé a buscar algo para comer, pero no había nada. *¿Cómo pude quedarme sin comida?*

—¿Cómo puede alguien no tener nada de comer en su casa? —Di un respingo al escucharlo.

Volteé y lo vi recostado en el final de la pared del pasillo, con los brazos cruzados.

—Sí tengo.

—Claro, eso se nota —ironizó y yo puse los ojos en blanco.

Tomó su móvil y empezó a teclear. Yo dejé de mirarlo para seguir buscando algo, aunque no veía nada. Empezaba a rendirme cuando encontré unas galletas de avena que debían llevar meses allí. Me lo pensé, pero eran las dos de la madrugada y después de tanto sexo tenía un hambre que me trepaba por las paredes.

Miré la galleta en mi mano a punto de meterla a mi boca. Era consciente de que podía ser una mala idea, sin embargo, prefería morir intoxicada que de hambre.

—¿Estás loca? —Me quitó mi galleta y la tiró a la basura.

—Oye, tengo hambre —gruñí.

—Ya lo he resuelto, solo espera un poco. ¡Ven!

Me tomó de la muñeca y me llevó hasta el sofá. No sabía qué significaba eso de que lo había resuelto, pero me temblaban las piernas, bueno, en realidad todo el cuerpo, así que me dejé caer con todo mi peso y él hizo lo mismo a mi lado. Cerca, muy cerca. Hubo un silencio incómodo por casi diez minutos. Yo estaba mirando al techo sin poder pensar. Sentía que estaba a punto de morir de un bajón de azúcar.

—Tengo hambre —repetí como idiota.

—Tenemos que hablar.

—Tengo hambre, joder —me exalté.

La verdad es que no podía concentrarme en nada.

—Vale, te pones de muy mal humor cuando tienes hambre. Es bueno saberlo para cuando nos casemos.

Lo miré furiosa.

—Te dije que no habrá boda.

—Oh, sí. Sí que la habrá. —Sonrió convencido.

Iba a volver a replicar cuando su móvil se iluminó con un mensaje, provocando que se pusiera de pie muy rápido. Cuando quise reaccionar Clark ya estaba en la puerta recibiendo tres bolsas de comida a manos de un hombre moreno corpulento. Me parecía haberlo visto antes.

¡Era el hombre que lo esperaba afuera en el Club nocturno!

Ah, claro.

Me levanté rápido cuando vi que cerró la puerta y se las arrebaté para sentarme en uno de los buró, pero lejos de molestarse el muy estúpido sonrió.

—Pareces que no has comido en años —dijo cuando vio que casi me asfixio metiéndome de golpe un bollo a la boca.

Le puse mala cara y eso pareció hacerle más gracia.

—¿Tú no tienes hambre? —inquirí cuando logré tragar mientras miraba las demás bolsas y él seguía de pie solo mirándome.

—Sí, sí que tengo. —Se sentó a mi lado—. Pero es fascinante verte comer.

Rodé los ojos al escucharle y aún más, cuando me quitó la bolsa que yo estaba abriendo. Cuando lo abrió vi que eran papás fritas y alitas picantes. Se me hizo agua la boca. Intenté quitárselo, pero no me lo permitió.

—¿Qué? ¿No piensas dejarme comer? ¿Acaso no es suficiente con eso? —Señaló la otra bolsa que no había abierto, al tiempo en que empezaba a comer con toda su calma una pieza.

Estuve a punto de quejarme, pero me detuve cuando abrí la bolsa restante y vi que tenía lo mismo que él estaba comiendo.

Lo vi burlarse de mí y le saqué el dedo corazón un segundo antes de empezar a devorarlo todo. Creo que nunca había estado tan hambrienta. Me comí los bollos, Clark ni siquiera los miró. Me comí todas mis alitas y mis papas. Cuando terminé no me cabía ni un mal pensamiento.

¿Segura que no te cabía la polla de Holland?

Eres una pervertida, conciencia.

Cómo si no fuéramos la misma...

¡Cállate!

Serví dos copas de vino tinto intentando escapar a su mirada inquisidora. Me sentí tan abrumada que le dejé la suya en la encimera y me fui con la mía al sofá. La verdad es que era consciente de que se avecinaba una conversación desastrosa.

Miré mi móvil, eran las tres de la mañana. Tenía sueño, pero el hecho de que Clark se sentara a mi lado me recordaba que aún no iba a poder dormir.

—Sabes que tenemos que hablar. —Su voz sonó calmada—. Sé que tienes muchas dudas, pero puedo aclarártelas todas.

Respiré profundo. Tomé el líquido de mi copa y luego la dejé sobre la mesita del centro.

—Clark, sé que te debo una disculpa. No debí decirte que aceptaba. Estaba enfadada, pero no puedo casarme contigo.

—¡Lo harás!

—No, yo... no puedo.

Tomó mi mentón e hizo que lo mirara.

—Escúchame, Elizabeth. Firmaste el contrato, así que te vas a casar conmigo. ¿Vale?

—Voy a romper ese estúpido contrato y ya está. —Me quité su mano de encima y vi como sonrió, aunque esa sonrisa no le llegó a los ojos.

—No puedes romper el contrato por varios motivos. —Volvió a tomar mi rostro—. Lo primero es que el contrato ya no está aquí, se lo he dado a mi chófer cuando llegué.

Me quedé inmóvil.

—¿Cómo? Pero...

—Me dejaste solo y te fuiste a hablar por el móvil. Se lo he dado a Julián para que se lo lleve a mi abogada. Seguro que ya tienes tu copia en tu correo.

Mi estómago me dio un vuelco. *¿Cómo diablos había hecho eso? ¿Cómo sabía mi correo?*

Y cómo si adivinara mis pensamientos, continuó...

—Lo sé todo de ti, guapa. ¿No pensarás que me casaría si antes averiguar cada detalle de tu vida?

Sentí escalofríos. No lo conocía y por primera vez en mi vida había pecado de idiota. Siempre fui precavida, pero estaba tan enfadada con Ben que no me detuve a pensar en lo que estaba haciendo.

—Estás loco. No me voy a casar contigo. —Me puse de pie furiosa—. Vete de mi casa.

—Vale —inhaló cansado—, me voy si es lo que quieres, pero tienes que casarte conmigo o ya sabes lo que pasará.

—¿Lo que pasará? —repetí confusa mirándolo frente a mí.

Frunció el ceño al ver mi expresión.

—Leíste el contrato. ¿Cierto? —preguntó serio.

—Sí, yo lo...

Me detuve en seco al recordar que firmé los malditos papeles sin leer el último párrafo.

—¡Elizabeth! ¿Lo leíste o no?

Sentí vergüenza y no con él, sino conmigo. *¿Cómo había podido obviar eso?*

—Lo leí... excepto el último párrafo.

A pesar de lo estúpida que me sentía no bajé la cabeza. No le otorgaría ese poder ni a él ni a nadie.

Lo vi mirarme fijamente por unos segundos, luego se pasó la mano por la cara y de la nada me

volvió a arrastrar al sofá.

—A ver... Esa última cláusula del contrato dice que una vez firmado no puede romperse el trato por ninguna de las dos partes. En dado caso, si yo decido romper lo pactado debo pagarte la misma cantidad por la que te contraté.

Tragué hondo cuando hizo una pausa.

—¿Y si lo rompo yo? —pregunté, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Lo mismo. Si decides que no te casarás, deberás pagarme esa misma cantidad en unos días.

Un nudo se me atravesó en la garganta, en el estómago y hasta en el culo. Me había metido en una gorda por tarada. Acuné mi rostro con mis manos. ¡Maldito Ben! También era culpa suya. ¿Qué podía hacer?

—Es solo un año, Elizabeth. No es para tanto...

Puso su mano en mi hombro y la aparté de inmediato. Me estaba obligando a hacer algo que no quería. Aunque en cierto modo él solo había hecho una oferta y yo la había aceptado. Joder, ni trabajando día y noche podía pagar esa cantidad de dinero y menos en tan poco tiempo, era imposible.

—¿Por qué tienes que casarte? —cuestioné alzando el rostro para mirarlo.

—Eso no es importante, lo importante es...

—Si no me dices por qué necesitas casarte, te juro que rompo el maldito contrato aunque termine en la cárcel.

Entornó los ojos como si se preguntara si hablaba en serio, pero debió darse cuenta de que lo hacía porque decidió hablar.

—Estoy a cargo de todas las empresas Holland y necesito seguir en ese puesto, para eso tengo que estar casado o mi abuela hará hasta lo imposible para dejar todo en manos del inepto de mi primo.

—Vale, todo se trata de dinero. ¿Por qué carajos pregunté?

Volví a meter mi cara en las palmas de mis manos, agobiada.

—Es mucho más que eso... Solo puedo decirte que si eso pasa, las empresas se irán a la quiebra. Así que piensa que todas esas miles de personas que trabajan para nosotros en todo el mundo se quedarán sin empleo. Dices que no quiere hacer esto por dinero y lo entiendo, pero ten presente que esto no solo se trata de mí. Puedes ser la heroína de mucha gente.

Volví a mirarlo.

—¿Tuya también? —Intenté relajarme, ya la había cagado.

—No, guapa. Yo soy mi propio héroe. —Me ofreció media sonrisa, pero yo no pude corresponder.

Inhalé profundo y luego solté todo el aire de mis pulmones. Necesitaba saber en qué me estaba metiendo y tener claro todas las bases de ese contrato que cambiaría mi vida.

—Vale, señor Holland. Tengo muchas dudas y no se irá de aquí hasta que no la aclare todas.

—Son más de las tres de la madrugada...

—No me interesa.

Respiró rendido.

—Vale, me parece justo, pero hay algo que tienes que saber, tenemos que conocernos bien antes de hacer esto, así que tendremos que vivir juntos. —Me tragué un «maldita seas» porque sabía que era cierto sino nadie creería esa tontería.

Lo vi acomodarse mejor en el sofá esperando la primera pregunta y yo tenía muy claro cuál era.

—¿Por qué yo? —interrogué cruzándome de piernas.

—Por muchas razones. Lo primero es que dijiste que necesitabas trabajo con urgencia. Que tu padre y tu hermana dependen de ti.

Lo escuché con atención, pero no me parecía que eso fuera suficiente para ofrecerme algo así y al parecer lo notó, porque siguió hablando.

—Mira, sé que tu padre necesita un tratamiento que debes costear, tu hermana necesita culminar la universidad. Además tienes que pagar las deudas de juego de tu progenitor.

—¿Cómo diablos sabes sobre las deudas de mi padre? Estoy casi segura de que no te lo dije.

—Con lo ebria que estabas no creo que puedas estar segura de nada, pero tienes razón. Como te dije, te investigué.

—¿Qué? —Apoyé mis manos sobre mi rodilla—. ¿Estás demente? ¿Tenías que averiguar sobre mi familia también?

—Oye, lo siento, pero debía asegurarme antes de proponerte esto.

Fruncí el ceño, todo parecía una locura nivel desastre.

—Vale, pero eso no justifica que me propongas casarme contigo, debe de haber muchas chicas que querrán hacerlo. De hecho, tú deberías pensar que soy una zorra, no pasaron ni dos horas de haberte conocido y tenía tu pene entre mi boca. Eso deja mucho qué pensar, así que te repito la pregunta: ¿Por qué yo?

Se reclinó sobre el respaldo del sofá y un intento de sonrisa se asomó en sus labios.

—Esa es una de las razones, eres inteligente. A ver, ¿quieres que sea sincero? Lo haré. Te dije que necesitaba una esposa pronto para no perder el control de las empresas familiares en todo el mundo. Lo que no te dije es que también quiero fastidiar a mi abuela. Es una mujer frívola y quiero darle una cucharada de su propia medicina.

—Así que quieres casarte con la primera mujer que encuentras aunque creas que es una zorra.

—No creo que seas una zorra. —Se inclinó hacia delante y no pude evitar morderme el labio inferior al sentirlo más cercano—. Cuando me contaste que encontraste a tu novio con otra, supe que estabas allí por rabia, quizá por vengarte y esas cosas pasan...

—Voy a dejar de tomar —resoplé poniendo los ojos en el techo por unos segundos.

—... No quiero casarme contigo porque piense eso. Quiero hacerlo porque eres inteligente, astuta y vivaz. Podrás manejar a mi abuela cuando haga miles de preguntas. Además, tienes un carácter muy fuerte y estoy seguro de que eso le molestará y le gustará a partes iguales.

—¡Explícate! —demandé cruzándome de brazos.

—Mi abuela le gusta manejar a la gente a su antojo, pero también le gustan las personas que tienen cerebro.

Me tragué una sonrisa cuando me pasó por la cabeza que no me conocía, que sí era cierto que tenía mucho carácter, que sí era cierto que podía manejar a la bruja de su abuela, pero también era cierto que podía tener un carácter de los mil demonios y que, aunque lo creyera, no podría controlarme.

—¿Estás seguro de que no hay nada más por lo que quieras casarte precisamente conmigo?

—Si te refieres a que eres preciosa y que follas delicioso, pues sí, por supuesto que tiene que ver.

Su expresión era seria, tanto que parecía estar negociando un trato cualquiera. Como si nuestras vidas durante un año no serían diferentes.

Dejé la furia a un lado por no haber terminado de leer el jodido contrato, por haber firmado impulsivamente y no poder romperlo. Me gruñí a mí misma antes de hablar.

—Está bien... pero tengo una condición y si te niegas, te juro que aunque tenga que pasarme toda mi vida pagándote esa deuda o incluso, si tengo que ser condenada, no me casaré contigo.

Me miró como si estuviera loca, pero no me importó.

—El contrato dice que debo irme a vivir a tu casa cuando nos casemos y me has dicho que tenemos que conocernos lo suficiente antes de presentarme a tu abuela para que no la cague...

—¡Esa boca! —gruñó.

—¿Qué tiene mi boca? Hace un rato estabas fascinado con ella. —Me hice la tonta y por primera en esa conversación lo vi sonreír de verdad mientras negaba con la cabeza.

¡Qué sonrisa!

—Eres un caso... Lo que quiero decir es que no puedes expresarte de esa forma delante de mi abuela.

Me resistí a besarlo, porque joder, sí que se veía malditamente guapo cuando sonreía.

—¡Lo sé! Créeme, puedo ser una señorita de alta sociedad cuando me lo propongo. —Me enderecé, me acomodé las piernas y me acaricié el pelo con sutileza. Al verme, su sonrisa se ensanchó y no pude evitar sonreír yo también.

—Vale, señorita de alta sociedad, al parecer esta travesía ha comenzado. Por lo que veo será entretenido. Ahora dime tu condición.

Ya hasta la había olvidado con esa sonrisa. ¿Cómo pude dejar mi furia a un lado?

Porque querías que te volviera a follar.

Claro que no. Estaba exhausta.

Claro que sí, no lo niegues.

¡Vale! ¡Qué pesada eres, conciencia!

—Pues mi condición es que si de verdad quieres que nos conozcamos, tienes que venirte tú a vivir acá...

—¿Qué? —abrió los ojos con amplitud.

—... y ya no tendremos sexo.

—¿Por qué?

Al parecer lo segundo le pareció peor idea porque, aunque su voz sonó más calmada que la primera interrupción, lo vi tragar y enredar sus manos esperando una respuesta.

—A ver... Ni tú ni yo queremos involucrarnos más allá de lo físico y no creo que vivir juntos y follar por toda la casa lo haga más fácil.

—No siento nada por ti más allá de desear tu piel.

—¡Qué sublime el hombre!

—Lo que quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir, solo bromeo. A mí me pasa igual, pero no quiero complicar las cosas más de lo que ya están.

Volvió a reclinarse y se quedó en silencio perdido en sus pensamientos. Supuse que buscaba una contraoferta y no sé por qué carajos eso me gustó, sin embargo, al volver a enderezarse habló como si nada.

—Vale, sé que vendrás a mí a pedirme que te coja. —Estaba en extremo sereno—. Pero eso de venir aquí —miró a todos lados—, es una mala idea.

—Ja, ni sueñes que me acostaré contigo. Y lo de vivir aquí... ¿Qué? ¿El príncipe no puede salir de su castillo a vivir a un piso normal?

—¿Un piso normal? —Enarcó una ceja—. Creo que tienes un concepto muy distorsionado de lo que es normal, Elizabeth. Mira a tu alrededor, mira el sofá en donde estamos sentados, ni siquiera creo saber cuál era su color real. Las paredes están rasguñadas y la pintura se deshace. Yo... no puedo vivir así.

¡Joder! En realidad él tenía razón. Durante cinco años, Ray y yo pasábamos tanto tiempo fuera de ese piso que nunca nos detuvimos a resolver esos detalles.

—Es que soy una cenicienta —bromeé, pero lejos de sonreír me puso mala cara—. Es eso o no hay boda —afirmé.

—Dejemos este tema para después... Dime tus dudas sobre el contrato.

Me lo pensé un segundo. Había algunas cosas que necesitaba saber, pero la más importante era...

—¿Qué significa eso de cumplir mis obligaciones matrimoniales con fechas y esas estupideces?

Sonrió de medio lado.

—Sabía que esa sería tu próxima pregunta.

—¡Capullo!

—Verás, significa que después del matrimonio tendrás que follarme mínimo una vez por semana, aunque me parece una estupidez, yo necesito más que eso. Se nota que fue una mujer que redactó ese contrato. Debería despedir a mi abogada. —Frunció el ceño y siguió—. En fin, si aceptas eso tendré que cumplir la cláusula de fidelidad, sin embargo, si no quieres, puedo buscar satisfacer mis necesidades con alguien más.

Entorné los ojos para mirarlo.

—¿Es en serio?

—Nunca he hablado más en serio.

—¿Y yo?

—¿Tú qué?

—Si no quiero follarte puedo «satisfacer mis necesidades» con alguien más. ¿Cierto?

—¡No! —Esa palabra salió muy rápido de su boca—. Lo que quiero decir es que te acuestas conmigo o con nadie. Mi apellido es muy importante y por ningún motivo puede rumorearse que la esposa de Clark Holland le es infiel.

—¡Espera...! ¿Qué? ¿Entonces tú si puedes buscar con quién entretenerte y yo no?

—Es distinto...

—¿Por qué? ¿Porque tú eres hombre y yo mujer? —Volví a llenarme de rabia. ¡Maldito machista!

—No, porque yo tengo los medios y recursos para hacer las cosas con cuidado, en cambio tú...

—Sigue siendo machismo —afirmé apuñalándolo con la mirada.

—No llegaremos a un acuerdo, así que mejor lo vemos cuando estemos casado. ¿Te parece?

Suspiré cansada y asentí.

—Por otro lado, mañana te esperan en esta clínica a las diez de la mañana. —Me dio una tarjeta sacada de su cartera.

—¿Para qué?

—Para verificar que estás sana.

—¿No crees que lo esté? —Enarqué una ceja.

—No he dicho eso, es solo para estar seguro.

—Vale.

Dejé caer mi cabeza en el respaldo, estaba agotada y ya no quería discutir. De todas maneras estaba embarrada hasta el cuello de su mierda.

—En dos semanas será la cena en casa de la abuela Irene y te presentaré a la familia allí, hasta entonces tenemos que pasar tiempo juntos.

—Ya te dije cuál es mi condición.

—¿Es en serio que quieres que venga a vivir... aquí?

—Nunca he hablado más en serio. —Imité sus palabras con toda la mala intención.

Miré mi móvil, eran las cinco de la mañana y ya no podía más. Me quedé esperando una respuesta, pero no dijo nada, su expresión era neutra. Se puso de pie, se acomodó el saco en el antebrazo y salió por la puerta sin mirar atrás. No supe qué pensar, pero si era Clark quien suspendía el contrato se suponía que yo no debía pagar nada. ¿No?

De todas formas ya no me quedaba una sola neurona para pensar, me incorporé como pude y caminé a rastras hacia mi habitación. Mi cuerpo cayó sobre la cama como si esta fuese un imán que lo atraía. Lo último que me pasó por la cabeza fue que quizá solo era un mal sueño y que tal vez, cuando despertara, todo sería diferente. ¡Qué estúpida! No tenía ni idea de lo que sería mi vida de ese día en adelante, aunque tenía una certeza y era que nadie volvería a verme la cara, ni Ben, ni Clark con su contrato, ni la vida, que parecía querer arruinarme a como diera lugar. ¡Nadie!

Capítulo 12

Beth

Un sonido infernal se escabulló por mis oídos hasta llegar a todo mi organismo. Apreté con fuerza la almohada sobre mi rostro, tal vez dejaría de escucharlo o me asfixiaría, cualquiera me servía a esa hora de la mañana.

—Quienquiera que seas, déjame decirte que eres un ser demoníaco. ¿Cómo me llamas a esta hora?

—Son las nueve de la mañana.

—¿Quién carajos me habla?

—Elizabeth, levanta, ya es tarde. Tienes cita a las diez en la clínica.

Aparté el móvil y vi el número de Clark junto al nombre que le había puesto: Engendro.

—Joder, déjame dormir —grité a la pantalla y colgué.

¡Menudo gilipolla!

Volví a acomodarme en mi lugar, necesitaba dormir más que esas cuatro horas. Cerré los ojos un segundo y al siguiente me vi maldiciendo por un mensaje que acababa de llegar: «Esto no es un juego, levanta».

Me vi tentada a mandarlo a la mierda, pero preferí ni siquiera contestarle. Odiaba que me dijeran lo que tenía que hacer. Me levanté a regañadientes y me fui directo al cuarto de baño.

Cuarenta minutos después me estaba viendo al espejo. Me había trenzado el cabello a un lado. Llevaba un mono rojo de mangas cortas y un lazo a la cintura, resaltando aún más mi perfecta figura. Llevé unas zapatillas de plataformas negras que hacían juego con el pequeño bolso de tira larga. Mi maquillaje era natural, pero logré que no se me notara que no había dormido lo suficiente. Le sonreí a mi reflejo para que recordara que sonriente se veía mucho mejor y que era hermosa, tanto que ni siquiera un guaperas como Clark Holland la merecía.

Le di gracias a Dios y a todos los santos cuando mi cacharro encendió. Conduje por la ciudad con música a todo volumen pensando en la estupidez que estaba haciendo.

Mi móvil sonó cuando estaba a nada de llegar, era Clark. Odiaba ese tipo de intensidad, así que no respondí. Sin embargo, sonó una segunda vez, contesté sin mirar la pantalla poniendo el manos libres. Ya me encontraba agobiada por ese idiota.

—¿Qué rayos quieres?

—¡Oye! ¿Por qué me contestas así? —Casi me salgo de la carretera cuando escuché la voz de Ray.

—¡Joder! —Respiré profundo—. Lo siento, creí que eras otra persona...

—Déjame adivinar, creías que era Ben...

—Sí —mentí para no tener que dar explicaciones, al menos no en ese momento. Si había alguien a quien contarle lo que estaba sucediendo era a él. Sin embargo ya había empezado el día con mal pie, no quería responder a las dudas de mi mejor amigo.

—Sabes que si quieres que le dé una paliza puedo ir —dijo con voz divertida, pero sabía muy bien que hablaba en serio.

—Lo sé, pero ya le pateé las bolas. Creo que está bien por ahora.

—Esa es mi amiga. —Le escuché reír del otro lado—. Ahora dime cómo estás de verdad.

—Estoy bien.

—Vamos, soy yo.

—Estresada, pero he vuelto a trabajar y ahora no tengo que rendirle cuentas al tarado de Drakie.

—¿En serio? Eso es una buena noticia...

—Oye, Ray, estoy conduciendo —le interrumpí—. Te llamo luego ¿vale?

—Vale, Betty, cuídate mucho. Espero que cuando volvamos a hablar me cuentes qué es lo que te agobia, porque algo me dice que no se trata de Ben.

—¿Qué? ¿Eres adivino?

—No, solo te conozco como nadie.

—Adiós, pesado.

Colgué antes de que terminara por sacarme la verdad. Ray era la única persona en el mundo capaz de reconocer cuando algo me afectaba, incluso en la distancia.

Llegué a la clínica y como si de verdad estuviesen esperándome, una chica de gafas me recibió de forma muy amable. Pasé toda la mañana y parte de la tarde entre exámenes, revisiones y estudios que estaba segura debían costar una fortuna. La verdad ni siquiera me preocupada el resultado, era consciente de que estaba bien. Hacía poco que me había hecho una revisión completa.

Eran las dos de la tarde cuando me informaron que podía irme. Dijeron que los resultados estarían en dos horas y aproveché para ir a comer, el hambre me mataba.

Ya al volante, me dirigí a un pequeño restaurante no tan lejos de allí. Me devoré dos trozos de lasaña como si nada, acompañada de una soda de uva. Permanecí allí un rato más hasta que supe que ya era hora de recibir mis resultados. Compré un café para llevar y conduje mientras lo disfrutaba. Pensé en Ray y sus advertencias cuando conducía haciendo otras cosas. Solía decir que manejaba demasiado rápido para desenfocarme con algo más.

Sonreí al recordar la cara que ponía mi amigo cuando me daba por apretarle el culo conduciendo a toda velocidad. Era un miedoso con esas cosas, sobre todo después de la muerte de mi hermano Jeff en el accidente. Yo, contrario a Ray, sentía que conducir a toda prisa me ayudaba a liberar tensión. Era una terapia para mí.

Llegué a la clínica justo a tiempo. Me apresuré a pedir mis resultados, pero lo que no esperaba era las respuestas que me darían. La secretaria dijo que ya había enviado mis resultados a Holland, que el médico ya había hablado con él y que no podía entregármelos a mí, pero que iba a recibirme para darme pastillas anticonceptivas.

—¿Qué diablos estás diciendo? —grité furiosa, golpeando su escritorio.

—Yo, lo siento... —Casi me arrepentí de lanzar ese golpe sobre la madera cuando vi la pobre chica asustada.

—Señorita Shaine —la voz del médico que me había atendido hizo que apartara la vista de la chica—. Mi secretaria solo está haciendo su trabajo. Si conoce al señor Holland como yo, debe saber que no se le puede llevar la contraria. Lo siento, pero no podemos darle sus resultados. Si desea saberlo puede ir con él.

Lo miré de arriba abajo y apreté los puños. Hubiese querido darle un guantazo, pero tenía más edad que mi padre, así que me contuve de no írmele encima por ser un viejo vendido.

—Par de capullos —gruñí antes de darme la vuelta y salir de allí.

La sangre me hervía. Ese idiota me iba a escuchar. ¿Con qué derecho se atrevía a recibir mis resultados y encima negármelos a mí? Conduje con la certeza de que lo iba a matar al verlo, quedaría viuda antes de casarme.

Las calles estaban más despejadas de lo que esperaba, por lo que llegué en menos de veinte

minutos a pesar de la distancia. Miré el imponente edificio de siete pisos delante de mí. A pesar de haber pasado por allí docenas de veces, era la primera vez que me detenía a mirarlo de verdad, aunque no por mucho tiempo. Tenía un objetivo y era asesinar a Clark por imbécil.

Seguí de largo cuando una chica me preguntó en recepción si tenía cita con Clark, luego de haberme informado que su oficina estaba en el último piso. Agradecí que nadie intentara detenerme o hubiese habido varias víctimas de mi furia.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso indicado me encontré con una pared gigante adornada con el nombre de las empresas Holland. Las paredes eran de diferentes todos de grises y al girarme a la derecha, me encontré con una chica morena, quizás un año menor que yo, lidiando con un montón de documentos.

—¿Dónde está?

Lo sé, no era la mejor forma de entrar a ninguna parte, sobre todo cuando mi madre era maestra, pero no me importaba. Necesitaba hallarlo.

—¿Perdone? —La chica me miró confusa.

—¿Dónde está Clark?

Frunció el ceño asombrada por mi actitud.

—El señor Holland está ocupado. ¿Tiene una cita?

Se puso de pie rápido cuando no le respondí por estar prestándole atención a una puerta blanca con detalles dorados en los bordes. Seguro leyó mi intención porque...

—Señorita, le repito que el señor Holland no puede aten...

No terminó de hablar cuando me apresuré y abrí sin preámbulos, descubriendo que la oficina era aún más grande de lo que pensaba. Las dos personas allí dentro clavaron su mirada en mí. Clark estaba sentado en su lugar, con un enorme ventanal detrás que dejaban ver una preciosa vista. La otra persona era una chica rubia, parada a su lado, señalando algo en un ordenador. Llevaba puesta unas gafas, pero era de esas chicas tan guapas que te harían dudar de tu sexualidad.

Su escritorio de madera fina ocultaba la mitad de su cuerpo. Un enorme sofá gris estaba a mi izquierda, junto a una pequeña mesa de cristal en donde descansaban varias licoreras. La pared de la derecha estaba cubierta por cuadros, reconocimientos y títulos que me valían mierda.

—¿Qué estás haciendo? —La voz grave de Clark me hizo volver a centrarme en él, haciéndome obviar todo a nuestro alrededor.

—¿Qué estoy haciendo? —Di algunos pasos hasta posarme frente a mi futuro esposo. ¡Jodida ironía de la vida!

—A que esta es la chica, ¿no? —La rubia me sonrió divertida—. Es muy guapa...

—Voy a repetir la pregunta y espero una respuesta. ¿Qué haces aquí y por qué entras así a mi oficina? —Ignoró a la rubia posando su mirada en la mía. Una mirada que no le había visto hasta ese momento. Era fría y distante, y no era que me afectara en lo absoluto, pero sí que me sorprendió un poco.

—¿Me lo preguntas en serio, idiota? —grité furiosa mientras la rubia parecía estar pasándosela en grande—. ¿Cómo te atreves...?

No terminé de hablar cuando sentí una mano fuerte rodear mi brazo. Volteé a ver y un hombre gigante estaba junto a mí, mientras la secretaria estaba nerviosa detrás de él.

—Tiene que salir de aquí. —Me dijo el gorila.

—Suéltame o te juro que te romperé la cabeza. —Alcancé un adorno plateado que estaba sobre el escritorio y vi como el hombre se tensaba dispuesto a sacarme de allí, cuando...

—¡Suéltala y salgan de aquí! —Clark los miró tenso, pero sin siquiera ponerse de pie. A mí me echó una mirada asesina, que por supuesto, yo le devolví.

—Esto se pone interesante. —La rubia seguía riéndose cuando el gorila y la secretaria salían de la oficina.

—Largo de aquí, Emily. —Le gritó Clark a la chica con traje caro.

—Pero ¿por qué? Si me lo estoy pasando fenomenal. Esto no se ve todos los días. —Lo miró muy sonriente mientras él le ponía mala cara. Luego puso toda su atención en mí—. Soy Emily Palmert, la mejor amiga de este troglodita y su abogada—. Me extendió la mano y le correspondí solo por educación.

—Así que has sido tú quién me ha metido en este lío —dije.

—¿Yo? —Se puso la mano en el pecho—. Si yo no he hecho nada, ustedes dos se han metido en esto solitos, par de tórtolos.

Iba a replicar cuando Clark se puso de pie exasperado.

—Sal de aquí o llamo a seguridad para que te saquen a ti —le advirtió a la rubia.

—Pero si yo trabajo aquí...

—Pero yo soy el jefe.

—Vale, aguafiestas —se quejó la rubia—. Me ha encantado tu futura esposa. Es justo lo que necesitas.

Le dio una palmada en el hombro antes de salir muy sonriente, mientras Clark no apartaba la mirada de ella, furioso y yo no dejaba de mirarlo, aún más.

—¿Quién te crees que eres para impedir que me den mis resultados? —gruñí en cuanto nos quedamos solos.

Clark se frotó los ojos, respiró profundo y rodeó el escritorio para quedar frente a mí.

—Soy tu futuro esposo, Elizabeth. No sé por qué estás tan enfadada, pero...

—¿No lo sabes? —Sonreí con ironía—. No lo sé, tal vez porque me he topado con un demente que me obliga a casarme con él y encima mete las narices en mis cosas. ¡Maldita sea! Es mi cuerpo, mi salud. ¿Cómo diablos te atreviste a hacer eso?

Ni siquiera me daba cuenta de que estaba tan cerca de él, hasta que sentí su respiración en mi rostro.

—Elizabeth, es una tontería. No deberías enfadarte por eso, te dije que tenía que verificar que estabas bien y lo estás. Problema resuelto. Deja de comportarte como niña malcriada.

Sentí que iba a explotar de la ira. ¿Niña malcriada? ¿Qué carajos tenía en la cabeza?

—Tú deja de comportarte como si fueras un ser supremo. Es mi vida, no tienes por qué meterte, pirado.

—¡Seré tu esposo! —repitió casi en mi boca, haciendo que diera un paso atrás.

—Me importa una mierda ser tu esposa. Me importa una mierda tus aires de grandeza. No eres mi dueño y no lo serás nunca, así que en tu puta vida vuelvas a pasar esa línea si no quieres que me vuelva viuda y asesina el mismo día.

Clark me miraba como si no entendiera mi furia. Tal vez estaba tan acostumbrado a hacer lo que quisiera que le parecía normal inmiscuirse así en mis asuntos.

—Oye, me parece una estupidez por lo que estás enfadada, pero no tienes ningún derecho a

entrar a mi oficina de esa forma. —Su tono de voz salió demasiado serio y no pude evitar aprovechar el momento para fastidiarlo. Después de todo él me había arruinado el día.

—Seré tu esposa. —Me crucé de brazos.

—Deja de usar mis propias palabras en mi contra. —Dio un paso hacia mí.

—Y tú deja de meter tus narices en mis cosas, te lo advierto —clavé un dedo en su pecho—, si sigues haciéndolo no respondo de mis actos.

—¿Qué vas a hacer? —Su rostro se relajó y sus ojos fueron a tener a mis labios, pero yo seguía tan enfadada que lo obvié dando otro paso atrás.

—Créeme, no querrás saberlo.

—Sí que quiero. —Enarcó una ceja, intrigado.

—¿Qué pensaría la prensa de que el empresario más importante de esta ciudad, y de muchas más, tiene que pagar para que una mujer se case con él?

Dio dos pasos atrás apretando los puños, mientras su mandíbula se tensaba con rapidez.

—¡No lo harías! —masculló.

—No, no lo haría. —Sonreí victoriosa—. Claro, si no sigues queriendo imponerme tus deseos y caprichos.

—Irías a la cárcel —afirmó entornando los ojos.

—¿Crees que me importa? —Di unos pasos quedando cerca, muy cerca de sus labios—. Cómo se nota que no me conoces, Clark Holland. Si hay algo que valoro es mi libertad de decisión. Odio que me impongan las cosas y aunque acepté el estúpido matrimonio, no quiere decir que me someteré a lo que quieras. Escúchame bien —tiré de la solapa de su traje acercándome tanto que rosaba sus labios—, ni tú ni nadie va a doblegarme, que te quede claro. Así que si te imaginabas que me tendrías a tu merced, deberías pensártelo mejor, futuro esposo.

Lo solté y pretendía salir de allí cuando tiró de mi brazo, devolviéndome a la misma posición en la que estaba.

—Bien, señorita Shaine, no volveré a meterme en sus asuntos, pero no vuelva a entrar a mi oficina de esa forma. Así como tú valoras tu privacidad, yo valoro mi lugar de trabajo y me gusta tener todo en orden.

Sentí sus labios rosar los míos y la pelvis se me contrajo. ¿Por qué carajos ese idiota me hacía desear tenerlo dentro de mí aun estando tan enfadada?

—Entonces tenemos un trato. —Me aparté estirando la mano—. Tú no te metes en mi vida, yo no interrumpo tu aburrido trabajo.

Sonrió con malicia y no entendía por qué, hasta que estrechó mi mano para luego tirar de mí, y casi sin darme cuenta tenía su lengua dentro de mi boca. Y no sé por qué, pero todo mi cuerpo reaccionó. Una de sus manos se posó con fuerza en mi espalda baja, estrechándome contra su cuerpo. Me estremecí cuando sentí su dureza en mi abdomen. Su otra mano tiró de mi cabello y las mías se aferraron a su cuello con ansias. Su boca y la mía se devoraban con ganas, con ese deseo que surge cuando ya has probado el fuego y quieres quemarte en las llamas.

—Tenemos un trato —masculló sobre mis labios, con la respiración aceleraba igual que la mía.

Me aparté de inmediato, era una locura. Eso no podía seguir pasando. Él pareció algo sorprendido, pero no dijo nada, se limitó a volver a su sillón y noté una pequeña curva en las comisuras de sus labios.

Recogí mi pequeño bolso en el suelo, ni siquiera supe cómo llegó allí.

—Tus resultados están bien —agregó sin dejar de mirarme.

—Lo sé, pero no sé si tú lo estás.

—Ya te he enviado todo a tu correo. Tus resultados y los míos. Ahora sí, pronto seremos el señor y la señora Holland —dijo con un tono de voz victorioso.

Me incliné sobre el escritorio, apoyé ambos puños sobre la madera y le clavé la mirada sin siquiera parpadear.

—Se equivoca, señor Holland. Puede que en un mes sea su esposa, pero siempre seré Elizabeth Shaine. Así que si estaba en sus planes que llevara su apellido, puede irse olvidando de ello.

Sonreí borrando su sonrisa.

—Cualquier mujer quisiera tener mi apellido.

—Sí, cualquier mujer. Lástima que has decidido casarte con la única que nunca en su vida lo llevaría.

Enarqué una ceja, divertida, justo antes de darme la vuelta y salir de allí dejándolo furioso. Se lo merecía por actuar como un idiota e impedir que recibiera mis resultados. Se lo merecía por obligarme a casarme con él. Se lo merecía por provocar sensaciones en mi cuerpo que no quería sentir. Se lo merecía porque, aunque ni siquiera lo notaba entonces, Clark Holland se estaba escabullendo en mi piel poco a poco, sin siquiera pedir permiso. Sí, definitivamente se lo merecía.

Capítulo 13

Beth

—Por favor, cacharrito, enciende —le pedí a mi coche por milésima vez.

Llevaba más de media hora en el estacionamiento de las empresas Holland y el enfado, lejos de desaparecer, seguía en aumento. Tenía que ir al supermercado y seguía allí, sin poder salir.

—Por favor —mascullé cuando volví a girar la llave, pero nada.

Bajé frustrada. Parecía que el mundo entero conspiraba en mi contra. Mi vida se hizo una mierda en poco tiempo. Miré a todos lados y no había nadie a mi alrededor. Todas las emociones me arroparon y terminé pateando la puerta de mi coche.

—¡Maldición! —repetía una y otra vez mientras seguía golpeando.

Tenía que liberar la ira o terminaría matando a alguien, probablemente a Ben o Clark. Bueno, tal vez a ambos. ¿Por qué tenían que gustarme los hombres? Seguro que si me gustaran las mujeres sería más fácil... umm, tal vez no tanto porque no podría aguantarme a alguien como yo...

—Vaya, vaya, parece que el karma existe.

Supe con exactitud quién era incluso antes de girarme y al hacerlo me topé con la cara burlona de mi futuro esposo.

—Cierra la boca o en vez de golpear al auto te golpearé a ti.

Pegué mi espalda a la puerta, estaba agotada, furiosa y hambrienta. Los tres elementos que equivalían a una bomba activada.

—Eso suena interesante, pero tengo cosas más importantes que hacer. —Se dio la vuelta para irse el muy desgraciado.

—¿Es en serio? ¿No me vas a ayudar?

—Ah, creí que la señorita podía sola. —Se giró con los brazos cruzados en el pecho.

—Capullo...

—Si me sigues insultando te dejaré aquí tirada.

Si seguía viéndole la cara mientras se burlaba de mí, seguro que iría a la cárcel.

—¿Sabes qué? Vete, no te necesito.

Me subí al coche y volví a intentar encenderlo, pero definitivamente no era mi día. Seguro los planetas estaban cruzados.

Pero si tú no crees en esas cosas.

Gracias, conciencia, ya lo sé.

—Oye, no puedo ayudarte a arreglar esa carcacha, porque ni siquiera creo que tenga arreglo...

—Respeta a mi coche.

—...pero puedo llevarte a tu piso.

—Preferiría irme a pie, gracias.

—Como quieras.

Menudo imbécil. De verdad se fue. Me bajé para poder seguirlo con la vista y casi me ahogo de la impresión cuando, cinco puestos más atrás, un Chevrolet corvette convertible de color negro, respondió al mando que llevaba en la mano. ¿Cómo podía tener un coche de esos? Necesitaba conducirlo, lo pondría a volar.

—¡Espera! —Corrí y al notarlo se giró—. He cambiado de opinión. Pero ¿me dejas conducir?

—¿Qué?

—Vamos, soy tu futura esposa. —Puse cara de angelito. Él me miró con los ojos entornados.

—¿Es en serio?

—Pues claro, soy una excelente conductora.

—Ni de coña.

—Por favor —mascullé.

Por conducir un auto así valía la pena bajar las defensas.

—Si eres pésima conductora, has tenido que pagar seis multas por exceso de velocidad.

—¿Cómo sabes...?

—Ya te dije que te investigué. —Rodó los ojos.

—Vale, pero eso no quiere decir que sea mala condiciendo...

—No, eso quiere decir que eres un peligro al volante. ¡Sube!

Resoplé agobiada. Me di la vuelta y me adentré en la majestuosa obra de arte llamada auto. Debía estar allí aunque no pudiese conducirlo.

—¿No andabas en una camioneta el otro día? ¿Cuántos coches tienes? —pregunté acariciando el tablero y apreciando el tapizado de cuero.

—Este es el único que tengo, los demás son de la compañía.

—Ah genial, una compañía que te pertenece —ironicé y él sonrió.

—Ando en la camioneta cuando no quiero conducir.

—Vale, lo pillo, todo un empresario multimillonario.

—Y tú serás la esposa de este multimillonario.

Puse los ojos en blanco.

—Ni me lo recuerdes que me lanzo del coche en movimiento y resuelvo el problema.

Ensanchó su sonrisa. ¿Cómo podía estar tan calmado después de nuestra discusión en su oficina? La verdad allí pareció diferente a cómo lo conocía, pero no quería abundar, estaba muy cansada para eso y faltaba mucho para que el día terminara.

—No me puedo creer que no te haga ilusión casarte conmigo. Cualquiera mataría por estar en tu lugar. Deberías estar emocionada.

—¿Emocionada porque me voy a casar con un controlador, ególatra con aires de grandeza y adicto al trabajo? Pues claro, estoy que exploto de la felicidad —ironicé y le puse mala cara mientras él solo negaba con la cabeza con una sonrisita idiota.

Durante todo el camino me daba la impresión de que no avanzábamos y para ser sincera, no era que él condujera lento, era que yo necesitaba más velocidad. Necesitaba sentir el pedal debajo de mi pie mientras lo empujaba a fondo.

Un rato después estaba frente a mi edificio y aunque creí que ni siquiera subiría allí arriba, lo hizo. En cuanto llegué me fui a la nevera y fue cuando la realidad me golpeó. Tenía hambre y no tenía nada de comer.

—Maldición.

—¿Qué? —preguntó apoyando los codos en la encimera—. ¿Sigues sin comprar nada para comer? Sí sabes que eres un desastre, ¿no?

—No molestes que muero de hambre y no tengo coche.

—¿Qué tiene que ver?

—Pues que iba a ir de compras y ahora no puedo porque no tengo donde moverme.

—Vale... —Se detuvo a sacar su móvil cuando le sonó. No contestó, pero le puso mala cara al aparato—. Yo... tengo que irme.

—Ok —resoplé dándome la vuelta a mirar de nuevo mi nevera vacía.

—Oye —se detuvo en la salida haciéndome voltear a verlo—, resolveré lo de tu coche.

Asentí antes de que saliera. La verdad era que si lograba que mi cacharro encendiera, mi día mejoraría un montón. Sobre todo porque al día siguiente tenía que volver al trabajo.

Cogí una barra de chocolate que tenía en la cartera, la compré cuando almorcé. Me fui a mi habitación y me la comí mientras revisaba proyectos anteriores. Sabía que mi nuevo puesto no solo me traería más ingresos, sino más responsabilidades y una montaña de trabajo.

Una hora después estaba a punto de llamar a un taxi, aunque no estaba para gastar dinero en ello, necesitaba ir al súper y comprar comida. Volví a coger mi bolso y al abrir la puerta me encontré con una mano en el aire a punto de tocar.

—Buenas tardes, señorita Shaine. Soy Julián, el chófer del señor Holland, le ha enviado esto. —Extendió la mano ofreciéndome un mando de un coche, pero no el mío—. Está estacionado al frente porque él me ha dicho que usted va de salida.

—No entiendo.

—Ha dicho y cito sus palabras: «Esa carcacha no tiene arreglo, échala a la basura y llévale un coche de verdad».

—¿Será idiota? —Puse mala cara y lo señalé—. No habrás votado mi auto, ¿o sí? porque si es así te juro que...

—Cálmese, señorita, yo jamás haría eso. Pero si quiere un consejo, acepte el coche que le enviaron mientras arregla el suyo. No tiene nada de malo.

Lo miré confusa, parecía demasiado amable para ser parte del círculo cercano de Clark.

—Vale. —Acepté el mando—. Pero dile a tu jefe que ni se le ocurra tocar mi coche o estampo este contra una pared.

Sonrió asintiendo antes de marcharse. Miré las llaves en mis manos y salí corriendo. Tenía que ver qué coche iba a conducir. Apenas me asomé a la salida del edificio vi un Audi Q7 del año color rojo. No era el Corvette, pero definitivamente era mil veces mejor que el mío, además del mismo color. Menudo coche. Casi me sentía una niña con juguete nuevo.

¿Casi?

Ok, sí que me sentía como una niña con juguete nuevo.

Sentí electricidad por todo el cuerpo cuando lo puse en marcha. La adrenalina me recorría los dedos cada vez que giraba el volante a toda velocidad para dar un giro. El corazón me saltaba de alegría en el pecho y sentía maripositas en el estómago. Seguro que eso era amor de verdad.

¡Amor por los autos, qué tierna esta mujer!

Pues claro, los autos no engañan como el idiota de Ben.

Pero te dejan tirada como tu cacharro y terminas pateándolos como loca. ¿No fue lo mismo que hiciste con tu ex?

¡Ya cállate!

Una persona común hubiese llegado al súper en veinte minutos. Yo lo hice seis. Me sentía como cuando Jeff me dejaba conducir su auto de carrera, aunque estaba prohibido.

Caminé por los pasillos buscando lo que necesitaba, ni más ni menos. Pronto tenía que mandar dinero a mi familia y no podía darme el lujo de gastar demás. Lo primero que fue a tener al carrito de compras fue la pasta, no podía faltar, eran mis favoritas. Seguido de galletas de avena que Ray me había acostumbrado a comer los años que vivimos juntos (cómo extrañaba a ese tonto), cereal, leche, huevos, arroz, vegetales, algunas frutas y cuando me acercaba a buscar un

jabón de miel que solía comprar, unos brazos abiertos aparecieron ante mí rodeándome sin que pudiera reaccionar.

—¿Emil?

Su cabello rojillo, su piel pálida y sus pecas intensas adornaban gran parte de su rostro. Aun así era guapo. Su estatura lo ayudaba mucho.

—Dios, Beth, tenía mucho tiempo sin verte —dijo al apartarse para verme a la cara—. Qué guapa estás, bueno, siempre lo has sido, pero ahora pareces brillar. Seguro que mi amigo tiene mucho que ver.

Emil era el mejor amigo de Ben y dueño del club en donde mi ex trabajaba. No me explicaba cómo no le había contado lo de nuestra ruptura. Me vi tentada a contarle que quería matar a ese imbécil, pero lo dejé en su error. Era preferible a tener que dar explicaciones.

—Sí, tenía meses sin verte. ¿Dónde has estado? —Me hice la loca.

—Sí, es que estuve en otra ciudad. Estaba instalando otro club nocturno, pero ya está listo. Apenas he vuelto.

—Me alegro mucho, yo... —El teléfono sonó y, como caído del cielo, el nombre de mi mejor amigo apareció en la pantalla—. Lo siento, tengo que contestar, es Ray.

—Vale, ya no veremos más seguido.

Me dio un beso en la mejilla y siguió su camino, liberando mis pulmones de la opresión que había producido el nombre de mi ex en ellos. De verdad lo despreciaba. A él le di más de lo que le di a nadie y traicionó mi confianza. No, no volvería a pasarme.

—¡Ray!

—¿Adivina quién tiene novia nueva? —canturreó del otro lado, provocando que hiciera una mueca.

—Tú tienes nueva novia cada día.

—Vale, pero es que es preciosa. Es una guía turística y es rubia. ¿Puedes creerlo?

No, no podía creerlo. A Ray le encantaban las morenas y nunca lo vi con una mujer que no cumpliera esa característica.

—Eso sí que es un fenómeno —ironicé y lo escuché reír a sus anchas del otro lado.

Durante cinco minutos más hablamos de mi trabajo, de sus aventuras por el mundo y de que no tenía fecha para regresar. Dijo que le dijera que lo extrañaba si quería que volviese, sabía muy bien que nunca lo haría. Desde que murió mi hermano me negaba a necesitar a nadie en mi vida, él era un trozo gigante de mi alma y me fue arrebatada sin piedad. No quería experimentar de nuevo esa sensación tan cruda y me convencí de que mientras más me aferraba a las personas que quería, más me rompería si me faltaban.

—Vale, no me digas que me extrañas, yo sí que te extraño. Aunque la verdad me olvido de ti cuando tengo a la rubia encima de mí moviendo el...

—Créeme, no necesito tanta información.

—Pues yo solo te cuento como mi mejor amiga, ya que tú no has querido hablarme del polvo que echaste hace días. En fin, ya me voy. Esperan por mí...

—¡Ray! —Pensé en contarle lo que estaba pasando con Clark, pero me detuve cuando recordé que no era el lugar para hablar de ese tema.

—¿Sí?

—Cuídate, ¿vale?

—Traducción: Te quiero mucho, te extraño y no puedo vivir sin ti.

—Eres un pesado... —Le puse mala cara aunque no pudiera verme.

—Yo también te quiero. Bye, linda Betty. Ah y deja de poner esa cara. Vas a envejecer pronto.

Iba a replicar cuando me colgó el muy maldito. ¿Cómo podía quererlo tanto y al mismo tiempo querer estrangularlo? En fin, debía volver a casa, preparar de comer y esperar a que el día por fin terminara, pero ¿qué crees? A pesar de ser casi las siete de la tarde mi día apenas estaba comenzando, porque, aunque en ese momento ni siquiera me pasaba por la cabeza, la noche traería consigo más emociones de las que tú y yo podríamos imaginar.

Capítulo 14

Beth

No había cruzado bien la puerta de mi piso cuando mi móvil volvió a sonar. Era Ben, había llamado durante todo el camino a casa, pero obvio me negaba a contestarle. Dejé el aparato en la encimera junto con la compra que había hecho. Necesitaba cocinar algo porque aunque me había atiborrado de chucherías, seguía teniendo hambre.

Organicé todo lo que compré y, antes de empezar a hacer la cena, me di un baño rápido. Siempre me ha gustado estar cómoda a la hora de cocinar, así que me vestí con un pantalón de tela corto y una camiseta color beige que dejaba al descubierto uno de mis hombros. Encendí la pequeña pantalla de la sala y puse canciones que no tuvieran mucha letra, pero sí buen ritmo. Y así fue como me pasé cuarenta minutos frente a la estufa, moviendo el trasero al ritmo de la música y preparando una rica pasta de camarones.

Me serví una copa de vino desde que terminé de cocinar. Mi plato se veía estupendo y sabía aún mejor. Me fui al salón, acomodé mis piernas como si hubiese ido a hacer yoga y dejé la copa sobre la mesita del centro. Levanté la mano con el primer bocado que deleitaría mis papilas gustativas, pero como broma macabra de la vida, no había llegado a mi boca cuando alguien llamó a mi puerta.

—¡Joder!

No me lo podía creer. ¿Desde cuándo mi perfecta vida se había ido por un barranco y no podía disfrutar de mi soledad?

Me dirigí a la puerta esperando que no fuera mi ex, porque era capaz de desperdiciar mi deliciosa pasta y romperte el plato en la cabeza.

—Hola. —Un hombre con aspecto cansado apareció frente a mí. Clark.

Seguro que las horas sin dormir y el trabajo le estaban pasando factura, lo que no me explicaba era qué hacía en mi piso y con una maleta en la mano. Era ilógico.

—Me pediste que viviera aquí hasta casarnos, ¿lo olvidaste? —preguntó con el ceño fruncido, como si no entendiera mi silencio y mi cara de asombro.

Sí lo recordaba, pero la verdad lo había pasado por alto por culpa del día tan ajetreado que había tenido y además, no creí que convencerlo hubiese sido tan fácil.

—Adelante. —Me aparté para que pudiera pasar.

Lo vi seguir por el pasillo sin detenerse, se dirigía a mi habitación.

—¡Espera!

Se giró por inercia al escuchar mi voz.

—¿Qué?

—Esta será tu habitación. —Abrí la puerta de la primera habitación del pasillo, la de Ray, que gracias a Dios estaba limpia y organizada por la extensa limpieza que hice días atrás.

—¿Es en serio?

—Oh, sí, sí que lo es.

—¿Por qué? —Arrugó la frente.

—Ya te lo dije, así que no hagas el tonto.

Expulsó todo el aire de sus pulmones, de verdad se veía cansado, pero ese no era mi problema.

—No me puedo creer esto —masculló al entrar a la habitación.

Me encontraba a nada de volver al sofá por mi plato cuando algo me hizo detener.

—Oye, he preparado pasta. Si gustas, he dejado un poco.

—¡Gracias!

Mi viejo sofá y mi deliciosa pasta me recibieron de vuelta. Me enfoqué en los videos que se reproducían mientras disfrutaba de mi suculenta cena. Estaba tan concentrada, que media hora después apenas me di cuenta de que Clark estaba en la cocina mirándome fijamente al tiempo en que se servía un vaso de agua. Ya se había cambiado, de hecho, tenía el pelo mojado por lo que supuse que también se había dado un baño. Llevaba un pantalón deportivo y una camiseta blanca. Incluso así vestido, despreocupado, se veía demasiado guapo.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Parpadeó rápido y luego bebió de su vaso antes de responder.

—Nada... ¿Dónde está mi plato?

—¡Sírvete!

—¿Qué?

—¿No me digas que esperabas que actuara como tu sirvienta? —Reí con ironía—. Pobrecito, el príncipe no sabe servirse un plato de pasta.

Me puso mala cara y me dio la espalda para servirse. Dos minutos después estaba a mi lado. Al igual que yo se había servido una copa de vino y por su cara, deduje que le estaba gustando mi creación, sin embargo, al terminar no dijo nada.

Pasada una media hora empezamos a hablar de temas que a él le parecían relevantes a la hora de presentarme a su familia. Me habló muy por encima de su madre, que había muerto de una enfermedad respiratoria. De su padre que estuvo a punto de volver a casarse con una mujer que tenía una molesta hija, pero que al final algo pasó y la boda se canceló, aunque a raíz de eso su padre vivía en otra ciudad haciéndose cargo de una de sus empresas. Todos los presidentes de cada empresa le rendían cuentas a él.

Me habló de su abuela que era viuda, pues su abuelo había muerto cuando él aún era pequeño. De su tía y su esposo, que eran los padres de sus dos primos, aunque solo me habló de uno, ya que supuestamente el otro ya no era parte de la familia. Decidí no abundar en el tema, por lo poco que lo conocía sabía que no diría nada más.

Me preguntó algunas cosas de mí, de mi familia y de mi entorno, pero la realidad era que no había mucho que decir, lo necesario ya él lo había investigado.

—Vamos, dime algo de ti. Estoy seguro de que tiene que haber mucho más.

—No hay nada más. Mi madre murió, mi padre es un hombre enfermo que no puede viajar. Mi hermano murió en un accidente de coche y mi hermana es una universitaria que está un poco chiflada.

—¿Y tú? ¿Por qué no me hablas de ti? —Se acomodó de medio lado para verme mejor.

—No hay nada que decir de mí. Lo que tenías que saber ya lo averiguaste.

Recliné mi espalda elevando la mirada al techo y a pesar de no estar mirándolo, de una forma extraña, podía sentir sus ojos fijos en mí.

—Cuéntame algo que disfrutas.

—Golpear y conducir. —Enfrenté su mirada.

No lo pensé, las palabras salieron de mi boca sin que lo pudiera evitar y él me miró como si estuviese loca, algo que me hizo sonreír.

—A ver, a lo que me refiero es que suelo practicar boxeo o solía hacerlo, ya casi no me apetece —aclaré.

—¿Por qué? —Pareció realmente interesado cuando se removió apoyando su brazo derecho en

el respaldo.

Respiré hondo. Lo necesitaba para poder hablar de ello.

—Porque... solía hacer esas cosas con Ray, mi mejor amigo, y Jeff, que pasaba mucho tiempo en esta ciudad por su profesión. Era piloto de carrera y era bueno, de verdad era bueno. —Me tragué el nudo que se me formó en la garganta al recordar la sonrisa perfecta de mi hermano—. No sé, supongo que ya no es lo mismo. —Me encogí de hombros.

—Lo entiendo...

—¿Sabes? Yo le enseñé a conducir, pero él me enseñó a disfrutarlo. Al principio tenía miedo de que se hiciera daño, era un mocoso de quince años cuando empezó a manejar como un loco, pero era tan bueno, que a pesar de no tener la edad para hacerlo, se escabullía en todas las calles de nuestro pueblo. Cuando me mudé lo más difícil fue dejarlo a él, pero en menos de un mes vino a verme. Cuando lo vi en la puerta no me lo podía creer. Tenía una sonrisota de oreja a oreja y yo casi lo asfixio por toda la fuerza con la que lo abracé. Yo amo a mi padre y a mi hermana, muchísimo, pero con Jeff tenía una conexión que sigo sin entender. Mi hermano había conseguido un trabajo a medio tiempo para reunir dinero y visitarme. Lo hizo durante mucho tiempo, hasta que...

Me quedé en silencio, esos recuerdos me quemaban el pecho.

—¿Hasta qué? —Tomó mi mano y la verdad no sé por qué, pero no la retiré.

—Hasta que en un viaje a otro país, se enamoró y ya viajaba menos, aunque nunca dejó de hacerlo del todo. Él me quería tanto como yo a él. Hablábamos diario. Tres meses antes de morir se presentó aquí, estaba tan feliz que le brillaban los ojos. Tenía diecinueve y estaba en el mejor momento de su vida. Su amor era correspondido y llevaba en la mano un contrato.

»Lo había logrado, había logrado sus sueños. Iba a ser piloto profesional. Creo que fue el día más feliz de mi vida. Se preparó por dos meses en los que tuvo que permanecer en esta ciudad y yo me sentía tan contenta de compartir esa etapa de su vida. Ganó en su primera carrera, él... él de verdad era increíble.

»Recuerdo que esa noche llegó con un vestido y un precioso collar en una bolsa de regalo. Se suponía que él tenía que estar celebrando, pero se escapó para venirme a buscar. Yo me había ido después de felicitarlo por su victoria. Creía que lo mejor era darle espacio para que disfrutara con sus amigos, pero me dijo que no estaba completo si yo no estaba allí. —Sonreí.

»Mi padre y mi hermana no pudieron viajar por la enfermedad que desde ya afectaba a mi padre, así que yo era todo lo que tenía y lo mejor fue que era suficiente para él. Luego de ello se fue por unas semanas, quería estar cerca de su novia. Tres días antes de morir vino a verme, dijo que me extrañaba mucho. Permaneció dos días conmigo. Yo terminaba mi trabajo pronto para poder ir con él al club de carrera, a veces a escondidas me prestaba su coche de entrenamiento, era algo prohibido.

»Luego se fue. Quería pasar esa última semana con su novia. Tenía que volver pronto porque su carrera empezaba en lleno y era algo complejo viviendo en países diferentes. Todos querían apostar a él. ¿Sabes? —Volví a sonreír con melancolía—. Cuando cierro los ojos sigo viendo la sonrisa con la que se despidió de mí en el aeropuerto aquella mañana. No cabía de la felicidad y yo tampoco. Al día siguiente... yo... recibí una llamada...

No pude más, no quería seguir hablando. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, pero me sentía débil solo de recordar todo aquello. No sé cómo lo supo, pero me abrazó y lo dejé hacerlo.

Mi cabeza reposaba en su pecho, sus grandes brazos me cubrían con calidez y yo solo luchaba con todas mis fuerzas para no llorar. ¡Cómo odiaba llorar!

Lo aparté en cuanto tuve las fuerzas. No quería que me consolara, nunca fui ese tipo de mujer. Cuando lo miré al rostro me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en mis labios y que seguía cerca, muy cerca de ellos. Tragué hondo.

No entendía cómo con tan solo mirarme se me tensaba todo el cuerpo y mis dedos temblaron de las ganas de romperle la ropa. Volví a sentir su mano sobre mí, pero esta vez reposaba en mi espalda baja. Las mías estaban sobre su pecho intentando mantener el espacio que nos separaba, sin embargo, sin darme cuenta, cada vez lo sentía más cerca de mí.

Me mordí el labio inferior por instinto y noté que sus ojos empezaron a oscurecerse sin apartar la mirada de mi boca. Una presión en mi cintura me rasguñó todo el cuerpo, eran sus dedos que cada segundo que pasaba se tensaba más sobre mi piel aún cubierta por mi camiseta. Su otra mano fue a tener a mi mejilla, pero poco a poco su pulgar se paseó por mis labios, provocando que todos mis sentidos se alertaran aún más. Yo seguía sin poder dejar de mirarlo. Quería besarlo hasta que nos dolieran los labios y el que su pecho empezaba a subir y bajar con rapidez, me dejaba ver que él lo deseaba tanto como yo.

Mis manos empezaron a ceder casi inconscientemente y su aliento sobre mi rostro hizo que una llama me recorriera la pelvis. Sus dedos en mi espalda seguían haciendo presión, causando electricidad en toda mi columna. No podía contenerlo más y tampoco podía contenerme más a mí. Su nariz hizo contacto con la mía en un pequeño roce provocando que mi piel se erizara.

—¡Voy a besarte! —dijo sobre mi boca y juro que quería replicar, pero mi lengua me traicionó, ella solo quería estar entre su boca o prenderse de su miembro.

Tragué hondo cuando supe que mi caída era inminente, que rompería mi propia regla el mismo día en que la impuse. Mi piel ardía, pero casi me quemo viva cuando la mano que estaba en mi mejilla se hundió en mi cabello que seguía en una cola y luego tiró de él haciéndome arquear la espalda. Iba a besarme y la verdad era que si no lo hacía pronto, lo haría yo. Sentía el hormigueo en mi entrepierna y mis bragas estaban húmedas. No podría aguantar aquella maldita tensión por más tiempo. Entreabrí la boca para recibir la suya en el momento en que acarició mis labios con su lengua, pero...

—¡Maldición! —Lo escuché decir cuando di un respingo ocasionado por el sonido y vibración de mi móvil que seguía en mi regazo.

Cogí el móvil intentando apartar todas las sensaciones que estaba sintiendo, pero en cuando descolgué me arrepentí de haberlo hecho sin mirar quién era.

—¡Beth!

—¿Emil? —pregunté y vi como el ceño de Clark se fruncía a mi lado.

Me puse de pie y me dirigí a la cocina, no podía seguir junto a esa tentación hecha hombre. ¿Cómo carajos podían ser tan guapo? ¿Y desde cuándo un hombre me deslumbraba de esa forma?

—Sí, soy yo... —Apenas podía escucharlo, la música era muy fuerte, seguía en el club—. Beth, tienes que venir a buscar a tu novio o a tu ex, no sé, creo que es lo que he entendido, pero el caso es que está muy tomado y no quiere irse, tengo miedo de que...

—No me interesa, ese ya no es mi problema. —Me froté el rostro con la mano libre, de verdad estaba cansada de Ben.

—Beth, él está muy mal, nunca lo había visto así. He intentado llevarlo a su casa, pero no quiere, solo habla de ti, de que quiere verte. He tenido que quitarle las llaves de su coche porque quería conducir hasta tu piso. Por favor, solo te pido que lo lleves sano y salvo a casa.

—Emil, yo no puedo y tampoco quiero...

—Por favor, Beth, tengo miedo de que si sigue tomando termine en un coma etílico. Luis me dijo que está tomando desde ayer. Sabes que volví hoy y no lo había visto, pero solo tú puedes convencerlo de que no tome más.

—Emil... —respiré agobiada de tanta mierda—. Hazte cargo, sé que puede hacerlo.

—En serio, no me hace caso. No sé qué pasó entre ustedes, pero hazlo por el tiempo que estuvieron juntos. Tú eres mi amiga, incluso te conozco antes que a Ben, pero él es mi mejor amigo y no quiero que le pase nada malo. Te juro que lo he intentado todo, pero está renuente y ya lo conoces, es un cabezota igual que tú.

Apoyé los codos en la encimera aún con el móvil en la oreja, cerré los ojos con fuerza y me pasé la mano por el cabello. Ben era un desgraciado, pero no quería que le pasara nada y conociéndolo era capaz de tomar hasta dejar de respirar. Tenía que hacerlo, lo sabía, después de todo él lo había hecho por mí y la primera vez ni siquiera me conocía. Sí, es extraño, lo conocí en medio de una borrachera, en donde solo quería follarlo y él terminó cuidándome en su piso para que no terminara ahogada en alcohol. Sí, sé lo que piensas, siempre he sido un desastre, pero nunca dije que no lo fuera.

—Vale, voy para allá.

Colgué y de inmediato noté los ojos azules de Clark puestos sobre mí, bueno, en realidad lo había notado todo el tiempo, solo que me centré en la estúpida llamada.

Sin perder tiempo me dirigí a mi habitación a cambiar mi pantalón corto por unos vaqueros y a ponerme unas zapatillas deportivas, pero antes de llegar sentí una mano fuerte rodear mi antebrazo.

—¿A dónde vas? —preguntó, pero no me gustó su tono de voz.

—Voy a salir —Me solté.

—Tenemos algo pendiente, no puedes irte.

—No tenemos nada pendiente, además, puedo y voy a irme.

No lo dejé replicar. Me sumergí en mi habitación y diez minutos después estaba subida en el coche, pero sin poder moverme. Tenía una guerra en la cabeza. Por un lado sabía que debía ir en su auxilio, él lo habría hecho por mí. Los recuerdos juntos llegaron a mi cabeza, no puedo negarlo, hubo muchos momentos buenos: nuestras acampadas, nuestros viajes juntos, nuestras noches de fiestas que terminaban en la cama. En serio la pasamos bien.

»Pero por otro lado él era el mismo hombre que había encontrado con aquella rubia y esa imagen no la podía borrar de mi cabeza. Ben era el hombre que años atrás me había invitado a dejar mi desconfianza con el mundo, que había conseguido que bajara mis defensas y que confiara en él, para luego hacerla pedazos.

Tenía un remolino dentro. Empecé a golpear el volante, frustrada, mientras me debatía entre hacer lo correcto e ir a buscarlo para que no le pasara nada o hacerle caso a mi orgullo herido y dejarlo a su suerte... ¡Maldito Ben! Después de haber sido lo más cercano al hombre perfecto, se había convertido en un palo en el culo que no me dejaba respirar.

Capítulo 15

Beth

Las hormonas revoloteaban en el aire y las luces parpadeantes apenas me dejaban ver. La música alta me acompañaba mientras caminaba a la barra, donde Emil estaba al lado de un Ben completamente ebrio.

Me detuve unos pasos antes de llegar, Ben me daba la espalda, pero Emil ya me había visto. Inhalé profundo y luego seguí a su dirección. Sabía que no había vuelta atrás.

—¡Beth! —exclamó Emil con una sonrisa de agradecimiento, haciendo que Ben volteara a verme.

¡Dios! Se veía fatal. Sus ojos estaban hinchados y rojos, había llorado. Su piel estaba pálida, tenía barba de días y su cabello estaba más largo y desordenado de lo que alguna vez estuvo.

—¡Cariño! —Su voz se quebró, pero ni siquiera me dejó reaccionar cuando ya se había lanzado sobre mí.

Ni siquiera sé cómo no me caí de culo con él encima. Quise apartarme, pero me abrazaba con tanta fuerza que era imposible. Me rendí dándole unas palmadas en la espalda y pidiéndole con amabilidad que me dejara respirar.

—Lo siento, cariño —dijo en medio de una sonrisa—. Has venido, yo... lo siento tanto.

Me tragué las ganas de mandarlo a la mierda porque estaba segura de que al día siguiente ni se acordaría. Apenas podía sostenerse en pie.

—Vamos, te llevaré a casa —le pedí y vi cómo su sonrisa se ensanchó.

Creí que iba a replicar, pero no lo hizo, todo lo contrario, se despidió de Emil levantando la mano y empezó a caminar tambaleándose a mi lado. En más de una ocasión tuve que ayudarlo para que no se fuera de cabeza contra el piso, aunque a veces me daban ganas de empujarlo yo misma cuando recordaba la escena con la rubia. ¡Menuda paciencia tuve esa noche!

Durante todo el camino se la pasó pidiéndome perdón y yo solo lo escuchaba sin decir palabra. Ni siquiera se percató de que no conducía mi coche. Lo único que le importaba era decirme cuánto me amaba y cuánto lo sentía, como si eso me importara.

Llegamos a su edificio y aunque quise dejarlo subir solo, sabía que era muy probable que terminara desmayado en el ascensor. Me vi obligada a acompañarlo hasta su piso y para mi sorpresa, al entrar, la sala estaba destruida. Casi sentí pena por él al ver el desastre, casi. La verdad es que estar allí me daba más furia. Era la escena del crimen, bueno, la del engaño.

Me tomó del brazo cuando pretendí irme y sin darme cuenta tenía sus labios sobre los míos. Lo aparté tan rápido como pude y cuando iba a reprocharle calló de rodillas contra en suelo, vuelto un mal de lágrimas, mientras se aferraba a mi cadera. Parecía un niño lleno de miedos y no pude evitar que el corazón se me encogiera.

—Ben, levanta. —Quise ayudarlo a incorporarse, pero él se aferraba más fuerte.

—Yo lo siento mucho... te echo tanto de menos, cariño. Soy un idiota, lo sé, pero no puedo vivir sin ti. Te amo, por favor, no me dejes.

Miré al techo. ¡Jodido día de mierda! ¿Cuánto más me tocaba aguantar en tan poco tiempo?

Como pude lo convencí de que me permitiera llevarlo a su habitación. Esta también estaba hecha un desastre, pero lo que más me sorprendió fue la maleta al lado de la cama y al parecer no estaba tan ebrio como para no notar mi confusión. De algún modo seguía conociéndome.

—Me voy mañana a manejar el nuevo club de Emil —aclaró cuando se dejó caer sentado en la cama, atrayéndome con él.

—Vale. —Intenté apartarme, pero no me lo permitió.

Tomó mi rostro en sus manos y me miró. Me miró por más tiempo del que hubiese querido.

—Yo te amo y sé que la he cagado, pero joder, te amo.

Sin darme tiempo me soltó, pero de inmediato apoyó su cabeza en mi regazo dejándome fría. Se veía tan frágil, sin embargo no era más que un maldito traicionero. Sí, sé que puedo ser insensible a veces, pero no pude evitar la realidad. No pude obviar el hecho de que a él también se le había caído el mundo. Me vi a mí misma acariciando su cabello como una idiota, él no lo merecía, pero yo seguía teniendo corazón. Aunque para ser sincera lo hacía porque seguía convencida de que no se iba a acordar de ello.

—Ben, deja de hacerte daño. Nuestra relación acabó, tú la hiciste pedazos y eso no va a cambiar.

—Lo hará —masculló aún sobre mis piernas—. Sé que soy un idiota, te he hecho daño. Por eso me voy a ir por seis meses a regular todo lo del club. Te daré tu espacio y dejaré de comportarme como un psicópata.

—Ben, yo...

—No, no me digas nada ahora. Quiero que lo pienses por ese tiempo. Que pienses en todo lo bonito que construimos juntos. Ambos nos hemos hecho daño, yo te engañé y tú te acostaste con otro.

—Ni te atrevas a reclamarme por eso. —Aparté mi mano de su cabello.

—No lo hago —se incorporó para mirarme y dejarme ver sus ojos húmedos—. Yo solo quiero recuperarte. Volver a tenerte conmigo. Dormir juntos abrazados y volver a cuando éramos felices. Te daré tu espacio, lo juro, pero por favor... —Tomó mi mano—. Prométeme que lo pensarás.

Lo miré mientras pensaba en las palabras que le diría. Sabía que se enteraría de lo de Clark y se lo merecía, después de todo estaba en esa encrucijada por su culpa, pero no valía la pena. Además, era capaz de cancelar el viaje si se enteraba y el solo pensar en que estaría lejos de mí por un tiempo, era un alivio. No, no le diría nada...

—Beth, por favor...

—Vale. —Mentí.

Dicen que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón, así que se valía una mentira cuando todo él era una.

Me sonrió antes de abrazarme y por increíble que parezca, yo también lo abracé. ¿Por qué? Porque aquella noche decidí cerrar ese ciclo de mi vida. Porque quizá ambos merecíamos aquel abrazo después de todos los mementos vividos juntos. Porque aunque había terminado como una mierda, durante mucho tiempo él estuvo ahí para mí y aunque eso no lo justificaba, al menos era suficiente para darle una despedida a la única relación seria que tuve en mi vida, al único hombre que consideré importante. Lo abracé porque aunque él aún no lo sabía, esa era la última vez que lo dejaba entrar en mi vida.

***

Atravesé la puerta casi a las tres de la madrugada y es que no pude escaparme de mi ex hasta que cayó rendido. Yo ya no podía con mi alma de tanto cansancio. Dejé las llaves en el pequeño mueble de madera junto a la entraba y cuando me disponía a ir a mi habitación solo con las luces que se escabullían del exterior, la bombilla de la cocina se encendió provocándome casi un infarto.

—¡Por Dios! ¿Quieres matarme del susto? —le reclamé a Clark que tomaba un vaso de agua demasiado tranquilo.

—Parece que alguien tiene la conciencia sucia. —Otra vez no me gustaba su tono de voz.

Rodé los ojos y luego caminé por el pasillo, pero apenas entré a mi habitación su torso desnudo apareció delante de mí. Sí, no lo mencioné, Clark solo llevaba pantalón y no sé por qué en vez de mirarlo a la cara, mis ojos se centraron en su marcado abdomen.

—¿Dónde estabas? O mejor dicho, ¿con quién? —Su pregunta me hizo volver en sí y apartar la imagen que ya se había formado en mi cabeza. Una imagen en donde él me empujaba a la cama y me devoraba.

—¿Es en serio? ¿Qué rayos insinúas?

—No insinúo nada, soy bastante directo, pero si no te ha quedado claro, pues te lo pregunto con otras palabras. ¿Te acostaste con otro?

—¿Qué diablos? —Fruncí el ceño y quise avanzar para dejarme caer en la cama, no quería ni escucharlo hablar, pero me agarró por el brazo haciendo que me detuviera en seco.

—Te hice una pregunta.

—¿Por qué tendría que contestarte? —Me solté sintiendo más enfado que cansancio.

—Por qué seré tu esposo —me habló inclinándose, dejándome sentir su aliento sobre mi rostro.

—Aún no lo eres...

—Estás impregnada de perfume de hombre. Así que contesta de una maldita vez.

Todo mi cuerpo se tensó al escuchar el tono alto de su voz. Él también lo hizo. Dio dos pasos atrás pasándose las manos por la cabeza. Yo seguía sin hablar. Sabía que tal vez él tenía un poco de razón de pensar eso. Me había ido por horas y había vuelto con el perfume de Ben encima, pero ni siquiera me salían las palabras. Odiaba que me gritaran y si volvía hacerlo yo iba a estallar.

—Escucha —volvió a hablar—. Lo siento, no soy un hombre que grita, no debí levantarte la voz, pero necesito una respuesta. Tenemos un acuerdo y quiero que seas sincera. Juro que no haré nada en tu contra por el contrato, si es eso lo que te preocupa, pero si te acostaste con alguien, yo... necesito saberlo ahora.

—¿Para qué?

Abrió los ojos y se le tensó la mandíbula aún más.

—Vale, entonces sí estuviste con otro —rio con amargura—. Bien... lo has logrado, Elizabeth, felicidades.

Me miraba con la misma decepción con la que yo miraba a Ben y no entendía por qué, después de todo no éramos nada, aún.

—¿Qué he logrado? —Me crucé de brazos.

Clark me miró negando con la cabeza por algunos segundos. Luego se acercó y acarició mi mejilla con lentitud.

—Eres libre —habló casi en forma de susurro—. No querías casarte conmigo, no lo hagas.

—¿Qué?

—¿Sabes? —Siguió acariciando mi rostro—. Hace años alguien importante me engañó y desde entonces no tolero que nadie me mienta. Te pedí que no te acostaras con nadie más. Filmamos un contrato para ello y creí que lo cumplirías. Sobre todo porque tú sabes lo que se

siente que te vean la cara, pero me equivoqué.

Tragué hondo. La calma con la que dijo esas palabras hizo que se sintiera peor que si me hubiese estado gritando. Seguía acariciando mi mejilla y mirando mi rostro como si estuviese detallando cada centímetro. Temblé con su contacto y él lo notó.

—¿Qué pasa con las empresas? ¿Perderás la presidencia?

Volvió a reír, pero su sonrisa no le llegó a los ojos.

—A veces es bueno saber perder. —Pasó su pulgar por el contorno de mis labios—. Así que tranquila, bonita. Ya se acabó. Romperé el contrato y no me deberás nada, fue un placer conocerte, Elizabeth Shaine.

Se inclinó para besar mis labios o más bien para presionar los suyos con los míos. Su mano atrapó mi nuca para hacer más presión justo antes de soltarme del todo y salir por la puerta de mi habitación.

Lo había conseguido. Me estaba librando del estúpido acuerdo y debía sentirme feliz, pero no lo estaba. Sentía un hueco en el estómago, en especial porque era mentira, no me había acostado con nadie. Además, Clark perdería el control de sus empresas y todo por mi culpa. Lejos de sentirme aliviada, me sentía fatal. El peso en mi espalda era aún más grande que antes. ¡Joder! ¿Qué se supone que estaba haciendo?

Me deshice de la ropa que llevaba y me puse un pijama que consistía en un camisón de tirantes negro que me llegaba a los muslos. Había sido un día demasiado largo y tenía que levantarme temprano para reincorporarme a mi trabajo. Necesitaba descansar. Me recosté dejando mi espalda sobre la cama, mirando al techo rasguñado por el tiempo. De verdad tenía que pintar mi piso.

Mi corazón latió con más fuerza de lo normal al escuchar algunos sonidos desde la habitación de Clark. Algo me decía que iba a marcharse y por alguna razón que seguía desconociendo, eso no me sentaba tan bien como se suponía. Sí, me sentía culpable de que él perdiera algo importante por mi mentira. Aunque bueno, yo tampoco le dije que me hubiese acostado con nadie.

¡Tampoco se lo negaste!

No ayudas, conciencia.

No quiero ayudarte, quiero golpearte por incumplir tu palabra.

No me gusta hacer las cosas obligada.

Nadie te obligó a firmar el tonto contrato.

¡Te odio!

¡Bah, tú me amas!

Resoplé exhausta. Mi estúpida conciencia no me dejaría dormir. Me levanté sabiendo que ya había perdido la batalla con ella. Caminé hacia la habitación de Clark, estaba abierta. Me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados, mientras él empacaba su maleta dándome la espalda. *¿En serio pretendía irse a esa hora?* Pues sí.

Ni siquiera notó mi presencia, no hasta que hablé.

—No me acosté con nadie.

Se giró hacia mí como la niña del exorcista.

—¿Qué?

—Ya lo escuchaste, no me acosté con nadie.

—¿Por qué habría de creerte? —Entrecerró los ojos

—No soy una mentirosa, pero es tu decisión si me crees o no.

La verdad estaba dicha. Dependía de él si quería seguir con lo planeado o si rompía el contrato, al menos ya no me sentiría culpable. Di algunos pasos para volver a mi habitación cuando me atrapó por la cintura dejando mi espalda contra su pecho. Joder, esas cosas me ponían los pelos de punta.

—Repite que no te has acostado con nadie —me susurró en el oído, pero su voz grave no se quedó allí, caló por cada centímetro de mi piel.

Me mordí el labio cuando noté que sus manos se afianzaban más en mi cintura, permitiéndome sentir su hombría que empezaba a despertarse dentro de su pantalón. Debía hacer algo o eso podía terminar muy mal.

¡Yo diría que podía terminar muy bien!

Cállate, eres mala influencia.

—No me he acostado con nadie ni me acostaré —contesté luego de aclarar mi garganta y apartarme con rapidez.

—Entonces, ¿dónde estabas?

—Ese no es tu problema, solo puedo decirte que cerré un ciclo y que no me acosté con nadie. Lo siento si eso no te sirve.

Volví a caminar para ir a dormir, pero ni siquiera llegué a dar un paso completo cuando volvió a atraparme, esta vez dejando mi espalda contra la pared y sin preámbulo barrer mis labios con su lengua.

—Me sirve —musitó en mi boca.

Sin que pudiera siquiera pronunciar media palabra, sus manos me levantaron del suelo y quería protestar por ello, pero cada músculo de mi cuerpo lo deseaba. Me llevó a mi habitación y a diferencia de lo que creí, me depositó sobre mi pequeño escritorio, gracias a Dios que mi ordenador no estaba allí sino en su maletín.

No se apartó. Su lengua seguía navegando entre mi boca mientras se debatía en un duelo con la mía. Sentía sus manos por cada parte de mi cuerpo. Me levantó el camisón sacándolo por mis brazos, descubriendo que solo llevaba bragas y que mis pechos estaban libres de sujetador.

—Eres perfecta —dijo en medio de un gruñido, como si odiara que lo fuera.

Mi mano estaba anclada a su nuca, deleitándome con la humedad de sus labios que se deslizaba por mi cuello con ansias. Una de sus manos masajeaba con ímpetu uno de mis pechos, provocándome jadeos que no podía mutilar. La otra se escullía por la piel de mi abdomen buscando el borde de mis bragas. Él seguía con ropa, así que quise tirar de la sudadera que ya se había puesto en su habitación, pero no me lo permitió. Su lengua seguía quemando mi piel, descendiendo en cámara lenta como una forma de tortura.

Maldije alto cuando su boca tocó la piel de mi pecho, pero no le prestó atención inmediata a mis pezones erguidos. Tiré de su cabello para que lo hiciera, aunque solo conseguí escucharlo reír el muy maldito.

—Alguien está impaciente —bufó sobre mi pecho izquierdo mirándome a los ojos.

—Hazlo de una vez, engendro del demonio.

—Vaya, eso suena muy romántico —ironizó y le puse mala cara, pero cuando iba a replicar, tiró con sus dientes de mi pezón con fuerza logrando que mi espalda se curvara.

—¡Joder! —gemí por lo alto cuando él empezó a devorar mis pechos intercalándolos.

Era delicioso sentirlo comerme con ganas, pero lo era aún más poder ver cómo lo disfrutaba.

Su mano izquierda terminó alcanzando mi entrepierna, rozando mis músculos de placer, pero

sin hacer presión o mover sus dedos sobre ellos. Sí, definitivamente quería matarme. Su lengua empezó a descender por mi abdomen y por inercia mis piernas se abrieron para él, lo que lo hizo sonreír triunfante. ¡Desgraciado! Tiró de mis bragas dejándome completamente desnuda. Me recliné quedando expuesta cuando vi que afincó sus rodillas en el piso. Lo deseaba, deseaba con todas mis fuerzas disfrutar de la calidez de su lengua en mi interior.

Su boca fue dejando besos húmedos en mis muslos mientras se acercaba con lentitud a la meta, haciéndome jadear sin pudor. Todo mi cuerpo temblaba sin que pudiera contenerlo. Quería que me comiera, quería correrme en su boca. Quería sentir sus succiones que me desestabilizaran el sistema nervioso, lo necesitaba y estaba a punto de conseguirlo, lo supe cuando sentí un beso casto en medio de mis piernas y me quedé esperando el desenfreno que lo haría comerme el coño hasta hacerme gritar su nombre, pero... me soltó y se puso de pie con una sonrisa en la cara.

—¿Qué carajos haces? —pregunté, frustrada.

—Dijiste que no te acostaste ni te acostarías con nadie. —Sonrió—. Buenas noches, señorita Shaine —Me dio un lametazo en los labios, para luego salir de mi habitación sin más.

Juro que me quedé sin mover un solo músculo, no me lo podía creer. El muy maldito había jugado conmigo. Se había vengado por lo sucedido un rato atrás. En ese momento lo odié como a nadie.

Cuando pude reaccionar tuve que terminar el trabajo yo misma, necesitaba un orgasmo y lo tendría. Mi respiración era agitada y mis latidos irregulares cuando lo conseguí, pero mi pecho seguía ardiendo de rabia por lo que mi futuro esposo me había hecho con toda la mala intención del mundo. Sonreí cuando me dejé caer agotada, sabía muy bien que más temprano que tarde me las pagaría y sería él quien me rogaría por sexo. Clark había empezado un juego sin darse cuenta de que no tenía las mínimas posibilidades de ganar.

Capítulo 16

Beth

Una cálida humedad recorría la curva de mis pechos haciendo que mi cuerpo se removiera sobre la cama. Unas manos fuertes pero suaves, se deslizaban por la piel denuda de mis muslos. Abrí los ojos y me encontré con una mirada lasciva que observaba cada uno de mis gestos.

Los ojos de Clark brillaban extasiados, mientras empezaba a succionar la cima erecta de mis montañas intercalando entre ellas. Me mordí el labio para evitar que me saliera un gemido, pero no sirvió de nada. Mi espalda se arqueó cuando sus dedos alcanzaron mi centro humedecido hundiendo dos de ellos en una sola estocada. Gemí alto. Las sábanas terminaron empuñadas entre mis manos cuando la calidez de sus labios abordó con más rudeza mis pezones. El filo de sus dientes tiró de ellos haciéndome gritar su nombre. Quería más, mucho más, y se lo hice saber aprisionando su cabello en un puño cuando empecé a mover mis caderas buscando mi placer.

—Me la pones más dura cuando te veo rendida ante mí —dijo jadeante.

Rodé los ojos, quería replicar, pero no pude porque se apartó de golpe incorporándose para dejarme ver su completa desnudez.

Su potente erección empezó a ser masajeada entre su mano. Mis labios se abrieron solos cuando vi aquella obra maestra. Una sonrisa surcó en su boca al verme completamente expuesta ante su encanto y aunque quería, no podía dejar de mirarlo. Lo deseaba dentro de mí, sin contemplación.

Rio un segundo antes de tirar de mis piernas y abrirlas por completo, mi respiración se convirtió en un caos cuando lo vi hundir sus rodillas en el colchón, listo para fundirse con mis ganas.

—Eres mía —gruñó rozando su glande en mi entrada y yo clavé mis uñas en sus piernas con desesperación. Necesitaba sentirlo dentro.

Sonrió perverso y supe que iba a darme lo que quería. Y yo estaba lista para recibirlo, pero...

Un sonido estridente me sacudió. Era la alarma. Abrí los ojos con el pulso acelerado, con la piel sudorosa y las bragas mojadas. Apagué el sonido aturdidor y luego miré a todos lados buscando a Clark, pero no estaba. Me froté los ojos aun respirando con dificultad. Había sido un sueño, un maldito sueño y lo peor de todo era que odiaba que lo fuera.

¿Qué carajos...?

Acuné mi rostro y maldije por dentro. No me podía creer que había soñado con Clark. No me podía creer que lo peor de la noche era que no había sido realidad.

Me levanté de golpe intentando espantar las escenas en mi mente. Gracias a Dios el hecho de que Clark no estuviese en casa me ayudó un poco. Me vestí para ir al gimnasio y mientras lo hacía me pregunté si mi futuro esposo no habría terminado de dormir allí, ya que apenas eran las seis de la mañana.

Sacudí la cabeza y salí huyendo de mis pensamientos. Pronto estuve en el pequeño gimnasio cerca de casa. No tenía los mejores equipos, pero era suficiente para mantenerme en forma. Hice un poco de cardio y otro tanto de pesas. Y claro, disfruté de la vista, sobre todo con el entrenador George, un hombre de piel canela, ojos azulados y un afro color chocolate que lo hacía ver mucho más sexy. Además de ese cuerpo muy bien trabajado.

George solía coquetearme y la verdad yo también lo hacía, era uno de mis incentivos para levantarme temprano. Sin embargo, ese día no me parecía tan atractivo y aunque no fui capaz de reconocerlo entonces, todo se debía a que ninguno de los hombres que estaban allí podían

compararse al hombre de mis sueños. Ninguno tenía su escultural cuerpo, sus ojos azul grisáceo, su bonito trasero y claro, la potencia en el medio de sus piernas.

Volví a casa a las siete de la mañana con la ropa mojada del sudor y con las mismas ganas con las que me levanté. Tenía que hacer algo para saciarme, pero no tenía tiempo para ello.

Apenas entré a mi habitación y volví a salir rumbo al baño. Necesitaba ducharme rápido si quería llegar a mi trabajo a tiempo. Me desvestí con tanta rapidez que no noté el sonido del agua en la ducha o al menos, no hasta que estaba en camiseta y bragas.

Volteé a ver y un sonriente y desnudo Clark me observaba luego de haber corrido la mampara. Tal vez le hubiese puesto mala cara al verlo riéndose de mí cuando di un respingo, pero estaba más concentrada en las gotas de agua que escurrían por su piel desnuda, acariciando el tatuaje en su torso. Sentí mucho más calor y no sé por qué me imaginé lamiendo cada gota que cubría su cuerpo. Mi mirada descendió hasta la extremidad robusta y firme que sobresalía del medio de sus pierdas. Casi gemí al ver lo rosado de su glande. Joder.

—Si quieres que te folle solo pídelo.

Su voz... ¡Maldita sea! Incluso su voz me recorrió la pelvis. No pude evitar pensar en volver a sentir su aliento en mi entrepierna justo en medio de succiones vehementes. Alcé la mirada a su rostro y al ver su ensanchada sonrisa y su ceja enarcada mientras me miraba el culo cubierto por una diminuta braga, me obligué a volver a la realidad; una realidad en la que él aún no me había arrancado lo que me quedaba de ropa y no me estaba follando.

¡Odiaste esa realidad!

Sí, sí que lo hice, pero no lo admitiría ante él jamás.

—No soy yo la que tiene una erección que le provocará dolor de huevos. —Sonreí triunfante.

—¡Bruja!

—¡Engendro!

Lo vi empezar a masajear su longitud antes de salir del baño. Cerré de un portazo y mi espalda terminó recostada en la pared del pasillo, mientras intentaba acomodar la incongruencia de mis latidos.

—¿Qué diablos me pasa? —mascullé para mí misma.

Y es que no podía entenderlo. Sí, Clark era guapo, de hecho era el hombre más atractivo y ardiente que había conocido, pero un hombre nunca me hizo sentir así. Nunca sentí que me hacía cenizas solo por no tener a alguien encima.

Desde que perdí mi virginidad con Theo, el hermano mayor de Ray, mi vida sexual era una delicia. Siempre tuve a cualquier hombre a mi disposición, pero nunca fue una necesidad. Con Clark era distinto. Lo quería dentro de mí todo el tiempo y hasta soñaba con ello. Me moría por prenderme de su hombría y que él me hiciera jadear su nombre mientras me corría en su boca. Quería sentir su dureza rodeada por mi carne. Joder, quería que me diera una paliza polvosa como decía Ray.

—Mueve el culo y sal de ahí, tengo que ducharme e ir a trabajar —gruñí estacionándome de frente a la puerta del baño y un segundo después esta se abrió de repente.

—Todo tuyo —dijo apareciendo desnudo, con su polla en la mano, dando suaves masajes.

Se suponía que hablaba del baño, pero el muy maldito solo estaba tentándome, dejándome ver que podía saciar mis ganas. Apreté los labios que quisieron abrirse para recibirlo, y controlé mis rodillas que intentaron doblarse delante de él. ¡Cuerpo traicionero!

No dije nada, pasé por su lado golpeando su brazo con mi hombro y lo escuché reír. ¡Capullo! Necesitaba una ducha con urgencia, necesitaba despejar mi cabeza del caos que llevaba solo de verlo.

¿Quién carajos habrá hecho ese hombre tan perfecto? No tenía una puta idea, pero mientras el agua se deslizaba por mi cuerpo seguía sintiendo que me ardía la piel, y la verdad no sé cómo no me di cuenta entonces, pero Clark sería ese punto de quiebre en mi vida. Sería esa llama flameante que se fundiría con mi piel o me haría cenizas... y no tardaría demasiado para descubrir cuál de las dos cosas pasaría.

***

Entré al área de las oficinas con una sonrisa genuina. Muchos me miraban expectante, otros se veían felices de verme allí. Saludé a todos sin excepciones y cuando Lisa, una chica joven que el señor Collins había puesto a mi disposición por mi nuevo cargo, me escoltó a mi nueva oficina, vi en la puerta a un hombre de traje oscuro, con el cabello castaño en su lugar, con sus ojos claros puestos en mí y muy cruzado de brazos. Sonreí aún más al ver la frustración en su rostro. Sentí que me había sacado la lotería solo por ello.

—¡Buenos días, Drakie! —saludé sonriente como si no le hubiese quemado los huevos con el café la última vez que nos vimos.

—Señor Collins para ti.

Yo negué con la cabeza, divertida. Cómo iba a disfrutarlo.

—Lo siento, para mí solo eres Drakie. Supongo que ya lo sabes, pero no te rindo cuentas a ti. —Puso la espalda recta y endureció la mandíbula—. Ya ves, todo cae por su propio peso.

Caminé sonriendo para entrar a mi oficina, pero antes de hacerlo sentí su mano en mi brazo.

—Así que te gustan mayores —susurró en mi oído. Me tensé al sentir su asqueroso aliento sobre mí—. Dime, ¿mi padre te folló bien?

Me solté con brusquedad mientras mi rostro sonriente se transformaba en uno de psicópata asesina.

—Vuelve a ponerme una de tus sucias manos encima y esta vez no te quemaré las bolas, te las cortaré y te las haré tragar —amenacé y lo vi pasar saliva. Sus ojos miel me mataron cien veces antes largarse como un niño haciendo berrinche.

¡Pirado de mierda!

Antes al menos intentaba no cabrearlo, hasta cierto punto le tenía algo de respeto, aunque él ni siquiera conociera el significado de esa palabra. Pero en ese momento solo sentía asco y desprecio. El muy imbécil menospreció mi trabajo y creyó que acabaría con mi carrera, pero todo le salió mal como el idiota que era, y yo sentía el corazón rebosante de felicidad de verlo maldecir bajito mientras caminaba por el ancho pasillo que lo llevaba a su despacho.

Me introduje en mi lugar de trabajo que más que oficina, era un salón de reuniones creativas, algo que me gustó aún más. No había terminado de sentarme cuando recibí un mensaje de Clark con la dirección de un restaurante. El desgraciado ni siquiera me preguntó si podía, solo me escribió que nos veríamos allí. Rodé los ojos fastidiada. Podía replicar y mandarlo a la mierda, pero no tenía tiempo para ello, tenía que ponerme manos a la obra.

Lisa se paró delante de mí con su tableta en la mano. Era una chica muy lista y amable, pero tímida. Su cuerpo delgado se escondía debajo de un ancho vestido que le llegaba más abajo de las rodillas. Su cabello negro estaba recogido en un moño y sus ojos oscuros delataban su

inocencia, incluso debajo de sus feas gafas. Ella me recordó que debía escoger a las personas que iban a trabajar conmigo.

»Yo solo necesitaba tres y tenía muy claro a dos de ellos, Loly y Neithan. Mandé a traerlos mientras me pensaba quién sería la siguiente persona. Necesitaba a alguien capaz y que no le tuviera miedo a trabajar a altas horas de la noche. Sí, era un poco adicta al trabajo, pero mi mayor recompensa era ver el resultado.

—Pero si es mi parcera favorita.

Levanté la cabeza y me encontré con un guaperas de cabello negro, una sexy barba y unos ojos preciosos. Eso sin mencionar todos esos tatuajes que yo conocía bien y que se escondían debajo de esa ridícula camisa negra de flores, pero que a él le iba fenomenal. Y claro, esa sonrisa que desde que lo conocí nunca se apartaba de su rostro. Sí, era afortunada. Estaba rodeaba de hombres guapos.

—¿¡Rocco!? ¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia y puede esperar, pero lo que no puede esperar es abrazar a mi chica favorita. —Su lío de acentos siempre me hacía gracia, aunque predominaba el colombiano.

Sonreí cuando vi que se acercó y me abrió los brazos de par en par sin apartar la sonrisa de sus labios. Jamás conocí a alguien más encantador.

Me levanté y me estrellé contra su pecho. Abrazarlo siempre era lindo. Rocco llevaba un año fuera de la agencia. Se había mudado de ciudad transfiriéndose a otra sede y si te lo preguntas, sí, me acosté con él, aunque en mi defensa cuando lo conocí, tres años atrás, fue en un bar y no sabía que iba a trabajar con él hasta el día siguiente que me lo presentaron como mi nuevo compañero.

»Desde entonces no volvimos a acostarnos, pese a que él siempre insistió en que yo era el amor de su vida. Algo que por supuesto no le creí, su vida sexual era peor que la mía. Es decir, un desastre. Tiempo después llegó Ben y todo se fue a la mierda. Yo misma renuncié a mi libertad por ese traicionero y lo peor es que estaba a punto de hacerlo de nuevo, al menos por un año. ¡Puta vida!

—Te eché de menos —me sinceré sin detenerme a pensarlo.

—No más que yo a ti, mi traviesa leona. —Me aparté para volver a ver esa risa radiante.

—¿Nunca vas a dejar de decirme así?

Me crucé de brazos haciendo pucheros. Creo que en toda mi vida solo se lo había hecho a él.

—¡Jamás! —Me acarició la mejilla un segundo y luego la pellizcó solo para molestarme—. Nunca podré olvidar lo leona que eres en la cama, por eso no, no dejaré de llamarte así. —Se encogió de hombros divertido mientras yo negaba con la cabeza intentando contener una sonrisa.

—Tengo una semana que volví, pero acabo de escuchar que estás reuniendo un equipo élite para tu nuevo proyecto, así que debo estar en él. Ya sabes, no eres nada sin mí. ¿A qué no? —agregó.

—Por supuesto que no, si mi vida ha estado vacía desde que no estás. Ya sabes, no he podido olvidarte y te recuerdo cada noche antes de irme a dormir abrazada a mi almohada —dije con sarcasmo.

Nos miramos a los ojos y de la nada, unas carcajadas salieron de nuestras gargantas. Tenía tiempo sin reír así. Ni siquiera sabía que lo echaba tanto de menos hasta ese momento. Rocco era mujeriego, extrovertido y boca sucia a veces, pero era la persona más tierna que conocí. Bueno,

también hay que tener en cuenta lo que es tierno para mí. ¿No?

El sonido de su móvil interrumpió nuestro reencuentro. Lo vi arrugar la frente y hacer una mueca cuando miró la pantalla. Cogió la llamada y durante unos treinta segundos se quedó escuchando a la persona del otro lado de la línea. Lo más extraño era que su rostro cada vez era más tenso. Él nunca se tensaba.

—Ese triple hijuepueta malparido... ¿Cómo se atreve hacer eso? Dile que si mis trastos no están en su lugar cuando vuelva a casa, lo voy a hacer mierda.

Le escuché decir un momento antes de colgar. Sí, ese era Rocco, la verdad era que en ocasiones no entendía ni la mitad de lo que decía.

—¿Qué carajo ha sido eso? —pregunté cuando se enfocó en mí de nuevo.

La tensión de su rostro desapareció, dejando que las comisuras de sus labios volvieran a elevarse con gracia.

—Nada, mi leona, que voy a masacrar a un tarado que le gusta tocar mis cosas. Vivo con unos amigos. A veces hacemos orgia. ¿No te apetece acompañarnos? —Se acercó eliminando el espacio entre los dos y luego rozó su pulgar con mi mentón haciéndome tragar sonoramente—. Aunque la verdad no creo que pudiera compartirte con nadie. —Sonrió de lado.

—¿Serás capullo? —Me aparté dándole la espalda.

La verdad era que Rocco no me intimidaba, era guapo, pero no me provocaba acostarme con él, lo veía como un amigo. Sin embargo, necesitaba sexo y sabía que él era bueno en la cama, así que mejor puse distancia entre el bombón colombiano y yo, no quería incumplir mi palabra. Además, por alguna estúpida razón, solo quería a Holland entre mis piernas.

Una risa ahogada me hizo girar para verlo casi asfixiándose de un ataque de risa.

—No... no puedo creer la cara que has puesto, mi leona. Parece que sí te lo estás pensando.

¿Yo en una orgia? No, pero claro que solo pensarlo el morbo era bastante alto y él lo sabía. Aunque era consciente de que lo había dicho solo para molestarme, Rocco era un pervertido, pero no para tanto.

—Pues tal vez puedas convencerme. —Volví junto a él posando mi mano en su pecho. Se tensó—. ¿Qué harías para lograrlo? —pregunté acercándome un poco más a su boca, viendo cómo el color abandonaba su cara.

Conocía a Rocco y solo yo tenía ese poder sobre él. Se estaba burlando de mí el muy maldito, así que me daría el placer de verlo nervioso.

—¿En... serio? —Parpadeó rápido—. Yo, no... yo... —Esta vez fue mi risa burlesca que se levantó en el aire y al darse cuenta de mi juego, hizo una mueca—. Mierda, mi leona, no me hagas esto que me da un infarto. ¿No ves cómo me pones?

Seguí su mirada para darme cuenta de que mi pequeña travesura le había dejado una erección. No pude evitar reír con más ganas, por suerte él no era de los que se molestaban, todo lo contrario, volvió a reír conmigo. Actuábamos como dos idiotas en medio de la sala de reuniones. Parecía que nos hacían cosquillas.

—¿Interrumpimos?

Una morena con grandes curvas, ojos castaños y pelo corto, apareció en la puerta; Loly. No tardé nada en notar que detrás de ella había un rubio delgado, con rasgos finos y unos ojos avellana que se escondían detrás de unas gafas redondas; Neithan. Mis dos compañeros favoritos, claro, después de mi adorado tormento, Rocco, quién seguía sonriente sin hacer el más mínimo esfuerzo de esconder su miembro abultado.

Negué con la cabeza, pero luego respiré aliviada al darme cuenta de que ya estábamos los cuatro que trabajaríamos juntos, mi propio equipo. Lo mejor de todo era que estaban allí las

personas en las que confiaba, las personas con las que yo quería trabajar y no las que Drakie le diera la gana de imponerme.

Por primera vez en muchos días me sentí yo de nuevo. Con el control de mi vida, de mi entorno, aunque sea en el ámbito laboral que siempre fue lo más importante para mí, porque en lo personal era una mierda. Sin embargo no me importaba, sabía muy bien que tener a ese trío en mi vida, de nuevo, me haría muy bien y la sonrisa coqueta que divisé en Rocco, mientras se acomodaba en una de las sillas alrededor de la mesa, me lo confirmó.

»Él había llegado para quedarse. No sabía si asustarme por el caos que siempre venía con el colombiano o alegrarme porque estuviera cerca. Con seguridad hice lo segundo, pero en ese momento ni siquiera contemplaba que su paso por mi vida sería diferente a lo que creí.

Capítulo 17

Beth

Pasé toda la mañana poniéndolos al tanto del nuevo proyecto, al menos de la información que yo tenía, que no era mucha. Esa misma tarde nos reuniríamos en la agencia con Charlotte, la representante de la empresa, y nos daría lo que necesitábamos para entrar de lleno al trabajo, sin embargo, les encomendé que investigaran sobre las antiguas campañas, no quería repetir nada a la hora de hacer la lluvia de ideas.

Yo por mi parte me dediqué a reunir información sobre su producto estrella, que sería el mismo con el que relanzarían la empresa, los labiales Pink Ross. Eran buenos, yo había comprado uno hacía un tiempo, pero eran costosos. No podía darme esos lujos. No hasta terminar con las deudas de mi padre.

Cuando llegó la hora del almuerzo tuve que declinar la invitación de Rocco para comer juntos. Aunque sin duda me la pasaría mejor con él, no podía faltar a la cita con mi futuro esposo. Por supuesto no se lo dije al colombiano, solo me excusé diciéndole que tenía planes. Nos despedimos y me dirigí al restaurante que, por suerte, estaba a menos de diez minutos de la agencia.

No me costó encontrar el punto de reunión, de hecho, era uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad. La edificación solo era de un nivel, pero era imponente. Lo más llamativo eran sus grandes cristaleras con detalles rústicos en la entrada, parecía como si fuesen bordados.

Me miré en el retrovisor antes de salir del coche. Mi maquillaje natural estaba intacto. Mi cabello suelto estaba algo alborotado, pero era parte de mi encanto. Obvio mi ropa no era cara, pero me veía bien. Usaba unos vaqueros ajustados negros, una blusa suelta de mangas cortas color beige con un leve escote en V, unos tacones negros y un pequeño bolso a juego con ellos. El color de mis uñas combinaba con mi blusa y la verdad me gustaba como iba. Cómoda, pero sin carecer de cierta elegancia.

Apenas entré, un hombre con sonrisa amable me atendió indicándome el camino a mi mesa, en donde un trajeado señor Holland me esperaba. Me detuve antes de llegar a su encuentro cuando recordé mi sueño de la noche anterior. Él no había notado mi presencia y yo no podía dejar de mirarlo. «¿Cómo puede haber una creación así en el mundo?» Pensé. De verdad era perfecto. Su cabello castaño oscuro parecía hecho solo para él, esa barba de dos días lo hacía ver más sexy. La forma en que se relamió los labios mientras miraba el móvil y esos ojazos que podían hipnotizar a cualquiera.

Volví a andar cuando lo vi levantar la cabeza. Nuestra mesa estaba al lado de una pared de cristal iguales a los de la entrada, algo que agradecí. No había llegado bien a su lugar cuando lo vi levantarse y dirigirse hacia mí.

—¡Cariño! —La dulzura de su voz me sorprendió, pero no tanto como el beso fugaz que me plantó en los labios o el hecho de que una de sus manos me rosara la mejilla y la otra se aferrara a mi espalda baja

Quería decir algo, pero me quedé petrificada. No podía mover un solo músculo, si no hubiese sido porque me tomó de la mano y me ayudó a sentarme, creo que ni siquiera me hubiese movido de mi lugar.

Me tardé casi un minuto poder articular palabra y centrarme.

—¿Qué carajos ha sido eso? —inquirí aún confusa.

—Eso ha sido el primer paso hacia nuestro día.

—¿¡Perdón!?

—Dado que nuestra boda tiene que ser en muy poco tiempo, es necesario que empiecen a vernos en público para que cuando lo anuncie no parezca tan extraño.

Lo miré un momento más. Su seriedad al hablar de nuestras vidas como si fuera un negocio más, a veces me daba escalofrío.

—Vale. Lo entiendo.

Giré la cabeza para ver a mi alrededor y ciertamente había algunas personas muy pendiente de nosotros. Nunca me molestó ser el centro de atención por mi evidente belleza, pero ser el centro de atención por ser la acompañante del empresario del año, no sé, eso no me agradaba tanto. Me preguntaba si mi vida sería así durante un año y claro que tenía la respuesta, pero preferí ignorarla o no me casaría.

Durante un rato nos centramos en la comida, que a decir verdad estaba deliciosa. Como siempre comí pasta, era mi debilidad. Cuando el silencio se hizo presente Clark lo rompió en pedazos, informándome que su abuela organizaría una cena familiar en menos de dos semanas y que allí anunciaría la boda. Antes de proseguir su móvil sonó. Lo vi ponerle mala cara a la pantalla mientras, supuse, leía un mensaje. Luego sacó algo del bolsillo de su saco y me lo extendió con disimulo.

—¿Qué es esto?

—¿No sabes lo que es una tarjeta dorada? —Lo miré mal.

—Claro que sí, pero ¿por qué me la das?

—Porque seré tu esposo.

—Es la misma respuesta que me das a todo. —Rodé los ojos.

—A ver, yo me haré cargo de la boda, no confío en tus gustos...

—¿Perdón? —Me ofendí.

—Dices que vives en un buen piso, cuando es una pocilga. —Enarcó una ceja.

—Si no te gusta mi casa puedes irte.

Me miró con los ojos entrecerrados, como si quisiese descifrarme. Le deseaba suerte porque a veces ni yo misma lo lograba.

—¿Si me voy habrá boda?

—¡No!

Hizo una mueca y luego prosiguió.

—En fin, como te decía, ya me estoy encargando de la boda. He contratado a alguien para ello. Será algo íntimo, familiar.

—¿Familiar? —Fruncí el ceño, no quería hacer a mi familia partícipe de esa locura.

—Sí, Elizabeth, familiar. —Se frotó el puente de la nariz, agobiado—. Sin embargo, hay cosas de las que no puedo hacerme cargo. Con esta tarjeta comprarás todo lo necesario para la boda. El vestido de novia que, te advierto, debe ser de diseñador si no quieres que mi abuela se muera el mismo día de mi boda. —Sonreí, pero dejé de hacerlo cuando noté que hablaba en serio—. También te compras los zapatos, accesorios y todo lo que necesites. En realidad puedes comprar lo que quieras aunque no sea de la boda, es tuya durante un año. Ah, también debes ocuparte del anillo de compromiso. Este debes tenerlo ya para la cena familiar.

Entrelacé mis dedos dejando los codos sobre la mesa. No me importaban mucho las etiquetas. Holland solo daba órdenes y señalaba reglas. Conmigo las cosas no eran así, sobre todo porque odiaba que me dijeran lo que debía hacer. Se lo había dicho, pero él parecía no entenderlo.

—Bien, futuro esposo. Compraré mi vestido de novia y prometo que me veré como una reina, pero... —me incliné un poco haciendo la conversación más íntima—, tú debes comprarme el anillo.

Por una fracción de segundos se quedó perdido en mis labios y por qué no decirlo, yo en los suyos. Joder, quería tirar de su corbata gris y comerle la boca. Quería que arrasara con todo lo que había en la mesa, me sentara sobre ella y me devorara como si fuera el más exquisito de los postres. El aire era denso, como si el tiempo corriera en cámara lenta, pero duró poco.

Lo escuché aclararse la garganta y volví a mi postura inicial. Clark podía desconcentrarme y romper con mi sensatez si así se lo proponía y eso no lo iba a permitir.

—No tengo tiempo para eso, hazte cargo. —Evitó mis ojos y supe que tenía el control.

—Lo siento, cariño —dije con ironía—, pero soy una chica clásica. Siempre he soñado con que me pidan matrimonio de rodillas, con un bonito anillo en las manos. —Mentí con cinismo e hice un pequeño puchero.

Era muy consciente de que él podía notar el tono de burla en mis palabras. Sabía que Clark era muy listo como para ignorar el hecho de que solo estaba jugando con él, pero no me importaba. Quería una esposa, que pagara por ello y no precisamente con dinero.

—Estás jugando con mi paciencia, Elizabeth, y créeme, no es un buen día para ello.

Volvió a estar tenso, de hecho lo estaba desde que le llegó el mensaje al móvil, pero ese no era mi problema. Alcancé su mano empuñada sobre la mesa y acaricié sus nudillos con mi pulgar mientras le sonreía con descaro.

—Soy tu prometida. ¿No puedes complacerme, cariño? —pregunté burlesca.

—Deja de hacer eso —pidió mirando mi mano sobre la suya, pero no la apartó.

—¿Por qué? Es divertido.

—Deja de jugar. —Esta vez sí esquivó mi contacto. Su voz sonó firme.

—Vale. —Enderecé mi espalda y lo miré a los ojos—. ¿Quieres que deje de jugar? Lo haré.

—Bien. Eso quiere decir que comprarás el anillo. —Se acomodó la corbata, incómodo.

—No, eso quiere decir que tú lo harás. Quiero un anillo precioso en mi dedo y lo quiero de mi futuro esposo. Ya sabes lo que dicen, si no hay anillo no hay boda. —Le guiñé un ojo.

—¿Estás chantajeándome? —Frunció el ceño.

—¿Yo? —Me puse una mano en el pecho simulándome ofendida—. Claro que no. —Reprimí una sonrisa.

—Es lo que parece y créeme, no me gusta. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

—Exacto. —Repiqueteé los dedos en la mesa—. Ves, después de todo sí tenemos algo en común. Te diré algo, Clark Holland, y te servirá de mucho si quieres tener un matrimonio feliz. —Sonreí con hipocresía—. Deja de imponerme las cosas o te juro que pasarás el peor año de tu vida. Odio que me digan que hacer y tú amas mandar. Así que tenemos un problema aquí y si no quieres que vaya a peor, compra el puto anillo.

Sus puños se tensaron aún más sobre la mesa. Yo dejé de sonreír. Él quería asesinarme por no hacer todo lo que pedía y yo quería romperle la cabeza por idiota y mandón.

¿Segura que solo querías romperle la cabeza?

¡Pues claro!

Ummm, me parece que mientras lo mirabas te fue imposible no pensar en cómo sería que te follara con toda la ira que contenían sus ojos y con la rabia que te arañaba la piel.

¡Cállate conciencia!

¡Pervertida!

¡Entrometida!

¡Pero si soy tú! Menuda loca estás hecha.

¡Cierra la boca o me golpearé la cabeza solo para que te calles!

Vale... ¡Loca!

Luego de unos minutos, en los que se dedicó solo a mirarme y a pagar la cuenta, se puso de pie, yo lo imité.

—Está bien, señorita Shaine. Compraré el anillo, pero espero que este sea el primero y el último de sus caprichos, porque no tengo paciencia para lidiar con ello.

—Y yo espero que mi anillo sea merecedor de alguien como yo. —Sonreí por mi victoria.

Le extendí la mano como despedida, pero Clark la ignoró por completo. En cambio, volvió a rodear mi cintura con su mano derecha mientras su izquierda se escabullía por mi cuello hasta llegar a mi nuca. Apenas reaccioné cuando me besó. Esta vez no fue tan fugaz ni tan inocente. Y aunque fueron solo unos cuantos segundos, alcancé a sentir su lengua abriéndose paso dentro de mi boca y sus labios hacer presión en los míos antes de apartarse. ¡Maldito Clark Holland!

No le di tiempo a nada. Salí casi corriendo y no por cobarde sino porque la piel me ardía y si me quedaba terminaría por arrastrarlo hasta el coche para montarlo allí mismo. ¿Por qué carajos tenía tantas ganas de follar? La verdad era que no solo quería sexo, quería sexo con ese idiota engreído. ¿Lo tendría? Aún no lo sabía o quizá solo no era capaz de reconocerlo. Bien dicen que lo mejor de las tentaciones es caer ante ellas, ¿no?

Capítulo 18

Beth

Llegué justo a tiempo para mi reunión con Charlotte, de hecho, no tardó ni cinco minutos para que entráramos a mi lugar de trabajo. Agradecí que nuestro encuentro fuera en la agencia. Ya la había visto una vez en la primera reunión que hicimos cuando aún no nos habían elegido para su campaña publicitaria. Era una mujer de algunos treinta, de cabello caoba, flequillo y delgada. Sus ojos eran oscuros y su sonrisa era cálida. Me caía bien.

—Señorita Shaine, es un placer volver a verla —saludó Charlotte con un beso y una abrazo. No sé por qué sentí que ese momento duró demás, pero luego me convencí de que era mi imaginación.

—El gusto es todo mío. —Sonreí amable.

Le presenté a mi equipo y durante las siguientes dos horas nos ofreció toda la información que necesitábamos. De hecho, fue bastante clara al dejarnos saber que necesitaban refrescar la imagen de la empresa ya que había cambiado de dueño. Además de que les urgía darle un realce a su producto estrella. Requerían cierta frescura en la campaña, pero que no solo fuera dirigido al público juvenil como las campañas anteriores, sino a la mujer en sí. Querían un eslogan empoderado.

Todo fluyó muy bien e incluso nos facilitó todas las campañas realizadas hasta ese momento. Sin embargo había un reto muy grande. Todo debía estar listo para dentro de seis semanas, significaba que debíamos trabajar muy duro para ello. Lo bueno era que me gustaban los retos y estaba más que capacitada para asumirlo.

La reunión fue productiva. Terminó casi a las cinco de la tarde. Charlotte se marchó, no sin antes decirnos que al día siguiente nos reuniríamos de nuevo en su empresa de cosméticos, pero que en esta ocasión también estaría su jefe. Nos encomendó que tuviéramos algunas ideas para presentarlas y que en base a ello, trabajaríamos con la idea que escogieran.

Después de ello decidí que cogiéramos un receso de media hora, todos necesitábamos una tonelada de café. Loly y Neithan salieron de primero, me dirigía a la puerta con Rocco cuando vi su sonrisa divertido.

—Diablos, eso ha sido caliente.

—¿De qué hablas? —inquirí.

—¡No me jodas! ¿En serio no te diste cuenta? —Negué con la cabeza—. Pero si esa hembra no ha dejado de mirarte, creo que quiere comerte el coño.

Me detuve en seco y lo miré confundida.

—¿Qué dices? No me parece que sea lesbiana, no ha dejado de mirarte a ti.

Rio casi a carcajadas.

—Claro que no lo es, eso es evidente.

—¿Entonces?

—Es bisexual, mi leona. Creo que quiere hacer un trío con nosotros. ¿Qué dices? —Me pasó el brazo por los hombros mientras seguía mirándome sonriente. Casi sentí su aliento en mi rostro —. ¿Te animas?

—¿Por qué contigo todo es sexual?

—Porque es lo mejor de la vida y lo sabes. —Se acercó más—. No me digas que nunca has soñado con sentir cuatro manos acariciando cada centímetro de tu cuerpo y dándote placer. —Seguía acercándose y su aliento me rosaba la boca—. ¿Te imaginas sentir la calidez de mis labios agasajándose con tu coño, jugueteando con tus pliegues, mientras Charlotte se deleita con

tus pechos succionándolos hasta hacerte gritar?

Se me secó la boca y casi se me cierra la garganta.

—¡Idiota pervertido! —resoplé apartándolo para luego salir del salón de reuniones. Rocco me siguió carcajeándose.

¡Tarado!

***

Trabajo, teníamos mucho trabajo. El día siguió su curso mientras Loly, Neithan, Rocco y yo buscábamos ideas innovadoras para presentar. A las siete de la tarde mi cuerpo no funcionaba igual. Pese a que había tomado casi un litro de café, me sentía cansada y necesitaba algo más fuerte. Me urgía un vodka. Como si me hubiese leído los pensamientos Rocco desapareció unos minutos y luego volvió con un café, que tenía más alcohol que el líquido negro. Sonreí cuando me tomé el primer sorbo y lo vi guiñarme un ojo.

Nuestras ideas se enfocaban en la mujer trabajadora de todas las edades. Queríamos empoderar a la mujer que lucha hasta obtener sus objetivos sin dejar a un lado la belleza. Faltaba mucho aún, pero al menos teníamos ideas a presentar al día siguiente.

—Lo siento, no puedo más. —La voz calmada de Neithan me hizo mirar el móvil, no lo había visto en toda la tarde y tenía un montón de llamadas perdidas. Eran las nueve de la noche.

—Joder, es tardísimo. Vayan a descansar. Nos vemos aquí mañana temprano.

Todos asintieron y en pocos minutos habían recogido sus cosas y se estaban marchando. Sin duda éramos los últimos en la agencia, aparte del cuidador. Volví a mirar la pantalla de mi móvil, debía devolver algunas llamadas, como a Addy y Ray, pero no en ese momento. Lo único que quería era volver a casa, ducharme y comer. Sí, estaba tan hambrienta que comería cualquier cosa.

Acomodé mi ordenador en su maletín para irme. Creí que todos ya se habían marchado, pero de pronto vi a Rocco volver aparecer en la puerta con las manos en la espalda y con esa sonrisa que parecía iluminar cualquier espacio al que fuera.

Alguna vez mi hermano Jeff me dijo que su novia irradiaba luz cuando sonreía y creí que lo decía solo porque la amaba, pero esa noche supe que no era solo por eso. Supe que hay personas que brillan en cualquier escenario. Rocco era de esos. Por un momento me detuve a pensar si alguna vez lo había visto realmente molesto y la respuesta fue un rotundo no. Él solía encontrar lo mejor en los momentos más difíciles. Ray era mi mejor amigo, pero sin duda el colombiano era alguien importante en mi vida.

—He pensado que estabas igual de hambrienta que yo —dijo sacando sus manos de la espalda para mostrarme dos bolsas de comida chatarra y una botella.

Las comisuras de mis labios se elevaron de inmediato. Parecía un niño travieso.

—Sí, tengo hambre, pero quiero volver a casa. ¿Te importaría que me lleve la mía?

—¿En serio? Creí que podíamos comer aquí, sería una chimba. Mira que te he traído alcohol directamente desde mi bella Colombia. —Hizo un puchero acercándose y dejando todo en la mesa. La verdad no sé en qué momento se acercó tanto hasta posar sus manos en mi cintura y acercarme a su pelvis—. Además pensé que podíamos recordar viejos tiempos.

—Ya sabes que no me lío con compañeros de trabajo.

—Soy consciente de ello, pero puedes hacer una excepción. Sabes que no te vas a arrepentir. —Elevó una de sus manos y la colocó con sutileza en mi mejilla. Su pulgar empezó a darme

suaves caricias en la piel mientras lo sentía cada vez más cerca.

—Lo sé —dije sintiendo la dureza de su miembro presionando mi abdomen—, pero...

No me dejó terminar, cuando quise darme cuenta ya tenía una de sus manos masajeando mi nalga, la otra enterrada en mi nuca y su lengua saqueando mi boca. Quise apartarme, pero no me lo permitió, así que sin siquiera saber cómo, terminé correspondiendo el beso. No voy a negarlo, besaba delicioso. Su lengua era una experta, pero maldición, no era el bastardo de Clark. No era él.

—¡Espera! —Me aparté.

—¿Qué sucede? No me digas que no te gusto, porque ambos sabemos que es mentira, mi leona.

Inhalé y solté el aire por la boca. A pesar de no ser el hombre al que deseaba que me follara, Rocco era un guaperas experto en el arte del placer y nunca fui de sangre fría. Su contacto despertó las ganas que había ignorado toda la tarde.

—No es eso. —Me recosté en el borde de la mesa acomodándome el cabello—. Hay alguien —solté sin más.

No podía explicarle la compleja situación que vivía con Clark.

—¿Qué? —Pareció más que sorprendido—. No me digas que sigues con el idiota de Ben después de que te engañó.

—No... yo. ¡Espera! ¿Cómo has sabido eso? —Enarcó una ceja—. Vale, has seducido a Loly para que te lo dijera, pero no, no es él. Es otro hombre.

—No soy celoso. —Sonrió divertido volviendo a rodear mi cintura—. Estoy seguro de que solo es algo pasajero. Tú y yo somos así. Nos gusta disfrutar del placer del sexo.

—Voy a casarme, Rocco.

—¿Qué? —Se apartó en cámara lenta como si intentara asimilar mis palabras—. ¿Es una broma? Porque si es así es de muy mal gusto. Si no quieres acostarte conmigo solo dímelo, pero no digas tonterías.

Su rostro era un poema lleno de dudas, incomodidad y... ¿miedo?

—No digo tonterías. Te estoy diciendo la verdad, pero no puedes decírselo a nadie todavía. Por favor.

Seguía mirándome con los ojos entornados. Me pareció ver que sus ojos claros se volvían más oscuros y que su cuerpo adquiría rigidez. Jamás lo vi así.

—Entonces, ¿no es una broma? —Negué—. ¡Joder! —Se pasó la mano por la cabeza, frustrado—. Yo... creí... pensé que nunca te casarías. Por alguna estúpida razón siempre creí que éramos el uno para el otro. —Sonrió con amargura—. ¡Qué idiota soy!

—Rocco —me acerqué y acuné su rostro entre mis manos—, tú eres alguien increíble, en serio, no he conocido a alguien que me haga reír como tú. Tienes una vibra muy bonita y sé que jamás habrá otra persona tan especial en mi vida. —Sonrió, pero su sonrisa no le llegó a los ojos —. Me conoces y te conozco. Y la verdad es que no sé qué pasará exactamente con esta relación que tengo ahora...

—Te vas a casar.

—Es más complejo de lo que crees, pero el punto es que no creo que pueda darte lo que tú quieres.

—Solo quiero sexo. —Volvió a sonreír y justo allí lo supe. Mentía.

Por primera vez vi lo que siempre dijo que sentía por mí. Vi amor en sus ojos y también dolor, porque el hecho de que le dijera que me casaría lo hacía creer que me había perdido para siempre.

—No, no solo quieres eso. No conmigo. —Apartó la vista, pero hice que me mirara de nuevo —. Rocco, siempre serás alguien importante en mi vida y aunque nunca lo tomé en serio, ahora puedo verlo. Sé que de alguna forma me quieres, pero no puedo brindarte más que mi amistad. ¿Crees que puedas con eso? ¿Crees que podamos trabajar juntos sin tropiezos?

Me miró. Me miró por segundos que se me hicieron eternos. Luego sonrió y tiró de mí abrazándome con fuerza, yo hice lo mismo.

—Siempre estaré para ti, mi leona. Seré tu amigo, tu compañero, tu confidente, tu amante si así lo quieres, pero siempre estaré. Te lo juro —me dijo al oído.

Si hubiese sido mucho de llorar seguro que se me hubiesen escurrido las lágrimas, pero no lo hice. Sin embargo, sentí como el corazón se me contrajo. Nunca imaginé ver a un Rocco tan emocional, eso era algo nuevo.

—Ahora quita tus garras de mí. —Me alejó sonriente—. Debo ir a hacer un trío para quitarme el mal sabor de boca de tu rechazo.

—Lo siento —mascullé.

—¿Por qué si en un rato tendré a un par de nenas haciéndome una estupenda mamada?

Negué sonriendo. Él parecía divertido, pese a que yo podía ver a través de sus ojos que de verdad le había dolido el saber de mi boda. Era algo extraño, pero quizá no tanto como el hecho de que alguien como yo pensara en tener sexo con un hombre en específico. Clark Holland.

Nos dirigíamos a la puerta para que cada quien cogiera su camino, pero se detuvo antes de llegar a la salida. Yo lo imité. Iba a preguntar qué pasaba, pero antes de que lo hiciera se inclinó y dejó un pequeño beso en mis labios. No de esos que desbordan pasión y lujuria, sino de esos de niños, llenos de ternura y amor. Al apartarse sonrió. No dijo más. No era necesario, sabía que solo lo necesitaba. Como una despedida, como un recordatorio de algo que deseaba pero no pudo ser.

»Quizá fue un leve tirón del corazón que lo llevó a besarme así, no lo sabía, pero no me enfadé. De hecho, sentí bonito porque nadie me había besado de esa forma tan inocente. La mayoría de mis besos terminaban en una cama.

A veces es lindo darse cuenta de que aunque no creemos en el amor, él sigue apostando a nosotros.

Capítulo 19

Beth

Me bajaba del auto cuando me entró una llamada. Tenía que contestar, pero era una conversación que no podía tener en mi piso, así que volví al coche.

—¿Por qué mierda no contestas el móvil? —Ni siquiera me dejó saludar cuando ya parecía mi padre. Menudo mejor amigo.

—Hola a ti también, Ray.

—¿Hola? Me puedes decir qué coño te pasa. Te he llamado mil veces, te he escrito y no contestas. Y no te atrevas a mentirme o tomaré un jodido avión y te aporrearé hasta sacarte la verdad. Así que habla.

Respiré sonoramente. Ray era increíble. Sabía que algo me estaba sucediendo y había llegado la hora de contárselo. Por casi media hora me vi a mí misma contándole todo con detalle y respondiendo sus incesantes preguntas.

—¡Joder! —exclamó cuando despejé todas sus dudas o eso creía—. ¿Estás segura de que no es un asesino en serie?

Reí bajito. Cuando se trataba de protegerme Ray era medio paranoico.

—Ya te dije que no, es un empresario.

—¡Espera! ¡Espera! ¿Es Clark Holland de las empresas Holland?

—Sí...

—¡No me jodas! Pero si te has sacado la lotería.

—¿Qué?

—Pues claro, serás la esposa del empresario del año y encima en un año tendrás un montón de pasta. Carajo, te tengo envidia, Betty.

Reí ante sus locuras.

Durante quince minutos más hablamos de él. Como cosa rara, nótese el sarcasmo, ya se había desecho de la rubia que tanto le gustaba, porque, según él, seguía prefiriendo a las morenas. Además me dijo que había cedido los derechos de sus fotografías y que tenía un montón de pasta, algo por lo que me alegré. También me informó que había depositado en mi cuenta el dinero para la pintura del piso y aunque quise evitarlo, ya que nos correspondía a los dos, no me dejó replicar.

Antes de despedirnos me dijo que no estaba seguro de que vendría a la boda. Sentí un hueco en el estómago, era la única persona a la que quería ver allí. No deseaba que mi familia fuera parte de ese circo.

Eran las diez cuando colgué mientras subía las escaleras. Esperaba que Clark estuviera dormido. De él también tenía llamadas perdidas. Antes de entrar a casa le envié un mensaje a Addy informándole que la llamaría al día siguiente.

Cuando abrí la puerta me encontré con Clark en mi viejo sofá sentado como indio, con su caro ordenador en las piernas, y claro, sin camiseta. ¿Lo hacía a propósito?

—Hola —saludé y le vi levantar la cabeza clavando sus ojazos en mí.

No le presté atención a que no me respondiera el saludo. Me dirigí a la cocina con mi comida o lo que quedaba de ella porque había picado un poco en el camino. Dejé mi bolso en la encimera, vacié las papas que quedaban en un cuenco junto a la media hamburguesa y cogí una cerveza de la nevera. Cerveza que no había comprado yo, obvio había sido Holland, pero no me importó. Seguía con hambre así que me centré en mi plato y en mi bebida.

Minutos después había terminado mi cena. Cogí un pequeño vaso de trago y me serví de la

botella que me había regalado Rocco. Leí la etiqueta antes de tomarlo «Agua ardiente» decía. Tal vez debí prestar más atención al nombre, porque en cuanto el líquido se deslizó por mi garganta sentí que incineraba mis cuerdas vocales. Quise matar a ese colombiano, sin embargo, el enfado se esfumó cuando recordé sus palabras y ese pequeño beso de despedida lleno de amor. Jamás lo hubiese imaginado. Rocco de verdad estaba enamorado de mí. Me seguía pareciendo inverosímil. Me llevé los dedos a los labios por instinto cuando visualicé su sonrisa.

—Parece que estás muy feliz. —La voz ronca de Clark me sacudió hasta regresarme a la tierra.

Estaba frente a mí, mirándome fijamente.

—Yo diría que estoy cansada.

—No lo pareces, no con esa sonrisa. —Ni siquiera había notado que estaba sonriendo pensando en el tonto de Rocco—. ¿Dónde estabas, Elizabeth?

—Trabajando. —Lo miré allí, imponente, con los brazos cruzados.

—¿A esta hora?

—Sí, porque a diferencia de ti no soy millonaria.

—Aja... —Entrecerró los ojos—. ¿Vas a decirme dónde estabas anoche?

—¡No! —Quise pasar por su lado, pero me bloqueó con su cuerpo.

—Supongo que tampoco vas a decir con quién estabas ahora.

Su voz era calmada, pero no me gustaba el rumbo de esa conversación.

—¿Tú de qué vas? ¿A dónde quieres llegar? —Puse los brazos en jarra, incómoda.

—A que hueles a perfume de hombre, de nuevo. Ah y no es el mismo.

Tensó la mandíbula. Respiré, de verdad lo hice, no quería explotar.

—Me ha saludado un amigo, Clark, solo eso —mentí.

—Tienes muchos amigos, eh. —Seguía hablando con tranquilidad, pero la expresión en su rostro me dejaba ver su molestia.

—No diría que muchos, pero supongo que más que tú. Tal parece que no sabes que existe la amistad entre un hombre y una mujer.

Sonrió con ironía soltando sus manos a cada lado. Casi pude ver cómo luchaba para no apretar sus puños de frustración y enfado.

—De hecho sí, sí que lo sé. Mi mejor amiga es una mujer, ya la conoces, Emily, y como habrás visto es una mujer muy guapa, pero no por eso llevo su perfume encima cada cinco minutos.

Rodé los ojos.

—Esto es absurdo.

—¿Lo es? —Enarcó una ceja—. Me gustaría saber qué pensarías si llegara cada día con un perfume de mujer.

Apreté los labios molesta y ni siquiera sabía por qué. Clark era solo un hombre muy apuesto al que me apetecía follar, pero nada más. Entonces, ¿por qué se me revolvía el estómago de imaginarlo con otra mujer?

—Da igual. Estoy cansada. Necesito ducharme y dormir.

Volví a intentar pasar por su lado, pero volvió a interponerse. Lo miré. Me miró. Fueron solo unos segundos en los que nos quedamos pasmados, pero fue suficiente para estremecerme.

Levantó la mano sin apartar la mirada de la mía. Y en menos de nada sentí sus nudillos

acariciando mi rostro. Quise dar un paso atrás y romper el contacto, pero los pies no me respondieron. Seguía perdida en sus orbes azulados sin dejar de notar sus labios entreabiertos. Creo que los míos también lo estaban. No estoy segura.

—Elizabeth. —Miró mi boca un segundo y luego volvió a mis ojos—. Esta es la última vez que te hablo al respecto. No aceptaré que te acuestes con nadie...

—Yo no... —Me silenció posando dos de sus dedos en mis labios.

—Soy un hombre sereno, pero con poca paciencia y puede que no lo creas porque apenas conoces el dos por ciento de lo que soy, pero contigo he tenido más paciencia de lo que he tenido en toda mi vida con alguien. Así que, por el bien de todos, no hagas tonterías. ¿Vale?

No me moví, no podía hacerlo. Tragué el nudo que nació en mi garganta o al menos lo intenté. Era extraño, no me intimidaban sus palabras, pero sus ojos... Joder, sus ojos se volvieron tan oscuros como una noche sin luna, solo con miles de estrellas centelleando en un cielo ennegrecido, porque sí, su mirada, a pesar de volverse fría mientras dejaba salir todas esas palabras, brillaba. Pero no de la forma que te puede hacer sentir mariposas en el estómago (aunque nunca creí en eso), sino de la que te puede hacer sentir la picadura casi letal de un aguijón en el pecho.

Debí saberlo entonces. Nada sería tan fácil como casarme, permanecer así un año y luego ser libre con un montón de pasta. No, definitivamente, no lo sería.

—Eres preciosa y me gustas mucho, lo sabes, pero no dejaré que me vean la cara de idiota. No otra vez —agregó casi en un susurro mientras yo seguía allí, colgada del filo de su mirada, intentando descifrar todo lo incongruente que emanaba de sus ojos.

Me costó reaccionar y evitar que mi cuerpo temblara, pero lo hice.

—Como te he dicho antes, no me he acostado con nadie. Y si no puedes confiar aunque sea un poco en mí, deberías pensarte mejor lo de la boda.

Tenía la boca seca cuando me aparté, tomé mi bolso y caminé con firmeza en dirección a mi habitación. Y a pesar de que solo tardé unos segundo en llegar a mi destino, debido a mi diminuto piso, sentí que fue una eternidad porque en cada paso que daba una extraña sensación me recorría el cuerpo. ¿Una advertencia? No lo sabía, pero algo me gritaba que, quisiera o no, iba a averiguarlo. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 20

Clark

Mi mano derecha se encontraba cubriendo la mitad mi falo erecto mientras lo agitaba con rapidez. Tenía los ojos cerrados fantaseando con que Elizabeth estaba de rodillas con la boca abierta, extasiada, lista para saborearme. Mi mano ejecutaba movimientos cada vez más rápidos, más certeros. Estaba a punto de llegar cuando empecé a imaginar la escena en donde su boca me acogía con ansias y su mano sustituía la mía. Firme, cálida, ella...

La imagen de sus perfectos pechos, su culo redondo y el exquisito sabor de su sexo me hizo morderme los labios. Inhalé queriendo sentir su aroma a flores salvajes... ¡Salvaje! Como ella... La tensión se acumuló en mi ingle y una electricidad me recorrió los testículos cuando exploté en su boca o al menos, lo imaginé.

El líquido blanco y pastoso se derramó en mi mano, la pierna y el viejo piso de aquella diminuta y fea habitación. Seguía sin acostumbrarme a dormir en un lugar más pequeño que mi cuarto de baño.

Mientras me limpiaba noté que en el suelo, escondido entre la mesita de noche y la pared, había un marco. Seguro se había caído. Lo cogí en mis manos y me encontré con que era un marco doble, donde yacían dos fotos: una de Elizabeth sola en la playa y otra foto de ella con dos chicos. A su derecha el chico quien supuse era su mejor amigo, el otro dueño de ese horrendo piso. Y a su izquierda otro chico con los ojos iguales a ella, quien supuse era su hermano muerto. En la imagen pude ver a una Elizabeth radiante, con una sonrisa que no le había visto con anterioridad y con una mirada dulce, muy diferente a la que tenía entonces, que era más activa y precavida.

Mientras sostenía las pequeñas fotos en la mano, sentí un vacío en el estómago. Me resultaba imposible olvidar la forma en la que me miró una hora antes en la cocina, si es que eso se le puede llamar así. Era como si podía verme, como si estuviese leyéndome y eso me sacaba de órbita.

Me negaba a creer que pudiera notar lo que había debajo de mis capas, que pudiera ver mis verdaderas intenciones. Pero ella era fuerte, sabía que al final de todo iba a estar bien o al menos esperaba que no se lo tomara tan personal ya que no habría sentimientos de por medio. Yo tenía que hacer que las piezas encajaran y ella era la más importante de todas. Elizabeth sería la llave para lograr mi claro objetivo.

Sí, me gustaba. Me gustaba demasiado. Incluso me encantaba verla enfadada, ver las pequeñas arrugas en su nariz cuando quería golpearme o esa mirada afilada y casi letal. Me gustaba verla desnuda y poseerla, la deseaba y mucho.

Me gustaba verla sonreír aunque casi nunca lo hiciera sin ironía y esas pequeñas pecas en su cuello que me daban ganas de acariciar con la lengua. La soñaba desnuda en mi cama cada noche y anhelaba con ganas abrir la puerta de esa habitación, ir a la suya, arrancarle la ropa, ponerla en cuatro y arremeter violentamente contra su coño.

Sí, de verdad me gustaba. Ella es ese tipo de mujer poseedora de una belleza capaz de volver locos a los hombres, pero necesitaba concentrarme, hacerla mi esposa y empezar a mover las fichas hasta ganar, porque lo haría, costara lo que costara, yo ganaría esa batalla y cobraría mi deuda, y Elizabeth sería mi pieza clave.

No sé por qué saqué la imagen en donde estaba sola, dejando la otra en la mesita. La miré por un rato sintiendo un fuego en el pecho. «No es venganza, es justicia» me repetí una vez más antes de guardarla en mi cartera e irme a la cama.

***

Desperté justo a tiempo para ir al gimnasio, pero no lo hice. El día anterior había tenido mucho trabajo y me esperaba mucho más. Reuniones, papeleos y revisar informes de las demás sedes. Tenía sueño, no había dormido bien, aunque bueno, la realidad era que por alguna u otra razón, desde que conocí a Elizabeth no había vuelto a dormir más de cuatro horas seguidas, como mucho. Ojalá hubiese sido fallándola, habría valido la pena.

Cogí mi ordenador para verificar correos y ordenar documentos importantes. Después de todo no necesitaba ir al gym cada día, mi cuerpo atlético era perfecto tal como estaba. Comer bien y hacer ejercicios siempre me dieron muy buenos resultados.

Miré mi móvil y me levanté aún adormilado. A pesar de estar una hora en el ordenador seguía con sueño. Solo llevaba pantalones largos de lana y calcetines. Abrí la puerta y me dirigí a la cocina que estaba apenas un par de pasos de mi dormitorio. Me estrujaba los ojos cuando choqué con ella.

—Yo... lo siento. No te vi —masculló.

Me aclaré los ojos para ver que iba con una camiseta ancha que me dejaba ver sus perfectas piernas. Dios, es que se veía preciosa incluso acabada de levantar. Su cabello estaba alborotado como de costumbre y esos majestuosos orbes grises recorrían mi torso desnudo. Sonreí cuando notó que seguía su mirada y la apartó de golpe.

—He preparado café. —Me dio la espalda.

No sé por qué mierda no pude contener mi impulso.

—¿Te gusta la vista? —Apoyé mis dos manos en su cintura dejando su espalda contra mi pecho. Sentí cómo se tensaba un poco, pero era ella, siempre replicaba.

—Sí, me encanta la pinta que tiene mi taza de café —repuso levantando la taza que ya llevaba en la mano.

Mi sonrisa se ensanchó y con cuidado, para no derramar el líquido, la giré.

—Te he pillado comiéndome con la mirada. ¿Por qué no lo admites? —Enarqué una ceja aún con las manos apoyadas en su cintura. Ella las miró y luego volvió a verme a los ojos. Una de sus manos estaba cruzada debajo de sus pechos y la otra elevada en el aire con su taza.

—¿En serio quieres hablar de eso? Porque no has dejado de recorrerme entera con la mirada. Sin contar que ahora mismo estás mirando la marca de mis pezones sobre la camiseta. —Levanté la vista, me había pillado.

—Vale, pero no lo niego. En cambio tú te mueres porque te folle —empecé a hacer círculos con los dedos sobre la tela, pero sabía que podía sentirlo. Me incliné solo un poco, ella es alta—, pero no me dices nada. Ya te dije que si lo quieres, solo pídelo. Apostaría a que me has soñado follándote.

La miré expectante con una sonrisa socarrona en los labios. Sus ojos se entornaron mientras le daba un sorbo al café. Me sorprendió que no se apartara. Dejó la taza en la encimera y posó esa misma mano en mi pecho desnudo. Me quemó, ese simple roce me quemó y no me gustó sentir que ella era un fuego abrasador. No era bueno para mis planes.

—Así que quieres jugar, Clark Holland. —Sonrió con maldad al tiempo en que llevaba su otra mano a mi nuca, acercándose aún más—. Bien, hagamos una apuesta. ¿Vale?

Ni siquiera pude asentir. Su mano jugando con las puntas de mi cabello me desconcentró por completo, pero supongo que tomó mi silencio como un sí porque prosiguió.

—Dices que yo soy la que necesita que me folles. Apostarías a ello. Yo digo que serás tú el que te pongas de rodillas rogándome por sexo e implorando para que te ofrezca cada parte de mi cuerpo de diosa.

Tragué saliva porque era justo lo que quería hacer en ese momento. Tirar todo, arrancarles las bragas y saborearla hasta que volviera a correrse en mi lengua. ¡Maldita sea! Tenía que controlarme y lo haría.

—Entonces quieres apostar. ¿Eh? —Me tragué la debilidad que me producía su contacto y rocé sus labios con mi aliento—. Pues vale.

—De acuerdo. Si de aquí a una semana uno de los dos ha pedido sexo, será el perdedor —expuso y asentí.

Entreabrió sus labios frente a los míos, me miró con ganas y sus dedos en mi pecho seguían haciendo leves caricias. No sabía cuánto tiempo podría soportarlo. Empezaba a sentir incomodidad por la erección presa en mi bóxer y, como si leyera mi mente, descendió despacio sin dejar de mirarme. Las yemas de sus dedos se deslizaban con sutileza por mi abdomen. Reprimí el impulso de tirar de esa misma mano, girarla y saborearle el coño desde atrás, para luego empalarla y hacerla retorcerse de placer.

Su mano jugueteó unos segundos con el borde de mi pantalón, no apartó la mirada, yo tampoco lo hice. Estaba retándome y no se lo pondría tan fácil. Cuando menos lo creía la tenía dentro de mi bóxer, rodeando mi erección, jugando con el líquido preseminal y esparciéndolo con su pulgar por todo mi glande hinchado. Lo intenté, juro que lo hice, pero no pude evitar gruñir como un animal salvaje. Entonces pasó. Una molesta carcajada salió de su garganta cuando se apartó triunfante.

—He empezado con buen pie, voy a ganar esta apuesta —dijo burlona, mientras cogía su taza de café.

Sí, quería agarrar su precioso cuello y estrangularla. ¡Maldita bruja! Pero no le daría el gusto de verme perder el control. Guardé entre mi pantalón mi pene latente. Era muy consciente de que pasaría el día molesto y con dolor de huevos, pero ella no tenía por qué saberlo.

—¿Eso crees? —Soné calmando, aunque por dentro era un volcán a punto de hacer erupción. Me acerqué, la cogí por la cintura sin darle tiempo a nada, la acerqué a mi cuerpo y froté mi erección contra su abdomen. Abrió los ojos con sorpresa cuando me acerqué y barrí sus labios con mi lengua. Tembló—. Yo estoy seguro de que tú serás la que te arrodillarás ante mí y no precisamente a pedir por sexo sino a chupármela. Y no seré sutil, que lo sepas. Haré que no solo te tragues tus palabras, sino también mi polla.

La vi inmóvil cuando me aparté. Su respiración ya no era calmada, su labio inferior estaba preso entre sus dientes, su café se quedó a medio camino y sus ojos... sus ojos se perdieron en mis labios. Lo supe, supe que lo deseaba tanto como yo, pero que era tan terca que no haría nada. Me resigné a pasar el día vuelto un caos por su culpa. Porque no me daba lo que necesitaba. Obvié la punzada en el pecho, sonreí y fui a por una taza para servirme un café. Lo iba a necesitar.

Elizabeth vació su taza de un solo sorbo, debió estar frío ya. No me miró aunque yo no podía dejar hacerlo. Siempre que estaba cerca tenía que mirarla. Aunque me hiciera cabrear, aunque ella estuviese cabreada, consciente o inconscientemente, no podía apartar la vista de ella.

—Espera —dije cuando vi su intención de salir de la cocina, se detuvo pero no volteó a verme

—. ¿Qué apostaremos?

—¿Qué? —Me miró sobre su hombro.

—Estamos haciendo una apuesta. ¿Qué pasará con el perdedor? ¿Qué ganará el triunfador? Yo tengo ideas.

Pareció pensárselo un momento y luego sonrió. Esa sonrisa...

—Ni creas que será algo sexual, pervertido. — Se giró para enfrentarme y yo resoplé—. Si tú pierdes tendrás que pintar este piso. Ese será también mi premio.

—Vale...

—No pagar para que lo pinten, pintarlo con tus propias manos.

—¿Qué? Ni de coña —repliqué.

—Vamos, no seas gallina. No quieres porque sabes que vas a perder.

—No, es que... —Pensé un instante, sabía que no tenía opción—. Vale, pero... —Enarqué una ceja con diversión.

—¿Qué? —Ladeó la cabeza—. Vale, dilo ya. Sé que me pondrás un castigo si pierdo.

—Si yo gano nos mudaremos a mi casa. También será mi premio.

Le extendí la mano, la miró, alzó la vista a mis ojos y luego volvió a fijarla en mi brazo extendido. Exhaló y dos segundos después estrechó mi mano. Electricidad. Sentí una maldita electricidad que se escabulló entre mis dedos cuando se aferraron a los suyos. «¿Qué mierda es esto?» Pensé con el ceño fruncido. No tuve la respuesta ni siquiera cuando la vi darme la espalda y marcharse.

En vez de quedarme mirándole el culo, como solía hacerlo, me quedé mirando mi mano, desorientado. No lo entendía. Siempre tuve a las mujeres que quise, a las más hermosas, aunque ninguna tan hermosa como ella, pero hubo muchas. ¿Por qué me sentía tan extraño? ¿Por qué la soñaba en las noches y despertaba sudado? ¿Por qué en lo único en que pensaba cuando la tenía cerca era en tenerla bajo mi cuerpo? Mierda. Tenía que alejarme un poco. Lo suficiente para no caer en la tentación y perder la apuesta. No me veía pintando aquellas paredes, pero sobre todo, no me veía sintiendo las cosas que se anidaban poco a poco en mi pecho y que ni siquiera sabía qué era.

***

El sol golpeaba la cristalera detrás de mi escritorio cuando entré a mi oficina. Ya mi secretaria había corrido las cortinas. Algo extraño, era la persona más torpe y desastrosa que conocía. En serio, no podía dar dos pasos sin tirar papeles al piso o derramar café.

Me dejé caer en mi sillón sin darme tiempo a pesar. Como cada fin de mes, tenía un montón de reportes que revisar. Tener veintiuna sedes alrededor del mundo y que todas me reportaran a mí, era agotador. Me encargada de su funcionamiento, contratos importantes, compras y ventas de acciones en nuevas empresas. Logísticas de distribución, empresas contratistas, todo. ¿Cómo la abuela pretendía dejar todo en manos del inepto de Stick? Sin duda iríamos a la quiebra en menos de un año.

Me pasé toda la mañana revisando contratos, correos y reportes. Al menos me sirvió para no pensar en la cobriza que empezaba a darme dolor de cabeza, bueno, más bien dolor de huevos.

Estaba tan concentrado en mi trabajo que no me di cuenta de que alguien había entrado a mi oficina hasta que una carpeta gris calló sobre mi escritorio.

—¿Qué demonios te pasa, Emily? ¿Por qué entras así a mi oficina?

La rubia delante de mí rodó los ojos y se sentó de piernas cruzadas en una silla. Llevaba un traje de pantalón rojo con una camisa blanca. Eran sus colores favoritos.

—Soy tu mejor amiga, así que déjate de pendejadas —refutó acomodándose los lentes.

—Y como mi mejor amiga debes saber que odio que irrumpan en mi trabajo.

—Lo sé —rio—. Solo que hoy me siento la puta ama y he tenido ganas de fastidiarte.

La miré furioso, creo que ni siquiera se trataba de ella. Si bien era cierto que el orden en mi vida laboral era primordial, conocía a mi amiga, ella nunca me hacía caso. Era la única que no le importaba que fuera su jefe, sabía muy bien que jamás la echaría de la empresa, por eso casi siempre hacía lo que quería, pero jamás fallaba. Siempre me daba buenos resultados.

—Habla de una vez y lárgate —gruñí.

Emily me miró expectante.

—Vaya, parece que alguien está de mal humor —bromeó. Le eché una mirada de advertencia y la vi resoplar antes de hablar en serio, por fin—. He resuelto el problema con el contrato en nuestra última adquisición y además, la empresa de transporte le ha quedado claro que no pueden volver a retrasarse o los destruiremos.

—Debiste dejarme arruinarlos por irresponsable. —Volví a centrarme en mi ordenador.

—Si hubiese hecho eso no estuviese haciendo bien mi trabajo. Fue un error, no más. Tienen más de ocho años trabajando con nosotros.

—Son unos ineptos.

—¿Se puede saber qué mierda te pasa? —Me miró, me miró, miró—. ¡Vaya! A que esto tiene que ver con tu futura esposa.

Apreté los labios tragándome un sinfín de insultos siendo consciente de que no se lo merecía. No era ella la que jugaba con mis ganas.

—Emily, ¿tienes algo más que decirme?

—Sí, que eres un pesado y aburrido. No sé cómo esa chica te aguanta, aunque por lo que vi el otro día tiene un carácter. Seguro te hará pagar tus andanzas, pero... —Se quedó en silencio mucho tiempo, tanto que, pese a que no quería hacerlo, tuve que mirarla.

—¿Qué?

Se removió en su silla, incómoda.

—¿Qué tramas, Clark?

—No sé de qué hablas —mentí.

—Claro que lo sabes, te conozco como nadie. Sé que te traes algo entre mano con esa chica y necesito saber qué es.

—Ya lo sabes, la abuela quiere que me case y lo haré.

—Ummmm...—Empezó a repiquetear sus dedos en la barbilla, joder, odiaba que hiciera eso. Era como si su cerebro fuera a mil por segundo.

—Habla o sal de aquí, tengo mucho trabajo y en dos horas tengo una reunión importante.

—Vale. No te creo nada y no sé por qué estás mintiéndome, pero lo averiguaré.

—No te metas —le advertí mirándola con seriedad.

—Ves, me estás escondiendo algo y no me gusta. Algo me dice que vas a hacer una idiotez.

—¿Me estás diciendo idiota?

—No, te estoy diciendo idiota, imbécil y mal amigo. —Me hubiese reído si no hubiera sido consciente de que ella era la única persona capaz de descubrir mis intenciones con Elizabeth—.

No sé por qué mierda a estas alturas de la vida me escondes cosas cuando siempre me has contado todo, pero...

—Ya te dije que no escondo nada. Deja de ver problemas donde no los hay.

Me miró de nuevo con los ojos entornados, como si buscara verdad en mis palabras. Y aunque no me inmutara sabía bien que ella nunca me creería. Era la persona más determinada, claro, después de mí.

—¡Bien! —Se puso de pie—. Te acompañaré a la reunión.

—No tienes nada que hacer ahí.

—Tampoco tengo más trabajo por hoy, así que voy a acompañarte.

—Sé lo que haces —la vi sonreír— y no vas a hallar nada nuevo. Ya te dije que no planeo nada y no podrás leerme como cuando éramos niños.

—Eso ya lo veremos. —Me guiñó un ojo y se fue.

¡Maldita loca! Como la odiaba cuando se ponía en esas.

En las siguientes dos horas almorcé y tuve una pequeña reunión con una de mis representantes en mi oficina. Con ella me conduje a mi nueva reunión, creía que podía escabullirse de Emily. ¡Como si no la conociera! La pija nos alcanzó justo antes de que Julián pusiera el auto en marcha. Mi representante y yo íbamos en los asientos de atrás y la muy viva se subió de copiloto con una de esas sonrisas triunfantes que ponía cuando resolvía algún problema en la empresa y que me gustaban, excepto cuando yo era la razón de ella.

Llegamos a la majestuosa estructura del edificio y una vez más me sentí satisfecho por correr el riesgo de adquirir una empresa como esa. Sabía que era capaz de posicionarla mucho más alto, claro, si trabajaba con gente profesional, esperaba que las personas que había contratado mi representante lo fueran.

Unos minutos después me encontraba entrando a un salón de reuniones en el que aguardaba, lo que supuse, el nuevo equipo. La mesa era para doce personas, pero solo había tres; una morena que me miraba con curiosidad, un rubio flacuchento con gafas que ni siquiera me miraba a los ojos y un hombre de cabello negro y con barba que sonreía como idiota explayado en la silla como si estuviese en su casa. ¡Menudo equipo! Iba a despachar a ese trío de tontos muy rápido.

—Buenas tardes —saludó Emily a mi lado. Mi representante hizo lo mismo y yo, solo por educación, las imité.

Los tres saludaron con amabilidad, pero desde ya sabía que no podía trabajar con ellos. Uno a uno fue presentándose, aunque según la mujer a mi lado faltaba una persona. ¿Cómo carajos alguien podía llegar tarde a una reunión conmigo? ¡Imperdonable!

No, no necesitaba ver a nadie más para darme cuenta de que no estaban a la altura para trabajar con alguien como yo y estaba a punto de desecharlos sin mucho preámbulo, cuando el sonido de unos pasos firmes me hizo girarme a la entrada y entonces la vi...

»Una mujer alta, con el cabello suelto que se movía en cada paso que daba, vestida con un traje color crema de falda entubada a las rodillas que era adornado con un ligero abierto en la pierna izquierda y con un precioso cinturón que le hacía resaltar su perfecta anatomía. Una carpeta azul que llevaba entre los dedos se balanceada al ritmo del movimiento de sus brazos. Sus tacones negros retumbaban en las baldosas blancas mientras ella caminaba como una diosa sin siquiera haberme notado, ya que tenía sus ojazos grises puestos en mi representante, pero no tardó en hacerlo.

—Disculpen, me he dejado una carpeta en el coche, yo... —Su preciosa sonrisa se esfumó en cuanto me vio y no voy a mentir, se me volcó el estómago. ¿Qué mierda hacía Elizabeth en mi nueva empresa? No lo sabía y por lo que vi, ella estaba tan sorprendida como yo. Su cara era un

poema de desconcierto que se asemejaba al mío.

—Señorita Shaine, este es mi jefe, el señor Clark Holland —dijo Charlotte a la cobriza que seguía en shock, luego se dirigió a mí—. Señor Holland, esta es la señorita Elizabeth Shaine, la directora creativa de nuestra campaña. Ya conoce a su equipo.

Yo seguía tan inmóvil como ella. Quería reaccionar, pero no podía, no hasta que escuché a Emily aclararse la garganta en medio de una risita poco disimulada. Respiré como pude y un segundo después le extendí la mano. El aire se había vuelto denso y sabía que todos podían notarlo, sobre todo por el tiempo en el que nos quedamos mirándonos sin entender nada.

—Un gusto verlo, Señor Holland. —Sus labios apenas se abrieron para pronunciar cada palabra cuando me correspondió.

Con su mano envuelta por la mía. Con sus ojos quemando los míos. Con su contacto dándome latigazos por todo el cuerpo, me obligué a responder.

—El placer es todo mío, señorita Shaine...

Capítulo 21

Beth

Apenas podía respirar sin que los demás se dieran cuenta de que mi sistema nervioso estaba colapsando. Sentir la calidez de su mano me gustaba y me agobiaba a partes iguales. ¿Por qué? No lo sabía. Solo sabía que el destino estaba divirtiéndose de lo lindo mientras jugaba con mi vida como si fuera un tablero de ajedrez. ¿Clark Holland mi jefe? Tenía que ser una broma retorcida y bárbara.

Una hora antes...

—Diablos, mi leona, te ves... wao... estás hermosa —exclamó Rocco apareciendo por detrás.

—¡Lo sé! —afirmé mirándome en el espejo que estaba cerca de la salida de la agencia.

Como en ocasiones importantes vestía formal. Iba a conocer a mi cliente y quería dar buena impresión. De hecho, usaba mi traje favorito. Me quedaba estupendo. Acomodé mi cabello y por un instante pensé en recogerlo, era como si siempre luchara una batalla con él, pero es que me veía preciosa tal como estaba y los ojos de Rocco comiéndome me lo confirmaban.

—Deja de babear, colombiano —bufé.

—Es que eres la mujer más mamacita que he visto en mi puta y pervertida vida. ¿De verdad te vas a casar? ¿No puedo hacer nada para que cambies de opinión? —Colocó una de sus manos en mi cintura.

—¡Ya cállate! —Me aparté cuando noté que Neithan y Loly se acercaban.

Vi a Rocco reír con disimulo al ver mi sobresalto.

—Vaya, estás preciosa —aseguró la morena con entusiasmo.

—De verdad que lo estás —secundó Neithan sonrojado.

Se veía muy mono cuando no podía sostenerme la mirada. Ciertamente era muy tímido, pero era el mejor en edición y siempre tenía estupendas ideas.

Cogimos carretera a la empresa de cosméticos. Llegamos bastante temprano, me gustaba ser puntual. El edificio era precioso y sofisticado, justo lo que esperaba. En el quinto piso, una chica muy amable nos dijo que esperáramos en un salón de reuniones. Estaba todo listo. Saqué mi portátil y eché una última ojeada a las ideas. Revisé las carpetas que había llevado, pero...

—Mierda, me he dejado una carpeta en el coche. Ya vuelvo.

Casi corrí, faltaban solo cinco minutos y tenía la esperanza de que fuera suficiente tiempo para ir por la carpeta y regresar, pero no lo fue, porque allí estaba él, delante de mí, produciéndome vértigos solo con su presencia y el simple hecho de pensarlo como mi jefe.

—Ummm, bueno, esto es... interesante —dijo la rubia con gafas, Emily—. ¿Podemos sentarnos?

Ambos la miramos por un segundo, luego miramos a los demás que parecían incomodos y desconcertados, y al final nos miramos las manos que seguían estrechadas.

—Sí —respondimos al unísono soltándonos con brusquedad.

Todos tomamos nuestro lugar, por supuesto, Clark se sentó en la cabeza de la mesa con Emily a un lado y Charlotte al otro. Yo me senté dos asientos después, justo al lado de Rocco, Loly le seguía y al final estaba Neithan, rojo como un tomate.

—¿Es mi impresión o ustedes se conocen? —investigó Charlotte.

—No, yo...

—Sí, nos conocemos, por lo visto el mundo es muy pequeño —intervino Clark con toda la calma del mundo.

—Eso parece —mi voz sonó seca.

Lo único que quería era salir corriendo de allí y no porque aún no me recuperaba de la tensión de la mañana, (aunque era cierto) sino porque odiaba sentirme desorientada. Y odiaba aún más la idea de recibir órdenes de ese idiota prepotente con aires de rey que no caga. ¿Qué mierda le pasaba al universo? ¿Qué carajos tenía en mi contra?

—Mi leona, ¿estás bien? —El susurro de Rocco y su mano sobre mi hombro me hizo girar a verlo.

Se veía preocupado, quizá estaba pálida.

—Estoy bien.

Le ofrecí una sonrisa mientras enderezaba mi espalda y cogía aire con disimulo. Estaba segura de que iba a ser una tarde intensa y la tensión en el rostro de Clark al ver la cercanía de Rocco, era una prueba de ello.

—Señorita Shaine, puede empezar —dijo con el ceño fruncido, entrelazando los dedos sobre la mesa.

¡Maldición! Se veía tan guapo con ese trague gris oscuro. Con esos labios provocativos y ese cúmulo de enojo en sus ojos. ¿Por qué me excitaba verlo molesto?

Durante los siguientes cuarenta minutos me la pasé de pie, explicando nuestras ideas con algunos recursos que habíamos reunidos en la mañana y que se reflejaban en una pantalla gigante. Fui especialmente cuidadosa a la hora de dejar claro el grupo de enfoque de nuestra campaña. Por suerte, siempre fui muy profesional y en cuando empecé a hablar del proyecto todo empezó a fluir ignorando la figura que tenía en frente, al menos como hombre. Vi la cara de Charlotte y parecía satisfecha con nuestras ideas. Mi equipo confiaba en mí y lo sabía. Como siempre, cuando se trataba de trabajo, tenía todo bajo control o eso creía.

—¡Me encanta! —La voz melodiosa de Charlotte me dio cierto aire, pero...

—¿Le encanta, señorita Beight? —El rostro serio de Clark me dio una idea de lo que vendría después—. A mí me parece una mediocridad —afirmó clavando sus dagas en forma de ojos sobre mí.

Me tensé. Todo mi cuerpo lo hizo y es que no solo fueron sus palabras sino la forma cruel en que las dijo.

—Me parece que su trabajo deja mucho que desear, señorita Shaine, al parecer no está concentrada en lo que hace —agregó.

—Soy una profesional y sé lo que hago, pero...

—Entonces demuéstrelo, porque lo que ha presentado aquí no es más que basura.

Yo seguía de pie y él sentado en su trono. Mis manos se empuñaron a cada lado de mi cuerpo, quería golpearlo hasta dejarlo inconsciente.

—Señor Holland, hasta ahora son solo ideas... —aclaró Rocco a mi lado, pero fue interrumpido por el cavernícola.

—¿Le he dicho que hable?

—No, pero...

—Entonces no lo haga. Estoy hablando con la señorita Shaine o ¿acaso el señor es su defensor? —Me quedé en silencio con la ira recorriendo cada músculo de mi cuerpo—. ¿Le han comido la lengua los ratones? —preguntó sarcástico, pero con la furia centelleando en su mirada.

Sentí un movimiento a mi lado y volteé para encontrarme con los labios a medio abrir de Rocco. Estaba serio y aunque sabía muy bien que era la persona más amable y considerada que

conocía, también era consciente de que era el tipo de hombre que jamás dejaría que alguien me tratara de esa forma. Sus ojos se encontraron con los míos y agradecí que entendiera mi súplica de que no dijera nada. Me dio un leve asentimiento que me dejó tranquila para volver a mi objetivo.

—No, señor Holland, no necesito que nadie me defienda ni que se responsabilice por mis actos, así como tampoco necesito que nadie hable por mí. —Respiré, después de todo era trabajo y nadie mejor que yo para hacerlo—. Respeto que no le parezca nuestras ideas, pero me gustaría que se explicara mejor. ¿Qué es lo que no le gusta?

—¡Nada! No hay nada por rescatar de sus tontas ideas.

Vale, quería sacarme de mis casillas, eso era obvio. Tal vez solo quería deshacerse de mí, pero no le daría ese gusto, teníamos un contrato y no iba a volver a mi antiguo puesto por su culpa.

—Bien. ¿Puede decirnos qué es exactamente lo que busca?

—Creía que la señorita Charlotte se lo había explicado —respondió frío.

Nuestras miradas seguían cruzadas, retándonos, pero yo seguía sin entender su patética actitud.

—Lo hizo, sin embargo, es evidente que no es lo mismo que busca usted.

—¿Está diciendo que no sé lo que quiero?

—Estoy pidiéndole que sea profesional y me explique lo que quiere para que pueda hacer mi trabajo.

—¿Profesional? ¿Lo dice la mujer que llegó tarde a su primera reunión para su campaña más importante? ¿La mujer que ha llegado con un equipo mediocre y con ideas sacadas de Google? Por Dios, sea seria. Soy su jefe y lo menos que debió hacer es presentarse aquí con algo que valiera la pena. Su pésimo trabajo deja mucho que pensar.

«No te enfades, Beth» Me repetí en la cabeza, pero ya era tarde, muy tarde...

—¿jefe? No veo que se comporte como tal. Más bien parece un ególatra patético que tiene que pisotear a los demás para sentirse grande. ¿Es eso señor Holland? ¿Su alta estima depende de menospreciar a los demás? —Sonreí de alivio.

Cantarle sus verdades era como si el aire volviera a mis pulmones, pero a Clark pareció dejarlo sin oxígeno.

—Señorita Shaine —casi gritó poniéndose de pie y presionando sus puños con fuerza sobre la mesa—. ¿Quién se cree que es para hablarme de esa forma?

—¿Quién soy? —Imité su posición—. ¿De verdad lo pregunta?

Mis ojos lo apuñalaron mil veces, su mirada me hacía polvo con cada segundo que pasaba.

—No se pase. Esta es una empresa seria y debería saberlo.

—Qué ironía, ¿no? —Sonreí con sarcasmo—. Yo también lo pensaba, pero usted se está comportando como un idiota mal educado.

—Solo doy mi punto de vista. No es mi culpa que usted y su equipo carezca de talento. Soy muy exigente en mis empresas y si pretende continuar trabajando para nosotros, es mejor que lo tenga claro.

Enderecé mi cuerpo y me crucé de brazos sin apartar la mirada.

—Señor Holland, no tengo problemas para entender, espero que usted tampoco lo tenga para aceptar que, por muy jefe que usted sea, no voy a permitir que ni usted ni nadie me falte el respeto, ni a mí, ni a mi equipo y tampoco a mi trabajo. Así que dígame qué es lo que le molesta

de nuestras ideas, es mucho más eficaz que intentar descalificar nuestro trabajo para calmar su frustración.

—¿Frustración? Pero...

—Señores... —La voz de Emily al levantarse nos hizo mirarla—. Creo que es mejor que hablen en una oficina. ¿No les parece?

No entendía mucho hasta que noté que todas las miradas estaban puestas sobre nosotros, incluso la de Neithan que casi siempre la tenía en el suelo. Todos parecían desubicados y confusos.

—Acompáñeme a mi oficina —ordenó el cavernícola, mientras se acomodaba el saco y empezaba a caminar.

Me tragué todos los «vete a mierda» y eché mano de mi lado razonable para poder seguirlo sin romperle la cabeza por la espalda. Menudo imbécil. ¿Por qué mierda me trababa así?

Lo seguí por un pasillo no muy largo hasta llegar a una oficina más pequeña que la de las empresas Holland, pero igual de lujosa. Apenas cerré la puerta a mi espalda cuando ya lo tenía encima tomándome del brazo.

—Nunca en tu vida vuelvas a hablarme así delante de mis empleados —gruñó en mi cara.

—Y tú nunca vuelvas a humillarme de ese modo. —Me solté—. ¿Quién mierda te crees?

—No me creo, soy tu jefe.

—Pues compórtate como tal y no como un cavernícola que se deja gobernar por un dolor de huevos o por los celos.

—¿Celos? —Se apartó dándome la espalda hasta llegar a su escritorio y sentarse en el borde —. Estás hablando tonterías.

—¿Tonterías? —Avancé unos pasos, pero sin acercarme demasiado—. ¿Me vas a decir que todo esto es porque no te gustaron nuestras ideas? No me creas imbécil.

—Y tú a mí tampoco. —Se levantó de golpe, volviendo a romper el espacio entre los dos.

—¿De qué hablas?

—Ese idiota a tu lado... Estabas con él anoche. ¿Cierto? —Me quedé con la boca abierta sin entender cómo había llegado a esa conclusión—. Su perfume es el mismo que llevabas anoche.

Di dos pasos atrás. ¡Mierda! Por eso actuaba más imbécil de lo normal.

—Rocco es mi amigo y compañero de trabajo. No entiendo cuál es el problema.

—Te lo creería si no lo hubiese visto devorándote con la mirada.

—¿Y qué más da? Lo importante es que solo lo veo como un amigo y él lo sabe.

—Ja, como no.

—Escucha, Clark.

—Señor Holland en el trabajo.

—Vale, señor Holland. —Me acerqué dejando mis labios a centímetros de los suyos, mientras seguía retándolo con la mirada—. Le explico, al igual que usted, soy profesional en mi trabajo y me gustaría que nuestras vidas privadas se separen de la laboral, sino puede dígamelo ahora mismo y acabemos con esto.

Vi cómo tragó saliva sin dejar de mirarme. Esperaba que por lo que llevaba conociéndome fuera consciente de que hablaba en serio.

—Bien. Si usted puede ser profesional, podremos trabajar juntos.

—Yo no he sido la que he actuado como un espécimen salvaje en extinción.

—¿Le parece muy profesional llamarle idiota a su jefe?

—Sí, si lo es.

Casi pude ver como se tragó una sonrisa. Aunque no lo reconociera le gustaba mi carácter, pese a que eso lo pusiera en jaque como ese día.

—Bien, señorita Shaine. —Sin que lo esperara, levantó su mano y escondió un pequeño mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Intentaré reprimir mi instinto asesino.

—¿Qué dices...? —Me callé cuando noté su pulgar acariciando mi mentón. Él inhaló profundo por la nariz y luego soltó el aire por la boca.

—Tenía razón, Elizabeth. Un cavernícola emergió de lo profundo de mi ser cuando reconocí que el perfume de ese hombre era el mismo que llevabas anoche y peor aún, cuando te tocó.

Lo miré, lo miré, lo miré. Su tono de voz había cambiado e incluso su mirada. ¿Era bipolar?

—¿Se te ha ido la olla o qué? Porque no te entiendo, hablas como si...

—¿Como si estuviera celoso? —Me interrumpió y yo me tragué las gruesas sensaciones en mi garganta—. ¿Y si así fuera qué? —preguntó y me helé.

¿Qué estaba pasando?

—No estás siendo profesional —siseé.

Las comisuras de sus labios se elevaron un poco, luego se inclinó lo suficiente para llevar sus labios a mi oído y estremecerme con sus palabras.

—Es tu culpa. —Le escuché inhalar profundo como si intentara embriagarse de mi perfume—. Ahora sal de aquí antes de que pierda la maldita apuesta y termine de rodillas ante ti.

Reí cuando se apartó y noté su erección aprisionada por su pantalón.

—Así que estás tentado a arrodillarte e implorarme por un poco de sexo —dije divertida. El volvió a sentarse en el borde del escritorio, lo que me había dejado un poco de espacio para darle vida a mis pulmones, aunque no por mucho tiempo.

—No. —Sonrió pervertido—. Estoy tentado a ponerme de rodillas y follarte con la lengua.

¡Maldito Clark Holland! ¿Cómo soltaba esa bomba y pretendía que no estallara en mil pedazos?

No respiré, no por segundos que se tornaron eternos. Mi garganta parecía estrecharse mientras él se la pasaba de lo lindo viendo cómo de seguro el color abandonaba mi cara y no por santurrona, sino por las ganas que tenía de que lo hiciera. Era su objetivo, lo sabía. Quería torturarme hasta que le rogara, pero no lo haría. No le daría ese gusto a ese engendro que solo jugaba con mis ganas.

—Creo que deberíamos volver, *jefe*. —Me lamí los labios para tentarlo.

Di media vuelta para regresar al salón de reuniones donde todos debían estar esperándonos expectantes, pero antes de atravesar la puerta sentí sus manos en mi cintura.

—Quiero que me digas jefe cuando me pidas que te folle —su voz ronca, su pecho contra mi espalda, su rostro hundido en mi cuello mientras escuchaba su respiración.

—¡Maldito seas! —gruñí apartándome.

Salí de aquella oficina con el pulso acelerado, con el coño húmedo, con una sofocante electricidad recorriendo mi piel y con ganas de matar a ese imbécil.

¿Por qué mierda mis enojos terminaban con ganas de follarlo? No lo sabía, pero pronto tendría mi respuesta, solo que no tenía idea de que esta sería más aterradora que la duda.

Capítulo 22

Beth

Al final de la reunión el idiota de Clark dijo que la idea no estaba mal, sino el rumbo que le estábamos dando. Nos explicó que sus productos eran para mujeres en general, no solo las trabajadoras, sino aquellas que su estatus social les permitía quedarse en casa. Algo que sin duda comprendí. Hubiese sido tan fácil si desde el principio nos lo hubiese explicado.

Sin duda, nuestro ángulo era un poco erróneo. Por querer empoderar a la mujer de trabajo estábamos dejando a las demás a un lado. Pero para eso era esa reunión inicial, para descubrir qué línea de acción seguir.

Mi equipo y yo nos dirigíamos a la salida, exhaustos, cuando alguien nos alcanzó.

—Señorita Shaine, ¿me permite hablar con usted a solas?

Le pedí a los chicos que me esperaran afuera, todos habíamos ido en el coche que yo conducía.

—¿Qué necesita señorita...?

—Emily, puedes decirme Emily.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarla?

—De hecho, yo quiero ayudarte a ti —afirmó y yo la miré confusa—. Verás, sé muy bien que el troglodita de mi amigo se comportó como un idiota...

—Como lo que es.

Sonrió ampliamente contagiándome a mí también.

—Sí, sí que lo es, pero quiero que tengas en cuenta dos cosas: Clark es muy, en serio, muy estricto en el ámbito laboral y segundo, le gustas más de lo que admitirá.

La miré por casi un minuto, como si en sus ojos encontraría la respuesta que buscaba, pero no fue así.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque sé que todo lo que están haciendo, es decir, lo de la boda, es por razones muy distintas al amor, pero algo me dice que ustedes dos son el uno para el otro.

—Anda, que eres cupido. —Ironicé—. Pues verás, guapa, estoy segura de que te equivocas. Clark Holland sería el último hombre del que me enamoraría.

—Ya veo —sonrió—. Pues el tiempo lo dirá todo, ¿no? —Me guiñó un ojo y se fue dando pasos firmes en medio de una risa burlona.

—¡Menuda loca! —pensé en voz alta.

****

Durante todo el camino mi equipo estaba demasiado interesado en saber qué había hablado con Clark en su oficina. Además del porqué de la tensión entre los dos. Esquivé el tema un montón de veces mientras los dejaba en sus casas. No volveríamos a laboral ese día. Les pedí que descansaran, ya que trabajaríamos duro las semanas siguientes.

Al último en dejar en la agencia para que buscara su auto fue a Rocco, quien durante los últimos tres minutos se había dedicado a mirarme sin decir nada. Algo extraño para ser él. Solía hablar más de lo normal.

El sol se escabullía cuando estacioné para que pudiera bajarse, pero...

—Es él, ¿cierto? —preguntó clavando la mirada al frente.

—¿Qué?

—Clark Holland. Te vas a casar con él, ¿cierto?

—Pero cómo...

—La tensión sexual entre ustedes es... apoteósica. —Sonrió con timidez, de nuevo, algo extraño en él—. Dios, él es un imbécil que te trató como la mierda y te vas a casar con él. Irónico, ¿no?

—Rocco, es más complejo de lo que parece.

—¡Lo sé! Te conozco y sé que debe de serlo para que te cases con alguien como él, así que no te presionaré para que me cuentes.

—Gracias por entender.

Esta vez sí me miró a los ojos.

—Pero también sé que no durará, estoy seguro. Y yo estaré aquí para ti como lo que tú quieras. Sé que soy un puto que se coge a cualquier mujer, pero si en algún momento ese idiota te hace daño, estaré aquí para defenderte. Si el día de la boda te levantas y te das cuenta de que estás cometiendo un error, llámame y vendré a ti corriendo. Y si una tarde recuerdas que mereces a alguien mucho mejor, solo dime y seré el hombre que tú necesites. Te quiero, mi leona, y no deseo que te sientas incómoda, solo quería que lo supieras, porque ese tipo, por rico que sea, no te merece.

De nuevo Rocco hacía que mi corazón se sintiera diminuto frente al suyo. Él tenía razón, Clark no me merecía, pero yo no lo merecía a él ni a todo ese amor que me profesaba.

—Rocco, yo...

—No digas nada, solo prométeme que si me necesitas llamarás. Asegúrame que no dejarás que nadie te lastime.

Lo miré y sentí la necesidad de ponerlo en una cajita de cristal de lo tierno que era, claro, solo en momentos así.

—Ya me conoces. No soy juguete de nadie.

—Algo más que me fascina de ti. —Volvió a sonreír y se quedó navegando en mis ojos. A mí también me fue imposible apartar la mirada, se sentía tan bonito que alguien se preocupara por mí sin pedir nada a cambio.

El silencio era palpable. Quería decirle tantas cosas que terminé por no decir nada. Solo esperaba que algún día llegara una mujer a su vida que le llenara el corazón, porque él no merecía quedarse esperándome en la meta cuando yo ni siquiera veía la posibilidad de recorrer esa pista. Iba a abrir la boca cuando él rompió el contacto visual.

—Ahora dejemos de actuar como dos culicagaos.

—¿Qué? —Fruncí el ceño y al ver mi expresión estalló de la risa.

Y ahí estaba de nuevo, el colombiano sonriente que irradiaba luz. Sonreí también aunque la verdad no había entendido nada.

—Ya me voy, ve a descansar, mañana empieza nuestra tortura —dijo antes de zamparme un beso cálido en la mejilla y luego bajarse de un brinco del coche.

Negué con la cabeza al verlo dirigirse a su coche dando saltitos como un niño pequeño. Lo envidié en ese instante. Quería saltar yo también y correr a su lado, pero no lo hice. Nunca lo hacía. No después de la muerte de mi hermano y es que a veces tenemos algo roto dentro y preferimos esconderlo detrás de sonrisas falsas.

Cuando mi hermano tenía cinco años me dijo que yo era el cielo y no lo entendí durante mucho tiempo, hasta que un día, bajo la lluvia, me explicó por qué empezó a llamarme Sky. Dijo que en los días soleados yo resplandecía como nada, pero que cuando las nubes se asomaban

podía ser una verdadera pesadilla. Reí entonces con sus ocurrencias, pero esa noche mientras veía a Rocco saltar como quien no tiene nada que perder o como quien nunca ha saboreado el dolor más profundo, no pude evitar sentir que mi hermano tenía razón, solo que desde que no estaba mi vida parecía llena de nubes grises y por más que las despejaba siempre regresaban a mí.

***

Agradecí que las calles no estuvieran tan saturadas como pensé. Llegué a casa en menos tiempo de lo planeado y con una caja de pizza mixta que había comprado antes de llegar.

Mi pequeño piso me recibió como siempre, cálido. No sabía por qué Clark se quejaba tanto si mi piso era perfecto. Bueno, la pintura estaba fatal, pero fuera de eso era mi hogar. Mi lugar seguro.

Puse el trasero en mi viejo sofá rojo descolorido. Encendí la tv y empecé a devorar las porciones. Tenía tanta hambre que creí que me la comería casi entera, pero apenas pude con tres pedazos. Se sentía bien estar sola en casa mientras veía el programa de música.

Durante un rato me quedé allí, sumergida en mis pensamientos. Clark Holland estaba en mi cabeza, de hecho, no se había apartado en todo el día. Su contacto en la mañana me dejó secuelas de electricidad en toda la piel, pero no le perdonaba la forma en que me trató en esa reunión. Era un desgraciado y tenía que pagarlo.

Cogí el ordenador que había dejado en la mesita del centro al llegar. Pretendía trabajar un poco para despejar la cabeza de la tentación hecha carne, o más bien cuerpo ardiente, que llegaría en algún momento a casa, pero deseché la idea cuando sentí que mi cuerpo de verdad necesitaba un descanso. Era como si no hubiese parado desde el día en que renuncié a mi trabajo, el mismo en el que descubrí el engaño de Ben. ¡Ben! ¿Qué pasaría cuando se enterara de mi boda? Posiblemente tendría la osadía de reclamarme y yo tendría que volver a mandarlo a la mierda.

Cogí mis cosas y me dirigí a mi habitación dejando el programa de música puesto, eso me relajaba. En el pasillo miré por unos segundos las fotos que había devuelto a su lugar, claro, a excepción de la de mi ex novio. Era extraño, algunos días esas fotografías me daban aliento y otras veces eran como un puñal sepultado en mi estómago. Ese día era una mezcla de ambos.

Abrí y rápidamente me deshice de lo que llevaba puesto. En verdad el traje me quedaba estupendo, pero yo solo quería un pijama. Como estaba sola salí desnuda hacia al baño, pero cuando sostuve el pomo lo sentí... ni siquiera tuve que voltear para saber que estaba allí, que sus ojos estaban puestos sobre mí disparando lava ardiente y provocando que mis músculos se tensaran.

Giré lentamente para encontrarme con sus ojos drogados por mi desnudez. Tragué saliva cuando noté la adoración en su mirada. Se deleitaba observando con devoción cada parte de mi cuerpo y yo... yo ni siquiera podía moverme porque mi cabeza me decía que entrara al cuarto de baño, pero mi piel me empujaba a correr hacia él y no sé por qué de nuevo sentí que si lo hacía era como lanzarme a un precipicio sin fin y no por la apuesta, sino por la forma en que me miró la noche anterior.

—¿Por qué...? —Su pecho subía y bajaba con rapidez—. ¿Por qué haces esto? —Su voz grave me sacudió mientras se acercaba en cámara lenta.

¡*Contrálate*! Me reproché a mí misma. Siempre tuve el control de mis emociones, ¿por qué con él me costaba tanto?

—¿Qué? —Soné serena, aunque las piernas casi me temblaban y mi corazón latía desbocado —. Solo voy a ducharme.

Giré el pomo obligándome a dejar de mirarlo, pero cuando quise atravesar la puerta escuché cómo su maletín caía al suelo y en menos que nada lo tenía encima empujándome contra la pared. Me hubiese quejado si me hubiese dado tiempo, pero no me lo dio. En segundos sentí sus manos por todo mi cuerpo y su boca sobre los mía. En ese momento hubiese podido jurar que le había salido manos extras porque lo notaba amasando mi culo, estrujando mis pechos sin delicadeza y rasgando mi piel con caricias bruscas.

—Me estás volviendo loco —dijo en mi boca dejándome respirar por un segundo, para luego volver a atacarme como si quisiera atragantarse con mis labios, con mi piel, con todo mi cuerpo.

Quería detenerlo, pero mi cuerpo actuaba por sí solo. Mis manos tiraron de su corbata mientras le metía la lengua hasta la garganta. Sus labios me quemaban. Sentía que ardía en el infierno y me gustaba. Se quitó el saco sin apartarse, me deshice de los botones de su camisa sintiendo que me faltaba el aire, pero no me importaba. Quería más de él, lo quería dentro de mí.

—Maldita seas, Elizabeth —gruñó, volviendo a embestir con furia contra mi boca.

Parecía enfadado, pero lejos de molestarme me prendía más. Me gustaba ese lado más salvaje. Yo no decía nada, nunca fui de reconocer mis emociones, bueno, no decía nada con la boca porque mis actos hablaban por mí. Esta vez fui yo quien lo empujó contra la otra pared del pasillo, lo vi darme una sonrisa ladeada cuando vio mi expresión perversa. Le ataqué de nuevo los labios mientras mis manos se deshacían de su cinturón. Mi lengua se deslizó por su barbilla hasta llegar a su cuello. Mi altura me ayudaba.

Lo escuché gruñir de placer cuando succioné su piel, con seguridad le dejaría una marca. Me aparté solo para poder tirar de su pantalón de tela y de su ropa interior blanca. Sonreí cuando vi la elevación de su falo, listo para poseerme. Una de sus manos pellizcaba mis pezones provocando que mi espalda se arqueara para ofrecerme más. La otra se posó sobre su potente erección.

—He cenado pizza —dije en un susurro y vi su rostro deformarse por la confusión—, pero aún tengo hambre. —Me mordí el labio inferior.

Y casi como si el tiempo se congelara, mi cuerpo fui deslizándose con lentitud sin apartar la mirada de sus ojos que se ensanchaban al ver mis intenciones. Me vi de rodillas ante él, apreciando la maravilla de la que podía presumir delante de mi cara. Su cuerpo se estremeció cuando me lamí los labios y abordé su masculinidad con mi mano derecha dando suaves caricias. Iba a torturarlo, se lo merecía. Di pequeños besos en su ingle sin dejar de mirarlo. Alcancé a ver como su nuez de adán subía y bajaba. Su respiración era incongruente, la mía también. Su pene latía en mi mano al igual que mi entrepierna. Estaba tan lubricada que Clark hubiese podido empalarme en una estocada.

—¡Hazlo! ¡Chúpamela! —ronroneó y reí con maldad.

Goteaba el líquido preseminal y mi lengua tembló en mi boca con las ganas de probarlo de nuevo. Seguía sin poder olvidar la noche que nos conocimos y la deliciosa mamada que le hice en su coche.

Por más que quise torturarlo dejando besos, lamidas y succiones en su ingle, no pude soportarlo más y él tampoco. Sentí cómo enredó sus dedos en mis gruesas hebras de cabello, para luego tirar sin piedad en medio de un bufido y la pesadez de su respiración llena de ansias.

Temblaba de las ganas y yo sentía cómo la pelvis se me contraía. Estaba caliente, muy caliente. Mi lengua dio el primer lametazo y literalmente lo sentí temblar.

—¡Joder! —siseó.

Fue todo lo que necesité para tener carta blanca. Mis labios se abrieron con hambre de él. Necesitaba probarlo y sin más preámbulo, lo abordé todo lo que pude sin dejar de mirarlo. Su pene era mi manjar, mi dulce, mi caramelo y se lo demostraba con la posesividad y avaricia con la que lo devorada.

—Mierda, mierda, mierda. Sí, así... —gruñó empujando contra mi boca haciéndome sentir arcadas, pero no me importaba. Lo estaba disfrutando.

Masajeé uno de mis pechos con una de mis manos haciendo un camino para llegar a mi centro. Cuando lo alcancé, dos de mis dedos se empaparon de inmediato. ¡Joder! Sí que estaba mojada como nunca. Empecé a hacer pequeñas caricias sobre mis nervios del placer. Empujaba, presionaba y hacía movimientos circulares que me pusieron aún más caliente de lo que estaba. Mi boca seguía prestándole atención a su pene.

»Raspé con mis dientes su piel suave haciéndolo tirar de mi cabello con más fuerza. Clark empezaba a descontrolarse. Me pareció verlo sudar frío cuando aumenté los movimientos de mis dedos en mi clítoris al mismo tiempo que aumentaba la intensidad de mis succiones. Quiso apartarse, pero no se lo permití. Tenía mucha fuerza, pero estaba en mi boca.

—¡Elizabeth! —dijo mi nombre como una súplica y de inmediato lo recordé, yo tenía todo el control.

Bajo reclamo de mi propio cuerpo abandoné mi centro y clavé los dedos de ambas manos en su trasero, algo que lo enloqueció. Mis labios se movían sobre su falo con ganas, como si no hubiera nada más delicioso que ahogarme con la rudeza de sus movimientos en mi garganta. Lo escuchaba gruñir como un salvaje y me encantaba. Sus pupilas estaban dilatabas, sus ojos azul grisáceo estaban oscurecidos de placer. Me miraba como si él fuera mi dios y yo una bruja que lo estaba envolviendo.

Estaba tan duro que sabía que en cualquier momento iba a explotar y me gustaba. Me fascinaba ver sus ansias, su necesidad de la calidez de mis labios. Me gustaba ver que, aunque quisiera, ya no podía parar porque no controlaba sus emociones ni su cuerpo. Los controlaba yo.

La brusquedad de sus embestidas me quitaba el aliento, pero su sabor era inigualable. Todo él lo era, aunque no se lo diría. Se veía como un todopoderoso desde abajo y por alguna extraña razón me sentí más que extasiada de rendirme ante él, pero vamos, que soy yo, Elizabeth Shaine y yo nunca desaprovecho las oportunidades que me da la vida.

Lo robusto y firme de su falo rosaba con violencia mis labios en cada movimiento. Me estaba follando la boca como si fuera mi vagina. Le clavé las uña en la piel cuando embistió con más fuerza, cuando tiró de mi cabello y sus ojos se oscurecieron por completo. Iba a correrse en mi boca, estaba a nada de hacerlo, pero... clavé mis uñas con más fuerza y me aparté de repente.

—¡No! —amenazó al ver mis intenciones mientras seguía con mi cabello en su puño—. ¡Maldición, no te atrevas! —gruñó intentado llevar de nuevo mi boca a su protuberante erección, pero no se lo permití.

—Ahora estamos a mano —aseguré sonriente y me soltó mirándome lleno de furia. Me puse de pie levantando el rostro, firme, fuerte y decidida.

¡Y una mierda! Estabas muriéndote porque te follara.

Nadie te preguntó.

Soy tu conciencia, no dejaré que hables mentira.

¡Cállate!

¿Por qué siempre me mandas a callar?

Porque eres peor que un grano en el culo.

¡Vaya! Eso ha sido gráfico. Debe doler horrores.

Pues ya te imaginarás cómo me siento cuando no me dejas en paz.

Vale, gruñona.

Quise entrar al baño, pero sentí sus manos sobre mis brazos ejerciendo presión.

—Te juro que te vas a arrepentir de lo que acabas de hacer —susurró en mi oído y se suponía que debía reírmele en la cara, pero no pude, porque por el tono de su voz no parecía una advertencia sino un hecho.

—¿Qué? ¿Vas a jugar conmigo también? Porque yo no caería ante ti. —No respondió.

Me soltó y dos segundos después pude sentir sus pasos dirigirse a su habitación mientras yo entraba a ducharme. Cuando cerré la puerta del baño me topé de frente con mi reflejo. Mis labios estaban rojos, su sabor seguía salpicando en mi lengua provocándome más ganas. Mis pezones parecían dos pistolas cargadas a punto de dispararme por dejarlas sin sus caricias. Mi pulso se mantenía acelerado. Mi cabello era un caos y en general todo mi cuerpo era un reclamo andante del por qué no me lo follé. Y en ese momento, justo en ese momento, mirándome al espejo desnuda, me pregunté qué mierda estaba haciendo y por qué.

Por primera vez en mi vida no le daba a mi cuerpo lo que deseaba, que era tenerlo encima. ¡Maldito Clark Holland! Se estaba convirtiendo en mi distractor, en mi ansiedad, en mi pesadilla y lo peor de todo era que no me daba cuenta, no esa noche. Era como si caminara en una tormenta silenciosa con los ojos cerrados dando pasos a la deriva, apostando a sobrevivir a ella, porque eso era él, una apuesta ganada que se rompe y terminas perdiéndote en las sombras.

Capítulo 23

Beth

Los rayos del sol me golpearon devolviéndome a la realidad de un nuevo día. ¿Por qué sentía tanto sueño y cansancio? Ah, claro, porque casi no pude dormir luchando con mi cuerpo, ya que este solo quería correr y cogérmelo como gata en celo.

Me levanté a regañadientes. Me dirigí al baño y agradecí que él no estuviese allí. Me miré al espejo. Mi cabello era una maraña incontrolable, iba con un pijama rojo de tirantes que me llegaba a los muslos y debajo de mis ojos estaba la prueba de una noche de insomnio. Aunque vamos, yo nunca podía verme mal ni recién levantada. Me lavé los dientes y me refresqué el rostro antes de salir para ir a preparar un litro de café, lo iba a necesitar.

Para mi sorpresa, un apuesto y apetecible Clark estaba del otro lado del sofá en el piso, sentado con las piernas cruzadas al estilo hindú y con los brazos levantados a cada lado. Con la cabeza en alto y con los párpados cubriendo esas dos estrellas brillantes que llevaba por ojos. Su rostro era relajado. Me quedé embobada como idiota mirándolo. Era tan guapo y varonil. Incluso a metros podía sentir su aroma embriagador.

Me mantuve demasiado tiempo mirando sus labios, era como si estos me tentaran a devorarlos. Llevaba solo un pantalón de lana blanco y toda la parte superior de su cuerpo descubierta. Dios, era demasiado sexy. Sus hombros anchos, sus perfectos pectorales, sus abdominales definidos e incluso ese tatuaje de pajarraco que llevaba en el costado le hacían lucir como el manjar más delicioso.

Me mordí el labio inferior recostándome en el final de la pared y apretando con fuerza el borde de mi pijama. La pelvis se me contrajo y el traicionero de mi cuerpo solo quería arrojarse a él como un vehículo sin freno que va en una colina. Apenas podía controlarlo.

—¿Qué tanto miras, pequeña bruja? —Di un respingo al escucharlo. Ni siquiera abrió los ojos, ¿cómo mierda notó mi presencia?—. ¿Sí sabes que puedo sentir tus ojos quemándome? Pareces un depredador a punto de atacar.

¡Maldito!

Pensé en dar pasos sigilosos y volver a ducharme, pero era actuar como chiquilla asustada y yo nunca lo fui.

—¿Estás haciendo yoga?

—No, qué va. Solo estoy imitando a buda —ironizó.

—¿Siempre has hecho yoga? —Me crucé de brazos en mi lugar.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué lo hace ahora, señor Holland?

Abrió los ojos y me miró como fiera, lleno de odio.

—Porque me pareció mejor idea que seguir mi instinto.

—¿Tu instinto?

—Sí, entrar a tu habitación, posar mis manos en tu bonito cuello y estrangularte por haberme dejado así anoche.

Casi me revuelco de la risa cuando lo dijo, pero parecía tan enfadado que mejor no dije nada y me fui a la cocina. Necesitaba mucho café antes de empezar un día exhausto de trabajo. El olor impregnó todo el piso rápidamente.

Apagué la estufa e iba a por una taza cuando apareció ante mí chocándome a propósito. Tenía el rostro endurecido y eso me hizo gracia. Sonreí con aires de superioridad, pero todo atisbo de sonrisa se me borró cuando me tomó con fuerza de la cintura y me giró dejando mi cuerpo

levemente inclinado sobre la encimera de espalda a él. Abrió con brusquedad mis piernas con una de las suyas, y yo sentí un fuego creciendo en mi vientre bajo.

«Respira» me repetía en la cabeza.

Frotó contra mi culo la dureza escondida en su pantalón, mientras una de sus manos me sostenía de la cintura para mantenerme quieta y la otra se tensaba con los dedos abiertos sobre mi cuello de forma posesiva. Al instante sentí la tibieza húmeda entre mis piernas.

—¿Ves cómo me pones? —rugió en mi oído como león enjaulado a punto de hacer trizas a su presa.

Pero claro que no lo haría hasta que yo se lo suplicara. Esa era su venganza como lo había prometido la noche antes. Y allí estaba yo, con un «fóllame» en la boca a punto de escupirlo, pero no podía o él se saldría con la suya.

Las rodillas me temblaban al sentirlo frotándose contra mí y al ser consciente de su respiración agitada en mi oído. Intenté masticar y tragarme las ganas, pero fue en vano, se quedó atorada en mi garganta dejando que todo mi cuerpo siguiera ardiendo. ¡Jodida vida! Quería que me hiciera suya, pero no porque yo se lo pidiera.

La mano que tenía en mi cadera descendió hasta el borde de mi pijama y sin pensárselo, empezó a recorrer la cara interna de mis muslos. Gemí, sí que lo hice.

—¿Quieres que te folle? —Su voz volvió a estremecerme al tiempo en que su mano seguía ascendiendo en cámara lenta. ¡Menudo método de tortura!

Aprisioné mi labio inferior entre mis dientes y cerré los ojos dejándome llevar por la sensación que me provocaba su contacto. Su pecho agitado en mi espalda hacía que cada músculo de mi cuerpo vibrara. El sonido del aire que salía y entraba a sus pulmones de forma irregular me quitaba el aliento. La sensación de sus dedos tan cerca de mi coño estaba haciendo trizas mi cordura. A segundos, estaba a segundos de ceder. De sucumbir ante el deseo de sentirlo dentro, pero entonces sucedió... sus manos me abandonaron con brusquedad.

Me giré para encontrarlo apoyado en la nevera con una sonrisa de victoria que me dieron ganas de romperle la cabeza con una salten.

—¿No que no caerías con mis encantos? —Enarcó una ceja, divertido y yo lo asesiné mil veces con la mirada antes de irme a dar una ducha de agua fría. ¡Maldito engendro del demonio!

Llevaba más de cinco minutos en la ducha. Debía salir de ahí para llegar una hora antes a la oficina y adelantar trabajo, pero no quería porque mi cuerpo seguía hirviendo. El agua fría se deslizaba por cada rincón de mi piel y lejos de sentirme mejor, parecía que el fuego que llevaba dentro provocaba que el agua se calentara.

Necesitaba resolverlo o pasaría un día de mierda y nada en el trabajo iba a fluir. Llevé mi mano algo temblorosa a mi centro de placer, pero me congelé. Lo sabía, jodida mierda, lo sabía. No iba a ser suficiente. Necesitaba ese bastardo, necesitaba que fuera él quién me hiciera correr. Necesitaba sentir su piel contra la mía.

—¡Al diablo la apuesta! —dije en voz alta y cerré la ducha dos segundos antes de salir de allí en toalla.

Abrí la puerta del baño y salí al pasillo con el propósito de dirigirme a su habitación, pero entonces lo vi adelantar con rapidez hacia mí. Ni siquiera tuve tiempo de dar un paso más, cuando me había levantado como si no pesaba nada. Mis piernas se enrocaron en su cintura y su ávida lengua se abrió paso entre mis dientes para saquear mi boca con violencia. Una de mis

manos se escabulló con urgencia en su cabello y la otra se hundía con furia en la piel de su espalda.

Ni siquiera noté cuando llegamos al sofá, no hasta que la parte superior de mi cuerpo golpeó el reposabrazos cuando me arrojó. Dolió por la brusquedad, pero el dolor no fue tan grande como las ganas de verlo arrasar conmigo.

En un acto salvaje me arrancó la toalla provocando que las fibras gruesas de esta me quemaran. No me importó. Abrí las piernas aunque él aun llevaba pantalón. Su imponente cuerpo se alzó sobre mí y sin perder tiempo volvió a atacar mis labios con fuerza y yo volví a aferrarme a su cuello. Me besaba con devoción, con rabia, con ganas. Sentía su erección a través de la tela fina presionando mi coño. Mi columna se arqueó en busca de más. Los dedos de su mano derecha se hundieron en una de mis nalgas al punto de quemar. Con la otra se apoyaba para no aplastarme

—Me estás matando —susurró en mi boca con el corazón desbocado. Podía escucharlo latir con demasiada fuerza. El mío no se quedaba atrás. Mi pecho subía y bajaba con descontrol. Le mordí el labio superior y luego succioné el inferior. Sentí su mano abandonar mi culo y posarse con lujuria en una de mis montañas.

—¡Hazlo! —jadeé.

Una pequeña sonrisa pervertida se asomó en su rostro cuando se apartó para verme.

—Tengo hambre. —Se quitó de encima de repente y lo señalé furiosa.

—Juro que te asesinaré si me dejas así.

—Lo sé —dijo sonriendo, pero cuando iba a replicar se puso de rodillas y tiró de mis piernas dejándolas sobre sus hombros—. Voy a alimentarme de ti.

Y sin más todo mi cuerpo se volvió un volcán a punto de hacer erupción cuando sentí su tibia lengua revolotear en mi interior.

—¡JO-DER! —Mis uñas se arrastraron con desesperación por el viejo cuero del sofá.

Sus manos se encontraban aferradas a mis caderas mientras me devoraba el coño con las mismas ganas que siempre me devoraba la boca.

—¡Estás deliciosa! —dijo en medio de un bufido de placer mirándome a los ojos. Lo estaba disfrutando tanto como yo.

Mi mano derecha corrió a su cabeza hasta entrelazar mis dedos con su cabello y tirar de él, y con la otra me acariciaba uno de mis senos. Al notar lo que hacía sus labios empezaron a succionar y mordisquear mi zona del placer haciéndome gritar como loca. Sí, literalmente grité.

Mi cuerpo empezó a convulsionar sin que pudiera evitarlo, pero él seguía aferrado con sus manos a mi cintura para tenerme quieta y con su boca a mi coño como si de verdad estuviera alimentándose de mí.

—Dámela, nena, dámela... —gruñó envuelto en lujuria volviendo a atacar, esta vez sin detenerse.

Parecía una serpiente con mis espasmos. Mi corazón latía a una velocidad extrema. Mis piernas rodearon su cabeza haciendo más intenso el éxtasis que eran sus labios.

—¡Mierda...! —gimoteé cuando sentí la vehemencia de sus succiones que no me daban tregua y que me estaban arrastrando al borde de la locura—. ¡Joder! Sí, así... Sí, por Dios... —Llevé mis manos atrás de mi cabeza clavando mis uñas en el reposabrazos, curvando la espalda para impulsarme y mover mis caderas empujando a su boca—. Ahhhhhhh —resoplé como una yegua

cuando mis ganas detonaron por complejo, cuando logré ver constelaciones que ni siquiera sabía que existían.

—Sabes tan bien. —Le escuché decir para luego seguir recolectando mi orgasmo con su lengua sin dejar de mirarme.

Yo tampoco podía dejar de mirarlo. Ver como se saboreaba de una forma tan exquisita era delirante. No era la primera vez que me corría en la boca de alguien, pero jamás nadie me había disfrutado así. Los ojos de Clark brillaban de placer y lujuria mientras lamía con ganas hasta llevarse todo de mí.

Mi frecuencia cardiaca seguía siendo un caos y yo aún no había podido decir media palabra cuando se puso de pie y bajó su pantalón junto a su bóxer gris, mostrándome lo listo que estaba para volver a follarme, esta vez con su erecta polla. Su escultural cuerpo volvió a alzarse sobre mí hasta regresar a mis labios.

—Te voy a follar tan duro y salvaje que te vas a arrepentir por hacerme esperar tanto —musitó en mi boca y un instante después barrió mis labios con perversidad.

Reí recuperándome un poco de lo que acababa de pasar.

—Si lo haces no creo que me arrepienta de nada.

Esta vez fue él quien sonrió y, joder, que lindo sonreía.

—Eso ya lo veremos. —Me besó una vez más con tanta intensidad que me dolieron los labios.

Descendió entre besos, caricias y mordiscos hasta mis pechos. Los cogió a ambos en sus manos y empezó a intercalarlos chupando de forma avasallante. Prendiéndose de mis pezones y sometiéndolos a su hambrienta y salvaje boca que no parecía llenarse con nada. Y me gustaba o más bien me volvía loca de placer. La electricidad emanaba de nuestros cuerpos y mis dedos de los pies se contraían a causa de la calidez de su lengua.

Mi hinchado clítoris imploraba por más atención al sentir su pene frotándose en mi entrada. ¡Tortura le llaman! ¿No?

Lo vi dejar mis pechos y creí que me cogería así mismo, pero él quería, de alguna forma, castigarme por haber jugado con él, solo que para mí no era tortura sino todo lo contrario.

Se incorporó y en un solo movimiento me giró por la cintura y me dejó en cuatro.

—¿Te gusta la vista? —pregunté divertida cuando lo escuché decir algo de mi bonito y ardiente culo.

—No sabes cuánto. —Di un respingo cuando dos nalgadas siguieron sus palabras.

No me quejé porque, aunque ciertamente picaron un poco, me gustó ese lado salvaje del empresario del año. ¡Mierda! ¿Desde cuándo me gustaban esas cosas en el sexo?

Sin decir más y en una sola estocada lo tenía dentro.

—Santo... cielo —siseé con la voz entrecortada.

El aire huyó de mis pulmones cuando sentí su caliente dureza dentro de mí. Se inclinó sobre mi espalda, empezó a magrearme uno de mis pechos y luego...

—Se ha portado mal, señorita Shaine, es hora de ser castigada.

—Sí, *jefe*...

Al parecer toqué el botón de encendido porque sin darme tiempo de decir nada más atacó... Primera estocada y sentí que me llegaba al estómago, la segunda me dejó sin aliento, la tercera despejó todo atisbo de dolor, la cuarta me devolvió a la vida luego de casi morir y después de la quinta perdí la cuenta de todas las veces que me embistió con rudeza. Jadeos, gruñidos y

maldiciones se elevaron en el aire.

Era un experto. La manera en que se movía era deliciosa. El sonido de nuestros cuerpos colisionando y la forma en que nuestras ganas y nuestro placer se fundían eran de otro mundo. ¿Dónde carajos había estado Holland? Todo hubiese sido tan perfecto si no hubiese tenido que casarme con él. Estaba segura de que la hubiésemos pasado de maravilla sin ningún matrimonio que lo complicara todo.

—Dios, Elizabeth, te sientes tan bien.

Unas embestidas brutales, ligadas a unos dedos moviéndose con violencia sobre mi puño de nervios en mi entrepierna, me hacían doblegarme. Iba a romperme en dos, lo sentía. Las rodillas me temblaban al tiempo en que le escuchaba decirme cosas como que no iba a poder sentarme y que solo era el principio.

—Clark —gimoteé con la boca entreabierta, los ojos en blanco y las manos clavadas en el mueble mientras mis caderas se balanceaban en busca de más. Joder, parecía una ninfómana.

Escuché el sonido chillante del sofá deslizándose centímetros con los movimientos bruscos y rápidos.

—Voy a demostrarte quién es el jefe. —Mordió mi hombro y luego se incorporó alzándome aún más el culo. Dejándome más expuesta. Mi mejilla terminó reposaba en el cuero del sofá.

Era una bestia que casi me levantaba en cada embestida. Chillé como nunca en mi vida cuando una electricidad arrolladora recorrió cada puta vertebra de mi cuerpo. Su miembro se deslizaba sin piedad una y otra vez dentro de mí. Luego empezó a realizar movimientos oscilatorios, joder, un puto amo, iba a hacerme correr.

Lo tenía dentro mientras mi carne se contraía y lo succionaba haciéndolo maldecir y gruñir como un demente. No sabía que me gustaba tanto sentir a un hombre enloquecido por mí hasta ese día. La verdad es que todos caían ante mi encanto, pero con Clark... él era un espécimen extraño y me ponía los pelos de punta saberlo tan excitado.

Mi culo en pompa siendo manejado a su antojo provocándonos placer, embestidas fulminantes, su mano hundida en mi cadera posesivamente, mis jadeos, sus rugidos, el olor a sexo en el aire, el placentero sonido de nuestros cuerpos batiéndose por alcanzar la cima del éxtasis y el arrollador orgasmo que nos barrió haciendo flaquear mis rodillas y derribándonos como un letal y violento sismo.

—¡Mierda! —siseó en mi oído.

—¡Dios! —jadeé.

Podía sentir en mi espalda su sudor y los caóticos latidos de su corazón. El mío a penas se mantenía en mi pecho. Por un instante sentí que se me saldría por la boca. Nuestras respiraciones eran un desastre, mi cuerpo seguía con espasmos y el suyo todavía temblaba. Seguía dentro de mí y extrañamente se sentía fantástico, pero debía apartarlo o me quitaría el poco aire que me mantenía con vida.

—Quita tus casi noventa kilos de músculos de encima de mí. —Sí, muy sutil yo, como siempre.

Le escuché reír para luego apartarse. Yo apenas tenía fuerzas para incorporarme y por loco que parezca, cuando lo vi allí, sentado a mi lado, con esa sonrisa genuina, con sus labios hinchados y rojos, y con una erección que no había desaparecido del todo, solo quería montarlo y juro que iba a hacerlo cuando sonó la puerta.

—No abras, no hemos terminado —dijo sonriente.

—¿Desde cuándo es tan pervertido, señor Holland? —inquirí coqueta sin siquiera proponérmelo.

—Siempre lo he sido, pequeña medusa.

—¿Medusa? —pregunté, pero la puerta volvió a sonar con insistencia—. No van a irse.

—Límpiate con esto —me ofreció la toalla que yo usaba un rato atrás— y ponte esto. —Estiró la mano con una camiseta suya que ni siquiera había visto. Le obedecí.

Mientras me vestía solo con su prenda no pude evitar notar su delicioso olor y ni siquiera parecía llevar perfume. Temblé inconscientemente, pero por suerte no lo notó porque estaba ocupado ocupándose de su desastre.

La puerta volvió a sonar exasperándome aún más.

—Puedes abrir —afirmó Clark con su pantalón blanco de algodón ya puesto.

Asentí acomodando la maraña que llevaba por cabello y luego me dirigí a la puerta. Apenas giré el pomo cuando vi una mujer de unos treinta y cinco, de cabello negro a los hombros, brazos cruzados y unos ojos afilados a punto de atravesarme el pecho. La mujer del piso de abajo.

—Buenos días, señora... eh...

—Casandra, me llamo Casandra. —Seguía mirándome moviendo el pie de arriba abajo, impaciente.

Claro que sabía su nombre, pero me gustaba hacerla enfadar por víbora y ponzoñosa. Llegó a decirle a Ben en varias ocasiones que yo era una puta porque antes de él traía hombres a mi casa. Como si fuera mi culpa que ella no follara por mojigata.

—Sí, señora Casandra. ¿Puedo ayudarla en algo?

Esa mujer debía tener una vida horrible. Era joven aún, pero en los cinco años que llevaba viviendo allí siempre tenía el ceño fruncido y las pocas veces que fue a mi piso era para quejarse.

—Sí, sí que puede. Sus gritos se escuchan en mi piso. ¿No cree que es muy temprano para estar actuando como zorra?

Reí con cinismo. Estaba tan de buen humor que lejos de molestarme su cometario me divertía.

—No, no es muy temprano y siento decirle, bueno, en realidad no lo siento, pero apenas estamos empezando. —Su mandíbula se tensó aún más—. Es más, tal vez debería unirse para que se le quite la cara de amargada. —Su boca se abrió por inercia y su rostro se puso de mil colores.

—¿Qué pasa, cariño? —Clark apareció por la espalda rodeándome la cintura. Era obvio que había escuchado todo y quería seguirme el juego.

—Pues aquí invitando a Casandra a unírsenos. A que estás de acuerdo.

—Por supuesto.

Requerí de todas mis fuerzas para no estallar de la risa cuando la mujer palideció. Llegué a pensar que se desmallaría. Sus ojos se habían apartado de mí, solo estaban puestos en Clark quien, a pesar de no poder verle la cara por mi posición, estaba segura de que sonreía coqueto. No la culpaba, cualquier mujer se le caerían las bragas por una de sus sonrisas.

—Yo... eh, solo quería... yo... — balbuceó.

—No sea tímida, verá que la pasará muy bien. —La animé como si nada y no pudo aguantar más. Literalmente salió corriendo asustada.

Clark me soltó, cerré la puerta y luego me giré hacia él quien le brillaban los ojos con maldad. Nos miramos unos segundos y luego, sin más... sucedió. La unión de nuestras potentes risas inundó esas cuatro paredes, era como si alguien nos hiciese cosquillas. No podíamos parar de reír por la expresión perpleja de esa mujer. Esa fue la primera vez que reí con él de verdad. Sin estar

precavida, sin disfrazar mi sonrisa con ironía. Fue la primera vez que me tembló el pecho al escuchar el sonido de sus carcajadas danzar en el aire. Fue la primera vez que sentí que Clark Holland podía llegarme hondo y no hablo de la longitud de su pene que podía atravesarme, sino de la calidez y naturalidad de aquel momento que era capaz de romper una de mis tantas capas que me cubrían el corazón.

Capítulo 24

Beth

Desayunamos café con tostadas sin decir mucho. Después de la complicidad con la que le estropeamos la mañana a Casandra y de nuestras sonrisas que se fundieron sin pedirnos permiso, se formó un silencio extraño que terminó con nosotros metidos en la cocina preparando el desayuno sin mirarnos a los ojos.

—Mierda, son las ocho treinta, debía estar trabajando hace casi una hora.

Con el móvil en la mano mandé un mensaje a Rocco para que se hiciera cargo en lo que llegaba. Me puse de pie para irme a duchar, pero fui detenida por la suavidad de unos dedos rodeando mi antebrazo.

—¡Espera! —Me detuvo. Lo miré a los ojos—. No te vayas. —Tiró de mí dejándome pegada a su cuerpo y sacudiéndome por dentro.

—Tengo que trabajar, Clark. —Intenté zafarme, pero no me dejó.

—Yo soy tu jefe y te ordeno que te quedes —musitó acercándose a mis labios.

—¡Clark! —Amenacé.

—Vaaale. —Se apartó un poco y rodó los ojos—. Ya lo sé, no te van las imposiciones. ¿No?

—No. —Lo empujé un poco hasta apartarlo.

Lo vi cruzarse de brazos y suspirar.

—De acuerdo, pero... ya vas a llegar tarde de todos modos. ¿No puedes quedarte media hora más? Podemos seguir pasándola bien.

Entorné los ojos en su dirección. ¡Qué maldito! Sabía provocarme, pero iba a usar sus palabras en su contra.

—Bien. —Solté y lo vi sonreír—. Pero solo si me contestas algo.

—¿Qué?

—¿Alguna vez te has enamorado?

La verdad no tengo idea de por qué pregunté eso, pero me arrepentí en cuanto su rostro se transformó. Sus facciones se endurecieron y creí que no iba a contestar, pero...

—Sí. —Tragó saliva.

Me mordí el labio inferior sin saber qué decir y no por su respuesta, sino por el dolor tan profundo en el que salió envuelto esa palabra tan diminuta. Yo nunca me enamoré como tal y no creo que ni siquiera porque me lo hubiese contado hubiese podido ponerme en su lugar, pero debía intentarlo. ¿No?

—¿Quieres contarme?

Me miró por unos segundos. Luego me dio la espalda y se sentó junto a la encimera de nuevo. Miró la taza de café vacía frente a él como si de allí fuese a sacar la respuesta que yo esperaba.

—No hay mucho que contar. —Alzó la mirada en mi dirección—. Me enamoré de una chica dulce que terminó sabiendo a hiel. Creí que sería la mujer de mi vida y estaba pensando en pedirle matrimonio, pero ¿qué crees? —Sonrió con amargura—. Apareció frente a mí con otro hombre anunciándome que estaba comprometida y embaraza de él.

—¡Espera! ¿Qué? —Me senté en el buró a su lado—. ¿Se embarazó y se comprometió con otro sin haber terminado contigo?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Supongo que no fui suficiente para ella.

—¿Por qué dices eso?

Sí, Clark era un petulante de lo peor, pero no creí que mereciera algo así. De hecho, no creo que nadie lo merezca.

—Por nada. —Se giró en mi dirección y posó una mano en mi rodilla desnuda—. Aunque al menos he comprobado que me hizo un favor.

Sus ojos y los míos se encontraron a medio camino. Por alguna razón empezaba a sentirme extraña cuando me mirada de esa forma tan indescifrable y sus dedos acariciando mi muslo no ayudaba a calmar las sensaciones.

—¡Lo siento! —exclamó con un tono de voz tan suave que apenas le entendí.

—¿Por qué?

Noté cómo tragó saliva sin apartar la mirada de la mía. De repente su pecho subió rápido con una fuerte inhalación para luego soltar el aire con la misma intensidad. Sus ojos se apartaron y un segundo después lo vi negar.

—Por... —Hizo una pausa y volvió a negar—. Por hacerte escuchar estas tonterías.

Achiné los ojos. Me dio la impresión de que ese «lo siento» no era por eso, sin embargo preferí no profundizar. Ya lo conocía lo suficiente para saber que no tendría más respuesta que esa.

—No son tonterías, pero no pasa nada.

Sonrió y un instante después tiró de mi buró dejando mis piernas entre las suyas.

—Entonces... —Llevó ambas manos a mis muslos—. ¿Podemos hacer algo más interesante que hablar de mi patético pasado?

—Sí. —Sonreí—. Ducharme. Tengo que irme a trabajar.

—No. —Me detuvo cuando me puse de pie—. Quédate... ¡Por favor! —musitó acercándose demasiado.

Perdí el control de mi cuerpo cuando escondió su rostro en mi cuello e inhaló con ansias mi olor. Cuando su aliento rasgó mi piel con delicadeza y furia a la vez. Lo perdí por completo cuando jadeó en mi oreja y luego mordisqueó el lóbulo de la misma mandando electricidad a cada rincón de mi anatomía. Mi aliento se volvió pesado con su contacto y las rodillas empezaron a flaquearme. ¿Qué mierda me pasaba? ¿Por qué actuaba como una adolescente hormonal cuando nadie nunca tuvo el poder de descontrolarme de tal forma? No pasaba por mi cabeza una sola jodida idea, pero así me sentía, como si fuera una estúpida cría que no controlaba sus piernas.

—Necesito más de tu piel —susurró y como si sus palabras hubiesen presionado un botón, mis brazos reaccionaron rodeando su cuello y sin que tuviera que pedírselo, ya me tenía con las piernas envuelva en su cintura, con su lengua enrollada con la mía y con una de sus manos recorriendo mi columna vertebral.

Si me lo preguntas, no me di cuenta cuando llegamos al sofá de nuevo. Lo supe solo cuando se dejó caer conmigo encima y el tonto sofá tronó como si se hubiese quebrado, pero no me importaba, lo único que quería era montarlo, sentirlo latir dentro de mí y volver a disfrutar de sus embestidas bestiales que me llevaban al infierno y al cielo al mismo tiempo.

Su camiseta, que yo llevaba puesta, salió volando cuando me la quitó con agilidad quedándose perdido en mi desnudez por unos segundos. Sus pupilas estaban dilatadas y la forma en la que me miraba me hacía sentir extraña, pero placentera. Los hombres siempre me miraban con deseo, pero Clark me miraba con mucho más que eso. Con adoración, con ganas de anidarse en mi piel y no desprenderse jamás, con anhelo de besarme hasta deshacerme los labios, con lujuria e incluso con perversidad. Sus ojos eran un enjambre de emociones que centelleaban sin poder

apartar la mirada.

—Dios, Elizabeth, eres tan hermosa. —Le escuché decir haciendo que mi cuerpo temblara y no sé por qué si siempre me lo decían, pero mi nombre en sus labios era como un verso erótico que me extasiaba.

—Lo sé. —Volví a sus labios.

Mi lengua se abrió paso con agresividad mientras que la suya me respondió de la misma forma. Sus dedos se hundieron en mi cabello haciendo presión y la otra mano apretaba de una de mis nalgas con posesión y deseo. Jadeó mi nombre entre besos cuando mi cintura empezó a balancearse sobre su dureza aún cubierta por la tela de su pantalón. Palmeó mi culo con descaro haciéndome gemir sobre su boca. Mis uñas se enterraron en su piel cuando soltó mi cabello y con sus dos manos empezó a magrear mis nalgas.

Succioné su labio inferior y seguido de ello barrió los míos de forma lasciva provocando que mi sistema nervioso se descontrolara. No pude más. Con ansias deslicé mi mano por su torso desnudo hasta llegar a la liga de su pantalón. Gruñó cuando notó mi intensión. Me aparté solo un poco para poder lograr mi cometido. Hurgué en su pantalón hasta liberar su hombría erecta. Saboreé mis labios cuando vi su punta humedecida y aunque lo deseaba en mi boca, lo necesita aún más dentro de mí o mi corazón se iba a detener. ¡Mierda! Sí, estaba loca.

Con su miembro busqué mi entrada y de una estocada lo tenía dentro escuchando como nuestros jadeos se fusionaban en el aire.

—Eres una diosa —soltó cuando mis caderas empezaron a hacer movimientos oscilatorios sobre su falo.

—Lo sé —jadeé echando la cabeza atrás.

—Y humilde además —ironizó, sonreí.

Pero de pronto lo sentí atacando mis pechos con devoción. Lamiendo y succionando, lamiendo, succionando y rasgando mis pezones con sus dientes.

—¡Maldito! —siseé de gozo. Sentí la calidez de su aliento cuando rio victorioso.

Lo dejé deleitarse en mis montañas todo lo que pude. Con cada lamida y movimiento de mi cuerpo sobre el suyo explotaba una estrella vibrante en mi abdomen bajo mandando placer a todo mi ser.

Cuando mis sentidos me pidieron más lo empujé posando mis manos con fuerza en su tórax para empujarme hacia arriba y abajo. Vibró haciendo un sonido que no pude descifrar, pero que estaba segura era de deleite.

Junté mi frente con la suya intentando coger aire cuando sentí que se movió embistiéndome con brusquedad e invadiendo por completo cada espacio de mí. Alcé la cabeza para seguir mis movimientos ligados a los suyos. Mi carne se cernía sobre su falo bajando y subiendo. Mi pecho saltaba en su rostro por lo que de vez en cuando volvía a atraparlos con sus labios ardientes.

Se aferró a mi culo apretándolo para hacer más profunda, más intensa cada estocada. El sudor adornaba su frente y mi espalda. Me mordí el labio con fuerza por una necesidad que nunca había sentido.

—¡Más! —gimoteé acelerando todo lo que pude mis movimientos.

Lo escuché maldecir con la boca entreabierta. Tragó saliva sonoramente cuando tiré de su cabello y jadeé en su oído sintiendo sensaciones indescriptibles en todo mi cuerpo.

—Voy a correrme —advertí, no podía soportarlo más.

—Joder, lo sé. Voy a correrme contigo, Elizabeth, lo haré nena. —Me mordió el hombro profundizando más sus embestidas, si eso se podía, acelerando nuestros cuerpos. Hundiéndose en mí más y más y más... hasta casi cortar mi respiración.

Jadeos, maldiciones y sonidos provocados de un sofocante orgasmo que nos consumió por completo, haciéndolo gemir mi nombre en medio de nuestros espasmos, devastando mis fuerzas congeladas en un grito de éxtasis y elevándome al cielo de dónde no quería bajar. ¿Qué carajos estaba pasando conmigo? No lo sabía, pero acepté algo esa mañana, necesitaba más, mucho más de él, de su piel, de su hombría, de sus labios. Necesitaba mucho más de Clark Holland.

***

Me las arreglé para salir de entre sus piernas y lo escuché quejarse cuando me alejé por el pasillo con rumbo al baño. Cerré la puerta a mi espalda luego de casi salir corriendo de Clark con la excusa de que ya era demasiado tarde para ir a trabajar. Bueno, técnicamente no era una excusa, era tarde, pero la verdadera razón fue el hecho de reconocer que después de lo que vivimos no quería parar de follarlo. Y no hablo solo de ese momento, sino del tiempo que estaríamos casados y era muy consciente de que eso era peligroso.

Me miré al espejo en cuanto entré, no me reconocí. Seguía siendo hermosa incluso en medio del caos que era mi cabello, de mi piel enrojecida y marcada por sus labios, pero mierda, nunca tuve esa necesidad. Nunca fui una mujer débil ante un hombre y no quería serlo ante él. Me negaba a reconocerle que me gustaba y mucho. Me negaba a asumir que nunca había conocido a un hombre como él, tan guapo, tan sexy, tan varonil y con la facultad de romper mi cordura y hacerme chillar como una zorra cuando me penetraba.

Unos toques en la puerta me sacaron del tornado de pensamientos en el que estaba envuelta.

—Elizabeth, ¿puedo entrar?

—¿Qué? —Mi corazón se aceleró.

—Vamos, déjame entrar.

Seguía apoyada en el lavamanos, ¿para qué quería entrar? Respiré profundo y giré el pomo incrustado en la madera.

—¿Qué pasa? —inquirí apenas entró, pero me quedé perdida en su desnudez, en sus perfectos atributos, en la erección latente entre sus piernas. ¿Cómo podía seguir tan duro?

—¿Así tratas al que te folló hace un rato? —Enarcó una ceja. Yo me obligué a mirarlo a la cara.

—¿Qué quieres? —Me giré para verme al espejo y esquivar su mirada, pero de inmediato sentí que mi piel empezó a arder en el infierno cuando se posó en mi espalda mirándome con perversión. Sus ojos se centraron en mi culo por más tiempo del que podía soportar. No me tocaba con la piel, pero ya me había follado cien veces con los ojos.

—¿Por qué estás huyendo? —preguntó acercándose aún más hasta dejarme sentir su aliento en mi cuello luego de inhalar mi aroma. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué ese simple acto me excitaba? Sus manos se extendieron a cada lado de mi costado dejándome presa contra su cuerpo. Vibré cuando sentí su pecho contra mi espalda y casi se me sale el corazón cuando frotó su dureza contra mi culo.

Me quedé inmóvil intentando respirar, era como si su contacto me hubiese robado el aire de golpe. Como si su cercanía me tomara por el cuello y me asfixiara. Me obligué a reaccionar en contra de mis sentidos. Debía recomponerme y lo hice.

—No estoy huyendo, tengo que trabajar, señor Holland. Recuerde que soy una simple asalariada, no una empresaria millonaria como usted. —Sonreí por el espejo volviendo a ser yo.

—Es usted muy responsable, señorita Shaine —dijo casi en un susurro sobre mi oído sin apartar sus ojos azulados de los míos en nuestro reflejo.

Tragué saliva cuando noté lo bien que nos veíamos juntos, lo perfecto que encajaba su cuerpo detrás del mío. Sacudí la cabeza espantando los pensamientos, pero como si pudiera leerme la mente, sonrió.

—Nos vemos bien eh, serás una digna esposa de un Holland.

Y allí estaba, ese sentimiento que me revolvía el estómago. Odiaba esa sensación y no iba a quedarme callada. No iba a permitir que me trataran como un bonito adorno.

—No soy tu trofeo, Holland. —Me giré encarándolo, aunque el muy descarado solo me miró los pechos.

—No. —Alzó la mirada—. Serás mi hermosa e inteligente esposa. La mujer que hará temblar a mi abuela. —Sonrió con maldad, siempre que hablaba de ella lo hacía.

—¿Qué quieres, Clark? —Me crucé de brazos.

Elevó la comisura de sus labios. Sus ojos chispeaban mientras miraba los míos y su cuerpo emanaba fuego por los poros.

—A ti, te quiero a ti.

—¡No! —Lo señalé cuando vi sus intenciones pese a que mi cuerpo gritaba que sí. ¿Qué mierda? ¿Me había enfermado? ¿Clark me había embrujado? ¿Era una droga o algo así?

Sonrió, pero se quedó quieto. Aproveché para meterme a duchar y aunque le dije que se fuera, se quedó allí como idiota mirándome a través de la mampara. No me importaba, no tenía nada de qué avergonzarme, mi cuerpo era perfecto. Todo lo contrario, me divirtió verlo inquieto mirándome loco por volver a atacar. ¿Era una máquina de sexo o qué?

Cuando salí de la ducha lo vi con una mano en la cabeza y la otra en la cintura. Mis ojos se fueron directo al pajarraco que tenía en el costado. No sabía que era, pero la tinta le quedaba muy bien. No tenía muchos tatuajes, solo dos, ese y otro en el antebrazo, una cruz cubierta de espinas. Yo en cambio tenía seis, aunque mucho más pequeños. Una mariposa en la nuca. Una flor ensangrentada en el tobillo. Dos en la muñeca izquierda con el nombre de mi madre y el de mi hermano. Uno en la parte delantera de mi hombro izquierdo con la frase «puta vida» en inglés y el último en mis caderas, justo donde empiezan mis nalgas. En el centro.

—¿Qué es ese pajarraco que tienes ahí?

—¿No lo sabes? —Me miró confuso y negué encogiéndome de hombros mientras me cubría con una toalla y evitaba mirarle la extremidad que sobresalía entre sus piernas—. Es un ave fénix, ¿cómo es que no lo sabes?

Lo miré unos segundos...

—Quizá porque no creo en las cosas que no existen —dije para luego cruzar por su lado como si nada.

Cuando salí al pasillo y pensaba entrar a mi habitación, me alcanzó abrazándome por la espalda. Me tensé.

—¿Por qué eres así? —musitó en mi oído.

—¿Cómo? —Tragué saliva.

—Nunca he conocido una mujer como tú, todas quieren acurrucarse cuando tienen sexo, que

las acaricien y que le digan lo grandiosa que son, pero tú solo... eres distante. No lo entiendo. —Sonaba realmente confundido.

Inhalé profundo, tomé sus manos y las aparté de mi cuerpo para poder girar y mirarlo a la cara. Necesitaba que entendiera lo que iba a decirle y juro que fue una tortura concentrarme para hablar porque el muy maldito seguía desnudo.

—Escucha... —Me crucé de brazos y traté de hablar calmada, pero con claridad—. Tienes razón, no soy como las mujeres que has conocido. No espero que me digas que soy estupenda en el sexo porque sé que lo soy. No necesito que te esfuerces en fingir para hacerme creer que soy especial para ti, porque sé muy bien que esto es solo piel igual que para mí. Si tenemos sexo y quieres acariciarme cuando nos corramos, bien, a todo el mundo le gustan las caricias y no soy la excepción, pero no pretendas que seré la idiota que te idolatra porque eres bueno echando un polvo, porque sí, lo eres y me encanta como me coges, pero es solo eso y nada más. Firmé tu jodido contrato y créeme, no estoy contenta por ello porque odio hacer las cosas así, sobre todo porque jamás me vi casándome por ningún motivo, pero bueno, ya está. Cumpliré mi parte, me casaré contigo y permaneceremos así durante un año, siempre y cuando no te metas en mis asuntos como lo hiciste con mis resultados. ¿Alguna otra duda?

Me miró, me miró, me miró. Sus ojos parecían un abismo repleto de dudas e inquietudes, pero no me importaba. No volvería a ponerle mi corazón a nadie en bandeja de plata.

—No me has respondido. ¿Por qué eres así? —Frunció el ceño llevando su espalda a la pared.

No entendía mucho su pregunta hasta que caí en cuenta a qué se refería. De pronto sentí el aire demasiado denso a mi alrededor. Y de la nada ya estaba a la defensiva.

—Vale. Quieres que te diga que de adolescente me hicieron daño, que quizá un malnacido me rompió el corazón y por eso ya no confío en nadie, pero la realidad es que no, de hecho, creo que he sido yo la que he roto corazones. Lo más cercano que tuve a una relación fue con el idiota de Ben y sí, me dolió su engaño porque fue una confirmación de lo que yo ya sabía, el ser humano solo sabe dañar, pero no importa. —Respiré—. No tengo respuesta a tu pregunta. Solo soy así y no voy a cambiar, pero tranquilo, podemos llevar la fiesta en paz si no intentas imponerme las cosas y claro, si sigues follándome como hoy. —Me encogí de un hombro, luego me di media vuelta y abrí la puerta de mi habitación.

—Elizabeth —me llamó y volteé a verlo—. Voy a hacer que cambies de opinión.

—¿Qué? —pregunté, pero no contestó, solo sonrió mirándome con una chispa encendida en sus preciosos ojos y luego volvió al cuarto de baño.

Entré a mi habitación con preguntas que no podía soltar en voz alta. Con sensaciones extrañas en el estómago y no todas eran buenas. Clark era, sin duda, un amante estupendo, como ningún otro, pero había algo en él que me hacía desconfiar. Algo en su mirada que no me terminaba de encajar. Era como si no fuera del todo sincero. Sacudí la cabeza espantando esos pensamientos. Seguro todo estaba en mi cabeza, seguro que solo se trataba de mi forma desconfiaba de ser. Aun así, como se lo había asegurado a él, solo se trataba de piel y nada más, porque no volvería a sentir, no volvería a abrir el corazón por completo, no lo hice con Ben y definitivamente no lo haría con Clark.

Capítulo 25

Beth

El sol rechinaba sus dientes con fuerza cuando salí del edificio. Usaba unos vaqueros ajustados, unas zapatillas de plataforma, una blusa blanca de botones con mangas hasta los codos que metí por dentro de mi pantalón en la parte de adelante y en la de atrás la dejé fuera. El pelo lo llevaba en una cola. Los lentes de sol evitaban que los rayos me atacaran con furia, pero no podían evitar el dolor que sentía por todas partes. ¡Maldito Clark!

El auto que conducía por esos días estaba estacionado al frente. Junto a una camioneta negra que reconocí, la misma de la noche que me crucé con Clark. Junto a ella estaba el moreno alto y fuerte, que al verme sonrió con amabilidad. Saludé a Julián con cortesía. Me caía mejor que su jefe. Subí al auto y recordé algo, tenía que resolver lo de mi coche. No podía seguir abusando usando ese de la empresa.

—Julián —lo llamé bajando el cristal y apareció de inmediato delante de mí—. Necesito un favor. Quiero reparar mi auto, no puedo seguir abusando de tu jefe usando uno de sus coches. Pero ahora tengo mucho trabajo, ¿crees que puedes ayudarme con eso? Te pagaré. —Sonrió.

—Por supuesto, señorita Shaine y no tiene que pagarme, pero... —Se quedó pensando—. ¿No ha visto los documentos en la guantera? —Negué, pero de inmediato la abrí buscando lo que él había mencionado.

En poco tiempo me di cuenta de lo que Julián insinuaba. El maldito coche estaba a mi nombre. ¿Por qué demonios Clark hacía eso? ¿No habíamos quedado en algo? ¿No se suponía que solo me pagaría una cantidad de dinero y las deudas de mi padre y ya? ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Pensaba comprarme o qué? Volví a meterlos en la guantera. Puse la vista al frente y apreté los puños en el volante. Podía notar que Julián seguía mirándome, pero yo solo quería que Clark apareciera, se parara en el medio de la calle y pasarle por encima con ese mismo coche. ¡Ese imbécil! ¿Quién se creía? ¿Para él todo se resolvía con dinero?

—Señorita, el señor Holland solo quiere que esté cómoda y segura. Dijo que no confiaba en la chatarra que conducía —explicó, yo lo miré mal—. Lo siento, solo repito sus palabras, pero puedo asegurarle que lo hizo porque se preocupa por usted.

Volví a poner la vista al frente. Julián era amable y tal vez tenía razón en que a Clark le preocupaba que tuviera un accidente en mi cacharrito, aunque solo fuera porque necesitaba que llegara viva a la boda. Me quedaría tranquila por el momento, pero no le aguantaría ni una más y al terminar el teatro le devolvería su coche.

Le agradecí al moreno y le pedí que se hiciera cargo de mi auto. Le di una cantidad de dinero razonable, todo lo que tenía en efectivo, y le pedí que me informara lo que faltaba. Pisé el acelerador aún molesta y antes de alejarme lo escuché maldecir por la velocidad con la que salí. Sonreí.

Todo el mundo le asustaba mi forma de conducir, pero era el único momento del día que me sentía libre de todo, como si pudiera volar. Era el único momento en el que me sentía cerca de Jeff. Cuando fuera a morir quería hacerlo corriendo, sintiendo la adrenalina correr por mis venas. No, no buscaba acabar con mi vida, todo lo contrario, me sentía más viva para vez que pisaba a fondo, cada vez que esquivaba un vehículo o giraba a toda velocidad. Cada vez que apretaba el volante y la carretera se abría para mí. Me sentía viva y no dejaría de conducir así nunca. Porque me gustaba, porque correr era parte de mí, de nosotros, de los hermanos Jefferson y Elizabeth Shaine y nunca dejaría de serlo.

El edificio Collins me recibió en calma, excepto por la cara de mierda de Drakie, sabía que si se acercaba a mí terminaría todo mal, así que preferí ignorar los reclamos que me lanzaba con sus ojos e ir directamente a la sala de reuniones. Mientras caminaba sentía que flotaba. Clark, Clark, Clark... era difícil sacármelo de la cabeza, pero al menos tenía demasiado trabajo y pronto lo pondría en segundo plano o eso creía, porque el muy desgraciado parecía haberse adherido a mi piel como sanguijuela. Me dolía todo.

—Mi leona. —Un sonriente Rocco apareció a mi lado avanzando a mi ritmo—. ¡Espera! —Me tomó por la muñeca deteniendo mi paso.

Al girarme a mirarlo me quitó los lentes de sol que aún llevaba puesto.

—No jodas, ¿cómo pudiste hacerme esto? —masculló serio.

—¿Qué? —Fruncí el ceño sin entender nada.

—Mi leona. —Se acercó para susurrar—. Te has pasado toda la maldita noche follando y no me has invitado. ¡No, no, no! —Hizo un gesto de negación con el dedo y luego empezó a sonreír ampliamente—. Eso no se hace, llama para la próxima.

Por un momento me quedé en shock, pero luego solté una risotada.

—Eres un idiota, colombiano.

—Sí, un adorable y ardiente idiota. —Rio—. Pero bueno, al menos ha sido bueno el sexo, eso se nota.

—¿Ah sí? —Enarqué una ceja, divertida—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque soy un experto y porque tus ojos brillan con exageración... ah y claro, porque tienes una marca en el cuello.

—¿Qué? —Intenté mirarme, pero obvio fue imposible.

—Dios, eres tan ardiente. —Volvió a sonreír mientras se acercaba y arreglaba el cuello de mi camisa—: Listo, ahora nadie más que yo sabrá que te follaste a Superman.

—¿Superman?

—Pues claro, Clark, Superman.

Nos miramos y estallamos de la risa como dos locos adolescente aunque hacía mucho que habíamos dejado esa etapa atrás. Me preguntaba cómo Rocco tenía la capacidad de sonreír de esa forma si en el fondo le dolía saberme con otro hombre. No profundicé, lo valioso para mí era que no se había marchado, que seguía junto a mí trabajando de mi mano y siendo mi amigo, algo que agradecía con el alma.

Nos dirigimos a mi lugar de trabajo donde estaba todo el equipo. Me disculpé con ellos, era la primera vez que llegaba tarde a mi trabajo y todo por él.

No te quejes, bien que lo disfrutaste.

No dije lo contrario.

Trabajo, en medio de un montón de trabajo transcurrió el día. Y claro, un montón de llamadas de mi hermana. Me tensaba un poco su insistencia, estaba segura de que solo quería que hablara con mi padre y juro que no quería. Cada vez que hablaba con él era como si algo dentro de mí se revolviera, como si la sangre se me envenenara de golpe. No lo odiaba, pero había tantos reclamos dentro de mí que seguían sin salir y escuchar su voz los afloraba a mi garganta al punto de casi asfixiarme.

Puse el móvil en silencio para poner tener más tranquilidad a la hora de trabajar y lo conseguí. No me equivoqué con el equipo que escogí, todos entendieron a perfección la nueva idea que tenía y la base para ella. A la una de la tarde llegó la comida que pedimos y comimos en la sala

de reuniones bajo los ojos asesinos de Drakie, pero no me importaba. Solo tenía que reportarle a su padre y ya lo había hecho.

El día avanzó bajo las bromas de Rocco que siempre aportaban algo al tema, las ideas sobre locaciones para el comercial que Loly empezaba a idear bajo mi propia idea y las opciones de edición de Neithan que aportaban color y chispa a la campaña. A las tres de la tarde, luego de mucho trabajo, algunas presentaciones iniciales para exponer ante Clark y dos litros de café, di un receso a los chicos. Yo también lo necesitaba.

Me quedé sola en mi lugar mientras los demás salían a despejarse un poco. Recliné mi cabeza en mi sillón y cerré los ojos. Y sin poder evitarlo, pasó... llegaron los recuerdos de aquella mañana como una tonelada de explosivo que bombardeaba mi piel. ¡Clark Holland! ¿Por qué no podía dejar de pensarlo, de desearlo? Su olor varonil seguía latente en todos mis sentidos, su preciosa sonrisa se proyectó mil veces en mi memoria en tan solo un segundo. El fuego que emanaba de su cuerpo mientras chocaba con el mío me producía espasmos. El sabor de sus labios, la agilidad de su lengua y la forma de poseerme llegaba a mi cabeza como una ráfaga de viento ardiente que azotaba, no solo mi mente, sino cada puto centímetro de mi piel.

«No pasa nada» me dije. «Es solo sexo» me repetí. Necesitaba convencerme de que esa necesidad de tenerlo entre mis piernas era algo normal cuando alguien me follaba bien. ¡Maldición! Lo deseaba con todas mis fuerzas y no podía esperar para que volviera a devorarme. Ladeé la cabeza en un intento fallido de apartar la imagen de su rostro navegando entre mis piernas, de la devoción con la que me comía y su sonrisa lasciva cuando me miró desnuda a punto de embestirme como un perro rabioso.

Abrí los ojos con la respiración acelerada, con el corazón latiendo a prisas, con la boca seca y unas malditas ganas de repetir todo lo que había sucedido en la mañana y mucho más. Cogí mi móvil para llamar a mi hermana, llevaba días evadiéndola, pero me congelé cuando vi que tenía dieciocho llamadas perdidas. Ella jamás llamaba tanto aunque yo no le contestara. Ella jamás era tan insistente si no era algo importante. ¡Mierda! Algo había pasado.

Mi cuerpo se volvió un estallido de emociones: miedo, angustia, más miedo, frustración y de nuevo miedo. Los dedos me temblaban cuando quise devolver la llamada, pero un segundo antes de hacerlo su nombre volvió a aparecer en la pantalla. Descolgué aún con el corazón atorado en la garganta.

—Addy, ¿qué...?

—Hija.

Dejé de respirar, juro que me quedé sin aire en cuanto escuché la voz de mi padre. Miré la pantalla de mi móvil, pero no, no era su número sino el de mi hermana como había visto antes y, joder, todo fue a peor.

—¡Hija! —repitió y todo fue más claro, su voz estaba rota. Lloraba, mi padre lloraba.

—¡Papá! —contesté con la voz ahogada y el alma a punto de hacerse añicos. ¿Qué pasaba? ¿Qué le había pasado a mi hermana? ¿Por qué lloraba mi padre? ¿También la había perdido a ella como a Jeff? Nunca tuve tanto miedo, nunca. Y de pronto volví a sentirme como aquel día, con ganas de ir por mi auto y correr hasta que no hubiese más calles que andar. Romper el freno y pisar el acelerador en vía recta hasta que el mundo me quedara pequeño y tuviera que volar. Sentí ganas de fundirme con el viento y dejar de sentir.

Temblé como nunca, respiré, o al menos lo intenté, y luego me atreví a preguntar consciente de que mi vida dependía de la respuesta de mi padre. De que todo lo que había logrado construir podía hacerse cenizas si algo le hubiese pasado a mi hermana.

—Papá, ¿qué pasa?

Una voz silenciada, una respiración incongruente y un sollozo quebrado se escuchó del otro lado de la línea mientras el aire se negaba a entrar a mis pulmones y mi corazón se rehusaba a latir en vez saltar desbocado a riesgo de salirse de mi pecho y quitarme la vida.

Capítulo 26

Clark

La imagen más hermosa que jamás vi. Eso era esa fotografía en donde ella miraba sobre su hombro, sonriendo coqueta a la cámara con el mar furioso de fondo. Elizabeth Shaine, el nombre de la mujer a la que haría mi esposa. A la que quería follar cada maldito segundo del día. A la que estaba utilizando sin que siquiera lo notara.

Respiré hondo y guardé la fotografía. Ni siquiera sabía por qué la había guardado, pero seguía en mi cartera. Me froté la cien cerrando los ojos unos segundos intentado espantar esas ganas infernales de estar entre sus piernas, pero era imposible.

Llevaba en la piel de mi espalda las marcas de una mañana de sexo como ninguna otra y seguía queriendo más. Esa mujer era una droga, una adicción y estaba decidido a disfrutarla el tiempo que durara aunque sabía que no sería un año. Era muy consciente de que todo estallaría mucho antes, de que cuando se enterara quizá querría asesinarme por haberla engañado, pero no me importaba con tal de hacer justicia. Ella era solo el medio para hacerlo y claro, un daño colateral. El primer paso estaba dado y ya no había vuelta atrás.

«Todo saldrá como lo planeaste durante meses» me repetí. *«Ella es preciosa, es una bruja en la cama y por eso te encanta, nada más»* me recordé, pero seguía queriendo tenerla desnuda frente a mí. Quería saborearla hasta quemarle la piel con mis besos. Quería succionarle hasta el aliento y dejarla sin fuerzas de tanto follarla.

¡Mierda! Tal vez debía llamar a Ruth para liarme entre sus largas piernas y sacarme un poco de la cabeza a Elizabeth. Sin embargo no iba a hacerlo, era un hombre de palabra y la cumpliría.

El sonido de la puerta me sacó de mis cavilaciones. Levanté la cabeza para encontrarme con ese ser demoniaco que se decía mi abuela.

—¿Por qué mierda nunca tocas la puerta? —La rabia me consumió en un instante. Siempre supe controlarme, pero esa vez el impulso fue mayor.

—Cuida tu boca, jovencito, si no quieres que te la rompa —amenazó con su bastón en la mano.

La miré con un mar de ira surcando en mis ojos, me miró con la cabeza en alto, con la mirada afilada y con la certeza de que podía joderme, pero se equivocaba, cuánto se equivocaba.

—¿Qué quieres? Tengo mucho trabajo.

—Siempre tienes mucho trabajo y nunca te veo. —Se sentó tranquila frente a mí.

—Estás viéndome ahora.

—No entiendo por qué últimamente pareces un perro rabioso. ¿Qué diablos te pasa?

—No me pasa nada, Irene —mentí—. Ahora dime lo que quieres y vete.

—¿Por qué carajos le hablas así a la abuela? —Su voz, maldita sea, su voz me ponía de los nervios y cada vez que lo veía quería golpearlo.

—¿Qué mierda te importa, Stick? —Lo miré con odio cuando atravesó la puerta quedándose de pie detrás de la abuela—. ¿Y qué haces en mi oficina?

—Trabajo en esta empresa, ¿lo olvidas?

—Lamentablemente no, pero si hasta ahora hemos podido trabajar juntos en este edificio es porque no tengo que verte la cara. Así que sal de aquí antes de que te la rompa.

—Eres un bastardo...

—Y tú una sanguijuela miserable. ¿Qué mierda quieres? ¿Más dinero? No te daré un maldito centavo más del que te corresponde y ya te deposité tu mensualidad —Me levanté de mi lugar—. Ahora lárgate.

—Bestia.

—Imbécil...

—Suficiente —la voz rasposa de la abuela retumbó en mi oficina recordándonos que ella siempre tenía que tener el control de todo—. Yo le dije que viniera. —Me miró—. Stick y tú son adultos y deben dejar sus diferencias atrás. Todos estaremos en la cena que organizo y no quiero escándalos como la última vez. ¿Está claro?

—Pero abuela, ese animal es el que no sabe comportarse —lloriqueó el rubio patético de mi primo.

—No me importa y no les estoy pidiendo su opinión, les estoy dando una orden y punto. —Se impuso y yo disparé misiles de odio con los ojos mientras los miraba con repulsión—. Ahora sal de aquí y déjame hablar con Clark.

Stick salió echando fuegos por la furia. Yo me acomodé en mi lugar imaginando la lluvia de preguntas que se me venían encima.

—He visto a la lagartona de Ruth abajo. Dime que no se trata de esa zorra porque si es con ella con quien te vas a casar, juro que no solo te quito el mando de las empresas sino que te expulso de mi familia igual que a...

—Ni te atrevas a compararme con el idiota de Esteban. —La miré furioso—. Y no, no es ella.

—Más te vale que no me estés engañando o te atienes a las consecuencias.

—No le tengo miedo a tus amenazas y lo sabes. Así que ahórrate el discurso.

Rio con frialdad como solía hacerlo cuando estaba a punto de lanzar un cuchillo filoso y clavarlo en mi pecho.

—Eres tan iluso como tu madre. —Soltó y todo mi cuerpo se tensó—. Si estuviera viva también serías tan débil como ella. Por suerte no está y te hice fuerte, decidido e inteligente, pero... —me apuntó con su bastón—, no te pases de listo o tu padre irá a la cárcel. Nunca lo perdonaré por lo que nos hizo.

La maldecí cien veces entre dientes. Nunca pensé que llegaría a sentir tanto desprecio por alguien que amaba tanto. Ella estuvo conmigo cuando mi madre murió. Ella me enseñó la mitad de lo que sabía de los negocios, pero también era la mujer que odiaba a mi madre por no considerarla suficiente para llevar el apellido de mi padre. La mujer que se la daba de digna y con valores, cuando no era más que una farsante. Me tragué la ira porque sabía que era lo mejor, ya me las pagaría. Ya pronto podría mandarla a la mierda y olvidarme de que existía.

—¿Algo más? —La reté y me miró seria—. A diferencia de ti tengo mucho trabajo.

—No, cariño, ya me voy, pero no olvides mis palabras. —Sonrió como lo que era, una víbora mentirosa. Luego se dio la vuelta y se marchó como mismo vino, como una tormenta silenciosa que arremete con todo a su paso.

Mi abuela, la que se decía ser la persona que más me amaba, era la causante de mis desgracias. De que mi madre fuera infeliz mientras estuvo viva, de que mi padre prefiriera estar a miles de kilómetros de casa y de que yo estuviera lleno de rabia hacia todos. Ella y su falso amor disfrazado con un «es lo mejor para ti» fueron la flecha que se clavó en mi corazón y que seguía allí, enterrada, desgarrándome poco a poco. No, no podía seguir así y Elizabeth, sin saberlo, me ayudaría a lograr mi propósito sin importar el costo.

Beth

Silencio. Un silencio aturdidor que me cortaba el aire. Un sonido brusco del otro lado de la

línea y un sollozo ahogado que se alejaba.

—¡Papá! —grité con las pulsaciones a mil, sintiendo que la vida se me escapaba como agua entre los dedos.

En ese momento no era más que una de esas hojas que se desprenden de la rama y van cayendo lentamente hasta llegar al suelo para ser aplastadas por los pies descalzos de los niños que juegan en un jardín, sin darse cuenta de que sus vidas cambiarán en cuanto crezcan. Porque pasa, los sueños se atrincheran en una parte de nuestra alma y solo queda las certezas de la crueldad de la vida. Solo queda el vacío en nuestras manos cuando creemos tenerlo todo, pero el destino nos mira a los ojos, nos ofrece una sonrisa macabra para luego arrebatárnoslo de golpe, dejándonos con los dedos temblorosos, con el corazón roto, con las sonrisas silenciadas y con la mirada invadida por la más fría y cruda oscuridad.

—¡Beth! —Su voz, su melodiosa voz me devolvió a la vida en un acto violento. Mi corazón, aunque aliviado, empezó a latir más rápido como si el mundo girara con más fuerza.

—¡¿Addy?! ¿Estás bien? Papá está llorando...

—Tranquila, estamos bien. Es solo que... —silencio, un maldito silencio que torturaba cada uno de mis sentidos—. ¿Cuándo pensabas decírnoslo? Papá no puede creerlo. Sé que hace mucho que no tienes buena comunicación con él, pero joder, Beth, somos tu familia, lo único que tienes.

Me quedé helada. No entendía nada. Pasé imágenes por mi cabeza intentando atar cabos y saber de qué me hablaban, pero no tenía una jodida idea.

—¿De qué hablas?

—¡De tu boda! —gritó y mi alma salió corriendo de mi cuerpo en un acto desesperado—. Vas a casarte, Beth, en menos de un mes vas a casarte con Clark Holland y no nos has dicho nada.

Sus palabras se tragaron las mías. No entendía cómo se enteraron, no tenían por qué hacerlo. Viven a cientos de kilómetros, en otra ciudad, de hecho, en un pueblo a media hora de la ciudad más cercana. No debían saberlo. ¿Cómo se enteraron?

—¿Cómo... cómo lo supieron? —Mi voz sonó pausaba aunque llevaba un tsunami por dentro.

—¿Es en serio? ¿Es lo que vas a decir?

—¡Addison!

—Tu futuro esposo nos envió la invitación a tu boda. Muy linda por cierto —ironizó—. Ahora explícame de una vez cómo carajos es que te vas a casar y no sabíamos nada. ¿Qué pasó con Ben?

La dulce y risueña Addy había desaparecido, estaba furiosa y por más empalagosa que siempre haya sido, es una Shaine y cuando nos enfadamos tiembla la tierra. Respiré profundo intentando acomodar mis pensamientos. ¡Maldito Clark! ¿Cómo se atrevió a hacerme eso? Iba a matarlo, sin duda iba a hacerlo.

—Es difícil de explicar... —Inhalé cerrando los ojos y frotándome el puente de la nariz—. Solo puedo decirte que es cierto, voy a casarme. No se los había dicho porque papá no puede viajar y creí que tú tampoco querrías venir para no dejarlo solo —mentí con descaro—. En cuanto a Ben, ya es pasado. Me he enamorado y punto.

Otro silencio. ¡Joder! Tardó segundos en volver a hablar.

—¿Tan pronto?

Pensé rápido. Conociéndola era mejor inventar una buena excusa.

—No fue tan rápido como crees. Ben venía engañándome hacía un tiempo, así que conocí a Clark en una de esas noches y empezamos a salir. Me enamoré, me enamoré como nunca creí. —Casi me vomito con tanta cursilería—. Espero que lo entiendan. Siento no habérselos dicho antes.

¡Dios! Un chillido me dejó sorda. Sí, así siempre fue mi querida hermana. Una loca enérgica que creía en eso del amor y las relaciones. Addy siempre fue de esas que soñaban con casarse y con un «felices para siempre». A veces quería sacudirla y que se diera cuenta de que la vida no era como pensaba, pero sabía que lo descubriría a su tiempo y yo no era quien para robarle la esperanza en el amor como la vida me la robó a mí.

—Mi hermana se va a casar, no puedo creerlo, se va a casar y con un príncipe.

¡Menuda loca!

—Addy...

—Ya lo he investigado, es un empresario muy importante. Está como mandado a hacer y es millonario. No se le puede pedir más a la vida. Jeff estaría feliz por ti. Porque te deshiciste del idiota de Ben y porque a pesar de afirmar que nunca te ibas a enamorar, lo has hecho. Felicidades hermana, te lo mereces.

Una puñalada certera directo a mi alma, eso fueron sus palabras. Mi hermano no hubiese estado feliz por mí, hubiese estado pateándome el trasero por haber firmado esos documentos sin terminar de leer. Hubiese estado furioso por dejar que Clark se impusiera sobre mí cuando siempre dijo que mi carácter era como el cielo en una noche de tormenta, indomable, oscuro e imponente.

Un nudo se formó en mi garganta haciendo que mi cuerpo se quedara sin suficiente oxígeno. La sangre parecía correr más lento, como si su recuerdo fueran coágulos que se formaban en mi interior y quisieran asesinarme.

—Beth, ¿estás ahí? —preguntó y como pude jadeé un sí—. Tienes que hablar con papá. Se siente fatal, piensa que el hecho de que no dijeras nada es su culpa. Piensa que no lo has perdonado.

Tragué hondo. ¿Perdón? Me costaba siquiera mencionar esa palabra. No, no lo había perdonado, no podía, pero al menos lo de la boda no tenía nada que ver con él. Miré al techo buscando las palabras que necesitaba decir. Llevaba casi dos meses sin hablar con mi padre y seis sin verlo. Me costaba demasiado hacerlo. Siempre sabía de él por Addy e incluso a ella la tenía abandonada últimamente. Me pregunté cuándo mi vida se volvió tan compleja y aunque conocía la respuesta, decidí ignorarla.

—Vale, ponlo al teléfono.

Tardó unos treinta segundos hasta que escuché su voz. Todavía quedaba en ella los rastros de su llanto y de alguna manera me sentía mal por haber provocado sus lágrimas, aun cuando él era el causante de muchas de las que yo tuve que ahogar.

—Mi niña... lo siento.

—¡Papá! Por favor no llores —imploré cuando sentí que estaba a punto de volver a romperse.

—Es que todo es mi culpa. Yo destruí tu confianza, por eso ya no me dices nada. Por eso ya no hablas conmigo ni vienes a verme. Lo siento tanto, ojalá puedas perdonarme algún día.

Cerré con fuerza los ojos. Quería hacerlo, quería decirle que lo perdonaba y liberarlo de su carga, pero entonces llegaban a mí esos recuerdos. Mi padre borracho en las calles siendo

arrastrado por mis delgados brazos en un intento de refugiarlo en nuestro hogar. Mi hermana llorando cuando le gritaba que lo dejara en paz. Los ojos de Jeff aterrados cuando me golpeó solo porque intenté quitarle una botella.

Un mes, solo había pasado un mes desde la muerte de mi madre cuando mi padre ya era un borracho desempleado. Yo tenía dieciocho y acababa de empezar la universidad. Por suerte mi madre se había encargado de los gastos de mis estudios antes de morir. Pero fue duro estudiar, tener que trabajar para costear los gastos de mis hermanos, cuidarlos, salir de madrugada a buscar a mi padre cuando me llamaban. Sacarlo de la cárcel cuando se metía en peleas. No, no podía perdonarlo.

Me toqué la cabeza por instinto y sentí la pequeña marca de cuando me empujó y me golpeé en la cabeza quedando inconsciente. Cuando desperté estaba en un hospital con sus ojos clavados en mí llenos de dolor, culpa y miedo, mucho miedo. Ese día me prometió no volver a tomar y lo cumplió, pero era tarde, había pasado un año y su vicio por el alcohol no solo lo había consumido a él, también a nuestra familia y a mí, a mí me había robado una parte que jamás podría recuperar. Fue entonces cuando me fui, tomé mis pocos ahorros y viajé con Ray a Gold City.

Empecé a estudiar y a trabajar al mismo tiempo y pronto obtuve la estabilidad para ayudar a mi familia, pero entonces él volvió a hacerlo, volvió a meter su llama en medio de todos. Otro vicio, el juego, el maldito juego lo consumió, nos consumió a cada uno de los Shaine.

Mi padre tenía una deuda conmigo y sus perdones no eran nada en comparación a todo lo que me había robado. Y a pesar de que no volvió a jugar desde hacía más de un año cuando Jeff murió, yo seguía sintiendo que dolía, que mi padre, su nombre y el pasado que me tatuó en el alma, quemaban, siempre quemaban.

—Beth, ¿me escuchas?

Abrí los ojos inquieta y agobiaba a partes iguales.

—Sí, papá. Yo... solo no quise molestarte con eso.

—¿Molestarme? Pero si siempre he querido verte en el altar. Verte casada con un hombre que te haga feliz. Te amo mi precioso cielo y sé que te he hecho mucho daño. Que te quité tanto y que por mi culpa tuviste que madurar antes de tiempo, pero te quiero y daría mi vida por regresar el tiempo y ser un mejor padre.

—Fuiste un buen padre —las palabras salieron de mi boca solas, quizá porque era cierto, siempre lo fue hasta que murió mi madre y se olvidó que nosotros también la habíamos perdido.

—No, no es cierto, yo he sido un monstruo...

—Papá —me exasperé—. Ya basta. Lo siento, de verdad lo siento. Fue mi error, debí decírselos, pero ya no puedo hacer nada. Si quieres puedo preparar todo para que viajen, pero tú no deberías hacerlo. Addy me dijo lo que explicó el médico. Debes estar tranquilo.

—Lo sé, hija, lo sé, pero quiero verte.

Respiré, solo respiré. Si todos supieran que solo era una farsa. Increíblemente me sentí miserable. Addy estaba emocionada por una boda por contrato y mi padre había llorado porque siempre quiso verme de blanco. *¡Maldito Holland! ¡Maldita la hora que te cruzaste en mi camino!* No tenía el derecho de meterse y tenía que hacérselo saber de una vez por todas o la boda se iba a ir a la mierda.

—Sí, papá, lo entiendo. Hagamos algo, reposa, toma tus medicamentos y quédate tranquilo.

Veremos qué dice el médico de aquí a la boda. ¿Te parece?

—Está bien, cariño. —Hizo una breve pausa—. ¿Eres feliz, mi cielo?

Me troné el cuello. Estaba tan exhausta de aquella conversación.

—Sí, soy feliz. Ahora tengo que colgar, tengo mucho trabajo y tú debes descansar.

—Pero...

—Te llamo luego. —Colgué.

Sí, lo sé, fui cruel, pero ¿cómo se le dice al corazón que olvide? ¿Cómo se borran las cicatrices que se llevan en la piel, en el alma? ¿Cómo se apaga una hoguera que llevas en el pecho durante años? ¿Cómo se silencia los gritos de una joven que perdió a su madre sintiendo que el mundo se le venía encima? Una joven que no pudo llorar porque tuvo que curar las heridas de sus hermanos y secar sus lágrimas.

»Una joven de dieciocho que no dormía por las noches porque tenía que velar el sueño de esas dos personitas que quedaron desamparadas, porque no solo perdieron a su madre sino también a su padre. ¿Cómo mierda se hace para borrar las pesadillas en donde los hombres de un asqueroso bar intentaban manosearme, mientras yo le rogaba a mi progenitor para que fuéramos a casa? ¿Cómo se llena un vacío sin fondo? No, no podía, lo había intentado, pero no podía. Cada vez que hablaba con mi padre los recuerdos me golpeaban con agresividad, como si intentaran arrebatarme la vida que había construido sobre mis propios escombros.

—Mi leona, ¿estás bien?

Rocco estaba delante de mí y no me había dado cuenta. De un momento a otro sentí que me asfixiaba, que retrocedía años hasta donde todo era una mierda. Que volvía al día de la muerte de mi madre y al segundo siguiente estaba enterrando a mi hermano. No podía respirar. No podía sentir los latidos de mi corazón. Mi garganta se cerraba de a poco y...

—¡Beth! —Sus manos en mis hombros y su rostro frente al mío me devolvieron a la realidad a tiempo—. Dios, estás pálida. ¿Estás bien? —Asentí, aunque no lo estaba—. Ven aquí.

Y sin más, sentí sus brazos rodearme hasta llevarme contra su pecho, dejándome sentir el palpitar de su corazón. No me moví, lo dejé abrazarme porque lo necesitaba, pero mis músculos estaban tensos. No podía moverme.

Permanecimos así durante un minuto, sumergidos en el silencio. Él preocupado por mí y yo agradeciendo porque no hiciera preguntas. Cerré los ojos y lo abracé con fuerza. En ese momento maldije a Ray por no estar. Lo extrañaba demasiado, era la única persona con la que me permitía flaquear un poco y estaba allí sintiéndome débil frente a Rocco solo porque él no estaba.

Me aparté con brusquedad y vi la confusión en sus ojos. Estaba segura de que los míos eran fríos, porque un segundo antes había recordado la promesa que hice frente a la tumba de mi hermano. «No voy a romperme nunca, Jeff, no dejaré que nadie lo haga, ni siquiera nuestro padre».

—Estoy bien. —Sonreí o al menos lo intenté.

Levantó la mano y acarició mi mejilla mirándome con un «te quiero» en los ojos y una sonrisa cálida en los labios.

—No, no lo estás, pero lo estarás. —Apartó su mano y lo agradecí—. Deberías salir y coger aire. Hemos trabajado mucho por hoy y no te has dado un receso.

—Sí, tienes razón —dije, aunque solo quería ir y asesinar a mi futuro difunto esposo.

Clark, él era el responsable. No debió enviar esas invitaciones. No debió hacerles saber de nuestra boda.

—Beth, ha llegado algo para ti. —Loly apareció en la puerta con una delicada caja blanca en

las manos.

Supe que notó la tensión, pero la obvió. Amaba que me conocieran y me dieran mi espacio. Tomé la caja y le pedí que me dejaran sola. Al soltar el lazo dorado y abrirla me encontré con un montón de cosas que no esperaba. Lo primero fueron unas invitaciones para nuestra boda que me hizo estremecer todo el cuerpo. Eran preciosas, de color blanco hueso, con letras doradas y nuestros nombres escrito con un estilo de letra increíble, pero no me emocionaba. Para mí no eran más que una sentencia que no quería cumplir.

»Obvié el sabor amargo en mi boca y seguí esculcando hasta encontrar unas facturas del pago total de lo que faltaba de la universidad de mi hermana, más el tratamiento completo de mi padre por todo ese año y ¿las deudas? Sí, las deudas de juego de mi padre estaban todas pagas.

Una caja azul oscuro terciopelada me llamó la atención. La cogí entre mis manos sabiendo con exactitud lo que había dentro. Lo abrí sin mucho interés, sin embargo, mis ojos se explayaron al vislumbrar una preciosa joya. Un anillo de oro blanco con un diamante rosa incrustado en el medio y pequeños diamantes blancos cercándolo. Era precioso, de verdad precioso. Debía costar una fortuna. Respiré aunque sentía que no tenía aire suficiente en los pulmones. *¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Cómo iba a poder dar el sí en un altar cuando nunca creí en el matrimonio?*

Cogí el anillo y lo metí en uno de los bolsillos de mi pantalón dejando la caja a un lado. Lo demás lo guardé en el bolso. En cinco minutos me vi conduciendo como loca hacia sus empresas. Maldiciendo como demente y empujando el acelerador para llegar, necesitaba llegar. «*¿A dónde?*» Me preguntó mi subconsciente. «*A sus brazos*» respondió mi cuerpo... ¿Mi cuerpo? ¿Qué mierda me pasaba?

Capítulo 27

Beth

Los chillidos de las ruedas del auto alarmaron al hombre que estaba fumando en el estacionamiento. Bajé sin prestarle atención a su mirada aterrada por mi forma de aparcar, pero me detuve cuando algo en mí me dijo que me calmara.

Inhalé la furia llevándola a mis pulmones esperando que no me ahogara desde dentro. Tomé mi móvil y marqué su número, quizá era mejor tratar ese tema en otro lugar, pues Clark me había dejado muy claro que su trabajo era lo más importante para él y mi *yo* consciente quería ser racional, pero ¿cómo? ¿Cómo si el idiota no contestó a mis tres llamadas? Hice puño con mis manos intentando controlarme, pero el llanto de mi padre y las palabras de mi hermana se me vinieron encima hasta casi aplastarme y todo por su culpa, por su jodida culpa.

Caminé decidida hacia el edificio. Subí el ascensor sintiendo que la rabia me consumía. Las puertas me dieron paso y los ojos de su secretaria se abrieron para mirarme con horror. Supuse que recordaba con exactitud la primera vez que estuve allí.

Caminé rápido sin prestarle atención, pero su cuerpo delgado apareció frente a mí hecho un manojo de nervios.

—Señorita, por favor, no puede entrar a la oficina del señor Holland, está ocupado, es decir, tiene... una reunión.

—No me interesa, así que apártate.

—Si lo hago el señor Holland me va a regañar y...

—Y si no lo haces yo voy a hacer un escándalo tan grande que todo el edificio se vendrá abajo, tú decides.

Tembló, la pobre tembló y juro que sentí pena por ella hasta que noté que había algo más, estaba más asustada que nerviosa. ¿Qué mierda? La aparté con fuerza, pero sin lastimarla. No era ese tipo de persona, pero a veces mis impulsos me dominaban. Caminé sin darle tiempo a nada y me detuve de golpe cuando una risa femenina se coló por el pequeño espacio de la puerta entreabierta de la oficina de Clark.

»Me asomé con lentitud por instinto. Mi corazón latió con fuerza al ver la escena que se proyectó ante mí. Clark estaba sentado en la esquina de su escritorio con una mujer alta, evidentemente una modelo, de cabello corto rizado y piel trigueña, colgada de su cuello sonriendo de forma coqueta mientras él la observaba pasivo. No la tocaba, pero tampoco la alejaba. La dejaba pavonearse pegada a su cuerpo. ¡Zorra!

«Calma, Beth, calma» me dije, pero la sangre galopaba en mis venas. Él había puesto las normas del contrato, no acostarnos con nadie más y allí estaba, a punto de tirársela. ¡Mentiroso! No iba a jugar conmigo y si quería romper las reglas, yo también sabía hacerlo.

Cogí el anillo de mi bolsillo y lo puse en el dedo anular de mi mano izquierda. Por alguna razón ver a esa mujer casi rozarle los labios me hacía querer arrancarle la piel y a él las pelotas. La imagen de ellos dos me quemaba. Los dedos de esa chica acariciando su mejilla y recorriendo su barba perfectamente afeitada era como si me clavaran espinas gigantes en las costillas. No podía soportarlo más.

Abrí la puerta de golpe logrando que sus miradas se posaran en mí. Él cerró los ojos un instante y respiró hondo como buscando paciencia de alguna parte. La chica giró un poco su cuerpo con la furia navegando en sus ojos, pero dejando aún una de sus garras en el cuello del idiota.

—¿Quién te crees que eres para entrar así? —preguntó con la voz chillona mirándome de

arriba abajo como si quisiese amedrentarme.

¡Qué ilusa!

No respondí, solo sonreí de medio lado sintiendo la ira correr con fuerza por mi piel y atacándome como ave de rapiña. Creo que Clark vio mis intenciones porque la apartó con cuidado y luego se cruzó de brazos como si nada. Pensé que diría algo, pero se quedó en silencio sin ningún rastro de expresión en el rostro.

—Oye, estúpida, te estoy hablando —volvió a chillar la modelucha dando pasos hacia mí.

Esta vez sí la miré, caminé hacia ella y vi cómo se tensó de inmediato, pero Clark seguía igual, sin hacer ni un solo movimiento. Pasé por su lado empujándola con mi cuerpo y luego me posé frente a mi futuro esposo, clavé mis dedos con fuerza en su nuca y llevé mis labios a los suyos para devorarlos de forma apasionada.

»Para mi sorpresa su lengua me recibió con las mismas ganas que las mías. Los dedos de su mano derecha se hundieron en mi cabello atado y los de su mano izquierda rugieron en mi cintura apretándome contra su cuerpo. ¡Cómo disfruté ese momento! Y no solo porque sus labios eran exquisitos, sino porque era consciente de que esa zorra nos observaba perpleja.

»Lo saboreé, sí que lo hice. Me deleité con el sabor de su boca y succioné su aliento cálido hasta casi quedarme sin respiración. Me aparté con una sonrisa en los labios que se ensanchó cuando volteé a verla y noté la palidez de su rostro. Su boca abierta y la tensión salpicando por todo su cuerpo. Le tomó más tiempo del que pensé en volver en sí mientras yo sonreía perversa.

—Pero... tú, ¿quién demonios eres? —Quiso acercarse haciendo que todo en mí se alertara.

—Atrévete a tocarme y juro que te desfiguro tu lindo rostro. —Enderecé mi cuerpo retándola y dio dos pasos atrás de forma sabia.

—Clark, ¿vas a dejar que esta perra me hable así? ¿Cómo puedes dejar que te bese delante de mí? —Estiró la mano como intentando alcanzarlo, entonces vi mi oportunidad. Sabía que no debía hacerlo, pero joder, quería ver su cara. ¿Una perra? Sí, podía ser una perra, pero no de las que ladran, sino de las que muerden hasta arrancar la piel.

«Demuéstraselo» me gritó mi loca conciencia.

«Al ataque» respondieron todos mis sentidos.

Pasé una mano por los hombros del hombre a mi lado y la otra la llevé a su pecho.

—¿Qué quién soy? —Alcé mi rostro rozando los labios del hombre a mi lado al tiempo en que sus ojos brillaban de deseo. Me deseaba, fue bastante claro ese día, me deseaba con frenesí—. Soy su futura esposa. —La enfrenté con la mirada repiqueteando mis dedos en el pecho de mi prometido para que ella viera mi anillo y lo hizo. Clark se tensó de inmediato. Le había molestado el hecho de que se lo dijera, pero me importaba una mierda. Se lo merecía por bragueta floja y polla fiestera.

Los ojos de la chica parecían dos misiles apuntando en mi dirección. Una nube húmeda se afloró en ellos dejándome ver todo lo que sentía. Dolor, rabia e impotencia, y claro, ganas de asesinarme. Sus pies se movieron por impulso hacia mí y estaba lista para patearle el trasero, pero las manos de Clark la detuvieron en seco al atraparle las muñecas.

—Sal de aquí —dijo con la voz tan fría como un témpano de hielo.

Ella lo miró envuelta en cólera, él la miró como si ella no fuera nada. Y allí, en su acto, sentí una sensación extraña en el estómago. ¿Quién era Clark Holland y por qué parecían habitar tantos hombres diferentes dentro de sí? ¿Por qué me hacía sentir una tormenta de emociones

adversas en el pecho? Tenía que averiguarlo.

La mujer cogió su bolso y salió corriendo maldiciéndonos a ambos. Vi al hombre de traje negro y camisa color cielo cerrando la puerta tras su espalda y girarse con esos orbes azulados y grises enfocados en mi rostro lleno de ira contenida.

—¿Por qué te comportas como una niña malcriada? —Pasó por mi lado como una bala hasta sentarse en su trono.

—¿Por qué te comportas como un imbécil? —Ataqué inclinando mi cuerpo para apoyar mis puños sobre el escritorio.

Sus ojos, sus preciosos ojos se posaron en mi escote un instante, pero luego sacudió la cabeza como si así pudiera controlar sus instintos.

—¿Qué haces aquí, Elizabeth? No me gusta que me interrumpan en mi trabajo y ya te lo he dicho.

—Sí, estabas muy ocupado trabajando —ironicé—. ¿Quién es esa zorra?

Me miró con el enfado rasgando cada espacio de su rostro.

—No seas infantil, Ruth es solo una modelo con la que trabajamos.

—Ah... —Levanté las manos—. Ahora les dicen así a las perras en celo.

—¡Elizabeth!

—¿Qué? ¿Me vas a negar que te la follas?

Me miró, lo miré. El aire se volvió pesado y el tiempo parecía reírse de nosotros.

—¡No! —exclamó y sentí que me crujieron los huesos—. No te voy a negar que me la he follado, pero no desde que firmamos ese contrato. Solo hablábamos de trabajo.

—¿Trabajo? —Reí con sarcasmo—. Vale, de ahora en adelante me colgaré del cuello de mis compañeros mientras le susurro al oído lo que tienen que hacer. Seguro que mi amigo Rocco no le molesta que lo haga, al contrario, algo me dice que lo disfrutará.

—¡Elizabeth! —gritó mi nombre poniéndose de pie.

—¿Qué? Sería solo por trabajo. ¿No? —Reí con cinismo al tiempo en que lo miraba a los ojos sin pestañear. Él hacía lo mismo.

Tenía los dientes apretados, podía verlo. Sus brazos rígidos y todo su cuerpo hecho un volcán a punto de estallar.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —Lo vi tragar saliva y quizá con ella todas las maldiciones que quería echarme, pero yo no podía hacer lo mismo.

—¿Por qué demonios le enviaste invitaciones a mi familia? ¿Por qué pagaste las deudas sin consultarme? —grité.

—Solo estoy cumpliendo mi parte del trato, cumple tú la tuya y déjame trabajar en paz. —Su voz era calmada pero tan llena de rabia como la mía.

—¿En qué parte del contrato decía que ibas a inmiscuir a mi familia en tu farsa?

—Es una boda real y como tal debe estar tu familia. Creí que lo tenías claro. Mi abuela es una arpía y sabría que algo anda mal si no están.

Seguía enfadado, pero a diferencia de mí tenía más control de sus emociones.

—¡Maldita seas, Clark Holland! —gruñí con furia—. ¿Cómo fuiste a atravesarte en mi camino? Te odio.

Frunció el ceño por unos segundos y luego relajó su rostro en un acto que no entendí hasta que abrió la boca de nuevo.

—No decías eso esta mañana cuando te follaba —soltó. ¡Maldito!—. Es más, gritabas mi nombre cuando te corrías. —Sonrió con malicia mirándome de arriba abajo.

—Eres un desgraciado. —Mis fosas nasales se ensanchaban por la ira corriendo hasta por mi respiración—. Que sepas que esta es la última vez que te lo advierto. No metas tus narices en mi vida. No vuelvas a hacer nada en relación a mi familia sin consultarme. ¿De acuerdo?

Rodó los ojos fastidiado mientras lo señalaba de forma amenazante.

—Está bien, futura señora Holland. No es para tanto. —Arqueó sus labios en una sonrisa—. No sé por qué siempre tienes ganas de pelear cuando es obvio que podemos pasarla muy bien. —Se lamió los labios.

—¡Jódete!

Me giré para irme, pero antes de llegar a la puerta recordé que aún había algo que aclarar.

—Ah, una cosa más. —Volví al lugar donde estaba—. Si te acuestas con esa zorra me enteraré y te juro que me revolcaré con Rocco y cuanto hombre me dé la gana, te lo juro.

No sé cómo, pero en dos zancadas lo tenía delante de mí.

—No te atreverías. —Tiró de mi brazo con fuerza.

—¿Eso crees? —Me reí en su cara—. Me acosté contigo cuando supe que Ben me engañó, ¿qué te hace creer que no haré lo mismo si tú me traicionas?

Cada músculo de su cuerpo se endureció. Sus ojos eran el reflejo de un macho alfa herido. Sus garras en mi brazo haciendo presión era una evidencia de su frustración, pero jamás fui un cordero, jamás. Tomé fuerzas y me solté sin apartarme del todo. Quería seguir viéndolo a la cara.

—Estás jugando con fuego —amenazó.

Sonreí a mis anchas.

—Tranquilo, señor Holland, no me quemo, soy candela pura.

Capítulo 28

Beth

Lo miré sonriendo, me miró con ferocidad, con rabia centelleando en su mirada oscurecida. El tiempo seguía pasando mientras nuestros ojos eran dos espadas envueltas en llamas que luchaban hasta la muerte.

Giró su cuerpo dándome la espalda y vi cómo se frotaba la cien. Respiré como si no lo hubiese hecho en años, había ganado esa batalla.

—Está advertido, Holland. No debería arriesgarse a morir en la guerra.

Me di la vuelta dando pasos firmes para largarme de su oficina, pero claro, Clark tenía otros planes. Pronto me vi con la espalda pegada a la puerta, con su figura imponiéndose delante de mí y sus manos formando una prisión a cada lado de mis hombros para que no pudiera escapar.

—¿Quieres volverme loco, Elizabeth? —fue casi un susurro, pero cada palabra llevaba consigo una tonelada de furia y otra de deseo.

—¡No! —Levanté el mentón—. Quiero que, así como me exiges respeto, me respetes. Si no rompes la regla de fidelidad por este año, todo estará bien y claro, si dejas de comportarte como un idiota entrometido.

Inhaló con fuerza manteniendo la mirada fija en la mía. Movió su cuerpo hasta rozarlo con el mío. ¡Maldito!

—No me he cogido a nadie después de nuestro acuerdo, soy un hombre de palabra. Solo me interesa follarte a ti.

El palpitar de mi corazón se volvió un desastre cuando sentí su dureza haciendo fricción con mi abdomen. Me lamí los labios casi inconscientemente. Sus ojos abandonaron los míos para recorrer mis labios hasta posarse en el comienzo de mis pechos. Los tres botones abiertos de mi camisa lo dejaban apreciar mi piel tersa. Me tragué las ansias que me provocaba su cercanía y controlé mi impulso de besarlo.

—Vaya, *jefe*, se pone usted muy duro cuando lo mando a la mierda.

Sonrió perverso y luego se apartó. No sé por qué me sentí decepcionada. Caminó hasta sentarse en su sillón y reclinarse dejándome ver con descaro su potente erección que se marcada sobre su pantalón. Yo seguía allí, mirando con deseo todo lo que tenía para ofrecerme.

Unos toques en la puerta rompieron la tensión o al menos la disminuyó. Me aparté de la misma cuando vi a Clark acomodarse metiendo sus piernas debajo de su escritorio. No me fui y no sé por qué, solo me senté en su sofá de piernas cruzadas.

—¡Adelante! —dijo Clark y su secretaria apareció nerviosa.

—Señor Holland, disculpe, pero es hora de su reunión por videollamada, lo esperan.

—Bien, puede irse.

La mujer salió con la mirada en el piso. Era más que obvio que la intimidaba y no era extraño si la trataba como me trató a mí en la empresa de cosméticos.

—¿Qué le has hecho a esa pobre mujer?

—¿De qué hablas?

—Ni siquiera puede mirarte a los ojos.

—No es mi culpa que no tenga carácter y que de paso sea un completo desastre. Ni siquiera sé por qué sigue trabajando aquí. —Desvió su mirada a su ordenador y lo abrió—. Voy a entrar a una reunión muy importante, debes irte.

¡¿Perdón?! Otra vez estaba dando órdenes. ¿Cuándo iba a entender que yo no funcionaba así? Me quedé observándolo mientras presionaba teclas y una voz terciopelada empezó a sonar, una

mujer. Seguida de una gruesa y apaciguada que obvio no podía ver desde donde estaba, un señor de edad, quienes se estaban reuniendo con él.

Me echó una última mirada antes de empezar a hablar con frialdad. Parecía otro hombre diferente al que se quedaba embobado con mi silueta. Un hombre calculador y estratega.

Durante cinco minutos lo escuché dando órdenes por un lado y por otro, hablando de un nuevo trato. No tenía idea de lo que hablaba, la verdad, pero si de algo estaba segura era que estaba incómodo por mi presencia allí en medio del amor de su vida: su trabajo.

Me levanté para irme, pero... un pequeño demonio pervertido se afloró en mí. Sonreí cuando una idea retorcida pero placentera se me pasó por la cabeza. Me dirigí a la puerta y puse seguro. Noté sus ojos sobre mi cuerpo cuando se dio cuenta de mi acto.

Caminé despacio como quien asecha a su presa. Al llegar a la esquina del escritorio tomé el atrevimiento de presionar un par de teclas con rapidez hasta dejar solo el audio y apagar la cámara. Un «qué haces» se dibujó en sus labios en voz baja. Le guiñé un ojo y enseguida estaba de rodillas tirando de su silla para tener acceso a lo que deseaba.

Su respiración se detuvo, pude notarlo. Sus labios apretados y la fuerza que ejercía en sus músculos para controlarse me hicieron morderme los labios.

—¡Señor Holland! —la voz masculina del otro lado ni siquiera lo hizo reaccionar. Estaba inmóvil, con los ojos bien abiertos, observando cada uno de mis movimientos. Le di una sonrisa ladeada mientras seguía mi camino hasta el cierre de su pantalón—. Señor Holland, ¿me escucha? —agregó el hombre.

—Sí, yo... lo siento, tuve un problema con la cámara, pero lo escucho —se excusó. Yo desabroché su pantalón y casi gimió—. Continuaremos... continuaremos así. Prosiga.

Intentaba sonar calmado, pero podía sentir cómo su cuerpo vibraba con mi contacto. Pronto me vi a mí misma liberando su majestuoso falo que saltó en mi cara buscando mi boca. Me lamí los labios en un acto de deseo. Sus ojos seguían mis gestos y estaba completamente segura de que no escuchaba lo que decían las voces de las personas en la pantalla.

El azul grisáceo de sus orbes se tornó más oscuro. Sus manos apretaban con fuerza los extremos de su sillón. Sus labios, joder, sus labios se relamían incitándome a besarlo. Lo necesitaba, aunque fuera solo un momento, lo necesitaba.

Mi mano se cernió sobre su miembro dando suaves masajes, al tiempo en que me ponía de pie con lentitud hasta llegar a sus labios que me recibieron con una fiesta en donde mi lengua era la invitada de honor. Una danza erótica y necesitada se bailó en el interior de nuestras bocas emanando un calor infernal que llegaba a cada puto rincón de nuestro cuerpo. Mis pezones reaccionaron con brusquedad. Deseaba con ansias su atención, pero tenía otros planes.

—¡Joder, Elizabeth! —susurró en mis labios mientras las voces seguían su curso.

—Señor Holland, ¿no debería contestar a la pregunta que le están haciendo? —Mi voz baja y jadeante le aceleró aún más el corazón.

Sonreí con maldad cuando su rostro se deformó al entender mis palabras. Me deslicé por su cuerpo hasta volver a estar de rodillas mientras Clark le pedía a esas personas que repitieran la pregunta y en medio de su respiración irregular, logró contestar. Su mirada no se apartaba de la mía. Mi boca se secó sintiéndolo tan duro entre mi mano. Sonreí como zorra cuando mi lengua palpitó con deseo abriéndose paso entre mis dientes para saborearlo.

Gruñó en silencio cuando me vio abrir la boca y posarla con suavidad sobre su carne rosada,

húmeda y caliente. Dios, sabía delicioso.

Mi lengua envuelta en su glande dibujaba constelaciones suaves pero intensas que doblegaban su fuerza y me hacían sentir su diosa aun cuando estaba de rodillas ante él. Lo lamí con hambre de sentirlo más excitado, más profundo y como si lo supiera, empezó a empujar haciéndome vibrar a la par de los temblores en su cuerpo que intentaba contener para no hacer ruido.

—¡Señor Holland! —de nuevo la voz masculina en el ordenador lo llamaba, pero él no podía escucharlo, mucho menos cuando mis lamidas se convirtieron en succiones salvajes y vehementes. Cuando sus movimientos casi involuntarios arremetían contra mi boca y mis ojos brincaban en su rostro deleitándome con sus gruñidos ahogados. Su mano envuelta en mi cabello intensificaba la rudeza de sus convulsiones contra mí, provocando que rasgaduras de placer cubrieran toda mi piel ardiendo. Su polla rebotaba en mi garganta y no me importaba, lo estaba disfrutando. Su sabor era como ningún otro y su calidez me hacía humedecer el coño casi a chorros. ¡Mierda!

—¡JO-DER! —Su voz alzó un bufido en el mismo instante en el que golpeaba su ordenador cerrándolo de golpe.

Risas, sí, una gigantesca risa se elevó en el aire cuando me aparté con descaro. No podía aguantar las carcajadas cuando me puse de pie. Lo había logrado, había arruinado su reunión desconcentrándolo cuando siempre se preciaba de ser el mejor profesional.

—Eso ha sido interesante —bufé limpiándome los labios y guiñándole un ojo para luego girarme con la intención de dejarlo caliente.

—¿A dónde crees que vas? —Y ya era tarde. Me tenía presa de la cintura dejándome de espalda contra su pecho y mordisqueando mi oreja.

—Tengo que trabajar. —Quise sonar firme, pero mi corazón ya corría un maratón a un ritmo impresionante.

—Sí, lo harás, pero cuando termines lo que empezaste, menuda hechicera.

—¿Hechicera? ¿Medusa? ¿Bruja? ¿Diosa? ¿Cuál de todas soy para ti, Holland? —casi jadeé las palabras mientras sentía la calidez de su legua sobre la piel de mi cuello y sus manos deshaciéndose del cierre de mi pantalón.

—¡Todas! —Besó mi hombro—. Eres todas ellas juntas, Elizabeth Shaine. ¡Todas!

No pude decir nada, mi respiración se cortó. De inmediato sentí un tirón brusco y sin más, ya me tenía reclinada con mi mejilla apoyada en la tapa de su ordenador y el culo en pompa con los pantalones y las tangas hasta mis muslos.

—¿Quieres jugar? —Palmeó mis nalgas—. Yo sé hacerlo —siseó abriendo mis piernas.

—¡Bestia! —gemí cuando lo sentí hundirse con fiereza dentro de mí sosteniéndome de las caderas para elevarme aún más. ¡Una bestia que me fascinaba!

—Lo tomaré como un cumplido —bufó y luego, acomodando mi cuerpo a su antojo, empezaron las salvajes, precisas y criminales embestidas contra mi coño.

Sentía su polla entrar y salir, entrar y salir, llamándome de su hombría. Mis manos se aferraron a la madera mientras jadeaba sin importarme dónde estaba. El sonido agresivo de su pelvis chocando contra mí me aceleraba aún más. Me puse de puntillas para darle más acceso al tiempo en que mis grandiosas caderas empezaban a moverse como la diosa que siempre fui. Un «me vuelves loco» salió de sus labios con rabia y placer. Sus dedos se hundían en mi piel al punto de doler, pero no me importaba.

—¡Clark! —gemí—. Dame más, quiero más de ti.

Sí, yo tampoco sé de dónde salieron esas palabras, era como si mi cuerpo controlara mi mente sin importarle quebrantar mi ego. Seguía doliéndome todo el cuerpo y aun así lo deseaba. Mínimo ese idiota me volvió ninfómana.

—Sí, Elizabeth, sí —su voz ronca apenas era audible por su agitaba respiración—. Voy a darte más —Una embestida mortal que me llevó a tocar las estrellas y a arder en el fuego del infierno a la par—. Tómalo, bruja, tómalo todo de mí —Una, dos, tres... cien estocadas llegándome hondo.

—¡Ahhh! ¡Clark...! —gimoteé.

Cada uno de nuestros movimientos aniquilaba mi aliento. Mi corazón era un caballo desbocado. Casi saboreé el sabor de mi sangre mientras me mordía los labios por la brusquedad de sus estocadas. ¡Joder! ¡Me gustaba la bestia que tenía detrás empotrándome! Me gustaba que me follara después de una discusión. Me gustaba sentirlo dentro de mí. Me gustaban sus gruñidos cuando no podía contenerlo más.

No sé exactamente cuántos minutos pasaron cuando sentí que iba a estallar en mil pedazos. Cuando lo escuché maldecirme y a la vez adorarme como un ser supremo. Moví mis caderas con más ímpetu, me apabulló con la rudeza de la colisión de nuestros cuerpos. Éramos dos camiones cargados corriendo a toda velocidad en direcciones contrarias hasta fundirnos uno con otro y explotar. Y lo logramos. Nos fundimos en el deseo, en la ira que había dejado nuestra pelea, en las ganas de disfrutar el placer absoluto de conectar nuestras pieles volcánicas. Reventamos con espasmos y más que complacidos por un polvo rápido, pero intenso.

—Dios, eres... —respiró—, una droga, Elizabeth. Una jodida droga y me estás volviendo adicto a ti —jadeó sobre mi hombro.

«Respira» me dije, pero el aire seguía sin llegarme del todo a los pulmones. Me sentía liviana como una pluma. Mi cuerpo temblaba y por más que quería, no lograba controlarlo.

—Y tú eres un animal salvaje —refunfuñé como si no fuera eso lo que me estaba llegando hondo, lo que me encantaba.

—Sí —rio en mi oído, succionó mi lóbulo mandando electricidad a mi entrepierna y luego se incorporó—. Un animal que sabe saciar tus deseos de loba hambrienta.

Me mordí los labios consciente de que tenía razón. Consciente de que, aunque las piernas me temblaban, su cuerpo era un imán que seguía llamando al mío. Consciente de que si yo era una droga para Clark Holland, él se estaba convirtiendo en mi vicio, en mi puto vicio.

Capítulo 29

Beth

Los dos días siguientes fueron extraños en casa. Aunque la verdad apenas veía a mi futuro esposo. Yo llegaba tarde y más que cansada por estrés del caos laboral, él aún más.

Mi equipo y yo nos estábamos esforzando demás porque en pocos días tendríamos una nueva reunión con la empresa de cosméticos, es decir, con el perfeccionista Clark Holland, quien de hecho, se comportaba raro. Parecía molesto y cuando me atreví a preguntar solo dijo que tenía problemas en una de sus empresas. Le di su espacio y valoré bastante tener el mío, aunque es imposible negar que ansiaba volver a tenerlo encima de mí.

—Tierra llamando a mi leona salvaje —la voz cantarina de Rocco me devolvió a la realidad —. Estás distraída.

Era de noche y estábamos en un pequeño restaurante al aire libre en el que fuimos todo el equipo, aunque solo quedábamos él y yo. Loly y Neithan acababan de irse.

—Sí, es solo que estoy muy cansada. Hemos trabajado demasiado. —Miré el reloj, eran las ocho—. Debo irme, estoy agotada y necesito descansar.

Me miró serio, supuse que buscaba algo en mi expresión. Luego sonrió como tonto. Sí, así de peculiar era.

—Mañana es sábado, no tenemos trabajo, aprovecha para descansar. —Tomó mi mano—. ¿Por qué no te quedas un rato más? Ya tendrás todo el fin de semana libre.

—Rocco, ¿qué estás haciendo? —Miré su mano sobre la mía.

—¡Nada! —Se encogió de hombros sonriendo como un angelito—. Somos amigos o lo que tú quieras. Me gusta compartir contigo.

Lo miré y no pude evitar sonreír al ver los pequeños pliegues en sus ojos por su sonrisa gigante. Podía ser tan encantador, pero por supuesto que no lo dejaría avanzar.

—Lo siento, guaperas colombiana —aparté mi mano con sutileza—, pero tengo que irme. Mi cuerpo ya no puede más.

—Estoy seguro de que sí. —Me guiñó un ojo provocando que yo pusiera los míos en blanco —. Vale, vale, no te insisto, pero sabes que puedo hacer que te relajes.

—¡Rocco!

—¿Qué? Solo digo que puedo llevarte a bailar, mal pensada. —Sonrió divertido—. La Beth que conozco le gustan las fiestas y perrear hasta abajo.

—Tenemos mucho trabajo.

—Eso nunca ha sido una excusa. Creo que estás estresada porque nuestro cliente es tu futuro esposo, pero no dejes que nada de esto opaque tu esencia. Sal, baila, bebe y haz lo que te dé la gana, como siempre. Olvídate del trabajo por un día y embriágate. Esa es mi leona, mi Beth.

Lo miré reconociéndome en sus palabras. Tenía razón, aunque siempre fui muy profesional con mis proyectos también sacaba tiempo para divertirme y desde que Clark apareció en mi vida todo era estrés.

—Vale, hagamos algo. Si la reunión del lunes sale como queremos, nos iremos a celebrar el próximo fin de semana.

—¿Tú y yo? —preguntó coqueto.

—Todo el equipo —aclaré—. Y deja de mirarme como si en cualquier momento fueras a atacarme a besos.

El sonido de su carcajada se elevó con gracia.

—Ganas no me faltan.

—¡Rocco!

—Vale, vale. —Levantó los brazos en señal de rendición—. Lo que usted diga, mi leona.

Negué con la cabeza poniéndome de pie mientras él seguía sonriendo como tarado. Me despedí con un beso en la mejilla que por suerte respetó. Por un instante pensé que querría besarme en los labios. No lo hizo y lo agradecí.

***

Mientras manejaba, las luces de las calles que me conducían a casa parecían tintinear llevándome a recuerdos que quisieron atraparme, pero lo evité. «Corre, Beth, nunca dejes de correr» me dije una vez y desde entonces no he dejado que me arropen o terminaría vuelta mierda.

Llegué a mi destino sin contratiempos. Como en los dos últimos días Clark no estaba. No supe si sentirme aliviada o decepcionada. El ambiente era como siempre. A veces sentía que el tiempo no había pasado desde que me mudé allí, pero sí que lo hizo y de pasó se llevó consigo tanto de mí.

Cogí una ducha rápida y luego me puse un pijama que consistía en unos pantalones cortos de lana color ámbar y una camiseta de tirantes blanca.

Cuando me metí a la cama recordé a Rocco. Tenía razón, necesitaba alcohol en mi sangre. Necesitaba ser yo. Salté como niña y me dirigí al salón. Encendí el pequeño altavoz que estaba en el viejo estante. Lo conecté a mi móvil poniendo mi *playlist*.

Mis caderas empezaron a moverse al ritmo de Drive de Bang Chan y Lee Know. *¡Vodka!* Me gritó mi cuerpo. Corrí a la cocina, cogí la primera botella que encontré y me la llevé a la boca sin siquiera fijarme en lo que era.

—¡Maldición!

El aguardiente que me obsequió Rocco me rasgó la garganta con furia. «¿Para qué mierda me regaló eso?» Miré la botella por un instante y luego me encogí de hombros antes de volver a empinarla.

Adele, Pink, Karol G, Pitizion, Sia, Marc Antoni y Romeo Santos inundaron mi piso mientras bailaba cada ritmo, cantaba como loca y tomaba como si no hubiese un mañana. Cómo amaba mi libertad y la facultad que siempre tuve para sentirme viva en medio de mi soledad.

—¡Mierda! —siseé un rato después cuando noté la figura recostada en la puerta que me miraba serio.

Me sentía tan contenta, y a decir verdad un poco tomada, que ni siquiera me di cuenta de que Clark estaba allí. ¿Cuánto tiempo llevaba viéndome?

Miré la botella en mi mano dispuesta a tomarme lo que quedaba de un solo trago para bajarme el susto que me dio el imbécil, pero cuando lo intenté su mano me la arrancó de un tirón dejándola sobre la mesita del centro.

—¿Qué carajos te pasa? ¿Por qué tomas de esa manera?

—¿Perdón? —Me indigné.

Parecía molesto y algo me decía que no se trataba del hecho de que yo estuviera tomando de esa forma. Respiró hondo, me miró con furia y luego se giró para irse a su habitación.

—¿Qué pasa contigo?

No fui consciente de que mi mano lo había tomado de la muñeca hasta que miró mis dedos rodeándolo. Y no, no estaba ebria, aunque sí que ya me sentía un poco mareada.

No dijo nada, solo se perdió en mi rostro. El azul grisáceo de sus ojos parecía más oscuro y con un brillo extraño que no le había visto antes. Su expresión emanaba un sinfín de emociones extrañas.

«¿Por qué carajos está enfadado?» Pensé.

Pasaron eternos segundos mientras su respiración se agitaba como si algo lo golpeara desde dentro. No entendía ni mierda e iba a volver a preguntar cuando, en un movimiento brusco, se soltó de mi agarre y me arrastró a su cuerpo hasta clavar su ágil lengua dentro de mi boca.

Su mano derecha se escabullía con destreza por mi espalda debajo de mi camiseta. La otra se enredaba en mi cabello con fuerza. Sentí que me dolía el cuero cabelludo por la forma en que tiraba de mis hebras, pero no me importaba. El fuego que emanaba de sus labios compensaba todo. De hecho, lo hacía más excitante.

Me aferré a su cuello con el anhelo de sentirlo más, si eso era posible. Succioné su labio inferior sin delicadeza. Su lengua se envolvió con la mía como dos serpientes venenosas. Mi cuerpo ardía en ganas de tenerlo entres mis piernas. Las ansias de verlo lamer y atiborrarse de mi coño me descontrolaba.

—¡Clark! —jadeé su nombre, pero entonces pasó...

—¡Maldición! —Se apartó con rapidez. Luego curvó su mano para dejar mi mentón en el medio de su índice y su pulgar, presionando mis mejillas—. ¿Qué diablos estoy haciendo? —gruñó envuelto en ira. Sus ojos chispeaban de rabia e impotencia, pero ¿por qué?

Quise hablar, sin embargo, me quedé con los labios abiertos cuando me soltó para volver a salir por la puerta de mi piso vuelto un perro rabioso.

No sabía si el alcohol tenía que ver, pero mi cerebro echaba chispas. Mi cuerpo era un manojo de nervios mezclado con las ganas de su piel. ¡Maldito! ¿Cómo se atrevió a dejarme así y por qué estaba tan molesto?

Apagué la música con ganas de romperle la botella de aguardiente en la cabeza al tarado que acababa de salir. Me conduje a mi habitación con dudas que no podía resolver y con unas terribles ganas de follar.

Me dejé caer en la cama mirando al techo. Sus besos llegaron a mi mente como un tsunami devastador. La sensación de tener sus dedos en mi piel hacía que me mordiera los labios. Mi coño latió con fuerza cuando imaginé su cuerpo desnudo chocando con el mío. ¡Joder!

Mis manos empezaron a moverse por inercia escabulléndose por debajo de mi camiseta de tirantes. Mis pezones erectos fueron envueltos entre mis dedos al tiempo en que imaginaba su boca bordeándolos con hambre.

Mientras mi mano izquierda masajeaba uno de mis pechos, la derecha recorría con lentitud mi abdomen hasta perderse entre mi pantalón. Tiré del látigo de mis bragas hasta llegar a la humedad de mis pliegues. Dos de mis dedos se resbalaron en mi entrada completamente lubricada. Mi espalda se arqueó en el acto. Mis dedos entraban y salían, mientras mi pulgar hacía movimientos circular y presionaba sobre mis nervios del placer.

—Umm —gruñí haciendo de mis movimientos más precisos, más intensos.

Cerré los ojos dejándome llevar por la agilidad de mis dedos, por las sensaciones que me provocaban, hasta que sentí una sensación extraña.

—No pares —dijo el hombre de pie en la puerta cuando mi mirada se centró en él y su expresión lasciva.

Sonreí con malicia.

—No... no pensaba hacerlo —jadeé.

Continuaba dándome placer cuando lo vi desabrochar su pantalón hasta liberar su hombría que saltó cuán prisionero que le dan su libertad. La boca se me hizo agua, me moría por probarlo, pero estaba más concentrada en darme el placer que él no quiso darme.

Me lamí los labios mientras mis dedos hacían su trabajo aumentando el ritmo de a poco. Clark seguía en la puerta, pero sus ojos seguían clavados en mí al tiempo en que su mano se deslizaba de arriba abajo por su falo. Su mirada estaba oscurecida y mi cuerpo empezó a removerse por el placer.

—¡Joder! —gruñí cuando mis dedos cogieron vida propia y arremetieron sin piedad contra mi clítoris con movimientos oscilatorios, intensos, precisos, caóticos y malditamente placenteros.

—¡Córrete, diosa, córrete para mí! —Le escuché decir en la poca distancia, pero dejé de escucharlo cuando mi espalda se curvó aún más, cuando mi respiración se volvió insostenible y mi mano libre se enterró en las sábanas al tiempo en que mis caderas también se movían buscando lo que tanto añoraba.

—¡Dios! —Y entonces estallé, me volví nada sobre mis dedos recordándome que yo también podía darme placer.

—Me vuelve loco ver tu cara cuando te corres —su voz llenó todo el espacio haciendo que abriera los ojos y cuando me encontré con los suyos vi el momento exacto en el que él también se dejó ir, el instante en que un temblor lo arropó y el olor a orgasmos llenó toda la habitación.

Y allí, sin tocarnos pero sumidos por una intimidad que no había tenido con nadie. Allí, con mi espalda sobre la cama, con espasmos en mis músculos, con la respiración entrecortada y el corazón latiendo de forma irregular, no pude evitar sentir que algo dentro de Clark no estaba del todo bien en el momento exacto en el que me miró a los ojos con las mismas emociones que yo, pero con destellos de... ¿culpa?

No entendía una mierda y tampoco tenía fuerzas para poner a funcionar mi cerebro a esas horas, pero esa mirada fue una espina que se clavó con profundidad en mi cabeza sin que siquiera me diera cuenta... Fue como ese pequeño hilo suelto que sobresale de la tela de nuestra ropa y que si tiramos podemos incluso deshacerla. ¿Podía yo descifrar lo que vi esa noche en los ojos de Clark? No lo sabía con certeza, pero claro que iba a intentarlo.

Capítulo 30

Clark

Horas antes...

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó mi padre al teléfono.

—Papá, no tiene caso que hable de esto contigo.

—Por supuesto que lo tiene. Te conozco y sé que no te quedarás quieto luego de saber lo que me hizo tu abuela, mi madre. Y la verdad no quiero que hagas nada.

Me tensé.

—Papá, no te preocupes, no haré nada —mentí.

—Clark, por favor. Mi madre es peligrosa. Si fue capaz de actuar de esa forma conmigo que soy su hijo, no quiero pensar...

—Papá, no haré nada.

—Promételo, por favor. No sé cuáles sean sus intenciones sobre amenazarme de mandarme a la cárcel, pero... hijo, por favor.

Respiré hondo.

—Lo prometo —volví a mentir—. Ahora tengo que dejarte.

Colgué con la furia abrumando mi respiración. Mi padre era tan inocente. Claro que sabía cuáles eran las intenciones de la anciana. Controlarme. Se dio cuenta de que ya no era un chiquillo sino un hombre que ya no le hacía caso ni tomaba en cuenta sus opiniones. Era inteligente. Sabía que no dejaría la empresa por la promesa que le hice a mi madre de velar por el legado familiar, además de que no le convenía que lo hiciera porque siempre fui la persona más capacitada para liderar nuestro imperio.

El cuento de querer dejar a Stick como presidente de las empresas solo era porque quería demostrarme que tenía poder sobre mí y lo tenía por todas sus artimañas, pero la vería de rodillas ante mí rogándome piedad y no, no la tendría.

Miré el reloj y era más de las ocho. Últimamente tenía tanto trabajo que se pasaba el tiempo volando. Sobre todo con el problema que tenía con una de las empresas.

¡Elizabeth! Su nombre llegó a mi cabeza y se impuso. Siempre lo hacía cuando tenía un solo segundo libre y empezaba a molestarme la forma en la que me estaba obsesionando con su cuerpo.

Revisé algunos documentos importantes para ocupar mi mente. Los últimos dos días llegaba muy tarde a ese hueco que ella llamaba hogar, pero esa noche mi cuerpo me pedía a gritos que fuera por ella. Que dejara de frenar mis instintos y que la follara como nunca. Dejé los papeles a un lado y me puse de pie con la intención de largarme a por un buen polvo, pero entonces la puerta se abrió dándole paso una escultural trigueña con una chaqueta abierta que me dejaba ver su preciosa ropa interior de encaje.

¡Jo-der!

Cuando estaba entrando a la adolescencia mi madre hablaba del cielo y del infierno. De los ángeles y de los demonios, pero desde que me convertí en un hombre comprendí que los demonios caminan por la tierra con cuerpos esbeltos y cintura perfecta. Ruth era un demonio tentador que apareció esa noche como una trampa del destino para probar mi fuerza de voluntad.

Su mirada traviesa estaba ligada a sus delicados pasos que la llevaban a mí.

—¡Cariño...!

—¿Qué haces aquí? —La frené tomándola de las muñecas cuando sus brazos intentaron rodearme el cuello.

—¿Por qué me tratas así? —Hizo un puchero—. Yo soy la que debería estar enfadada, sin embargo estoy dispuesta a perdonarte si dejas a esa estúpida y te casas conmigo.

—Ruth...

—Me pone triste que no me lo hayas pedido a mí en vez de a esa perra. Yo te amo, ella no.

Su voz sonaba dulce y a la vez cargada de veneno.

—Ruth...

—¡Shhhh! —Se soltó de mi agarre y llevó sus dedos hasta mis labios para silenciarme—. No digas nada, podemos hablarlo cuando hayamos disfrutado de un estupendo sexo. —Cogió una de mis manos y la llevó a uno de sus pechos.

Unos segundos después, al ver que no reaccionaba como ella quería, plantó sus rodillas en el piso.

—Puedo darte lo que nadie puede darte, Clark.

Sonrió cuando intentaba quitarme el cierre de la correa, pero aunque ella era preciosa y buena en la cama, mi cuerpo solo quería a una sola persona. Solo ansiaba a unos labios que me probaban con rudeza. A una mujer que me tentaba, me hacía rabiar y me llevaba al límite. Mi cuerpo y todos mis sentidos solo querían a Elizabeth Shaine.

—Ruth —Me aparté logrando que su rostro cambiara de expresión—. Ven, levanta—. La ayudé a ponerse de pie.

—¿Qué sucede? —Me miró confusa intentando acercase de nuevo, pero la evité.

—Escucha, no me interesa nada más contigo. ¿Vale? Yo...

—¿Es una broma? ¿Me estás dejando por esa zorra demente? —Sus ojos emanaban furia y yo me quedé en silencio cuando su tono de voz empezaba a alzarse—. Por Dios, Clark, yo soy la mujer para ti. Solo yo puedo hacerte feliz y lo sabes. Somos la pareja perfecta y no voy a dejar que esa idiota lo arruine.

—Ruth...

—Yo te amo y esa zorra es una interesada que quiere tu dinero y nada más. —Empezó a gritarme. Un error garrafal—. Eres un hombre inteligente, pero te estás comportando como un idiota delante de esa perra maldita que quiere quitarme lo que es mío.

—¡Suficiente! —Me cansé de sus tonterías.

—Pero Clark... —Bajo su voz y se acercó hasta llevar su mano a la solapa de mi saco.

—He dicho que basta. —Tomé sus muñecas esta vez con mucha más firmeza—. Escúchame bien porque no pienso repetírtelo. No soy tuyo ni de nadie y esa mujer a la que llamas zorra será mi esposa te guste o no. ¿Lo entiendes?

—Pero ella solo quiere tu dinero y yo...

—Tú también lo quieres, no te hagas la inocente.

—No...no es cierto. —Se removió queriendo soltarse, pero no se lo permití—. Me haces daño.

—Te lo haré de verdad si te metes en mis asuntos. Nunca te mentí. Cuando viniste aquí a ofrecerte a mí como mercancía te dije que solo era sexo y parecías más que complacida, así que no me vengas con idioteces.

—Me estás tratando como yo fuera...

—¿Qué? ¿Una zorra? —La miré de arriba abajo—. Solo mírate. Viniste aquí a ofrecérteme a pesar de que supiste que voy a casarme. Ya no me interesa ni siquiera un polvo contigo. Deja de fastidiar. —La solté con ira. Había logrado empeorar mi humor.

Se acariciaba las muñecas mirándome con odio. Ironía, ¿no? La mujer que minutos atrás decía quererme me miraba como si hubiese querido asesinarme.

—Esto no se quedará así, te vas a arrepentir...

Di dos pasos hasta ella dejando mi rostro muy cerca del suyo.

—¿Te atreves a amenazarme? —inquirí molesto. Ella pestañeó rápido con el mentón contraído de la rabia—. Yo siendo tú pensaría muy bien lo que dices. Si más no recuerdo acabas de firmar un nuevo contrato con mi empresa.

—No te atreverías —siseó. Sonreí.

—Se nota que no me conoces. Mete tus narices en mis asuntos y te juro que no volverás a modelar en tu puta vida —le aseguré y me miró aterrada de mi amenaza—. Ahora vete.

—Clark...

—¡Que te largues!

Sus ojos se nublaron por la ira que la invadió y agradecí que saliera de mi oficina, no estaba para lidiar con estupideces.

Me froté la sien, incómodo. Volvía a dolerme la cabeza. Esa tonta sin tres dedos de frente, en plan víctima, me ponía de los nervios. Mi móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué para encontrarme con la cara de Emily en la pantalla. Colgué de inmediato. Lo último que quería era escucharla. Siempre se creyó mi conciencia y no quería que nadie se entrometiera en mis planes.

Salí de mi oficina y unos minutos después del edificio. Le había dicho a Julián que se fuera, pero allí estaba esperándome en el aparcamiento.

—¡Señor!

—¿Cuándo dejarás de llamarme señor? ¿Y qué haces aquí?

—Eres mi jefe y pensé que como en estos días has estado trabajando demasiado quizá estarías cansado para conducir.

—Soy tu amigo antes que jefe y lo sabes.

—Sí, pero...

—Vaya, vaya, con que aquí sigue el señor Holland. —La voz de Emily me hizo maldecir por dentro. Cuando se lo proponía podía ser una garrapata.

—Hola, Emy —dije resignado ante su presencia.

—¿Hola, Emy? Tenías años sin llamarme así. Supongo que es tu forma amable de decirme que no te moleste ¿Por qué no contestas el puto móvil? —Miró a Julián—. Ah, hola tú.

La tensión entre esos dos a veces era latente. Habían estado juntos un tiempo y no había funcionado. Aunque no fue una sorpresa para mí. Emily era como dinamita y Julián siempre fue la tranquilidad en persona.

—Hola, Emily. ¿Cómo estás?

—Estaría mejor si tu amigo y jefe fuera un poco considerado y contestara las llamadas. —Se cruzó de brazos. Julián y yo nos miramos sabiendo que en cualquier momento iba a explotar.

—Te espero en el coche —dijo Julián dejándonos solos el muy traidor.

—¿Qué quieres, Emy?

—Hablar contigo.

—Estoy cansado.

—Ja, no me puede importar menos. Llevas días esquivándome y solo me hablas para el trabajo. Soy tu mejor amiga. ¿Cuándo me vas a decir lo que sucede?

—Ya te dije que no pasa nada. Deja de actuar como loca obsesiva.

—¿Crees que me ofendes o que cambiaré de opinión? Te conozco y sé que algo tramas, así que dímelo de una vez.

Me froté el puente de la nariz, agobiado. Quería a Emily, era una de las personas más importantes en mi vida, pero cuando se ponía así deseaba ahorcarla.

—Deja de formarte películas en la cabeza, no está pasando nada.

—Clark... —Se acercó a mí y puso una mano en mi hombro—. Te quiero mucho. Sabes que puedes confiar en mí. Aunque me niegues que algo te pasa, sé que me mientes. Puedo verlo en tus ojos y me preocupa porque nunca me has ocultado nada. Me preocupa porque nunca vi todo lo que veo en tus ojos hoy. Sé que tiene que ver con esa chica, Elizabeth.

—Emily, en serio no pasa nada —volví a mentir y sonrió.

—Vale. Lo entiendo, no vas a contarme, pero por favor, sea lo que sea que te pase, no hagas una locura. ¿Vale? —me pidió y asentí—. Sé que estás lleno de rabia por lo que descubrimos que hizo tu abuela, pero razona antes de hacer cualquier estupidez. Por favor.

—Está bien. —De nuevo una mentira.

Una desagradable sensación nació en mi estómago. Emily tenía razón, nunca le había mentido ni ocultado nada, pero conociéndola como la conocía era lo mejor. Si era insistente sin saber lo que pasaba por mi cabeza, lo sería aún más si lo supiera. De hecho, pensaría que estoy loco e intentaría que abandonara mis planes, aunque eso no iba a pasar.

Nos despedimos allí mismo. Me subí en la parte trasera de mi coche mirando por la ventanilla. Julián conducía en silencio. Sabía que estaba enfadado y necesitaba mi espacio.

Sentía rabia y coraje por todo. Por la familia que creí tener. Por la abuela y sus secretos. Por la ambición del dinero que lleva a personas que creías que te amaban a traicionarte. Estaba enfadado por Elizabeth, porque la deseaba, porque a pesar de saber que todo iba a acabar pronto, a pesar de ser consciente de que todo era una farsa que yo mismo había creado, la deseaba de una forma que no lograba controlar del todo.

Estaba cabreado con mi cuerpo por necesitarla y con mi mente por no dejar de reproducir su imagen miles de veces al día. Estaba enfadado porque siempre tenía el control de todo y ella era como un volcán que intentaba pero no podía contener.

Dicen que siempre hay una excepción a la regla y Elizabeth Shaine era la mía, aunque odiara eso con todas mis fuerzas.

Capítulo 31

Beth

Un olor extraño se coló por mis fosas nasales. Me removí incómoda en la cama sin querer abrir los ojos. Una sensación de dolor se afloró en mis caderas recordándome la intensa noche anterior y lejos de arrepentirme de algo, mis deseos carnales parecían ir en aumento. ¡Clark! *¿Qué maldita droga me había dado para que lo deseara tanto?*

Me froté la nariz intentando deshacerme de ese olor, pero pareció revolverse aún más. Abrí los ojos por obligación y al ver a mi lado el espacio vacío que dejó Clark sentí alivio. Sí, siempre fui bastante extraña. Despertar con alguien junto a mí era como tener que dar una explicación del por qué tendría que echarlo o por el contrario, quizá mucho peor, era la evidencia de un compromiso como cuando era novia Ben y dormía con él.

Resoplé fastidiada. Era sábado y se suponía que iba a descansar hasta tarde, pero el estómago me crujía del hambre y la peste continuaba aumentando. Me froté los ojos aclarando mi vista. Cogí el móvil que descansaba en la diminuta mesita de noche. Al encender la pantalla supe que no era tan temprano como pensé. Ya era casi medio día y yo seguía en la cama como una marmota. Me puse una sudadera que me llegaba a los muslos y salí al corto pasillo para dirigirme a la cocina, pero ese olor cada vez era más intenso. ¿Qué mierda?

Di solo un par de pasos para notar que lo que emanaba en el aire era pintura. Sí, mi piso estaba impregnado de pintura. Al terminar el pasillo vi la imagen que jamás pensé ver: un Clark Holland descalzo, en pantalones deportivos hasta las rodillas, con la parte superior de su cuerpo desnuda y salpicada de pintura gris. Con audífonos en los oídos y totalmente relajado mientras levantaba sus brazos con un rodillo pintando la pared.

¡Mierda!

No sé por qué, pero me parecía erótica esa escena en donde el guapo empresario Holland había desaparecido y en su lugar había un hombre sexy semidesnudo sin ese ego que me hacía detestarlo.

Me lamí los labios mirando su perfil sin que siquiera se diera cuenta de mi presencia. Parecía tan concentrado que no pude evitar esbozar una sonrisa traviesa. Era raro verlo deshacerse de sus ínfulas de dios y quedarse solo siendo un mortal, un candente mortal.

—Ah, buenos días —dijo con una hermosa sonrisa al notarme allí parada como idiota. Se quitó los audífonos. Yo fruncí el ceño, confundida.

—Eh, buenos días. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que a esto le llaman pintar. —Volvió a enfocarse en la pared y yo en la forma que hacían sus músculos con sus movimientos. Se veía tan...—. He comprado desayuno. También he hecho café aunque debe estar frío. —Me miró un instante muy sonriente mientras me enderezaba.

¿Desde cuándo sonreía tanto?

—Eh ¿gracias?

—Pareces confusa, Elizabeth.

—Supongo que tiene que ver con que estás pintando mi piso.

—Solo pago la apuesta. ¿Lo olvidas? —Dejó de pintar para centrarse en mí.

¡La apuesta! Sí, sí la había olvidado. Trabajo, sexo duro, trabajo, más sexo y mucho más trabajo. Sí, definitivamente lo había olvidado.

—Ah, es eso. Pues... —Me mordí el labio inferior y vi como sus ojos chispearon—. Creo que ambos la perdimos —Enarqué una ceja y él sonrió.

Caminó tres pasos para estar delante de mí.

—Entonces... —hundió su rostro en mi cuello inhalando mi aroma. Me tensé y no de mala manera—, ambos deberíamos pagar la apuesta. ¿No crees?

Me aparté aclarándome la garganta.

—Umm... me lo pensaré. Yo... tengo hambre. —Caminé hacia la cocina sintiendo sus ojos en mi trasero provocando que mi cuerpo reaccionara a su electricidad, pero lo ignoré.

Me centré en mi desayuno. Tostadas francesas, omelette, frutas, jugo y café. Todo lo que necesitaba para recuperar energías. Me miró por un par de minutos y luego volvió a su tarea.

El café pasaba por mi garganta mientras mis ojos no podían apartarse de la figura masculina que se movía de un lugar a otro y a diferencia de lo que pensé, se le daba muy bien. Dios, su trasero era espectacular. Saboreé el exceso de miel en mis dedos y casi sonreí con malicia cuando por un nanosegundo imaginé que no eran mis dedos, sino su polla la que abordaban mis labios.

—Supongo que estás pensando en algo delicioso para que tengas esa cara, pequeña pervertida. —Su voz me arrugó la piel y al mirarlo a la cara tenía tatuada una sonrisa llena de picardía.

Rodé los ojos sin darle importancia a sus palabras, aunque en el fondo tenía toda la razón.

—Si ya terminaste de desayunar ven a ayudarme —agregó.

—¿A qué?

Sonrió de forma extraña. Entorné los ojos buscando una respuesta, pero cuando quise darme cuenta, había llegado a mí y me había arrastrado al salón poniendo el rodillo de pintar en mis manos, para luego cubrirlas con las suyas mostrándome la forma de hacerlo. Por un segundo pensé en decirle que era muy capaz de hacerlo sola, pero decliné esa opción cuando sentí su pecho pegado a mi espalda. Su voz extrañamente suave en mis oídos indicándome cada movimiento y sus dedos sobre los míos haciéndome tragar en seco. Sí, preferí disfrutar el momento, después de todo era algo sin mucha importancia. ¿No?

Durante un rato todo fue bastante relajado, pero tuve que alejarme cuando sentí su dureza en mi trasero. Debía apartar las tentaciones si quería que termináramos de pintar aunque fuese el salón.

—Creo que ya aprendí cómo hacerlo sola. —Giré mi cuerpo quedando frente a él aún con el rodillo en la mano.

—Supongo que soy un buen maestro. —Se encogió de hombros como un niño chiquito.

¿Desde cuándo podía ser tierno?

—Yo diría que soy una estupenda estudiante. —Enarqué una ceja con media sonrisa en los labios.

—¿Ah sí? —Vi maldad en sus ojos, pero antes de que pudiera reaccionar su dedo estaba en mi mejilla manchándome de pintura.

—¿Qué haces? —Solté el rodillo en la bandeja y pasé mi mano por mi rostro para limpiarme.

—Nada —contestó travieso.

Fue cuando la demente que siempre habitó en mí emergió de lo profundo.

No tan profundo.

¡Cállate, conciencia!

—Así que quieres jugar. ¿Eh? —Lo amenacé con el dedo índice y notó mis intenciones.

—No te atrevas. —Se puso serio.

—Tú empezaste, yo solo terminaré el juego. —Reí malévolamente antes de inclinarme y

sumergir la palma de mi mano en la bandeja con el líquido gris y, sin darle tiempo a huir, la estampé en su pecho.

—¡Pequeño demonio! —dijo fingiendo estar enfadado, pero con las curvas de sus labios elevadas.

Y sin más me eché a correr en medio de carcajadas mientras Clark me perseguía para llenarme de pintura. Mis pasos ágiles me sirvieron por un par de minutos saltando por todas partes, pero él también era ágil, así que no tardó en atraparme lanzándome al sofá.

—Te tengo —siseó tomándome por las muñecas y juro que pensé que iba a besarme, pero se apartó un microsegundo volviendo a mí con las manos llenas de pintura llenándome las piernas y los brazos de esta.

—¡Clark! —me quejé, pero el muy idiota no paraba de reírse de mí.

Lo empuje con mis pies y terminó en el suelo ya que había movido la pequeña mesita. Parecía que le hacían costillas. Me lancé sobre él sentándome en su abdomen cambiándole la sonrisa de diversión por una de perversidad hasta que esta se transformó en una de terror cuando me vio alcanzar la bandeja completa.

—Elizabeth, no te...

¡Tarde! Le había vaciado toda la pintura en su pecho.

—Creo que he ganado. —Sonreí victoriosa aún sobre su abdomen.

—Eso ya lo veremos. —Volvió a tomar mis muñecas para girarme quedando mi cuerpo debajo del suyo.

Fue cuando pasó. Un debate de poder. Frotó su piel manchada contra mi sudadera para limpiarse. Yo forcejeaba intentando detenerlo, pero no podía parar de reír sobre todo porque él también lo hacía.

La última vez que mi hermano me visitó, sin querer, escuché una conversación que tuvo con su novia por videollamada. Dentro de todo lo que hablaron, nunca olvidaré algo que ella le dijo a Jeff. Le habló de las tormentas que habitan dentro de nosotros y lo difícil que podía ser calmarlas. En ese momento, aunque me quedó sonando, no le di mucha importancia, pero ese día, mientras gritaba, me removía y reía como loca.

»Mientras lo miraba cernido sobre mí con esos ojos hipnóticos detallándome, con esos labios ensanchados atravesándome la cordura, con su piel en contacto con la mía, justo ese día comprendí que también existen tormentas que vienen de fuera, que te azotan la piel y muy posiblemente el alma. Clark Holland era mi tormenta y no sabía si huir o abrazarla hasta fundirme con ella, porque, aunque no lo reconocía entonces, me gustaba, me gustaba más de lo que cualquier hombre me hubiese gustado en toda mi vida.

—Ven aquí. —Se puso de pie y me extendió la mano. Lo miré desconfiada—. No te voy a morder. —Sonrió ladeando la cabeza.

—Eso dices, pero siempre terminas... —Me callé correspondiendo a su agarre para ponerme de pie.

—¿Qué? —Enarcó una ceja aun sonriendo.

—Terminas con tu boca metida en mi entrepierna.

Una carcajada vivaz lo desbordó.

—Eso no suena nada mal, ¿o sí?

—No, la verdad es que no.

—Ven, vamos a lavarte...

Me llevó de las manos a la cocina. Cogió una toalla húmeda y empezó a recorrer mi rostro con ella. Lo hacía tan despacio y con tanta delicadeza que no podía evitar mirarlo como boba. Nunca imaginé que una bestia como él podía ser tan delicado. Sus ojos me observaban con ternura y un vuelco en el estómago me hizo estremecer.

—Eres preciosa —susurró cuando me limpiaba el mentón.

—¡Lo sé! —Sonreí.

Nos quedamos mirándonos pasmados. Yo perdida en sus orbes azulados y él prendado de mis ojos grises. No supe si el tiempo se ralentizó o si solo fue mi pulso el que decidió correr más rápido, pero sentí como si algo dentro de mí barriera con todos mis sentidos. Apartó la toalla para dejarme sentir sus dedos en mi mejilla y un impulso incontrolable me hizo alzar la mía hasta posarla sobre la suya al tiempo en que cerraba los ojos permitiéndome sentir la calidez de su piel sobre la mía y joder, que bien se sentía.

«¿Qué te pasa, Beth?» Me gritó mi conciencia, lo que logró que me apartara con brusquedad.

—¿Quieres una copa de vino?

Le di la espalda repitiéndome que no podía permitirme sentir nada por él. Que solo era buen sexo y nada más. Recordándome que ya le había dado una oportunidad a alguien y me había fallado, y que Clark solo era un contrato, una farsa en mi vida que, si bien podía disfrutar, terminaría en un año.

—¡Por supuesto! —respondió sereno y aunque no podía verlo, sentí sus pasos al rodear la encimera y sentarse en un buró.

Me tomé mi tiempo para servir el vino tinto y también para acomodar mis emociones. Cuando le extendí la copa ya era dueña de mis sentidos una vez más. Agradecí al universo por haberme dado la facultad para tener el control en mi vida.

—¿Por qué te gustas tanto los autos? —Aceptó la copa.

—¿A qué viene eso? —Me quedé de pie frente a él, apoyé mis codos en la encimera y me tomé un trago largo.

—Solo me pasó por la cabeza debido a la forma en que miraste mi Corvette.

Estoy segura de que se me iluminó la cara en cuanto lo mencionó.

—Es que tu auto es a otro nivel. Me casaría con él si pudiera —bromeé.

—Él no te haría correr como yo.

—Créeme, si me dejas conducirlo seguro que tendré un orgasmo.

Sonreímos a la par, él negaba con la cabeza, yo disfrutaba del placer de ver su sonrisa. ¿Dónde estaba el Clark gruñón? ¿Ya no estaba molesto?

—No me has contestado. Sé que tu hermano era piloto de carrera, pero...

—Yo le enseñé a conducir a mi hermano... bueno, en realidad casi me chantajeó para que lo hiciera cuando descubrió que asistía a carreras clandestinas. —Tomé otro sorbo de vino—. Cuando mi madre murió todo se rompió. Tenía un mundo de responsabilidades. Mis hermanos, mi padre que se volvió alcohólico, mis estudios, entonces... un día un amigo me invitó a correr. Siempre fui buena haciéndolo, pero allí descubrí que me encantaba. Que el rugir del motor al encenderse era un afrodisiaco para mí...

—Tendré en cuenta eso. —Sonrió.

—¡Idiota! —Me tomé el último trago de la copa y volví a servirme otra mientras contenía una sonrisa—. El caso es que conducir me llena de adrenalina. Me da cien años de vida en solo un par de minutos. Los autos son como una obra maestra, lástima.

—¿Lástima qué? —Me extendió la copa para que le sirviera más. Lo hice.

—Que tengas una máquina como esa y no la sepas aprovechar.

—¡Oye! Yo conduzco muy bien. —Se hizo el ofendido, aunque sonreía.

—No se trata de conducir bien, sino de sentirlo mientras lo haces. Sentir cómo la sangre te corre más rápido cuando pisas el acelerador. De sentir el corazón rebotar en tu pecho por la sensación que te produce cuando rebasas a otros autos. Eso es aprovecharlo.

Silencio. Solo se quedó en silencio observándome por tanto tiempo que terminé por sentirme incómoda.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Por nada —carraspeó—. Es solo que... Dios, eres increíble, Elizabeth, de verdad lo eres —afirmó y por primera vez en mi vida sonreí con timidez.

Me había abierto ante él y no solo de piernas. Ese día le abrí una ventana a mi vida y ni siquiera fui consciente hasta que me miró de ese modo. Hasta que dijo esas palabras que me sacudieron solo porque vinieron de él.

¿Qué estás haciendo? Volvió a preguntar mi consciencia.

¡No lo sé! Respondió mi corazón lleno de dudas y... ¿miedo? Llevaba años sin sentirlo, pero allí estaba, anidándose en mi pecho mientras los ojos de Clark me miraban como nadie lo hizo antes. Con sentimientos que seguía sin poder descifrar, pero con un deseo aterrador que nos calaba en lo más profundo de nuestro ser.

¿Qué se supone que pasa cuando juntamos fuego con fuego? ¿Nos hacemos cenizas o nos fundimos quemando todo a nuestro paso?

Capítulo 32

Beth

El ajetreo diario del exterior ligado a la molesta vibración de mi móvil me obligó a abrir los ojos. La calidez en mi mejilla me hizo notar lo que pasaba. Estaba recostada sobre el pecho de Clark. Mi pierna estaba envuelta entre las suyas y mi mano se encontraba reposada en su abdomen.

Las imágenes del día anterior pasaron como flashes por mi cabeza. Clark y yo pintando, jugando, tomando vino, hablando, comiendo juntos, tomando más vino, bañándonos, follando contra la pared en la ducha, cenando y volviendo a follar hasta rendirnos en la madruga. Pero ¿por qué seguía allí? Un latigazo mental me golpeó porque sabía que no debía amanecer conmigo. Sin embargo, al levantar la cabeza, mirarlo dormido como un angelito y sentir su mano en mi cintura, fue placentero, muy placentero.

De forma natural empecé a hacer círculos en su piel desnuda. No podía dejar de mirarlo. Se veía tan guapo. Tan relajado. Los bellos de su barba se veían más claros de tan cerca. Su cabello despeinado lo hacía lucir incluso más sexy.

Lo miré por unos minutos preguntándome cómo podía existir un hombre como él. Parecía ser tallado a mano. No había una sola imperfección en su rostro o en su cuerpo y emanaba un olor que me ponía los pelos de punta.

Me removí sutilmente para intentar apartarme y tomar mi móvil que reposaba en mi mesita cuando, con su otra mano, terminó de cercar mis caderas.

—¿A dónde crees que vas? —susurró sin abrir los ojos e inhaló profundo.

—¿Por qué sigues aquí? —Sí, lo sé, yo y mi forma tan dulce de decir las cosas.

—Porque quiero. —Abrió los ojos y besó mi frente.

Acomodé mi cuerpo para quedar casi encima de él con las manos cruzadas sobre su pecho.

—¿Ah sí? —Lo miré coqueta pero a la vez con dudas—. ¿Por qué quieres?

—Porque me encantas. —Sonrió apartando los mechones de cabello que intentaban invadir mi rostro—. Me vuelve loco tu perfume de flores silvestres. El fuego de tus labios. Tu piel perfecta. —Acarició mi mejilla—. Esa sonrisa genuina que se te escapa sin que te des cuenta, como ahora. Y claro, también me encanta cómo me la chupas.

—¡Idiota! —Golpeé su pecho sin dañarlo y fue como un botón para que se carcajeara como imbécil.

Quisiera decir que no reí igual que él, pero me fue imposible no hacerlo. Verlo sonreír era algo majestuoso. No lo hacía tan a menudo, al menos no de esa forma.

—¿Sabes? Nunca nadie me llamó idiota. —Encajó sus manos en mis nalgas.

—Solo un idiota puede decir algo así mientras me aprieta el culo.

—Yo discrepo. —Inclinó su rostro para besar mi nariz—. Diría que soy bastante inteligente como hacerte saber lo que quiero de desayunar.

—Eso suena interesante, señor Holland —musité en sus labios, elevando más mi cuerpo para darle acceso a los míos.

—Apuesto a que sí. —Sonrió con picardía para luego besarme.

A diferencia de lo que creí, su boca no me golpeó con rudeza. Extrañamente me besó de una forma que no lo había hecho antes. La tibieza y suavidad de sus labios me sorprendió, sobre todo porque me gustaba. Su lengua danzó con la mía a un ritmo ligero pero delicioso.

—Elizabeth —su voz sonó tan apacible que me tembló el pecho—. ¿Qué estás haciéndome? —jadeó entre besos.

—Creo que besándote —bromeé, pero no sonrió.

Se detuvo a mirarme. Empuñó mi cabello con fuerza y luego maldijo bajito.

—No, tú... me estás enloqueciendo. —Siseó con una extraña expresión navegando en su rostro.

—Clark...

No me dejó terminar porque volvió a besarme, pero esta vez con rabia, con ganas, con pasión, con desenfreno. Me besó como si quisiese volcar todo lo que sentía sobre mi lengua y por la forma en que lo hizo debía llevar todo un tsunami dentro.

Mi cuerpo fue arrastrado sin previo aviso hasta estar sentada sobre su regazo dejando al descubierto mi desnudez. Clark se incorporó asaltando sin preámbulos mis pechos que desde ya requerían su atención.

Sus labios cubrieron mis pezones sedientos de ellos. Sus ojos quedaron fijos en mí mientras, casi inconscientemente, mi cuerpo se removía sobre sus caderas.

—Rico desayudo —susurró y luego fue por el otro para atragantarse con él. Tiré de su cabello con fuerza, con los labios semiabiertos, la respiración entrecortada y la piel ardiendo.

Podía sentir cómo su falo hinchado presionaba mi coño al tiempo en el que Clark seguía devorando mis pechos como un demente ávido de todas las partes de mi cuerpo.

Eché la cabeza hacia atrás permitiéndome sentir su lengua glotona golpear mis pezones endurecidos. La humedad de mi entrepierna empezaba a ser demasiado abundante.

—¡Clark! —gimoteé—. Ahh... ¡Cómeme! ¡Cómeme toda!

Con él todo era intenso y eso me volvía loca. Un sonido caótico inundó la habitación.

—¡Mierda! —maldijo Clark.

Me levantó como si yo fuese peso pluma y me dejó sobre la cama, luego fue por su móvil que estaba en el suelo, en el bolsillo de su pantalón. Contestó su llamaba como si no me hubiese dejado ardiendo de las ganas. Lo vi preguntar algunas tonterías mientras se paseaba desnudo y yo casi lloro de la rabia por su desfachatez de dejarme así. ¡Idiota!

—¡Arréglate! ¡Nos vamos! —ordenó cuando terminó de hablar.

—¿Qué?

—Ve a ducharte. Tenemos que salir.

Sonreí con ira, rabia y un toque de maldad.

—Señor Holland —Me puse de pie y me crucé de brazos frente a él—. ¿Cuándo aprenderá que odio que me den órdenes? Yo no funciono así, ya debería saberlo.

Me miró de arriba abajo. Tragó saliva. Llevó sus manos a su rostro un segundo y luego respiró profundo.

—Vale, señorita gruñona. —Abandonó mi rostro y atrapó mis caderas para luego inclinarse y dejar sus labios cerca de mi oído—. ¿Puedes ir a arreglarte, por favor? Tengo una sorpresa para ti —susurró con voz ronca.

¡Maldito! Sabía muy bien cómo encenderme.

—¿Una sorpresa...?

—Sí, y no preguntes qué es porque no te voy a decir —contestó mirándome a la cara con media sonrisa en los labios.

Casi hice puchero cuando lo dijo, pero no tenía opción. Quería saber de qué se trataba.

—Vale, señor Holland. —Me colgué de su cuello—. Espero que esa sorpresa valga lo

suficiente como para tener que perdernos toda una mañana de sexo salvaje. —Le di un pequeño beso en la boca y se tensó llevando sus manos a mis nalgas para apretarlas contra su cuerpo sacándome un gemido.

—Repite eso y te juro que no sales de aquí en todo el puto día —gruñó sobre mis labios.

Sonreí traviesa apartándome. Llevé mi anatomía desnuda hacia la puerta que daba al pasillo y luego me dirigí al cuarto de baño. Mis pasos eran lentos, moldeados y sensuales, y aunque no lo veía, sus ojos desprendían tanto calor que podía sentirlos en cada parte de mi piel.

***

Media hora después me vi sentada de copiloto en el Corvette de Clark, maldiciéndolo porque no me dejó conducirlo por más que le insistí en que era muy buena conductora. Mis brazos estaban cruzados debajo de mis pechos reflejando toda mi frustración, y la furia que guardaban mis ojos era recubierta por los lentes de sol.

Puse música para no terminar golpeándolo. Por muy encantador que hubiese sido el día anterior e incluso esa mañana, no podía evitar estar molesta con él. Era mi sueño, mi jodido sueño conducir un coche como ese y mi futuro esposo poseía uno y no me dejaba acercarme al volante.

Giré a verlo un segundo para volver a rabiar, pero me quedé helada cuando lo vi tararear Dancing in the dark de Bruce Springsteen que yo misma había puesto en el equipo de música del auto. Y no solo era por la canción sino por lo guapo que se veía. Él también llevaba lentes de sol y de hecho, como algo extraño, no iba en traje sino en un vaquero ajustado y una camiseta roja de mangas largas arrugadas hasta los codos.

Joder, no me detuve antes a mirarlo lo suficiente por el enfado y porque salió primero de mi piso para esperarme en el aparcamiento, pero se veía tan sexy con esos lentes, moviendo la cabeza en medio de un tatareo y repiqueteando los dedos en el volante.

Yo iba con una blusa gris, unos vaqueros azules, una chaqueta negra y unas botas de cordones.

—¿Te estás enamorando, Elizabeth?

Sus palabras fueron como una puñalada casi letal en el estómago y lo peor es que no sabía por qué. Nunca me tomé en serio las palabras de imbéciles que querían jugar a ese jueguito porque yo me lo inventé, pero con él fue como si me quemara por dentro. Como si cada letra de esa oración fuera una pequeña llama anidándose en mi cuerpo y su perfecta sonrisa fuera el combustible que lo atizara incendiándome hasta los sentidos.

—Ja, ya quisieras.

—Porque decir que no si es cierto.

—¡Idiota!

—¿Por qué? —preguntó con la mirada en el camino.

—¿Por qué eres idiota?

—¿Por qué eres tan renuente a que entre a tu vida?

—Ya estás dentro, Clark.

—Sabes a lo que me refiero.

Giré a ver por la ventanilla y por un instante sentí su mirada puesta en mí. Sí, tenía razón, sabía muy bien a lo que se refería, pero era un trago amargo que por mucho tiempo lo cubrí con caramelo.

—Una cosa es dejar que alguien entre a mi vida de forma pasajera como lo hago contigo, otra

muy diferente es dejar que entren a mi corazón. Eso es mucho más peligroso. La gente suele dañar, Clark. Seguro lo sabes bien, pero lo hacen cuando se los permitimos. Cuando ofrecemos el alma como idiotas para que alguien juegue con ella. Yo aprendí esa lección hace mucho y no estoy dispuesta a que nadie más me haga daño.

Un vacío silencioso sofocó el aire. Por instinto me giré a verlo notando que su sonrisa había desaparecido y en su lugar había tensión. Volví a mirar por la ventanilla, era mejor idea.

Los edificios iban quedando atrás e intentaba hacer lo mismo con los sentimientos que algunas quisieron asfixiarme.

—¿Lo amas? —La voz gruesa de Clark quebró el silencio.

—¿Qué?

—¿Amas a tu ex?

¡Ben! Los recuerdos junto a él fueron como miles de relámpagos atravesando mi cabeza. Aquella noche cuando lo conocí en ese bar estando ebria, fue la primera vez que cuidó de mí sin pedir nada a cambio. Desde entonces se fue ganando mi confianza hasta lograr lo que nadie pudo, que le diera la oportunidad de entrar a mi alma. De ser el único que pudiera tocar mi piel, de regalarle todos mis besos.

No puedo mentir, pasamos muchos momentos lindos. Hizo cosas estúpidas y románticas por mí y aunque nunca fui de las que disfrutaba esas tonterías, sí que agradecía cada detalle. Llegué a creer que podía funcionar. Ben y Elizabeth parecían encajar e incluso Ben había hecho tantos planes para ambos. Una vez me dijo que me amaba y que yo no lo hacía, pero que se ganaría mi amor a pulso. Le creí y ese fue mi error, porque terminó apuñalándome por la espalda.

—No. En realidad creo que nunca lo amé —respondí y volvió a echarme una mirada fugaz.

—Parecías muy afectada por un hombre que no amas.

Respiré profundo...

—Odio las mentiras, Holland. Siempre las he odiado, sobre todo cuando...

Un patada mental me hizo callar. Era más bien un pensamiento en voz alta y no sabía por qué mierda se lo decía justo a él.

—¿Cuándo qué?

—No importa.

—Vale... —Bajó la música—. Mi madre era fotógrafa, tenía una galería que sigo conservando. Ella era de esas mujeres alegres, auténticas. Me horneaba pasteles y me hacía pastas deliciosas. Siempre había personas en casa para hacer todo, pero ella prefería cocinar para mí y mi padre. —Sonrió como si ese recuerdo lo hiciera feliz—. Siempre me hacía recoger mi cuarto. Un día, cuando tenía once años, estaba barriendo mi habitación, odiaba hacerlo, así que guardé la basura debajo de la alfombra.

—No me sorprende —bromeé.

—Siempre fui el más astuto —sonrió—, pero mi madre era... increíble. Cuando miré a la puerta estaba allí recostada en el marco, con esa sonrisa que iluminaba todo. Negaba con la cabeza por mi hazaña. Corrí hacia ella sonriendo y me estrellé contra su pecho. Ese día mi madre se sentó conmigo en mi cama. Alborotó mi cabello mientras me hablaba. —Hizo una breve pausa—. Ese día me dijo que nunca más guardara la basura debajo de la alfombra. Que si lo hacía iba a acumularse y terminaría por cubrirlo todo. En ese momento no entendí nada y hasta me reí. Me parecía ridículo que por el hecho de esconder la basura debajo de la alfombra llenara mi habitación. —Rio genuinamente—. Pero cuando crecí lo entendí. No podemos guardarnos lo que nos hace daño, lo que nos atormenta, lo que ya no sirve, porque puede podrirse y podrirnos. Aquello que nos lastima por dentro debe ser expulsado. Yo... No sé, me da la impresión de que

hay algo dentro de ti que deberías expulsar. Alguien te rompió el corazón y creo que nunca lo has sacado de ti.

Aparté la mirada de él que seguía conduciendo. Volví a centrarme en las edificaciones que dejábamos atrás. El mundo está lleno de historias de amores fallidos y estaba segura de que Clark imaginaba que la mía era una de esas tantas. Que quizá un hombre me lastimó de tal forma que me hizo pedazos. Lo irónico es que nunca fue así. Lo más parecido que tuve a una de esas historias fue con Ben y sí, me había engañado y la verdad me emputó su traición, pero no fue el causante del huracán que llevaba por dentro y que mantenía dormido por mi bien.

La gente suele pensar que solo esos amores nos rompen, pero la realidad es que hay algunos más grandes que esos y que pueden volvernos cenizas. Mi madre me había roto, de alguna manera, lo hizo. Y aunque sabía que nunca fue su intención hacerlo, dolía como el infierno.

Siempre odié las mentiras y cuando se enfermó dijo que no era nada grave. Le creí por un tiempo hasta que noté que empezaba a bajar de peso. Entonces, casi por obligación, me dijo que tenía cáncer, pero también me juró que todo estaba controlado, que estaba rebasando su enfermedad cuando la verdad ya la habían desahuciado. Me prometió que nunca me dejaría aun teniendo la certeza de que iba a morir en un tiempo no lejano.

Mi madre me mintió de la forma más cruel que se le puede mentir a alguien y cómo dolió, cómo seguía doliendo. Tenía dieciocho, podía lidiar con ello, pero me condenó en vida a sentirme muerta cuando dejó de respirar sin previo aviso. Sí, definitivamente el amor de una pareja no es el único que puede lograr quebrar nuestros corazones y nuestra fe. Hay amores de otro tipo, más reales, más intensos, pero igual de crueles y despiadados...

Capítulo 33

Beth

—Elizabeth, ¿estás bien? —El sonido de su voz me arrastró a la realidad. Clark.

—Sí, lo siento, solo estaba pensando.

—Ya veo. ¿Quieres contarme?

Resoplé la sensación acumulada en mi garganta. La verdad es que no quería hablar de ello, así que mi única opción era esquivar el tema.

—¿Cuál es mi sorpresa? —inquirí y lo vi esbozar una linda sonrisa.

—Buena jugada, señorita Shaine, pero algún día...

—¿Algún día qué?

Estacionó el auto, se quitó los lentes de sol y giró levemente su cuerpo hacia mí. Me quedé mirándolo sin poder decir media palabra. Llevó su mano a mis lentes y se deshizo de ellos dejando libre a nuestros ojos para que se encontraran como dos pares de estrellas chispeantes capaces de incendiar el mundo con solo cruzarse.

Clark alzó sus dedos y los llevó a mi rostro acariciando con suavidad mi mejilla.

—Sé que esto es una farsa y efectivamente puedo confirmarte lo que ya ha pasado por tu cabeza, no soy el hombre para ti, pero... eres preciosa, Elizabeth. —Su pulgar empezó a hacer círculos en mi piel—. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida y te juro...— Se inclinó un poco más, dejando su rostro tan cerca del mío que podía alimentarme de su aliento—. Te juro que algún día llegará alguien a tu vida que te merezca, que derrumbe esos muros reforzados que has construido día por día alrededor de tu corazón. Alguien que no tenga una guerra por dentro y te arrastre hacia ella. Alguien que sea capaz de amar como yo jamás podré.

—Clark, yo...

—Tú eres un ser inigualable, chispeante y trasparente. Y no tengo idea de lo que te pasó para que no creas en el amor, tampoco te culpo porque puede que, tal vez, piense igual que tú. —Sonrió—. Pero sé que tú mereces alguien que no te rompa, que no te utilice para una boda farsa y que te dibuje sonrisas cada día de tu vida.

—No me estás utilizando, lo estoy haciendo porque tengo palabra.

—Lo sé. —De nuevo sonrió, pero por alguna razón no vi que esa sonrisa le llegara a los ojos.

Una colmena de sensaciones extrañas controló mi cuerpo por todo lo que dijo y aún más, cuando posó sus cálidos labios sobre los míos en un beso lento pero adsorbente.

Cada una de sus palabras me caló los huesos. ¿Por qué? Ni idea. No creía en eso del amor, tampoco en que teníamos lo que merecíamos. Mi hermano era una prueba de ello. Era el ser más noble, divertido y amoroso que conocí. Estaba enamorado y empezaba una carrera maravillosa, pero el destino fue cruel arrebatándole la vida. Clark había presionado un botón que no sabía que tenía, pero estaba ahí, hundido en mis entrañas, provocando emociones desconocidas para mí.

—Ya hemos llegado —susurró con su aliento cruzándose con el mío.

Fruncí el ceño, confundida. Ni siquiera me había dado cuenta de que había estacionado en una gigantesca mansión. Me aparté y salté del coche mirando maravillada todo el lugar. Era increíble. Una fuente de agua en el frente. Un ala de dos pisos a cada lado y un ala de tres pisos en el centro. Todo color blanco marfil con detalles en color gris. Una puerta de madera fina estilo imperial y un montón de ventanas y cristaleras que lo hacían aún más impresionante.

—¿Te gusta?

—¿Qué... qué estamos haciendo aquí, Clark?

—Adentro está tu sorpresa. ¡Vamos!

Entrelazó sus dedos con los míos y me condujo hasta la puerta. Y para mi sorpresa no tuvo que llamar, tenía las llaves.

—¿Es en serio?

—¿Qué?

—No me digas que esta casa es tuya, Clark.

Sonrió divertido. De seguro tenía cara de terror porque el muy imbécil estaba burlándose de mí.

—Creo que si te digo que sí saldrás corriendo, ¿o me equivoco?

—No, creo que ni siquiera tendría tiempo de correr, me daría un infarto.

—Pues mejor no te contesto, no quiero quedar viudo antes de casarme. —Casi se carcajeaba el muy tarado.

—¡Imbécil!

—Vamos, gruñona.

Tiró de mi mano hasta adentrarme en un mundo completamente diferente. Todo parecía estar diseñado para ese lugar. Las grandes paredes estaban adornadas con cuadros que demostraban la opulencia de la familia Holland. Del techo de doble altura descendía una escandalosa pero imponente lámpara de cristales en forma de diamantes.

Los muebles eran de color blanco marfil combinado con gris y negro. En una pared lateral había un montón de fotografías muy buenas, la mayoría eran de un niño castaño claro con esos ojos inconfundibles. Clark se veía tan encantador de niño. También había fotos de los que supuse eran sus padres.

Casi en el centro había una escalera de curva que no sabía a donde daba. Todo era tan hermoso que parecía un sueño.

¡Venga ya! ¿Cómo alguien podía vivir en una mansión así? ¿No se perdía de camino al baño?

—Elizabeth, me asustas. Di algo.

Apenas me daba cuenta de que me había soltado de Clark y de que había recorrido todo el salón como niña chiquita curiosa. Clark, al parecer, me había seguido el paso y estaba detrás de mí mientras yo observaba las fotografías.

Parpadeé con rapidez. Lo miré volviendo a la tierra.

—Elizabeth...

—Eras adorable de niño. —Señalé una foto en donde estaba en la playa jugando con la arena. Debía tener algunos cinco años. En verdad se veía precioso.

—¡Oye! ¿Qué quieres decir? Sigo siendo adorable. —Se hizo el ofendido.

—No, Holland, no lo eres. —Sonreí cuando puso los ojos en blanco y me dio la espalda para dirigirse al centro del salón y dejarse caer en uno de los sofás.

—¿Entonces no te parezco encantador? —preguntó desde su lugar.

—No, en realidad no.

Caminé hacia él despacio. Sonreía por ver su cara seria. Iba a sentarme justo a su lado, pero cuando lo intenté sentí un tirón por mi muñeca dejándome sobre su regazo.

—¿Qué haces? —pegunté inquieta cuando dejó mi rostro junto al suyo ofreciéndome una sonrisa divertida y rodeando mi cintura con sus fuertes brazos.

—Demostrándote mi encanto. —Hundió su rostro en el hueco de mi hombro inhalando profundo—. Me encanta como hueles, Elizabeth. Me encantas toda tú.

Sin que pudiera evitarlo mi cuerpo tembló al sentir su aliento y su barba sobre mi piel.

—¡Clark! —Intenté apartarlo, pero no me dejó, todo lo contrario, llevó sus manos a mi trasero haciendo presión al tiempo en que empezaba a lamer mi cuello.

—No me apartaré sino aceptas que sigo siendo adorable y encantador. —A pesar de no ver su rostro, podía notar cómo sonreía.

—No, no lo eres —Lo empujé, pero ni siquiera se movió—. ¡Clark! Ya basta. —Esta vez alzó el rostro dejando a la vista como sus labios se estiraban satisfecho de tener el control.

—Vamos, admítelo. —Me dio un pequeño beso rápido en los labios y cuando se apartó, su risa era gigante como un niño que acababa de hacer una travesura. Juro que quise evitar sonreír, pero me fue imposible—. Ves, sabes que lo soy.

—Te odio, Clark Holland. —De un impulso me puse de pie, pero volvió a tirar de mí devolviéndome al mismo lugar.

—Yo también te odio, Elizabeth Shaine. —Sonrió y sin darme tiempo a replicar, atrapó mi labio inferior entre los suyos succionándolo suavemente y sacándome un jadeo involuntario—. ¿Ves todo lo que te odio? —bufó.

—¡Maldito! —Me hice la enfadada pese a que era muy consciente de que él sabía que no lo estaba.

Esta vez sí logré ponerme de pie mientras mi futuro esposo abría los brazos reclinándose en el sofá aún con esa sonrisa petulante.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, *cariño*, aunque sabes que tengo razón.

Rodé los ojos fastidiada por su egolatría, preferí ignorarlo a seguir el juego.

—¿Qué es esto? —Caminé de un lado a otro mirando la majestuosidad de la mansión—. Digo, esto es... wao. Este lugar es maravilloso, pero no entiendo qué hacemos aquí. ¿No dijiste que vivías en un apartamento o algo así? ¿Este lugar no es muy grande para ti?

—No vivo aquí, es la casa donde crecí. —La sonrisa que llevaba desapareció.

Sacudió la cabeza como si intentara alejar los pensamientos.

—En fin, no te traje para que vieras los lujos que puede darse la familia Holland. —Se puso de pie y tomó mi mano—. Ven aquí.

De un momento a otro fui casi arrastrada por todo el salón hasta llegar a un largo pasillo lleno de cuadros que nos condujo a la parte trasera de la mansión.

Cuando el sol ardiente me golpeó la cara iba a gruñirle a Clark por haberme hecho correr, pero me congelé con lo que supe era mi regalo. El corazón me latió con tanta rapidez que temí que se me saliera del pecho. Nunca creí en el paraíso, pero si había uno de seguro era ese, aunque ¿por qué Clark hacía aquello por mí? ¿Por qué se tomaba tantas molestias para hacerme sonreír de esa forma? ¿Por qué tenía sus dedos entrelazados con los míos? ¿Por qué?

Capítulo 34

Clark

Nunca vi a alguien tan feliz por algo tan simple, al menos para mí lo era. Sus ojos parecían dos luceros tan brillantes que tuve el deseo de verla sonreír siempre y unas ganas infernales de estrecharla contra mi pecho y no soltarla jamás.

«Concéntrate en tus planes» me gritó mi conciencia.

«Disfruta del momento» me insistió algo dentro de mí, algo que ni siquiera supe qué era.

Un debate interior intentaba agrietarme, pero siempre tuve el control de todo y no sería la excepción.

—¡Clark! —su voz fue más un susurro como si no creyera lo que estaba viendo.

—¡Sorpresa! —dije abriendo los brazos y espantando todo lo que quería agobiarme.

Sonreí cuando noté que por primera vez desde que la conocí la había dejado sin habla y era extraño considerando que ella siempre tenía algo que decir.

—Solo disfruta —agregué viendo que no le salían las palabras.

Asintió y salió corriendo a ese aparcamiento techado del otro lado de la piscina donde se veía la colección de autos de lujo que guardaba una de las mansiones Holland.

El primero en llamar su atención fue un Shelby gt500 color azul. Sus dedos lo recorrían como si estuviese acariciando mi piel. De hecho, no estaba tan seguro de que me hubiese acariciado de esa forma a mí o incluso a cualquier otro hombre. Después corrió hacia el Chevrolet Corvette Z06 rojo, lo que logró que su rostro brillara aún más. ¿Cómo podía ser tan feliz solo por ver algunos coches?

Yo estaba de pie recostado en una columna con los brazos cruzados, mirando como la diosa en la cama que conocía se transformaba en una niña pequeña rodeada de golosinas, en este caso eran autos, que lograban incendiarla por dentro.

Su sonrisa no se apartaba ni un segundo de su rostro. Y a decir verdad, tampoco del mío. No podía dejar de apreciar cada detalle, sus movimientos oscilatorios de un coche a otro.

El Ford edición limitada del Mustang Shelby GT500 Heritage Edition color gris fue su foco de atención por más tiempo que los anteriores. Su preciosa sonrisa se hacía cada vez más grande, más intensa, más viva y hubiese querido tener una de las tantas cámaras de mi madre para poder plasmarla.

La vi saltar de un lado a otro, pasando por el Corvette Stingray 1969 amarillo que la dejó alucinada hasta terminar en el McLaren 765LT negro que casi le provoca un infarto cuando se sentó en el lugar del piloto.

Por un rato yo desaparecí de su mapa, parecía sumergida en lo que quizá para ella era el cielo en la tierra. Debido a todo lo que me contó de su relación con los autos y su amor por ellos, sabía que le alegraría ver la colección, pero jamás imaginé que fuera tan feliz con eso. La idea era, de alguna manera, compensar un poco el daño inminente que le haría y claro, asegurarme de dejarla más convencida de nuestra boda, pero no podía mentirme, verla sonreír se sentía bien, demasiado bien.

—Clark —gritó.

Iba a contestar, pero cuando menos lo creí estaba encima de mí... ¿Abrazándome? Elizabeth estaba abrazándome fuerte y de forma genuina. No me lo podía creer. La gruñona que solo se colgaba de mi cuello cuando me montaba, o quería hacerlo, me estaba abrazando. Por un momento me quedé petrificado, luego alcé mis brazos y le correspondí con la misma intensidad y no sé por qué, pero sentí que necesitaba ese abrazo tanto como ella.

—¡Gracias! —susurró con la voz más dulce que algunas escuché.

El ritmo de mi corazón se elevó al punto de agitar mi respiración. Tragué saliva queriendo menguar lo que sea que estaba sintiendo. No me podía dar ese lujo.

—No es nada —respondí acariciando su cabello.

El olor a frutos rojos de su shampoo se coló por mis fosas nasales. Mis bellos corporales se alzaron cuando este y su perfume se fundieron en uno, provocando un éxtasis en todo mi cuerpo. Joder, sí que me gustaba cómo olía.

Cuando Elizabeth se apartó mis brazos se quedaron vacíos y no entendí por qué, pero odié esa sensación como pocas otras en mi vida. ¡Maldita sea!

—¡Esto es increíble! —Se volvió de nuevo hacia los autos—. Yo... no sé qué decirte, más que gracias.

—Ya te dije que no es nada. —Logré controlar mis emociones y volví a cruzarme de brazos —. No son míos, es la colección familiar.

—Bueno —sonrió—, la colección de mi familia son los problemas, me gusta más la tuya.

Sus palabras, como casi siempre, sonaron con sarcasmo, pero algo dentro de ellas era dolor y maldije por dentro al darme cuenta de que había sufrido más en su vida de lo que yo había pensado. Maldije porque, aunque sabía que era fuerte, odiaba la posibilidad de que mis planes le causaran una herida tan profunda como la que a mí me causaron.

Ese día supe que no quería verla sufrir y que si al menos tendría que hacerlo cuando todo terminara, haría lo posible por compensar un poco el daño que le haría. Tal vez estaba sobre pensando las cosas, después de todo ella no sentía nada por mí y eso iba a facilitarlo todo. ¿Cierto?

Siempre creí en la justicia, en que las personas buenas merecían cosas buenas. Siempre me esforcé por ser justo, por hacer las cosas bien, pero ¿de qué me sirvió? Al final descubrí que la vida es cruel. Que a veces las personas que más amamos son las que tienen el poder de hacernos más daño. Aprendí que si quería hacer que quienes me hirieron pagaran por sus actos, debía ocuparme de ello. Aprendí que la vida no nos da nada, normalmente nos lo quita, y que si quiero algo debo ir por ello porque nada llegará a mí como por arte magia. Yo necesitaba que ellos pagaran y no era mi culpa que Elizabeth Shaine, sin saberlo, fuera la clave para lograr mi objetivo y tampoco era mi culpa que el destino fuera tan injusto como la vida misma.

Durante casi dos horas se la pasó tomando fotos a los autos e incluso me utilizó de fotógrafo, cosa que me hubiese molestado muchísimo si no la hubiese visto tan feliz. Incluso nos tomamos una selfie y he de decir que hice que me la enviara. Era innegable que nos veíamos bien juntos.

Tres horas después nos encontrábamos sentados en un restaurante al aire libre que ella misma escogió, dijo que odiaba los lugares «pomposos» y la gente que parecía tener un palo en el culo como yo. Me hice el ofendido, pero la realidad es que me divertía ver su desdén con las personas.

Comimos entre anécdotas de nuestra infancia, las de ellas resultaron ser más divertidas. Ese día descubrí que amaba a su hermano más que a nadie en el mundo y que solo mencionar su muerte era como si le clavaran un puñal en el corazón. Aunque sin duda hablar de sus aventuras junto a él y de cuánto le hubiese gustado una colección como la de mi familia, le iluminaba el rostro.

—Amabas mucho a tu hermano. ¿No? —inquirí y sonrió.

—Sí, como a nadie. —Empezó a jugar con el borde de su taza de café.

Simulé que no me había enterado de que le dolía mencionarlo, por lo poco que la conocía era evidente que ese tema era difícil para ella.

—Entonces, ¿qué hacemos? Aprovecha, no siempre estoy de oferta. —Cambié el rumbo de la conversación.

Sonrió con gracia. Era tan hermosa que dolía tener que dejarla ir en algún momento. Su mirada era tan fuerte pero tan dulce y trasparente, tan diferente a la mía.

De la nada dejó de jugar con la taza y saltó sobre la silla. Fruncí el ceño al reconocer esa sonrisa traviesa que apareció en su rostro. No me podía creer que hubiera tantas capas en ella. La mujer dulce, la mujer fuerte, la mujer decidida, la mujer divertida, la mujer que me volvía loco en la cama.

—¿Qué?

—Tengo una idea...

—Elizabeth, ¿qué tramas? —Entorné los ojos.

—Tranquilo, señor Holland. Solo quiero compensarle todo lo que ha hecho por mí el día de hoy.

—¡Elizabeth!

Volvió a sonreír, aunque esta vez con picardía. Se levantó de prisa y apenas me dejó pagar antes de tirar de mi muñeca hasta el coche. Cuando llegamos al aparcamiento estaba a punto de subirse al haciendo del copiloto, pero la detuve.

—¿Qué?

—Si vas a llevarme a un lugar del que no quieres hablarme, lo justo es que tú conduzcas. ¿No?

Ensanchó los ojos. Se paralizó por nanosegundos, pero luego una chispa vibrante en forma de sonrisa nació en sus labios.

—¿En serio?

Levanté la mano mostrándole el mando del Corvette y literalmente me lo arrancó. En ese momento no sabía a lo que me enfrentaba, pero no tardé ni dos minutos para darme cuenta del error que había cometido.

—Oye, a menos que sea a la tumba que quieres llevarme, deberías bajar la velocidad.

Me giró para verme con una sonrisa.

—No seas gallina.

—Mira el camino, joder —gruñí molesto.

La muy maldita se carcajeó pero no bajó la velocidad ni por un segundo. De hecho, parecía divertida viendo cómo me aferraba a cualquier superficie como si de ello dependiera mi vida. Pasaba vehículos como si nada y parecía querer enderezar las curvas con las ruedas de mi auto. Maldije por lo alto cuando rebasó una moto y está casi se estrella contra mi coche.

—Maldita sea, ¿quieres matarnos?

—Claro que no, *cariño*. Tenemos una boda por hacer —bufó.

Y juro que quería estrangularla, pero antes de que dijera nada redujo la velocidad. ¡Al fin!

—Ya, tranquilo, no vas a morir, Clark.

—¡Bruja!

—¡Cobarde!

Seguía burlándose de mí, pero al menos condujo como una persona más normal. Sinceramente

mi corazón ya se había salido de mi cuerpo y apenas empezaba a regresar a mi pecho. Yo conducía rápido y nunca le tuve miedo a la velocidad, pero Elizabeth parecía creer que pilotaba un avión no un coche.

Unos minutos después estacionó en el lugar menos pensado para mí. Un parque de atracciones. ¿Un parque de atracciones? ¡¡Un parque de atracciones!! Sí, un maldito parque de atracciones como si fuéramos dos niños.

—¿Es en serio? —La miré enfadado, ella reía como jamás creí verla sonreír, entonces, por alguna razón, el enfado desapareció—. ¡Elizabeth!

Se encogió de hombros sonriente.

—¿Qué? ¡Será divertido, Clark!

Mi nombre en sus labios sonó como una melodía de esas que te regalan calma y te transportan a otro mundo. Casi siempre me llamaba Holland o señor Holland en tono burlón, pero escucharla llamarme Clark de manera tan cálida fue como sentir una caricia en el alma. Como si me arropara con la melodía dulce de su voz.

—¿Qué? —Golpeó mi brazo con el puño—. ¿Te quedaste mudo?

Su gesto me resultó tan natural que me produjo una sonrisa. Quería decirle que ni por el carajo iba a entrar ahí, que estaba loca y que no era el tipo de hombre con complejo de crío para perder el tiempo en tonterías como esa. Quería sacarla de mi auto, coger el volante, largarme a mi *penthouse* y leer un libro mientras escuchaba música instrumental.

Esa tarde sentí la necesidad de sacarla de mi vida de una vez por todas, porque justo en ese momento en el que me miró con esa sonrisa, en el que sentí su contacto y aprecié el brillo de esos dos orbes plateados, supe que por más control que tuviera en cada paso que daba, Elizabeth Shaine pasaría por mi vida no solo como un instrumento para mis planes, sino como un huracán que azotaría cada fibra de mi piel y si la dejaba quedarse demasiado tiempo, tal vez incluso iría mucho más hondo.

—Oye, ¿vienes o no? —Empezaba a impacientarse un poco.

Quise decirle que se dejara de estupideces, que solo quería liarme entre sus piernas. Que sería capaz de follarla allí mismo y que lo único que deseaba era tenerla desnuda encima de mí. Quería jurarle que no me gustaba tanto su sonrisa como lo hacía su cuerpo y que ni siquiera con una pistola en la cabeza entraría a ese parque para estar rodeado de gente que no me interesaba, pero lejos de eso salieron otras palabras de mi boca.

—Lo haré si nunca dejas de sonreír. —Tomé su mano sin ser consciente del todo de lo que hacía—.Elizabeth, júrame que nadie en este mundo te robará esa sonrisa. Que pase lo que pase no perderás tu esencia y que siempre conservarás esa chispa que me has dejado ver el día de hoy.

Pude ver la confusión en su rostro. Frunció el ceño sin entender nada, pero no necesitaba que lo entendiera, solo esperaba que ni siquiera yo pudiera romperla. Que ni siquiera yo fuera capaz de arrebatarle lo que era.

—Holland...

—Solo prométemelo.

—¿Qué...?

—¡Por favor! —Acaricié su mejilla y ella entornó los ojos.

Pero luego de unos segundos asintió.

—Vale. —Sonrió—. Pero vamos, no te vas a arrepentir.

Sin más se apartó y bajó del coche. Yo me quedé inmóvil, en serio no quería ir allí, pero luego rodeó el auto, abrió mi puerta y volvió a sonreír. Era tan extraño verla tan sonriente pero a la vez era tan placentero.

—Vamos, señor Holland. —Me extendió la mano—. Lo escoltaré al cielo —bufó.

Negué con la cabeza y aunque me parecía ridículo tomé su mano, no porque necesitara su ayuda, sino porque su contacto siempre era tan cálido y me gustaba.

Ese día supe que la mujer gruñona que había conocido hasta ese instante, no lo era del todo. Ese día recordé que la había conocido en un muy mal momento. Uno en el que había perdido su trabajo, su novio, su vida perfecta.

Elizabeth es una mujer fuerte, lo supe desde que la vi esa noche en ese bar poniéndose de pie ante el mundo que se le derrumbó sin previo aviso. La había visto antes en fotografías cuando la investigué con el propósito de llegar a ella, pero en persona era mucho más hermosa, más imponente, más mujer.

Elizabeth era una bomba que yo mismo había armado y esperara que no me explotara en la cara, aunque casi podía apostar que lo haría.

Capítulo 35

Beth

Tenía tanto tiempo sin reír de esa forma. Sin sentirme como si todo fuera perfecto en mi vida. Nunca fui estúpida. Sabía que solo era un espejismo de un día, pero decidí disfrutarlo. Ver esos coches y conducir el *corvette* me dio energía, vida, parece una idiotez, pero no lo fue.

Ese día fui yo de nuevo. Habían pasado tantas cosas desde que Ben me engañó, desde que perdí mi empleo, al menos por un tiempo, desde que conocí a Holland, y al fin volví a sentirme viva, chispeante como siempre.

Clark, él era otro misterio por resolver. Sí, teníamos un contrato, pero que se tomara tantas molestias por mí seguía siendo extraño. Necesitaba saber sus razones.

Mientras casi lo arrastraba al juego del tiro al blanco tomé el impulso de preguntar.

—¿Por qué?

Me miró confuso. Solté su mano.

—¿Por qué estás haciendo esto por mí? No lo entiendo —agregué.

—¿Hacer qué? ¿Dejar que me utilices para estas tonterías? —Se cruzó de brazos.

Sonreí. Él era muy inteligente para saber a lo que me refería, pero quería escucharlo de mi boca.

—En realidad todo: llevarme a ver la colección de autos de tu familia, invitarme a almorzar, dejarme decidir el lugar y sí... también estar aquí sin tantas quejas.

Sonrió y juro que su sonrisa me recorrió el cuerpo.

—Ya te lo he dicho, me gusta cómo sonríes.

—¿Solo por eso?

—¿Qué otra intención tendría más que ver sonreír a mi futura esposa? —dijo calmado. Lo miré desconfiada—. Vamos si no quieres que me arrepienta.

Esta vez fue él quien tiró de mí. Fue extraño cuando entrelazó sus dedos con los míos, pero no repliqué. Me había prometido a mí misma que disfrutaría ese día. Lo merecía. Merecía olvidarme de todo y de todos, pensar en mi satisfacción. Y me sentía bien, así que no tenía por qué pasarme todo el tiempo replicándole a Clark, era obvio que ya tendríamos tiempo para eso. Además, no podía quejarme, en esas horas fue todo lo que cualquier mujer hubiese querido y aunque sabía que no duraría y tampoco me interesaba que lo hiciera, tenía el derecho de disfrutar mi puto día.

Unos minutos después estábamos en el tiro al blanco haciendo una competencia en la que, para mi desgracia, él ganó y por supuesto me lo echó en cara los siguientes veinte minutos luego de renunciar a su trofeo asumiendo que no quería un oso de peluche, lo que era cierto, pero odiaba su necedad por controlarlo todo.

—Ya cállate —le dije cogiendo un puñado de palomitas dulces y metiéndola a su boca.

Estábamos sentados en un banquillo. Me miró divertido, pero se le borró la sonrisa cuando casi se asfixia por mi culpa. Empezó a toser y su rostro se enrojeció con rapidez. Iba a burlarme de él, pero entonces noté que su pecho subía y bajaba, que por tanta tos no respiraba bien y que el rojo de sus mejillas había desaparecido dejando en su lugar un rostro pálido.

—Clark, ¿estás bien?

Llevé mi mano a su espalda y la golpeé un poco. Levanté la botella de agua que tenía a un lado en el suelo, la abrí y se la llevé a la boca. Le tomó un par de minutos recuperarse.

—Joder, casi me matas. —Se pasó la mano por el rostro—. Literalmente.

—Lo siento —dije con sinceridad, aunque no pude evitar sonreír.

—Sí, se nota.

—Es que... —me llevé la mano a la boca intentando no reír, pero fue en vano—, lo siento, no puedo evitarlo. Ojalá hubieses visto tu cara, también te reirías.

—Sí, supongo que sería muy divertido verme al espejo mientras me asfixio —ironizó.

Reí más fuerte.

—Vamos, no es para tanto. —Me aferré a su brazo sin pensarlo—. Sigues vivo.

Miró mis dedos rodeándolo y sonrió, yo me tensé y deshice el agarre.

—¿Por qué te alejas? —replicó alcanzando mi mano y volviendo a colocarla sobre su brazo—. Me gusta que me toques.

Mis ojos se encontraron con los suyos en un acto extrañamente sublime. Por un segundo, solo por un segundo, me permití aceptar que me gustaba no solo como me follaba, sino también su compañía o al menos la de *ese* Clark.

—Ven, vamos.

—¿A dónde? Pensé que ya nos íbamos.

Me puse de pie, él seguía sentado mirándome.

—Claro que no, aún es temprano. Apenas está oscureciendo.

—Elizabeth, estoy cansado. Quiero irme.

Sabía que Clark era un hueso duro de roer, pero vamos, quién no cae ante el encanto de una mujer hermosa. Y yo era mucho más que eso.

—Clark. —Extendí mi mano y puse los ojos del gato con botas—. Porfa, solo un rato más.

—Elizabeth...

—Porfa, porfa. Solo una hora más. ¿Vale?

Cerró los ojos y respiró profundo. Sé que pedía paciencia al universo y cuando los volvió a abrir yo sonreía como un angelito. Ambos sabíamos que no lo era, pero supongo que le agradaba la idea de pensar que sí.

—Vale, pero solo una hora más. —Tomó mi mano—. Y no voy a seguir comiendo más comida chatarra.

—Vale, lo que usted diga, señor Holland.

—Ojalá fuera cierto. —Rodó los ojos y yo me carcajeé al escucharlo.

Empezamos a caminar tomados de la mano como si de verdad fuésemos una pareja real. No lo éramos. Era solo un juego en el que no nos pusimos de acuerdo, pero supuse que ambos lo sabíamos. Que solo estábamos disfrutando del momento y que al día siguiente todo volvería a hacer igual. Un hombre y una mujer que disfrutaban del sexo juntos, que tenían un contrato y nada más.

Caminamos un rato. Yo me detenía en casi todas las atracciones y él ponía cara de fastidio cada cinco segundos, aunque de vez en cuando lo sorprendía observándome y sonriendo.

Casi dos horas después estábamos entrando a los coches chocones y juro que la cara que puso Clark fue lo más gracioso que vi en mi vida.

—No... —Me señaló con el dedo índice—. Ni creas que voy a subir ahí.

—Pues claro que lo harás.

—No, no lo haré. —Se puso serio.

—Por supuesto que lo harás. —Lo tomé y lo halé con todas mis fuerzas.

Al principio hizo resistencia, luego me puso cara de «me la pegarás» pero al fin cedió.

Pronto nos vimos cada uno en un carro chocón en medio de otras tantas personas. No podía

parar de reír cada vez que veía a Clark hacer muecas cuando lo chocaban, yo era la primera en hacerlo. Lo vi maldecirme bajito par de veces, pero en ocasiones también sonreía cuando me burlaba de él. Holland parecía un niño haciendo berrinches y cuando salimos de esa atracción me dieron ganas que abrazarlo. Irónico, ¿no?

Sabía que Clark era un imbécil, ególatra y prepotente. Sabía que ese día era de esos que solo pasan una vez en la vida con una persona como él. Sabía que yo misma podía ser un grano en el culo cuando me lo proponía y que ambos podíamos ser dos depredadores, pero esa noche contra todo pronóstico y lógica parecíamos solo dos personas viviendo un romance, aunque claro, era solo una cortina de humo que pronto iba a desaparecer.

Media hora después nos encontrábamos en un pequeño establecimiento cerca del parque, donde había convencido a Clark de comprar pizza. Al principio estaba renuente pero luego aceptó que valía la pena. Después de terminarnos una pizza entera con dos cervezas bien frías, noté que se quedó perdido en sus pensamientos. Sus ojos estaban fijos en la pequeña calle por donde la gente que salía de las atracciones cruzaba sin afán. Ese domingo incluso el ambiente y los pasos de las personas me gustaban.

—¿En qué piensas? —pregunté.

Apartó la mirada de la multitud y la clavó en mí. Sentí un escalofrío extraño. El color de sus ojos casi había desaparecido con la noche, pero seguían siendo muy intensos.

—¿De verdad no crees en el amor?

Me sorprendió la pregunta, pero no tenía mucho qué pensar, conocía la respuesta.

—El amor es una tontería, Clark.

—Puede ser —suspiró—, pero a veces cuando te miro me gustaría que fuéramos dos tontos.

Sus palabras fueron como un tornado que lo arranca todo de raíz. No supe con exactitud lo que sentí, solo fui consciente de que el aire corrió a toda velocidad de mis pulmones porque noté que me asfixiaba. Mi corazón se me encogió en el pecho y los dedos de las manos se me helaron. Iba a hablar, aunque la verdad no sabía qué iba a decir, cuando...

—Deberíamos irnos. —Carraspeó y se puso de pie.

Lo miré desde mi lugar, fue una situación bastante rara. Extendió su mano para ayudarme a levantar y me vi tentada a aclararle que no necesitaba su ayuda. Que nunca había sido la princesa en el castillo que esperaba ser rescatada sino la que escalaba por las paredes y se salvaba así misma. Sin embargo solo sonreí y le correspondí, recordando que aceptar una mano no es señal de debilidad, no tiene nada de malo permitirnos recibir las cosas que la vida tiene para ofrecernos.

—¿Vemos una película? —preguntó un rato después cuando atravesamos la puerta de mi piso.

—Me parece bien —dije sin pensar mucho.

Eran las nueve de la noche y había sido un gran día. En realidad pensé que desde que entráramos a casa me tiraría en la cama y me quitaría la ropa, pero su idea no era mala. De hecho me gustó.

Nos tardamos quince minutos solo buscando qué película ver, al final dejé que él escogiera una y me fui a hacer palomitas. Clark se quejó de que quería volver a intentar asesinarlo con ellas, pero me reí a carcajadas. Las llamó «un arma mortal» mientras ponía una película que nunca había visto. Creo que era una peli biográfica. No le presté mucha atención porque empezaron a pasarme por la cabeza fragmentos de ese mismo día.

»Sonreí cuando reconocí que había sido maravilloso, pero dejé de hacerlo cuando me recordé que era solo eso, horas de alegría que pasarían al día siguiente cuando Clark volviera a ser mi insoportable jefe y yo la mujer que no se deja amedrentar por nadie. La verdad no sé en qué momento todo empezó a volverse negro, pero lo hizo, y yo me rendí ante el cansancio de un día estupendo aunque agotador.

Clark

El peso de mis palabras quiso arrastrarme hasta el infierno. Crueldad, eso era lo que cometía con Elizabeth. Todo lo que le dije ese día era cierto, ella merecía alguien que la hiciera feliz y yo no era esa persona.

Quizá en otras circunstancias me hubiese permitido sentir, pero no cuando solo la estaba utilizando y sabía que me odiaría. Era demasiado clara con que detestaba las mentiras y yo no había hecho más que eso.

La miré dormida con su cabeza sobre mis piernas. La peli aun no terminaba, pero había caído rendida. Sonrió todo el día y yo también lo hice. Verla sonreír era como apreciar el amanecer a la orilla del mar. Como lograr pedir un deseo a una estrella fugaz, y no era para mí, ella no era para mí.

Elizabeth solo era un medio para lograr hacer pagar a la abuela y a todos los que como ella me apuñalaron por la espalda. Me quedé observando lo perfecta que era. Esa nariz perfilada, esas pestañas largas y pobladas, su perfil tan estilizado y sus cejas bien definidas, toda ella era perfecta y joder, me gustaba. Tal vez por esa estúpida razón tuve la osadía de preguntarme qué hubiese pasado si la hubiese conocido un día cualquiera chocando sin querer en una calle del centro. Qué hubiese sucedido si el hecho de que estuviera allí conmigo no hubiese sido el resultado de un plan de meses en el que la orillé a caer en mi trampa, sino una simple coincidencia de la vida.

«Concéntrate en el objetivo, Clark» me reprochó mi conciencia.

Aunque no quería reconocerlo, me pesaba el hecho de tener que utilizarla para mis propósitos, sobre todo después de compartir con ella ese tiempo que se suponía era para que no tuviera una sola duda sobre la boda, pero que terminamos disfrutando más de lo que imaginé.

Ese día descubrí a una Elizabeth alegre, entusiasta y con la capacidad de disfrutar de las pequeñas cosas. Me sorprendió verla como una niña pequeña con los ojos brillantes cuando la dejé conducir mi coche o cuando accedí a todas sus locuras.

Elizabeth Shaine era un torrente de diferentes energías y empezaba a joderme que todas me gustaban. Me excitaba verla destellando rabia cuando se enfadaba. Me gustaba ver cada gesto de su rostro cuando me montaba. Alucinaba como entreabría los labios en medio de un jadeo cuando se corría. Me gustaba su lado salvaje, pero también me gustó la alegría que desprendió ese domingo y las estrellas que nacieron en sus ojos cada vez que la complacía.

Acaricié su cabello y su olor se levantó en el aire erizándome la piel. La sentí removerse un poco y sonreí. Parecía un ángel, una diosa y no me cansaba de mirarla.

La tomé entre mis brazos y la llevé a su cama. Volví a sonreír cuando gruñó sin abrir los ojos. Un impulso me gobernó y terminé dándole un beso en la frente. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de la idiotez que había hecho. Me di la espalda para irme cuando escuché su voz.

—¡Quédate! —dijo.

Cuando me giré seguía con los ojos cerrados aunque sabía que era consciente de lo que había dicho. Mi lado razonable me dijo que me fuera lejos de ella, pero mi cuerpo me llevó hasta su cama, me quité los zapatos y me acosté a su lado. La atraje hacia mí y dejé su cabeza en mi pecho. Su mano se posó en mi abdomen y la mía en su cadera. Empecé a notar su respiración

calmada y supe que se había dormido del todo.

Esa noche me odié un poco, sabía que debía hacerlo, que la necesitaba cerca para mi propósito aunque corriera el riesgo de que se enamorara de mí, pero se me revolvió el estómago al pensar que así como le había regalado sonrisas durante todas esas horas, yo mismo iba a robárselas y en menos tiempo de lo que pensaba... ¡Jodida mierda!

Capítulo 36

Beth

Me removí en la cama y estiré los brazos en medio de un bostezo. Increíblemente había dormido muy bien. Tenía tiempo sin dormir así. Sin poder descansar.

Cuando logré abrir los ojos vinieron a mí todos los recuerdos del día anterior como si fuesen olas gigantes que me arrastraron hasta el fondo del mar. Sonreí porque siendo sincera había sido un lindo día, pero me levanté de prisa espantando esas imágenes.

Un sueño, eso era lo que había vivido ese fin de semana. Clark el ególatra seguía siendo él y yo seguía siendo la misma mujer que, aunque disfrutara del sexo junto a él, no dejaba de estar molesta por tener que casarse.

Unos minutos después estaba en el baño frente al espejo, lavándome los dientes.

«Esto es un error, Elizabeth, la gente te va a juzgar. Si lo saben, pensarán que te vendiste por dinero» me advertí en voz alta.

¿Desde cuándo te importa lo que digan los demás? Replicó mi conciencia.

No me importa, pero esto será una locura.

Da igual, no olvides que la mayoría de las veces las personas que nos juzgan por nuestros errores suelen ser aquellas que ni siquiera se arriesgan, que ni siquiera lo intentan.

Respiré profundo. Algo dentro de mi pecho me gritaba que todo sería un desastre. Nunca me vi como esposa de nadie y no porque fuera una farsa se me hacía más fácil. Clark era un hombre que seguía sin poder descifrar y eso me agobiaba.

Sabía muy bien que los golpes más duros de la vida eran aquellos que no veíamos venir y yo ya había tenido demasiados de aquellos, no quería más sorpresas y es que por más que me gustara en la cama, e incluso me gustara el Clark que me mostró el día anterior, la realidad era que no lo conocía y por momentos tenía la sensación de caminar con los ojos cerrados esperando no caer en un abismo.

****

—¿Todo listo? —pregunté una hora después cuando vi a Loly llegar a mi oficina.

—Sí. Ya hemos preparado todo con lo que nos diste. Oye... —se sentó en la silla de al lado—, estás muy guapa. ¿No tendrá que ver con el guaperas del señor Hollan? Dios, ese hombre está como quiere y vi cómo te miraba en la otra reunión.

—¿Cómo me miró? —Me hice la inocente.

—Me dio la impresión de que no sabía sin mandarte a la mierda o besarte, es que uff... —Se echó aire con la mano en un gesto dramático—. Ustedes soltaban fuego. Solo tú te atreves a enfrentar a alguien como él. Es nuestro mejor cliente, cualquiera hubiese bajado la cabeza.

—Yo no bajo la cabeza ni para caminar, Loly.

Sonreí evitando mencionar algo más. Al fin y al cabo pronto se daría cuenta de lo que sucedería entre ambos.

—Eso lo confirmo. Las diosas no bajan la cabeza ante nadie. —La voz de Rocco nos alertó.

Estaba de pie en la entrada y como siempre, sonreía. Llevaba una camisa amarilla con estampado que le quedaría fatal a cualquiera, menos a él. Usaba unos vaqueros negros y unas botas de cordones. En una mano llevaba una chaqueta jean de mangas cortas y en la otra una carpeta.

—Pasa —le dije, mientras la pelinegra a mi lado lo miraba echando un suspiro. No la culpé, Rocco podía sacar mucho más que suspiros.

—Mi leona. —Me dio un beso en la mejilla y lo miré mal. Le había dicho mil veces que dejara

de decirme así, pero era imposible—. Te ves preciosa —agregó sin importarle mi advertencia.

Aunque tenía razón, me veía muy bien. Llevaba una falda roja a las rodillas, con una abertura a un lado que iba a parar a mi muslo, junto a una blusa blanca de botones y unos tacones negros. Era usual que me arreglara mejor para las reuniones con los clientes.

—Gracias, Rocco. —Sonreí—. ¿Dónde está Neithan?

—Está echando un último vistazo al material de apoyo. Ya sabes cómo es, medio neurótico, pero es un vacano el pelao —bromeó el colombiano.

—Sí, es intenso a veces. —Aportó Loly.

No dije nada, apenas había entendido lo que dijo, solo me limité a sonreír.

Setenta minutos después estábamos entrando a la empresa de cosméticos. Loly y Neithan iban delante cuchicheando pendejadas, Rocco y yo íbamos atrás hablando de las ideas que se le habían ocurrido para la campaña audiovisual. Me dijo que conocía a una modelo perfecta para esa campaña. Ambos sabíamos que la empresa debía escoger una, pero prometí mencionarla en la reunión.

—¿Y de dónde conoces esa modelo? —pregunté arqueando una de mis cejas mientras avanzábamos por el pasillo. Ya podía imaginarme la respuesta.

—Digamos que... —sonrió, se acercó a mí sin dejar de caminar a mi lado, colocó una mano en mi cintura y sus labios muy cerca de mi oído—, me gusta jugar al lobo feroz y a ella le encanta que yo me la coma.

No pude evitarlo, el sonido de una carcajada atravesó mi garganta. La cara de angelito de Rocco era digna de un Óscar, lo que me daba aún más risa, pues conocía el pequeño demonio pervertido que se escondía detrás de esa sonrisita aparentemente inocente, pero mi sonrisa se esfumó cuando una voz grave sonó a mi espalda.

—Parece que se divierte mucho, señorita Shaine.

Por instinto el hombre a mi lado apartó la mano de mi cintura. Ambos nos giramos, yo dispuesta a dar una de mis respuestas afiladas, pero se me revolcó el estómago al ver a la mujer a su lado. Llevaba un vestido color esmeralda con un escote en el pecho y corto, muy corto. La misma estúpida que había encontrado con él en su oficina estaba allí parada con una sonrisa de triunfo, pero a pesar de lo molesta que me resultaba su presencia, me tragué las ganas de abofetearlos a los dos y puse mi mejor cara.

—Siempre he sabido divertirme, señor Holland.

Miró a Rocco de arriba abajo, era más que evidente que no le hacía gracia haberlo visto tan cerca; no me importaba.

—Quizá debería cambiar de profesión, señor Ricardo. Parece que se le da bien hacer reír a las personas. Si gusta puedo recomendarlo como payaso.

La cara de Clark al decir esas palabras era tan serena, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que estaba furioso.

—Prefiero que me digan Rocco —dijo el colombiano de forma natural—. Y le agradezco la oferta, pero me encanta mi trabajo y las personas con las que lo hago. —Me miró sonriente—. Además, no me gusta hacer reír a la gente, me gusta hacer sonreír a mi leona. Se ve aún más hermosa. ¿No cree?

—¿Tu leona? —preguntó Clark fijando la mirada en mí.

Se suponía que debía estar enfadada con Rocco, pero la realidad es que cualquier molestia

desapareció al ver la cara de ogro de mi futuro esposo. Estaba a punto de estallar y se lo merecía por llegar con esa víbora.

—Umm ummm —carraspeó la mencionada—. ¿No me vas a presentar, Clark?

La muy maldita se colgó de su brazo. Él ni se inmutó. Seguía mirándome lleno de rabia contenida. No desvié mi mirada, quería que viera la mujer que siempre he sido. Una que no se deja intimidar por nada ni nadie.

—Sí, Clark, ¿no vas a presentarnos a tu amiguita? —pregunté con sarcasmo.

—Espero una respuesta —espetó tenso, esperando que le aclarara las palabras de Rocco.

—Yo también. —Me impuse cruzándome de brazos.

La tensión casi explota el pasillo. El aire que inhalaba parecía quemarme las vías respiratorias por toda la ira que se acumulaba dentro mí. ¿Qué mierda hacía ella ahí? ¿Por qué la dejaba tomarlo del brazo? ¿Por qué no me daba mi lugar? ¿No habíamos quedado en ello?

El silencio se prolongó tanto que alguien tuvo que intervenir.

—Creo que ya es hora de la reunión —La voz del colombiano sonó suave.

—¿Quién te dijo que abriera la boca? —Replicó Clark. Esta vez sus ojos azulados se oscurecieron y fueron a parar sobre el hombre a mi lado. Su tolerancia y respeto se habían ido al carajo.

—Nadie tiene que decirme qué hacer, señor Holland. Creo que debería tratar mejor a las personas con quienes trabaja. ¿No le parece?

Me sorprendió lo sereno que estaba Rocco, aunque conociéndolo, sí que estaba molesto.

—No trabajo contigo, eres mi empleado. —Se impuso Clark, dando un paso al frente.

—Se equivoca —mi compañero también avanzó logrando tensarme—, trabajo para la agencia Collins, no para usted.

—La agencia trabaja para mí...

—Suficiente —intervine.

No me gustaba para nada el rumbo que estaba tomando aquella conversación. Parecía un duelo de titanes, Clark estaba a punto de explotar y Rocco, aunque no lo demostrara, también.

—La zanahoria tiene razón. No entiendo por qué quieren pelearse por algo que no vale la pena. —Me miró de arriba abajo.

Esta vez no pude sonreír. La rabia invadió mis venas y mi cara de mierda salió a flote.

—Ruth... —Me acerqué, aún seguía colgada del brazo del idiota—. Me parece que no tienes claro tu lugar...

—Por supuesto que sí...

—No, no lo tienes, porque si fuera así no estuvieras aquí mendigando atención de un hombre que ni se ha enterado de que lo has agarrado del brazo por tener los ojos en mí. —Noté cómo Clark se apartaba—. Así que si insistes en poner mi nombre en tu bonita boca, tendré que mostrarte el lugar que te corresponde y créeme, no te va a gustar que lo haga.

—Clark, ¿en serio vas a dejar que me hable así? —Volvió a cogerlo del brazo y esta vez él la miró como si quisiera asesinarla. Sin duda sentí cierto fresquito, pero luego sonrió como quién maquina un plan maestro.

—Ella es Ruth y será la modelo para el comercial que ustedes realizarán.

Un balde de agua helada me hubiese caído mejor, pero sabía que debía controlarme y lo hice. Ni ella ni él se darían el lujo de hacerme perder el control, no en mi trabajo. Era importante para

mí y no lo iba a echar a perder por ese par de idiotas.

—Perfecto —dije tomando el brazo de Rocco, quien me miró confuso, pero luego sonrió—, espero que al menos sea profesional.

Empecé a caminar hacia la sala de reuniones, pero antes de llegar a la puerta sentí sus manos en mi brazo libre. Lo miré mal.

—Tenemos que hablar.

—Para eso es la reunión. ¿No? —Me hice la inocente.

La tal Ruth se había quedado atrás, roja como un tomate, con los brazos cruzados.

—Hablo enserio.

—Yo también. —Me solté de su agarre y entré al salón en donde estaba el resto de mi equipo y Charlotte.

Seguido de nosotros entró Clark y luego la trigueña boba con una sonrisa fingida. Sabía que estaba furiosa porque mi prometido la dejó atrás. ¿Prometido? Pues sí, lo era.

—Hola, hola, espero no haber llegado tarde —exclamó una rubia en la puerta tres minutos después.

—Emily, ¿qué haces aquí? —El tono de la voz de Clark fue en extremo seco.

—A tirarme el show.

—¿Qué?

—¡Nada! —Suprimió una sonrisa—. Vine a trabajar.

—No tienes nada que hacer aquí. Eres abogada.

—Pues por eso... —Curvó los labios—. Dale, empecemos.

Se sentó al lado libre de Clark, el otro ya estaba ocupado por la víbora de Ruth. Charlotte estaba al costado de esta y no dejaba de mirarme. Por un segundo recordé las palabras de Rocco sobre que le gustaba, pero lo ignoré porque de seguro solo eran ideas tontas.

—Empecemos —ordenó el *jefe* acomodándose, pero sus ojos solo estaban puestos en mí y de vez en cuando sobre el colombiano a mi lado, que se daba cuenta, pero era tan descarado que no le importaba.

Su mirada emanaba furia por todos lados. Yo solo dejé de pensar en todo lo que no fuera trabajo. Empecé a hacer la presentación sintiendo las miradas de todos sobre mí. Algo que no podía negar, me gustaba. Sentía que yo tenía el mando de todos, de la situación en sí.

La marca Green Love seguía siendo importante a nivel mundial, pero en el último año había decaído tras un fraude ejecutado por uno de los accionistas en una de las sedes principales. Ese día, mientras debatía el punto de enfoque y mencionaba que nuestra propuesta de campaña no solo intentaba realzar los labiales Pink Ross como nos lo habían ordenado sino a toda la marca, descubrí que las empresas Holland no habían adquirido solo esa sede como pensaba, sino la marca en sí. Casi me atraganto con mi propia saliva cuando Clark lo dijo como si hubiese sido lo mismo que quitarle un pelo a un gato. Como si no hubiese que tenido que pagar cientos de millones de euros, sino más, por ella.

—Imperfect Woman —respondí a la intriga de la mayoría sobre el slogan.

Un silencio sepulcral se elevó en el aire. Me dejé caer con delicadeza en mi lugar. Esperaba la réplica del jefe ante nuestra propuesta, sabía que iba a alegar que algo no estaba bien, a pesar de que era una de las mejores campañas que había realizado y apenas iba casi a la mitad.

—Tranquila, mi leona, lo hiciste genial —me susurró Rocco a mi lado, apretando un segundo,

solo un segundo, mi mano.

Lo miré y correspondí a su sonrisa. Claro que lo había hecho bien y tampoco estaba nerviosa. Conocía mis capacidades y las valoraba más que nadie. Quizá por eso nunca dejé que desmeritaran mi trabajo y no iba a empezar ese día.

—¡No me gusta!

Una voz chillona se levantó al mismo tiempo que mis ojos se clavaron en ella. La maldije por dentro pero controlé mis instintos asesinos con una sonrisa de lo más hipócrita. Recordé que a veces para dar un duro golpe no se requiere de fuerza, en ocasiones solo necesita volcar nuestra ira en palabras que parezcan sutiles, pero cargadas de tanto veneno que de solo soltarlas aniquile al contrincante.

—Claro que no... —Curvé mis labios—. Debe ser difícil de entender para alguien tan superficial como tú, pero supongo que si te quitas ese kilo de maquillaje seguro lo entenderías. ¿No lo crees, señorita Ruth? Uff, perdón por lo de señorita. —Iba a abrir la boca, pero la interrumpí—. Además, se supone que eres solo la modelo, no tiene que gustarte, tiene que gustarle al jefe, ¿no es así, señor Holland?

La mirada de Clark estaba en el aire, como si su engranaje cerebral trabajara a toda velocidad, como si estuviese ausente de la disputa. Sin embargo se volvió hacia mí cuando escuchó mi voz.

—¿Por qué? —Soltó. Fruncí el ceño sin entender su pregunta, él lo notó—. ¿Por qué Imperfect Woman?

Se reclinó en su lugar. Tenía una pluma en la mano repiqueteando con ella sobre la madera. Por un instante me desconcentré al notar que no solo esperaba una respuesta sino que al ponerme de pie sus ojos me escaneaban de arriba abajo. Nunca me sentí como aquella media mañana. Me miré de forma estúpida como si necesitara cerciorarme de que seguía vestida porque él parecía desnudarme segundo a segundo.

De un momento a otro me entró un horrible calor. El aire acondicionado estaba encendido, pero yo ardía. El muy maldito sonrió como si supiera lo que me producía, no lo había hecho desde que me vio junto a Rocco, pero sonreía... sonreía como si le divirtiera verme allí de pie con el fuego de su mirada recorriéndome la piel.

—Esto es... interesante. —Esa fue Emily, que al girarme a verla me dejó ver su sonrisa divertida.

Fue cuando me di cuenta de que quizá había pasado más tiempo del que creí sumergida en esos orbes azules grisáceos que incluso sin estar mirándolos seguía sintiéndolos sobre mí. Tomé aire y con ello, también el control de mis sensaciones.

—Señor Holland. —Volví a mi postura de mujer profesional y calmada. Aunque no sé por qué, pero me acerqué a él quedando de pie entre la rubia y su imponente figura—. Todos quieren vender un estereotipo de mujer perfecta, esta marca lo ha hecho por muchos años y le ha funcionado, pero lo que nuestra campaña busca es ir mucho más allá. Las redes sociales usualmente muestran a la mujer que todas quieren ser o lo hacía, porque hoy en día incluso las celebridades están saliendo al mundo como son de verdad. —Hice una pausa—. La realidad es que no existe tal perfección. Si bien es cierto que existimos mujeres muy hermosas, también es cierto que nadie es perfecto. Que hay un montón de mujeres sintiéndose inseguras dentro de su propia piel. Nuestra idea es romper con esos estereotipos. Gritar a viva voz que está bien tener imperfecciones, pero que la marca Green Love es nuestra mejor aliada, no para esconderlas, sino

para resaltar nuestras virtudes y hacerlas resplandecer de tal forma que lo que no nos gusta de nosotras carezca de importancia.

No había terminado de hablar cuando una leve sonrisa se asomó en sus labios. Algo que me dejó un poco más tranquila.

—Bien, me gusta. Sigue trabajando en esa misma línea.

—Por supuesto. —Empecé a caminar para volver a mi lugar aun sintiendo los ojos de Clark en mi nuca. Me quejé por dentro. Odiaba sentirme, de alguna extraña forma, vulnerable a sus encantos—. Rocco y Loly están escribiendo el guion para el comercial. Luego de que yo le dé el visto bueno se lo haré llegar por correo.

—No creo que eso sea necesario —aseguró.

Entendí muy bien su sonrisita. No era necesario porque vivíamos juntos, pero eso solo lo sabíamos él y yo, por lo que el resto se quedó en el aire, mirándonos.

—Creo que sí lo es. —Carraspeé para que se diera cuenta de su error, pero obvio ya lo sabía, solo estaba jugando con mi poca paciencia.

Sonrió con más amplitud y justo en ese momento algo llamó mi atención. Charlotte se quedó mirándolo con adoración. Podía entender que era difícil que cualquier mujer no se fijara en él, pero sentí algo en las tripas. Ella no lo miraba como alguien que solo lo deseaba, lo miraba como quien ha comido un dulce y le apetece volver a repetirlo.

Me obligué a dejar de mirar la escena. Ni siquiera debía molestarme esa estupidez, pero lo hacía. ¡Joder!

—Bueno, creo que eso es todo por hoy. Supongo que nos veremos la próxima semana para la planeación y ejecución del audiovisual.

—Sí, yo seré la protagonista —chilló la urraca al lado de Clark.

Ruth sonreía como si eso fuera una victoria.

—Sí, eso supuse —dije como si nada mientras mi equipo y yo recogíamos nuestros materiales.

Sin embargo me fue imposible no notar que ya no solo era ella quien tenía los ojos en mi futuro esposo sino que Charlotte seguía embobada como idiota. ¡Maldita sea!

Tres minutos después nos despedimos de todos con cordialidad. Cuando tomé mi maletín Rocco se ofreció a ayudarme. Accedí porque era él y es que era difícil escapar de esa sonrisa que solía poner.

Iba saliendo de la sala de reuniones cuando una mano me detuvo. Supe quién era incluso antes de girarme porque su solo contacto me paró los pelos.

—Necesito que hablemos —dijo acercándose bajo la mirada de todos.

¿No se suponía que nadie debía enterarse aún? Entonces, ¿por qué se comportaba así? ¿Por qué tenía su rostro tan cerca del mío? ¿Por qué no le importaba que todos estuviesen allí? Dios, quería darme un tiro... Clark era como una maldita piedra en el zapato y a la vez, un apetecible pastel de chocolate que me incitaba a devorarlo hasta atragantarme de él. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Capítulo 37 parte 1

Beth

El intenso color de sus ojos se estrelló en los míos dejándome bastante claro lo que yo ya sabía, estaba molesto y la dulzura que me había demostrado veinticuatro horas antes se había esfumado en cuanto amaneció.

—Señor Holland —me solté con sutileza—, creí que ya estaba todo claro, pero si no es así mi equipo y yo podemos volver dentro y aclararle sus dudas.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Rocco a mi lado.

Neithan y Loly parecían haberse quedado en blanco sin entender nada. De hecho, en la reunión, prácticamente solo hablaba yo. Cada vez que alguien intentaba aclarar algo, Clark me cuestionaba diciendo si no lo podía aclarar yo. Me daban ganas de golpearlo.

El rostro del castaño ojiazul se tensó en cuanto escuchó las palabras de mi amigo, aunque ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Su equipo puede irse, señorita Shaine, solo quiero hablar con usted. Sígame a la oficina.

De inmediato sus pasos firmes sonaron en el pasillo. Yo me quedé inmóvil con cara de mierda. Cómo odiaba a ese bastardo cuando daba órdenes, sobre todo porque sabía que no se trataba de trabajo. Lo vi girarse antes de entrar a la oficina. Frunció el ceño cuando notó que no lo seguía.

—¡Elizabeth! —Por primera vez mi nombre en sus labios sonó como una advertencia.

Respiré profundo antes de empezar a caminar, pero...

—¿Te espero, mi leona?

¡Maldición!

Todo el mundo había escuchado eso, incluso Clark que seguía en la puerta, y aunque mis ojos estaban puestos en Rocco, podía notar la rabia de Holland invadiendo todo el aire como un jodido cáncer.

—No, no me esperes. —Me acerqué a él para que nadie más escuchara—. Y deja de decirme así, te lo he dicho un montón de veces.

Lejos de ponerse serio, la curva habitual de sus labios se ensanchó. En serio lo quería mucho, pero en ese preciso momento quería estrangularlo con mis propias manos. Algo me decía que lo había hecho a propósito.

—De acuerdo, mi leona —susurró.

Me entregó mi maletín y se fue junto a Loly y Neithan, no sin antes darme un beso en la mejilla.

Los vi irse a los tres juntos, Charlotte carraspeó y luego se despidió con un abrazo más largo de lo que pensé. Emily por su lado puso una mano en mi hombro. Cuando volteé a verla tenía una sonrisa burlona.

—No me equivoqué al venir. Esto se pone cada vez más interesante.

Iba a decir algo cuando sentí un golpe en mi otro hombro desde atrás. Ruth había pasado por mi lado chocando conmigo a propósito. El deseo de arrastrarla por los pelos emergió, por suerte para ella no se detuvo en la puerta de Clark, quien ya había entrado a su oficina.

—No vale la pena lo que estás pensando.

Miré a la rubia a mi lado que al igual que yo se había quedado mirando el tongoneo de la modelucha.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

Me miró sonriente.

—Porque yo también lo pienso —aseguró y sonreí genuinamente. Ella era el tipo de persona

que me podía caer bien—. Me gustaría invitarte un café un día de estos.

—¿Para qué?

Me miró unos segundos en que parecía pensativa y a la vez divertida.

—Me caes bien, eres directa. —Palmeó mi hombro—. Estoy segura de que podrás domar al león.

—¿De qué hablas? ¿Qué león?

Señaló al frente con una sonrisa divertida en los labios.

—Ese que te espera con ansias.

—Tengo que volver a las empresas Holland, no tengo todo el día —gruñó Clark, que había vuelto a salir al ver que no iba tras él.

Rodé los ojos fastidiada. Emily a mi lado explotó de la risa. No sabía qué le hacía gracia, pero no paraba de reír. Clark volvió dentro al ver a su amiga casi revolcarse.

—Esto será muy divertido.

—Al menos para ti —repliqué empezando a andar.

Ella hizo lo mismo a mi lado sin apartar la mano de mi hombro.

—Vamos, seguro que encuentran la forma de divertirse.

Por la forma en que lo dijo supe con exactitud a qué se refería, pero decidí obviarlo.

—Venga, dame tu número de móvil, seguro que si no te apetece un café puedo invitarte a un bar de stripper —agregó.

Esta vez fui yo la que reí a mis anchas ya en la puerta de la oficina.

—Eso me parece mejor idea —admití dándole una tarjeta con mi número.

—Ni lo sueñen, eso no pasará. —Di un respingo cuando la puerta se abrió y su voz se alzó. ¡Clark!

—¡Aguafiestas! —Le recriminó Emily poniendo los ojos en blanco—. Bueno, ya te llamaré —me aseguró moviendo la pequeña tarjeta en su mano.

Dos segundos después se despidió de Clark con un beso, aunque pareció susurrarle algo que a él no le hizo mucha gracia. Luego me abrazó y me dijo al oído que la invitación para ver hombres desnudos seguía sobre la mesa.

Le ofrecí media sonrisa y luego la vi marcharse hasta perderse en el ascensor. Ese día supe que esa chica preciosa en realidad era amiga de Holland y nada más, además de que me admití que no sería mala idea aceptar su invitación. Había ido una vez a un bar de esos y la había pasado bien.

—Espero que no lo estés ni siquiera pensando —dijo Clark como si pudiera leer mis pensamientos.

Volví a rodar los ojos y entré sin más a la oficina. Dejé mi maletín en una silla y me iba a sentar en la otra cuando sentí su mano tirar de mi cintura dejando su rostro a centímetros del mío.

—¿Por qué dejas que ese imbécil te esté toqueteando? —El tono de su voz era bajo, pero podía sentir su ira disimulada.

—No sé de qué hablas.

—Sí, sí lo sabes. Y no voy a permitir que nadie toque lo mío.

Fruncí el ceño y lo empujé.

—¿Cuándo vas a entender que no soy de tu propiedad?

—Sí, sí lo eres. Por un año me perteneces —replicó volviendo a atrapar mi cintura.

Sentí ganas de abrirle la cabeza con un golpe a ver si de una puta vez lo entendía.

—Clark, deja de tratarme como si fuera un maldito objeto porque no lo soy y ya estoy harta de repetírtelo.

Quise zafarme, pero todo lo que logré fue que hiciera más presión dejándome pegada a su cuerpo.

—¿Por qué te dice así? ¿Por qué dice que eres su leona?

—No lo sé —mentí.

—No me creas idiota. ¿Te acostaste con él?

Su aliento se fusionó con el mío. Su aceleraba respiración golpeaba la mía. Sus ojos echaban fuego y los míos le habían clavado cien puñaladas por imbécil.

—¿Quién diablos te crees que eres? —Presioné ambos brazos en su pecho con el fin de que me soltara, no se inmutó.

—Contéstame de una puta vez. —El tono de su voz fue más potente.

—Lo haré si tú me contestas a mí. ¿Te tiraste a Charlotte?

Lo supe. Antes de que contestara lo supe. Pestañeó con rapidez y luego me soltó dándome la espalda para sentarse en su lugar.

—Sí —admitió como si nada—. Y así como me acosté con ella lo hice con muchas más, pero como te dije, no he estado con nadie más desde que firmamos el contrato. Ahora contesta.

Negué con la cabeza sin siquiera saber por qué. Yo seguía de pie y el miraba mi reacción desde su trono.

—Creo que ya tienes tu respuesta, Clark.

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que acabas de decir.

—Explícate.

Me senté en la silla con media sonrisa en los labios.

—A ver... —me crucé de piernas, él se tensó al ver que la abertura que llevaba en la falta dejaba ver mi muslo casi completo. No lo hice a propósito, pero tampoco me la acomodé—, no soy una santa, de hecho, diría que estoy más cerca de ser lo contrario. Tu duda es si me acosté con Rocco, mi respuesta es la misma que la tuya. Me he acostado con muchos hombres, Clark, pero nunca engañé a Ben y tampoco me he acostado con nadie después de firmar ese estúpido papel.

—¿Estúpido papel? —se indignó.

—Sí. Sabes que esto no acabará bien.

—¡Lo sé! —admitió mirándose el reloj en la muñeca.

Un gesto bastante extraño en un ególatra como él, pero lo ignoré porque solo quería terminar y salir de allí. Cada vez que estaba cerca de él me entraba un calor infernal que me era casi imposible de disimular.

—Bien. Me alegro de que lo sepas porque aunque yo cumpla mi palabra no deja de ser una farsa y las mentiras siempre terminan mal.

Me puse de pie para irme, pero me surgió una duda.

—Algo más. —Me miró expectante—. ¿Por qué hiciste tanto por mí este fin de semana?

—Ya te dije, me gusta verte sonreír —dijo serio.

Seguía sin aceptar esa respuesta, pero era más que obvio que era lo único que iba a recibir.

—¡Gracias! —dije con sinceridad—. Aunque fue solo un juego de dejarse llevar, la pasé muy bien.

Sí, bajé la guardia. Si algo he aprendido de la vida era a agradecer y a valorar las cosas que hacen por mí.

—Yo también quiero creer eso, pero no fue un juego para mí.

Quizá un golpe en la nariz me hubiese confundido menos. No lo entendía. ¿Era bipolar o qué?

Las motas grises de sus ojos resaltaron en el azul cuando me miró. Nuestras miradas se encontraron en medio de la distancia que nos separaba. Por alguna razón sentí que el flujo de aire en mis pulmones disminuía considerablemente. Quería pero no podía apartar la mirada. Era como si sus ojos la atraparan hasta que ellos quisieran. Nunca me había pasado algo igual, ni siquiera con Ben y no me gustaba la idea de no lograr controlar mis emociones y tampoco mi cuerpo.

Un impulso de mi corazón aguerrido me hizo reaccionar. Tomé mi maletín y me di la vuelta. Su voz volvió a vibrar en mi piel aunque él seguía en su lugar.

—¿Cuántos?

Volteé sin entender su pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Con cuántos te has acostado?

Mi mandíbula se apretó por inercia.

—¿Es una broma? —pregunté incrédula de su estúpida pregunta.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

No, no la tenía y obvio que yo tampoco.

—¿Tú me dirías con cuántas te has acostado? —Ataqué conteniendo la ira.

No lo conseguí del todo.

—Te lo diría si lo supiera

¡Imbécil!

—Yo también.

Capítulo 37 parte 2

Beth

Vi su rostro desfigurarse con mi respuesta. Me importaba un culo su ego de macho alfa. Me importaba una mierda si pensaba que era una zorra. No tenía por qué darle explicaciones de las cosas que hice antes de conocerlo. No lo había engañado con nadie y era lo único que debía importarle.

Lo vi deshacer el nudo de su corbata a la mala como si esta no lo dejara respirar bien. Se deshizo de los tres botones de su camisa blanca y se quitó el sacó azul oscuro. Quise darme un disparo cuando mi cuerpo reaccionó vibrando al ver lo sexy que se veía así. Despeinó su cabello de mala gana y se frotó la barba recién afeitaba mirándome embravecido. Casi gemí cuando llevó sus manos a su pecho para abrirse un poco más la camisa como si necesitara más aire.

No podía seguir allí parada como idiota. El calor seguía en aumento. Una corriente me recorría la entrepierna y la boca se me empezaba a secar. Tenía que salir de allí o no respondía de mis actos.

—Creo que es mejor que me valla —musité cuando lo vi ponerse de pie.

No pude darme la vuelta ante su imponente mirada. En vez de eso mis pies se movieron retrocediendo. Quería llegar a la puerta. La furia en sus ojos seguía destellando, pero también había una hoguera en ella que lo consumía, más bien, nos consumía a ambos.

—Clark... —casi jadeé cuando mi espalda se estampó contra la puerta.

No tuve tiempo de decir más cuando su boca chocó con la mía de forma bestial. Sí, eso era, una animal que no pararía hasta devorar su presa.

—No lo quiero cerca de ti. Ese colombiano, no lo quiero cerca.

Lo juro, quise mandarlo a la conchinchina en cuanto escuché la barbaridad que acababa de decir, pero no me dio tregua.

Su lengua se volcó sobre la mía con astucia. Lo recibí con las mismas ganas que me demostraba. Una de sus manos amasaba la cara interna de mis muslos sin mucha delicadeza y la otra se arremolinó en mi cabello como si quisiera atraparme y no soltarme jamás.

Mis manos tiraron de los extremos de su camisa con tanta fuerza que pude escuchar algunos botones rebotar en el suelo. Ni siquiera me di cuenta en qué momento dejé caer mi maletín al piso, pero esperaba que mi ordenador no hubiera sufrido daños y que las carpetas hubieran amortiguado la caída.

Me levantó apretando mis nalgas. Caminó conmigo hasta rodear su escritorio y dejarme sentada sobre él. Gruñí cuando abandonó mis labios, pero me reconfortó sentir su lengua quemar la piel de mi cuello mientras se deshacía de mi camisa.

En un movimiento veloz lo tenía succionando mi pezón izquierdo mientras yo tenía la boca entreabierta sin aliento. Mis manos sucumbieron hasta envolverse en su sedoso y suave cabello.

Gimió mi nombre cuando me retorcí de placer.

—Joder, me vuelves loco —jadeó.

No tuve tiempo a decir nada antes de que se dejara caer en su sillón, para luego tirar de mis piernas y dejarme justo en el borde de su escritorio.

—Clark —dije mirando sus ojos brillosos y su sonrisa lujuriosa antes de que literalmente me arrancara las bragas—. ¿Qué haces? —pregunté como una estúpida.

Sonrió aún más.

—Voy a comerte el coño, Elizabeth, eso haré. —Y sin más lo vi sumergirse en mi entrepierna de forma letal.

Gemí por lo alto como una posesa. Nunca en mi puta vida había sentido que el mundo podía irse a la mierda solo porque tenía una lengua rebotando contra mi zona erógena de en medio de mis piernas.

Sus labios atraparon mis pliegues mientras su lengua se abrió paso para follarme.

—¡Dios! —Apreté mis manos en el borde del escritorio.

Sentí su aliento sobre mi piel sensible indicándome que sonreía. Quizá hubiese reído yo también si no hubiese estado tan ocupada balanceando mi cintura contra su boca dándome el placer que necesitaba.

—Serás mi perdición, Elizabeth —susurró.

Y volvió atacar esta vez con más ímpetu. La fuerza de sus labios succionando mi clítoris era como garras queriendo sacar todo de mí. Y joder, me estaba enloqueciendo.

Su lengua se resbalaba por toda mi húmeda extensión y un par de deliciosos dedos se unieron para darme placer. Sentía cómo resbalaban en mi entrada una y otra vez. Maldecí en voz alta. Llevé mis manos a las hebras de su cabello tirando de ellas y al mismo tiempo haciendo presión contra su boca.

—¡Por Dios! —gimoteé arqueando mi espalda.

Los dedos de mis pies se curvaron, mi torrente sanguíneo era caótico. Mi respiración se desbocó y la sensación del roce de su barba en mi piel era tan placentera.

Un sonido llamó mi atención y estaba lista para saltar cuando vi una figura en la puerta, pero me quedé quieta cuando la identifiqué...

—¡Ruth...! —dije casi en un susurro. Clark iba a apartarse, pero lo detuve—. No pares —ordené tirando de su cabello.

Me hizo caso con esos dos luceros extasiados adorándome. Volví a girar mi cabeza sobre mi hombro y vi que Ruth seguía allí petrificada. Gemí con la boca entreabierta sin dejar de mirarla. Ella estaba en shock y por alguna razón yo disfrutaba verla casi asfixiarse con la escena erótica ante sus ojos.

Tal vez si hubiese sido otra persona hubiera corrido a cubrirme y hubiese estado roja de la vergüenza, pero solo sonreí. La vi allí parada, sin color en el rostro de la impresión de verlo metido entre mis piernas y yo solo sonreí perversa.

Me mordí los labios aumentando mis movimientos en sincronía con sus ágiles y maravilloso dedos, y unos momentos después sentí la boca de Clark desgarrando mi cordura cuando succionó mil veces por segundo haciéndome explotar sobre su lengua.

¡Jo-der!

Holland se reclinó en su sillón limpiándose los labios con la lengua. Yo seguía de espalda a la puerta pero sabía que ella seguía ahí y que Clark notaba su presencia, pero sus ojos estaban puestos en mí con un brillo chispeante mientras yo me reponía de las convulsiones provocadas por un arrebatador orgasmo.

No sé por qué sonreí como idiota, pero lo hice en cuanto me acomodé la falda y me puse de pie al lado del castaño. Sin poder evitarlo posé mis ojos sobre la mujer que seguía de pie en la entrada con la boca abierta, con la piel descolorida y la mirada aún puesta en la escena delante de ella.

—Espero que no te haya dado un infarto —bromeé al ver que no reaccionaba.

Clark la miró mientras se terminaba de limpiar con los dedos.

—¿Qué haces aquí? —Fue cuando escuchó la voz de Clark cuando pareció respirar por fin.

Necesité mucho control para no carcajearme al ver que ni siquiera podía moverse.

—¿Cómo puedes hacer esto? Yo... yo creí que solo te casabas con esta zorra por tu abuela y aunque no entendía por qué no lo hacías conmigo, venía a decirte que te apoyaba. Que estaría contigo y que...

—¿Tú como sabes eso? —Clark se puso de pie tenso.

—Te escuché hablarlo con Emily el otro día, pero eso no importa. Me destrozas el corazón al hacerme esto.

Rodé los ojos fastidiaba de su patética escena. Sentía la humedad entre mis piernas. No tenía bragas y tenía que limpiarme. Caminé hacia mi bolso para irme, pero antes de hacerlo vi como en solo un par de pasos Clark se acercó a ella de forma intimidante. El cuerpo de la trigueña se encogió cuando él la tomó por el brazo.

—Si le dices a alguien algo de esto, te juro que te vas a arrepentir.

Escuché un chillido molesto.

—Suéltame, me haces daño...

Clark la soltó de mala forma y le apuntó con el dedo índice en el rostro.

—Te lo advierto. Cierra la boca o lo vas a lamentar.

—¿Cuándo te convertiste en un ogro? —chilló la urraca.

—Siempre lo he sido.

Hice una mueca de hastío. Me aburrí de aquella conversación y ya había logrado grandes cosas antes del mediodía. Un maravilloso orgasmo y provocarle un preinfarto a la tal Ruth. Podía irme tranquila.

Vi una puerta lateral dentro de la oficina y caminé hacia ella esperando que fuera un baño. Lo era. Me tardé unos minutos en acomodarme la ropa y limpiarme. Retoqué mi labial y organicé mi cabellera cobriza. Sonreí en el espejo. Mis ojos grises tenían ese brillo especial luego del éxtasis. Siempre me gustó el sexo, pero con Clark no solo me gustaba, era mucho más que eso. Lo disfrutaba como nunca lo había hecho y eso era innegable.

Cuando salí del baño Ruth ya no estaba, algo que de verdad agradecí. Odiaba a esa chica y su cara de zorra.

—Debo irme —dije sin detenerme a mirarlo.

—Te invito a almorzar —soltó y me paré en seco. Volteé a verlo y tenía esa expresión seria en el rostro—. Debemos hablar de la boda. Supongo que ya has visto vestidos.

—Sí —mentí con rapidez.

Sabía muy bien que la clave para que una mentira pareciera una verdad era no dudar a la hora de decirla. Pero la realidad fue que sus palabras fueron un duro golpe al estómago que me estrellaron contra la realidad.

Boda, vestido, farsa, mentira, boda, vestido. Boda... ¿Boda? ¡Boda!

Sí, iba a casarme y fue en ese segundo en que mi mente ató los cabos que había soltado por voluntad propia. Fue en ese instante en el que supe que por más que espantara los pensamientos de esa boda todo seguía igual porque iba a hacer algo que siempre me pareció patético. Iba a ponerme un vestido, pararme frente a gente que no les importaba ni sus propias vidas e iba casarme. Pronto sería la esposa de Clark Holland y no estaba segura de estar lista para eso.

Mi cerebro estaba a punto de explotar. Tenía claro lo que había firmado e iba a cumplir con

ello, pero darme cuenta de que apenas faltaban menos de dos semanas para la dichosa boda fue como si me hubiesen arrojado a una bañera llena de agua helada.

Quería correr de allí... quería volver al auto, pisar el acelerador y recorrer dos horas a toda velocidad hasta llegar a la playa más cercana. Lejos de ese estúpido compromiso que seguía preguntándome cómo diablos había adquirido.

—¡Elizabeth!

Al parecer Clark había estado diciéndome algo, pero no escuché ni media palabra.

—Lo siento, estaba pensando en mi boda soñada —ironicé con una sonrisa, aunque por dentro era un desastre.

—Ajá. —Se acercó a mí—. Entonces, ¿almorzamos?

—Vaya, eso es interesante. Clark Holland haciendo una proposición sin imponer nada, eso es nuevo.

Sonrió coqueto y de nuevo un fuego incendió mi cuerpo.

—Puedo ser un príncipe si quieres. —Acarició mi mejilla.

—No me gustan los príncipes, Clark, prefiero los lobos.

Sí, eso salió sin pensar, pero era cierto.

—Eso he notado. —Bordeó mis labios con su pulgar y literalmente temblé—. Supongo que entonces debo seguir siendo quién soy —dijo divertido.

—Debo irme. —Me alejé, pero al darme la vuelta sentí sus manos presionando mi cintura y su rostro se acunó en mi cuello.

Inspiró profundo acercándome aún más a él. Su perfume invadió todo mi espacio personal.

—Entonces nos vemos en dos horas en el restaurante al aire libre al que me llevaste —susurró sobre mi oído mandando tanta electricidad a mi cuerpo que un poco más y me fulmina.

—Está bien —asentí.

Quise alejarme porque justo allí me di cuenta de algo. Tenía una debilidad con su cuerpo, en mi vida nunca tuve una y la estaba teniendo. Sus manos en la curva de mi cintura eran como presionar el botón de encendido y aunque intentara lo contrario, toda yo reaccionaba de forma inmediata a su cercanía.

—¡Espera! —Me detuvo volviendo a dejar mi espalda contra su pecho e inhalando profundo una vez más—. Me gusta como hueles. Me gusta ver tus gestos cuando te corres. —Me giró de golpe—. Ahora despídete de tu futuro esposo.

Antes de que pudiera replicar me estaba besando rodeándome con sus brazos. No moví los míos, pero sí correspondí a la calidez de sus labios y es que, joder, me fascinaba cómo me besaba.

Unos segundos después se apartó con una sonrisa petulante en el rostro. Hice un puño queriendo estampárselo en la cara para borrarle esa sonrisa. El muy maldito parecía consciente de lo me provocaba.

—Bien, futuro esposo —dije sarcástica controlando mis emociones—. Entonces nos vemos en un rato.

Sonreí antes de hacer mi movimiento macabro. Tiré de su cuello y saqueé su boca con maldad. Poseí sus labios como si fuesen el mangar más delicioso del mundo. Lo estaba provocando y por supuesto que lo estaba logrando porque vibraba sin poder contenerse. Bajé mi mano a su entrepierna por encima de su pantalón de tela sintiendo el bulto que deseé con todas mis fuerzas

tenerlo dentro, pero claro que no iba a hacerlo.

Cuando noté sus intenciones de volverme a lanzar sobre ese escritorio y follarme allí, me aparté sonriendo.

—No vas a dejarme así. —Aseguró sin soltar mi cintura que, aunque me había apartado un poco, seguía encarcelada por sus fuertes brazos.

—De hecho sí. —Lo empujé con fuerza y esta vez sí me alejé dejándolo atrás.

Antes de cerrar la puerta lo escuché maldecirme y reí por lo alto, pero dejé de hacerlo en cuanto me alejé. Mi estómago seguía revuelto porque tenía que ir por un estúpido vestido. No, en realidad no era eso. Era el hecho de que de verdad iba a casarme.

¡Vas a casarte, Beth! Me dije horrorizada mientras me subía al auto sin saber si volver a la agencia o correr sin mirar atrás.

Cuando pisé el acelerador sentí que al fin podía respirar, aunque no lo suficiente. «*Todo va a estar bien, solo será un año*» me gritaba mi subconsciente, pero algo dentro de mi pecho me decía que no sería así. Que Clark Holland no pasaría desapercibido por mi vida y que esa boda no sería tan sencilla como debería ser.

Allí, conduciendo de prisa, sin bragas, aún con la sensación de los labios de Clark haciéndome correr y con un nudo en las tripas por la locura que estaba a punto de cometer, deseé ser niña de nuevo, como cuando tenía cinco años y papá me lanzaba al aire mientras yo me carcajeaba sin darme cuenta del peligro que corría, tal vez porque solo era una cría o quizá porque estaba segura de que papá de atraparía. Pero ya no tenía ese lugar seguro para refugiarme. Los brazos de mi padre solo me producían dolor, los de mi madre yacían tres metros bajo tierra, los de mi hermano también se habían ido para siempre y los de Addy siempre necesitaron de los míos para sentirse fuerte.

Desde hacía mucho tiempo me había hecho a la idea de que estaba prácticamente sola en el mundo y, por extraño que pudiera parecer, estaba habituada a ello, me gustaba. Ben había sido una excepción a la regla que como la mayoría de las excepciones terminó mal y Clark... aún no sabía qué era él en mi vida y mucho menos el por qué el destino lo había puesto en mi camino de esa forma. Solo sabía que nunca quise casarme y que estaba a nada de hacerlo. Solo era consciente de que mi cuerpo crujía de deseo cerca de él y que maldecía los momentos de debilidad que se formaban cuando me perdía en sus ojos. Y es que tenía cierta afición por ellos y por la forma en que me miraban.

Tenía que dejar de pensar. Necesitaba olvidar por un rato el hecho de que ese mismo día tenía que ir a ver vestidos de novia. Quería borrar de mi cabeza el anillo que reposaba en mi mesa de noche, así que pisé el pedal del acelerador a fondo. Correr siempre me sentaba bien. Eran las once de la mañana y las calles estaban casi desiertas.

Sentí la adrenalina recorrer mis venas. Deseé con todas mis fuerzas que fuese el *corvette* para poder aumentar incluso más la velocidad. Conducir era mi terapia y funcionaba. Mis hombros se relajaron mientras la velocidad me hacía sentir en las nubes. Era como una droga para mí.

Sonreí al sentirme más ligera, pero cualquier atisbo de sonrisa se esfumó cuando una figura apareció en frente de mí. Un adolescente en patines invadió mi camino. Todo pasó tan rápido, mi corazón latiendo a mil por segundo, mi respiración nula, mis manos apretándose sobre el volante con fuerza, su rostro de terror al darse cuenta de que mi auto iba a embestirlo, mi pie en el freno intentando no chocarlo y rogando a Dios para que el frenazo repentino no volcara mi coche y terminara muerta... Lo último que vi fue su cara deformada por el miedo y sus brazos cruzados delante de su cabeza como si fuera una defensa y entonces, justo en ese instante, el tiempo dejó de correr lanzándome un golpe certero al corazón y robándose todo el aire de mis pulmones...

Dicen que la vida a veces nos da un tirón de orejas con un propósito, parecía que lo estaba haciendo conmigo.

Capítulo 38

Beth

Todo era oscuro y siniestro. Seguía sin poder respirar bien. Por un momento pensé que todo se había ido a la mierda. Que había asesinado a ese chico y de paso a mí misma.

Mis ojos se abrieron dando paso a la realidad. Mi rostro reposaba sobre el volante, mis manos estaban aferradas al mismo y mi pie estaba metido hasta el fondo en el freno.

Levanté la mirada encontrándome con el chico tirado de culo en el camino. Gemí de terror. Me quité el cinturón y salí del coche como una loca. Él seguía en shock y yo, de alguna manera, también, pero necesitaba saber si le había hecho daño.

—¿Estás bien? ¿Te he lastimado? —pregunté llevando mis rodillas al suelo y tocando su hombro.

Él chico rubio y delgado negó con la cabeza. Respiraba apresurado al igual que yo. Lo escaneé con la mirada y noté que gracias al cielo el auto no lo había tocado.

—Dios... yo... ¡Dios! —Llevé mis manos a la cabeza.

Era consciente de que no debía correr a esa velocidad en una vía central como esa, pero también que ese chico no debía estar allí.

—Yo... ¡Lo siento! —dijo con la voz rota—. Vi el auto tan lejos, pensé que tendría tiempo a pasar y luego estaba tan cerca de mí que no pude moverme.

Lo vi ponerse de pie e hice lo mismo. Volví a escanearlo para asegurarme de que todo estaba en orden y parecía estarlo. Algunas personas se acercaron y preguntaron por la situación, pero ambos estuvimos de acuerdo en que no pasaba nada y que estábamos bien.

Cuando volvimos a estar solos, me acerqué a él.

—Escucha...

—Joel

—Escucha, Joel, hoy tuviste suerte, no pasó nada, pero no puedes estar patinando en medio de las calles, para eso hay pistas y carriles. Casi te mato, niño —las últimas palabras salieron más crudas de lo que pretendí, pero en serio estaba furiosa con él por meterse así en la carretera y conmigo por conducir tan rápido en una vía como esa.

—Lo siento, no volverá a pasar.

—Eso espero... —Cerré los ojos y respiré profundo—. Yo también lo siento. ¿Seguro estás bien? Puedo llevarte a un hospital si quieres.

—¡No! Solo fue un susto.

Y si más se fue como si nada. Yo volví al auto, pero no pude arrancar de inmediato. Permanecí quieta por casi un minuto acomodando mis emociones. Antes de volver a conducir recibí un mensaje de Julián diciendo que mi auto estaba listo. La verdad es que aunque amaba a mi cacharrito prefería conducir el auto que Clark puso a mi nombre, pero era mejor no seguir usándolo, después de lo que había ocurrido con ese chico decidí que lo devolvería.

»No podía pagarlo si algo malo le pasaba al coche y es que aunque se suponía que Clark iba a pagarme un millón de euros al terminar ese contrato, la realidad es que nunca podría aceptar ese dinero, no sin sentirme como un trozo de carne que se vende. Así que no, no iba a aceptar más de lo que ya había hecho por mi familia y por mí.

****

—Oye, ¿estás bien? —La voz de Clark me obligó a mirarlo.

Sonreí sin ganas, no quería dar explicaciones y por supuesto que tampoco quería que supiera lo que me pasó un par de horas antes. Seguro que no me volvería a dejar conducir su *corvette*.

—Sí. Solo estaba pensando en el desastre que está hecho mi piso.

No era mentira que eso estaba en mi mente. Nunca terminó de pintar y todo mi apartamento era un caos, sin embargo no era lo que me tenía distraída.

Fruncí el ceño extrañada de sentir su mano coger la mía sobre la mesa. El restaurante al aire libre era mi favorito, no solo por la comida sino por el ambiente agradable y ni siquiera sabía por qué lo había llevado a él allí. Era uno de mis espacios, pero era aún más confuso el hecho de que acariciara los nudillos de mis dedos con suavidad.

—No te preocupes, me estoy haciendo cargo —aseguró.

—¿Eso qué significa? —Aparté la mano por instinto de supervivencia. Era lo mejor.

—No importa. Ahora sácame de una duda. —Se enderezó en su lugar pasando sus dedos por su mentón—. ¿Cómo es que en todos estos días no me has preguntado nada sobre los preparativos de la boda?

Arrugué la frente dejando mis codos sobre la mesa que ya estaba recogida. Habíamos comido una rica ensalada de pollo. Sí, a veces comía saludable.

—¿A qué te refieres? —Lo cuestioné apoyando mi mentón sobre mis manos entrelazadas.

—Pues no me has hecho ni una sola pregunta de cómo y dónde será la boda. Es más, sabes que es en dos semanas, pero no qué día. Me parece extraño que no tengas curiosidad.

—He estado muy ocupada.

—No creo que solo sea por eso.

Él tenía razón. Sí, había estado ocupada, aunque la verdadera razón por la que me había obligado a no pensar en ello era porque si conocía los detalles lo sentiría más real. Tal vez seguía esperando que todo fuera una broma del destino.

—Bien. ¿Qué día nos casaremos, señor Holland? —murmuré sonriente. Aunque la situación no tuviera nada divertido.

—El último día de verano. El veintiuno de septiembre, que por cierto, es mi cumpleaños.

Abrí los ojos sorprendida por la información.

—¿En serio? —Asintió—. Interesante. Yo cumplo años el...

—Veinticinco de noviembre, lo sé.

Rodé los ojos.

—Mejor ni pregunto cómo lo sabes. ¿Cierto?

—Mejor. —Me ofreció media sonrisa.

Volteé a ver a otro lugar. No quería concentrarme en sus ojos. Del otro lado estaba la calle, aunque algo retirada, donde los vehículos circulaban siguiendo un patrón. Mientras los veía me pregunté si alguna otra persona en el mundo estaba en el mismo dilema que yo. Sentaba en un lindo lugar, con un hombre tan guapo que no parecía de este mundo, maravilloso en la cama y rico. Cerré los ojos unos segundos pensando en lo fácil que hubiese sido solo acostarnos un tiempo. Odiaba las bodas, odiaba las imposiciones, odiaba sentirme atada de pies y manos por un maldito contrato.

Mis palpados se levantaron cuando sentí un movimiento sutil a mi lado. Clark apareció en mi campo de visión de inmediato. Había llevado su silla hasta juntarla con la mía. Retrocedí por instinto cuando lo vi sentarse inclinando la cabeza y dejando su rostro pegado al mío.

—¿Qué haces?

—Elizabeth. —Llevó una de sus manos a mi muslo. Miré sus dedos sobre mi piel desnuda—.

Sé que esto es una farsa, que quizá el hecho de ser consciente de que el día de la boda se acerca te agobie demasiado. A estas alturas no puedo decirte que te libero del contrato. Ya es tarde para eso. También sé que puedo ser un poco controlador y...

—¿Un poco? —Arqueé una ceja.

—¡Vale! —Rodó los ojos divertido—. Soy un controlador, me gusta tener todo en mi propio orden, pero créeme que estoy haciendo todo lo posible por hacerlo mejor. Sé que esto no es lo ideal para una boda, pero podemos pasarla bien. De hecho, la hemos pasado bien y no puedes negarlo.

—¿Cuál es el punto, Clark? —Volví a mirar su mano y luego volví a sus ojos.

—El punto es que no quiero que te estreses demás por esto. Solo es un papel y en un año, o quizá antes, todo habrá acabado. ¡Lo prometo!

Lo vi sonreírme con los labios, pero en sus ojos no había una pisca de esa sonrisa. De hecho había algo que no pude descifrar.

Inhalé profundo y elevé la mirada al cielo azul. El día estaba precioso y decidí que él tenía razón. Ya había tomado una decisión y no había vuelta atrás. Solo tenía que dejar que el tiempo pasara. Seguir fallándomelo y esperar a que todo fuera tan simple como lo pintaba Clark.

—Vale. —Relajé mi rostro, él volvió a reír y esta vez sí me pareció real.

Unos segundos después me miró de arriba abajo a pesar de estar sentada. Entorné los ojos buscando el porqué de su acción, sin embargo, antes de que pudiera emitir palabra me sorprendió con las suyas.

—¿Repusiste tus bragas? —preguntó con una sonrisa lobuna.

—¿Qué? —Mi cara debía ser un poema de indignación.

—Me quedé con tus bragas. Supongo que la repusiste.

Lo había hecho, luego de casi chocar a ese chico me fijé en una tienda de lencería en el camino. Me detuve a reponer mis bragas, pero me llevé más que eso. Compré algunos conjuntos de lencería con la que podía provocarle un infarto a cualquier hombre. Aunque... él no tenía por qué saberlo. ¿Cierto?

—No, no lo hice —hablé de forma insinuante.

Clark apretó sus dedos en mis muslos al tiempo en que sus ojos se incendiaban y su labio inferior era atrapado por sus perfectos dientes.

—Entonces... —sentí cómo su mano ascendía por el abierto de mi falda—, ¿si subo un poco más me encontraré con tu delicioso coño listo para mí?

Sostuve su mano al ver su intención.

—Estás loco. Hay un montón de gente aquí. —Miré a todos lados rogando para que no nos estuvieran mirando. Por suerte las mesas no estaban cerca una de la otra y todo el mundo estaba en su mundo.

—Eso lo hace más interesante —susurró cerca de mis labios, deshaciéndose de mi agarre.

Mi respiración se fue al carajo cuando noté sus dedos deslizándose con suavidad por la cara interna de mis muslos. Lo miré implorándole para que se detuviera, pero el desgraciado parecía divertirse con mi cara de terror. Mi cuerpo volvió a traicionarme porque se quedó inmóvil dejándolo hacer lo que quisiera. Mi mano izquierda presionaba su muñeca y la otra arrugaba el borde del mantel que adornaba la mesa.

—¡Quieta! —ordenó cuando di un pequeño salto en mi lugar al sentir que llegaba a mis bragas

—. Eres una pequeña mentirosa. —Sonrió con maldad dejando un pequeño beso sobre mis labios.

Se me salió su nombre en un jadeo cuando sentí que echó la tela a un lado haciendo presión sobre mis nervios de placer.

—¡No jadees! —Volvió a dejar un pequeño beso en mi boca, quise atraparla como posesa sin importarme que estábamos en un lugar público a plena luz del día.

Su sonrisa se ensanchó al notar mi acto.

—¡Eres un...!

No me dejó terminar la oración cuando empezó a hacer círculos en mi entrepierna robándome el poco aire que me quedaba. Mi espalda se arqueó de inmediato buscando más de lo que me daba.

—Soy el hombre que puede hacer que te corras aquí y ahora. —Apoyó su otra mano sobre la mesa impulsándose un poco para realizar movimientos más certeros. Gemí sobre sus labios odiándolo y a la vez deseándolo—. ¿Te gusta? —preguntó.

No pude hablar, me limité a tragar saliva como pude sin poder apartar la mirada de sus labios.

—¡Responde! —Levantó una ceja muy sonriente—. ¿Te gusta? —Repitió.

Me mordí los labios cuando sus dedos empezaron a moverse más rápido. Mi pecho subía y bajaba con rapidez sin que pudiera evitarlo. Todo era una locura, pero a la mierda el mundo.

—¡Sí! —gemí.

—¿Quieres que te haga correr? —Esta vez no me salieron las palabras, solo asentí removiéndome un poco sobre su tacto.

Lo vi sonreír con la perversidad plantada en sus ojos.

—Así me gusta, pequeña traviesa —dijo con su aliento unido al mío—, pero ¿sabes? No lo haré. —Quitó su mano—. Así sabrás cómo me sentí cuando te fuiste de mi oficina dejándome caliente esta mañana.

—Hijo de...

—Lo sé —me interrumpió llevándose los dos dedos la boca en un acto rápido y erótico—, me encanta como sabes.

Lo que acababa de hacer me dejó en silencio unos segundos, sintiendo como mi cuerpo vibraba y mi clítoris latía con fuerza. Juro que quise golpearlo hasta dejarlo inconsciente, sobre todo porque no dejaba de reír.

—Esta me la pagarás... —Me alejé lo que pude sin pararme de mi lugar.

Su sonrisa se borró.

—Ni se te ocurra. Ya estamos a mano, me dejaste así en la oficina y yo aquí. Ya estamos a mano.

—Eso lo veremos. —Arqueé una ceja notando su miedo de mis juegos.

Rodó los ojos y se reclinó en su lugar. Se pasó la mano por el rostro y luego volvió a enfocarse en mí.

Cinco minutos después de que Clark pagara la cuenta caminábamos hasta donde habíamos dejado estacionado los autos.

—¿Vas a la agencia? —preguntó.

—No. Voy a casa. Tengo que hacer un informe para enviárselo a mi jefe en la noche, pero lo haré desde mi piso.

Se quedó pensativo.

—Bien. No quiero a ese colombiano cerca de ti.

Detuve el paso.

—Deja de comportarte como un imbécil. Rocco es mi amigo y compañero de trabajo. No va a alejarse de mí solo porque tú quieras.

—Eso ya lo veremos —dijo serio. Iba a responderle con un «vete a la mierda» pero volvió a hablar—. Ven conmigo. —Tomó mi mano.

—¿Qué...? ¿A dónde?

—A elegir tu vestido de novia. —Apretó mi mano. Lo miré confundida—. Vamos, Elizabeth, sé que no lo has hecho aún. Se te da fatal mentir.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Y a ti? —pregunté sin pesar.

—A mí no tanto —sonrió divertido.

Lo dejé pasar como una broma, pero debí prestar atención. Esa fue una de las señales que ignoré y que de alguna forma me llevaron a estarlo odiando el día de nuestra boda.

—Ahora vamos, te llevaré a un lugar de confianza en donde no saldrán a vender la noticia de que el empresario del año se va a casar.

No me moví.

—¿No se supone que tú eres el novio y que no puedes ver el vestido? ¿No se supone que debería hacer esto con una amiga o con mi hermana? —bufé.

Entornó los ojos hacia mí con una sonrisa ladeada.

—Así es querida prometida, pero... —Se acercó y empezó a acariciar mis brazos—, como no pareces entender lo importancia de esto, iré contigo. Además —se inclinó un poco dejando su rostro muy cerca del mío—, mientras esto dure yo seré tu prometido, tu esposo, tu amante, tu amigo y todo lo que tú necesites. ¡Lo juro!

Y allí estaba otra vez, sintiendo que el suelo se me movía. Perdida en esos ojos azules que parecían tener el poder de empujarme a un abismo y al mismo tiempo sostenerme. Sus palabras me confundían, al igual que sus actos. Un día era un jefe horrible y neurótico, otro era un hombre sensible y dulce y en otro era un imbécil posesivo que no quería que nadie se me acercara. Es decir, era una bomba atrapada en un cuerpo con tres detonantes y si era sincera, cada uno tenía su encanto, pero también podía ser aterrador. Y es que era difícil saber cuál de todos era él o si incluso había algún otro Clark escondido que aún no conocía.

¡Tiempo! Solo necesitaba tiempo para ir descubriendo que detrás de su hermosa sonrisa y esa mirada vibrante, se ocultaba otro hombre con tantos matices que llegaría a hacerme dudar de todos, incluso de mí.

Capítulo 39

Beth

El sol de verano centelleaba en el cielo esa tarde cuando entramos a una prestigiosa boutique en donde nos recibieron como si fuéramos de la realeza, sobre todo a Clark. Las chicas del lugar se lo comían con los ojos y no puedo negar que se sintió bien ser yo la que lo acompañaba o en ese caso, él a mí.

Durante un par de horas miré vestidos que no iban para nada conmigo. La cara de Clark era de aburrimiento. Le dije que se fuera, pero insistió en que ocuparía su tiempo leyendo unos correos desde su móvil y que solo hasta más tarde tenía otra reunión.

Lo perdí de vista un rato. Yo seguía en mi búsqueda y él seguía en su móvil. De vez en cuando lo veía alzar la mirada cuestionándome, pero solo lo ignoraba.

Salimos de allí a las cinco de la tarde, yo agobiada y él furioso porque no elegí nada. Lo convencí de que volvería con menos presión esa misma semana. Curiosamente descubrí ese día que cuando me aferraba a su brazo parecía relajarse y dado que no quería discutir, opté por darle por su lado. Todavía tenía un reporte que hacer y ya estaba cansada.

—Nos vemos en la noche, cariño —dijo dándome un casto beso.

Fruncí el ceño algo aturdida por la naturalidad de su acto e incluso por el acto en sí. Clark notó mi debate mental porque prosiguió.

—Debes acostumbrarte, te llamaré así delante de mi familia —me explicó y asentí dándome por vencida.

No tenía caso replicar cuando él tenía razón.

—Vale, nos vemos en casa. —Levanté la mano como despedida, él la tomó en el aire.

—Elizabeth... —Me miró directo a los ojos y de inmediato supe que sus siguientes palabras no serían de mi agrado—. Hablo en serio, no te quiero cerca de ese colombiano.

Rodé los ojos.

—*Cariño* —ironicé—, yo también hablo en serio cuando te digo que no me interesa lo que pienses, Rocco es mi amigo y eso no va a cambiar. Te guste o no.

Se quedó perdido en mis ojos. Yo lo retaba no solo con mis palabras sino con todo mi ser. En serio era asfixiante lidiar con un hombre como él.

—Bien. —Sonrió y me sentí desorientada por su raro cambio de actitud—. Maneja con cuidado —agregó dejando otro pequeño beso en mis labios y dándose la vuelta para irse.

Debí darme cuenta en ese instante de que Clark no cambiaba de opinión y que el hecho de que no hubiese vuelto a replicar no significaba que iba a olvidarlo, todo lo contrario, iba a resolverlo a su modo, al estilo Holland y yo pronto descubriría que no me gustaba nada.

Menuda situación en la que la vida me ponía. Quise reírme por lo irónico que me resultaba todo, pero no pude porque mientras Clark caminaba mi cuerpo me reclamaba el hecho de dejarlo apartarse de mí.

Me di una bofetada mental y volví a concentrarme en lo importante. Tenía un trabajo que me gustaba un montón. Mi padre ya no tenía deudas y su salud era relativamente estable, y claro, mi hermana estaba por terminar la universidad sin la preocupación de si yo iba o no a tener problemas para conseguir el dinero que necesitaba. Intenté convencerme de que todo estaba en orden y bajo control, solo que no lo logré, sobre todo porque mi corazón galopaba como un caballo desbocado. Lástima que no hice caso a las advertencias que mis propios sentidos me enviaba como señales de humo.

***

Cuando entré a casa sentí mi boca abrirse de forma involuntaria. Di un par de pasos atrás para ver el número de mi piso, creí que me había equivocado de lugar, pero no era así.

Me llevé la mano al pecho en un acto inconsciente. Todo se veía tan distinto. Mi diminuto salón se veía precioso. Los tonos grises en las paredes iban fenomenales en combinación con un azul celeste. En el centro mi viejo sofá brillaba por su ausencia. En cambio, en su lugar, uno gris con cojines celestes reposaba en frente de una pantalla gigante. En el centro una mesa redonda de cristal trasparente era adornado por una fotografía mía y de Clark junto a su colección de autos.

Sonreí sin poder contener la emoción. Una emoción que no podía ponerle nombre. Era extraño.

Mi viejo mueble en donde dejaba algunos álbumes fue reemplazo por uno blanco brillante lleno de libros y pequeños adornos acorde a toda la nueva decoración. La cristalera al fondo del salón era resaltada por un juego de cortinas grises y azules.

La cocina también estaba renovada, al menos los colores eran más armoniosos. Corrí a ver el resto de mi piso y todo estaba pintado, con nuevas cortinas y algunos muebles decorativos como el de la entrada. Incluso las sábanas de mi cama fueron sustituidas por unas se seda.

El pecho se me contrajo cuando aprecié todo lo que había hecho Clark y un demoledor pensamiento me golpeó sin previo aviso. Todo era precioso, no podía negarlo y de alguna forma, parecía un acto lindo, pero ¿y si solo estaba controlando todo a mi alrededor?

Era claro que Clark era un hombre que estaba acostumbrado a hacer lo que le apetecía y en el momento en que lo deseaba. Desde el día uno quiso que cambiara mi entorno por él y aunque en lo de la pintura de mi piso tenía razón, era inevitable no pensar en que así como quería que Rocco se alejara, así como quería imponerse sobre mí, quizá también lo estaba haciendo en mi propio hogar.

¿Era dulce o aterrador? Ya había puesto un vehículo a mi nombre sin preguntarme, envió invitaciones a mi familia sin siquiera mencionarlo. Pagó todo sin avisar y quería incluso meterse en mi forma de trabajar y las personas con las que lo hacía.

Quería pensar que todo había sido un gesto amable y considerado, pero Clark no lo era. Todo en él era una imposición, incluso su figura era intimidante, entonces, ¿qué debía hacer? ¿Agradecerle o reclamarle?

***

—¿Te gustó la sorpresa? —Alcé la mirada para encontrármelo recostado en el marco de la puerta de mi habitación con un trago en la mano.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya estaba en casa. Se notaba que había llegado hacía un rato. Llevaba la camisa abierta y aunque sonreía, se veía algo cansado.

Yo estaba sentaba en mi pequeño escritorio lidiando con el informe. De hecho ya había terminado, solo me faltaba enviarlo. Era algo tarde, las horas habían pasado volando y el sol había muerto sobre los hombros de una deslumbrante luna llena.

—Sí, gracias —musité con media sonrisa.

De verdad lo agradecía, pero no dejaba de sentir que él estaba acaparando cada esquina de mi vida y que intentaba tener el control de todo lo que me rodeaba, algo que no iba a pasar.

—No pareces contenta. —Caminó algunos pasos y se sentó en el borde de mi cama.

Se llevó el vaso a la boca y se terminó todo el líquido sin dejar de mirarme. Giré mi silla para poder verlo mejor. Clark era un hombre enérgico, pero esa noche se veía agotado, no tanto física

sino emocionalmente. Me pregunté qué había pasado luego de nuestra despedida en esa boutique, porque sin duda el hombre que estaba en frente de mí no era el mismo que había visto esa misma tarde.

—Lo estoy —mentí—. ¿Estás bien?

—Lo estaré si me dices qué pasa. Si no te gusta podemos cambiarlo todo.

Su voz era calmada e incluso su rostro parecía relajado, pero en sus ojos veía una tormenta. Respiré llenando mis pulmones de aire. Nunca me callé nada y debía decir lo que sentía aunque algo me dijera que no era el momento.

—¿Arreglaste mi piso porque estás intentado controlar todo en mi vida?

Su frente se arrugó de inmediato. Su cuerpo se enderezó sobre mi cama y su mirada se trasformó.

—¿De qué hablas?

—Siento que todo lo que haces es porque quieres controlarme. —Fui sincera.

El tono de mi voz era sereno, pero firme. Lo vi ponerse de pie mirando al techo y luego reír con ironía negando con la cabeza. Se pasó la mano por el cabello alborotándolo en el camino. Sus ojos afilados bajaron hasta volver a cernirse sobre mí que seguía sentada en mi desgastado sillón giratorio.

—Así que eso es lo que piensas de mí.

—Solo te hice una pregunta y me gustaría que fueras sincero. —Me defendí.

—Bien... —Se inclinó apoyando una mano sobre mi escritorio, en la otra seguía llevando el vaso vacío. No me aparté cuando dejó su rostro frente al mío, tan cerca que podía escuchar su respiración—. Hice esto para pagar una apuesta porque yo sí tengo palabra. —La curva de sus labios se elevaron en una sonrisa amarga. El olor a whisky me acariciaba el rostro, era evidente que había tomado antes de llegar a casa—. Pero supongo que es mejor pensar que soy tan imbécil y ególatra que todo lo que hago solo es para poder manejarte.

—No he dicho eso, solo te pregunté...

—Hiciste una pregunta, pero ya habías asumido la respuesta. Es más fácil que reconocer la verdad. ¿No?

—¿Y cuál es la verdad, Clark?

—¡Que me gusta verte sonreír! —casi gritó.

Apenas había terminado de decirlo cuando vi el arrepentimiento. Se enderezó apartando la mirada de la mía. Se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos inhalando profundo.

Juro que no entendía su actitud. Se veía irritado y ofendido y sinceramente no me parecía que fuera por ese preciso momento. Más bien supe que mis palabras fueron el detonante para terminar de descontrolarlo.

—¡Clark! —Me puse de pie y me acerqué a él que se había alejado un poco—. No sé qué te pasa, pero es injusto que te desquites conmigo lo que te pase por fuera.

—No lo entiendes —siseó sin mirarme.

—Pues explícamelo porque no voy a ser tu trapo de limpiarte los pies. Si quieres puedo escuchar tus problemas, pero no dejaré que te desquites conmigo, así que dime, ¿qué rayos te pasa?

—Tú... —Me clavó los ojos con dureza.

Por primera vez sentí cierta intimidación.

—¿Qué dices?

Me tomó por el brazo.

—Mi problema eres tú, Elizabeth Shaine, tú eres mi maldito problema.

Fuego, eso había en sus orbes azules. Fue la primera vez que vi en ellos tantos sentimientos volcados. Clark parecía enojado, confundido, agobiado y lleno de ira, pero aunque me miraba, supe que todo lo que sentía era más hacia él mismo que hacia mí.

¿Qué se puede decir cuando ni siquiera sabes lo que sientes?

***

Los días siguientes fueron bastantes extraños. Ese día cuando dijo eso no me dejó replicar, solo salió de mi habitación, se fue de mi piso y no volvió hasta al día siguiente.

La verdad esa noche no dormí pensando en todo lo sucedido y en qué mierda estaba pasando. Me dolía la cabeza por intentar armar un rompecabezas, solo que me faltaban más de la mitad de las piezas y no lo sabía.

Incluso vi algo que no pensé ver, Clark pidiendo disculpas y aparentemente avergonzado por su actitud. Dijo que seguía teniendo un problema con una de sus empresas y que se había tomado algunos tragos que no le habían sentado bien. Lo disculpé porque conocía muy bien lo que era tener un día de mierda, pero le advertí que no iba a tolerar sus actitudes.

—Entonces, ¿me perdonas? —preguntó.

Habían pasado dos días desde entonces. Clark estaba sentado en uno de los burós con los codos apoyados en la encimera. Yo estaba de espalda a él, removiendo los huevos en la sartén, pero podía sentir sus ojos sobre mí.

—Ya te dije que sí. —Me giré a verlo y me encontré con una sonrisa angelical.

Cualquiera que hubiese visto esa sonrisa creería que era de esos hombres con una mente pura. Negué con la cabeza al darme cuenta de lo que realmente había pasado. Tenía los ojos en mi trasero.

—Eres un pervertido —dije volviendo a la estufa.

Me pareció raro que no se defendiera, así que me giré de nuevo para ver qué lo había dejado mudo, pero al hacerlo me topé de frente con su musculoso cuerpo.

—Cualquier hombre se convierte en un pervertido con una mujer como tú —aseguró sobre mis labios.

Yo tenía los ojos bien abiertos por la impresión y él ya tenía sus manos en mi cintura. Quise retroceder, pero el espacio era tan reducido que si lo hacía iba a chocarme con la estufa.

—¿Qué haces? —Intenté sonar firme aunque la realidad era que su solo tacto le enviaba latigazos a mi entrepierna.

—Te dije que tengo hambre.

Eran las siete de la mañana del miércoles.

—Sí, también tengo hambre, por eso puse más huevos en mi desayuno para poder darte. Ya casi está listo. Tengo que desayunar y ducharme rápido o llegaré tarde a trabajar.

Intenté volver a lo que hacía cuando vi que estiró la mano y apagó la estufa. Sonrió lascivo ante mis ojos.

—Tengo hambre de ti. —Atinó a decir antes de atacarme sin darme tiempo siquiera a respirar.

Cuando quise darme cuenta estaba en la ducha de rodillas escuchándolo gruñir, con su mano en mi cabellera cobriza y con mis labios rasguñando su cordura por la forma en que mi lengua se

aferraba a su suave y cálida carne.

—¡Mierda! —su voz fue más un bufido.

Yo lo miraba desde abajo, saciando mi hambre con el exquisito sabor de su polla. Mis labios se movían por toda su extensión haciéndolo maldecir a lo grande. Mis manos estaban enterradas en su trasero, no sabía que me gustaba tanto hasta ese día.

El sonido de su cuerpo embistiendo mi boca me humedecía aún más. El deseo desgarrador en sus ojos era alucinante y la forma en que gemía mientras intentaba atravesarme la garganta era un deleite.

—Me vas a matar —gruñó en medio de una embestida que me dejó sin respiración.

Succionaba con toda la intención de hacerlo perder los sentidos. En un momento quiso apartarse, pero no se lo permití. Clavé mis uñas en su piel con fuerza. Un «Ahhhhhh» se arrastró por su garganta. Estaba a nada explotar y eso me excitaba aún más. Cada vez que empujaba sentía una corriente atravesarme todo el cuerpo hasta llegar a mi entrepierna.

—Joder, Elizabeth, me vuelves... ahh, joder. —Se le fue la voz cuando las paredes de mi boca se apretaron sobre su falo.

La rapidez de sus movimientos aumentó y la mano con la que se apoyaba en la pared fue a hacerle compañía a la otra en mi cabeza. Sus dos manos en mi cabello empujando con rudeza sin poder controlarse. Los gritos de placer ahogados junto a su respiración. Sus ojos oscurecidos, sus labios entreabiertos, los músculos de su cuerpo tensados y sus movimientos bestiales no solo lo estaban llevando a la cima a él sino también a mí.

—Voy a correrme, Elizabeth —masculló sin aliento mientras intentaba apartarse.

¡Córrete para mí! Le supliqué con la mirada sin dejar de atragantarme con su deliciosa polla. No quería parar. Necesitaba sentirlo sobre mi lengua, necesitaba ver su rostro mientras se corría en mis labios. Era una maldita necesidad que me pedía a gritos todo mi cuerpo y...

—¡AHMMMMM! —Le escuché jadear mientras un líquido viscoso y caliente se desparramaba en mi garganta deslizándose con facilidad—. ¡Jo-der!

Me aparté despacio viendo como algunos espasmos seguían atacando su cuerpo. El mío no estaba mucho mejor. La piel me ardía y mientras me lamía los labios no pude apartar la mirada de la suya. Sus ojos me observaban con lujuria.

—Eres una maldita diosa, Elizabeth.

Tomó mi mentón ayudándome a levantar y sin más llevó su boca a la mía barriendo con todo a su paso. Sus dedos salvajes se hundieron con rudeza en mis nalgas haciéndome rugir su nombre sobre sus labios. Parecía una maquina destructora y lo peor era que yo deseaba que me rompiera en mil pedazos.

Diez minutos después el sonido del agua cayendo no era nada en comparación al chapoteo que formaban nuestros cuerpos. Me encontraba aferrada a su cuello, con la espalda reclinada hacia la pared del baño y la cabeza hacia atrás, con mis piernas rodeando su cintura y en general todo mi cuerpo rebotando sobre su polla.

—¡Elizabeth! —siseó empujando con más fuerza.

Mis pechos saltaban de forma simultánea a nuestros movimientos. Chillé como adolescente cuando sentí sus labios embestir contra uno de mis pezones. Mi respiración se volvió casi nula. Las vibraciones de sus estocadas salvajes rasgaban cada músculo de mi ser. La escena de un Clark llenándose de mí, succionando de forma intercalada las protuberancia erecta de mis

pechos, era lo más erótico del mundo.

—Te odio, Clark —mentí de la forma más vil.

No lo odiaba a él, odiaba la necesidad que sentía mi piel por la suya y el hecho de saber que no era posible porque en un año todo acabaría. Odiaba ser consciente de que esa jodida necesidad podía fastidiarme la vida.

—Yo también te odio —medio gruñó en medio de una sonrisita lobuna.

Un segundo después atacó con más fuerza. Podía sentir su falo duro y humedecido por mis jugos resbalándose a profundidad por mi entrada invadiendo cada espacio de mí. Era como si estuviese hecho a mi medida. Mis paredes lo apretaban cada vez que me hacía vibrar, logrando que su cara se desfigurara de placer absoluto.

—Me vuelves loco —dijo volviendo a devorar mis labios.

Mi lengua surcó dentro de su boca con ganas. Quería más de él y no entendía cómo era que mientras más me cogía, más lo quería encima de mí.

Nuestros cuerpos se fusionaron por completo. Todos nuestros sentidos se fundieron logrando enviar electricidad a cada rincón de nuestra piel. Sus dientes atrapando mi labio inferior mientras se movía como un depredador debajo de mí era el caos más placentero que alguna vez viví. Mis caderas se impulsaban cada vez más necesitando todo lo que tenía para darme.

El olor a sexo estaba impregnado en el aire y la agudeza de nuestras caderas colisionando de forma brutal nos elevó a la cima más alta. Un jadeo involuntario salió de mi boca cuando nuestras ganas estallaron como una bomba nuclear acabando con todo a nuestro paso.

Clark había devorado cualquier ápice de sensatez que había en mí. Cuando me dejó de pie en el suelo sintiendo mis rodillas temblar. Cuando lo miré a los ojos en medio de un corrientazo aun galopando en mi vientre bajo, entendí algo que alguna vez me dijo mi madre. La mayoría de las veces la vida no nos da lo que queremos y cuando pasa casi siempre viene envuelto en un papel tan brillante que si nos embelesamos nos quedamos ciegos. Lo sé, es una metáfora estúpida, pero ese día tuvo sentido para mí. Mientras lo veía sonreírme con la respiración irregular acepté que quería a Clark todo el tiempo que pudiera sumergido en mi piel y al mismo tiempo supe que si lo hacía podía ser una espada con doble filo que terminaría por hacerme desangrar.

—Me encantas —musitó dándome un beso casto en los labios. Sonreí con sinceridad—. Ven aquí —agregó.

Me estrechó contra su pecho por unos segundos, luego me apartó dejándome ver la sonrisa gigante que llevaba en el rostro. No supe qué tramaba hasta que cogió el jabón líquido, dejó un poco en una esponja y empezó a deslizarlo por mi piel.

Negué con la cabeza sonriente. Clark era un enigma y me sorprendían todas las cosas que empezaba a descubrir de él.

Mientras sus manos de pulpo se escabullían por todo mi cuerpo, me quedé perdida en mis pensamientos obviando las sensaciones que su tacto me producían. Estaba jugando un juego con las reglas rotas, pero no era eso lo que no me dejaba disfrutar por completo ese pequeño momento, sino la sensación de que llevaba una espada sobre mi cabeza y de que era justo él quien la sostenía.

«Clark Holland, ¿qué estás haciendo conmigo?» Pensé.

Capítulo 40

Beth

El trabajo arduo me restaba energía. Vamos, ¿a quién quiero engañar? Lo que me agobiaba era la jodida reunión con la abuela de Clark. El miércoles pasó más ligero por la follada que tuve con Clark en la ducha, pero ya era viernes y quedaban solo veinticuatro horas para ver a la bruja que me había pintado Holland.

Mi futuro esposo había salido de viaje esa misma tarde del miércoles para resolver el problema que tenía con una de sus empresas y mi cuerpo reclamaba su piel. Sí, era una jodida mierda, pero era cierto.

—Entonces, ¿vamos por un par de guaro? —La voz peculiar de Rocco sonó al otro lado del teléfono.

Conociéndolo sabía que «guaro» era una de sus típicas bebidas colombianas que obvio no se encontraban en mi ciudad.

El colombiano pasó todo el día intentando convencerme en la agencia y ya estando en casa me había llamado dos veces para seguir insistiendo.

Miré la hora, eran las siete de la noche. Estaba recostada en mi nuevo sofá viendo videos de música en la pantalla gigante y él seguía insistiendo. Según mi amigo se los debía ya que todo iba muy bien con la campaña.

Miré al techo un momento respirando por la boca. Él tenía razón, desde que terminé con Ben había dejado atrás una parte de mí.

—¡Está bien!

Aparté el móvil cuando gritó un montón de maldiciones en medio de su euforia.

—Qué hijueputa emoción.

Reí sin disimulo. Rocco era como un niño pequeño atrapado en un sexy cuerpo de hombre. A veces quería abrazarlo y asegurarme de que no cambiara nunca. De que no dejara escapar esa sonrisa que lo caracterizaba.

Cuadramos que nos veríamos los cuatro en dos horas en el bar en donde trabajaba Ben. Por suerte él ya no estaba ahí.

Me miré de arriba abajo. Llevaba un pequeño pijama azul de tirantes. Resoplé por la idea de tener que abandonar mi cómodo piso y tener que ir a cambiarme, luego sacudí la cabeza espantando esas estúpidas ideas. ¿Qué mierda me pasaba? Yo no era esa chica que se quedaba un viernes por la noche metida en su cama. Me gustaban las fiestas y el alcohol, y por más cansada y desorbitada que me sentía, eso no iba a cambiar.

Me tomé mi tiempo tomando una ducha. Lastimosamente no tenía una tina, pero disfruté bastante el agua tibia deslizándose por mi piel. Me serví un trago de vodka mientras me vestía.

Nunca tuve problema para vestirme. Era consciente de la belleza que me fue regalada por el universo. Mi cuerpo esbelto podía ser el delirio de cualquier hombre y siempre supe aprovecharlo. No podía negarlo, me gustaba ser el centro de atención en medio de la pista.

A las nueve de la noche me encontraba de pie delante del espejo mirando como la falda de cuero negra me llegaba a la mitad de los muslos. El top rojo de mangas caídas resaltaba el tono pálido de la piel de mi abdomen y las botas negras me llegaban a las rodillas.

Pensé en atar mi pelo en una cola, pero preferí resaltar un poco más las ondas desordenándolas para dejarlas más sueltas. Un labial rojo adornaba mi boca y mis ojos eran iluminados por unos tonos más oscuros de lo habitual. Las curvas de mis labios se elevaron con gracia al darme cuenta de lo putamente hermosa que me veía.

Cogí mi chaqueta negra y mi pequeño bolso de mano, y empecé a caminar por el pasillo. Detuve mi paso cuando sentí mi móvil vibrar. Lo abrí para ver un mensaje de Clark diciendo que llegaría a la mañana siguiente.

Le respondí con un «ok» y volví a guardar mi móvil sin darle demasiada importancia, aunque es justo decir que mi cuerpo reaccionó vibrando.

Caminé decidida hasta el coche, tenía cierta duda de si conducir o no, pero luego de unos segundos decidí que bailaría más de lo que tomaría ya que al día siguiente era la cena con la abuela de Clark y no quería levantarme con dolor de cabeza.

Mientras conducía disfruté de las luces de la ciudad. El bar estaba a unos treinta minutos y como siempre el conducir me relajaba, me sentía en el aire hasta ese momento... el momento en el que me detuve en un semáforo escuchando la melodía de Melendi. Giré mi cabeza por la ventanilla del copiloto sin siquiera saber por qué. Mi auto estaba justo a la orilla del camino, en esa esquina, frente al pequeño restaurante Zarot.

Mis ojos fueron a parar a la cristalera del lugar. Justo donde una pareja se besaba. Mi corazón saltó tan fuerte que sentí que me atravesaría el pecho cuando identifiqué a quieres eran, Clark y Ruth.

La noche se tornó oscura, mis manos se aferraron con uñas al volante y la boca me sabía a ácido con la sola imagen de ellos dos juntos.

«No debería de importarte» me reproché, pero sí me importaba.

Creí en su palabra. En que de verdad no estaba con nadie más. Sonreí con ironía cuando recordé a Ben. Todos eran iguales y yo lo sabía. ¿Por qué me sorprendía verlo allí?

Parecía que había pasado una eternidad, pero solo fueron fragmentos de segundos. El sonido de una bocina de un auto detrás de mí me alertó. La luz había cambiado. Pisé el acelerador sin volver a mirar la patética escena.

Un fuego recorrió cada maldito centímetro de mi piel. Quería ahorcarlos a los dos, pero no iba a hacer un show estúpido en público. Nunca fui ese tipo de mujer.

Subí la música a todo volumen, necesitaba despejarme, pero era imposible. La sangre corría con rapidez por mis venas. Lo maldecí mil veces antes de llegar a mi destino. Claro, no iba a hacer una escena estúpida, pero si él podía divertirse yo también sabía hacerlo.

Apenas salí del coche cerca del bar me encontré con la sonrisa radiante de Rocco, pero se borró de inmediato al verme. Alejé la escena de Clark y Ruth besándose y me concentré en el chico frente a mí.

Fruncí el ceño, confundida. Era como si algo estaba mal y no entendía qué. Caminé unos pasos hasta llegar a él que me escaneaba con una extraña mirada.

—Rocco, ¿estás bien?

Al escuchar mi voz pareció reaccionar. Volvió a mirarme de arriba abajo y luego me dejó ver una vez más ese sol brillante que solía nacer en sus labios.

—Joder, mi leona, me has puesto duro. Eres una diosa...

Un momento estaba tensa y enfadada y al siguiente estaba carcajeándome por las locuras de mi amigo. Era evidente que ya estaba tomado.

—Por Dios, Rocco, estás loco.

—Sí, tú me vuelves loco. —Acortó el espació zampándome un beso húmedo en la mejilla y llevando sus manos a mi cintura.

Quizá debía apartarme, pero ¿por qué hacerlo si mi futuro esposo se divertía con esa patética trigueña?

Rocco iba a besarme y yo no lo iba a detener.

—¡Chicos!

Ni siquiera me di cuenta de la llegada de Neithan y Loly hasta que esta última se lanzó sobre nosotros sin notar nada. ¡Mejor así!

Rocco se apartó y la abrazó con simpatía. La morena estaba deslumbrante. Era mucho más baja que yo, bueno, en realidad que todos, pero se veía preciosa enfundada en un vestido negro que resaltaban sus curvas. Según ella siempre estaba obesa, pero en realidad Loly era ese tipo de mujer que se veía perfecta con carne por todos lados.

—¡Hola, Beth! —Las manos de Neithan volaron a mis mejillas apretujándomelas. Incluso detrás de sus lentes pude ver la ebriedad en sus ojos—. Dios, eres tan bonita y sexy.

No pude evitar sonreír. El Neithan introvertido había desaparecido y en su lugar había un rubio delgado con gafas demasiado sonriente.

—¡Ya déjala! —Lo manoteó Rocco apartándolo de mí pero sin dejar de sonreír.

El estruendo de una carcajeada me dejó en shock. No podía creer lo que veía. Neithan se reía como un demente y aunque era encantador verlo así, sabía que no era solo era alcohol. Volteé a ver a Loly que se había apartado un momento atrás y sus ojos me confirmaban lo que sospechaba.

—¿Qué mierda les diste? —Le reproché al colombiano, que tenía un brazo enganchado sobre el hombro del rubio.

—¿Yo? —Se llevó un dedo al pecho como un chiquillo al cual habían descubierto en su travesura.

—Sí, Rocco, tú —Me crucé de brazos esperando su respuesta.

—Mi leona, si soy un angelito —dijo y un segundo después estalló en risa.

—Beth, tranquila. —Esta vez fue Loly quien se acercó a mí sin dejar a un lado su sonrisa—. Estamos pasándola en grande. —Palmeó mi hombro.

Los miré a los tres casi orinándose de la risa.

—Por Dios, Rocco, ellos no están acostumbrados a... ¿Qué mierda les diste?

—Solo es un poco de maría. No te pongas así... —Se acercó y me miró a los ojos dejándome ver sus blancos dientes.

Juro que quería estar furiosa por hacer fumar a mis amigos y compañeros, pero era imposible, fue todo lo contrario, sus risas me contagiaron a tal punto que no era consciente de quién reía más, si ellos o yo.

Cinco minutos después estaba entrando al bar con mis amigos dirigiéndome a la barra.

—¡Luis!

—Hola, Beth. Tiempo sin verte. ¿Qué te pongo?

—Ponme un vodka y llename el vaso cada vez que esté vacío. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Día difícil, ¿eh? —Sonrió con amabilidad.

—Ni te lo imaginas. —Le guiñé un ojo y me zampé el trago que acababa de servirme sintiendo el alcohol rasguñando mi garganta.

Sí, definitivamente extrañaba mis noches de fiestas.

***

Dos horas después estaba en medio de la pista, sudada y moviendo el culo hasta abajo contra el cuerpo sexy de Rocco. Incluso podía sentir su dureza cada vez que me frotaba contra él.

Estaba sudado, fumado y ebrio, y a mí me daba vuelta la cabeza, pero no de mala forma. Todo lo contrario, me sentía la diosa del mundo. Mi delgada cintura iba al compás de un reguetón y mi mente intentaba volar lejos de la imagen de Clark y Ruth besándose.

Loly y Neithan bailaban cerca de la barra. Ni siquiera podía verlos desde la pista. Ellos prefirieron quedarse allí a meterse entre la multitud.

La música retumbaba por lo alto llenando todos mis sentidos. Me llevé la botella a la boca, sí, había pasado de un par de tragos a pedirme la botella completa. El alcohol era definitivamente un muy buen aliado o tal vez no, porque lo que estaba a punto de hacer...

—Me tienes loco —le escuché decir a Rocco a mi espalda que estaba pegada a su pecho—. Soy un malparido con suerte —su voz con acento colombiano me recorrió el cuerpo.

Había hecho la promesa de no acostarme con nadie más, pero era más que evidente que Clark pasaría la noche con esa modelucha. ¿Por qué tendría yo que cumplir con mi palabra si el no cumplió con la suya?

Me giré para ver su sonrisa ensanchada. En ese momento no lo vi tierno, sino como un apuesto y encantador hombre con una buena polla que podía hacerme pasar una noche increíble y de paso, ayudarme a sacarme la espina.

Llevé mis manos a su cuello con todo y botella, me acerqué lo suficiente para dejarle ver mis intenciones. No perdió tiempo cuando llevó sus manos a mi cintura presionando mi cuerpo contra el suyo y demostrándome que estaba listo para mí.

—¿Y si nos comemos el mundo? —me preguntó al oído.

Sonreí perversa.

—No sé si pueda comerme el mundo —arrastré las palabras—, pero puedo comerte la boca.

Tiré de su cabeza o lo intenté porque ya estaba a medio camino. Cada puto pensamiento se esfumó en cuanto el cuerpo de su lengua se enredó con la mía. Sus manos hacían presión en mi espalda baja manteniéndome pegada a él. La calidez de sus labios se sentía tan bien, demasiado bien, pero... no era Clark. Me golpeé mentalmente y me aferré al calor de sus labios. A la placentera sensación de succionarnos el aliento.

Mis dedos se escabulleron por las hebras oscuras de su cabello, haciéndolo vibrar. Estábamos en medio de la pista y el calor ya no era por la multitud ni por el baile. Era Rocco y su escultural figura bordeando mi cuerpo. Jadeé cuando se apartó. Iba a decir algo, pero no se lo permití. Me lancé de nuevo a su boca esta vez con necesidad. Su mano derecha se deslizó hasta mi trasero magreándolo en el proceso. Podía sentir cómo sus dedos llegaban a la piel desnuda de mis muslos y empezaban a volver a subir sin que lo detuviera.

La música seguía sonando por lo alto y la fiesta estaba en su mejor momento, sobre todo en el de Rocco y yo.

—¡Me encantas! —Leí lo que dijo porque ya no podía escucharlo.

De pronto sentí mis manos vacías, mi cuerpo desamparado y las piernas débiles. Rocco ya no estaba frente a mí sino en el suelo, quise correr hacia él sin entender qué mierda había pasado, pero no tuve tiempo porque cuando mi cuerpo quiso reaccionar, entendí que estaba sobre el hombro de alguien. Ni siquiera le veía la cara, pero sabía quién era. Su perfume lo delataba y claro, la forma en que vibraba mi piel con su contacto.

Empecé a golpear su espalda, enfadada. ¿Quién se creía? Me removía inquieta notando que me sacaba del bar y que el pobre Rocco estaba apenas levantándose del suelo. La verdad no me di cuenta de mucho, pero me parecía que Clark lo había golpeado.

¿Por qué me parece un deja vu?

Porque lo fue.

—¿Qué diablos pasa contigo, Elizabeth? —me reclamó dejándome en el suelo al ver que no iba a dejar de golpearlo.

Miré a todos lados y me di cuenta de que ya nos encontrábamos fuera. Lo miré con odio y rabia que no podía contener. Quería decirle tantas cosas, pero no me salían las palabras. Así que en vez de hablar intenté volver dentro sin la estabilidad para hacerlo, porque en cuanto di dos pasos me flaquearon las rodillas y casi termino en el suelo sino es por él.

—Mierda, no puedes ni caminar. —Me sostuvo contra su cuerpo, pero lo empujé y me aparté —. ¿Qué mierda te pasa? Te estabas besando con ese imbécil. Te estaba tocando el culo, mi culo.

—¿Perdón? ¿Tu culo? —Golpeé su pecho con dedo índice embravecida—. Eres-un-maldito-demente. —Con cada palabra lo apuñalaba con mi pequeña extremidad—. Mi culo es mío, mi coño es mío, mis labios son míos, todo mi puto cuerpo es mío y, ¿sabes qué? Voy a follarme ese sexy y caliente colombiano que golpeaste allí dentro, así que vete por donde viniste, cógete a esa idiota, que te aseguro que voy a cabalgar a Rocco toda la puta noche y créeme... —me acerqué a su rostro viendo como su rostro se contraía—, voy a disfrutarlo.

Sentí que el aire entraba a mis pulmones cuando lo vi apretar la mandíbula. No supe cuándo tomó mi muñeca, pero ni siquiera la presión que hacía sobre ella me quitó la sonrisa triunfante que nació en mis labios cuando vi que estaba a punto de explotar de la ira. Sus ojos eran el infierno mismo y la tensión de su cuerpo era una granada sin seguro.

—Estás ebria, vamos a casa. —Tiró de mi brazo para llevarme a una camioneta negra. La reconocí de inmediato, sobre todo porque Julián estaba en la puerta de atrás sosteniéndola abierta para que el gorila me adentrara.

—No estoy ebria, solo me tomé un par de tragos. —Me detuve en seco deshaciéndome de su agarre.

—Pero grandecitos los tragos. ¿No?

Aunque lo que dijo podía sonar a broma, no había diversión en sus palabras. Tampoco la habría en lo que estaba a punto de decir y que tal vez nunca debí soltar, porque aunque no lo supe entonces, desde esa misma noche Clark Holland empezó a tejer su telaraña.

—¿Sabes qué? Tienes razón, estoy ebria... —Me acerqué a él empujándolo hasta dejar su espalda contra la parte trasera de su camioneta. Me acerqué tanto que podía notar la calidez de su respiración, tanto, que estuve a punto de quemarme en el fuego de sus ojos. No lo permití, solo sonreí con malicia—. De hecho, estoy muy ebria, pero tú mejor que nadie sabes lo rico que cojo cuando estoy tomada. ¿Olvidas nuestra primera vez? —No respondió, proseguí—. Así que no te preocupes, porque cuando Rocco me deje sobre sus rodillas y se alimente de uno de mis pechos mientras me muevo sobre su polla y lo folle como solo yo sé hacerlo, estoy muy segura de que agradecerá esas copas demás.

—¡Elizabeth!

No debí seguir, pero lo hice sin apartar la sonrisa más cínica que alguna vez di.

—¿Sabes qué me decía cuando llegaste? Que iba a cogerme como nadie. Que me iba hacer correr tantas veces que nunca querría otro hombre sobre mí. Y según lo que recuerdo de la vez que me lo follé, estoy segura de que puede hacerlo.

Su rostro se desfiguró por completo. Si los ojos pudieran ser armas, los de él hubiesen sido dos

bombas nucleares. Yo sonreía frente a él cuando me apartó de su camino. Arrugué las cejas borrando mi sonrisa y entendiendo lo que pretendía volver a entrar. Solo había dado un par de pasos cuando lo seguí como pude...

—¿A dónde vas? —Esa pregunta sonó más a un reclamo.

—Voy a matar a ese idiota.

¿Alguna vez has estado ebria y se te ha pasado en un segundo? Pues no me pasó a mí porque seguía muy borracha. La cabeza me seguía dando vueltas y la multitud en la entrada lo hacía todo más confuso, sin embargo sentí algo que tenía mucho tiempo sin sentir: miedo.

Mientras veía a Clark caminar delante de mí como una máquina asesina, con las manos empuñadas a cada lado, con la espalda tensa y con la rabia emanando de su cuerpo, sentí un miedo atroz de que aquella noche de copas terminara en una catástrofe para alguien que ni siquiera lo merecía, Ricardo Zaruaga, alías, el dulce colombiano Rocco.

Capítulo 41

Beth

¡Dolor! Un dolor bestial me atravesaba el cráneo. Los palpados me pesaban una tonelada y me costó un mundo abrir los ojos. Parpadeé varias veces antes de aclararme la vista. Estaba recostada en una cama de hospital; una mano sostenía la mía y cuando volteé a ver me encontré con sus ojos enrojecidos.

—¡Clark! —dije confusa.

—¡Lo siento tanto! —pronunció con la voz rota y la mirada nublada.

Nunca creí ver a un Clark tan desalineado. No entendía nada, al menos no hasta que vi la sangre seca en sus nudillos y entonces pasó. Los recuerdos llegaron a mi mente como pedradas salvajes.

Clark sacando a rastras a Rocco que intentaba defenderse, pero estaba demasiado ebrio y fumado para poder hacerlo. Yo intentando que lo soltara. Julián insistiendo en que me apartara tomándome con fuerza. Rocco contra el suelo siendo apaleado por los puños letales de Holland. Mis gritos agitándose en el aire con desesperación. Julián soltándome para intervenir en la masacre que se formaba ante nosotros, pero era casi imposible, Clark era un animal rabioso. El moreno terminó en el suelo de un solo empujón. La impotencia corría por mis mejillas en forma de lágrimas.

Corrí hacia él sin importarme que pudiera lastimarme y lo hizo. Clavé mis puños en su costado con todas mis fuerzas. Practicar boxeo por algunos años debía dar resultados, aunque no lo suficiente por mi estado. Así que cuando reaccionó por instinto lanzando su brazo hacia atrás, terminé sobre el pavimento sintiendo un dolor infernal en la parte trasera de mi cabeza mientras mis ojos se cerraron sin que pudiera hacer nada.

Apenas las piezas encajaron en mi mente solté su mano y me incorporé, o al menos lo intenté porque la cabeza me estaba matando.

—Por favor, quédate quieta. —Intentó tocarme, pero no se lo permití. Lo vi volver a sentarse pasándose la mano por el cabello que ya estaba más que desordenado—. Joder, lo siento tanto. No quise hacerte daño... yo, no estaba en mis cabales y no sabía que eras tú quién estaba detrás y...

—Rocco, ¿dónde está Rocco? ¿Qué le hiciste, animal? —grité.

La rabia me invadía los huesos. El hombre frente a mí no parecía la bestia que vi antes mientras golpeaba a mi amigo. Más bien parecía un hombre arrepentido de sus acciones, sin embargo no podía sacar aquella imagen de mi mente.

—Elizabeth, yo...

—¿Dónde está? —volví a gritar.

—Estará bien, lo prometo.

—Llévame con él. —Me removí, pero el dolor volvió a gobernarme. Tuve que quedarme quieta.

—No puedes moverte, acaban de medicarte para el dolor. No tienes fractura, solo una leve contusión, pero debes pasar la noche aquí.

Lo miré con un montón de sentimientos volcados. Lo odiaba por lo que había hecho. Quería pararme de esa cama y golpearlo por imbécil. Un nudo se formó violentamente en mi garganta recordándome que no estaba furiosa solo con él, también lo estaba conmigo porque yo lo había ocasionado. Yo lo provoqué a tal punto de hacerlo estallar. Yo lo llevé al límite y disparé justo donde todo hombre podía ser herido de forma mortal: su orgullo.

—¡Vete!

—¿Qué...? —Parecía desorientado.

—¡Qué te largues! —grité con todo el aire de mis pulmones.

Se puso de pie con una mirada implorante, pero no podía sentir una pizca de compasión por lo que veía en su rostro. Tampoco la sentía por mí. Sí, él había actuado como un troglodita, pero yo me comporté como una zorra maldita que solo quería hacerlo enfadar sin pensar en las consecuencias.

Cuando una mujer con uniforme entró a la habitación pidiendo que me calmara, nuestras miradas se encontraban cruzadas. Mi pecho subía y bajaba con frenesí y debía estar roja por toda la rabia anidada en mi alma.

—Señor, debe irse —exigió la enfermera.

Él asintió con pesadez. Antes de salir volvió a mirarme.

—De verdad lo siento.

Fue lo último que dijo antes de salir de mi habitación. Me mordí los labios conteniendo las lágrimas. No iba a llorar, no sabía qué mierda iba a hacer, pero no era llorar.

Media hora después el dolor había cesado un poco, lo suficiente como para ponerme de pie. La intravenosa logró dejarme sobria cuando menos quería estarlo, pero debía enfrentar la realidad.

Miré la chaqueta de Clark en un sofá en el otro extremo, no quería tenerlo cerca, ni siquiera su perfume, pero era preferible a deambular por los pasillos de un hospital con una minifalda, botas y blusa diminuta. Me la puse sobre los hombros y me arranqué el suero.

Me limpiaba con un poco de algodón la sangre que salió de mi vena cuando noté mi pequeño bolso sobre una mesita. Lo alcé para buscar mi móvil. Quería ver la hora y determinar cuánto tiempo había pasado desde el suceso. Desbloqueé la pantalla encontrando veintidós llamadas de Clark de mucho antes de que llegara al bar. Quité la notificación de la pantalla y me fijé en la hora. Era las dos de la mañana. Casi tres horas desde ese momento. Busqué en mi cabeza la respuesta a la pregunta de cómo había llegado allí, pero no tenía ninguno.

Fui al baño de esa habitación que más que parecer un cuarto de hospital parecía uno de un hotel caro. Lavé mi rostro con abundante agua y me acomodé como pude. Mi cabeza aún no estaba del todo centrada pero necesitaba ver a Rocco, necesitaba cerciorarme de que estaba bien.

Caminé por los pasillos evitando que los doctores me vieran. Tuve suerte porque la persona que buscaba estaba a solo dos habitaciones de la mía. Cuando abrí del todo la puerta mi corazón casi se detiene al ver su rostro lleno de moretones. Me llevé la mano a la boca de la impresión y estoy segura de que solté un jadeo porque de inmediato su atención se centró en mí.

—Mi leona —susurró.

Intentó sonreír sin mucho éxito. Más que una sonrisa le salió una mueca. La calidez de su mirada seguía intacta y me preguntaba por qué no me miraba con odio si yo era la responsable de aquello. Extendió su brazo logrando que mis pies se movieran hacia él. Correspondí a su mano, me senté en la cama sintiéndome la peor persona del universo. Acaricié su rostro cuidando no hacerle daño.

—Lo siento, Rocco, lo siento tanto. Todo esto es mi culpa. —Mis ojos se nublaron.

—¡Déjame adivinar! —Medio sonrió apretando mi mano—. Te hizo algo y quisiste desquitarte diciéndole que ibas a acostarte conmigo cuando ambos sabemos que no ibas a hacerlo.

Asentí. No quise replicarle a nada aunque la realidad era que sí iba a hacerlo. Sí iba a sucumbir antes sus brazos aunque fuera por las razones equivocadas.

—¡Lo siento tanto! —Me cubrí el rostro llena de vergüenza.

—Beth... —Me apartó la mano. Resultó extraño que no me dijera mi leona, pero supuse que era su forma de hacerme ver que hablaría en serio—. No es tu culpa. Sé qué crees que ese idiota presumido me golpeó por lo que sea que le dijiste, pero no es así. La culpa fue mía. —Hizo una pausa mientras se removía y respiraba—. Sé que no debí hacerlo, pero verlo tan posesivo sobre ti y claro, el alcohol, me empujó hacerlo. Sí, no es justificación, pero...

—Rocco. —Me impacienté.

Tomó aire como quien coge impulso para avanzar

—Cuando llegó a mí me reclamó porque te besé. No sé por qué pero sentí que te había hecho enfadar. Lo vi en tus ojos cuando llegaste, así que aproveché la oportunidad para enfrentarlo y decirle que habíamos disfrutado bastante cuando estuvimos juntos hace tiempo y que volveríamos a hacerlo. Le exigí que te dejara en paz.

—Rocco, no debiste hacer eso.

—Lo sé, pero no me arrepiento si con ello pudiste ver el tipo de bestia que es. Mira —se incorporó un poco sin soltar mi mano, todo lo contrario, parecía que cada vez me tenía más sujeta—, no tengo ni idea de qué chimbada te hizo. Tampoco puedo imaginar por qué te vas a casar con él, solo tengo claro que no eres feliz. —Hizo una mueca de dolor. Tenía el labio partido.

—Rocco...

—¡Déjame terminar! Yo no te estoy juzgando y tampoco a él porque sé que en gran parte es mi responsabilidad, además de que si hubiese estado en mis cinco sentidos le hubiese partido la madre...

—¿La madre?

Sonrió como pudo.

—Sí, es un dicho mexicano. Una amiga suele decirlo a menudo. El caso es que no soy un santo y tú más que nadie lo sabes. Soy un bastardo hijo de puta moldeable a tu manera y él lo sabe, por eso casi me mata.

—¿Qué quieres decir?

—Holland no me golpeó porque le dije que quería hacerte mi mujer una vez más, o al menos no solo por eso, sino porque le dije que te amaba...

—¿Qué...?

—...le dije que eres la única mujer en el mundo que me haría renunciar a meter mi polla en otro coño. Le dije que no te merecía y sé que yo tampoco lo hago, pero me hierve el culo ver que ese imbécil se cree tu dueño.

—Yo no soy de nadie y...

—Lo sé, créeme, yo lo sé muy bien, sin embargo él no parece saberlo. No tengo derecho a opinar, pero te quiero y me considero tu amigo, ese tipo no me gusta para nada.

Inhalé y solté el aire por la boca tratando de recomponerme. Había sido una noche de esas que quisieras romper en millones de pedazos. Era demasiado para alguien que solo quería pasar una noche de tragos con sus amigos: Clark besando a Ruth, Rocco y yo besándonos, Clark golpeándolo y él diciéndome abiertamente que me amaba. Ya lo sabía pero joder. ¿Qué mierda

había hecho para que me pasara tantas cosas en tampoco tiempo? ¿Acaso había asesinado un perrito de la calle sin darme cuenta o... había pisado un duende, o tal vez había pasado por debajo de una escalera? No, nunca fui supersticiosa, pero empezaba a creer que el mundo conspiraba en mi contra.

—¡Aquí está! Señorita, debe volver a su habitación.

La voz de la misma enfermera de antes apareció por la puerta. Asentí no porque quisiera volver a ese cuarto, todo lo contrario, quería ir a casa, pero supongo que lo vi como un escape a la atenta mirada del colombiano que esperaba una respuesta que no tenía.

Me despedí de mi amigo con un beso en la mejilla. Su piel estaba caliente y yo asumí que era por lo que acababa de decirme. Cuando salí de allí y volví a mi habitación sentí una extraña sensación de que ya nada volvería a ser lo mismo.

Una hora después seguía sin poder dormir. La enfermera me había vuelto a poner la línea y me atestó de medicamentos para que pudiera descansar sin que tuviera mucho éxito porque yo seguía dando vueltas en la cama con un huracán volcado en mi cabeza. Tenía que tomar decisiones y necesitaba tiempo.

¿Has escuchado eso de que la impulsividad no deja nada bueno? Yo sí y es cierto, sin embargo, a estas alturas debes saber que cuando me enojo puedo ser una persona bastante impulsiva y todo ese carácter de mierda salió a flote esa madrugada cuando vi a Clark entrar de nuevo a mi habitación.

—Elizabeth, tenemos que hablar...

—Quiero que te largues, que vayas a mi casa, recojas tus cosas y desaparezcas de una puta vez de mi vida. —No grité, pero mi voz fue firme, segura.

—¿Qué dices? —Frunció el ceño.

—Lo que oyes...

—Deja de comportarte como una niña y escúchame, sé que actué mal pero yo...

—No me interesa hablar contigo. No me interesa lo que tengas que decirme. No me interesas tú. —Se me empañaron los ojos—. ¿Sabes algo? Creí que Ben fue el peor error de mi vida, pero me equivoqué. Tú lo eres...

—Elizabeth, es suficiente, tienes que escucharme.

—Tienes razón, es suficiente. Desaparece de mi vida. No quiero volver a verte y si vas a meterme a la cárcel por no cumplir el contrato, pues hazlo, prefiero mil veces podrirme en una celda a que vuelvas a tocarme con tus sucias manos. —Fue un golpe bajo, pero más lo era el hecho de que se hubiese acostado con esa zorra—. Te odio, Clark Holland, y maldigo el día en que te cruzaste en mi camino.

Quizá no debía sentir eso, pero me hervía la sangre de imaginarlo con esa idiota. Me partía el alma recordar la cara de Rocco gracias a ese animal que casi lo mata a golpes. Lo que no sabía mientras él me miraba parado frente a la cama con el rostro transformado, con la mirada llena de amargura y furia contenida, era que solo había empeorado las cosas porque, ¿qué pasa cuando hieres a un animal salvaje? Ataca, siempre ataca.

Capítulo 42

Beth

No podía dejar de mirarlo, incluso con la ira surcando en su piel se veía tan imponente, tan dueño de sí.

En un solo movimiento se sentó en la camilla arropándome con una mirada intimidante, aunque no para mí. Se acomodó en el lugar dejando sus dedos entrelazados sobre su regazo, pero no estaba dispuesta a escucharlo y tampoco a verlo. Quería arrancarlo de raíz de mi vida.

—Ya te dije que...

—¡Silencio! —ordenó y no llegué a abrir la boca cuando volvió a hablar—. Ya dijiste lo que tenías que decir, ahora me vas a escuchar. Venía a explicarte algunas cosas, pero es obvio que no te interesa, así que iré al punto. Mañana, a las siete de la noche, será la cena con la abuela y tú estarás ahí...

—No...

—...con un lujoso vestido, con la mejor sonrisa y disposición. Por otro lado me iré de tu piso hasta que nos casemos, porque créeme, lo haremos —afirmó y sentí un hueco en el estómago.

No me intimidaban sus palabras sino la forma en que las decía y las sombras que noté en sus ojos claros.

—No, no iré. Si quieres salgo de aquí a una maldita celda, pero no me voy a casar con un animal como tú.

Sonrió con una frialdad que me caló los huesos.

—Supongo que la bella y fuerte Elizabeth Shaine no le importaría pasar varios años en una cárcel... —ironizó—, pero ¿qué pasaría con tu equipo, con tus amigos, con la empresa para la que trabajas? La misma para la que trabajan cientos de personas. ¿Qué piensas que pasaría con ellos?

Se me congeló la sangre. Era una amenaza, lo sabía. Sus palabras fueron puñaladas certeras a mis pulmones dejándome sin aliento.

—¿Qué... qué quieres decir?

—No quiero hacerlo, en serio no es mi intención lastimar a nadie, pero esta boda va más allá de lo que tú y yo queremos. Así que si es necesario, te juro que utilizaré mi dinero e influencias para destruirlos.

—No puedes hacerlo. —La garganta me ardía.

Desconocía al hombre frente a mí. Al hombre que llevaba una nube negra centelleando no solo en sus ojos sino en todo su rostro.

—Puedo y lo haré sino no te casas conmigo, y ten por seguro que yo sí tengo palabra. —Respiró profundo apartando la mirada por unos segundos y luego volvió a verme—. Escucha, no tengo tiempo para tus tonterías. Vamos a casarnos y punto, y si no lo haces demandaré a la agencia Collins por incumplimiento de contrato.

—Puedo terminar la campaña y deshacerme de ti cuando acabe mi trabajo.

—Es obvio que no sabes los términos del contrato que tengo con tu agencia, pero créeme, puedo hacer que todas esas personas pierdan su empleo. Puedo hacer que tu equipo no consiga jamás un trabajo decente.

Tragué saliva. Algo en el tono de su voz me dejaba bastante claro que hablaba en serio. Entonces recordé aquel día cuando entró a mi piso con ese maldito contrato. Creo que desde ese momento lo supe... o al menos debí saberlo cuando lo vi allí sentado en mi sofá con esa sonrisa encantadora. ¿Acaso no es eso lo que hacen las serpientes antes de morder y destilar su veneno

mortal?

Un cúmulo de impotencia, enojo y rabia me consumían. Nunca me arrepentí de nada, nunca... y allí estaba maldiciéndome por las decisiones que había tomado.

—¡Lár-ga-te! —le exigí casi en un susurro asesinándolo con la mirada y la furia evidenciada en cada sílaba.

Me miró en silencio por unos segundos que parecieron eternos. Todo en él me retaba, era consciente de que había ganado la batalla, pero también de que una mujer como yo no se doblegaba con facilidad y de que sería su peor pesadilla cada puto día que estuviera a su lado.

—Elizabeth. —Quiso tocar mi mano, no se lo permití—. Lo siento mucho, pero no me dejas más opción. No te haré daño y tampoco a tu equipo, solo necesito que cumplas tu palabra.

—¿Así como cumpliste la tuya? —Fruncí el ceño cuando una duda me invadió—. A propósito, ¿cómo rayos me encontraste? ¿Me mandaste a seguir?

—¿Qué clase de demente crees que soy?

—Uno que me amenaza para que haga lo que quiere, así que no dudo que también me mandes a espiar.

—No te estoy amenazando, solo te digo lo que pasará si incumples tu contrato.

—Eres un...

—Soy lo que quieras, pero no te obligué a firmar ese papel. Hice una oferta y tú la aceptaste. Considero que lo justo es que cada quien cumpla con su parte. Si quieres que me vaya de tu piso lo haré, pero no me iré de tu vida hasta que termine ese año de matrimonio. Puedes odiarme si quieres y sé que lo estás haciendo porque crees que me acosté con Ruth solo porque viste cuando...

—No quiero oírte, solo quiero que te vayas. Me enferma tu presencia.

—Bien, lo haremos así entonces, pero solo recuerda algo: fue tu decisión, no la mía.

Se levantó, tomó su chaqueta que yo había vuelto a dejar en el sofá y salió dejando su perfume aún en el aire. Justo allí, en ese preciso momento no supe si lo odiaba más a él por ser un grandísimo hijo de puta o a mí por pecar de ilusa y creer en castillos de arena cuando siempre fui de las que los pateaba.

***

No sé cuánto tiempo pasó ni en qué momento me quedé dormida, solo sé que cuando abrí los ojos estaba amaneciendo y un Rocco lleno de moretones estaba mirándome con dulzura desde el sofá. Me incorporé en cuanto lo vi.

—¡Rocco! ¿Estás bien?

Se levantó y dio un par de pasos hacia mí hasta sentarse en la orilla de la cama y tomar mi mano.

—Estoy bien, mi leona. Me han dado el alta médica, a ti también de hecho. —Sonrió o lo intentó.

—Me alegro tanto y también lo siento. —Acaricié su mejilla, el frotó su piel contra la palma de mi mano como un niño sediento de amor.

—Creo que ahora estoy mejor. —Sonrió y sabía que era cierto, aunque no pude decir más porque su sonrisa se borró—. Quiero decirte algo.

—¿Qué pasa? —Lo miré confusa al ver tanta seriedad en un rostro que casi nunca dejaba de sonreír.

—Cuando te fuiste hace unas horas, Holland entró a mi cuarto y me pidió disculpas por lo que hizo —soltó sin más. Arrugué la frente sin entender nada—. Dijo que no solo había tenido un día de mierda sino que estaba ebrio.

—Es un mentiroso...

—Puede ser, pero sí lo estaba, Beth. Pude verlo cuando habló conmigo y quizá tú también lo hubieses visto sino estuvieses tanta enfadada. Y tampoco me victimizo porque yo también le pegué.

—No es cierto, le vi la cara y no tenía ni un golpe y tampoco estaba borracho.

—No, mi leona. Puede ser que lo hayas mirado a la cara, pero no prestaste atención a lo rojo que estaban sus ojos y claro, que apestaba a whisky caro. Además, puedo asegurarte que tiene unos buenos golpes en el cuerpo. —Sonrió victorioso.

Yo no pude hacer lo mismo porque empecé a hacer un recorrido mental de todo lo que había pasado y de la cara de Clark. No quería reconocer lo que Rocco me decía, pero era cierto. Olía a alcohol, Holland olía a alcohol, estaba tomado, pero eso no justificaba sus actos. Era un imbécil egocéntrico que merecía tres patadas en el culo y yo iba a dárselas aunque no fuera en ese momento.

A las ocho de la mañana, luego de despedirme de mi amigo, atravesaba la puerta de mi piso. No me había visto al espejo, aunque estaba segura de que debía parecer un espantapájaros, sin dormir, aún con un poco de dolor de cabeza y con ganas de asesinar al espécimen que yacía en mi sofá con un ordenador en la mano.

Me quedé pasmada cuando lo vi y supe que le pasó lo mismo al mirar su rostro.

—Pensé que tardarías más en llegar. —Se levantó dejándome ver la parte superior de su cuerpo desnuda, con la evidencia de unos cuantos golpes en su piel blanca—. Si hubiera sabido que llegarías tan temprano me hubiese ido antes, pero tenía que revisar unos documentos importantes.

La verdad apenas escuché sus palabras porque no podía apartar la mirada de los tonos morados en su abdomen. Después de todo Rocco tenía razón, sí lo había golpeado.

Tragué saliva y volteé mi rostro. Ignoré sus palabras y me dirigí a la cocina. Sentí sus ojos sobre mí cuando abrí la nevera y me serví un vaso con agua. Lo escuché suspirar con pesadez y volver a su lugar.

—Tengo que terminar esto antes de las nueve, en cuanto lo haga me iré. Julián vendrá a recogerte antes de las siete de la noche, quiero que llegues a tiempo a la cena.

Me giré a verlo y estaba de espalda hacia mí metido en la pantalla de su ordenador. Cogí las llaves que estaban en mi bolso, caminé unos pasos y las dejé en la mesita del centro.

—Gracias por prestarme su coche, señor Holland. Estaré lista cuando lo desee su majestad —ironicé.

Levantó la cabeza con dos olas furiosas atravesándole la cara. Si no hubiese estado tan enfadada tal vez me hubiese perdido en el azul profundo de sus ojos, pero no me lo permití.

—Es tuyo, sé que lo sabes.

—No, no lo es.

—Bien, como quieras. —Volvió a centrarse en lo que hacía, que a decir verdad no me importaba.

Me mordí la lengua controlando mis impulsos. Unos golpes en la puerta me distrajeron de

cualquier barbaridad que estaba a punto de decir. El muy tarado se quedó como si no hubiese escuchado. Rodé los ojos y caminé hasta la entrada. Cuando la abrí una rubia radiante apareció ante mi campo de visión.

—Hola, guapa. —Me dio un beso en la mejilla y pasó por mi lado hasta dejarse caer en el sofá junto a Clark quien la miró mal—. ¿Qué? No me mires como si quisieras matarme.

Holland puso los ojos en blanco y siguió tecleando.

—¿Qué haces aquí, Emily?

—Estoy segura de que lo quieres decir es perdóname, porque anoche cuando después de mil años te convencí a ti y a Julián de venir a mi piso para emborracharnos luego de revisar estos documentos, me dejaron plantada. ¿Qué pasó? Porque cuando hablamos por última vez me dijiste que la zorra de Ruth intentaba chantajearte y que tenías que resolverlo.

—Ya cállate, Emily.

La respiración se me volvió pesada. El aire que atravesaba mis pulmones se tornó más denso. No entendía nada de lo que la rubia decía.

Una parte de mí quería quedarse allí y lograr entender lo que decían, otra deseaba correr a mi habitación, hice lo segundo. Caminé a paso rápido por el corto pasillo hasta llegar a mi destino.

Entré tan rápido que terminé estrellando la puerta. Sacudí la cabeza dejando ir todo. Busqué un pijama en mi pequeño closet, lo dejé sobre la mesa y cogí una toalla para ir a ducharme. En cuando salí para ir al cuarto que estaba casi en frente, el baño, un impulso me hizo cambiar de rumbo.

Vi las dos figuras en el sofá concentrados en una conversación y no pude evitarlo, la curiosidad me atrapó. Caminé de puntillas hasta acercarme. Por suerte estaba descalza y eso ayudó.

—...que no quiere escucharme.

—Yo tampoco te escucharía, Clark.

—A veces pienso que eres mi enemiga.

—Soy tu amiga. —La rubia golpeó su brazo—. Pero es que tienes mala suerte. Intentaste correr a Ruth rompiendo el contrato y ella no lo aceptó. Te llamo anoche por la importancia de estos documentos y para que nos tomáramos un par de tragos los tres juntos con el tarado de Julián y esa arpía te llama cuando vas a de camino para chantajearte y encima te besa... ¿Cómo es que dejas que te bese?

—No dejé que me besara. Me tomó desprevenido por un segundo. Cuando pude reaccionar ya Elizabeth nos había visto.

—¿Cómo supiste que los vio? Seguro solo está molesta porque golpeaste a su amigo.

—Julián la vio. Él estaba afuera esperándome cuando la vio en el semáforo.

—Pues explícale, seguro entenderá que esa Ruth es una perra.

—Una perra de la que no puedo deshacerme por ahora.

—No dejes que te chantajee con una foto en la que tú duermes.

—Una selfie donde aparece ella también. No puedo dejar que saque esa maldita foto ahora que estoy a punto de casarme. La abuela se moriría de un infarto.

—Pues no estoy segura de que eso sea malo.

—Yo tampoco.

Ambos se fundieron en una sonrisa cómplice. Clark respiró hondo y agobiado.

—¿Por qué le pegaste a su amigo?

—Ya te lo dije, estaba ebrio y me provocó. Sabes que no soy violento, pero no supe de mí. Lo sé, fue un terrible error, pero no puedo hacer nada más que disculparme y ya lo hice.

—¿Y Elizabeth?

—Ya te dije, ella no quiere escucharme.

—¿Por qué no lo reconoces?

—¿Qué?

—Que estás celoso, Clark.

—Lo que estoy es cansado de tanta mierda.

Resopló y dejó caer su cabeza en el respaldo. Fue justo ese el momento en que notó mi presencia.

—¡¿Elizabeth?! —increpó el castaño.

Ambos voltearon a verme directamente. Yo me quedé allí inmóvil, de hecho, lo estuve desde que empecé a entender la conversación. Sabía que esa modelucha era una maldita desgraciada. Siempre lo supe.

Mi corazón estaba acelerado sin que me diera cuenta. Sus miradas me escaneaban y yo... yo solo estaba allí, estática. Con una extraña sensación en el estómago. Con mil dudas ahogadas en mi garganta y con unas cuantas verdades esclarecidas. No era suficiente.

Quise decir algo, no pude. Mi mano derecha estaba cerrada sobre la toalla haciendo presión. El aire luchaba por entrar a mis pulmones, pero parecía que mi propio cuerpo iba hacérselo más difícil. ¿Por qué sus palabras me habían alterado tanto? Una mujer con mi temple temblaba como una niña y no podía controlarlo.

—Elizabeth, ¿estás bien? —repitió Clark poniéndose de pie.

Lo que fue un detonante para hacerme reaccionar. Cuando intentó acercarse salí corriendo como una loca y me encerré en el cuarto de baño. Dejé mi espalda contra la puerta y cuando entendí del todo lo que había pasado, terminé deslizándome hasta quedar sentada en el piso.

Solté la toalla y me llevé las manos al rostro. Casi me arranco el pelo de la jodida impotencia. ¿Cómo había llegado hasta allí? Seguía sin poder justificar a Clark por haber golpeado de esa forma tan brutal a Rocco, pero yo tampoco tenía justificación. La que tenía se había marchado en cuanto escuché la conversación con Emily. Quería gritar y maldecir en voz alta. Quería retroceder el tiempo hasta la noche anterior o hasta la noche donde lo conocí.

Clark, de alguna forma, había revolucionado mi vida más de lo que pensé. Y pese a todo no sentía que le debía una disculpa, seguía queriendo que saliera de mi vida. Que él y todo lo que trajo consigo desapareciera.

Me metí bajo el agua buscando la forma de escapar de un montón de pensamientos adversos que me atacaban como piraña. Por un lado estaba él, si me hubiese dicho la verdad desde el principio. Si hubiese dicho que llegaría a la ciudad esa misma noche, pero que se quedaría con sus amigos, no hubiésemos llegado a esa situación. ¡Mentira! Nunca iba a dejar que me explicara la situación con la tal Ruth.

Puse el agua fría y dejé que se deslizara por mi cuerpo o más bien que rozara mi piel como vidrios rotos. Todo me hacía mal. Todo me parecía una mierda. Todo podía irse al infierno en ese preciso momento. Solo quería volver a tener mis emociones controladas. Mi vida sin un hombre que parecía un supermodelo, pero que era peor que un palo metido en el culo.

¿Qué se supone que haría? ¿Pedir perdón? Ni de coña. ¿Casarme? Pues no tenía opción. ¿Olvidarme de lo que pasó con Rocco y la culpa que sentía? Imposible. ¿Qué iba a hacer? Ir a esa estúpida cena, al día siguiente escoger el vestido perfecto para la farsa, terminar la campaña, dejar de cogerme a Clark y rogar al cielo para que el año pasara rápido.

Suena a un plan racional. ¿No? Pues no tanto cuando esa misma noche descubriría que en la familia Holland había una víbora más letal que mi prometido. Una víbora llamada Irene Holland, pero claro, antes de eso la vida tenía otra sorpresa para mí o más bien, tres.

****

Salté de la cama cuando un estruendo golpeó mis oídos alertándome. Miré a todos lados desorientada. El sol había abordado toda mi habitación. Después de ducharme había decidido descansar un poco o no tendría energía para lidiar con la dichosa cena.

No sabía de dónde provenía el ruido, pero debía ser en mi piso. Cogí mi móvil para ver la hora. Me costó aclararme la vista, cuando lo conseguí vi que eran las dos de la tarde. Con razón el estómago me rugía tanto. Tiré el aparato a la cama y caminé por el pasillo hacia la cocina. Estaba convencida de que Clark no estaba, por lo que casi muero de un infarto cuando lo vi en la cocina, ya con camiseta, comiendo sushi.

—¡Mierda! —Me llevé la mano al pecho—. Casi me matas.

—Lo siento —dijo seco—. Emily y yo hemos terminado tarde. Le dije que tenía que irme de acá, pero no la conoces, insistió en que pidiéramos comida y hace cinco minutos la llamaron y se marchó como una loca.

Asentí. En realidad sí podía imaginarlo. No conocía a Emily, sin embargo me daba pinta de cabra loca. Hasta cierto punto me recordaba a mi hermana. Fui a la nevera en busca de comida. Incluso pude escuchar mis tripas intentar devorarse entre ellas.

—Hay suficiente comida. Puedes servirte un poco.

Volteé a verlo cuando lo escuché. Parecía relajado sentado en el buró, aunque no me miraba. Me vi tentada a negarme a su oferta, pero mi estómago me daba una paliza desde dentro.

Cogí aire y fui por un poco de sushi. Me serví y me dirigí al sofá. Era lo mejor. Cuando estuve allí unas cajas sobre la mesita me llamó la atención. Iba a preguntar cuando él me dio las respuestas que necesitaba.

—Son vestidos, zapatos y prenda para la cena.

—No lo necesito —contesté sin detenerme a mirarlo.

—¡Elizabeth!

—Dije que no lo necesito.

—Tienes que estar a la altura de mi familia y...

—¡Que no lo necesito! —grité clavando mis ojos en él—. ¿Crees que si no es por tu dinero no puedo estar a la altura? ¿Crees que si no me compras joyas, vestidos y zapatos caros voy a parecer una miserable ante tu familia? ¿Eso es lo que crees?

—No he dicho eso...

—¿Crees que porque no venga de una familia adinerada valgo menos que tú?

A pesar de que yo seguía en mi lugar y él en el suyo, era como si nuestras energías se hubieran encontrado a medio camino. Me ardía la sangre.

Lo vi frotarse la frente, incómodo. Cogió una bocanada de aire y parecía que iba a hablar cuando tocaron la puerta. Me paré por inercia, quizá quería escapar de la sensación en el estómago, no era solo el hambre, era esa rabia que emergió al escuchar sus palabras. ¿Tenía que estar a la altura? ¿Quién rayos se creía? ¿Tenían sangre de oro o qué? No tenía que estar a la altura de nadie, porque nadie estaba por encima de mí.

No me importaba su dinero, su estatus social y que se creyeran reyes. Por mí se podían tragar su fortuna. Y nunca, nunca iba a permitir que nadie me tratara como si por no tener dinero no valiera nada.

Abrí la puerta sin entusiasmo y al hacerlo mi mundo se detuvo. Un hombre de piel bronceada y cabello enroscado apareció ante mí con esa sonrisa brillante que lo caracterizaba. No tuve tiempo a decir nada cuando ya me tenía sostenida de la cintura con mis pies en el aire. Me había levantado y yo estaba inmóvil sin poder corresponderle por el shock.

Alguna vez ese mismo hombre que me tenía en brazos me dijo que la vida sin que alguien te acariciara el alma no era vida y aunque siempre me reí por su cursilería, esa tarde mientras me estrechaba con fuerza supe que tenía razón. Después de todo, somos más que un trozo de carne, más que un volcán de emociones rotas. Más que pedazos de un presente que no siempre es el que queremos justo como lo que estaba viviendo yo.

Cuando pude reaccionar mis brazos se aferraron a su cuello como si fuese un salvavidas.

—Te extrañé tanto —dijo en mi oído dejándome en el suelo y presionándome contra su pecho.

Y entonces lo sentí todo. Mi corazón desbordándose porque yo también lo extrañaba. Mis ganas de quedarme allí por el resto de mi vida. El horror de que me soltara y claro, algo quemándome la espalda.

—¡Elizabeth!

La voz de Clark se elevó en el aire y no tuve que voltear para saber la expresión que tenía. Pero no fue eso lo que se robó toda mi atención, sino las palabras del moreno frente a mí y su cambio de expresión a una más seria.

—Lo siento tanto —dijo con sus ojos color almendra mirándome con dulzura.

¿Qué más podía esperar si ya caminaba en medio de una tormenta de arena? Estaba a punto de descubrirlo.

Capítulo 43

Beth

¿Sabes lo que dicen del pasado? Que cuando decide volver a tocar tu puerta siempre regresa con tanta fuerza que sacude todo a tu alrededor y justo eso fue lo que pasó.

—¡Sorpresa!

Un hombre muy parecido al que tenía en frente apareció detrás de él y de una forma efusiva se lanzó sobre mí a abrazarme hasta casi quitarme el aliento.

—Lo siento, no quería que viniera, pero lo hizo —aseguró Ray, mi mejor amigo, mientras su hermano mayor me apretujaba.

Le creí cada palabra porque parecían perro y gato siempre que estaban juntos.

—Dios, estás muy guapa.

La mirada de Theo era igual que siempre, lasciva. Negué con la cabeza sin poder aún articular palabra. Di unos pasos atrás para poder verlos y darme cuenta si era un sueño y al hacerlo choqué con un cuerpo fornido detrás de mí.

Cogí aire cuando supe que debía voltear. Lo hice para encontrarme con dos espadas envueltas en llamas. Clark alternaba su mirada entre los tres, como si buscara aclarar todas sus dudas.

Antes de enfrentarme a sus interrogantes, decidí tomar yo misma otra dosis de cariño. Ignoré las preguntas en los ojos de Clark y la sonrisa maliciosa de Theo y me aferré a la mirada amorosa de mi amigo. Corrí a sus brazos y me aferré a ellos con todas mis fuerzas.

—Dios, voy a matarte —dije.

Ray había dicho que no vendría en mucho tiempo y allí estaba.

—Conociéndote eso significa que también me extrañaste —habló divertido.

No veía su cara porque la mía estaba clavada en su pecho, pero aun así sabía que sonreía. Me solté y golpeé su brazo de forma juguetona. Sonreí ampliamente.

—Eso nunca lo diré.

Nos miramos y explotamos de risa. No supe que lo extrañaba tanto hasta que lo tuve en frente, con mi risa ligada a la suya. Él era lo único que tenía allí y lo odiaba por haberse ido de mochilero y dejarme, aunque era feliz sabiendo que cumplía su sueño.

—Cachorra, ¿no nos dejarás pasar? —La voz melosa de Theo nos interrumpió.

—¡Elizabeth! —Ese fue Clark, de nuevo.

Cerré los ojos y respiré. Les abrí paso y Clark hizo lo mismo sin dejar de mirarlos. Los dos hermanos entraron y dejaron maletas al lado de la puerta y cuando todos nos acomodamos en el salón supe que era hora de hablar.

—Tú debes ser mi futuro cuñado —exclamó Ray, como siempre salvándome el culo.

Supe que había notado mi incomodidad. Quizá era el hecho de que me encontraba en medio de Clark y Theo, mientras mi amigo había alcanzado un buró posicionándose delante de mí.

—Así es. Tú eres Ray, el mejor amigo de Elizabeth, te reconozco por la foto, pero a él no lo conozco. —Señaló a Theo que no había dejado de mirarlo y yo sabía por qué.

—Soy Theo, el primer amor de Beth y quien la hizo mujer.

Y claro, nunca se quedaría callado.

—Eres un imbécil. —Ray estaba a punto de pararse y golpearlo—. Deja tus estupideces.

—¿Qué? ¿Es mentira?

—Cierra el pico o te lo cierro yo. —Un Ray tenso era algo difícil de ver, de hecho solo estaba así cuando se encontraba cerca de su hermano.

—Por Dios, si solo he dicho la verdad. ¿A que sí, cachorra? —Lanzó su brazo sobre mis

hombros y me acercó a él. Me tensé.

Y por supuesto, una bomba detonó a mi lado. Clark se puso de pie al instante como león a punto de atacar.

—Elizabeth, ¿podemos hablar? —Su voz fría me recorrió el cuerpo.

Tragué saliva, inhalé por la boca y me aparté de Theo incorporándome. Clark se dio la vuelta dirigiéndose al pasillo, yo lo seguí, pero antes de hacerlo le di un golpe en la cabeza al pelinegro que parecía pasárselo de lo lindo mientras Ray lo asesinaba con la mirada.

—¡Capullo! —le dije antes de irme y solo escuché como se revolcaba de la risa.

A diferencia de lo que creí, Clark no fue a su habitación sino a la mía. Apenas atravesé la puerta me lo encontré cruzado de brazos

—Dame una sola razón para no salir de aquí, ir a ese salón y sacar ese imbécil a patadas.

No tuve que preguntar a quién se refería, era demasiado obvio.

—¿¡Porque es mi piso!? —Puse las manos en jarra.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco, además, ¿no te ibas?

—¿Quieres que me vaya? —Arqueó las cejas y asentí—. ¿Y qué vas a hacer cuando lo haga? ¿Reencontrarte con tu primer amor? —agregó con sarcasmo.

El enojo se le salía por la piel. Su mirada era la de un hombre que estaba a punto de mandar su cordura por un tubo. Conté hasta diez mentalmente. El regreso de Ray era un alivio para mí y aunque la visita de Theo no me lo esperaba, también me alegraba verlo, así que no iba a dejar que nada lo arruinara, ni siquiera las ganas que tenía de cachetearlo por sus insinuaciones.

—Clark, ten cuidado con lo que dices.

—Dime algo, Elizabeth y sé sincera. —Dio dos pasos a mí rompiendo el espacio. Me quedé de espalda contra la puerta viendo como sus brazos me cercaban a cada lado de mis hombros—. ¿Te ibas a acostar con ese tal Rocco anoche?

Tragué hondo cuando sus ojos se clavaron en los míos y me sentí atrapada. Una sensación de inquietud me golpeó el estómago. Mi respuesta era obvia y no iba a mentirle.

—Sí —admití.

Sus fosas nasales se ensanchaban y estrechaban con rapidez. Su respiración era agitaba y la mía le siguió cuando se inclinó un poco y pegó nuestras frentes cerrando los ojos con fuerza y tensando cada parte de su rostro.

—¡Elizabeth! —susurró conteniendo la ira.

Se me secó la boca al sentir su aliento sobre mis labios. No quería que me besara y sabía que tampoco iba a hacerlo porque estaba furioso, pero siempre que estaba cerca era como si su electricidad me azotara todo el cuerpo. Cerré los ojos huyendo de las sensaciones que me producía.

Nos quedamos en esa posición por un tiempo. Nuestras respiraciones se fundieron. Mi pecho subía y bajaba, y a pesar de tener los ojos cerrados era como si pudiera verlo.

—No lo quiero aquí. Ese tipo, no lo quiero aquí.

Se apartó de golpe logrando que lo mirara y volviera a encontrarme con esos dos puños de acero que tenía en la cara en forma de ojos.

—Es el hermano mayor de Ray, no puedo echarlo y tampoco quiero.

—¿Por qué? ¿Quieres recordar viejos tiempos?

—Te estás pasando. —Lo señalé como advertencia.

—¿Ah sí? —Sostuvo mi muñeca—. ¿Y tú? ¿Qué quieres que piense cuando acabas de confirmarme que te ibas a acostar con el colombiano?

—Eso es otra cosa.

—Es lo mismo. Fuiste a tirártelo cuando viste que Ruth me besó.

—¿Y qué querías que hiciera? —Me solté—. ¿Que fuera a aplaudirte? Me dijiste que llegabas al día siguiente y te veo allí con esa zorra.

—Quería que me enfrentaras, que hablaras conmigo como una mujer o en su defecto que me mandaras a la mierda si querías, pero no que te fueras a coger a ese malnacido.

Lo sé, por un lado él tenía razón, pero al infierno todo, no se la iba a dar.

—Es suficiente. —Di media vuelta para irme, no lo conseguí, porque me giró de repente.

—Escúchame bien, Elizabeth, no voy a permitir que ese colombiano y mucho menos ese imbécil que te come con la mirada se te acerque. No me voy a ir, al menos no sin ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos vamos hoy mismo de aquí.

—No voy a ninguna parte.

—Eso ya lo veremos.

No repliqué, no valía la pena. Clark soltaba rabia por todos lados y lo que menos quería era que las cosas empeoraran o Ray iba a meterse. Nunca permitiría que nadie si quiera me alzara la voz. Él sabía que yo era más que suficiente para defenderme, pero siempre me creyó su hermana menor aunque tuviéramos la misma edad.

Salí de mi habitación rogando al cielo que un rayo me partiera en dos. Seguía sin poder entender cómo carajos estaba en esa situación.

—¿Sabes que voy a matarte, cierto? —increpé a Theo en cuanto me dejé caer a su lado.

Este sonrió como si nada.

—No creo, porque yo lo haré antes —aseguró Ray poniéndose de pie y yendo a la cocina—. Por cierto, quedó estupendo el piso.

Quise decir algo, pero el hombre a mi lado tiró de mi brazo dejándome muy cerca de él.

—Me muero por besarte.

—¡Theo! —Me alejé antes que el energúmeno saliera de mi cuarto y se molieran a golpes.

—Dios, es que estás preciosa, aunque él también está guapísimo. ¿No crees que podamos jugar los tres?

Sí, dato importante que se me pasó contar, Theo es bisexual y el ser más descarado del mundo.

—Por la forma en que te miró estoy seguro de que lo único que quiere contigo es patearte el trasero, como todos lo que te conocemos. —Ray llegó con una cerveza en la mano.

—Es parte de mi encanto, hermanito, pero siempre terminan amándome —aseguró el aludido.

Me froté el puente de la nariz exhausta. Escuché que Clark salía de mi habitación y entraba a la suya. Agradecí que no volviera a unirse a nosotros.

Alcancé mi sushi y me zampé todo lo que pude. En serio adoraba a Ray y tenía un aprecio especial por Theo, pero juro que quería ahorcarlos siempre que estaban juntos.

Ese par se querían un montón, eso era innegable. Sin embargo, luego de que el mayor me hiciera mujer y folláramos por casi un año, Ray había estado enojado con él. Y por supuesto, Theo no ayudaba mucho.

Ya me había cansado de decirle a mi mejor amigo que no importó el hecho de que su hermano me engañara con cuanto hombre y mujer se le acercara, porque nunca lo quise más que para divertirme. Pero él insistía en que le advirtió mil veces que no se acercara a mí que era como su hermana.

Los dejé discutir loberías mientras me alimentaba. De vez en cuando me sacaron una sonrisa con sus locuras. El mayor aseguraba que su hermano no disfrutaba la vida, algo que no era cierto porque sí lo hacía, mientras Ray lo acusaba de ser un pervertido, sin vergüenza e inmaduro, algo en lo que sí estaba de acuerdo. Theo tenía veintinueve años y parecía un chiquillo con las hormonas revueltas. Se dedicaba al maquillaje profesional y era bueno en lo que hacía, pero se pasaba la vida de un lado a otro sin rumbo.

—¿Te has tirado un pedo? —le preguntó Ray.

Theo se encogió de hombros como si nada.

—Se me ha salido.

No había terminado de hablar cuando mi mejor amigo había llegado a él para darle un golpe.

—¿Por qué me pegas? —se quejó Theo.

—Se me ha salido —dijo Ray imitando a su hermano en el movimiento de los hombros.

Y por ahí siguieron discutiendo. Negué con la cabeza por sus niñerías. Decidí dejarlos solos, me levanté y llevé los trates a la cocina para escapar de su guerra interminable. Lavé todo con rapidez y cuando iba a volver al salón me topé son la mirada cariñosa de mi mejor amigo. Sonreí en cuanto lo vi. En serio lo extrañaba, solo que no se lo iba a decir.

—Cuenta, ¿qué sucede?

—¿De qué hablas? —Me hice la tonta, él entornó los ojos recordándome que él era la única persona en el mundo a la que no podía engañar. Ser mi amigo desde los cuatro años tenía su ventaja—. Vale...—rodé los ojos—, es un cuento largo, solo puedo decirte que las cosas no han sido tan sencillas como tú dijiste o como yo llegué a creer.

—¡Entiendo! —Dios, era tan fácil hablar con él. Sabía cuándo no debía hacer más preguntas y podía leerme con tan solo mirarme con esos ojitos almendras—. Ven aquí, pequeña bruja polvosa.

Tiró de mí y me abrazó con fuerza besando la coronilla de mi cabeza. Se sentía tan bien no tener que guardarme las ganas de un abrazo de mi amigo. Y lo de bruja polvosa era porque decía que siempre le daba una paliza a Ben cuando dormíamos en nuestro piso.

—Ya... —Lo empujé divertida—. Cuéntame de ti. Estás doradito, eh. ¿Cómo es que estás aquí? Me dijiste que no podrías venir.

—Como si no me conocieras. Nunca te dejaría sola en algo así. —Alborotó mi cabello como sabía que lo odiaba.

—¡Tarado! —gruñí, aunque no podía dejar de sonreír, no me cabía la alegría en el pecho de verlo de nuevo después de meses.

—Entonces... —Salté del susto cuando Theo calló como un paracaídas entre nosotros, sonriente—. ¿Nos vamos de fiesta esta noche?

Ladeé la cabeza, mi ex era incorregible.

—¿Cuándo piensas irte? —preguntó Ray borrando su sonrisa.

—Por Dios, que mal hermano eres. —Palmeó su hombro sin dejar de reír—. ¿Vamos a emborracharnos o no?

—No puedo —dije amable—. Tengo un compromiso esta noche.

—Pero...

—Un compromiso con su futuro esposo —aclaró Clark apareciendo de la nada.

—Ufff, futuro esposo, eso suena genial y... —Theo puso una mano de forma coqueta en el hombro de los kilos de músculos que era Holland—, ¿puedo acompañarlos? Te aseguro que los tres podemos pasarla mejor.

Casi me ahogo con mi propia saliva cuando lo escuché. Tenía que ser una broma.

Mientras Theo lo miraba con deseo, Clark apartó la mano de mi ex y lo miró con cara de asesino en serie. De verdad temí por su vida.

Me llevé las manos al rostro agotada. Tal vez si me lanzaba por la ventaba acabaría con el martirio. Me pregunté si podría sobrevivir en medio de esos tres elementos y cuando si quiera pensé en responderme, el timbre volvió a sonar.

Por primera vez en mi vida corrí como una presa a punto de ser devoraba por tres fieras. Me apresuré a abrir y cuando lo hice supe que de verdad la vida se estaba divirtiendo a mis costillas.

—¡Addy!

—¡Hello! —Se lanzó a abrazarme y sin dejarme decir nada pasó por mi lado como un huracán arrastrando una maleta púrpura.

Me llevé las manos a la cabeza a punto de arrancarme los pelos uno por uno. En cuanto pude moverme sentí que iba a sufrir un paro cardíaco con la escena en frente de mí. Addy no solo estaba besuquiando a los hermanos que conocía desde que nació, sino que en cuanto lo hizo, se arrojó a los brazos de Clark que parecía tan perturbado como yo.

—¡Cuñado! —La escuché chillar y maldecí bajito.

Mi hermana era un torrente de energía incontrolable. La adoraba, pero sinceramente su efusividad era algo que no siempre podía manejar de la mejor manera, sobre todo cuando actuaba como lo estaba haciendo, como una niña.

Theo, Ray, Addy y Clark estaban en mi campo de visión y yo solo quería suicidarme y eso que ni siquiera era consciente de que nada de lo que estaba viviendo en ese momento se comparaba con lo que viviría esa noche en esa maldita cena con la familia Holland.

¿Cómo iba a hacer para no estallar? ¿Qué iba a hacer con ese cuarteto que me miraba? O mejor aún, ¿qué se suponía que iba a hacer con mi vida cuando mi piso, mi espacio seguro, estaba invadido? No lo sabía, pero tendría que averiguarlo pronto o de verdad me iba infartar.

Capítulo 44

Beth

Quería gritar, llorar, maldecir y rabiar. Me había pasado toda la tarde escuchando a Addy sobre lo grandioso que era mi futuro esposo. Por suerte no lo había sentido en toda la tarde, aunque seguía preguntándome cómo íbamos a acomodarnos todos en ese piso tan pequeño.

Theo salió de fiestas cuando apenas eran las cinco de la tarde. Lo dicho, era incorregible. Ray se la pasó metido en su ordenador editando unas fotos sentado en el sofá y Clark salió en cuanto vio que el mayor de los Colunver se fue y claro, mi hermana me persiguió todo el tiempo.

Miré la hora, eran las seis quince.

—¡Estás preciosa! ¡Serás la puta reina de la fiesta! —Las palabras de Addy me hicieron sonreír.

Volví a mirarme en el espejo. No acepté los regalos de Clark, pero de verdad me veía fenomenal. Me había puesto un vestido color piel de encajes azules con caídas en los hombros que me había regalado mi hermano antes de morir. Un vestido que me llegaba a los talones dejando una abertura en una de mis piernas. Me recogí el pelo dejando algunos mechones sueltos y lo combiné con unas zapatillas de aguja dorada, un bolso de mano del mismo tono y un collar de diamantes que nunca había usado. Era el collar de mi madre, heredado por mi abuela, antes de morir. Era una joya preciosa, antigua, pero elegante y sofisticada, y me iba como un guante. Y claro, el anillo que no podía faltar.

Después de todo sí tenía razón, no necesitaba el dinero de los Holland para estar a la altura.

—Es medio seco, pero me cae bien. —Me acomodó el collar y yo fruncí el ceño sin entender lo que decía mi hermana—. Hablo de Clark.

Sí, no iba a para de hablar de él. En ese momento recordé lo que había pasado. A diferencia de lo que creí Clark trató muy bien a mi hermana, aunque nunca apartó su cara seria. Se notaba su incomodidad por la forma en que Theo no solo me miraba a mí, sino también a él.

Sonreí divertida al traer esa imagen a mi mente. En realidad fue incómodo cuando pasó, pero ya que lo pensaba era divertido ver a mi prometido desencajado.

—Solo estaba estresado y cansado.

—Eso espero, porque es demasiado guapo para tener esa cara tan seria.

Rodé los ojos dándome por vencida. Definitivamente no iba a poder quitármela de encima. Solo cambiaba de tema cuando le preguntaba cosas sobre nuestro padre y cuando la cuestioné de qué hacía en mi piso. Dijo que tenía que acompañarme como mi hermana hasta que me casara. Sentí pesar porque tuviera que viajar tantas horas por una farsa.

—A propósito, ¿cómo has venido? No tenías dinero.

—¿No adivinas? —inquirió sonriente.

Respiré hondo.

—¡Ray!

—¿Quién más? Él te adora y a veces creo que lo quieres más que a mí.

—No seas tonta.

—Si es cierto.

—¿Puedo pasar? —Clark sonó del otro lado de la puerta.

—¡Adelante, cuñado! —chilló Addy sin dejarme abrir la boca.

Puse los ojos en blanco una vez más, pero cuando me fijé en la puerta de mi habitación me quedé helada.

¿Cómo podía existir un espécimen así? Sentí que me mojé solo de verlo. Estaba enfundado en

un traje y corbata gris, camisa blanca y zapatos de vestir negro. Todo un orgasmo visual.

Se notaba que estaba recién afeitado y su cabello se veía tan ordenado y brillante que parecía irreal. Sus labios carnosos se veían tan apetecibles y sus orbes azules resaltaban en su perfecto rostro.

—¡Mierda! —exclamó, llamando mi atención.

Al parecer no era la única en esa situación. Parecía idiotizado escaneándome de arriba abajo con deseo.

—Dios mío, cuanta tensión sexual. Ya cójanse, por favor. —Esa fue Addy, quien salió riendo de mi habitación.

Si hubiese podido reaccionar quizá la hubiese mandado a la mierda. Sin embargo no pude porque estaba más ocupada intentando controlar mis instintos y mis ganas de tirar de esa corbata, lanzarlo a esa cama y que me empotrara en cada puto centímetro de mi habitación como ya lo había hecho antes.

—Estás... wao, estás... —se aclaró la garganta—. Te ves preciosa.

—Eh... gracias. Tú también te ves bien.

Allí sin poder dejar de mirarlo me golpearon los recuerdos de la noche anterior y volví a adiarnos a los dos por lo que le hicimos a Rocco. ¡Rocco! Tenía que llamarlo.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Sí, solo dame un minuto. —Me volví al espejo a verme.

—Vale, te espero abajo. Julián nos llevará a los dos.

Asentí y un segundo después lo vi salir, pero antes de que cerrara la puerta apareció Ray.

—Oye, estás muy guapa.

—¡Gracias! —Sonreí con sinceridad, seguía sin poder creerme que había vuelto—. ¡Te he echado de menos! —Las palabras salieron sin que pudiera detenerlas dejando a mi amigo tieso.

—¡Espera! ¡Espera! Que no lo he oído bien. ¿Me has dicho que me has echado de menos?

Rodé los ojos fastidiada. Me arrepentí en cuanto lo dije.

—No.

—Sí, sí los ha dicho. —Me pinchó el brazo.

—No, no lo he dicho. —Le di la espalda luchando con las curvas de mis labios para que no se levantaran.

—¿A que sí? —Me abrazó por la espalda.

—Suéltame, me vas a arrugar el vestido.

No me hizo caso. Todo lo contrario, me abrazó más fuerte.

—Sé que lo dijiste y puedo morir en paz.

Me solté y me giré hacia él para amenazarlo con más ímpetu. Lo señalé con el dedo índice.

—Ni se te ocurra morirte porque te mato.

Rio ampliamente.

—Lo tomaré en cuenta, ahora vete, te esperan.

Esa tarde-noche salí de mi piso con toda la seguridad que siempre tuve. Arreglada a la perfección y con la alegría inmensa de saber a Ray de regreso en casa. Al menos por ese lado todo parecía normal, pero nada lo era. Sobre todo esa noche, porque mientras yo creía que iba a una pesada cena con la familia Holland, la realidad era que iba rumbo a la boca del lobo, o en ese caso, la loba.

***

Inhalé tres veces antes de dejar que Clark tocara el timbre de la casa gigante ante mí. Ciertamente no era una mansión tan grande como en la que estuve viendo la colección de autos que me mostró el hombre junto a mí, pero sin duda era una casa espectacular de dos pisos al estilo colonial. Ya solo con ver la imponencia de esa edificación podía imaginarme a la mujer dueña de ella.

—¿Lista? —preguntó Clark sosteniendo mi mano.

Lo miré y no sé por qué encontré cierta calidez en sus ojos. Durante todo el trayecto hablamos. Esquivé por completo el tema de Rocco y lo que había pasado la noche anterior y nos concentramos en realizar una tregua. La acepté porque me sentía agotada de tanto discutir, solo quería que terminara la noche, ir casa y dormir atrincherada en mi cama con mi hermana y mi mejor amigo. Sonreí cuando imaginé que mi noche terminaría así. Addy podía sacarme de orbita, pero me gustaba su visita.

—¡Lista! —le informé con la mejor sonrisa que pude.

Cinco segundos después estábamos atravesando la puerta robándonos las miradas penetrantes de todos. Si no hubiese tenido las bragas bien puestas, quizá hubiese dado tres pasos atrás para huir de allí, porque lo supe en el instante en que noté el silencio abismal que provocó nuestra llegada, todo sería un desastre.

El lugar parecía una taza. Los muebles parecían imperiales y dignos de una reina. En el salón lleno de muebles blancos había algunas figuras, unas sentadas y otras de pie. A la mayoría las desconocía.

Un hombre de cabello negro y ojos cielo, vestido con un traje oscuro, se encontraba de pie junto a una mujer alta, delgada, de piel pálida y cabello castaño, con un vestido negro elegante. Ambos llevaban una copa de vino en las manos y tenían sus ojazos puestos en mí.

Una rubia, Emily, me sonreía sentada en un extremo del sofá. Un hombre rubio de ojos claros y piel blanca hablaba con una mujer que conocía muy bien, Ruth. Ella me sonreía con cinismo. Sentí que Clark se tensó presionando mi mano y yo quería saltar sobre ella y volverla mierda.

Dejé de mirarla para enfocarme en los demás. En otro sofá estaba una mujer delgada, cabello largo y ondulado, junto a una preciosura de niña rubia que me miraba con curiosidad. Y por último, una mujer delgada, de cabello gris y unos ojos letales del mismo color de los del hombre a mi lado, escaneaba cada centímetro de mi cuerpo.

¡Jo-der!

Esa mujer era de verdad intimidante. Nunca me sentí tan escudriñada en toda mi vida. Nunca me encogí ante nadie. Nunca unos ojos me miraron como si fuera una cucaracha y quisiera aplastarme. Nunca, en todos mis años, me vi tentada a retroceder ante nadie y allí estaba, sintiendo un hueco en el estómago, con el pulso acelerado y tragando saliva para no morir asfixiada con la tensión que inhalaba en cada respirar.

Por un segundo sentí que todo me daba vueltas. Que el mundo empezaba a girar tan rápido que me había tirado arrastrándome en el camino. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué la mirada helada de esa mujer me perturbaba?

—¡Buenas noches! —exclamó Clark.

Y aunque su voz me hizo reaccionar, fue su mano apretando la mía lo que me hizo apartar la mirada de la anciana y poder reorganizar mis ideas.

—¡Buenas noches! —repetí, poniendo mi mejor cara.

Escuché que algunos respondieron el saludo con amabilidad, pero la anciana se quedó con cara de mierda sin dejar de mirarme.

Ni siquiera me di cuenta de que Clark me llevaba de la mano hacia ellos hasta que llegué al centro del salón. Me presentó a todos con calma, la primera en saludar fue Emily, como siempre encantadora y con la facilidad de hacer enojar a su amigo. Luego me presentó a la niña, Mía, que se le lanzó encima como una garrapata, algo que me hizo gracia. Seguido de ella, la mujer, quién supuse era la madre de Mía, se presentó como June, la también esposa de Stick Holland, el rubio que hablaba con Ruth y que se asomó a saludar. No sé por qué, pero me daba la impresión de que Clark quería matarlos a los dos, porque enseguida me apartó de ellos y me dirigió al hombre serio con la mujer castaña a su lado. De inmediato supe que era su padre, a pesar de ser un hombre que debía tener poco más de cincuenta, se veía fenomenal.

Llegué a pensar que el hombre sería un ogro conmigo, pero me sorprendió cuando Clark me lo presentó como Vicente y a la mujer como Madeline Holland, su tía y madre de Stick. Ambos me saludaron de abrazos y todo, y me costó un poco reaccionar, pero lo hice. Era una prueba casi superada, pero faltaba lo peor...

—Abuela Irene, ella es...

—La mujerzuela que quiere casarse contigo y quedarse con nuestro dinero.

Sentí como el cuerpo del hombre a mi lado se endureció y juro que no tengo una puta idea de por qué, pero aún con la ira naciendo en mí, sonreí. Sonreí como una demente psicópata a punto de estrangular a la mujer que se ponía de pie, recta ante mí, de forma retadora.

Entonces se me atravesó el apellido Shaine en la cabeza y me salió lo perra. Enarqué una ceja coqueta y me incliné para besar su mejilla. El silencio era sepulcral y la cara de la anciana era digna de enmarcar.

—Un gusto, señora Holland —entoné con todo el descaro del mundo.

Podía sentir la mirada de los presentes sobre mí. Sobre todo la de Irene que parecía a punto de sufrir un derrame cerebral por mi desfachatez.

—Pero... pero, ¿de dónde has salido tú?

—Eso deberías decírselo tú. —Me aferré al brazo de Clark fingiendo estar encantada—. ¿No cariño?

Lo miré sonriente esperando ver el enfado en sus ojos por mi forma de reaccionar, pero me sorprendió ver que parecía divertirse con la situación.

—Abuela, compórtate. Tú querías conocerla y aquí está. Ella es Elizabeth y será mi esposa muy pronto. Eso ya lo sabes.

La mujer tenía el rostro deformado y me miraba con horror.

—De ninguna manera vas a casarte con esta mujer, no está a tu altura.

—No te lo estoy preguntando, solo te lo informo.

—Pero...

El sonido de dos copas chocando llamó la atención de todos en el salón. Cuando nos giramos Emily tenía los dos brazos extendidos ofreciéndonos vino. Ambos lo aceptamos y de inmediato la susodicha hizo de la suya y elevó un brindis en nuestro honor como si no hubiese pasado nada.

—¡Por los novios! —exclamó alegre.

Todos la imitaron a excepción de la anciana.

—¡Por los novios! —repitió una voz femenina cargada de veneno.

Fue cuando la vi acercarse con la firme intención de besar a Clark en la mejilla, pero este la detuvo en seco.

—¿Qué haces aquí, Ruth?

—Es mi mejor amiga, ya lo sabes. Yo la invité —informó el rubio.

—Repito, ¿qué haces aquí? —Ignoró a su primo.

—Quería felicitarte. Solo eso, por los viejos tiempo y por los no tan viejos. —Le guiñó un ojo a Clark y tuve ganas de dejarla tuerta. ¡Zorra!

—No...

—Pues ya lo has hecho —intervine con una sonrisa falsa en los labios—. Así que gracias.

Por suerte una mujer de edad apareció para indicarnos que podíamos pasar a la mesa. Lo mejor que pudo pasar, solo quería que todo terminara y poder salir de allí. Era eso o convertirme en asesina de ancianas y zorras descaradas.

Pude escuchar como Irene carraspeaba detrás de nosotros. Clark respiró profundo y pareció leer lo que quería porque de inmediato se giró y le ofreció el brazo libre para que se enganchara en él a pesar de llevar un bastón que la verdad no me parecía que necesitaba.

Y así fue como lo que no creí posible pasó, la señora Irene y yo caminábamos de los brazos de Clark Holland hasta el comedor con un desfile detrás de nosotros.

¿Irónico, no?

Pues si lo crees, solo espera a saber lo que hace la tensión en medio de una mesa repleta de comida, con gente incómoda y dos mujeres de carácter fuerte como lo era la abuela de mi prometido y por supuesto, yo.

Capítulo 45

Beth

Me pregunté cien veces mentalmente si lo tragaba o lo escupía. El sabor de lo que tenía en la boca era lo más asqueroso que había probado, pero todos parecían disfrutarlo. Al final terminé por respirar y obligarme a dejarlo caer por mi garganta sin vuelta atrás. ¡Menuda comida!

Todos tenían sus ojos puestos en sus platos, supongo que era mejor que enfrentar todo lo que podía palparse en el ambiente. Por supuesto la anciana, quien se encontraba a la cabeza de la mesa, no dejaba de mirar cada movimiento que hacía. Para su desgracia mi madre me enseñó todo lo que debía saber a la hora de comportarme en una mesa y por eso no terminé enloqueciendo con tantos cuchillos y cubiertos.

—¿Quiénes son tus padres? ¿A qué te dedicas? ¿Qué quieres con mi nieto? ¿Qué haces aquí?

¡Oh, sí! Esa era la mujer de pelo gris y mirada afilada.

—Yo me estoy haciendo las mismas preguntas. —Ruth se interpuso.

Joder, su voz me ponía de los nervios.

—No, querida Ruth —dije con cinismo apretando el cubierto en mi mano derecha para no explotar—, no creo que te hagas esas preguntas. Más bien creo que te cuestionas por qué no eres tú la que lleva este anillo.

Levanté la mano mostrándole el diamante que reposaba en mi dedo y pude ver como se le rompió la sonrisa en mil pedazos. ¡Toma ya!

—Tienes un punto por saber poner a trepadoras como esa en su lugar —afirmó Irene señalando a la trigueña que tenía mala cara.

—¡Abuela! Por favor, respeta —Stick quiso ayudar, pero todo fue a peor. De hecho, ese fue el momento exacto en que todo se fue a la mierda.

—¡Tú cállate! Es tu culpa, no debiste invitarla aquí.

—Pero abuela...

—¡Qué te calles! —ordenó—. Y tú, Elizabeth, contesta —Me miró fijo esperando una respuesta. Al menos me llamó por mi nombre. ¡Joder!

Miré a mi lado en donde estaba Clark y él solo comía con tranquilidad, como si nada estuviese pasando, lo mismo pasaba con Emily, a quien podía ver del otro lado de mi prometido con media sonrisa que le costaba disimular. Cogí aire en los pulmones y me preparé para hablar, porque aunque Irene hizo las preguntas parecía que todos estaban interesados en mis respuestas.

—Señora Holland. —Dejé todo a un lado, centrándome en la mujer casi frente a mí—. Le agradezco el interés que tiene en mi vida...

—No me interesa tu vida, solo quiero saber qué quieres con mi nieto. Seguro lo que todas, su dinero.

¡Tranquila, Beth! ¡No vayas a explotar! Es una anciana, si le tiras de los pelos puede que le dé un infarto.

¡Pero es que es una vieja bruja!

Y tú sabes muy bien cómo lidiar con gente como ella, ahora patéale el trasero en su propio juego.

¡Bien!

—Sí, supongo que usted lo sabe bien. Debe ser una experta en el tema.

Di un respingo en mi lugar cuando Clark empezó a toser a mi lado. Con rapidez le pasé un vaso de agua porque en nanosegundos ya estaba cambiando de color.

—¿Estás bien? —le pregunté y como si le hicieran cosquillas, Emily explotó de la risa.

No entendía mucho lo que había pasado, es decir, sabía que había lanzado una granada, pero no creí que hubiese explotado hasta que la abuela de Clark se puso de pie, golpeando la mesa.

—¡Acompáñame! —Se impuso.

Dios, esa mujer era de estatura promedio, pero cuando hablaba, cuando me miraba así, parecía ser diez veces más alta que yo.

Ni siquiera tuve que preguntar a quién se dirigía, era más que evidente.

—Mamá, deja a mi nuera en paz. –Una voz masculina se levantó, era el padre de Clark.

—Déjalas que hablen, papá. —Fue la primera vez que Clark habló en toda la cena. Parecía calmado y la tos había desaparecido por completo.

—¿Tu nuera? ¡Por Dios! —Tomó su bastón—. Y no necesito permiso de nadie. He dicho que hablaré con ella y lo haré.

La mujer empezó a caminar rumbo al salón y yo me quedé estática con una servilleta en la mano. ¿Qué mierda estaba pasando?

—Elizabeth —susurró el hombre a mi lado sobre mi hombro—. Ve con ella, solo... no la golpees. ¿Vale?

Respiré hondo.

—Eso depende enteramente de ella. —Me levanté furiosa—. ¡Con permiso!

Mis pasos retumbaban sobre el piso fino de la casa. Acomodé mi vestido y caminé con firmeza hacia al salón dejando detrás un cuchicheo que se levantó en cuanto salí del comedor.

¡Cotillas!

—¡Siéntate! —exigió.

Lo hice sin protestar porque no valía la pena discutir por ello, aunque me incomodara la maldita manía de la familia Holland de dar órdenes. ¡Capullos!

—Escuche, señora...

—¿Sabes por qué todos se quedaron helados con tus palabras y altanería?

—¡Ilumíneme! —Me crucé de piernas y dejé mis manos sobre mis rodillas.

La anciana estaba de pie caminando despacio de un lado a otro con el batón. Por un segundo me pregunté cómo mierda hacía para parecer que flotaba mientras caminaba y es que podía ser una desgraciada, pero tenía gracia incluso para ello.

—Nadie nunca se ha atrevido a hablarme así y mucho menos una desconocida que no vale un centavo.

—Ajá —bufé.

—Eres arrogante. —Sonrió de lado sin muchas ganas—. Algo interesante para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —pregunté, aunque sabía que no iba a gustarme la respuesta.

—¿Crees que me engañas porque llevas ropa, zapatos y una joya cara? Conozco a las de tu tipo y aunque tengas una educación, sé que no debes tener ni donde caerte muerta. De seguro mi nieto te compró todo.

¡Víbora!

Confirmado, los Holland tenían la facultad de ponerme furiosa y con ganas de arrancarles las cabezas.

—Parece que cree conocerme —sonreí con hipocresía—, pero es obvio que se equivoca. Sí, Clark compró prendas caras que no usé porque no las necesito, como tampoco necesito fingir ser

alguien más. ¿Quiere saber quién soy? Estoy segura de que puede averiguarlo en cinco minutos, pero le ahorraré tres mil euros por un buen investigador. —La miré sentarse con propiedad sin apartar la mirada de mí—. Mi nombre es Elizabeth Shaine, soy publicista y tengo una hermana y un padre que por suerte viven lejos de esta ciudad. Mi hermano menor murió en un accidente hace un año y mi madre hace un poco más que eso. Vivo con mi mejor amigo en un piso quizá del tamaño de los baños de su casa y sí, voy a casarme con su nieto porque le quiero. —Mentí—. No me interesa su dinero, señora Holland, créame, si me interesara lo tendría, pero no me interesa. Así que puede respirar tranquila antes de que le dé un infarto y la boda se convierta en un funeral.

Sí, lo sé, puede que me haya pasado.

¡Qué va! Se lo merecía.

¿A que sí?

Pues claro, es una bruja con todo y escoba.

¡Gracias, conciencia!

Irene, con su mentón en alto, entornó los ojos como si buscara verdad en mis palabras. En realidad la había en casi todas, excepto en el motivo de casarme con su nieto, pero fuera de eso su dinero era lo que menos me importaba.

—Veo porqué mi nieto te escogió, tienes carácter. Lo conozco y sé que no cambiará de opinión, pero quiero que sepas que yo tampoco y me caes como miles de piedras en el estómago. —Inhaló resignada—. Te casarás con él y llevarás mi apellido...

—¡No llevaré su apellido!

—...porque yo necesito que se case. Filmarás un contrato prenupcial y te comportarás a la altura. Si de aquí a dos años te considero digna de ser la madre de un Holland, tendrás dos hijos y si no, que es justo lo que pienso, haré que te divorcies sin un solo euro. Destruiré tu carrera y haré de tu vida un infierno. ¿Está claro?

Lo intenté, juro que hice todo lo que pude para menguar el fuego que nacía en mi pecho. Para sacudir la rabia que invadía mi piel. Juro que me clavé las uñas en la palma de mi mano intentando contener las balas que estaban a punto de salir por mis labios, pero no pude.

—¿Quién se cree que es? —Me puse de pie—. Ni usted ni nadie tiene el derecho de decirme lo que tengo que hacer y mucho menos de amenazarme.

El aire que salía por mis fosas nasales quemaba.

—Claro que lo tengo. —Se levantó. Tuvo que alzar la cabeza para poder verme a la cara—. Soy la que manda en esta familia y si vas a entrar a ella, deberías tenerlo claro.

—Se equivoca. No tiene derecho sobre mí. Usted no es más que una anciana ególatra y prepotente que piensa que el mundo le pertenece. No me sorprende el carácter de mierda que tiene Clark si fue influenciado por una arpía como usted.

—¡Cuida tus palabras, mocosa insolente!

—¿O qué? ¿Va impedir mi boda con su nieto? —La reté—. Haga lo que se le dé la gana, pero ni crea que va a tener poder sobre mí. ¿De dónde han salido ustedes que se creen los dueños del mundo y...?

Se me detuvo el corazón, aunque gracias a Dios no los brazos. Mi cuerpo reaccionó por instinto y apenas supe lo que había sucedido. Tenía la muñeca de Irene rodeada por mis dedos. Me miraba como una fiera loca por atacar. Me había lanzado una bofetada y logré contenerla,

por lo que se veía más enfadada.

—Vuelva a intentar tocarme y le juro que me olvido de que es una anciana. —La solté.

—Te aseguro que yo si no voy a olvidar esta ofensa —masculló de mala ganas.

Nuestras miradas no se apartaron ni por un segundo. El aire del salón parecía condensarse más cada segundo y el calor que emanaba de mi cuerpo era casi insostenible. Estaba más que cabreada y ella también. ¿Cómo se atrevía a tratarme como si no valiera nada? ¿Cómo podía pensar que yo sería un títere más a su mando? ¡Menuda bruja!

—¡Suficiente! —La voz ronca de Clark tronó en medio de las dos.

Ambas lanzamos la mirada a la figura de brazos cruzados en la puerta del salón. Parecía tan enfadado como nosotras y no tenía idea de si lo estaba conmigo, pero me importaba un reverendo pepino lo que pensara.

Tomé mi bolso que había dejado en el sofá y caminé decidida a salir de allí. Pasé por el lado de Clark sin mirarlo y me dirigí a la puerta para salir de esa cueva de lobos. Necesitaba un poco de paz y creía que no era mucho pedir. *¡Claro que lo es!* Me gritó mi subconsciente cuando salí por la puerta y vi la figura esbelta recostada de una de las gigantescas columnas de la entrada.

¡Joder!

Lo sabía, ella no dejaría pasar ese momento y no me equivoqué. En cuanto quise avanzar escuché su molesta y aguda voz taladrarme los oídos.

—¿Sabes que no eres la única, cierto? —No respondí, solo la miré—. Clark ha sido mi amante por meses y eso no va a cambiar aunque te diga lo contrario. De hecho, anoche nos vimos. —Sonrió perversa.

Le dio una calada a su cigarrillo y soltó el humo relajada. Yo estaba todo lo contrario. Una más y mandaba la poca cordura que me quedaba a la mierda.

—De hecho sí lo sé. —Ensanché una sonrisa—. Después de que intentaste chantajearlo fue a decírmelo y claro, a cogerme duro como él sabe hacerlo.

—¿¡Te lo dijo!? — Su rostro se deformó. Ni siquiera pareció que lo había pensado para decirlo.

—Claro que lo hizo. Te daré un consejo, bonita, deja de arrastrarte por alguien que te ve como alfombra para limpiarse los pies. Como dice un amigo, quiérete tantito.

La dejé con la palabra en la boca y avancé. Necesitaba salir de allí como fuera. Necesitaba respirar porque sentía que llevaba rato sin hacerlo. Necesitaba estar sola y pensar en todo lo que estaba pasando en mi vida.

Cuando Julián me vio, sonrió, aunque duró poco porque en cuanto notó mi enfado se puso serio.

—¡Sácame de aquí! —mascullé entrando al asiento trasero.

Por suerte no replicó, entró al asiento del piloto y cuando se encontraba a punto de poner el auto en marcha, alguien abrió la puerta trasera y se subió a mi lado.

—¿Qué haces aquí, Clark?

—Yo iré a donde tú vayas —respondió abordando mi mano con la suya.

La verdad no puedo decir por qué no la quité si todo era su culpa. No sé por qué dejé que Julián avanzara con las indicaciones que él le daba y tampoco sé por qué la forma en que hacía círculos con su pulgar sobre mi piel caliente me hizo sentir que respiraba de nuevo. Solo sé que me quedé allí, perdida en la nada y al mismo tiempo en todo.

Solo sé que sentía un hueco en el pecho y que la sensación que me había hecho sentir esa mujer no desapareció por más que me repetía que no valía la pena enfadarse por alguien como ella. Por más que me recordé que una mujer como yo nadie la puede volver pequeña, porque solo

yo elijo mis batallas y aunque me pesara ya había elegido luchar esta, la boda con Clark Holland.

Capítulo 46

Beth

¿Qué pasa cuando mueres? Mi hermano siempre se lo preguntó. Supongo que algo le decía que su vida sería corta. Yo en cambio nunca me hice esa pregunta. Tal vez tenía miedo a la respuesta. Tal vez me aterraba la idea de que de verdad fuera el final de todo o quizás, me daba más miedo creer que había algo más allá de este mundo.

—¿Qué estás haciendo, Sky? —Escuché su voz y mi corazón se aceleró de inmediato.

Tenía tanto tiempo si escucharlo.

—¡Jeff! ¡Estás aquí! —Me incorporé al darme cuenta de que mi cabeza reposaba sobre su regazo y que sus dedos acariciaban mi cabello. Su rostro era el del mismo chico de diecinueve años del que no me pude despedir.

—Recuéstate. —Me volvió a dejar donde estaba.

Sonreí al notar la comisura de sus labios elevada y esos ojos grises que podía reconocer en cualquier lugar del mundo.

—Yo... te extraño mucho.

—Lo sé —susurró—. Pero ahora quiero que respondas.

—¿Qué?

—¿Qué se supone que estás haciendo con tu vida?

Aparté la mirada avergonzada.

—No lo sé —admití.

—Eso ya lo veo —bromeó como solía hacerlo—. No puedo creer que mi hermana se vaya a casar y de esta forma.

—¿Lo sabes?

—Lo sé, Sky. Sé por qué te vas a casar.

—¿Estás enfadado?

Sonrió con ternura.

—Claro que no, tonta. Es solo que me parece increíble. ¿Sabes que no será tan sencillo como crees, cierto?

—Me he dado cuenta. —Inhalé—. Estoy cansada, quiero dejar esto.

—Lo sé... —hizo una pequeña mueca—. Escucha, nunca he conocido a alguien tan fuerte y valiente como tú. Sabes que te adoro y que estoy aquí aunque no puedas verme más que en tus sueños.

—¿Esto es un sueño?

—Sí. —Me miró de la forma que solo él podía hacerlo. Solo mi hermano menor podía llenarme el alma con solo una mirada—. No te preocupes, todo estará bien. Esto será solo el comienzo, porque pasarán cosas que te romperán, pero al final todo va a estar bien. ¡Lo prometo!

—Ya sabes que yo no me rompo —aclaré sonriente.

—Sí lo haces, Sky. Solo que no lo demuestras y no es tan malo hacerlo, ¿sabes? A veces es necesario.

—Tú lo has dicho, yo soy fuerte.

—Lo eres —tocó la punta de mi nariz con su dedo—, pero a veces ser fuerte es dejarse ir. Dejarse caer y permitirnos vivir el dolor y es que las personas fuertes también se quiebran, Sky.

—No quiero sufrir, Jeff.

—No has hecho más que eso desde que no estoy y ni siquiera te has dado cuenta.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño sin entender.

Inclinó la cabeza y besó mi frente.

—Lo siento.

—¿Qué...?

Entonces todo se volvió oscuro. Dejé de verlo y escucharlo, y otras voces se colaron por mis oídos.

—No despierta. —Era una voz femenina.

La conocía, pero no podía identificarla.

—Solo está cansada, déjala dormir.

—Es tu culpa, Clark. —Emily, la voz femenina era Emily.

Me pesaban los palpados y no quería abrir los ojos. No quería que Jeff se fuera otra vez. Quería quedarme allí, en mi sueño, sintiendo sus manos jugar con mi cabellera y perderme en su sonrisa angelical.

—No exageres, estará bien. Ya te dije que solo está cansada.

—Sabías lo que era capaz tu abuela y no se lo advertiste.

—Claro que lo hice. Elizabeth es fuerte y lo controló bien.

—Lo sé, me di cuenta, pero doña Irene succiona la energía de todos, por eso no despierta.

—Mejor vete, no sé a qué has venido. —Clark parecía molesto.

—A decirte lo capullo que eres en tu propia cara.

—Ya lo hiciste, ahora puedes irte.

Pestañeé varias veces. Todo era confuso y borroso.

—¡Elizabeth! —Pude olfatear su perfume varonil cerca de mí y cuando al fin pude levantar los palpados la calidez de sus dedos estaban sobre mis mejillas y sus ojos azul grisáceo escaneaban mi rostro.

—¿Qué...qué pasa? —Me incorporé como pude—. ¿Por qué discuten? —pregunté mirando a Emily.

—Porque tu futuro esposo es un idiota —respondió esta y sonreí genuinamente por sus palabras.

—¿No te ibas? —inquirió el hombre junto a mí.

Apenas me daba cuenta de que estaba en un sofá y que... espera, no estaba en casa.

—¿Dónde estoy?

Emily rodó los ojos, cogió su bolso y gruñó un «me voy».

—¿No recuerdas nada? —preguntó Clark en cuanto la rubia se fue.

Entonces, como si fuesen golpes uno detrás de otro, todas las piezas empezaron a encajar dentro de mi mente. La cena con la familia Holland, nuestra salida de esa casa y luego el sueño atroz que tuve mientras el silencio nos absorbía y los edificios de la gran ciudad parecían alzarse aún más sobre nosotros. Lo último que recordaba era haber recostado mi cabeza sobre su hombro y el sonido de un «perdón» de los labios de Clark.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa.

Me froté los ojos para poder apreciar mejor. Clark se puso de pie, caminó hasta otro sofá frente al mío y se dejó caer. Se veía cansado.

Me senté bien y pasé mis ojos por todo el lugar. No me lo podía creer. ¿Eso era un piso? Si

parecía un palacio. Era un puto *penthouse* de doble altura, con una impresionante lámpara de cristales de tres niveles que chorreaba del techo. Muebles gigantes, estanterías llenas con adornos extraños, cuadros fotográficos preciosos en algunas paredes. Del otro lado había un comedor gigante montado en lo que parecía una especie de tarima de tres escalones. Giré a mi izquierda y unas encimeras en forma de L adornaban una espectacular cocina estilo francés.

Me puse de pie anonadada y empecé a caminar. Al cruzar el comedor me encontré con una pantalla gigante en un mini cine. ¡Jo-der! Me devolví de nuevo al salón. Miré las escaleras que daban al segundo piso. Todo era impresionante, pero a decir verdad lo que más me llamaba la atención era que todo, absolutamente todo, era blanco con pequeños adornos plateados. En vez de una casa, parecía un templo o algo así.

Enarqué una ceja en su dirección, él sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

—¡Adelante! —dijo.

Y corrí como niña chiquita por las escaleras hasta llegar a lo único que había allí arriba, todo un piso de habitación que dejaba en el centro la vista hacia el primer piso y claro, se podía apreciar más de cerca lo majestuosa que era la lámpara del techo.

—¡Mierda!

Dejé de respirar. Todo estaba en su lugar. Había una cama más grande que mi cuarto. Un pequeño juego de muebles blancos como todo lo demás. Del otro lado había una cristalera que abarcaba toda la pared. Las cortinas estaban corridas y me maravillé con la vista. Ni siquiera sabía que me encontraba tan alto. Me acerqué para ver mejor y pude apreciar toda la ciudad desde allí. Sonreí con el espectáculo de luces que yacía ante mis ojos. Llevé mis dos manos al cristal y casi sentí que podía tocarlas. Se sintió más bonito de lo que pensé.

—¿Te gusta?

Me exalté cuando escuché su voz detrás de mí. No estaba demasiado cerca, pero sí lo suficiente como para que su perfume invadiera mi espacio.

—Es hermoso —admití sin voltear a verlo.

—¡Lo es! —Me quedé allí un momento hasta que tiró de mi mano—. Ven aquí.

Me arrastró a paso rápido hasta cruzar la habitación y llegar del otro lado a una terraza enorme, donde había algunos muebles de exterior y un jacuzzi que parecía más una piscina.

—¡Wao! —No pude evitarlo.

Sabía que Clark era rico, pero aquello era exorbitante, majestuoso, impresionante. Y lo más bonito de esa terraza era que, a lo lejos, se podía apreciar el puente Karat, uno de los grandes atractivos de la ciudad por su estructura, antigüedad y belleza.

—Parece que estás a punto de infartarte —musitó el hombre a mi lado cuando apoyé mis brazos sobre el barandal de cristal que bordeaba la terraza.

No, no estaba bien. Había sido un día agotador y en ese preciso momento sentía que seguía en un sueño. En realidad esperaba que lo fuero, pero no lo era. Dios, es que aquello era demasiado.

—¿Qué hora es? —pregunté ignorando sus palabras.

Miró el Rolex que llevaba en la muñeca como si ese pedazo de cosa no costara una fortuna.

—Son las tres de la madrugada.

—¿Qué? Debo irme, Ray y Addy deben estar preocupados.

Solo di unos pasos cuando me detuvo.

—Tranquila. He hablado con Ray. Él y tu hermana han llamado mil veces y como no

despertabas, he tenido que contestar. Les he dicho que nos quedaríamos en mi casa. Se han quedado tranquilos.

Lo miré, lo miré, lo miré.

—Es mejor que me vaya.

—Es tarde. Es mejor que descanses. Ya hemos tenido suficiente en estos dos días. ¿No crees?

De nuevo lo miré y me frustró encontrar calidez en su mirada cuando era un desgraciado. Un hombre frío que me había llevado a esa casa para cabrearme. No, no quería estar allí.

—Escucha... —se acercó al notar mi desconfianza—, siento que hayas tenido que lidiar con mi abuela, pero aunque no lo creas le has caído bien.

—¿De qué demonios hablas? Tu abuela es una arpía que me trató como la mierda, o al menos lo intentó.

—Lo sé, pero si no te hubieses defendido hubiese sido peor. Mi abuela le gusta la gente con carácter y tú lo tienes.

—Tu abuela es una bruja y...

—Ya lo sé y lo siento. Pronto pasará, en cuanto nos casemos no tendrá más remedio que aceptarte.

—Eso no lo crees ni tú.

—Ya lo verás. Lo prometo. —Respiró profundo—. Ahora descansa. Coge algo de mi closet que está en ese pasillo y duerme. Yo me quedaré en el sofá para que puedas descansar. ¿Vale?

Quería asentir. Quería decirle que sí, que era lo mejor y que lo necesitaba lejos de mí. Quería recordarme a mí misma que seguía cabreada con él por lo de Rocco y que no nos perdonaba. Quería querer dormir sola en la cama en donde cabían diez Beth, pero no pude...

—No es necesario, es tu casa. Además, podemos dormir juntos sin molestarnos. Es lo bueno de tener un estadio como cama.

Lo vi sonreír y quise golpearme. ¿Por qué había hecho que sonriera si sabía que esa jodida sonrisa era un arma letal? Me di la vuelta y me dirigí a donde me había indicado Clark. No me fue difícil encontrar el baño luego de hacerme de una camiseta blanca. Y por supuesto que el baño era otra obra de arte. Antes de cambiarme decidí darme una ducha. Me vi tentada a meterme a la tina, pero era demasiado tarde y yo necesitaba dormir con urgencia.

Cuando llegué a la cama Clark estaba recostado con apenas un bóxer blanco que me dejaba ver el bulto que escondía, con un brazo sobre los ojos, el otro sobre su abdomen y tan apacible que me daban ganas de abrazarlo.

—Deja de mirarme así o no respondo —susurró sin mover un músculo.

Ni siquiera me miró. Rodé los ojos y me fui del otro lado de la cama maldiciendo mentalmente.

—Pareces una niña malcriada rodando los ojos y diciendo groserías —agregó.

Fruncí el ceño sin tener una idea de cómo se había dado cuenta si ni siquiera me mirada.

—¡Capullo! —gruñí y noté como las comisuras de sus labios se ensancharon.

Me dejé caer sobre la cama. La temperatura era fuerte, pero el aire hacía el ambiente bastante agradable, así que alcancé una sábana y me cubrí las piernas. Apenas acomodé mi cabeza en la almohada sentí los palpados pesados y el cansancio golpearme con fuerza, pero antes de rendirme ante el sueño sentí un movimiento brusco a mi espalda. No tuve suficiente tiempo para voltear porque cuando menos pensé su brazo izquierdo me rodeaba la cintura.

—¿Qué haces? —inquirí sin poder moverme.

—¡Abrazarte!

—Me refiero a...

—Ya duérmete, Elizabeth, si no quieres que le haga caso a mis instintos.

—¿Qué te dicen tus instintos, Holland? —curioseé.

—Que deje de torturarme, que te rompa esa camiseta y te folle hasta que yo no tenga fuerzas y tú no puedas ni sentarte.

Tragué saliva no solo por sus palabras, sino por la dureza que se presionaba contra mi trasero. No, no podía caer, había demasiadas cosas de por medio. Demasiadas dudas, demasiados reproches y sobre todo culpas, y aunque lo deseaba tanto como él, preferí echar mano de mi cordura y obviar las ganas.

—Buenas noches, Clark.

—Buena madrugada, Elizabeth.

Sonreí un segundo y luego solo me dejé ir mientras lo sentía hundir su rostro en mi nuca. Por suerte estaba muy cansada y tenía sueño, así que no tardé en irme del todo.

Ojalá el tiempo se hubiese detenido en ese momento. Ojalá nuestras vidas se hubiesen resumido a aquel abrazo. Ojalá el día de la boda no hubiese llegado tan rápido solo para dispararme al corazón y recordarme que, por más dueña de mi vida que me creyera, solo era una pieza en un tablero en donde el destino era quien movía las fichas.

Capítulo 47

Beth

Abrí los ojos y me encontré con un azul traspasándome. Sentí tres golpes contundentes al corazón cuando noté que estaba de costado sobre su brazo, con nuestras piernas entrelazadas y ligeramente... ¿abrazados? Sí, de alguna forma estábamos abrazados. Podíamos respirar el mismo aliento y nuestras miradas se penetraron hasta llegarme al alma. Pero no solo eso, sentí dos dedos presionando uno de mis pezones. Atentando contra mi cordura.

—Buenos días, Elizabeth —musitó sobre mis labios.

—¡Clark! —Quise decir su nombre como un reclamo, pero salió como un jadeo. Sonrió ampliamente como si hubiese logrado su cometido de desordenar mis pensamientos—. Deja de jugar con mis pezones.

—¿Por qué? —preguntó pretendiendo inocencia.

—Porque me pones de los nervios.

—Yo diría que te pongo. —Esta vez sonrió con malicia.

No sé por qué, pero mis mejillas se incendiaron como dos tizones. Por un segundo parecí una adolescente embobada con el hombre frente a mí. Era muy difícil verlo con un solo pelo fuera de lugar, solo se le veía así cuando despertaba y joder, se veía tan sexy. Quería moverme pero mi cuerpo no reaccionaba.

Esa mañana de domingo mientras él me miraba de esa forma, quise con todas mis fuerzas levantarme de esa cama y salir corriendo. Quise tener las fuerzas que siempre tuve para controlar mis emociones, pero fue imposible cuando Clark me atacó.

Nuestros labios se fundieron con las ganas de morir en un beso apasionado. Su mano descendió hasta hundirse en mis nalgas llevándome más contra su cuerpo y dejándome sentir su potente erección matutina. La suavidad de su lengua revoloteando dentro de mí era de lo más exquisito. Tanto, que ronroneé como una posesa enloquecida. No fui la única, Clark gruñó apretándome más contra sus músculos.

Llevé mi mano hasta su cabeza. Mis dedos se escurrieron por las hebras de su cabello sacudiendo el olor a cítrico que saltó a mis fosas nasales. ¡Olía tan bien!

—¡Me encantas! —musitó.

Al escuchar su voz abrí los ojos y me centré en su mirada presa del deseo y en sus labios enrojecidos por nuestros besos pasionales. Me alejé un poco con sutileza y noté los golpes que seguían en su piel. Entonces pasó... ¿Alguna vez has soñado que vas cayendo y cayendo y no terminas de caer? Pues en un solo segundo me sentí así. Con un hueco horrible en el estómago. Con ganas de vomitar.

Los retazos de todo lo que había venido sucediendo desde que lo conocí se lanzaron sobre mí como una avalancha arrolladora. Ben, las dudas, el enojo, la cara de Rocco, Irene, Ruth, la boda, mi padre, mi hermana, Theo. Mi vida en sí era un caos desde entonces. Lo único bueno era el buen sexo, pero ¿compensaba toda la mierda que tenía encima?

Vi el movimiento de sus labios. Clark decía algo y tenía la frente fruncida, pero no podía escucharlo y entonces las escenas en mi cabeza empezaron a galopar. El olor a flores en aquella tarde de primavera cuando mi madre murió. La sensación de ardor en mi mejilla luego de que mi padre me atravesara la cara con un golpe. El sabor exacto de la tarta que comía junto a Ray cuando sonó mi móvil para decirme que mi hermano había tenido un accidente y que estaba muerto. El día en que tuve que renunciar a mi trabajo por el idiota de Collins, el mismo día en que encontré a Ben con esa rubia empotrándola. La noche en que conocí a Clark, su propuesta, la

vuelta a la agencia, el regreso de Rocco y el necio de Theo a mi vida, y Ray, él era lo único bueno que estaba pasando en mi vida. Él y mi hermana eran mi polo. Después de ellos, todo era demasiado. El pecho me ardía y ya no era por las ganas de follar con Clark, sino porque aquella mañana sentí que todo me sobrepasaba.

—Elizabeth, ¿estás bien?

Asentí y salté de la cama. Me pasé las manos por el rostro agobiada. Corrí al baño donde había dejado el vestido. Quería salir de allí.

—Elizabeth —pronunció mi nombre en cuanto entré. Él me siguió dentro—. ¿Qué sucede?

—Nada.

Cogí mi vestido y sin importar su presencia me desvestí. Lo hice con rapidez. Clark me miraba tenso, pensativo, pero no me importaba. Me puse mi vestido en tiempo record y...

—Entonces es cierto lo que me dijiste la otra noche.

Arrugué las cejas sin entender a qué se refería.

—¿De qué hablas?

—Dijiste que no querías que te tocara con «mis sucias manos».

Eso había sido un error, lo dije porque creí que se había acostado con Ruth, pero no tenía tiempo ni ganas para discutirlo. Mi hermana esperaba por mí. Quedamos de ir juntas a escoger el jodido vestido de novia. ¡Ironías!

—¿Es cierto? —inquirió tomándome por el brazo cuando quise pasar por su lado.

Resoplé al darme cuenta de que no tenía escapatoria.

—¿Qué quieres que te diga? Estaba cabreada porque creí que te acostaste con Ruth y que tu plan era pasar la noche con ella.

—Ya sabes que esa nunca fue mi intensión.

—Sí, lo sé. —Nos miramos a los ojos como dos pares de olas golpeándose entre sí.

Sentí que sus dedos desaparecían de mi brazo y pude respirar. No quería que me tocara, siempre que lo hacía era mucho más difícil controlar mis impulsos.

—Entonces, ¿por qué no dejas que te toque? —Parecía confundido más que enojado.

Apreté los ojos y me permití respirar por unos segundos. Mi pecho se sentía contraído y mi cabeza era un torrente de pensamientos contradictorios.

—Clark, yo... esto no está bien. Nos estamos complicando la vida. Ya suficiente tenemos con esta estúpida boda para que estemos formando más líos. Quizá lo mejor sea que tú hagas tu vida y yo la mía.

—No puedo cancelar la boda y lo sabes.

—Lo sé y no es a eso a lo que me refiero. Soy consciente de que no hay vuelta atrás.

—¿Entonces? —Se cruzó de brazos.

Aún seguía solo en bóxer y me costó un mundo concentrarme y obviar su desnudez que me pedía a gritos mi cercanía.

—Escucha, si quieres puedes acostarte con Ruth o con quién quieras. Haz tu vida y yo no te haré problema con ello. Ambos podemos hacer nuestras vidas sin tantos líos y cuando termine el contrato todo será mucho más fácil de manejar.

Su rostro se transformó como si mis palabras hubiesen sido agua caliente que le quemaba el cuerpo. Todos sus músculos se tensaron y su mirada se volvió oscura.

—¿Me estás diciendo que podemos acostarnos con quienes queramos?

—Sí. —Tragué saliva.

—¿Esto es por lo que pasó con tu amigo el colombiano? Porque ya le pedí disculpas y te las pido a ti también y joder... —se pasó la mano por la cabeza, frustrado—, no sabes cuánto me cuesta hacerlo, pero de verdad lo siento.

—No es por eso, es por todo.

Hizo silencio sin dejar de mirarme, de hecho, sentía que quería esculcar dentro de mí aunque eso fuera imposible.

—Entonces, ¿eso es lo que quieres?

Aparté la mirada, giré sobre mis pies y me miré al espejo. Todavía seguía desalineada. Mi cabello era un verdadero caos y mi cara era todo un poema de agobio y cansancio. Nunca nadie me drenó tanta energía y desde que lo conocí parecía que vivía en una batalla.

—Sí, es lo que quiero —respondí sin poder mirarlo.

En unos pocos movimientos estaba detrás de mí. Clavando su mirada en la mía a través del espejo. Logrando que mi cuerpo se estremeciera sin control. Me quedé inmóvil. Clark posó sus manos en mi cintura y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Su olor volvió a atraparme.

—Ahora respóndeme mirándome a los ojos. —Su voz sonó suave, aunque firme.

Mi garganta se cerró en un intento de asfixiarme para que no lo dijera. Tal vez porque ambos sabíamos que no era cierto. Que lo único que quería era que todo fuera un mal sueño. Que pudiéramos volver a la noche en la que nos cruzamos y poder coger sin complicaciones.

—Es lo que quiero, Clark.

En cuanto lo dije sentí como sus manos se soltaron de mí. Cómo su cabeza se levantaba activa con una ira contenida. Su rostro se contrajo y sus ojos seguían sin abandonar los míos.

—Bien. Entonces, ¿qué propones?

—Yo... no lo sé. Podemos ser amigos, llevar la fiesta en paz.

Se pasó la mano por el cabello una vez más y sonrió con amargura negando con la cabeza.

—Yo no puedo ser tu amigo si en lo único que pienso es en meterme entre tus piernas. No puedes pedirme eso.

Duro.

Directo.

Claro.

Preciso.

No pude evitar que sus palabras me destriparan el corazón. Sobre todo porque lo miraba y yo también lo deseaba, pero joder... Todo era tan complicado. Su amenaza en el cuarto de hospital seguía retumbando en mi cabeza.

—Yo solo quiero que esto acabe —Fui sincera y sin darme cuenta un par de lágrimas se asomaron saltando sin paracaídas por mis mejillas.

Me apresuré a limpiarlas con el dorso de mi mano. Odiaba llorar. Odiaba sentirme vulnerable. Odiaba no poder controlar mi vida como siempre solía hacerlo, porque aunque siempre fui a fiestas y me embriagaba, dentro de mi caos yo tenía mi propio orden y ya no, ya no lo tenía. Ya todo caminaba a su ritmo sin que pudiera hacer nada. Las cosas desfilaban ante mis ojos y yo solo podía dejar que pasaran y no era eso lo que quería.

Con Clark me pasaba lo mismo. Me repetí docenas de veces que solo era sexo, pero mientras más me lo decía, algo dentro de mi pecho se oprimía como si quisiera advertirme que era mucho

más que eso. Que me gustaba la forma en que me miraba cuando creía que no lo estaba viendo. Que me quemaba la piel como nadie más cuando estaba en sus brazos. Que cuando me miraba a los ojos podía quedarme allí eternamente y que cuando sonreía mi corazón vibraba.

Sí, no quería reconocerlo, pero tal vez era eso lo que me aterraba. Que a pesar de que Clark era un ególatra, irracional a veces, terco, controlador y maniático del trabajo, me gustaba demasiado como para quedarme tan cerca.

Alguna vez escuché que el amor era una decisión y yo había decidido prescindir de él hacía mucho tiempo, y Clark era un obstáculo porque sabía que no lo amaba, pero podía llegar a hacerlo.

—¡Todo estará bien! —dijo.

Solía decirme eso y quería creer que era cierto. Quería pensar que todo sería un trámite nada más, pero ¿qué hacía con lo que me golpeaba desde dentro con tanta fuerza que no me dejaba respirar bien? ¿Qué hacía con las ganas de besarlo, de estar cerca, de que me abrazara? ¿Qué hacía con todas las emociones que vestían mi piel cuando lo tenía cerca?

—¡Elizabeth! —dijo mi nombre mientras tiraba de mí. Me giró y me pegó a su cuerpo.

No tuve fuerzas para apartarme. Me sentía exhausta. Como si un camión lleno de piedras me hubiese pasado por encima y en cierto modo lo había hecho, solo que no llevaba piedras, sino un sinfín de situaciones complejas que parecían chuparme la vida.

Mis manos se aferraron a su espalda desnuda en un acto desesperando de coger fuerzas. Cerré los ojos con la cara escondida en su pecho. Alimentándome de su olor, escuchando los latidos galopantes de su corazón. Sus brazos me rodeaban con fuerza y su cabeza descansada de forma perezosa sobre la mía. Las lágrimas querían hacer acto de presencia pero, como siempre, me las tragué. Me costaba liberarlas. Me costaba aceptar que llevaba dentro un tsunami que me imploraba por salir.

—Escucha... —Me abrazó con más fuerza—. Todo va a estar bien. Yo no puedo ser tu amigo, en serio, no puedo, pero... pero puedo darte tu espacio. Tu piso está lleno de gente, ven aquí, tendrás que hacerlo de todos modos en pocos días. Si no quieres que te toque, no lo haré. —Respiró hondo, yo dejé de respirar y creo que él lo notó—. Vale, si quieres que lo intente, haré lo posible por mantener una relación más de... ¿amistad? Joder, sí, de amistad. Solo quiero que estés bien.

Sus palabras parecían sinceras aunque también atormentadas. Me dije que tal vez se sentía responsable por cómo me sentía, pero la realidad es que, pese a que Clark llegó a mi vida como un tren andando a toda velocidad, él solo extendió la mano, fui yo quien aceptó subirme.

—¡Vale! —acepté apartándome para verlo a la cara—. ¡Gracias!

Las curvas de sus labios se elevaron levemente, luego se acercó y besó mi frente. Aquel gesto me pareció tan tierno que mi corazón rebotó dentro de mi pecho. Le ofrecí una sonrisa sincera y me fui de allí.

Tenía tanto atorado en el alma. ¿Amigos? Yo tampoco sentía que podía ser amiga de Clark, pero tenía claro que todo había ido demasiado rápido. Al principio creí que mi fortaleza sería suficiente para que nada me afectara, me equivoqué.

Siempre fui fuerte. Cuando mi madre murió no lloré, al menos no todo lo que se supone que debería. Yo tenía que cuidar a mis hermanos y sostenerlos. También lo hice con mi padre. Cuando Jeff nos dejó, cuando ese maldito accidente nos lo arrebató, yo simplemente no podía creérmelo, de hecho seguía sin hacerlo, quizá por eso solo trabajé, tomé, follé con Ben y volví a trabajar. Nunca trabajé tanto en mi vida como en esa época. «Es lo mejor» me repetí a diario hasta que me convencí de ello.

La vida es muy corta como para pasársela lamentándonos por cosas que no podemos cambiar. Por momentos que ya se marcharon y por personas que, aunque queramos, ya no volverán a nosotros. Pero... ¿qué pasa cuando no nos detenemos a vivir nuestros procesos? ¿Qué sucede cuando enterramos el dolor en lo más profundo y lo dejamos allí por tanto tiempo que se vuelve una parte de nosotros y, aunque lo deseemos, ya no podemos arrancarlo?

No tenía respuestas a mis preguntas o más bien a las preguntas que me gritaba el universo mientras salía de allí. Quería creer que solo estaba acostumbrada. Que lo que estaba viviendo con Clark no era un detonante para que todo me abrumara. Quería pensar que Holland tenía razón, que todo iba a estar bien, pero ¿lo estaría? Tendría que averiguarlo.

Capítulo 48

Beth

La canción «*Confieso de Kany García*» sonaba de fondo. Como si fuera el *soundtrack* de una de esas películas de romance que Ray me hacía ver. La brisa me alborotaba el cabello y me estaba costando mantenerlo alejado de mi campo de visión. El cielo estaba pintado de un azul precioso que debía ponerme de buen humor pero me sentía extraña, como si a mis pulmones le hicieran falta aire.

La calle estaba abarrotada de coches que marchaban con el afán de volver a casa. Miré hacia la pequeña área de juegos del restaurante y sonreí cuando vi a tres niños jugueteando. Debían ser hermanos porque sus rasgos eran muy similares. Reposé mi mejilla sobre la palma de mi mano y por un segundo volví a mi niñez. Jeff, Addy y yo correteando por las playas de mi pequeño pueblo. Extrañaba esos días en donde todo parecía perfecto. En donde las tardes no tenían tantos grises y los colores abundaban en nuestras vidas.

Inhalé sintiendo un hueco en el alma y me tragué el nudo que se formó en mi garganta. Había aprendido a estar bien aun sintiéndome incompleta y no tenía idea de por qué la vida me estaba pareciendo tan pesada en esas últimas semanas.

—Por Dios, ni siquiera nos estás prestando atención —se quejó mi hermana chasqueando sus dedos frente a mi cara.

Pestañé varias veces hasta entender que habían estado hablándome hacía rato. Emily, frente a mí, me miraba con intriga. Eran las cinco de la tarde. Después de que salí del *penthouse* de Clark me fui a casa y compartí con el trío que albergaba mi hogar. Julián se apareció un par de horas después para llevarse una maleta que había arreglado para llevar a mi nuevo hogar. Después de todo ambos cumplimos con nuestra promesa, él pintó mi piso, yo me estaba mudando.

Al medio día Emily se apareció en casa para invitarme a comer, le dije que no podía porque estaba con mi hermana, pero aseguró que no había problemas.

Emily, Addy y yo almorzamos y luego nos fuimos a elegir el vestido de novia. Nos tardamos algunas horas pero lo conseguimos. Claro que ellas querían algo más escandaloso, yo algo a mi estilo y como era yo quien se ahorcaría, digo... quien se casaría, fui yo la de la última palabra.

Y allí estábamos, tomándonos un café con pastel de zanahoria, luego de haber dejado el vestido para hacerle algunos arreglos.

—Perdón, no escuché —me disculpé.

—¿Sabes? Nunca he conocido una novia como tú. Parece que vas a un funeral —dijo la rubia como si no supiera que la boda era una farsa. No pude evitarlo, la miré mal.

—Tienes razón, me estás preocupando, hermana. Deberías estar brincando con el dedo pequeño de los pies. Por Dios, si Clark es un bombón, sigo preguntándome cómo es que se va a casar con alguien como tú.

—¿Cómo yo? —Arrugué la frente, ofendida.

—No me lo tomes a mal, Beth, eres preciosa, pero tienes un carácter de los mil demonios. No hay quién te aguante.

Unas carcajadas se atravesaron en medio de la mesa. Una de ellas era Emily y la otra era... ¿Ray?

Lo miré confusa. Le había dicho que estaríamos en aquel restaurante al aire libre que me gustaba, pero no pensé que se aparecería allí. Cuando vi su rostro supe lo que pasaba por su cabeza y es que no me pasó desapercibido la forma en que Emily y él se miraron cuando los presenté en casa.

—Addy tiene razón, no sé cómo te he aguantado todos estos años —expuso mi mejor amigo, divertido.

—¡Idiota! —Puse mala cara viendo cómo jalaba una silla y se sentaba entre la rubia y yo.

Ray rio con más ganas y yo me crucé de brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi hermana.

—Pues he venido a invitarlas a tomarnos unos tragos esta noche, ¿qué les parece? —hablaba sin apartar la mirada de Emily y ella parecía estar bastante interesada.

—A mí me parece bien —chilló la castaña a mi lado.

En serio iba a quedar sorda con la voz de mi hermana y sus arranques de histeria.

—A mí también me apetece —afirmó la rubia mordiéndose el labio inferior.

Sonreí por dentro antes de ejecutar la maldad que se me ocurrió en nanosegundos.

—Pues a mí no me apetece. Estoy cansada y mañana tengo mucho trabajo. De hecho todos lo tenemos, deberíamos dejarlo para otro día

Y boom, Ray se giró hacia mí como si no tuviese huesos en el cuello. Su cara fue de terror. Sabía muy bien que solo quería liarse con Emily y ella parecía tener el mismo interés, pero era interesante ver el rostro pasmado de mi mejor amigo.

—Solo será un rato, anímate —me suplicó con la mirada.

—Lo siento, no me apetece —dije conteniendo las ganas de explotar de la risa por su expresión.

—¡Beth! —Presiono mi rodilla por debajo de la mesa y me miraba como un cachorro abandonado.

Reí con maldad bajo la atenta mirada de todos. Yo estaba cansada, solo quería dormir, pero salir era mejor idea que ir a casa de Clark y manejar lo que sentía, además Ray me mataría si le hacía eso.

—¡Tengo una idea! —Saltó Emily con una sonrisa maliciosa que me paró los pelos—. No tenemos que ir a un bar o a una discoteca, podemos ir a casa de un amigo. Está sola y tiene piscina, podemos hacer un asado, algunos tragos y música. Yo puedo organizarlo.

—¡Joder! —gritó Ray como un demente.

Las tres saltamos en nuestro lugar, sorprendidas.

—¡Dios! ¿Estás loco? ¿Qué te pasa? —Me llevé la mano al pecho con el susto de muerte que acababa de darme.

—Se te ha ido la olla —se quejó Addy mientras Emily lo miraba desconcertada.

—Creo que me enamorado —respondió mirando fijamente a la rubia.

Me quedé perpleja observando la imagen. Ray era de esos hombres que se enamoraba cada cinco minutos y a los diez ya se le había pasado. Creo que nunca le había llegado la persona indicada porque era cierta su fama de mujeriego, que adoraba a las morenas como solía recalcar, pero era dulce hasta más no poder.

Ray siempre fue el tipo de chico que se liaba con cualquiera una noche, pero si le gustaba de verdad una mujer se entregada por completo. Regalaba flores, la llevaba al cine, le pintaba estrellas con las manos y le sacaba sonrisas, pero irónicamente nunca duraba nada. Supongo que porque nunca se enamoró de verdad, no sé. Yo tampoco lo hice.

—¿Ah, sí? —La rubia se inclinó dejando sus codos sobre la mesa y acercándose peligrosamente al moreno coqueto a mi lado—. Entonces asumo que harás lo que sea para que

yo también me enamore. ¿No?

Ray se tensó de inmediato. De hecho, el aire se tornó denso, pero no de mala manera. Mi mejor amigo solía ser el descarado, quizá esa fue la razón por la que se quedó perplejo al ver la mujer segura que se mordía los labios y lo miraba con picardía.

Lo escuché aclararse la garganta y volver a ser el mismo. Imitó los movimientos de la mujer junto a él quedando sus rostros cerca, muy cerca.

—Dios, qué calor. —Addy empezó a echarse aire de forma dramática con la mano. La verdad es que hasta yo pude ver las chipas que saltaban entre ese par—. Parece que todo el mundo está que folla. Tendré que buscarme un ligue o terminaré follando con Theo.

Casi me ahogo con un vaso de agua que me llevaba a la boca cuando la escuché. ¿Con Theo?

—Antes de... —Tosí por unos segundo sintiendo que el estómago se me salía por la boca mientras mi hermana golpeaba mi espalda—. Antes de eso lo mato y lo entierro.

Addy rodó los ojos.

—Si solo bromeaba. No me acostaría con ese demonio, hermana. Eso te lo dejo a ti, se nota que todavía te tiene ganas.

Esta vez fui yo quien puse los ojos en blanco.

—Antes de que eso vuelva a pasar seré yo el que lo asesine. —Esa fue la voz de Ray.

Todos reímos como si hubiese sido un chiste. Miré a mi mejor amigo a mi lado y sabía que era capaz de darle una paliza si se metía con alguna de nosotras dos. Le di un «gracias» con la mirada, él me sonrió y volvió a concentrarse en su nueva conquista.

Durante media hora casi me vomito por su conversación. Por Dios, si solo les faltó subirse a la mesa y follar ahí mismo. Antes de las seis ese par terminó yéndose juntos con la excusa de organizar todo para la noche. Emily quedó de enviarme la dirección de la casa más tarde y me fui con Addy a mi piso en mi coche. Sí, mi coche. El lindo de Julián me lo llevó luego de que intentara convencerme de que me quedara con el que Clark compró para mí, algo que no consiguió. Lo que no pude hacer fue persuadirlo para que me dijera lo que faltaba por el arreglo del coche, porque definitivamente había costado una fortuna. Mi cacharro estaba irreconocible, ya no tenía el golpe que lo adornaba. La pintura estaba renovada y su potencia era mucho mejor.

Cuando llegué a casa me le escapé a mi hermana que parecía una sanguijuela. La adoraba pero en serio amaba mi libertad. Era agotador sentir que todo el tiempo me pisaba los talones. Addy siempre fue tan dependiente, primero de mi madre, luego de mi padre, de Jeff y de mí. Al final se quedó con papá, creo que fue ella la razón número uno por la que mi padre volvió a ser.

—Mi leona —berreó Rocco del otro lado del teléfono.

Quería llamarlo desde que nos despedimos en el hospital, pero me sentía tan avergonzada y culpable. Aunque no puedo negar que escuchar su voz tan enérgica y alegre fue como si le diera oxígeno a mi corazón. Por un momento hubiese querido que estuviese enfadado y no que se alegrara de escucharme porque seguía con la culpa atravesándome el pecho.

—¿Cómo estás? —Mi cuerpo rebotó en la cama cuando me dejé caer con el móvil en el oído.

—Ahora estoy mucho mejor...

Y así, durante un rato, hablamos de cualquier cosa. Rocco tenía la facilidad de hacerme reír con sus locuras. Me contó un poco de uno de sus compañeros que era mexicano y que siempre estaba tocando sus cosas.

Su acento era en sí chistoso y él era como niño haciendo muecas.

—...y me tomé sus cervezas por hijueputa malparido roba condones.

El sonido de mi carcajada se escuchó por todo mi piso. La suya hacía eco en mis oídos. Definitivamente Rocco estaba loco.

—Vaya, parece que te diviertes.

No sé de dónde carajos salió Theo, solo fui consciente de su presencia cuando casi me aplasta lanzándose con fuerza sobre mi cama.

Rodé los ojos y lo ignoré, aunque no por mucho tiempo porque enseguida empezó a jugar con mi cabello y tuve que finalizar mi conversación con el colombiano para ponerle un alto al capullo que reposaba a mi lado.

—¿Te fastidia estar vivo? —le pregunté y su sonrisa se ensanchó.

Yo estaba boca arriba y él tenía los codos clavados en el colchón mirándome la cara.

—¿Te he dicho que te ves más guapa cuando te enfadas?

—¿Qué quieres, Theo?

—Convencerte de que echemos un polvo e invitemos a tu futuro esposo. Es que parece un dios griego.

Le puse mala cara y eso hizo que riera con más ganas.

—Qué bueno que sepas de maquillaje profesional, lo necesitarás si Clark te escucha.

—¿Qué? ¿Me va a pegar? Pues que lo haga, pero en la cama. A mí me van esas cosas.

Lo fulminé con la mirada y me puse de pie de un solo salto. Cuando le di la espalda no pude evitar que mis labios se ensancharan por sus locuras. Él tampoco se contuvo, su risa llenó mi habitación. Negué con la cabeza y pasé de él.

Cuando me dirigí al salón sentí sus pasos detrás de mí. Addy estaba recostada en el sofá hablando por el móvil. No quise interrumpirla así que me fui a la cocina. Abrí uno de los muebles de arriba y cogí una botella de Vodka. Me serví un trago puro y me lo zampé sin pensármelo aunque casi me quedo sin cuerdas vocales. ¡Lo necesitaba!

—Entonces, ¿hacemos el trío o no?

—Deja de hablar tonterías.

Me senté en un buró aún con la botella en la mano. Theo se sentó a mi lado. Me quedé mirando el líquido trasparente dentro del cristal y por un leve momento recordé las playas de mi pueblo. Tenía años sin ir allí y no sé por qué, pero me dieron ganas de hacer una maleta y largarme lejos.

—¿Estás bien? —preguntó el moreno a mi lado.

Me giré a verlo y noté que ya no sonreía, lo preguntaba en serio.

—Estoy bien.

—No pareces estarlo.

—Lo estoy, solo pensaba en que tú deberías maquillarme y peinarme para mi boda. —Mentí, no pensaba en eso, pero era buena idea. Theo era maravilloso en su trabajo, tanto así que había maquillado a famosos.

Lo vi llevarse una mano al pecho, genuinamente sorprendido. Luego permitió que sus labios se ensancharan y podría asegurar que sus ojos se nublaron.

—¿Es en serio? —Asentí—. Dios, eso... es maravilloso. Te dejaré como una puta reina y el muñeco que tendrás como esposo se morirá de un infarto cuando te vea.

—Entonces no. No quiero quedarme viuda antes de casarme —bromeé y nuestras risas se

fundieron en el aire, ganándonos una reprimenda de Addy que seguía al teléfono.

Theo y yo nos miramos y volvimos a reír cómplices. Sí, los hermanos Colunver eran una bendición en mi vida, aunque Theo era una espada con doble filo.

***

El exquisito olor a carne cocida inundó mis fosas nasales. Llevaba un tercer trago en las manos y estaba sentada a la orilla de la piscina chapoteando con los pies. Era una casa preciosa un poco alejada del centro de la ciudad.

Ray estaba merodeando a Emily. Ellos y Theo se encargaban de la comida. Addy estaba nadando encantada y yo estaba allí, con mi bañador azul de dos piezas mirando todo a mi alrededor.

Todo estaba tranquilo y me sentía un poco más ligera. En ese instante supe que fue la mejor decisión o eso creí porque cuando una mano se posó en mi hombro y me giré a verlo, me encontré con un rostro que conocía bien.

—¿¡Rocco!?

—Pareces que has visto un fantasma —se sentó a mi lado imitando mi posición.

Estaba descalzo, pero llevaba unos pantalones azules a las rodillas y una camisa de flores rojas. Sí, ese era el extravagante Rocco.

—No. —Sonreí—. Es solo que no esperaba verte aquí —dije sincera.

—Ray me invitó. No sabía que había vuelto, pero siempre es un gusto verlo, es una chimba, no como el sapo triple hijueputa malparido y guevón de su hermano.

Contuve una risa. Theo y Rocco se conocieron hacía mucho tiempo atrás, pero Rocco no le caía bien, claro que tuvo que ver con el hecho de que Theo se emborrachó tanto que terminó besándolo, cosa que le había caído fatal al colombiano. Era un pervertido y sinvergüenza, pero no le iban los hombres.

—A veces no sé si «una chimba» sea bueno o malo. —Enarqué una ceja.

—Pues eso depende. —Sonrió con aparente inocencia.

—Supongo. —Me encogí de hombros.

—Oh, Dios mío. ¿Quién es esa mamasita? —Señaló a Addy que seguía nadando.

—Es mi hermana, así que ni te acerque. —Lo señalé.

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho—. Jamás haría eso, además tú sabes que a mí me interesa alguien más.

Me tensé en cuanto lo dijo. Él lo notó porque de inmediato empezó a hacerme cuentos de su país. Algo que agradecí, no solo porque no quería hablar de sus sentimientos por mí, sino porque no paraba de reír con sus tonterías y con sus malos chistes.

Durante un rato nos quedamos allí, conversando y tomando. Cotilleando sobre los dos hermanos que intentaban matarse mientras preparaban la comida y sobre la forma en que Emily y Ray se comían con la mirada.

Una hora después vimos como la rubia y el menor de los Colunver se desaparecían. Rocco y yo apostamos a que se estaban cogiendo en algún lugar de la casa. Como siempre el colombiano dejó caer sus insinuaciones sexuales, yo solo me limité a reír. Me dolían las mejillas de tanto hacerlo y el Vodka con soda estaban haciendo efecto en mí.

—Tal vez debería dejar de tomar. Mañana tengo trabajo —dije mirando la copa vacía en mi mano.

—La vida es una sola, mi leona. No deberíamos dejar para después las cosas que deseamos hacer ahora.

—Eso sonó poético.

Rocco se carcajeó como solo él podía hacerlo. Su risa era como un canto alegre en medio del vacío más profundo. Le quería, le quería mucho.

—Te quiero.

Sí, esa no era yo porque nunca fui de decir lo que sentía. Era el alcohol hablando por mí.

Vi como la sonrisa de Rocco desapareció y su rostro se congeló. El trago que llevaba a su boca se quedó en el aire y sus ojos volaron a los míos intentando escarbar un poco más profundo. Creo que lo logró porque supo a qué me refería. Supo que hablaba de que le quería como un amigo y eso que pensé que nunca querría de esa forma a nadie más que a Ray.

—Yo... ¡Joder! Yo también te quiero, Beth. —Dejó el trago a un lado y posó su mano sobre la mía que reposaba en mi rodilla—. Sé que nuestros sentimientos son diferentes, pero siempre estaré aquí, apoyándote. Lo prometo.

Su sonrisa chocó con la mía a medio camino. Se sintió bien decirlo, se sintió bien escucharlo.

—Creo que ya no tomaré más por hoy.

Me dejé caer hacia atrás. El cielo estaba precioso. Las estrellas brillaban como nunca y la luna parecía danzar al ritmo de la canción que sonaba en los altavoces. Sonreí con la imagen ante mis ojos. Si podía definir un momento mágico, era aquella noche.

Rocco imitó mi posición y se tendió a mi lado. No lo miré, no quería apartar la mirada de lo que tenía en frente.

De pronto me sentí ligera, tranquila, como si yo tuviese el control de mi vida en ese instante. Como si la Elizabeth Shaine antes de Clark hubiese vuelto y como si lo hubiese llamado, su imagen se coló en mi campo de visión como un azote que se estrellaba en mi piel de forma violenta.

Él estaba de pie frente a mí, mirándome. Yo estaba tendida y por un fragmento de segundo pensé que solo lo estaba imaginando, pero no.

—Pero si es mi futuro marido. —Me incorporé como pude girándome a verlo, Rocco hizo lo mismo. Yo sonreí—. ¿Qué haces aquí, cariño? —Sí, el alcohol era mi peor enemigo esa noche.

Arrugó la frente.

—¡¿Es mi casa?! —Ladeó la cabeza como si no entendiera cómo era que yo no sabía ese dato.

¡Maldita Emily

Sus ojos se intercalaban entre el colombiano y yo. El primero se puso de pie.

—Escuche, no quiero problemas. Beth es mi amiga y usted no puede cambiar eso. —Rocco se puso a la defensiva y con justa razón.

—No se preocupe, señor Ricardo. Estoy aquí porque Emily me lo pidió. Solo eso.

—De acuerdo. Yo... —Rocco nos miró a ambos—. Los dejo solos.

Lo vi irse y dejarme allí a la deriva. A mí me costó un poco ponerme de pie y en cuanto lo hice, sentí la mirada de Clark recorrer cada centímetro de mi cuerpo haciéndome sentir que mil rayos salvajes me arañaban la piel con furia. ¿Cómo podía sentirme así con tan solo una mirada?

—Te ves... hermosa.

Se lamió los labios y por instinto yo hice lo mismo. Joder, tenía que controlarme. La cabeza

me daba vueltas y había perdido la cuenta de cuántos tragos me había tomado. De la nada me eché a reír como una demente.

—Estás ebria, Elizabeth.

—¿Yo? —Me señalé sonriente—. Si estoy perfecta.

Y justo en ese instante di un traspié y terminé en la piscina. Miré a todos lados buscando a mi hermana y no estaba por ninguna parte. El agua estaba deliciosa y seguí riendo como loca. Sí, definitivamente sí estaba ebria.

—Elizabeth —exclamó mi nombre con un deje de reproche. Miré a la orilla de la piscina y lo vi agachado de puntillas. Llevaba unos vaqueros y una camisa blanca con zapatillas deportivas del mismo color. Tenía un trago de whisky en una mano y la otra estaba extendida hacía mí—. Ven, sal de ahí. Estás muy ebria.

Sonreí como un angelito acercándose a su mano. Mis dedos rozaron los suyos hasta estrecharse con fuerza y entonces, reí a mis anchas... Clark notó mi intención en cuanto me vio sonreír así, pero era tarde, ya había tirado de él y estaba sumergido bajo el agua.

—¡Joder! ¿Estás loca?

—Puede que sí. —Chapoteé mandando una pequeña ola de agua hacia su rostro una y otra vez.

Me dio la espalda intentando huir de mí, pero no me di por vencida. En realidad me divertía verlo así.

—¡Elizabeth! —Atrapó mis muñecas.

—¿Qué? ¿No te diviertes? —La curva de mis labios no había desaparecido en ningún momento.

—No tanto como tú con el colombiano cuando llegué.

—¿Estás celoso? —pregunté coqueta.

—No, los amigos no se celan. ¿No? —Enarcó una ceja y quise golpearlo por tarado.

—¿Bailamos?

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí, señor Holland, aquí.

Por un segundo creí que se negaría, pero fue todo lo contrario, de pronto tenía sus manos en la piel desnuda de mi espalda baja y las mías en su cuello. La verdad no sé dónde fue a tener su trago y tampoco me importaba, solo sabía que podía sentir su tacto en cada parte de mi cuerpo. Que podía quedarme a vivir en el azul intenso de sus ojos y que deseaba contar con mi lengua las gotas de agua que destilaba su pelo y que se escurrían por sus perfectas mejillas.

«"*All I ask" de Adele*» sonaba por todas partes. No sabía dónde estaban los demás, tal vez estaban dentro comiendo carne. No sabía si era una señal o qué, pero dejé caer mi cabeza en su pecho. Un tamboreo se escuchaba latiéndole por dentro, el mismo que fue agitándose con más fuerza y rapidez a medida que las letras de la canción se elevaban. El mío también corría.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Nuestros cuerpos se mecían en un vaivén suave, delicado, sublime. Su aroma me llenaba los pulmones y yo... yo solo me dejé ir, yo solo me perdí en las sensaciones aglomeradas y en sus latidos que danzaban junto a los míos. Porque a veces solo necesitamos eso, rendirnos un momento, soltar el aire y dejar que ocurra.

Capítulo 49

Beth

La calidez de sus brazos me envolvía cuando logré abrir los ojos. Levanté la cabeza y me encontré con la serenidad de su rostro. Por unos segundos me sentí desorientada. La mitad de mi cuerpo estaba recostada sobre el de Clark. Miré a todos lados y el silencio era palpable. Me costó un poco más de tiempo darme cuenta de que estábamos acostados sobre una tumbona cerca de la piscina y de que nuestros amigos ya no estaban.

El firmamento seguía minado de estrellas y me pregunté si cada segundo que pasaba nacía una. Suspiré por la loca idea que me pasó por la cabeza. ¿Y si yo pudiera ser una de ellas? Sí, definitivamente seguía muy ebria.

—Ha despertado la bella durmiente —musitó Clark alertándome. Pensé que dormía.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos? —Me acomodé dejando mis manos sobre su pecho para poder verlo a la cara.

—¿No lo recuerdas? —Abrió un ojo y dejó el otro cerrado. Sonreí por lo dulce que se veía, luego negué con la cabeza—. Pues te has quedado dormida mientras bailábamos... en la piscina... de pie. ¿Quién hace eso? —No parecía enojado, más bien parecía divertido—. Tuve que cargarte, llevarte a una habitación y ayudarte a cambiar para que no te resfriaras. Quise que te acostaras a dormir, pero insististe en volver aquí. Te tomaste dos tragos más y cuando ya no podías más me pediste que nos acostáramos aquí. No me dejaste ni replicar.

Me pasé la mano por el rostro e intenté con todas mis fuerzas recordar algo de lo que me decía, pero me fue imposible. En mi cabeza solo había piezas de un rompecabezas incompleto.

—¡Lo siento! —Escondí la cara en su pecho, avergonzada. Él también se había cambiado y olía delicioso.

Nunca me había pasado algo así, bueno, al menos no con nadie que no fuera Ray. No era el tipo de mujer que se olvidaba de lo que hacía, pero esa noche olvidé casi todo. Quizá mi mente solo intentaba protegerme de mis locuras, solo que no sirvió de mucho porque escucharlo de la boca de Clark fue mucho peor que si lo recordara.

—Tranquila. —Hundió sus dedos en mi cabello y masajeó mi cuero cabelludo. No supe por qué, pero ese gesto me pareció tan natural, tan lindo, tan relajante—. Todo va a estar bien.

Fruncí el ceño. Ya estaba cansada de escuchar lo mismo.

—¿Por qué siempre dices eso? —Levanté la cabeza para enfrentar su mirada mientras me contestaba.

—¿Qué?

—Que todo va a estar bien, siempre lo repites.

Me miró fijamente. Acarició mi mejilla y respiró profundo como si buscara una respuesta dentro de sus pulmones.

—Porque siento que necesitas escucharlo. Que necesitas recordar que eres fuerte y que pase lo que pase vas a estar bien.

—¿Por qué piensas eso?

—Te ves muy cansada.

Era cierto, lo estaba.

—Solo tengo mucho trabajo y tengo un cliente muy exigente —ironicé.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa perfecta.

—Si quieres puedo darle una paliza a tu jefe —bromeó. Algo que no solía hacer tan a menudo. Estaba acostumbrada a su seriedad.

—Eso sería estupendo, pero puedo apañármelas sola.

—¿Segura? Porque he escuchado que el tal Clark Holland tiene un pésimo carácter.

—¡Segura! Y si se comporta como un idiota siempre puedo patearle las bolas.

Sentí su pecho sacudirse cuando unas cuantas carcajeadas lo gobernaron. Yo sonreí con disimulo y me quedé embobada con los pequeños hoyuelos que apenas eran perceptibles pese a la cercanía. Con el brillo de sus ojos mientras reía con fuerza y con el deseo fortuito que nació en mi alma de que nunca dejara de sonreír.

—¿Dónde están los demás? —pregunté unos minutos después.

—Se han ido. Hace horas que duermes, Elizabeth.

—Vale.

El silencio volvió a instalarse por unos segundos.

—Creo que no es solo el trabajo y el hecho de que tu jefe sea un perfeccionista —aclaró con media sonrisa, yo tragué saliva—. Creo que eres una mujer increíble, valiente y en extremo fuerte. Ambos sabemos que puedes con esta situación, pero todo se te ha vuelto más pesado porque llevas un terremoto dentro, escondido muy hondo, desde hace muchos años. —Hizo una breve pausa mientras volvía a acariciar mi rostro—. Puedo verte, Elizabeth, puedo notar el dolor que llevas resguardado bajo llave y joder, no sabes cuánto lo siento.

Me quedé muda e incapaz de siquiera mover un músculo. Lo veía a los ojos, pero hacía tiempo que mi mente estaba mucho más allá. Quise decirle que se equivocada, que yo era feliz con la vida que tenía antes de conocerlo, pero ¿lo era?

Clark notó mi debate interno porque me rodeo y me arrastró sobre su cuerpo. Quedé completamente sobre él, con sus manos atrapando mi cintura, con mi mejilla recostada sobre su pecho y con su mentón apoyado sobre la coronilla de mi cabeza.

Escuché que inspiró con pesadez como si algo lo atormentara. No pregunté qué pasaba por su cabeza porque las palabras seguían atoradas en mi garganta.

—Descansa, no dejaré que nada ni nadie te haga daño —dijo casi en un susurro y por primera vez me sentí segura en sus brazos.

Un momento después llevó su mano a mi mentón y levantó un poco mi rostro, me sonrió con una dulzura que jamás creí ver en él y luego posó sus labios en mi frente dejando un tierno beso que logró hacerme vibrar y entonces lo sentí, ese beso lo sentí sobre toda la extensión de mi piel e incluso debajo de ella. Lo sentí en los latidos bruscos de mi corazón que me golpeaban las costillas. Lo sentí en el aire templado de la noche y en las estrellas que nos observaban con sigilo.

Y allí, bajo el cielo, me pregunté cuándo logró meterse debajo de mis capas. Cuál fue el instante en que su sonrisa me rozó el alma y sus dedos me tocaron mucho más que el cuerpo. Me pregunté cuál fue el momento exacto en que empezó a verme de verdad. A conocer mis silencios y ver a través de las grietas que solía maquillar con una sonrisa y un temple de acero.

Lo miré exhausta. No recordaba haber estado tan cansada nunca y no por trabajo, era como si el mundo reposara sobre mis hombros, como si mi propia vida fuera mucho peso para mi alma. El alcohol seguía corriendo por mis venas al igual que mis ansias de que el tiempo dejara de correr. De quedarme quieta en sus brazos, arropada con su aroma. Y es que a pesar de haber estado tantas veces envueltos en el sudor que dejan las horas de placer, nunca nos sentí más cerca, más íntimos, más unidos.

—Todo va a estar bien —repitió una vez más.

Y le creí, yo que nunca confié en nadie le creí y ese, precisamente ese fue mi mayor error: confiar en la palabra de un hombre al que no conocía, un hombre que escondía su verdadera cara,

un hombre que esa misma madrugada bajo las estrellas me mostró su mejor versión mientras que en sus entrañas aguardaba su verdadero ser, listo para atacar cuando menos lo esperara.

Capítulo 50

Beth

La semana iba demasiado rápido y cada día que pasaba me agobiaba aún más. Ya era miércoles por la tarde, solo faltaban setenta y dos horas para la boda. Rocco no había vuelto a la agencia hasta ese día y me dio un tremendo golpe al corazón cuando entró a mi oficina, con apenas algunos vestigios de lo que había sucedido entre él y Clark, para decirme que no podía seguir trabajando conmigo.

Dijo que me quería de una forma que no podía controlar y que era lo mejor. Que no se iría de la agencia, pero trabajaría en otra campaña publicitaria. Me afirmó que siempre sería mi amigo y que solo necesitaba un poco de tiempo y espacio para acostumbrarse a que pronto sería una mujer casada y que nunca podría volver a pasar nada entre los dos.

Estaba frente a mí, de pie, con las manos en los bolsillos y esquivando mi mirada. Me parecía que estaba viendo a otra persona.

—Entonces, ¿no puedo hacer nada para que cambies de opinión?

—Lo siento. —Sonrió levemente y se acercó hasta tomar mi mano cuando vio la tristeza en mi rostro—. No te preocupes, mi leona. Estaré a solo un rugido tuyo. Si me necesitas solo ruge.

Como siempre sus locuras me sacaban una sonrisa.

—Tonto.

—¡Tu tonto! —dijo, pero enseguida se arrepintió—. Lo siento. —Negué con la cabeza.

Seguía sin poder creer que era Rocco, el colombiano, quien estaba en mi campo de visión. Él jamás se disculpaba por sus bromas aunque estas fueran subidas de tono, mucho menos por una tontería así.

—Rocco, ¿estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Sí. —Soltó mi mano—. Es lo mejor para todos.

—Bien —dije—. Pero sabes que siempre serás parte de mi equipo. Es más, no buscaré a nadie más por si te aburres de estar con los mortales y quieres regresar con la realeza de la publicidad.

Y ahí estaba su risa que lo llenaba todo. Se llevó la mano al estómago muerto de la risa y yo volví a respirar bien. Rocco era alguien importante en mi vida y siempre lo sería. Me daba tristeza que se apartara, pero lo entendía y respetaba su decisión, aunque esperaba que sus sentimientos por mí caducaran y volviéramos a trabajar juntos.

—Vale, mi leona. —Se inclinó hasta donde estaba sentada y me dio un beso suave en la mejilla—. Prometo que algún día volveremos ser un equipo. —Volvió a sonreír llenado todo de energía bonita—. Nos vemos pronto, su majestad.

Hizo una reverencia divertido. Yo reí por sus locuras y lo vi salir de allí. Miré mi reloj, debía estar en la empresa de cosméticos pronto. Teníamos una reunión para cuadrar lo del comercial y para mostrar todo en lo que habíamos trabajado, incluyendo el guion que había terminado Rocco.

Loly y Neithan se habían ido en la moto que se había comprado ella. Me divertía verlos discutir sobre que la morena conducía fatal. El rubio delgado era muy pasivo pero no le gustaba la velocidad y siempre lo recalcaba. Creo que esa era la razón por la que casi nunca se subía a mi coche. Pobre chico, yo amo la adrenalina y a él casi le provoca infartos.

Mientras conducía Ben me llamó varias veces. Ya había llamado días atrás pero tampoco contesté. Lo había sacado de mi vida y para mí estaba más que claro que no había vuelta atrás. Dios, era intenso.

Al ver que no contestaba me envió varios mensajes pidiendo que por favor lo llamara. Que era importante. No lo hice, nada que tuviera que ver con él era importante para mí. Le deseaba lo

mejor, pero nunca iba a olvidar que me mintió, que me engañó en mis narices y que acabó con la poca fe que le tenía.

Subí la música cuando me detuve en un semáforo y entonces pensé. Desde esa noche de domingo con Clark todo era raro. Yo estaba viviendo con él, pero no habíamos vuelto a acostarnos. Era lo mejor y yo lo sabía, aunque eso no me quitaba las ganas de follarlo. Esa misma mañana me desperté exaltada y húmeda. Soñé con que lo tenía entre mis piernas llenándome toda. Soñé que gruñía sobre mi hombro como un salvaje cuando yo curvaba la espalda y movía mis caderas para que nuestros cuerpos encajaran aún más.

Fueron tantas las sensaciones de ese sueño que terminé en la tina a las seis de la mañana gimiendo entre dientes su nombre mientras hundía dos dedos en mi interior y presionaba con movimientos certeros mis terminaciones nerviosas, hasta terminar con la respiración vuelta mierda, los ojos apretados, los dedos de mis pies curvados y todo mi cuerpo con pequeñas convulsiones gracias a un maravilloso orgasmo en su honor.

Sin embargo, a pesar de no haber sexo, sentía que cada vez estábamos más cerca. Incluso descubrí que Clark se le daba genial preparar *omelette* y que no era tan aburrido cuando dejaba atrás el traje y el ogro mandón que era como jefe.

El lunes cuando desperté sobre él no se quejó a pesar de saber que le dolía todos los músculos del cuerpo por haber cargado conmigo toda la noche. Ese mismo día hizo todo lo posible porque me sintiera bien en su piso y hasta nos tomamos una copa de vino viendo el atardecer desde uno de sus balcones.

El martes me invitó a almorzar al restaurante al aire libre porque le había dicho que era mi favorito. Esa misma tarde dijo que tenía que llevar a Mía, la hija de su primo, al parque y me pidió venir con él. Lo acepté y aunque la pequeña parecía bastante celosa al principio, luego parecía encantada conmigo, o más bien con el color de mi pelo.

El olor a comida de la calle surcaba en el aire mientras caminábamos los tres por ese parquecito precioso, lleno de algarabía, de risas chillonas y de padres enloquecidos que intentaban que sus hijos no se mataran. Siempre me pregunté cómo una pequeña criatura podía tener instintos suicidas y es que en las dos horas que pasamos allí, vi más de cinco niños casi partirse el cuello de un columpio y un par más a punto de romperse una pierna si no es por sus progenitores. Dios, ¿acaso no tenían instinto de supervivencia?

Un «eres muy bonita» me sacó de mis cavilaciones o tal vez fue el tirón que me dio la pequeña Mía para que la mirara luego de sus palabras. Sonreí cuando me topé con su pequeño rostro y su cabellera rubia alborotada. Era dulce e inteligente y me parecía tan familiar.

Sus manos estaban aferradas a la mía y a la de Clark y por un momento se me revolvió el estómago al darme cuenta de que parecíamos una familia más de las tantas que rondaban el lugar.

La solté con la excusa de ir a por algo de tomar y sentí que el aire por fin podía pasar por mis vías respiraciones. A pesar de ello, esa tarde fue preciosa, sobre todo en la noche cuando decidimos ver una película y terminamos peleando con los cojines como dos críos. Me sorprendían las cosas que estaba descubriendo de Clark.

Al llegar a la sala de reuniones junto a mis compañeros sentí ganas de vomitar en cuanto vi a Ruth sentada junto a Clark. Pero no fue una metáfora, tuve que correr a toda prisa hasta el baño y allí volqué todo lo que tenía en el estómago. Dios, de pronto me sentí tan mal.

—¿Estás bien? —La voz de mi prometido sonó detrás de mí.

Estaba apoyada en el lavamanos mirándome al espejo. Me veía un poco pálida.

—Estoy bien. —Me volví hacia él.

Levantó la mano y la llevó a mi mejilla. No me moví.

—No te ves bien. ¿Quieres que te lleve a la clínica?

Su frente fruncida y su mandíbula tensa me hicieron saber que estaba preocupado. Mi corazón saltó sin que pudiera evitarlo.

—¡Estoy bien! —Sonreí—. Solo dame un minuto y volveré al salón. Tengo un jefe estricto, así que estaré allí pronto.

Sus labios se ensancharon dejándome ver sus dientes tras una linda sonrisa.

—Vale —dijo y se dio media vuelta para irse, pero antes de salir se devolvió a mí y me abrazó.

Fue tan sorpresivo que no pude reaccionar, ni siquiera le correspondí, cuando quise hacerlo ya estaba saliendo del cuarto de baño.

—¿Qué carajos está pasando, Beth? —me pregunté mirando el gris de mis ojos en mi reflejo.

Todo era extraño y me confundía. En realidad se sentía bien las atenciones que últimamente Clark me daba, pero seguía pareciendo algo irreal. Algo no andaba del todo bien y mi instinto casi nunca se equivocaba.

Despejé toda duda y me acomodé como pude. Mi estómago seguía revuelto, sin embargo ya no quería expulsarlo todo. Tal vez porque se había quedado vacío de una sola arcada.

Cinco minutos después volví a la reunión y encontré a todos listos, a excepción de Clark que se encontraba de pie en una esquina hablando por el móvil. Lo más extraño era que él parecía desencajado y su mirada, que se había tornado fría, se posó sobre mi cuerpo. Si no hubiese visto esa mirada antes es muy posible que me hubiese calado hondo, pero no le presté mayor atención.

Saludé con cortesía y pretendía sentarme cuando alguien me sujetó con rudeza por el brazo.

—Ven conmigo —exigió Clark.

Todos nos miraron sorprendidos y yo ni siquiera pude decir nada porque me sacó a rastras y no me soltó hasta llegar a su oficina tras estrellar la puerta.

—¿Se puede saber a ti que te pasa? —Lo miré enfadada por su actuar.

Sus pupilas estaban dilatadas y todo su cuerpo era preso de una ira que no le vi nunca. Lo vi caminar hacia mí de una forma aterradora y mi cuerpo reaccionó por instinto, retrocedí hasta toparme con una de las sillas que estaba frente a su escritorio.

—Oye, ¿qué te pasa? —volví a preguntar cuando lo vi casi encima de mí.

Su mandíbula estaba tan apretada que temí que le diera algo. De repente me cogió por el brazo de nuevo y me atrajo con tanta fuerza y rapidez que mi cuerpo rebotó contra el suyo.

—¿Estás embarazada? —Soltó de golpe lleno de rabia.

Me quedé sin aire. Era como si me hubiesen dado una patada en el estómago.

—¿Qué... qué dices? —Apenas me salió la voz.

—Contesta de una maldita vez. ¿Te has embarazado?

La presión de sus dedos sobre mi brazo empezaba a dolor.

—¿De qué diablos hablas? —Lo empujé pero no se movió ni un puto centímetro y tampoco me soltaba.

Miré su mano presionando mi brazo y ya no solo era mi estómago el descompuesto sino todo

mi cuerpo.

—El médico a donde te envié tiene tres semanas llamando y no le he cogido la llamada porque he estado ocupado. Me ha vuelto a llamar en cuanto salí del baño en donde tú estabas vomitando y ¿adivina qué me ha dicho? —escupió con vileza—. Que te fuiste de allí sin aceptar los malditos anticonceptivos. Así que dime, ¿te has embarazado para atraparme, para tener un hijo con el apellido Holland?

Me petrifiqué. Nunca en mi vida lo había hecho, no de esa forma en la que dejé de sentir mi cuerpo. En la que no podía apartar mis ojos de las dos dagas letales que me miraban como nunca nadie lo hizo. De pronto me sentí pequeña e indefensa, pero no lo era, nunca lo fui. Mi consciencia me obligó a despabilar y solo habían pasado unos segundos cuando la rabia e impotencia me dominaron y el estruendo de mi mano derecha estrellándose con fuerza en la mejilla de Clark retumbó en las paredes.

Sentí como sus dedos abandonaban mi brazo izquierdo y sus pies daban dos pasos atrás mientras se sostenía el rostro y me miraba asombrado y al mismo tiempo furioso. Yo temblaba, literalmente temblaba de la rabia. ¿Cómo se puede ser tan gilipolla? Y justo cuando empecé a creer que podía ser un hombre normal, que quizá tenía sus defectos, pero que podía tener humanidad. Llegué a pensar que podía ser incluso dulce... ¡Qué ilusa! Las bestias no pueden serlo.

Lo vi inspirar hondo y frotarse la mejilla. No podía seguir allí. Mis pies se movieron con rapidez, aunque no lo suficiente, porque volvió a atraparme en cuando toqué el pomo con la intención de girarlo y salir corriendo.

—¿A dónde crees que vas? —Mi espalda chocó contra la puerta y su cuerpo fornido se cernió sobre mí.

Volví a empujarlo.

—No vuelvas a tocarme, bestia.

Empuñó las manos a cada lado de su cuerpo y me miró como si fuera un león y yo una gacela. ¡Capullo!

—Solo contesta de una puta vez. ¿Estás embarazada?

¿Embarazada? ¿Yo? ¿Será idiota?

—No —grité—. No estoy embarazada, Holland. Haz hecho esta escenita estúpida por nada. Oh, bueno, sí, para dejarme claro lo cavernícola que eres.

—¿Quiere decir que te estás cuidando? —Su voz sonó menos brusca.

—Sí —mentí.

Clark era un maldito imbécil al que no le debía explicaciones. Eran mis cosas y no tenía por qué hablarlas con él.

Lo vi frotarse el puente de la nariz, frustrado. Yo resoplé agotada. Últimamente me sentía así todo el tiempo. Me di la vuelta y salí por la puerta dirigiéndome a la salida.

—¿A dónde vas? Tenemos una reunión —expuso Holland siguiendo mis pasos.

—Me largo de aquí —contesté sin detenerme a mirarlo.

—¿Qué? —Me detuvo sosteniendo mi muñeca, miré su agarre con rabia y me soltó—. Tenemos la reunión, sé profesional.

—¿Profesional? —Entorné los ojos—. ¿Te parece profesional sacarme del salón de reuniones de esa forma y hacer el estúpido show que me hiciste en la oficina?

Me miró con el rostro contrariado. No me importaba una mierda.

—Elizabeth, como tu jefe te exijo que regreses al salón de reuniones y hagas tu trabajo.

Lo miré incrédula de sus palabras. Me crucé de brazos intentando no morir asfixiada con la ira que sentía.

—Bien, *jefe* —ironicé.

Si quería que volviera lo haría, pero a mi modo. Caminé firme hasta adentrarme a la enorme sala en donde estaban todos. Emily, que no sabía a qué hora había llegado, Ruth, Neithan, Charlotte, Loly y Clark que estaba a mi lado.

—¡Escuchen! —Aplaudí, todos se enfocaron en mí—. Quiero decirles algo. —Me colgué del brazo de Clark y él me miró confundido al igual que todos, menos Emily que parecía divertida —. Clark y yo nos vamos a casar en tres días.

Todos se miraron entre sí sin entender nada y luego volvieron a centrarse en nosotros. Yo continué:

—Siento mucho que no lo hayamos dicho antes, pero para nosotros el trabajo es algo aparte. Sin embargo hoy queremos compartir con ustedes nuestra felicidad —sonreí lo más hipócrita. Clark parecía haberse tragado la lengua. Su cara era todo un poema de frustración—, y queremos que nos acompañen en ese día especial. ¿Verdad, cariño? —Miré al hombre a mi lado que estaba tenso de los pies a la cabeza, él solo asintió sin que le salieran las palabras—. Así que están todos invitados. Ahora tengo que irme, Loly le hará la presentación. Yo seguiré trabajando en la agencia y si mi a futuro esposo, uff, perdón, el jefe, no le parece bien algo, de seguro me lo hará saber en casa. ¡Buenas tardes a todos!

Le zampé un beso en los labios a Clark que seguía pasmado. Sonreí como si la rabia no me devorara hasta los huesos y salí airosa de allí dejando un murmullo de preguntas sin contestar.

Estaba segura de que Clark estaba maldiciéndome internamente, pero estaba más segura que no tanto como yo lo maldecía a él. ¿Quién mierda se creía?

Sentía electricidad por todo el cuerpo y no en buen sentido. Quería desaparecer a medio mundo. Quería coger un cohete y largarme del jodido planeta que parecía drenarme la vida de a poco.

Cogí el volante de mi coche con la sangre corriendo por mis venas. Mi corazón bombeaba tan deprisa que sentí que me atravesaría la piel y los huesos. ¿Embazada? Eso era imposible y Clark ni siquiera era consciente de la espada que clavó en mi pecho. ¿Podía culparlo? Sí, porque era un desgraciado que al parecer había llegado a mi vida solo para destruirla, pero la realidad era que yo no había sido sincera del todo con él y eso me pesaba porque odiaba las mentiras. Lo peor es que en ese momento no era consciente de la telaraña de mentiras que Clark Holland tejía a mi alrededor.

Capítulo 51

Beth

El sonido de las olas golpeando el risco a lo lejos me relajaba. Había conducido casi dos horas para llegar a ese lugar y había valido la pena. Estaba sentada a la orilla del muelle Buloff y la brisa rozando mi rostro me sentaba fenomenal.

Miré la cámara en mi mano. Luego del desagradable encuentro con Clark había ido a la agencia y la tomé con la excusa de buscar locación para el comercial, pero la realidad era que solo había llegado allí y había sido incapaz de moverme de ese lugar. Era precioso.

El azul del mar me recordaba sus ojos y quise golpearme por pensar en él. Sus palabras seguían rasguñándome la piel al punto de sentirse casi como tortura. ¿Casi? No, ciertamente se sentía como una maldita tortura.

Clark me había lastimado y sabía que no era consciente de ello. Nadie lo era más que yo y claro, Ray, si le contaba las palabras de Holland. Era el único que podía entenderlo.

Miré mi móvil cuando la pantalla volvió a iluminarse con un mensaje de él. Lejos de lo que pensé no estaba enfadado, en sus mensajes me pedía disculpas y me insistía en que habláramos. Lo ignoré.

Otro intenso era Ben, me había llamado cinco veces en menos de una hora que llevaba allí. Decidí que era mejor ignorar a todo el mundo, pero volvió a timbrar dejándome ver la imagen del último mencionado.

Me quedé mirándolo fijamente sin la más mínima intención de contestar, pero sí preguntándome por qué no sentía nada al mirar su foto. Habíamos roto hacía poco y me cuestionaba el hecho de que hacía semanas que no pensaba en él. ¿No se suponía que debía sentirme fatal porque todo hubiese acabado? Pues no me sentía así, todo lo contrario, era como si me sintiera un poco más ligera.

Resoplé y volví a centrar la mirada en el horizonte. Mis pies se movían hacia delante y hacia atrás y por un segundo sentí que danzaban al ritmo de las pequeñas olas que revoloteaban.

El cielo estaba teñido de un color anaranjado que anunciaba la despedida de un atardecer. Pensé en mi madre, en mi hermano, en mí. Trague saliva y volví a sacar mi móvil. Busqué la única fotografía que tenía allí de mi progenitora y me quedé observándola por un tiempo. Entonces lo supe... la odiaba y adoraba al mismo tiempo.

Llené mis pulmones de aire y me dejé caer hacia atrás sobre la madera. Cogí el móvil y me lo metí al bolsillo de los vaqueros oscuros que llevaba puesto.

«Sigue respirando» me dije un rato después mientras miraba al cielo donde empezaban a salir las primeras estrellas.

El olor a mar me rodeaba y los recuerdos de mi madre llegaron con flashes a mi cabeza. Me llevé la mano al pecho cuando esa agobiante sensación me atravesó. Podía sonar tan mal, pero era cierto. Sentía resentimiento hacia mi madre por haberse ido cuando dijo que nunca lo haría. Hacia mi padre por haberse rendido en cuanto ella murió. Hacia Jeff, por privarme de su sonrisa, por haberse ido tan pronto del mundo y hacia mí, por no haber podido cuidarlo.

Addy era un plato aparte, ella era todo lo bueno de la vida. Tan alegre, chispeante y vivaz. Yo también lo era a mi modo pero, a diferencia de mi hermana, yo no estaba ciega. Cada día era consciente de la porquería que podía ser la vida.

Sacudí la cabeza espantando todos los pensamientos. Últimamente tenía mucho en la cabeza y no quería. Me quedé allí, mirando las estrellas que salieron de golpe como si por fin el universo estuviese a mi favor.

Sonreí al notar el espectáculo de luces que se reflejaba en el firmamento. Tomé la cámara que tenía a mi lado y empecé a tomar fotografías. Se suponía que tenía que buscar locación, pero ya era de noche y no podría apreciar los lugares, así que me quedé allí.

Luego de tomar docenas de fotos dejé la cámara a un lado y me llevé la mano al estómago cuando me crujió del hambre. Tenía que ir por algo de comer pero no quería.

—Parece que alguien ha tenido un largo día... —Salté sentándome cuando escuché una voz desconocida—. Lo siento, no quería asustarte. —Se disculpó cuando vio mi sobresalto.

Era un hombre de algunos cincuenta años, con rasgos finos. Llevaba una mochila en la mano y un aspecto hippie.

—¿Puedo sentarme? —preguntó y no me dejó responder cuando ya estaba plantado a mi lado a la orilla de aquel muelle.

Sacó un par de cervezas y me ofreció una.

—No, gracia. Muero de hambre. Creo que es mejor que me vaya. —Iba a ponerme de pie cuando su voz suave me detuvo.

—Tengo sándwiches de pollo, si te sirve.

Me quedé quieta mientras él sacaba bolsas de comida y me ofrecía una. Me vi tentada a negarme, no lo conocía, pero su rostro era tan amable que la acepté.

Unos minutos después devoraba un sándwich con cerveza acompañada de un desconocido en un lugar apartado de las calles. Sí, lo sé, no lo hagas en casa y mucho menos fuera de ella.

—Soy Mario —dijo sonriente mientras me tendía la mano.

Miré sus dedos, eran gruesos pero delicados.

—Soy Elizabeth, pero puede decirme Beth. —Le correspondí y no sé por qué sentí tanta paz.

—¿Y qué haces aquí, Elizabeth? —Inquirió. Me quedé en silencio mirando su rostro, buscando cualquier cosa que me diera desconfianza, él lo notó—. Vale, es lógico que no quieras decirme nada. Soy un desconocido. Hagamos algo, yo te contaré de mí, ¿vale?

Asentí y de inmediato empezó a hablar. Dios, nunca conocí a nadie que hablara tanto, lo extraño fue que no me molestó en lo absoluto. Me dijo que toda su vida había sido un adicto al trabajo, pero que hacía un mes casi se muere de un infarto por exceso de tensión y estrés en sus empresas, por lo que decidió dejar todo a un lado y tomarse unas vacaciones. Venía del otro lado del mundo, de otro continente. Dijo que fue la mejor decisión que había tomado en toda su vida.

—Vaya, eso ha sido... interesante —mascullé tomándome otro trago de la segunda cerveza.

—Sí, nunca pensé que el gran Mario Duncan abandonara su trabajo para andar de mochilero. —Más que un lamento parecía un alivio.

¿Mario Duncan?

Empecé a toser como demente cuando el líquido que estaba ingiriendo tomó otra ruta. Me costó componerme.

—¿Estás bien? —Me dio algunas palmadas en la espalda.

—¿Usted es... es Mario Duncan? ¿De la agencia automotriz Duncan? —pregunté casi sin voz.

Sonrió...

—Pues creo que sí —dijo divertido.

Me quedé idiotizada. No lo había reconocido por la noche y las circunstancias. Siempre que lo veía en revistas llevaba un traje a su medida y allí llevaba pantalones a las rodillas, camisa blanca, sandalia y una mochila con comida y cervezas. Me parecía irreal.

—Yo... no puedo creerlo. Es un gusto conocerlo —me sinceré.

Me miró de lado y volvió a sonreír.

—Pareciera que viste a tu héroe —dijo en tono relajado al tiempo en que sacaba dos cervezas más y me tendía una—. Son las últimas —me aseguró.

Asentí.

—Pues en cierta forma lo es... —admití algo apenada, me tomé el primer sorbo de mi lata, él me miró confuso—. Verá... yo soy una fanática de los coches, me encantan. Sé que trabaja con marcas increíbles y que su agencia es de las más importantes a nivel mundial. Siempre lo veo en revistas y lo he admirado siempre. Mi hermano era piloto, como usted cuando era joven...

—Es decir que ya estoy viejo.

—No... no, yo... ¡Joder, lo siento!

Entonces escuché como se carcajeaba. Jamás me sentí nerviosa a tal punto de balbucear como lo estaba haciendo, por suerte él parecía divertirse mientras a mí me subía la sangre a las mejillas. Decidí dejar de hablar y atragantarme con mi cerveza.

—No pasa nada Elizabeth. Solo bromeo. —Sonrió, yo respiré otra vez—. Entonces, ¿trabajas en algo que tiene que ver con coches?

Negué con la cabeza mirando al horizonte. Agradecí que no preguntara por mi hermano.

—Soy publicista. Trabajo en la agencia Collins. Se supone que he venido hasta acá para buscar locaciones para un comercial, pero me he sentado aquí y la magia de este lugar me ha atrapado. No he podido ni moverme.

—No te culpo, este lugar es precioso. Llevo aquí casi dos semanas y no me canso de recorrer sus calles... —Se quedó pensativo un momento—. ¿Sabes? Es curioso.

—¿Qué?

—Pues es que en la compañía principal estamos buscando un agente publicitario que maneje todo el departamento de marketing. Que sepa de estrategias, estudios de mercado y sea creativo.

—¡Vaya! —Fue lo único que pude decir.

Mario se quedó mirando el mar. Luego respiró por la nariz y soltó el aire por la boca.

—¿Sabes qué? No creo en las coincidencias.

—¿Qué quiere decir? —Tomé otro trago.

—Pues que si viniste hasta aquí justo hoy es porque debíamos conocernos. Quizá el universo quería que nuestros caminos se cruzaran. —Me miró fijamente a los ojos—. ¿Te gustaría trabajar conmigo, Elizabeth?

Me quedé helada. Esperaba cualquier cosa menos esa proposición.

—¿Qué?

Mario sonrió al ver mi cara de shock.

—Sí, lo sé, parece una locura y no creas que soy un viejo pervertido porque no es así. Solo... me ha salido proponértelo.

—Es que yo... no puedo. No estoy capacitada para llevar todo un departamento.

Apartó la mirada de mí y se tomó otro sorbo de cerveza.

—Eres Elizabeth Shaine, ¿cierto?

—¿Qué? ¿Cómo sabe...?

—Lo supe cuando hablaste de la agencia Collins. Son de los mejores y por eso mi gente los ha investigado buscando a alguien que dé la talla para lo que queremos. —Hizo una pausa para

volver a empinarse la bebida—. De parte de ellos me hablaron de dos personas que podían hacer el trabajo: Un tal Rogelio Cosme y Elizabeth Shaine, ganadora de uno de los premios más importantes el año pasado.

Me sonrojé. Sí, yo me sonrojé. Él prosiguió:

—Creo que sí puedes hacer el trabajo, tal vez el problema es que no quieres. —expuso. Me miré las manos algo confusa por sus palabras. De todas formas no podía hacerlo—. ¡Ven! —Se puso de pie, se echó la mochila al hombro y me extendió la mano. La acepté.

—¿Qué sucede? —Me llevé el tiro de la cámara al cuello.

—Dijiste que viniste aquí a buscar locaciones. Sé que de noche no es una hora apropiada para buscarlas, pero he conocido unos lugares de muerte que te pueden encantar.

Y así empezamos a caminar y a tomar fotos por las estrechas y pintorescas calles del pueblo de Marut. Era precioso. Había estado allí dos veces, pero por trabajo. Nunca recorrí el lugar.

La caminata con Mario fue maravillosa, el hombre hablaba hasta por los codos, pero su forma de expresarse, su escogencia de palabras y su manera chispeante de apreciar cada lugar, era majestuoso.

Me vi a mí misma sonriendo mientras me mostraba pequeños cafés con apariencia antigua pero preciosos. Me llevó a una pequeña plaza donde la gente se reunía a ver un mal show de magia de un trío de adolescentes, aunque eran divertidos.

Caminé a su lado por algunos puestos de comida callejera y por último nos plantamos frente al antiguo palacio Criotelo. Estaba cerrado, pero nos quedamos sentados en unos escalones del otro lado de la calle. Si pudiese describir un lugar relajante y hermoso sin duda elegiría ese.

Después de mucho rato conocía muchísimo de él. Que era viudo, que tenía dos hijas gemelas que tenían mi edad. Que yo les recordaba a ellas. Que tenía que volver en dos semanas a trabajar, pero que estaba decidido a tomar las cosas con más calma porque no quería dejar a sus hijas huérfanas.

Sonreí con melancolía. Me hubiese gustado que mi padre pensara en nosotros de esa manera. Que se hubiese cuidado y que no hubiese caído ante los pies de lo jodidos vicios.

—Creo que es tarde. Mi cuerpo ya no resiste más —dijo mirando su reloj.

¿Tarde? Ni siquiera era consciente de cuánto había transcurrido el tiempo.

—¿Te quedarás en el pueblo, verdad? —preguntó.

—No, tengo que volver a casa.

Frunció el ceño.

—Pero si es media noche.

¡Jo-der!

—¿La medianoche? —Me levanté de prisa.

Metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué mi móvil. Quise encenderlo, pero al parecer la batería había muerto.

—Deberías quedarte, ya es muy tarde para que andes a estas horas.

Sonreí con amabilidad. Era más que evidente que era padre.

—Tranquilo, puedo apañármela.

—Vale. —Pareció decepcionado con mi respuesta. Sacó su cartera, buscó algo dentro y luego me la ofreció—. Es mi tarjeta personal. Quiero que me llames cuando llegues a casa.

—Pero llegaré muy tarde. —Acepté la tarjeta.

—No importa la hora. Si no me llamas me quedaré preocupado.

—Vale.

—Además, puedes comunicarte conmigo ahí si te decides a aceptar mi oferta de trabajo.

—¿Iba en serio? —inquirí desalineada.

—Pues claro. Escucha... —Puso sus manos en mis hombros manteniendo una distancia prudente. Pude ver sus ojos verdes bajo las luces de los faroles que alumbran las calles—. Sé que es difícil dejar todo de un día para otro, pero vi cómo te brillaron los ojos cuando te lo propuse. Supongo que trabajar en lo que amas y encima estar rodeaba de coches, algo que te apasiona, sería un sueño hecho realidad. ¡Piénsalo! Si tienes algo o alguien por quien quedarte, pues no pasa nada, solo olvídalo, pero si no tienes nada que te ate, si esto es lo que quieres, pues estaré encantado de que trabajemos juntos.

Lo miré. Mi corazón se detuvo un segundo antes de volver a galopar sin medida. Me obligué a respirar cuando sentí que me faltaba el aire.

—¡No puedo hacerlo! —dije más para mí que para él.

—Ya veo. —Sus manos abandonaron mis hombros aunque no parecía molesto, todo lo contrario, tenía una sonrisa de compresión en los labios—. ¡Estás enamorada!

—No, yo... no estoy enamorada.

—Pues parece que lo estás y no te has dado cuenta.

¿De dónde había salido eso? Claro que no estaba enamorada. Solo tenía un contrato con Holland, además de una familia por quienes velar.

—¡No, no lo estoy! —Inspiré—. Es mucho más complejo de lo que piensa.

Curvó los labios sin dejar de mirarme.

—Yo creo que es incluso más complicado de lo que *tú* misma piensas. —Arqueó una ceja, yo resoplé—. Elizabeth, no te conozco y no sé lo que pasa en tu vida. Si te soy sincero tampoco sé porque entre tantas personas, incluso con más experiencias que tú, te ofrecí el puesto a ti. La verdad es que desde que casi muero he visto la vida diferente y no tengo idea del porqué tú me inspiras confianza, pero lo haces. Siento que puedes hacerlo y creo que tú también lo sientes. —Hizo una pausa mientras recorría mi rostro con una expresión protectora—. Tienes tiempo suficiente, el contrato de la persona que tenemos a cargo caduca en cinco meses. Es una mujer de edad y se retira. Además necesitamos más gente fresca como tú. Si te decides puedes llamarme. Te aseguro que es un muy buen contrato. Tienes cinco meses para averiguar si quieres esto y para acomodar tu vida. Si no aceptas lo entenderé, pero quiero que sepas que fue un gusto conocerte.

Sonrió, yo sonreí.

A veces la vida tiene una forma extraña de enviarte mensajes. En realidad no sabía si aquello había sido uno, pero no pude evitar pensar que sí.

Diez minutos después estaba frente a mi cacharro renovado despidiéndome de Mario con un beso en la mejilla, con un «gracias» por haberme mostrado el pueblecillo y con la promesa de que lo llamaría en cuanto llegara a mi destino.

Mientras conducía me pregunté cómo había llegado un hombre como Mario Duncan a mi vida, entonces recordé algunas de las cosas que mi madre me dijo:

«Hay personas que son tan breves en nuestras vidas como una estrella fugaz, pero que, de alguna forma, se quedan estampadas en nuestra alma».

Sinceramente no sé por qué se me apretó el corazón por pensar en el hombre que acababa de conocer, tal vez por la forma tan bonita que habló de sus hijas o la calidez de cada una de sus palabras, o quizá porque en el fondo me recordó al padre que tuve antes de que mi madre muriera.

Por inercia volví a esos últimos días, a esas últimas conversaciones que tuve con mi madre antes de que se fuera de este mundo.

—Como una aguja en un pajar, eso somos. Las personas somos la aguja, el pajar es el mundo, así que si alguien llega a tu vida es por una razón, no permitas que se vaya sin antes descubrir cuál es.

—¡No quiero que te mueras! —le repetí ignorando sus palabras mientras estaba sentada a la orilla de la cama viendo como la vida se le escapaba.

—Hija... —se le fue un poco la voz. Tardó unos segundos en recuperarla—. *Tú eres la persona más fuerte que he conocido. Estarás bien, cuidarás a nuestra familia y algún día alguien llegará a tu vida y te ayudará a ver el camino.*

—No quiero a nadie más en mi vida si se va a ir como tú —repliqué, molesta, dolida, cansada.

Mi madre sonrió, aunque el brillo que solía tener había desaparecido.

—Mi niña grande, siempre llegaran personas a nuestras vidas. Unas serán una nube gris que te enseñarán a valorar los días soleados, otras se convertirán en el mismo sol que quema. Te calentarán en el invierno pero si no te cuidas también pueden volverte cenizas en pleno verano. —No sé por qué pero Clark llegó a mi mente cuando recordé esas palabras—. *Otras llegaran para acariciarte el alma, para recordarte que por más miserable que sea el mundo siempre habrá alguien que te ame. Y hay otras personas que llegarán como un huracán. Lo revolucionarán todo, te miraran a la cara y te dirán te amo. Tú también le amarás, pero ellos no se quedarán. Algunos se irán sin despedirse y otros solo levantarán la mano y caminarán sin mirar atrás.*

Tomó aire, empezaba a costarle hablar.

—Elizabeth, muchos llegaran a ti y luego se irán cuando cumplan su función en tu vida y habrá otras que permanecerán contigo siempre aunque ya no estén, como yo.

—No quiero que te vayas —volví a decir como una queja ante la vida. Como una esperanza machacada por los dos nubarrones en los que se habían convertido sus ojos. Como un corazón que empezaba a marchitarse por su partida inminente.

Mi madre alzó la mano y acarició mi mejilla. Solía hacerlo cuando me veía frustrada, triste o agobiada. Estaba de las tres formas.

—Y no lo haré, cariño, lo prometo.

De nuevo la misma promesa que venía haciéndome desde hacía días, solo que cuarenta y ocho horas después la había roto.

El cuello me tronó cuando removí la cabeza varias veces con el fin de espantar todo lo que me agobiaba: Los recuerdos de la mujer que más había amado en mi vida, mi padre, el entusiasmo de Addy por una falsa boda, Rocco y la sensación de que había perdido algo porque ya no estaba conmigo. La zorra de Ruth revoloteando alrededor de Clark y él... el golpe brutal que me había lanzado con esa maldita pregunta. ¿Embarazada? ¿Y por dinero? No solo era una estupidez sino que era una hoja afilada enterrada en mi estómago.

Bajé las ventanillas y pisé el acelerador. Conducir siempre me venía bien. Sentí la brisa de los últimos días de verano estrellarse contra la piel de mi rostro y me sentí libre. Esa era yo, una mujer que amaba la adrenalina. Que adoraba bailar acompañada de tragos y que disfrutaba de un buen sexo. ¿Desde cuándo la vida se me había complicado tanto? Encendí la radio y «"Human"

de Christina Perri» entró por mis oídos colándose tan profundo que llegó a mi pecho, cogió mi corazón y lo apretó fuerte mientras que de mis labios salían las letras de la canción sintiendo como cada una de ellas me desgarraba la garganta.

Un par de lágrimas aterrizaron en mis mejillas y las limpié enseguida, siempre lo hacía. Mi alma me gritaba que llorara, pero no lo hice. Se suponía que para la mayoría de la gente llorar era liberarse, yo sentía que si dejaba salir lagrimas ellas me condenarían, me encarcelarían dentro de un hueco profundo y no me dejarían salir nunca. Por eso casi no lloraba, aunque las lágrimas solían conspirar en mi contra y me atacaban hasta robarme la mitad de mi aliento.

Las calles estaban desiertas y me limité a escuchar música, a correr como el viento, a cantar a todo pulmón aunque se me diera fatal. A correr, siempre a correr y mientras lo hacía recordé quién era y lo que había vivido para llegar hasta allí... Sonreí con el aire corriendo lentamente por mis pulmones. Sonreí porque era fuerte, más fuerte de lo cualquiera pudiera pensar.

Había librado miles de tormentas y no me iba a rendir. La boda no me quedaría grande. Irene y Clark Holland no me iban a quedar grande. «Todo va a estar bien» esta vez fui yo misma quien me lo recordé y mientras apretaba el volante y la música me arropaba decidí ser yo de nuevo. Liberarme del agotamiento metal que venía manejando y controlar mis emociones.

La música siguió sonando y «Human» volvió a sonar en la radio como una señal. Subí todo el volumen porque definitivamente hay canciones que valen la pena escuchar en lo más alto, que valen la pena gritar a todo pulmón... y yo, yo solo me dejé ir, sin pensar, sin atormentarme por toda la mierda que estaba viviendo, solo siendo yo, libre, sin ataduras y dispuesta a vivir a mi modo, de nuevo.

Capítulo 52

Beth

Le di a enviar el mensaje que le escribí a Mario informándole que había llegado bien. Sonreí de medio lado cuando noté que lo había visto de una vez y que me respondía con un «Gracias a Dios».

Dos segundos después una ola de electricidad me abarcó en cuanto atravesé la puerta. Cuatro pares de ojos me observaban desde el salón. Me quedé inmóvil sin entender qué pasaba.

—¿Qué... qué hacen aquí?

Di un par de pasos para dirigirme a Addy, Ray, Theo y Clark, pero antes de hacerlo sentí mi cuerpo rebotar sobre unos kilos de músculos. Su perfume me llegó de inmediato. Ni siquiera me di cuenta cuando llegó a mí. Mis manos se quedaron abajo mientras una de las suya me apretó por la espalda y la otra se aferraba a mi cabello manteniéndome contra su pecho.

—Gracias a Dios estás bien —la voz ronca y preocupada de Clark me estremeció—. Creí que te había pasado algo.

Podía escuchar su corazón punzar con rapidez en su pecho. El mío empezó a imitarlo. En un reflejo también lo abracé y es que aunque seguía furiosa con él no pude pensar de lleno en ello cuando noté todo lo que yo había causado.

El tiempo pareció hacer una larga pausa hasta que escuché un suspiro de alivio y mis ojos se cruzaron con los de Ray y Addy que estaban de pie. Theo se veía relajado en uno de los grandes sofás blancos del *penthouse* de mi futuro esposo.

—Les dije que estabas bien. Espero que no nos haya puesto el cuerno a tu guaperas y a mí.

Ese fue el tarado de Theo. Rodé los ojos y me aparté de Clark.

—Creímos que... —La voz se le rompió a mi pequeña hermana y corrí hacia ella para abrazarla.

Podía saber con exactitud lo que pasaba por su cabeza. Sabía que le llegó a la mente el día en que nuestro hermano murió en ese maldito accidente. Se me arrugó el corazón y me sentí tan culpable al hacerla pasar por eso. Por lo visto la había liado en grande.

—¡Estoy bien! —le aseguré mientas la mantenía pegaba a mí intentando calmar su llanto.

—Clark me ha llamado preguntando si sabía dónde estabas, desde entonces hemos estado muertos del susto pensando que había ocurrido algo —la voz dulce de mi mejor amigo y su mano en mi hombro me hizo sentir peor.

—Lo siento —admití en voz muy baja, pero sabía que todos me habían escuchado—. He ido a buscar locación para el comercial a un pueblecillo a dos horas de aquí y se me ha ido el tiempo. No me he dado cuenta de la hora y mi móvil se quedó sin batería.

Miré de medio lado a Clark. Parecía que le había vuelto el alma al cuerpo. Se pasaba la mano por el rostro y respiraba con pesadez. Quise recordarme que estaba enfadada con él, pero en ese momento solo estaba apenada con todos por haberlos preocupado.

Un silencio se plantó en medio de todos. Cerré los ojos sintiendo como mi hermana aún sollozaba y me abrazaba como si no quisiera soltarme. El aire se meció lentamente. El ambiente era algo extraño. Sabía que todos nos miraban y que quizá la imagen de mi hermana y yo allí, abrazadas, era algo que tocaba fibras.

—Bueno, yo me voy, tengo una cita —dijo Theo rompiendo el momento, era experto en ello.

Ray lo miró mal.

—Son las dos de la madrugada.

—Esta es la mejor hora para follar, hermanito. —Se acercó a mí, sonriente. Besó mi mejilla—.

No sé dónde estabas, pero espero que al menos te hayan dado una buena cogida. —Me susurró y quise romperle la cabeza.

El muy sucio se marchó como si nada, con una sonrisita que quise arrancarle con mis propias manos. ¡Idiota!

—Nosotros también nos vamos —dijo Ray y Addy se apartó de mí casi a la fuerza.

Miré sus ojos preciosos y me juré que nunca volvería a hacerla pasar por algo así. Limpié sus lágrimas y ella me miró suplicante. Asentí con media sonrisa. Sabía que solo me imploraba que me cuidara, que estuviera bien, porque no podría soportar perderme.

Nos costó despedirnos. Permanecimos en la puerta casi cinco minutos. Cuando todos se marcharon y me di la vuelta, me encontré con Clark que estaba de pie, apoyado en una columna, de brazos cruzados y con la mirada puesta en mí.

—No quiero discutir...

—¡Lo siento! —masculló.

Ladeé la cabeza, incrédula de lo que acababa de decir. Creí que estaba enfadado porque me había marchado de esa forma. Era consciente de que no debí irme así, sin embargo estaba allí, con la disculpa no solo en los labios sino también en la mirada.

—Siento mucho todo lo que te dije en la oficina de la nueva empresa. Fui un idiota y sentí que moría cuando se me pasó por la cabeza que estabas tan enfadada que has cogido el auto, has conducido como si fuese un avión y habías tenido un accidente por mi culpa. —Suspiró y soltó los brazos—. Si pudiera hacer las cosas diferentes te juro que lo haría.

Lo miré incrédula.

—Elizabeth. —Dio dos pasos hacia mí sin acercarse demasiado—. Tienes razón en no creerme, he sido un imbécil, un idiota que se deja dominar por sus emociones. He pasado tanta mierda con gente en mi vida que a veces me cuesta creer en las personas. Y lo sé... Joder, lo sé. —Se pasó la mano por el rostro—. No es justificación para lo que hice, sé que no eres ese tipo de personas y me siento fatal por haberte tratado así, pero te juro que algo así no volverá a pasar. ¡Te lo juro! Perdóname, por favor. ¡Perdóname!

El tono de su voz me caló hondo. Yo seguía sin poder creérmelo. Lo miré a los buscando mentira en sus pupilas. Sin duda disculparse le había costado un mundo por el ego que se cargaba, pero yo necesitaba más que eso. Tragué saliva antes de poder responder.

—Escucha, Holland, yo también he pasado por demasiada mierda como para permitir que nadie me trate de ese modo. —Clavé un dedo en su pecho—. Tú y tus problemas de ira no son mi puto problema.

—Lo sé y te juro que...

—No me sirve que lo sientas, lo que necesito es que dejes de comportarte como un cavernícola que piensa solo con su maldito ego y te comportes como un hombre adulto que eres.

—Yo...

—¡Cállate! —Le clavé de nuevo el dedo en el pecho y me miró desconcertado—. No me interesa tu dinero, ni tu apellido y mucho menos tener un hijo contigo. Sabes muy bien que si me caso contigo es porque me enredaste en tus estupideces así que no voy a permitir que me vuelvas a tratar como si fuera una cazafortunas cuando has sido tú quien me ha traído a esta maldita situación.

—Elizabeth...

—¡Que te calles! —lo reprimí acercándome más—. Esta es la última vez que soporto tus arranques de niño caprichoso. O dejas de comportarte como bastardo ególatra o te juro que no me aguanto una más de tus malditas amenazas porque podrás tener influencias y cumplir con cada una de ellas, pero yo también puedo hacer mierda tu patético apellido.

—No tienes por qué amenazarme, Elizabeth.

—No es una amenaza, es un hecho. Vuelve a tratarme como lo hiciste esta mañana y se acabó esta mierda aunque me termine yéndome al infierno, solo que no me iré sola, haré que me hagas compañía. ¿Está claro?

Sus ojos estaban clavados en los míos y esperé a que soltara una más de sus advertencias o al menos ver tensión en su cuerpo. Lejos de eso respiró profundo y soltó los hombros.

—Muy claro. —Llevó sus manos a mis mejillas y se inclinó para dejar su rostro cerca del mío hasta que nuestros alientos se toparon—. Te juro que dejaré de comportarme como un patán y te trataré como lo que eres, una mujer hermosa, valiente y que lo vale todo, porque aunque yo sea tan idiota para no renunciar a mis planes y llevarte al fin del mundo lejos de todo lo que te haga daño, tú lo vales todo, Elizabeth, todo.

Por un momento me perdí en sus ojos, el cielo estrellado que habitaba en ellos mientras hablaba. Tragué grueso sin encontrar qué decir y no fue necesario porque cuando menos lo pensé, Clark estaba sobre mí de nuevo, abrazándome con más fuerza, con más ansias, con más... ¿cariño?

Cerré los ojos con mi mejilla apoyada en su pecho y mis manos en su espalda. Dejé que su aroma me envolviera y mi cuerpo crujió de ganas de tenerlo sobre mí. Sí, mi cuerpo era un puto traicionero vende patria.

—Clark, yo... —Me propuse hablar cuando me alejé un poco.

—¡Shhhhhh! —Colocó su dedo índice sobre mis labios.

Luego llevó sus dos manos a mi rostro y acarició mi piel con sus dos pulgares. Yo seguía preguntándome qué pasaba.

—Clark... —quise hablar de nuevo y me volvió a interrumpir, esta vez fueron sus labios los que me callaron.

El estómago se me contrajo cuando sentí como su boca se acoplaba a la mía, pero esta vez no fue de una forma salvaje como acostumbraba, como me volvía loca, sino de una manera sublime, afable y cálido, y aunque no me lo esperaba se sintió muy bien.

¡Joder!

Nunca creí que un beso podría robarme los sentidos, hacerme olvidar el enojo e incluso lograr que rompiera mi palabra de no volver a caer. Llevé mis manos a su cuello y Clark llevó las suyas a mis muslos levantándome en un solo movimiento eficaz.

De pronto mi espalda chocó con suavidad en uno de los sofás. Me resultaba extraño que la bestia que era Clark en la cama no estaba presente, sin embargo esa faceta también me gustaba.

Gemí cuando sus labios empezaron a dejar una hilera de besos húmedos en mi cuello. Seguí su ritmo lento cuando tiré de su camiseta. Sus manos buscaron el borde de la mía y la quitó con facilidad. Clark se apartó sin dejar de mirarme. Quitó mis zapatillas deportivas y luego tiró de mis vaqueros dejándome solo en una diminuta braga en conjunto con un sujetador negro.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —aseguró con una leve sonrisa mientras desabrochaba su pantalón.

—¿Qué estás haciendo, Clark? —Me mojé los labios.

—¡No lo sé! —Sonrió y Dios, fue la sonrisa más bonita y sincera que le había visto desde que lo conocí.

Volvió a mi boca. Ensambló nuestros labios y me besó con dedicación. Se deleitó con mi lengua sofocando mi cordura. Era tan placentero y a la vez me parecía tortura.

—Clark —jadeé su nombre cuando descendió con lentitud por el valle de mis pechos.

Mi espalda se arqueó en un acto desesperado de deseo. Cerré los ojos cuando sentí la humedad de su lengua recorrer la piel de mi abdomen mientras sus manos sostenían con firmeza mi cadera.

—¡Mírame! —dijo más como una súplica que como exigencia. Algo extraño en alguien tan demandante.

Y entonces lo hice, lo miré, en verdad lo miré. Delante de mí había un hombre que no solo yacía ante el deseo de poseerme, sino que me miraba como si yo fuera el centro del universo.

Mi corazón tembló agónico sin poder entender por qué me miraba así. Una montaña de incógnitas se lanzó sobre mí dispuesta a aplastarme. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me veía de esa forma? ¿Por qué sus ojos irradiaban mucho más que deseo? ¿Por qué mi corazón no dejaba de vibrar ante su mirada? ¿Por qué veía sentimientos en sus pupilas si solo era sexo y un jodido contrato? ¿Por qué todo mi cuerpo se mecía de miedo ante la posibilidad de que mis ojos también destellaran lo que veía en los él?

Volvió a ascender agasajándose con mi piel caliente. Mis pezones ya estaban endurecidos y lo recibieron con desespero. Me permití sentir su caricia, su tacto delicado, el calor de su boca, la intensidad de sus dientes presionándolos y logrando que mi entrepierna vibrara y se mojara aún más.

Una de sus manos se escabulló lentamente rozando mi piel al punto de quemarme.

—¡Dios! —gimoteé cuando su mano alcanzó mis pliegues empapados.

Dos de sus dedos patinaron en mi entrada y su pulgar empezó a hacer movimientos comprimiendo y soltando mi clítoris, haciendo que el aire huyera de mis pulmones.

—Joder, estás tan mojada. —Siseó con las pulsaciones a mil.

Me lamí los labios. Llevé mis manos a su abdomen y hundí mis uñas en él. Volvió a mí y gruñó en mi boca. Sus dedos realizaban un movimiento lento, pero profundo e intenso en mi entrada. Era un vaivén perfecto y delicioso.

Sentí como nuestros labios se fusionaban como dos piezas únicas que fueron creadas para estar juntas. Noté como sus dedos abandonaron mi entrepierna. Cómo esa misma mano se dirigía a su pantalón y liberaba su falo endurecido.

En menos que nada mis paredes vaginales se extendían recibiéndolo con gusto. Su falo se escurría con facilidad gracias a mis jugos.

—¡Elizabeth! ¡Dios, Elizabeth! Me estás volviendo loco. —Sus caderas rebotaban contra mis nalgas.

Sus movimientos empezaron a acelerarse, no de forma brutal como siempre lo hacía, pero sí de forma profunda, aguda, intensa y exquisita.

Clark me miraba a los ojos mientras nuestros cuerpos se mecían a un mismo ritmo. Como si bailáramos una danza erótica creada solo por nosotros. Era la primera vez que hacía algo así. Sus ojos eran como un imán, no podía apartar la mirada de ellos. Su rostro se contaría con nuestros

movimientos. Mi corazón latía a un ritmo caótico al igual que el de Clark. Mis labios estaban entreabiertos y los suyos estaban remojados.

—¡Clark! —Volví a gemir su nombre apreciando los detalles de sus gestos.

Llevó su mano a mi rostro y apartó la maraña de pelo que abordaba un lado del mismo. Se cernió sobre mí y hundió sus labios en mi cuello dejando restos de saliva que se sentían como lava ardiente. De nuevo su lengua impactó con la mía y joder... era maravillosa.

Alcé más mis caderas y en respuesta sus movimientos se intensificaron provocando que mi espalda se curvara. Un jadeo involuntario me atravesó con furia la garganta. De la boca de Clark salía un bufido ronco que me aceleraba todavía más las pulsaciones. Mis uñas se enterraron en la piel de su espalda. Su cabeza cayó sobre mi hombro y la mía se echó atrás. Abrí la boca y moví mis caderas de forma intensa, punzante y con premura. El salón se inundó de jadeos, gruñidos y el sonido de nuestros nombres pronunciados sin aire cuando nuestros cuerpos se fundieron en un orgasmo que arrasó con todo.

Mi cuerpo aún temblaba bajo el suyo cuando las preguntas volvieron a atascarse en mi interior.

Cerré los ojos, alcé mi mano y acaricié su cabello. El peso de su cuerpo me aplastaba, pero por primera vez no me fastidiaba, todo lo contrario. Su olor era un deleite y la sensación de estar llena de él me adsorbía.

Me mordí el labio inferior y respiré como pude. No sabía qué acababa de pasar, solo era consciente de que era diferente a todas las veces a las que nos habíamos acostado.

Clark se apartó de mí y se sentó en el otro extremo del sofá. Se frotó la cara y me miró, solo me miró. Tragué saliva cuando no capté ni una sola expresión en su rostro.

Me incorporé cogiendo mi ropa y corrí como una chiquilla por las escaleras. Si te lo preguntas yo tampoco sé por qué, pero no me iba a quedar allí como si fuera una mujer que necesitaba la aprobación de un hombre para sentirme bien. Acababa de correrme y había sido maravilloso, era todo lo que necesitaba para relajarme y lo había conseguido. No era necesario esperar que dijera algo.

Entré al cuarto de baño con el fin de darme una ducha rápida y dormir, necesitaba dormir. El agua empezó a destilar por mi cabeza hasta humedecer toda mi piel.

Apreté los ojos y levanté la cabeza para que el agua acariciara mi rostro. De pronto sentí unas manos en mi cintura y casi me infarto.

—Si quieres quedarte viudo antes de la boda sigue así y lo conseguirás. —Aunque pareciera una broma, lo dije muy en serio.

Clark giró mi cuerpo y pude ver su sonrisa ensanchada.

—Yo solo quiero ayudar a mi futura esposa a ducharse.

—¿Qué estás haciendo, Clark?

—Ya te lo dije.

—Me refiero... me refiero a lo que acaba de pasar.

Se tronó el cuello e inspiró.

—¡Lo sé!

—¿Y?

—Escucha, Elizabeth. —Me acercó un poco más—. Yo tampoco tengo respuestas, ¿vale? Solo... solo pasó.

—¡Vale! —Me di por vencida, no iba a lograr nada, lo sabía.

Me volteé para seguir duchándome y en cuanto lo hice mi cuerpo chocó contra la pared. Clark me había llevado hasta allí, tenía la palma de su mano envuelta en mi cuello y la otra apretando

mi vientre bajo.

—Sé que he sido delicado hace un momento, pero lo siento, ahora voy ponerte en cuatro y a follarte. Voy a azotar ese precioso culo hasta ponerlo rosado y voy a correrme dentro de ti tantas veces que terminarás por pedirme que pare.

Me quedé si aire al escuchar sus palabras y sentir su polla frotarse con mi trasero no me ayudaba. Me empapé de inmediato.

—¡Maldito Holland! —Fue lo único que pude decir antes de que inclinara mi espalda y su pene me atravesara el cuerpo como animal rabioso.

Esa madrugada Clark volvió a ser el mismo de siempre, una fiera salvaje, un hombre posesivo y exigente, pero aunque me fascinaba esa parte suya, no podía negar que lo que había pasado tan solo un rato antes me había sacudido. Había logrado que algo tronara dentro de mí y su eco rebotara con fuerza por todo mi cuerpo derrumbando barreras que no sabía que tenía.

Esa madrugada supe que Clark Holland era una de esas personas de las que mi madre me había hablado, de esas que dejan huellas por fugaces que sean. Lo peor de todo es que hay huellas que queman, que se adhieren a la piel con saña y no se quitan ni siquiera con el tiempo, y es que hay huellas que ni arrancándonos la piel se borran y algo me decía que él era una de ellas.

Capítulo 53

Beth

El tiempo siguió corriendo tan rápido que me dieron ganas de amarrarlo para que no se escapara. Era imposible, incluso las horas parecían agitarse en el aire y desaparecer sin más.

—Todo va estar bien. Tómalo como un trabajo bien remunerado —dijo Ray a mi lado, mientras caminábamos en medio de la multitud del parque de diversiones con un algodón de azúcar púrpura que empezaba a deshacerse en mis manos.

No dije nada. Solo seguí el paso masticando cada una de sus palabras. Clavándolas en mi pecho para convencerme de que él tenía razón. Pero no pude, empezaba a odiar ese «todo va a estar bien» que últimamente escuchaba a menudo.

Pasamos por un bote de basura y me deshice del algodón de azúcar. No me cabía más nada en el estómago. Llevábamos dos horas revoloteando en todas las atracciones y comiendo porquería.

De repente sentí la mano de mi mejor amigo tirar de la mía. Ray parecía chiflado mientras me conducía a paso rápido hacia una colina del otro lado del parque. En otro momento y con otra persona me hubiese quejado, pero él siempre parecía saber lo que necesitaba.

Cinco minutos después mi corazón galopaba con frenesí dentro de mi pecho. El cabezón de Ray me había hecho correr. Me llevé las manos a la rodilla buscando un descanso.

—Me voy seis meses de casa y cuando vuelvo eres una floja que se cansa con una pequeña carrera. ¿Has dejado de ir al gimnasio? —preguntó divertido y cruzado de brazos frente a mí.

Lo odié porque él parecía no haberle afectado el trote. Estaba relajado y su respiración era normal.

—¡Capullo!

—¿Por qué? ¿Porque yo si me ejército y tú ya no?

—Sí me ejército, voy cuantas veces puedo al gimnasio.

Mentí. Desde que conocí a Clark apenas había podido ir algunas cinco veces.

—No me mientas, no estás yendo. Sino no estuvieras tan tensa.

—Pues es cierto, no estoy yendo, pero sí hago ejercicios, créeme, quemo más calorías follando con Clark que en esas máquinas.

—¡Golosa!

—Oh sí, sí que lo soy.

El moreno frente a mí soltó los brazos y se echó a reír. Dos segundos después, sin que pudiera evitarlo, yo lo imité. Nuestras risas se unificaron en el aire de la noche y nos costó un mundo dejar de reír como dos dementes.

—¿Qué te preocupa? —preguntó minutos después, pasando su mano sobre mis hombros e invitándome con un gesto a sentarme sobre el pasto. Lo hice.

—No me preocupa nada —volví a mentir, aunque para nada. Nunca nadie me conoció mejor que él.

—Habla o te haré tantas cosquillas que no podrás parar de reír.

Me mordí la mejilla por dentro conteniendo una sonrisa.

—Soy yo, Beth, cuéntame.

Dejé caer mis hombros y resoplé. Por un momento no dije nada, solo me quedé viendo el paisaje que tenía en frente. La colina no era muy alta pero la imagen del parque se veía fenomenal. Las luces y el trajín de la gente riendo, comiendo, jugando y hasta bailando, era caótico y a la vez relajante.

Tantas historias caminando de pie, sujetándose de lo que podían para no caer. Sonriendo

aunque muchas estaban hechas trizas por dentro. Niños sujetando las manos de sus padres, creyendo en los cuentos de hada cuando el mundo real se asemeja más a una película de terror. Era agotador solo de ver tanta gente correr y a la vez, de alguna forma, me regalaba una pequeña esperanza de que el mundo podía ser mejor.

La verdad no tengo una puta idea de porqué en ese momento mi mente se sumergió en tantas cavilaciones, tal vez solo quería escapar de mi realidad.

Ray aún tenía su mano sobre mis hombres. Solté el aire y apoyé mi cabeza en la mitad de su pecho. Escuché los latidos acompasados de tu corazón y sentí que cada uno de ellos me daba fuerza para responder.

—Voy a casarme, Ray... mañana voy a casarme.

Lo dije como si apenas me daba cuenta. Como si siguiera sin poder creerlo. Mi mejor amigo tomó mi mano y la apretó, luego, de una forma serena, empezó a hablar:

—Estoy aquí, siempre lo he estado y siempre lo estaré. —Besó la coronilla de mi cabeza—. Si mañana quieres casarte yo te acompañaré al altar como me lo pediste, pero si ahora mismo quieres que tomemos el auto, busquemos a Addy y nos vayamos de aquí tan lejos como podamos, lo haré.

—¿Abandonaremos a Theo? —bromeé, aunque tenía el corazón encogido.

Aun sin estar mirándolo a la cara supe que sonrió.

—Claro que sí, es mi oportunidad de librarme de él.

Mi pecho se agitó porque una carcajada brotó de lo más profundo. Era cierto que no podían estar juntos y que siempre que Ray estaba cerca de su hermano este lo ponía de mal humor, pero lo adoraba. Ray nunca lo abandonaría.

—¿Y si me arrepiento cuando ya esté delante del ministro?

—Pues entonces haremos como en las películas, te tomaré de la mano y saldremos corriendo. Si Clark intenta detenernos le romperé la cara y nos fugaremos... —hizo una pausa y luego rio—. ¡Joder! Parecerá que te escapas con un amante. Eso será interesante.

Alce la cabeza y lo miré a la cara. Llevaba una de esas sonrisas brillantes, divertidas, suyas. Entonces rompimos a reír como cuando éramos niños, como cuando nos sentíamos en las nubes y gritábamos al mundo que éramos los mejores amigos. Reímos como si el tiempo nunca hubiese pasado. Como si yo fuera esa pequeña cobriza de cuatro años que conoció peleándose con una niña en el colegio y que intentó defender aunque era yo la que iba ganando la pelea. Reímos como si nada doliera, como si nada nunca nos hubiese hecho daño, como si las cicatrices no estuvieran allí, tatuadas en nuestras almas.

Entonces me estrechó contra su pecho y yo lo abracé con fuerza. Me quedé allí, dejando que el mundo girara a nuestro alrededor. Cerré los ojos y disfruté de aquel abrazo que no era como ningún otro. Amaba a Addy, quería a Rocco e incluso al tonto de Theo, y cuando los abrazaba me sentía feliz de tenerlos, pero Ray, solo él me conocía de verdad, solo él me había visto en mis mejores y peores momentos. Solo él era capaz de ver las heridas que yo ni siquiera sabía que tenía y como si supiera lo que estaba pensando, habló así, sin dejar de refugiarme en sus brazos.

—Dios, Beth. ¿Cuándo soltarás por fin tanta carga? ¿Cuándo lo dejarás salir?

Inspiré hondo y apreté más mi agarre a su cintura sin querer separarme. Ray solía decir que yo era una caja fuerte humana que me guardaba las lágrimas y el dolor. Siempre me reí de sus palabras, de su manía de querer cuidarme como si fuera frágil. Esa noche no dije nada, no

repliqué, solo me quedé en silencio sintiendo el punzar intenso de mi corazón taladrando mis costillas.

Él era mi lugar seguro, los brazos que nunca me soltarían sin importar las veces que me equivocara. La mirada de cariño que jamás se apartaba aunque estuviese enojado. Ray siempre sería ese niño moreno de ojos dorados que quiso protegerme cuando ni siquiera lo necesitaba. Ese amigo que no me dejó sola cuando mi madre murió aunque le grité que me dejara en paz. Siempre sería ese que le pateó el culo a su propio hermano solo porque pensó que me hizo daño acostándose con otras personas. Ray siempre sería Ray, mi mejor amigo, mi hermano de vida, la sonrisa que siempre querré ver aún en los días en lo que el mundo me sepa a mierda y odie a toda la humanidad.

***

Una vibración constante me despertó. Otra vez estaba sobre el pecho de Clark. Habíamos dormido así desde ese miércoles cuando me desaparecí y él se preocupó. No sé por qué, pero desde ese día algo había cambiado entre los dos. No habíamos vuelto a acostarnos y tampoco coincidíamos mucho. Durante esos últimos dos días el trabajo fue arduo sobre todo por el comercial que fue filmado en tiempo record cerca del muelle Buloff. Me hubiese gustado volver a ver a Mario, pero no se pareció por allí en ningún momento. Además, aunque no quería, tuve que también encargarme de algunas cosas de la boda.

Llegábamos muy tarde a casa y todo se sentía raro aunque nos mirábamos constantemente siempre que estábamos en el mismo espacio, pero nada más que eso. Clark seguía pareciendo atormentado por algo y a mí todo me irritaba.

Esta mañana lo miré más de lo quise. Parecía tan sereno. Tan guapo. Volví a preguntarme por milésima vez cómo podía existir alguien así. Cómo no había un solo defecto en su rostro o en alguna otra parte de su cuerpo. Cómo rayos un hombre así podía parecer tan perfecto y al mismo tiempo ser un idiota cuando se lo proponía.

Mi pecho se agitó con desenfreno cuando mis pulsaciones se aceleraron. Era el cumpleaños de Clark y también nuestra boda, pero algo seguía sacudiéndose dentro de mí desde el día en que estuve en sus brazos de esa forma tan sublime y no era que me gustara el sexo lento, era que me gustaba el sexo con él, de todas maneras y en todas las poses. ¡Joder!

Me aparté y cogí mi móvil que estaba en la mesa de noche. Ya había dejado de vibrar pero volvió a hacerlo en cuanto lo sostuve. Rodé los ojos cuando vi el número de Theo en la pantalla. Caminé unos pasos hasta la cristalera para no despertar a Clark. Descolgué un segundo antes de perderme en la majestuosidad de la vista que tenía en frente. El sol se levantaba con apuro como si tuviera prisa por conducirme al altar.

—Por Dios, ¿me estás escuchando o no?

Di un saltito en mi lugar del susto. Theo parecía furioso del otro lado de la línea.

—Sí, te estoy escuchando, deja el drama.

—¿Drama? Son las ocho de la mañana y no has venido al hotel. Tenemos un mundo que hacer, Beth.

Fruncí el ceño. ¿Se había vuelto loco?

—Espera... ¿pretendes que vaya a estas horas para arreglarme? Si la boda es a las cuatro de la tarde.

—Como se nota que no te has casado nunca, es una locura. Además, deberías estar saltando,

vas a casarte con el hombre más guapo del mundo mundial.

Resoplé. Lo que menos necesitaba era escucharlo. Era irritante.

—Voy a colgarte.

—No te atrevas, Beth.

—¡Adiós!

—¡Beth...!

Colgué y sentí que el agobio se apoderó de mí. Estiré un poco más la cortina para apreciar lo diminuto que se veía todo desde allí. Lo irónico es que yo también me sentía pequeña.

—¡Buenos días! —dijo mi futuro esposo y ni siquiera me moví cuando se posó detrás de mí, llevó sus manos a mi cintura y hundió su rostro en mi cuello inspirando hondo. Solía hacer eso a menudo y para qué mentir, me gustaba.

—Buenos días —mascullé sin mucho ánimo.

Levanté mis brazos y me abracé a mí misma como si quisiera protegerme de él.

—¿Estás bien? —cuestión girándome para verme a la cara.

Sonreí sin entusiasmo.

—Lo estoy... feliz cumpleaños.

Vi como las curvas de sus labios se elevaron. Quizá no se esperaba que yo lo recordara.

—Gracias.

Sentí las yemas de sus dedos hacer trazos sobre mi rostro. Como si lo dibujara o como si intentara memorizar cada detalle del mismo. El corazón se me agitó y sentí unas nauseas terribles. Me aparté de prisa y corrí al baño. Allí volqué todo la porquería que había comido la noche anterior con Ray en el parque de diversiones.

Quise golpearme por haber comido cada cosa que se me puso en frente. Me dejé caer en el suelo y me apoyé sobre el escusado, lo sé, era un asco, pero me sentía fatal.

—Dios, ¿estás bien? —La voz de Clark me hizo levantar la mirada y allí estaba, con expresión preocupada, con el torso desnudo, vestido solo con unos pantalones de algodón.

Probablemente tengo problemas psicológicos porque su amabilidad y preocupación me ponían de los nervios.

—¿No dijiste que tenías un trabajo por adelantar?

Frunció el ceño.

—Sí, pero me quedaré.

—No lo hagas por mí.

Me levanté, me enjuagué la boca y le pasé por el lado. Ni siquiera me detuve a lavarme la cara. Quería estar sola.

Me fui a la terraza y dejé que el aire fresco de la mañana me cubriera. Me apoyé sobre el borde de la pared de cristal que bordeaba el espacio y me perdí en el paisaje; tan tranquilo y a la vez extenuante y caótico, pero me quedé allí, sumergida en mis pensamientos.

Mi móvil había sonado varias veces más pero ni siquiera lo miré. Necesitaba ese espacio. Me sentía de mal humor y molesta, lo peor es que en realidad todo ello lo sentía por mí. Por mi culpa.

Un rato después Clark se apareció con una bandeja de desayuno y una flor en la mano, apenas lo miré. Joder, es que sentía que llevaba una tonelada de piedras en la espalda.

Se suponía que todo debería ser fácil, pero no lo era. Tenía un pálpito incesante dentro de mi

pecho, una inquietud atravesándome el cuerpo y no podía controlarlo.

—Gracias, pero no tengo hambre —me dejé caer un mueble de exterior.

—Tienes que comer. —Se sentó a mi lado y me extendió la flor roja que llevaba en la mano.

La tomé y en nanosegundos supe que llevaba su perfume. Se me escapó una leve sonrisa.

—¡Gracias!

Volví a fijar mi mirada a lo lejos. Clark dejó la bandeja en una mesa que nos dividía y luego clavó sus ojos en mi perfil, podía sentirlo y por primera vez eso me molestaba.

Por Dios, si ni yo misma me aguantaba. Todo el estrés y agobio de lo que es una boda me había caído encima en un solo día.

—Elizabeth, me preocupas, ¿estás bien? —volvió a preguntar.

—Lo estoy.

—No pareces.

—Pues lo estoy y punto.

Me tensé. Miré al cielo y sentí que este quería aplastarme como mosca. Miré la rosa en mi mano y me pregunté qué estaba haciendo. Si tenía tiempo para arrepentirme y en qué pasaría si huía como Ray me lo había propuesto. ¡No! Tenía que hacerlo, lo sabía, pero mierda... me sentía fatal.

—¿Por qué eres así tan...?

—¿Tan segura? —Lo miré—. Estoy bien, Clark.

Él parecía tan relajado mientras yo era una bomba a punto de estallar. Su actitud me ponía peor. Era como si quisiera que peleara conmigo y él no parecía estar dispuesto a hacerlo.

—Iba a decir engreída y un poco grosera, pero eso funciona —lo miré mal, pero no me hizo caso y siguió—. La mayoría de las personas tienen inseguridades y miedos y tú no pareces tenerlas o al menos no lo admites.

—Me pintas como si fuera perfecta.

—No he dicho eso, tienes un carácter de mierda cuando...

—¡Capullo! —lo insulté y sonrió como si lejos de molestarle mi comentario le hiciera gracia.

—No has contestado a mi pregunta.

Lo miré un segundo y luego aparté la mirada. Llené mis pulmones de aire y luego respondí.

—Soy preciosa, inteligente, tengo un buen trasero y soy una diosa en la cama, ¿por qué tendría que ser insegura?

—Humilde, además —ironizó divertido.

—Escucha... —Lo miré a la cara—. Sé que no soy perfecta y como bien dices, tengo un carácter de los mil demonios cuando me enfado, pero sé quién soy y lo que valgo, y lo que los demás opinen de mí no cambiará eso.

—Sabias palabras, futura señora Holland — soltó tranquilo. Rodé los ojos de fastidio—. ¿Qué? ¿De verdad no te gusta mi apellido?

—No, si a ti te queda estupendo, pero yo prefiero el Shaine.

—¿Vas a perderte el prestigio que conlleva tener mi apellido? —peguntó con media sonrisa.

—Y hablando de humildad —ironicé—, tú te llevas el premio, ¿no? —Me incorporé para volver dentro.

No quería escuchar ni decir nada más. No me apetecía nada, estaba insoportable y no era más porque no quería casarme. No quería hacer algo por un contrato.

—Elizabeth. —Me tomó por el brazo—. Yo solo bromeaba, no te vayas. Estamos hablando ¿No?

—No me interesa tu apellido, Clark. —Me solté de su agarré, pero me volví a sentar, él también lo hizo—. Hablas de que soy demasiada segura para tu gusto...

—Yo no he dicho eso.

—...pero tú eres el retrato vivo de la petulancia y la engreidez. Crees que eres el rey de esta ciudad y que puedes hacer lo que te apetezca...

—¿Cuándo dije eso? —Se tensó.

—...pero para mí no eres más que otro guaperas con dinero, nada más.

Se quedó mirándome confuso. Era evidente que intentaba procesar lo que le había dicho y que sopesaba su respuesta.

—Bien, señorita Shaine. Según usted solo soy un hombre guapo con dinero. Creía que en estos últimos días había conocido un poco más de mí, pero bueno, es su perspectiva, lo respeto.

Se levantó y empezó a caminar rumbo al baño.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—A cambiarme para ir a trabajar —contestó sin dejar de avanzar, yo lo seguí.

—Dijiste que te tomarías la mañana.

—He cambiado de opinión. —Me echó una mirada que no supe descifrar y luego se metió al cuarto de baño.

Cuando desapareció de mi vista me tumbé sobre la cama mirando el techo. Me pregunté si la había cagado con Clark, él solo intentaba ser amable y yo estaba siendo una bruja.

Un pálpito extraño seguía calándome los huesos. Era como si supiera que algo iba a pasar y no me equivoqué. Un rato después cuando Clark se había ido decidí ir al hotel a prepararme. Ya eran las once y Theo no paraba de llamarme al igual que la intensa de mi hermana. Ray solo me había enviado un mensaje diciéndome que la fuga seguía en pie si así yo lo deseaba. ¡Sonreí!

Me preparé con ropa casual y salí de ese lugar que de alguna forma ya era mi casa, pero antes de llegar al hotel en donde sería la boda, decidí comprarle un regalo a Clark por su cumpleaños. Buena idea ¿No? Pues iba a descubrir que no lo sería tanto en cuanto llegara la hora de entregárselo.

Como suele decir Ray, el mundo es redondo pero nosotros vivimos la vida a cuadros y a veces hasta en triángulos. La verdad nunca entendí ese dicho, pero imagino que quiere decir que nosotros elegimos cómo vivir. Yo ya había elegido y mientras atravesaba la puerta de ese hotel, un grito ahogado de mi conciencia me repetía una y otra vez que me estaba equivocando, pero ¿qué somos los humanos sin los errores?

Capítulo 54

Clark.

Dejé el móvil sobre el escritorio y me froté el puente de la nariz. Quería que todo saliera bien. Quería que Elizabeth fuera feliz, que todo fuera de su agrado. Algo bastante irónico debido al hecho de que justo yo le haría daño.

Antes de conocerla me sentía mal por ella porque era una inocente en medio de mis planes, pero después de que llegara a mi vida, de que me pusiera de los nervios con su carácter y que me estrujara el alma cuando sonreía... joder, todo era tan distinto. Deseé poder retroceder el tiempo y que las cosas fueran diferentes o al menos poder mandar al diablo mis planes y hacer las cosas de otro modo, pero no podía, había demasiado en juego y eso incluía la libertad de mi padre.

Cada día me pesaba más el tener que utilizarla y aunque sabía que todo debía seguir en marcha, algo me golpeaba desde dentro cuando imaginaba a Elizabeth odiándome, esa imagen era de lo más perturbador.

Volví a coger el móvil cuando vibró de nuevo. Por un instante creí que era Emily, pero no, era otro jodido mensaje de felicitación por mi cumpleaños. Me resultaba extraño que mi mejor amiga no me hubiese llamado y tampoco se había aparecido. Empezaba a preocuparme, Emily era una pesadilla pero necesitaba saber que ella estaba bien para yo poder estarlo, y como si leyera mi mente apareció por la puerta como un volcán haciendo erupción.

Me puse de pie en cuanto la vi. Su rostro estaba enrojecido y sus facciones contraídas. Era la imagen de una Emily furiosa como nunca. Antes de que pudiera decir algo, vino a mí y estrelló una carpeta sobre la madera. No hizo falta que la abriera porque las fotos se regaron por doquier. Me dejé caer en mi sillón y me pasé la mano por el rostro sabiendo lo que se venía. Ante mí estaba la prueba de mis verdaderas intenciones con Elizabeth y mi mejor amiga lo había descubierto. Lo prometió y lo hizo.

—¿Qué mierda te pasa? —espetó furiosa golpeando el escritorio.

Me armé de paciencia para poder responder. La conocía como a nadie y no se iba a conformar con ninguna explicación, sobre todo porque sabía que ella ya había acomodado las piezas del rompecabezas.

—No te metas...

—¿Qué no me meta? —Rio con sarcasmo—. Por Dios, Clark. La estás utilizando. Me dijiste que solo era porque tu abuela quiere que te cases y porque ella tiene carácter, pero no es solo eso. Estás jugando con ella, con sus sentimientos.

—No exageres. Solo serán algunos meses. Estará más que encantada cuando vea que la farsa acabe mucho antes de un año y que tendrá su dinero. —Eso ni yo me lo creía.

Puso las manos en jarra llena de frustración, luego sonrió con amargura.

—¿Eso es lo que crees? —No respondí, solo seguí mirándola—. Pues como se nota que no le has prestado atención. Esa chica no le interesa tu dinero, lo hace porque de seguro la amenazaste con algo del contrato o porque tiene palabra, ¿me equivoco?

No, no se equivocaba, la amenacé en el hospital con destruir la agencia, pero no lo admitiría.

—Por Dios, Clark. —Se inclinó sobre la mesa clavando con rabia sus ojos sobre mí—. Te vas a arrepentir de esto. No lo hagas.

—¡Suficiente! —Me puse pie—. Hoy me casaré con ella y llevaré a cabo mis planes. Elizabeth estará bien.

—No es cierto, no lo estará. Ella está sintiendo cosas por ti y tú por ella. Cuando sepa que la utilizaste de este modo te odiará y no podrás culparla.

—Lo sé y no me importa porque no siento nada por ella. —Tragué saliva y sentí que me quemaba la garganta—. Cuando todo termine tendrá suficiente dinero para largarse si quiere y olvidarse de mí.

—¿Y tú? —Me miró con una expresión que no entendí—. ¿Qué va a pasar contigo?

—Habré logrado mis objetivos. Haré pagar todo lo que le hicieron a mis padres y a mí.

—¿Crees que será suficiente?

—Lo será...

—No, no lo será, ¿sabes por qué? Porque no la tendrás a ella.

—No dramatices, Elizabeth solo es un buen polvo. —No sé si quería convencerla a ella o a mí. Me senté de nuevo y la vi sonreír negando con la cabeza.

—¡Qué ciego estás! Te conozco como nadie y desde que los vi juntos la primera vez, lo supe. Esa chica no solo te gusta sino que te estás enamorando de ella —Aseguró y aparté la mirada—. Corrección, estás enamorado de ella y la perderás—. Inspiró hondo y apretó los ojos un instante —. Anda, dile la verdad, estás a tiempo aún. Si le dices las cosas te va a entender. Sé que eres un imbécil cuando te lo propones, pero no eres mala persona. Solo te estás dejando llevar por la rabia y el dolor. —El tono de su voz se suavizó.

Me froté la frente cansado de una conversación que no llegaría a ninguna parte.

—Emily, es suficiente. Voy a hacerlo y punto. Ya no hay vuelta atrás.

Me miró por unos segundos. Luego dejó caer los brazos y los hombros, rendida.

—Bien —dijo con la voz suave pero firme—. Te conozco y sé que no vas a cambiar de opinión, pero soy tu amiga y te quiero, así que debo advertirte algo.

—¿Qué? —pregunté al ver que hacía una pausa prolongada.

—Le harás daño a Elizabeth, pero por lo poco que la conozco sé que es fuerte y se recuperará, en eso tienes razón, sin embargo tú no lo harás. Tendrás que vivir con la carga de haber estropeado algo bonito. Algún día te odiarás por haberla perdido y querrás devolver el tiempo y no podrás. Entonces te acordarás de mí y me maldecirás porque tenía razón y ese, justo ese será el precio que tendrás que pagar por hacer la «justicia» que tanto quieres.

No me dejó replicar, aunque tampoco sabía qué decir, solo se giró y se fue estrellando la puerta. Yo me quedé mirando por donde salió sintiendo como la rabia empezaba a correr por mis venas.

Maldije a Emily por haberlo descubierto. Sus palabras hacían eco en mi cabeza. Más que una advertencia parecía un maldito hechizo. Sentí que la sangre me hervía, que mis extremidades se entumecían y que el cuerpo entero se me prendía en llamas.

Apreté las manos sobre el borde del escritorio queriendo contenerme, pero todo se fue a la mierda cuando Lily entro por la puerta con un arreglo de flores que solía enviar mi abuela. ¡Mi abuela! Ella iba a pagar caro.

—¡Sal de aquí! —le exigí a mi secretaria antes de que dejara las flores.

—Sí, solo voy a dejarlas aquí y...

—¡Que te largues! —grité.

Todo lo que había sobre mi escritorio terminó salpicando en el suelo, incluyendo las flores que Lily pretendía dejar. La vi salir corriendo vuelta un manojo de nervios, pero me importaba una mierda. Lo único que me importaba era ella, la mujer de cabello cobrizo y ojos grises que no se apartaba de mi mente.

—¡Elizabeth! —gruñí su nombre sintiendo que me pateaban el estómago.

Emily lo había estropeado todo, había disparado una bala que se alojó en mi pecho y lo peor de todo era que el día apenas comenzaba y quedaban muchas armas apuntando hacia mí y hacia

la cobriza, listas para disparar.

¿Cuánto me iba a costar la osadía de haberla atraído a mí con el fin de dañar a quienes me dañaron? Mucho, de eso estaba seguro.

Capítulo 55 parte 1

Narrador en tercera persona

Los rayos del sol parecían querer agrietar el cristal de la ventana del cuarto de hotel en el que se encontraba Beth. La imagen del caos de la ciudad yacía ante ella. Era la una treinta de la tarde y a pesar de ser el último día de verano la brisa empezaba a ser fresca.

No sabía por qué, pero el latir de su corazón no había podido normalizarse en lo que iba de día. El ajetreo de la boda se escuchaba a su espalda pero Beth estaba sumergida en sus pensamientos. Theo y una chica que había traído para que le ayudara, tenían toda la habitación llena de accesorios y maquillaje.

El vestido blanco con bordados en los costados reposaba sobre la amplia cama de la *suite*. La cobriza se llevó una mano al pecho cuando sintió que unos brazos fuertes la rodearon.

—Entonces qué, ¿nos fugamos?

—Joder, Ray, casi me matas del susto.

El chico de ojos almendra se echó a reír aún con el mentón sobre el hombro de su mejor amiga y rodeándola por completo.

—Supongo que eso es un no.

Beth resopló, a veces resultaba extraño que Ray la conociera tanto. Aunque no le molestaba. Se sentía segura junto a él. Aun así no respondió, solo echó la cabeza hacia atrás y la dejó caer sobre el hombro de su mejor amigo.

—Escucha —susurró Ray —. Quiero que te relajes, que disfrutes esto como si de verdad fueras una novia como cualquier otra. Sé que no me lo vas a admitir pero Clark te gusta y mucho. Así que deja las dudas y las peleas, porque has estado insoportable.

—No es cierto.

—Sí lo es. Por eso te llevé a ese parque de diversiones anoche. Pareces un animal enjaulado. Estoy seguro de que tú y Clark discutieron hoy y seguro por tu culpa. En serio estás que no te aguantas, querida amiga.

—No es cierto.

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Ya cállate o te golpearé!

—Ves, sí lo estás.

Su risa lo inundó todo y Beth luchó por no imitarlo, pero una sonrisa le bailó en los labios.

Cinco minutos después Theo se acercó como un torbellino furioso. Vociferaba sobre que su ex era una irresponsable y que se veía demasiado tensa. Incluso se ofreció para echar un polvo que la relajara por lo que casi termina con un golpe en la cara a manos de su propio hermano.

Antes de las dos de la tarde Elizabeth estaba sentada frente a un espejo con un montón de maquillaje rodeándola, con Theo y su ayudante enloqueciendo y con un Ray agobiado que abandonaba la *suite* para ir prepararse. Clark había pagado por varias habitaciones a disposición de Beth y sus amigos. Addy se preparaba en una de esas habitaciones después de atormentar a su hermana por casi una hora sobre lo genial que era su prometido.

Mientras tanto, Clark arribaba al hotel en el asiento de atrás del coche conducido por Julián quien lo miraba inquieto por el retrovisor.

—¿Todo bien? —preguntó el último.

Clark no respondió. Se limitó a mirar por la ventanilla del coche sintiendo que no respiraba del

todo bien. De un tirón se quitó el nudo de la corbata y la dejó allí colgando. Seguía pensando en las palabras de Emily y se preguntaba si su única amiga iría a la boda a pesar de todo.

****

El correteo de los niños en el parque parecía una buena idea para distraerse, pero no lo estaba siendo. Emily estaba allí, sentada en un banquillo pensando en el hombre que veía como su hermano.

Tenía la cabeza hecha un lío. Sabía que contarle a Beth lo que había descubierto era lo correcto. Sin embargo no podía. Clark era su amigo y la persona más molesta del mundo pero también la que más quería.

Un par de lágrimas llena de frustración le adornaron las mejillas. Se llevó las manos al rostro y gruñó sobre ellas. Le dolía lo que estaba pasando, sobre todo porque sabía que él se iba a arrepentir y porque conocía lo suficiente a Elizabeth como para saber que nunca lo iba a perdonar. Ella tampoco lo habría hecho.

El móvil le sonó en el bolsillo, pensó que sería Clark pero la imagen de Ray en la pantalla la sacó de su confusión. Sintió que una ligera brisa fresca le acariciaba el alma. Ese chico de piel canela se le estaba colando por todas partes. Era dulce, encantador y bueno en la cama, se habían liado un par de veces en esos pocos días.

De pronto sintió que le tembló el pecho cuando un pensamiento le cruzó por la cabeza. Cuando Ray supiera lo que Clark estaba haciendo con su mejor amiga la odiaría a ella y con justa razón. Un sabor amargo le emergió sobre la lengua, la idea de no verlo más no le era grata. Nunca fue el tipo de mujer que se colaba por un hombre tan fácilmente, pero Ray era especial y ella lo sabía. No contestó la llamada, no tenía cara para ello.

Tomó aire y miró al cielo como si esperara un milagro, algo que hiciera recapacitar a Clark, sin embargo sabía que nada de eso pasaría, Clark Holland nunca se retractaba.

***

Hora y media después Elizabeth se miraba al espejo enfundada en su vestido blanco que le quedaba perfecto. Ya estaba un poco más relajada con las palabras de su mejor amigo y por fin asimilaba que iba casarse. Sin embargo, seguía sorprendiéndose al mirar su reflejo. Era hermosa y lo sabía, pero al mirarse parecía que brillaba como si el vestido de novia le diera más vida.

Addy, en su habitación, cuadraba todo con su padre para una videollamada en donde este vería a su hija casarse con el hombre maravilloso que la menor de las dos Shaine le había pintado.

En el jardín del hotel de lujo Carassotta el aire olía a flores, lujos y a una boda que para algunos era solo un contrato, para Clark era la segunda etapa de su plan, para Ruth era una pesadilla y para otros solo era eso, una boda.

Todo estaba listo para la gran ocasión. Era una boda pequeña, pero elegante y sofisticada. Sería la boda del año si los círculos sociales se enteraran, sin embargo solo lo sabían unos pocos.

Más arriba, en la *suite* presidencial, Clark estaba sentado en el salón con la mirada en el aire. Ya estaba listo, vestido con un traje negro con corbata, camisa blanca y zapatos de vestir. Su cabello perfectamente peinado y afeitado. Se veía radiante, sin embargo no se sentía así.

Clark seguía pensando en Emily aunque su foco era ella, Elizabeth. La conversación de la mañana no era el problema sino el hecho de que no estaría tranquilo hasta que ambos dieran el sí. Necesitaba asegurarse de que esa boda se llevara a cabo o al menos eso era lo que se repetía, aunque debajo de su ego, de su renuencia a aceptar lo que sentía, había algo más, algo que si se

permitía escarbar podía salir a flote y nada ni nadie podría volver a enterrarlo.

Unos toques en la puerta llamaron su atención. Se levantó del sofá con la idea de que podía ser Elizabeth o Emily, pero al abrirla se encontró con una mujer con un vestido negro de encaje. Maquillada y peinada para la ocasión.

—Ruth, ¿qué haces aquí?

La trigueña se lanzó sobre Clark zampándole un beso en la mejilla y pasando por su lado como si nada. El castaño la miró con la rabia naciendo en cada parte de su cuerpo. Estrelló la puerta conteniendo las ganas de sacarla de allí, lo último que necesitaba era un escándalo y era consciente de que Ruth podía hacerlo solo por fastidiar. Bien dicen que una mujer celosa es capaz de cualquier cosa y Clark necesitaba esa boda sí o sí.

—Vine a hacerte tu despedida de soltero.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Podía sacarla de allí, pero no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

—Ruth, voy a repetirte la pregunta y espero que pongas a funcionar tus neuronas antes de responder. ¿Qué haces aquí?

Las palabras hirientes de Clark no le afectaron en lo más mínimo. Todo lo contrario, se tongoneó hasta él e intentó tocarlo, sin embargo él la esquivó yéndose contra una columna dónde recostó su espalda. La trigueña se paró en frente con las manos en la cintura haciendo un mohín.

—Por Dios, Clark, nos conocemos hace tiempo y desde hace un par de meses nos acostamos. No puedo creer que te vayas a casar con esa zorra.

—Deja de meterte en mi vida. Tú y yo no tenemos nada, deja merodear o no respondo.

Se hizo un silencio abismal.

***

Beth miraba el regalo que tenía en la mano desde hacía cinco minutos. Sentía cierto desazón por haber tratado mal a Clark en la mañana. Inspiró y sacó fuerzas para reconocer su error.

Salió de su habitación con su vestido blanco. Cualquier novia hubiese estado preocupada porque su futuro esposo la viera ya vestida antes de la boda, pero ella no era cualquier novia y tampoco creía en esas cosas.

¡Tal vez debió hacerlo!

Salió por la puerta decidida. Sonrió imaginando que sorprendería a Clark con el regalo que había comprado por su cumpleaños. Sin saber que ella sería la sorprendida.

***

—¿Y qué pasaría si decido publicar esta foto? —Ruth alzó la mano con el móvil en ella, mostrándole la fotografía que podía arruinar su boda.

Clark echó la cabeza hacia atrás y respiró profundo. Necesitaba controlar su impulso de estrangularla. Sabía cómo lidiar con ella y debía hacerlo antes de que lo estropeara todo. Después de la boda iba a ponerla en su lugar, pero antes necesitaba que Elizabeth firmara ese papel sin que la prensa se metiera en medio.

—¿Qué quieres? —preguntó Clark metiendo sus dos manos en los bolsillo de su pantalón y fijando su mirada en la mujer que sonreía victoriosa dando pasos lentos hacia él.

—Sabes lo que quiero, cariño —la voz sensual de Ruth sonó a centímetros del rostro del castaño, mientras llevaba sus dedos hacia las solapas del traje de Clark jugueteando con la tela fina.

Holland no se inmutó. Miró las uñas pintadas sobre su pecho y se vio tentado romperle un par de dedos, quizá así no fastidiaba tanto, pero solo sonrió conteniendo la ira que emergía de todo su ser.

Ruth se sintió satisfecha al ver la sonrisa del hombre al que tanto deseaba. Se había encaprichado con él, lo quería en su vida. No solo su dinero y su apellido, sino el cuerpo masculino con el que se había obsesionado. Se había acostado con otros, pero ninguno le había hecho sentir lo que él. Además, odiaba a la maldita que se lo había quitado y no iba a ceder tan fácil.

Clark la miraba preguntándose por qué mierda se acostó con esa mujer todas esas veces, si desde que June lo traicionó solo se follaba a las mujeres una sola vez y luego las dejaba fuera de su vida.

—Sé clara, Ruth. No tengo tu tiempo.

Al mismo tiempo que Clark y Ruth tenían aquella conversación, Beth salía del ascensor rumbo a su encuentro sin imaginar lo que estaba a punto de encontrarse.

—Quiero que sigamos viéndonos aunque estés casado.

Clark rio alto ladeando la cabeza por la osadía de la trigueña. Ella no imaginaba que se estaba metiendo en la boca del lobo y que ese atrevimiento lo pagaría muy caro. Nadie lo chantajeaba sin pagar las consecuencias. Sus manos seguían en sus bolsillos. Su espalda seguía recostada en la columna. Parecía relajado, aunque por dentro hervía como un volcán a punto de hacer erupción. Sin embargo era un hombre de sangre fría y ya encontraría el momento y la forma de hacerla pagar con creces.

Clark volvió a sonreír imaginando el momento de cobrarle aquella deuda, luego respondió.

—De acuerdo —aceptó sin que tuviera una idea de que alguien los observaba.

Del otro lado de la puerta a medio abrir y con el pomo en la mano, se encontraba una Beth furiosa y a punto de matarlos.

El muy imbécil le prohibía acercarse a cualquier hombre y además le había hecho creer que le importaba, pero estaba allí, aceptando verse con esa tarada después de su boda cuando le había prometido que eso no pasaría.

Su mano derecha se empuñó con más fuerza sobre la caja de regalo y la otra rasgó el pomo de metal con rabia. Se mordió los labios intentando contener la furia que la carcomía. Dejó de escuchar, todo empezó a parecer distorsionado, menos sus sonrisas y sus bocas tan cerca una de la otra. Sí, definitivamente quería matarlos...

Iba a abrir de un portazo, quería despellejarlos vivos y luego desechar las sobras de sus almas por el escusado, pero antes de que pudiera hacerlo, una mano fuerte la sostuvo de la cadera al tiempo en que la otra le tapaba la boca. Estaba inmóvil mientras esa mano la arrastraba hacia el comienzo del largo pasillo. Cuando la soltó y estaba dispuesta a encarar a quien lo había hecho, la cara de Ray apareció delante de ella.

—Ni se te ocurra entrar ahí y hacer lo que estás pensando —le advirtió el moreno.

—¿Y qué sabes tú de lo que estoy pensando? —Se cruzó de brazos llena de ira.

—Conociéndote diría que empujarlos por el balcón o desmembrarlos —bromeó, pero Beth no estaba para ello.

—Ese par de idiotas —señaló la única puerta al final del pasillo—, se están burlando de mí. No se los voy a permitir. —Intentó caminar arrastrando el vestido, pero una vez más las manos de Ray la detuvieron.

—¡Cálmate, Bety! Eres una mujer inteligente... Recuerda el contrato... un millón de euros.

—¡Quiero matarlos!

—Lo sé, pero ahora debes pensar con la cabeza fría, porque yo te ayudaría a pagar toda esa pasta, pero perdería toda mi vida en eso y no quiero. Bueno, lo haría por ti, pero tú elegiste y sé que te casarás pese a todo. No vale la pena lo que quieres hacer, al menos no ahora, así que te casas, permaneces un año casada y entonces sí, te juro que yo te acompaño a asesinarlos. —Ray sonrió intentando tranquilizarla.

Ella lo miró y luego respiró hondo, Ray tenía razón. Solo era un año, el tiempo corre rápido y debía pasar pronto. Ni siquiera debía importarle lo que Clark hiciera, después de todo era un matrimonio falso. ¿No? Entonces, ¿por qué le ardía la sangre de solo pensarlo metido entre las piernas de esa mujer desabrida?

Seguía de pie frente a su mejor amigo intentando acomodar sus ideas y sus emociones cuando a él le entró una llamada de Emily. Se disculpó para contestar y bajó las escaleras casi corriendo. Cuando la cobriza se quedó sola le dieron ganas de regresar allí y volverlos nada, pero se contuvo. Caminó hacia su habitación en el piso de abajo. Bajó por las escaleras con calma, si no podía respirar bien así, si se subía a un ascensor iba a ser peor. Ya suficiente tenía con la imagen que acababa de ver atorada en la garganta y envenenándole cada parte de su cuerpo. Sin embargo tenía una sola cosa clara, Clark Holland se las pagaría, tarde o temprano lo haría.

Capítulo 55 parte 2

Narrador en tercera persona

En el estacionamiento del hotel Carassotta un Rocco ebrio se tropezaba con sus propios pies. Se frotó la cara molesto y rabiaba porque necesitaba verla. Creía que podía dejarlo estar. Creía que después de tanto tiempo podía arrancarla de su alma. Rocco sabía que podía seguir sin tenerla, pero aparte del amor que sentía por ella, era su amigo y no podía vivir sabiendo que le había mentido. Necesitaba decirle la verdad y el hecho de que Ray, sin ser consciente de nada, le hubiese conseguido una invitación le facilitaba las cosas.

Unos minutos después se encontraba en el ascensor empinándose media botella de aguardiente y maldiciendo a Clark. Él no era lo que Elizabeth pensaba y Rocco tenía que hacérselo saber.

Las puertas del ascensor se abrieron dando paso al pasillo que conducía a la *suite* de Beth. Dio un traspié y casi cae al suelo, pero no lo hizo. Caminó unos cuantos pasos y terminó en la puerta que Ray le había informado luego de que el colombiano insistiera.

No dudó ni un segundo en tocar y la puerta se abrió casi de inmediato encontrando dentro el rostro de una Elizabeth furiosa que se relajó en cuanto lo vio. Ciertamente era la última persona que esperaba ver, sin embargo verlo siempre era algo que le hacía sentir bien.

—Rocco, ¿qué...qué haces aquí? —preguntó aún con el pomo de la puerta en la mano.

El colombiano sonrió a pesar de todo lo que estaba sintiendo y es que cada vez que la veía sentía que se le iluminaba la vida. No podía tenerla y tampoco la merecía, pero el hombre con el que se iba a casar era un bastardo hijueputa que iba a hacerle daño. Él podía sentirlo.

—¡Mi leona! —La miró de arriba abajo.

Se veía preciosa. Por un segundo se preguntó si era una aparición divina o si el alcohol le estaba jugando una mala pasada, pero no, era de carne y hueso. Rocco nunca había visto un ser tan hermoso. Ese vestido blanco la hacía lucir como la diosa que era, aunque no combinara con la expresión que vio en cuanto apareció ante él.

—Mierda, eres la mujer más... —contuvo el aire—, que mujer ni que mujer, eres una diosa.

Beth curvó sus labios en una sonrisa que no sentía del todo. No pudo evitar pensar en que Clark solía decirle diosa cuando follaban. Tragó hondo y dejó pasar al hombre con la botella de aguardiente en la mano.

—Estás ebrio, Rocco.

—Lo estoy. —Rio ampliamente olvidándose por un segundo a qué había ido hasta allí—. ¡Cásate conmigo! —musitó sin siquiera detenerse a pensarlo.

Beth abrió los ojos grandes y al notar que la sonrisa se le había esfumado supo que el colombiano hablaba más en serio de lo que hubiese querido admitir. Sintió que se le cerraban los pulmones cuando lo vio acercarse demasiado.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando Rocco se inclinó levemente y dejó su rostro frente al suyo. El olor a alcohol le inundó las fosas nasales y un pequeño mareo le azotó como un presagio de lo que el hombre pelinegro pretendía hacer.

—¡Te amo! —dijo él acariciando las rosadas mejillas de la mujer que adoraba.

Las costillas de Elizabeth le crujieron cuando su corazón empezó a golpearle con fuerza, como si quisiera salir corriendo de su cuerpo. No tenía sentimientos por Rocco más allá de lo que se podía sentir por un amigo, pero era imposible no estremecerse por lo que el colombiano acababa de confesarle. La palabra amor siempre le pareció demasiado grande, como si en vez de liberar a las personas las atara de pies y manos, esa era una de las razones por las que había huido toda su

vida de ese sentimiento.

—Rocco, yo...

No pudo terminar de hablar porque unos labios cálidos le ahogaron las palabras. Rocco estaba sobre ella, abriéndose paso entre sus dientes. Por inercia los labios de Beth se abrieron y pudo sentir su lengua agitándose entre su boca, golpeando la suya. Era suave, sublime y al mismo tiempo rebelde y necesitada.

—¡Rocco! —exclamó apartándolo de golpe. Él rio amargamente dando pasos torpes hacia atrás y siendo consciente de lo que la mujer que amaba estaba a punto de decirle—. Yo... no puedo, lo siento tanto.

Él ensanchó su sonrisa queriendo esconder detrás de ella los trozos de su corazón roto. Levantó la mano en la que llevaba la botella y se tomó de una sola empinada lo que quedaba del líquido, que era bastante. Mientras lo hacía sentía como si cada trago eran docenas de alfileres sueltos que bajaban por su garganta hasta estacionarse en su estómago y desde allí torturarlo en cámara lenta.

Cuando bajó la cabeza volvió a posar sus ojos en ella. Se veía algo preocupada y triste, algo que le arrugó el corazón. Quería que sonriera, que esa chispa que iluminaba todo su entorno nunca se apagara. Beth no lo sabía, pero había cambiado su mundo desde que entró en él.

—Rocco... —Elizabeth quiso hablar.

—Él no te merece, tu novio no te merece. —La interrumpió dejando la botella sobre un mueble y volvió a acercarse, aunque no demasiado.

—¿Recuerdas la otra noche cuando me dijiste que me querías? —Beth asintió sin pestañear—. Él lo escuchó.

—¿Qué? —Elizabeth frunció el ceño sin entender a qué se refería. A dónde quería llegar.

Rocco alcanzó su mentón y lo acarició como un último intento de demostrar su amor.

—Esa noche Holland escuchó toda nuestra conversación. Nuestras risas y por supuesto, ese te quiero que me llenó el alma. —Él sonrió de nuevo, parecía que nunca dejaba de hacerlo, aunque en ese momento estaba roto—. Ese te quiero lo hirió, mi leona, y mucho...

—¿De qué hablas? —Elizabeth sentía que se acercaba a un precipicio.

—¿Sabes por qué dejé el proyecto en el que trabajaba contigo?

—Me has dicho que necesitabas espacio, que necesitabas alejarte de mí un tiempo.

—Te mentí... —A Beth le tembló el pecho como si supiera que no iba a gustarle lo que vendría—. Él lo hizo, fue él.

El mundo se movió bajo sus tacones plateados. La cobriza no podía dejar de mirarlo. Sus ojos grises se nublaron más de impotencia que de otra cosa. Se llevó la mano al pecho asimilando las palabras del pelinegro. Quería que las piezas en su cabeza encajaran, pero no lo hacía. Apartó la mirada del colombiano y caminó unos pasos hasta llegar al sofá y dejarse caer. De nuevo se sentía cansada. De nuevo tenía el estómago revuelto.

Echó la cabeza hacia atrás y luego volvió a mirar a Rocco que seguía de pie en el mismo sitio, observándola con cuidado. Sintió miedo de preguntar, pero debía hacerlo.

—¿A qué te refieres con que fue él?

Rocco se deslizó hacia ella y se sentó a su lado. Por primera vez apartó la mirada de la única mujer que había logrado escabullirse por debajo de su piel.

—Siento decirte esto, sé que es el peor momento para contártelo, pero no podía dejar que te

casaras sin que lo supieras. Él me amenazó. Me dijo que si no renunciaba a ese proyecto iba a hacer que me despidieran y no solo eso, amenazó con hacer deportar a mis amigos.

—¿Tus amigos? —inquirió Elizabeth con la voz opaca.

—Sí, los amigos con los que vivo. Están ilegales aquí y no sé cómo lo averiguó. Te juro que si hubiese sido por mí no me importaba, pero ellos, joder, ellos no son responsable de nada.

De repente Elizabeth sintió que el mundo se le aventaba sobre los hombros y no tenía las suficientes fuerzas para sostenerlo. Era su culpa, ella lo sabía. Clark se había ensañado con el colombiano por su culpa.

—Lo siento —susurró llevándose las manos al rostro.

No conocía a Clark, eso era obvio, pero nunca pensó que llegaría a algo así. Lo peor es que era consciente de que si levantó esa amenaza era porque iba a cumplirla. Se sentía culpable porque un ser tan especial como Rocco tuviera que renunciar al proyecto más importante de su carrera por ella.

—No es tu culpa, mi leona, yo...

—¡Vete! —Le suplicó alzando la cabeza—. ¡Por favor!

El pelinegro divisó el dolor y la culpa en esos ojos grises que tanto adoraba. Asintió y se incorporó como pudo. Seguía ebrio y las paredes parecían girar a toda prisa. Caminó hasta la puerta sintiendo que cada paso era una tortura, solo quería llegar a su cama y dejarse caer. Antes de salir se giró de nuevo hacia Beth y le dijo algo que seguía atorado en su garganta:

—Sé que te lo he dicho muchas veces, pero estoy aquí y siempre lo estaré.

Elizabeth lo miró y encontró en su rostro verdad, amor y esa sonrisa genuina que le calmaba. Ella también sonrió aunque sus emociones y sentimientos estaban hechos un caos.

—¡Gracias!

Rocco salió por la puerta conteniendo las ganas de volver atrás, abrazarla y jamás soltarla. Elizabeth se quedó allí consumiéndose con todo lo que la arropaba.

Sabía que no había vuelta atrás. Faltaba poco para la boda y no podía irse o muchas personas pagarían las consecuencias, empezando por la agencia Collins. Por un momento quiso ser egoísta, que no le importara nadie, pero no podía. Iba a casarse sintiendo el fuego ardiendo en su pecho.

La puerta se abrió y antes de voltear a ver se juró que si era Clark iba a golpearlo, sin embargo fue Theo quien apareció ante ella. Le sorprendió verlo con traje, considerando que siempre iba a pantalones cortos y camisetas, aunque se veía estupendo.

—Vine a retocarte el maquillaje —aclaró el hermano mayor de los Colunver.

Beth lo miró, llenó sus pulmones de aire y luego lo soltó, era fuerte y podía hacerlo, lo sabía.

—Vale —contestó resignada.

—¡Espera! ¿Te has tirado a Rocco?

—¿Qué?

—Lo he visto salir de aquí y tú llevas el labial corrido.

Elizabeth rodó los ojos y resopló, lo que menos quería hacer era dar explicaciones.

—¿Qué te pasa, guapa? No me digas que te arrepentiste, si es así, dímelo, yo te ayudo a escapar. —Aseguró Theo sentándose a su lado.

—No digas tonterías. —Se echó atrás sin nada de cuidado.

—No son tonterías. —Tomó una de sus manos—. Sabes que estoy loco por ti, así que si

quieres te saco de aquí y nos vamos de mochileros por el mundo igual que mi tonto hermano.

—Tú estás loco por todo lo que se mueva. —Afirmó y Theo rio—. Y no le digas así a Ray. —La cobriza le golpeó el hombro con el puño cerrado.

—¡Eso es maltrato! Te aprovechas porque sabes que te quiero —se quejó sin dejar de lado esa expresión divertida que solía llevar siempre.

—Y yo a ti, tarado. —Beth se recostó en su hombro, se sentía cansada.

—¿En serio? ¿Entonces sí podemos follar antes de que te cases? —preguntó como si nada, Beth gruño un «cállate»—. Vaaaale, supongo que eso es un no, pero si te arrepientes estoy aquí, ya lo sabes.

Elizabeth sonrió, era un payaso, pero al menos logró sacarle una sonrisa.

—¿Y eso? —averiguó Theo señalando la pequeña caja de regalo que estaba a un lado del sofá.

—Nada.

Aunque no se vio convencido, Theo lo dejó así, algo que Beth agradeció. Un momento después estaban frente al espejo una vez más. Addy ingresó para indicarle a su hermana que ya casi era hora y luego se fue. Ella estaba tan nerviosa que parecía ser la novia.

Theo se apresuró a retocarle el maquillaje. Unos minutos más tarde el moreno estaba retocándole el labial cuando Beth lo escuchó suspirar.

—¡Eres tan hermosa! No sé cómo pude dejarte escapar. —Hizo una leve mueca mientras el labial rojo seguía recorriendo los labios de la diosa que arreglaba—. Tu boca me está tentando. ¿Qué harías si te beso ahora?

Elizabeth sonrió porque sabía que no lo haría. Theo podía ser un baboso a veces, pero la respetaba, sin embargo, un carraspeo de garganta le borró la sonrisa y Theo terminó lejos de ella en un solo salto. Volteó a ver y Clark estaba en la puerta con cara de asesino en serie. Sus ojos parecían más oscuros y su mandíbula estaba tensa.

—¡Estás lista, los dejos solos! —Theo le echó una última mirada de disculpas a su ex y salió por la puerta haciendo todo lo posible para no rozar a Clark que seguía inmóvil en la entrada.

—¿Qué quieres? —preguntó la novia de mala gana, lo que tensó la situación aún más.

—Parece que interrumpí algo. —La voz grave de su futuro esposo le dejó ver su incomodidad, aunque no tenía ni una puta idea de por qué si él ya se había divertido bastante con Ruth.

No debería importarte, le dijiste que podía acostarse con esa zorra o con cualquiera. ¿Por qué te quejas?

No estoy enfada por eso sino por lo que le hizo a Rocco.

Estás enfadada por las dos cosas, no me engañas.

¿No se supone que eres mi conciencia? Deberías estar de mi lado.

Lo estoy, pero no soy ciega.

Voy a mandarlo a la mierda. No voy a perdonarle lo que le hizo a Rocco.

Estoy de acuerdo, no lo perdones, pero debes casarte. Ya lo resolverás. Lo sé, contrólate, fiera.

¡Ya déjame en paz!

Vale, futura señora Holland.

Beth gruñó en su interior y luego de una conversación interna con su consciencia volvió a hacer la misma pregunta.

—¿Qué quieres? —Se puso de pie.

—Ya es hora... —Clark hizo una pausa cuando la recorrió con la mirada y vio lo hermosa que se veía —. Yo... —carraspeó—, te espero en cinco minutos, no me hagas esperar.

Clark salió de la *suite* con pasos rápidos y firmes. Sus últimas palabras fueron una orden, pero

Beth no era una cría para cumplir sus imposiciones, así que permaneció allí por quince minutos. Al menos lo haría enojar aún más. Aunque todo apenas comenzaba porque, sin duda, la boda de Elizabeth Shaine y Clark Holland sería memorable.

Capítulo 56

Beth.

Caminé del brazo de Ray en dirección al jardín. Seguía con la rabia atorada en el pecho. *¡Maldito Clark Holland!* Renegué por dentro. La imagen de él y Ruth me reventaba el hígado.

La sangre me hervía solo de pensar en Rocco y su cara cuando abandonó el proyecto. A veces me cuestionaba cómo alguien tan especial llegó a mi vida. Y luego estaba el hombre trajeado esperándome en el jardín, un ser sin sentimientos, frío, posesivo y controlador.

Apenas entré al estrecho camino cubierto de pétalos color pastel noté el rostro sonriente de Addy que me enfocaba con su móvil, supe de inmediato que mi padre estaba del otro lado de la pantalla y sonreí solo para apaciguar el dolor del hombre que me engendró al no estar presente en la boda su hija mayor.

Me tensé cuando vi la cara de Irene mirándome con desdén, aunque la verdad me importaba un kilo de mierda lo que pensara.

De un instante a otro sentí que algo me quemaba y no tuve que enfocarlo para saber que sus ojos fríos estaban puestos sobre mi figura. Nuestras miradas se cruzaron y pude notar su enojo llenándole los pulmones tanto como a mí.

Mis zapatillas de aguja empezaron a apuñalar los pétalos en cuanto me encaminé por el sendero que me conducía hacia el altar bordeado por un arco de tela blanca y flores perfectamente acomodadas.

Las sillas a cada lado están adornadas igual y unas diminutas columnas ensamblan los adornos. Sonreí a un par de cámaras que me fotografiaban mientras avanzaba, supongo que eran fotógrafos privados.

Mis pasos fueron lentos, aunque firmes. No quería que se me notara que temblaba de la rabia. Ray, a mi lado, llevaba su mano sobre la mía y la apretaba recordándome que estaba ahí para mí y que siempre lo estaría. Lo miré encontrando en sus ojos las fuerzas para no volver polvo a medio mundo con todo lo que me consumía.

Aunque sin querer, llegué al encuentro con Holland. Tomó mi mano sin dejar de mirarme, por un segundo noté que me escaneaba de arriba abajo y tragaba saliva. Supuse que después de todo me veo bien vestida de blanco, pero no me detuve a pensar. Seguí odiándolo, llena de las mismas ganas de ahorcarlo y con millones de tachuelas taladrándome cada músculo.

Tuve ganas de clavarle las uñas en la palma de la mano, aunque me detuve cuando el juez frunció el ceño al ver la tensión entre ambos.

La ceremonia empezó y sentí que me pesaban los hombros. Un ramo de rosas yacía en mi mano izquierda y la otra estaba entrelazada con la del hombre con el que me iba a casar.

Respiré, solo respiré...

El juez civil empezó a hablar y ni siquiera pude escuchar lo que decía. Mi corazón latía con fuerza y mis rodillas intentaban flaquear, pero las obligué a mantenerse firme.

Quería correr, apartarme de esta mierda en la que estoy metida, pero no pude. Tenía que hacerlo por todas las personas que trabajan en la agencia Collins, por Rocco e incluso por mí. No pude evitar la boda, sin embargo, de ahora en adelante haré las cosas a mi modo. No le daré el gusto a Ruth de irme, no agacharé la cabeza ante Irene Holland, no voy a permitir que Clark crea, ni por un segundo, que tiene poder sobre mí.

Levanté el mentón y dejé que el aire fluyera como podía. Apreté el ramo en mi mano y sacudí cualquier duda. Miré un segundo al hombre a mi lado y choqué con sus ojos sin pretenderlo. Maldije cien veces porque incluso odiándolo su mirada me produjo electricidad en el cuerpo. Mi

rostro se contrajo y volví a fijar la mirada en el juez que parloteaba sin nada de ganas frente a todos. Me pregunté por qué carajos tenía pinta de estar sufriendo cuando era yo la que estaba siendo obligada a hacer algo que no quería.

Mis dedos seguían entrelazados con los de Clark y aunque el clima resultara agradable sentía que mi cuerpo era una cardera. Tenía un calor de los mil demonios y estaba segura de que si no lo soltaba empezaría a sudar. Unos minutos después aproveché la hora de ponernos los anillos. Ni siquiera sabía de qué iba todo y apenas podía reaccionar.

La columna vertebral me vibró cuando el muy maldito posó su mano en mi espalda baja. Quería arrancarle la piel porque con esas mismas manos de seguro la tocó a ella solo un rato atrás. Pero me contuve porque me conozco lo suficiente para saber que si dejaba salir tan solo un gramo de la furia que guardaba, todo se iría al carajo.

Entonces pasa, después de todas las firmas y unos cuantos sermones que no sé ni de dónde salieron, las palabras saltan en el aire y se me estrellan en la cara trayéndome aquí, al momento donde empecé a contarte mi historia, el mismo que debía ser el más feliz de mi vida pero no es más que el caos más agotador que he vivido en todos mis años... Pasa y arremete contra mí como una ola gigante que me arrastra hundiéndome en lo más profundo. Sí, solo pasa sin que pueda detenerlo y siento que una vez más el destino me golpea sin piedad alguna:

—Y los declaro marido y mujer —dice el hombre de aspecto serio y con cara de ser desdichado, pero supongo que no tanto como yo, que estoy aquí, al lado del detestable Clark Holland, con ganas de empuñar la pluma con la que acabo de firmar el documento que arruinará mi vida y clavárselo en el pecho.

Intento esbozar una sonrisa para disimular las ganas de matar a ese imbécil delante de los invitados, pero no creo que me salga más que una mueca al igual que a él, que al parecer en este momento me odia tanto como yo lo odio.

—Puede besar a la novia —agrega el juez y me veo tentada a morderle en labio cuando se inclina y me da un pequeño beso. Se salva porque al menos fue breve.

Casi estoy a punto de limpiarme cuando los pocos invitados se acercan para felicitarnos. Intento con todas mis fuerzas no machacar a la gente por no haber detenido esta estupidez, pero aunque me siento furiosa, me veo obligada a sonreír como una idiota para no terminar de arruinar el jodido contrato. ¿Quién carajos me manda a firmar sin leer las letras pequeñas? Sigo sintiendo los apretujones mientras ruego a Dios que el año termine pronto, al menos seré rica y me desharé del maldito que ahora tengo como esposo. ¿A quién engaño? No aceptaré ese dinero.

—Muchas felicidades, Beth, te has conseguido un muy buen partido —me susurra al oído Addy, mi hermana. Desde que lo conoció no ha dejado de recalcar lo guapo que es y aunque intento no hacerlo, termino poniendo mala cara.

Y así es como he terminado aquí, frente a un juez con cara de traumado, con personas felicitándonos por una boda que apenas llegará al primer año. Con una parte de la familia Holland abrazándonos y una anciana perversa sentada en una de las sillas delantera mirándonos con una expresión que no sé cómo descifrar.

—Estarás bien —me dice Ray apretándome contra su cuerpo—. Yo estaré aquí.

Su abrazo hace que vuelva a respirar. Es el único que de verdad necesito. Es el único que sabe lo que de verdad pasa.

Noto que Emily abraza a su mejor amigo, veo sus labios moverse en los oídos de mi ahora esposo y este se tensa de inmediato. Me resulta extraño que la rubia risueña ahora no sonría y que ambos parezcan abrumados, sin embargo no les presto más atención, tengo suficiente con todas las emociones que me arañan desde dentro.

Al momento Ray me suelta y se va contra Clark en una abrazo demasiado fuerte. Le dice algo al oído y estoy segura de que es una advertencia sobre hacerme daño. Hubiese reído si no estuviera tan tensa.

***

Si alguna vez hubiese soñado con una boda de seguro sería esta. La recepción es preciosa. Es en el mismo hotel donde se realizó la ceremonia y todo está lleno de lujos. Hay candelabros que deben costar una fortuna y flores iguales a las del jardín. La música es demasiada clásica para mi gusto, pero resulta algo relajante.

Me tomo lo que queda de Champagne en mi copa. Clark me pone mala cara y sé que me advierte que no me emborrache. ¡Como si me importara su advertencia!

En la mesa estamos todos los más cercano, Irene, Emily, Ray, el padre de Clark, mi ahora esposo y yo. La tensión es palpable, incluso Emily parece contrariada. Cuando vuelven a servirme otra copa y estoy a nada de llevármela a la boca, siento una mano que me sujeta la muñeca. Volteo como una posesa a enfrentarlo.

—¿Qué te pasa? —inquiero sin disimular el disgusto y enfado que tengo.

Clark inhala profundo, se fija en las miradas de todos en la mesa y se acerca a mí para que nadie más pueda escuchar.

—Deja de tomar. No voy a tolerar una escena en mi propia boda.

—Lo siento, esposito, pero ni tú ni nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

—Soy tu esposo y al menos...

—¡Con permiso! —Levanto la voz para que todos me escuchen. Me pongo de pie con mi trago en la mano y me aparto de esos hipócritas.

Me tomo el líquido de la copa antes de dejarla sobre la bandeja de un mesero que me pasa por el lado. Abro la puerta del cuarto de baño y agradezco que no haya nadie. No me pasa desapercibido que el lugar es precioso y lleno de lujos. ¡Mierda! Toda esta farsa debe haber costado una fortuna.

Me miro al espejo, inquieta. Necesito más alcohol. Sigo teniendo todos mis sentidos en mi lugar. Quiero olvidarme de lo que acaba de pasar o por lo menos pretender que no tengo una terrible decepción agrietándome el pecho y ni siquiera sé por qué. No se suponía que confiara en Clark, pero a veces, incluso sin esperar nada de nadie, la gente te decepciona.

«No pierdas los estribos» me digo al espejo y como una broma pesada del destino la puerta se abre dando paso a una figura femenina que me mira con una sonrisa.

Sé a qué vino, lo sé y juro que no podré contenerme si quiere pasarse de listilla.

—Si aquí está la señora Holland —ironiza.

Se posa a mi lado sin dejar de sonreír. No volteo hacia ella, pero puedo verla a través del espejo. Me apoyo con los puños cerrados sobre el amplio lavamanos. Las tripas se me revuelcan y vuelvo a sentir ganas de vomitar como en los últimos días. Me contengo.

—¿Qué quieres? —pregunto con la poca voz que me sale.

El cuerpo me arde y sé que estoy a punto de explotar.

—Nada, yo solo quería felicitarte —dice cínica—. Lo has logrado o al menos es lo que piensas, porque Clark sigue siendo mío. Lo sabes, ¿no?

No respondo. No me queda voz y tampoco ganas de hacerlo. Se acostaron, estoy segura que lo hicieron esta misma tarde antes de casarse conmigo. Ahora mismo tengo instintos asesinos y la modelucha no ayuda para nada porque vuelve a abrir la boca.

—Hemos hecho el amor en su *suite* presidencial, justo antes de que se casaran —agrega enarcando una ceja y cruzándose de brazos—. ¿En serio creíste que Clark me dejaría solo porque lo dejaste meterse entre tus piernas? —Ríe con soltura—. A mí también me ha comido el coño en su oficina y lo seguirá haciendo.

No respiro. Siento que mis huesos truenan de la rabia dentro de mi cuerpo. No sé por qué, pero no puedo apartar la mirada de ella y su sonrisa socarrona. Me enerva su voz y aún más su presencia. Aprieto los puños con más empeño y ruego al universo para que se calle, pero parece una guacamaya y no cierra el pico.

—Yo debí casarme con él, no tú —suspira, pero luego sonríe de nuevo—. Sin embargo eso puede arreglarse. Sé del contrato, lo escuché hablando con Emily, pero estoy convencida de que acabará antes del año. Sé que mi hombre pronto se dará cuenta de que no eres suficiente mujer para él. Necesita a alguien que lo represente, no una pelo de zanahoria insípida y poca cosa.

Se sigue burlando y yo ya no puedo. Tengo el pecho comprimido, la cara roja y las entrañas a punto de salírseme por la boca. Giro mi cuerpo dispuesta a romperle la cara cuando noto a alguien en la puerta que se apresura hacia mí como si supiera lo que estoy a punto de hacer.

En menos que nada Clark está en medio de las dos. Ahora no soy la única enrojecida. Ella también lo está y una vena en el cuello de mi esposo parece que va a reventar. ¿Mi esposo? Sí, lo es.

—¿Se puede saber por qué diablos estás diciendo tantas estupideces? —pregunta él, yéndosele encima y tomándola por la muñeca con tanta fuerza que juraría que escuché sus huesos quebrarse.

—Yo... me haces daño, Clark —se queja la trigueña y tal vez debería sentir pena al verla revolcarse del dolor pero no puedo. Ni siquiera soy capaz de mover un solo músculo o respirar bien.

Pareciera que me he petrificado ante la escena que tengo en frente.

—¡Habla! —Exige él vuelto una fiera—. ¿Por qué le mientes?

Veo a Ruth volverse pequeña chillando de dolor.

—¡Suéltame, por favor!

—¡Que hables! —Grita alto y ella se encoge aún más.

—Me duele, por favor.

Clark la suelta de un tirón y yo no entiendo una mierda lo que está pasando.

—Habla o no me hago responsable de mis actos.

—¿Vas a golpearme? —pregunta Ruth con lágrimas en los ojos y acariciando su muñeca enrojecida.

—No soy tan miserable para hacer algo así, pero créeme, hay cosas mucho peores que los golpes.

—Yo... solo lo he dicho porque pasará. Da igual si hoy nos acostamos o no. Tú me lo prometiste, nos seguiremos viendo aunque estés casado con esa perra. Yo soy la mujer para ti y

lo sabes.

—Eres una maldita desquiciada. Te he dicho que sí para quitárteme de encima y no hicieras un escándalo en mi boda.

—Pero...

—Pero hasta aquí has llegado. Vas a terminar el maldito contrato con la línea de maquillaje y luego saldrás de nuestras vidas o te juro que voy a destruirte, a ti, a tu familia y a toda tu estirpe.

—¡No puedes! —Ruth quiere acercarse, pero Clark la mira como si quisiera matarla—. Si lo haces publicaré la foto en donde queda claro que nos acostamos.

—Haz lo que te dé la gana. Ya estoy casado y no voy a aguantarte ni una más de tus amenazas. Yo puedo lidiar con ello y tengo una esposa que le daría una paliza a la prensa, pero tú... —La mira de arriba abajo—. Tú no eres nada. Mis empresas te forjaron y si quiero te destruyo a tal punto que no vuelvas a levantar cabeza.

—Clark...

Entonces dejo de escuchar. Mi cabeza es un caos. Los oídos me zumban y lo único que distingo son gritos cargados de rabia. Me apoyo sobre el lavamanos porque siento que en cualquier momento voy a caerme. Es demasiada información.

¿Se acostaron o no? En realidad ya tengo la respuesta, pero sigo sin poder asimilar nada.

Mi cuerpo tiembla sin que pueda contenerlo. Tengo la sensación de que me han echado un balde de agua con hielo y siento un frío atroz. No sé qué me pasa pero la sangre se me congela y al mismo tiempo me coge fuego.

Alcanzo a ver a Ruth llorando a mares y a un Clark completamente fuera de sí. Por un segundo creo que puede hacerle daño a esa zorra, pero luego me doy cuenta de que no es así. Se aleja de ella y viene a mí. Alzo mi mano para que no lo haga y se detiene mirándome aún con el rostro tenso.

—Zorra, eres una maldita zorra que no lo mereces y te juro que me la vas a pagar. —Logro escuchar la voz chillona de Ruth y mi cuerpo reacciona con adrenalina pura cuando corre por el lado de Clark e intenta lanzarse sobre mí.

La detengo en seco cuando me lanza una bofetada. Intenta golpearme con la otra mano, pero antes de que siquiera se acerque a mi rostro giro su cuerpo de un tirón dejando su espalda contra mi pecho y revolviéndole el brazo. La escucho gritar de dolor cuando estampo su cara contra el espejo que por suerte para ella no se rompe. Y no puedo sentir lástima, todo lo contrario, me enfurezco más cuando vocifera que me va a quitar a Clark, por Dios, si no tiene ni una gota de dignidad.

—Yo que tú no volvería a hacer algo así —le digo al oído—. O te romperé tu patética cara.

—Suéltame, maldita loca. Lo verás, te lo voy a quitar.

—Eres una demente.

La suelto empujándola y su cuerpo rebota sobre el de Clark. Este la aparta como si fuera un bicho venenoso y en cierto modo lo es.

—¡Suficiente! —grita Clark—. Lárgate de una vez.

Ruth lo mira con los ojos húmedos. Se ve furiosa y a la vez herida. Algo me dice que no se quedará tan tranquila. La veo salir corriendo y yo vuelvo a respirar.

—Elizabeth... —Clark intenta venir a mí, pero lo detengo.

—No te acerques.

Levanto la mano y para. El estómago me ruge y no del hambre, lo poco que tengo dentro quiere salir y no puedo detenerlo más. Corro hacia el escusado y dejo salir todo lo que llevo dentro.

La cabeza me da vueltas y no sé por qué. Ni siquiera estoy tan ebria. De repente siento una mano apartar unos mechones sueltos sobre mi rostro y quiero decirle que no me toque, pero lo único que me sale es:

—¡Sácame de aquí, por favor!

Cierro los ojos y dejo que sus brazos fuertes me levanten. Me aferro a su cuello para asegurarme de no caer y apoyo mi cabeza sobre su hombro. Siento que sudo y no tengo ni idea de lo que me pasa pero sigo sintiendo punzadas en el pecho y en el estómago.

No vuelvo a abrir los ojos hasta unos cuantos minutos después cuando noto que me deja sobre una cama. No estoy en mi *suite*, estoy en la suya. El aire acondicionando me patea el cuerpo y empiezo a temblar como loca. Vuelvo a bajar los párpados como si el acto me fuera a dar calor. Una gruesa manta me arropa y su voz grave suena cerca de mi oído:

—Vas a estar bien, lo prometo.

Miente, lo sé, pero no me sale la voz para replicar. No encuentro fuerzas ni siquiera para volver a abrir los ojos y poco a poco dejo de estar consciente. Todo se vuelve oscuro y algo muy profundo dentro de mí me pregunta: «¿Qué vas a hacer ahora?» No contesto, solo me dejo ir esperando que los temblores pasen y que las horribles sensaciones que me arrollan me abandonen junto a las horas.

Capítulo 57

Clark.

El dolor de cabeza me despierta. He olvidado correr las cortinas y la luz del sol se estrella en la cristalera de la *suite*. Miro mi Rolex, son las siete de la mañana. El espacio vacío a mi lado me alerta. Salto de la cama llamándola, pero no contesta.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y no tengo idea de por qué, pero temo lo peor.

«Se ha ido» me grita mi subconsciente.

Pero me niego a pensar eso. Corro por todo el lugar en busca de mi esposa. ¡Esposa! Suena extraño, pero es lo que es aunque sea por las razones equivocadas.

Busco mi móvil en el bolsillo de mi pantalón y marco su número, pero está apagado. Me quemo, siento que ardo en el infierno de solo imaginar que de verdad se ha marchado.

«¡Tenemos un contrato! ¡No ha podido irse!» Me digo, pero la verdad es que ahora mismo en lo último que pienso es en ese maldito papel. Mi corazón salta dentro de mi pecho y me aterra las sensaciones que estoy sintiendo solo porque no está, porque no sé si volveré a verla. Ni siquiera sé por qué pienso así, pero las palabras de Ruth anoche parecieron noquearla. Espero que no le haya creído tal estupidez.

Si se ha ido acabaré con medio mundo, acabaré con esa agencia y luego la encontraré. No podrá escapar de mí.

—¿Qué mierda me pasa? —me pregunto en voz alta.

Estoy alterado y siento que enloquezco al no sentir su aroma en las cuatro paredes. Decido llamar a Ray, es el único que debe saber dónde está.

—Hola —responde cuando casi cuelgo, parece que lo he despertado.

—¿Dónde está Elizabeth?

—Creo que lo que quieres decir es buenos días, ¿no?

—No estoy para bromas, ¿dónde está?

Lo escuchó resoplar del otro lado de la línea y me altero aún más.

—No lo sé. Seguro fue a caminar. Suele hacerlo cuando está estresada. ¿Le hiciste algo? —pregunta y cuelgo más molesto que antes.

No me convence. Me visto rápido y voy a la *suite* que usó ayer, pero no está. Pregunto en recepción pero nadie sabe nada de ella. Siento que enloquezco y no sé qué hacer.

«Se ha ido» me vuelve a pasar por la cabeza.

Me niego a que sea cierto. No puede dejarme.

Busco el número de la agencia, pero antes de marcar me doy cuenta de que es domingo y que todo está cerrado. Me halo el pelo de la impotencia y vuelvo a mi habitación.

Tengo que encontrarla, dónde sea que esté la encontraré. Recuerdo que tengo el número de su hermana y la llamo, pero dice que está fuera de servicio. Parece una puta broma y termino por estrellar mi móvil sobre la cama. Me contengo de estrellarlo contra la pared porque lo necesito por si a Elizabeth le da la gana de llamarme.

«Se ha ido» me repito una vez más.

¿Y si se ha enterado de lo que le hice al colombiano?

¡No, no puede ser! Además no me arrepiento, ese malnacido se lo merecía.

Joder, ¿dónde rayos estás, Elizabeth?

Entonces me nacen las ganas de golpearme yo mismo en la cabeza. No puede haberse ido, no lo voy a permitir. La quiero conmigo y aunque no quiero admitirlo algo se me revuelca dentro con tan solo pensar que se ha marchado por culpa de la maldita Ruth. Será la primera en pagarlo

si Elizabeth se ha marchado.

¿Qué harías si te beso ahora? Las palabras del imbécil de Theo y su risa al escucharlo me golpean con fuerza. ¿Y si se fue con él? No, no puede ser.

El dolor de cabeza se me intensifica y me dejo caer en la cama. Vuelvo a pasarme la mano por el cabello y suelto el aire de los pulmones.

—¿Dónde estás, Elizabeth? —preguntó en voz alta aun sabiendo que no tendré respuesta.

Entonces siento que un aire helado me azota los huesos y una sensación de vacío oscila por toda mi piel. No sé qué me pasa y tampoco entiendo por qué mis pulsaciones son un caos, mi única certeza es que voy a hallarla esté donde esté, siempre lo haré.

Beth

Me miro las zapatillas deportivas azules que llevo puesta y meto las manos en los bolsillos de mi pantalón blanco de chándal. Sigo esperando a que abra la puerta, es la tercera vez que toco y nada. Quizá debí llamarlo antes, pero tengo el móvil en modo avión porque hoy no puedo lidiar con nada más que conmigo. A excepción de Rocco, a él tengo que darle la cara.

Respiro hondo y me doy la vuelta rendida, sin embargo me detengo cuando escucho que la puerta se abre. Casi sonrío pero me detengo cuando una mujer rubia de ojos oscuros se estruja la cara fastidiada.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Entonces caigo en cuenta de que son poco más de las siete de la mañana de un domingo. Joder.

—Busco a Rocco. Me gustaría...

—¡Pasa! —me dice dándome la espalda y guiándome por un estrecho y largo pasillo que conduce a un salón.

Me paro en seco cuando una imagen inesperada aparece ante mí. Una mujer morena salta sobre la desnudez de un hombre blanco y musculoso que le soba las nalgas con apremio y rudeza.

El golpeteo suena por todo el salón y se me seca la boca cuando por un segundo me imagino a Clark y a mí en esa misma posición. ¿Por qué tengo que pensar en él?

—Ignora a los conejos —dice la chica que me guía como si nada.

Me apresuro a caminar, pero antes de desaparecer del salón noto que la pareja que coge sonríe al verme y el hombre me guiña un ojo lamiéndose los labios. ¡Mierda!

De repente tengo un calor infernal a pesar de ser tan temprano y que el verano haya acabado.

La rubia me señala una puerta y sin dejarme contestar se adentra en la que supongo es su habitación. Me dirijo a dónde me acaba de indicar y en dos segundos me arrepiento de no haber tocado antes de entrar.

Rocco duerme plácido en su cama, de espalda al colchón y completamente desnudo. No puedo evitar mirarlo, es un pecado no hacerlo con esa estupenda figura.

No sé cómo termino haciendo un ruido con la garganta que termina por hacerlo removerse en la cama. Todo lo contrario a mí que sigo inmóvil.

—¿¡Mi leona!? —Parece confundido.

Se frota los ojos y yo solo le regalo media sonrisa mientras mantengo mis manos metidas en los bolsillos.

—¡Creo que me he muerto y estoy en el cielo! —Ríe coqueto y salta de la cama, pero de

inmediato su expresión cambia—. Mierda, tengo un hijueputa guayabo.

Se lleva las manos a la cabeza y se sienta en el borde de la cama.

—Lo siento, debí tocar antes —me disculpo—. Esperaré afuera para que te vistas.

Me doy media vuelta, pero me vuelvo a mí misma postura cuando llega a mí de un salto y me voltea hacia él.

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Estás desnudo.

—¿Y?

—¡Rocco! —Le reclamo y él sonríe como un angelito.

Ladea la cabeza y observa mi expresión. Sé que sabe que por más que intento mantener la cabeza en alto es imposible obviar su falo que se ha endurecido en un dos por tres.

—Mira cómo me pones solo de verte. —Abre los brazos y se echa hacia atrás para que pueda verlo mejor.

—¡Rocco! —vuelvo a reclamarle.

—Vale... —pone los ojos en blanco, divertido—, solo espera un momento.

Y así, con el mayor descaro, se viste con un bóxer y unos simples pantalones deportivos.

—¿Mejor? —pregunta.

—Sí.

—¿Qué pasa? —me pregunta. Quizá nota todo lo que estoy sintiendo.

Yo solo niego con la cabeza y luego se forma un silencio ensordecedor. De repente lo veo ponerse una camiseta y unas zapatillas. Me pide un momento y sale de la habitación. Un minuto después regresa más despierto y es evidente que se ha lavado el rostro y los dientes.

—¡Vamos!

No me deja preguntar, cuando quiero darme cuenta estoy saliendo de su piso junto a él. Dejo mi auto estacionado por pedido de él y avanzamos por dos calles hasta llegar a un parque en el que nos sentamos.

—¡Voy a resolverlo! —Le digo en cuanto nos sentamos.

En el camino solo hablamos de sus amigos y de la escena que me había encontrado en cuanto entré al salón. Rocco no podía parar de reír, aunque no le sorprende, dice que sus amigos son exhibicionista.

—¿Qué? —me pregunta, yo ni siquiera quiero mirarlo a la cara.

—Volverás a trabajar conmigo y tus amigos estarán bien, lo prometo.

Siento su mano acunar la mía que está sobre mi pierna. Lo miro, esta vez sí lo miro, y al hacerlo encuentro esa calidez que no se ha apartado de su rostro ni por un segundo, a pesar de que todo es mi culpa.

—No quiero que te metas en problema y no puedo negar que siento miedo por mis amigos, pero no puedo pedirte nada, mi leona. Sería injusto.

—Injusto es que hayas tenido que dejar el proyecto que nos llevará a la cima solo por un capricho de ese idiota. —Me molesto y Rocco sonríe—. Tranquilo, tus amigos estarán bien, lo prometo.

No soy el tipo de persona que suele prometer cosas, pero si lo hago es porque lo cumpliré y no voy a permitir tal atropello por parte de Holland.

Paso la mayor parte de la mañana con Rocco. Con él es inevitable no sonreír, sin embargo, el

sabor amargo que tengo en los labios desde la mañana no se me ha ido y no se irá.

Addy se ha ido con el pretexto de cuidar a mi padre, yo sé la verdadera razón por la que tomó un vuelo a primera hora y me tocó llevarla al aeropuerto, huir. Sigue huyendo, creo que yo también lo estoy haciendo de alguna manera.

A las once de la mañana me despido del colombiano y conduzco hasta mi destino. Un destino al que nadie querría ir, pero que por crueldad de la vida he pisado más veces de las que creo merecer.

Clark.

El sonido del vaso de whisky al estrellarse en la puerta hace que Emily se levante del sofá. La escucho maldecir algo, pero la ignoro. Estoy enloqueciendo. Son las cinco de la tarde y no he podido encontrarla.

Estoy en mi *penthouse* y tengo a Julián esperando en el hotel, pero nada.

—Debes calmarte —me dice la rubia cuando voy por otro trago a la cocina—. Ni siquiera has comido nada.

—Se ha ido —digo lleno de rabia—. Se ha ido con el tal Theo o con el imbécil del colombiano.

—No es...

—He llamado a Ray docenas de veces en todo el día y me ha dicho que su hermano ha viajado hoy por trabajo y que Addison ha regresado a su pueblo, pero seguro que es mentira. Seguro que se ha ido con su hermana y con ese tarado huyendo de mí.

—Solo estás suponiendo. Beth es una mujer inteligente y no creo que haya huido luego de casarse, en todo caso lo hubiese hecho antes.

De pronto me pasa algo por la cabeza y me acerco en dos zancadas a Emily tomándola por el brazo.

— ¿Se lo has dicho?

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—¿Le has dicho la verdad?

Se suelta y pone su cara mierda.

—Estás loco, sabes que nunca lo haría.

—No me mientas, ¿se lo has dicho?

—Deja de decir estupideces o juro que te golpearé. —Se enfurece y sé que dice la verdad. Ella nunca me traicionaría. Es la única persona que jamás lo haría—. Creo que los celos te han cegado. —Vuelve a sentarse y yo hago lo mismo en el otro sofá.

—No estoy celoso, solo... no quiero que arruine mis planes.

—Ahora dímelo en otro idioma a ver si te creo. —Sonríe.

—Deja de bromear.

—Y tú acepta que te estás muriendo solo de pensar que existe una mínima posibilidad de que no la vuelvas a ver.

No contesto. Si lo hago no se callará y aunque la quiero, en serio no estoy para sus sermones. Me llevo el trago a la boca y me lo tomo de un solo sorbo.

Me levanto, necesito salir. Si me quedo aquí sé que enloqueceré.

—¿A dónde vas? —me pregunta cuando me dirijo a la puerta.

—A buscarla.

—Clark...

No dejo que termine, esquivo los vidrios y me largo.

Voy a encontrarte, Elizabeth, siempre voy a encontrarte.

Me cruje el corazón. No sé dónde está. No sé por qué se ha ido de esa forma. No sé por qué su móvil está apagado y mucho menos sé porque me siento de la mierda, pero la necesito conmigo, a mi lado, aunque sea maldiciéndome, la necesito.

¿Qué vas a hacer cuando todo acabe? Me pregunto y una ola de oscuras sensaciones se me lanza encima y me quita el aire.

¿Qué diablos me has hecho, Elizabeth Shaine? Pienso y luego golpeo el volante, frustrado.

El sonido de mi móvil capta mi atención y al ver el nombre en la pantalla siento que vuelve a entrar aire a pulmones.

¡Addy! Ella me dirá dónde está su hermana...

Beth

Aprieto el ramo de claveles blancos que tengo en la mano. Respiro con lentitud dejando que el aire llene mis pulmones. Lo he comprado hace unos minutos a un vendedor que merodeaba con montones de flores en las manos. Lo sé, soy un caos, ni siquiera lo pensé al venir.

Llevo horas aquí y no he podido moverme. Observo las letras blancas sobre la lápida gris y el corazón me salta una vez más:

«Jefferson C. Shaine». (Jeff) «Solo tienes una vida, haz que valga la pena».

Es la frase que solía decir mi hermano a menudo.

Coloco las flores en su tumba y vuelvo a acomodarme cruzando las piernas como si fuera a hacer yoga. Vuelvo a coger el móvil y a poner la canción que he venido escuchando toda la tarde, no me preocupo porque me molesten porque sigue en modo avión.

«Helium de Sia» suena y vuelvo a cantarla por milésima vez. Es nuestra canción. Entonces me imagino que la cantamos juntos como tantas veces frente al mar. Pero no estoy cerca del mar y tampoco él está. Cuando termina la canción pienso en volver a ponerla, pero no sé por qué me quedo quieta cuando veo a lo lejos un entierro. Otros tantos besos y tantos «te quiero» enterrados.

—¡Un cementerio de besos! —musito y siento que se me va el aire en esas palabras.

Había evitado tanto venir aquí, pero no podía fallarle a mi hermano, no hoy que es su cumpleaños.

De repente siento que las manos me tiemblan y el corazón se me agita en el pecho como un caballo desbocado. El llanto de la gente, aun en la distancia, me agobia. Un nudo nace en mi garganta y se va ensanchando como la yerba mala que crece rápido y lo abarca todo.

No puedo respirar y el estómago se me vuelve un caos de nuevo. ¡Joder! *¿Qué me pasa?*

Me froto el rostro evitando lo que quiere salir. «No voy a llorar» me digo, pero literalmente tiemblo. Los recuerdos de aquel día me llegan como un trueno de aquellos que te hacen encoger y volverte pequeñita y al mismo tiempo saltar.

El rostro de mi hermano en un ataúd, sus ojos grises cerrados sin posibilidad de volverse a abrir. El llanto desgarrador de Addy y el desconsuelo de mi padre agrietándome el alma. Las palabras de personas que apenas podía escuchar y el golpe letal de su ausencia. No lloré cuando lo enterramos, no como mi corazón me pedía. Solo dejé que las lágrimas me mojaran las mejillas y apreté los dientes siendo lo suficientemente fuerte para poder sostener a mi hermana y a mi

padre.

Pero aquí estoy, sintiendo que su ausencia me pesa más que nunca. Allanando nuestros recuerdos bonitos solo por sentirlo cerca. Escuchando nuestra canción esperando que su voz suene junto a la mía, sin embargo no pasa y nunca pasará.

Una espada me atraviesa el corazón con su nombre y la brisa me roza la piel como una caricia cuando recuerdo su sonrisa y al mismo tiempo es como si cientos de garras me desollaran viva.

Intento pararme pero termino de rodillas en el suelo y joder, otra vez mi estómago me mata. Me llevo la mano al pecho, sofocada y casi inconscientemente me clavo las uñas a pesar de la tela de la camiseta que cubre mi piel.

Miro a todos lados y las cientos de lápidas que me rodean son como armas cargadas en mi dirección. Bajo ellas yacen miles de besos dados y otros miles más que no se dieron. El aire se me atora en la garganta y siento que me asfixio.

Las sensaciones me abruman y el rostro de mi hermano aparece como destellos de un rayo mortal que cae cerca de mí. Llevo mi mano libre al suelo y vuelvo a intentar ponerme de pie, pero es como si mis piernas no reaccionaran. Una mano invisible exprime mis pulmones y me quedo sin aire. Todo está borroso y voy perdiendo las fuerzas que me quedan.

—¡No quiero llorar! —susurro para mí.

—Elizabeth, ¿por qué...? —Su voz me sobresalta y volteo a verlo.

Su rostro es la viva imagen de la frustración y el enfado. Me preparo para sus reclamos por haberme ido sin avisar una vez más, pero solo se queda de pie frente a mí, con el rostro fruncido.

Cuando menos lo espero clava las rodillas en el suelo y me abraza. Entonces, atrapada en sus brazos, vuelvo a respirar.

—¡Clark! —digo con la voz rota apretando su brazo como si mi vida dependiera de ello.

No puedo pensar, sé que tengo que enfrentarlo por las estupideces que hizo, pero ahora no puedo. Absorbo su perfume y siento que me va calmando poco a poco. Me duele el estómago, pero solo me quedo aquí, quieta, sintiendo su mano acariciar mi espalda, estrechándome contra su pecho y fingiendo que todo está bien entre nosotros, cuando nunca estuvo peor.

Me aferro a la tela de su camiseta negra y cierro los ojos. Un par de lágrimas saltan sobre mi mejilla y por primera vez no las limpio, aunque tampoco lloro. Solo las dejo correr de forma sutil.

—¿Cómo me encontraste? —pregunto dos minutos después, aun sin apartarme.

—Siempre vendré a ti, Elizabeth, siempre voy a encontrarte —promete.

Sus palabras son tan firmes que estoy segura de que habla en serio y juro que no sé si alegrarme o sentir miedo, porque justo al escucharlas un escalofrío me avasalla.

No respondo, no tengo nada que decir. Solo me aparto y levanto el rostro. Los dos estamos de rodillas y sus ojos chocan con los míos como una avalancha. El azul grisáceo de sus ojos se me cuela hondo y no tengo idea si es mi imaginación, pero puedo notar algo en su mirada que no le había visto antes... ¿Qué es? No lo sé.

—Has sufrido mucho... —No es una pregunta es una afirmación. Suspira con pesadez—. Voy a cuidarte, Elizabeth. —Lleva sus dedos a mi mejilla y me deja sentir la calidez de su piel en contacto con la mía—. Voy a cuidarte incluso de mí.

Trago saliva y por estúpido que suene ni siquiera pregunto. No sé a dónde se ha ido mi voz y tampoco a dónde va corriendo el aire que debería estar en mis pulmones, solo asiento como una

idiota o quizá como alguien que se le ha derrumbado el mundo hace tiempo, pero que apenas se da cuenta y necesita aferrarse a algo aunque sea un instante para no hundirse todavía más.

Se inclina un poco y choca sus labios contra los míos. No es un beso como tal, solo hace presión, sin embargo lo siento en todas partes y no hablo de la piel. Lo siento dentro, en mis huesos, en mis articulaciones, en la columna, en el estómago, en el pecho, lo siento aunque no quiero sentirlo.

—¡Clark! —digo apartándome, pero es más un reclamo para mí que cualquier otra cosa.

No responde, solo inspira profundo y lleva su mano derecha detrás de mi nuca mandándome electricidad por todas partes. Acto seguido pega su frente a la mía y cierra los ojos. Su respiración es un poco acelerada y ya no sé qué hacer, si enfrentarlo con todo lo que tengo atorado por lo que ha hecho o espero... solo espero, mientras disfruto la calma que me regala en este instante y me permito respirar de nuevo.

Extrañamente el aire se vuelve más liviano, la pesadez en mi pecho se desvanece poco a poco, el sabor amargo sobre mi legua se deshace y el tiempo parece soltar mis pulmones al fin.

—¡Elizabeth! —Su voz es suave y su aliento sobre mis labios es una tortura—. Debemos irnos —agrega apartándose y abriendo los ojos.

Me suelta y se pone de pie. Me ofrece su mano para que me levante y me resulta extraño que no la suelte cuando me incorporo. Me meto el móvil al bolsillo y doy pasos a su ritmo.

Mientras caminamos con nuestros dedos entrelazados siento que todo es más ligero. Sé que debo de enfrentarlo y lo voy a hacer, no soy el tipo de mujer que se queda callada ante las injusticias y tengo que resolver lo de Rocco, pero ahora estoy aquí, avanzando en medio de un cementerio, llena de sentimientos encontrados, de la mano de un hombre que jura protegerme y con mil incógnitas dentro de mí.

Respiro, debo hacerlo.

¡Suelta todo un instante! Me grita mi corazón y por primera vez le hago caso.

Percibo la brisa fresca acariciando mi rostro y siento la mano firme de mi esposo sosteniéndome. Lo miro y nuestras miradas se cruzan, me sonríe y lucho por no hacer lo mismo, pero mis labios se curvan sin siquiera saber por qué.

No sé con exactitud qué está pasando o en su defecto, qué estoy haciendo, solo sé que su sonrisa me calma, que su contacto con mi piel me quema y a la vez me da vida. Solo sé que mientras me mira y me sonríe, siento que todo el mundo desaparece y que solo somos él y yo andando como en los cuentos de hadas donde el príncipe rescata a la princesa.

»Se siente lindo y disfruto cada paso que doy de su mano, pero hay un problema, nunca creí en esos cuentos... yo no soy una princesa y él no es un príncipe y esto no es más que un espejismo, un tal vez con grietas, una futuro caducado, un presente roto y un ahora que se desvanece en cada paso... Eso somos Clark y yo, una estrella fugaz que se esfuma ante las miradas, un agridulce error, un contrato que disfraza el deseo de nuestros cuerpos, una fecha límite, un desacierto de la vida, un fuego que terminará fundiéndonos o dejándonos en cenizas.

Capítulo 58

Beth

—¡Elizabeth! —Escucho su voz, pero no quiero abrir los ojos.

Tengo un sueño terrible, quizás tiene que ver con que ayer desde que volvimos al *penthouse* desde el cementerio me tomé una pastilla para dormir. Nunca utilicé medicamentos para descansar, pero lo necesitaba.

—¡Elizabeth! —repite y siento sus dedos rozar la piel de mi rostro.

Me estrujo los ojos con pereza. Miro a todos lados sin entender mucho. Esta mañana hemos cogido su avión privado para nuestra supuesta luna de miel. A pesar de insistirle en que teníamos mucho trabajo, no pude convencerlo de lo contrario. Alegó que solo eran tres días y que estaba en el contrato.

Por suerte dijo que era cerca y que el vuelo dudaría solo una hora. La verdad es que dormí todo el tiempo en el avión privado y en cuanto nos recibieron en el aeropuerto con una camioneta también me dormí.

—Ven, hemos llegado.

Me extiende la mano, pero no la tomo. Anoche le dejé claro que si venía era para aclarar algunas cosas. Por eso estoy aquí. No quiero que me toque, su piel es una debilidad que no me puedo permitir.

Bajo del auto y la brisa me golpea. Nunca sentí el aire tan puro. Mis ojos se abren mucho más cuando descubro dónde estamos: Playa Zairone, una playa privada que solo había visto en postales. El auto está estacionado detrás de una cabaña de dos pisos con el frente dando al mar.

Dios, nunca vi un azul tan profundo y eso que viví la mayor parte de mi vida cerca del mar.

—Es... es precioso —atino a decir.

—Lo es —responde Clark, pero puedo sentir sus ojos sobre mí.

Trago saliva e ignoro lo que el acto en sí me provoca. Camino despacio, la cabaña aún está a unos cuantos metros de nosotros, pero tenemos que irnos andando porque el camino termina allí.

Solo estamos los dos. En el aeropuerto le entregaron la camioneta y él decidió conducir. No repliqué porque sentía mucho sueño.

Ni siquiera me preocupo por mi maleta porque estoy embobada con la belleza que tengo en frente. Me quito las zapatillas cuando me estoy acercando y dejo de pisar tierra para sumergir los dedos en la arena. Sonrío por la cálida sensación.

Ante mí, todavía a lo lejos, puedo ver el mar en calma, como si supiera que es justo lo que necesito. Ladeo la cabeza un poco a la izquierda para enfocar la cabaña de dos pisos que se impone. Es la única que hay en todo el lugar.

Soy una persona que muy pocas veces se impresiona, sin embargo ahora mismo lo estoy. El lugar es maravilloso y me sorprende que Clark no me haya llevado a un lujoso hotel, aunque ninguno se compara con esta vista.

No sé cuánto tiempo paso perdida en mis pensamientos, supongo que mucho porque cuando me doy cuenta mi esposo ha metido las maletas y yo estoy sentada a la orilla de la playa viendo las olas danzar de forma rítmica.

—Supongo que te ha gustado la sorpresa.

El corazón se me agita cuando escucho su voz, pero me controlo porque no puedo permitirme flaquear. Necesito saber qué mierda me pasa y resolver lo de Rocco.

—Elizabeth. —Se sienta a mi lado y pronuncia mi nombre cuando ve que no le contesto. Por instinto volteo a verlo.

¡Error!

Sus ojos se vuelven mi infierno y mi paraíso al mismo tiempo. Juro que nunca vi unos ojos más bonitos que los suyos, en especial el día de hoy, brillan...

Frunce el ceño cuando no digo nada y la boca se me seca cuando se lame los labios por la resequedad que le produce el viento o eso supongo.

—¿Estás bien? —Intenta posar su mano sobre la mía, lo esquivo.

—Sí.

Respiro y me levanto con rapidez sacudiéndome las manos para deshacerme de la arena. Llevo mucho tiempo aquí afuera y ya tengo hambre. Además no puedo posponer lo inevitable.

—¿Tienes hambre? —pregunta imitando mi acto—. He mandado a preparar comida y además la nevera está llena.

—Bien.

No dejo que responda y me dirijo a la cabaña a pasos rápidos con mis zapatillas en las manos. Llevo una falda jean azul oscuro y una camiseta de mangas amarilla. Subo los cinco escalones de madera que me dejan en el barcón primario de la estructura, justo donde yacen un par de mecedoras y una hamaca de hilo rojo.

Me resulta extraño que a simple vista no se ve nada lujoso, sin embargo es lo que más me gusta del lugar. Al entrar al salón me doy cuenta de que todo está rodeado de colores cálidos. Muebles de madera con cojines rojos. Una pared amarilla adornada con fotografías que había visto antes, las mismas de la mansión Holland donde está la colección de coches.

—Era de mi madre. —Salto en mi sitio cuando me sorprende su voz, me giro para verlo sin entender a qué se refiere—. Esta cabaña era de mi madre.

—Vale —respondo y me aparto para dirigirme a la cocina que, aunque no es tan grande como la del *penthouse*, es muy bonita y pintoresca. Todo el lugar lo es.

Abro la nevera y saco una botella de agua llevándomela a la boca. Cuando miro a mi derecha, veo una puerta doble despejada que da a una terraza lateral abierta y allí visualizo una mesa puesta con un montón de comida.

No lo pienso mucho y me encamino hacia ella. Me dejo caer en una de las sillas observando las tostadas, frutas, café, jugos y huevos que reposan sobre ella. Además unos bollos y hamburguesas que me hacen la boca agua.

Me sirvo un poco de jugo de naranja y dejo la botella a un lado. Me llevo un bollo a la boca y jadeo de lo delicioso que está.

—¿Qué te pasa? —pregunta levantando una silla y la planta junto a mí para sentarse en un dos por tres.

¡Dios, parece que quiere matarme!

Empiezo a toser como loca y me llevo la mano al pecho intentando calmarme. Pretende tocarme pero vuelvo a evitarlo.

—¿Se puede saber por qué desde anoche me huyes como si yo tuviera algo contagioso?

Controlo mi tos y mi respiración, pero ni siquiera lo miro a los ojos. Tomo agua y luego reclino la cabeza un poco en medio de un suspiro.

Entonces todo se me vuelca encima. Las palabras venenosas de Ruth, las actitudes de Clark que me hacen dudar. La perversidad con la que actuó en contra de Rocco y su mirada, esa con la que me ve como si de verdad le importara. Como si este matrimonio fuera algo más que un

contrato, cuando no es así.

—¡Elizabeth! —Vuelve a decir mi nombre y esta vez se inclina sobre mí.

—¡No te acerques! —Le advierto con la rabia empezando a surcar en todo mi ser.

—Bien... —Se endereza—. Solo dime qué pasa, porque no te entiendo.

Respiro, no quiero estallar. No quiero actuar como una loca demente, quiero una conversación como dos personas normales.

—¿Qué me dices de lo que dijo Ruth? Supongo que es mentira como aseguraste.

—Por supuesto.

—¿Y si te digo que yo los vi? —Coloco mis codos sobre la mesa y apoyo mi mentón sobre mis puños.

Relajo mi rostro todo lo que puedo, aunque solo mencionar el nombre de la modelucha se me revuelven las tripas. ¿Qué rayos le pasa a mi estómago?

—¿Qué quieres decir? —Parece confundido.

—Fui a tu *suite* y los vi.

—Escucha... —Me mira a los ojos—. No sé lo que viste, pero dije la verdad en ese cuarto de baño.

—Escuché cuando te preguntó que si se verían aun cuando te casaras y le dijiste que sí.

Se remueve incómodo y se frota el puente de la nariz en medio de una exhalación pesada.

—Ya te dije que solo le dije que sí para quitármela de encima hasta que nos casáramos. Ruth no me interesa, si hubiese sido así me hubiese casado con ella. Te repito por milésima vez que no me he acostado con nadie desde que te conocí. Tú eres la única mujer que me interesa y... —hace una pausa alborotando su cabello.

—¿Qué?

Me observa con detenimiento. Siento el calor de sus ojos acariciarme los labios como si detallara cada curva de ellos.

—¿En serio no lo notas?

—¿Qué? —repito.

—¡Me vuelves loco! —Esta vez se acerca peligrosamente y me congelo sintiendo como su aliento cálido se arroja hacia mí. Lo siento en la boca y desde allí se cuela por todas partes—. Elizabeth, tú... serás mi perdición—. Se humedece los labios y niega con la cabeza—. No puedo dejar de pensar en ti y cuando te alejas pierdo la razón. Solo te quiero conmigo, quemándome la piel con la tuya. Rasgándome la cordura con frenesí cuando me besas. Quiero aplastarte con mi cuerpo, llenarte de mí y hacerte gritar mi nombre mientras te monto como un demente. Quiero dejarte sin aire con cada embestida hasta que te corras y pueda deleitarme con los gestos de tu rostro que me llevan a lo más alto y me empujan desde allí a un devastador orgasmo. ¡Joder, Elizabeth! —Se aparta y se pasa las manos por el rostro, agobiado—. Te deseo con todas mis fuerzas y solo quiero que seas mía, solo mía, de nadie más.

Lo miro, solo hago eso. Intento buscar en su mirada la verdad y por alguna razón siento que la encuentro, sin embargo hay tantos grises en el azul de sus ojos que no puedo tener certezas de nada.

Gélido, hay algo gélido en lo profundo de su mirada, pero también hay fuego, ese que se extiende por todo mi cuerpo cuando posa sus ojos sobre mí.

—¿Por eso sacaste a Rocco de mi equipo? —pregunto y de inmediato puedo ver una

atormenta a través de esos dos ventanales azules que lleva en el rostro.

Se pone de pie y lleva las manos a su cabello que casi siempre está peinado a la perfección, pero que hoy ya lo ha despeinado varias veces y está alborotado, aunque es innegable que se le ve genial. Da unas cuantas vueltas de un lado a otro y luego vuelve a posarse frente a mí, pero esta vez de pie.

—Así que es eso... —Apoya ambas manos en el respaldo de la silla y me mira fijamente—. Estás enojada porque aparté a ese imbécil de ti. ¿Qué? ¿Te hace falta?

No digo nada, solo lo mismo sintiendo la rabia estancarse en mi garganta. Desde mi lugar parece un ser supremo.

—¿Por qué te importa tanto? ¿No puedes vivir sin su adoración? ¿Crees que no lo he visto? —inquiere y no respondo—. Ese malnacido vive rondándote y parece idiotizado cuando te ve. Ni siquiera lo disimula. Se le cae la baba por ti y tú pareces encantada.

No grita, pero su voz es potente, firme y fría.

—¿Y? —pregunto como si nada.

No es su asunto, además no tengo nada con Rocco y se lo he dejado claro.

—¿Y? —repite enfureciendo—. ¿Me tomas el pelo? —Levanta la silla y la vuelve a dejar con demasiada fuerza en su lugar—. Soy tu esposo y me debes respeto.

—¿Respeto? —Me levanto furiosa sin poder contener la furia—. ¿Tú me hablas de respeto? Ni siquiera conoces el significado de esa palabra. Te metes en mi vida, pretendes que hagas lo que quieres. Haces renunciar a Rocco, intervienes con cosas que tienen que ver con mi familia. Intervienes con mi trabajo y dejas que esa zorra se te acerque. ¿Tú me hablas de respeto? —Golpeo la mesa y las bandejas con comida resuenan en todo el lugar.

—¡Es suficiente! —grita con el rostro lleno de tensión e incluso puedo ver las venas de su cuello endurecerse—. No voy a permitir que ese hombre esté cerca de ti y punto.

—¿En serio? —Rio con sarcasmo y me cruzo de brazos—. ¿Qué te hace pensar que voy a hacer lo que tú quieres?

Camina hacia mí y se detiene tan cerca que tengo que intentar dar un paso atrás, pero no puedo porque su brazo me rodea la cintura de forma posesiva.

—Eres mi esposa —dice sobre mis labios.

Controlo mi cuerpo porque siente los latigazos que le envía su voz y casi tiembla. No se lo permito.

—¡Exacto! —Lo empujo con las dos manos y apenas se mueve un paso, por lo menos me suelta—. Soy tu esposa por un maldito contrato, no soy tu títere, Holland, no lo olvides.

Puedo ver los destellos de su infierno en su mirada, pero no me importa, así que continúo:

—Rocco volverá a mi equipo, volverá a trabajar conmigo. —Lo señalo con mi dedo índice—. Y tú no volverás a meter tus narices en mi vida.

—Soy tu esposo —repite una vez más. Su pecho sube y baja con rapidez y sus manos están tensas a cada lado.

—Puedes repetírtelo cuantas veces quieras, pero no quita que solo seamos un estúpido papel. Un par de firmas en un contrato que va a caducar. Un broma sin sentido. Solo somos eso...

—¿Eso es lo que somos según tú? —Su voz se vuelca sobre mis labios y apenas me doy cuenta de que se ha cernido sobre mí—. Responde, ¿según tú no somos nada?

Dejo de respirar. Sus orbes azules se incrustan en los míos con rabia y toda yo vibro a un ritmo

caótico. Una mano me aprieta por la espalda baja contra él y la otra empuña mi cabello con fuerza, pero sin llegar al punto de hacerme daño.

Siento contracciones en todos los músculos de mi cuerpo, mis manos están sobre su pecho como una reacción a su arrebato y mi garganta parece cerrarse de a poco.

—¡Clark...! —Maldita sea, no tengo voz.

Su cercanía me roba el aire. Su contacto es un cerillo encendido y mi piel es un combustible que me hace arder en llamas. Me quemo, siento que me quemo.

—¡Contesta! —exige enfocándose en mis labios.

No puedo hablar, mi voz se estrangula con mis propias cuerdas vocales. Siento sus dedos engullirse aún más en mis hebras y no sé si soy masoquista o qué, pero me excita la forma en que nuestros cuerpos producen chispas con tan solo tocarse

Trago el nudo de mi garganta o al menos lo intento, pero logro conseguir el suficiente aire para contestar.

—Sí... eh... sí, es lo que pienso —logro decir.

Clark aprieta los dientes y me parece que puede hacerse daño, pero ni siquiera tengo tiempo a pensar porque en un nanosegundo sus labios se precipitan y caen de forma voraz sobre los míos.

Intenta saquear mi boca, pero me aparto.

—Clark... hablo en serio, Rocco volverá a mi equipo.

—Unju —Y vuelve a atacarme esta vez con más violencia, pero necesito dejarlo claro, así que me aparto una vez más.

—¡Clark! —Hago que me mire y golpeo su pecho de forma amenazante con mi dedo—. Rocco volverá a trabajar conmigo y te prohíbo que te acerques a él o a cualquiera de mi equipo o te juro que te vas a arrepentir. Además, no quiero esa zorra cerca o no respondo de mis actos ¿Está claro?

Hace una mueca dejándome ver el fastidio. Intenta besarme de nuevo, pero no se lo permito.

—¿De acuerdo? —repito.

Duda un instante y luego contesta:

—Sí... —La última letra la suelta dentro de mi boca de forma violenta.

Su lengua ávida golpea la mía con insistencia. Siento sus manos en todas partes y millones de choques eléctricos queman mi columna vertebral. ¿Un beso puede sentirse en partes de tu cuerpo que ni siquiera tienes? Yo lo siento hasta en el aire que respiro.

Siento su puto beso llegarme hasta las entrañas. Mi entrepierna se humedece y sé que se supone que estamos hablando y que debería seguir furiosa, pero cómo mantengo mi postura si mis manos ya se lanzaron a su cuello y una de ellas tira de su cabello. Cómo lo hago si sin darme cuenta mis piernas rodean su cintura y me veo a mí misma siendo arrastrada hacia la pared cerca de la puerta hasta que mi espalda se estampa sobre la madera.

Debería de rugir por la forma brusca en la que mis huesos se contraen por el golpe, sin embargo hay algo más fuerte que se roba mi atención y es la electricidad que azota mi pelvis. Su mano volando hacia mis pechos, endureciendo mis pezones. Su lengua descendiendo por mi cuello y sus dientes marcando mi piel caliente, deseosa, necesitada de él.

Suelto un jadeo estrangulado cuando la humedad de su boca abarca uno de mis pezones redondos y rosados. Sus paredes succionan con esmero y deleite mi pecho derecho mientras con una mano le presta atención al otro. No es cuidadoso ni sublime, es una bestia hambrienta y yo

soy su mangar.

—¡Clark! —musito cerca de su oído quebrando lo poco que le queda de cordura.

En medio segundo me deja en el suelo, me saca la camiseta por la cabeza y gira mi cuerpo dejando mi mejilla contra la pared y mi trasero frotándose contra su dureza.

—¡Me vuelves loco! —gruñe sobre mi nuca arrasando con todos mis sentidos.

Clavo las uñas en la madera frente a mí y dejo que haga lo que ha comenzado a hacer, levantarme la falda y arrancarme las bragas. Lo logra en menos tiempo de lo que pensé. El aire fresco me roza la piel recordándome que estamos en una terraza. ¿Y si viene alguien?

—¡Clark...!

Intento decir algo al respeto, pero sus dedos sobre la piel de mi cintura y el tirón que me da dejando mi culo en pompa, me silencia.

Creo que es la primera vez que no mete su mano antes para confirmar mi humedad, sino que me empala de forma violenta, bárbara, bestial.

Por suerte estoy más que mojada, pero aun así me quedo sin aliento, mi cuerpo tiembla por sentirme llena y mi corazón parece querer correr de mi pecho.

—¡Elizabeth! ¿Qué estás haciéndome? —Su voz ronca me atraviesa al igual que su ensanchada polla que empieza a arremeter sin piedad.

Y chillo entre dientes cuando lo siento tan profundo, tan certero, tan grande, tan mío. ¿Mío?

Chillo cuando tira de mi cabello con una mano y con otra dirige mis movimientos que se acoplan ferozmente con los suyos. Chillo cuando el sonido chapoteante de nuestros cuerpos se eleva y la sensación de su pelvis colisionando contra mis nalgas es delirante. La humedad de mi coño se desborda y empieza a caer por el tronco de mis muslos. Siento como mis jugos lo cubren y le resulta más fácil desplazarse en mi interior a pesar de su extensa longitud y anchura.

—¡Voy a romperte ese coño, Elizabeth! —Rumea y de inmediato siento sus dientes enterrarse sobre mi hombro.

Mi espalda se arquea aún más y en el mismo movimiento mi cabeza se inclina hacia atrás. Aprieto los ojos, las sensaciones me sobrepasan y estoy a punto de explotar.

—¡Hazlo, Clark! Joder... —siseo con una embestida—. ¡Rómpeme!

Escucho una risa perversa y luego pasa, nuestros cuerpos se funden entre movimientos fuertes, caóticos, adsorbentes. Nos convertimos en dos meteoros que se estrellan uno con otro. Dos autos se carreras que conducen a toda velocidad en sentido contrario y chocan a medio camino.

Sus embestidas me levantan y me muerdo los labios conteniendo un poco los gritos que quiero soltar.

—¡Eres un... maldito! —gimoteo, sintiendo la rudeza con la que me empotra.

—¡Soy tu maldito! —Casi sonrío cuando vuelve a robarme el aire. Empuja mi cuerpo hacia delante dejándome en cuatro—. Quiero vernos... quiero ver cómo te rompo.

Siento un ardor en mis nalgas cuando me da dos azotes.

—¡Jo-der! —gruñe cuando mis paredes se contraen sobre su falo.

Repite los azotes un par de veces y noto las embestidas cada vez más rápidas, más profundas, más fuertes. Mis uñas se aferran a lo que pueden, cada vez que me empala me hace perder el equilibrio.

Mis piernas tiemblan, mi pelvis se contrae, nuestras caderas se balancean salvajemente a un solo ritmo.

Siento su cuerpo cernirse de forma leve sobre mí y una mano escabullirse por mis piernas hasta llegar a mi puño de músculos para terminar con el poco aire con el que sobreviven mis pulmones.

—¡Clark! —gimo.

Estoy a punto de correrme y él lo nota.

—Hazlo, mi diosa, dámelo todo de ti.

¡Su voz! Joder, su voz me llena, me mata y luego me revive. Esa voz grave y susurrante que me demuestra lo excitado que está. Mi pecho tiembla, las sensaciones en mi vientre bajo me avasallan. Las rodillas me flaquean un poco y los embates de su cuerpo chocando con el mío junto a los círculos de sus dedos sobre clítoris son mi perdición, y entonces sucede, reviento en diminutos fragmentos de un orgasmo épico.

—¡Dios! —Lo escucho refunfuñar y lo siento dentro, lo siento en todas partes.

No tarda ni diez segundos en dejarse ir. En embestirme una última vez con tal crudeza que me duele la cintura. En vaciar sus ganas en mi interior y rugir mi nombre como un león sobre mi espalda cuando se corre. Logro incorporarme un poco notando sus espasmos ligados a los míos. Su cuerpo me aplasta y termino con la parte superior de mi cuerpo apoyada completamente en la pared.

De repente la adrenalina empieza a pasar y me siento sin nada de fuerzas y con el estómago matándome del hambre. Su cabeza está recostada sobre mi hombro y nuestras respiraciones siguen siendo un caos.

—¡Elizabeth...! —masculla, pero se detiene dejándome la sensación de que quiere decir algo más.

Todavía sigue dentro de mí, mi espada toca la piel de su pecho y una de sus manos reposa en la pared para no asfixiarme mientras la otra acaricia la piel de mi abdomen.

—¿Sí? —cuestiono al ver que no dice nada.

Inhala profundo y luego suelta el aire por la boca.

—Creo... —duda y un simple segundo parece cien años—. Creo que me estoy enamorando de ti.

¿Se puede sentir que podemos tocar las estrellas mientras nos consumimos en el fuego del infierno? Pues justo así me siento. Como si sus palabras fueran dagas enterradas en mi garganta. Como si la brisa en vez en refrescar quemara. Como si a pesar de ser casi medio día hubiese caído sobre mis hombros una noche sin luna. Una tormenta eléctrica, un rayo que hiere a muerte y al mismo tiempo, es como si el invierno hubiese llegado y solo él pudiera calentarme el corazón.

¿Qué me pasa? Me pregunto y no tengo respuesta, solo siento que un torbellino danzante se agita con fiereza dentro de mi pecho y ya no puedo respirar.

Capítulo 59

Clark

Los últimos rayos del sol reposan en la piel tersa de su mejilla. Es la obra de arte más bonita que he visto. No puedo apartar la mirada de ella, tan tranquila, tan serena. Ella, tan perfecta, tan hermosa. Ella, siempre ella... una poesía erótica, un canto sublime a la belleza de la mujer, un hechizo andante, una maldición que no quiero romper, una promesa de corazón roto.

Lleva toda la tarde durmiendo boca abajo y aunque quiero, no puedo dejar de deleitarme con el brillo de su piel. Su espalda está desnuda y solo tiene una fina sabana privándome de la vista de su maravilloso trasero.

Estoy sentado en un sofá individual delante de la cama desde hace horas. Apoyo mi frente sobre mi mano. Me duele la cabeza.

«Creo que me estoy enamorando de ti».

Las palabras devoran mi mente como una bacteria come carne. Quiero golpearme yo mismo. ¿Cómo mierda fui a decir una estupidez así? Ni siquiera lo pensé, solo salieron de mi boca en medio de una descarga monumental.

No puedo olvidarlo, me siento un idiota y lo peor fue su cara de terror cuando salió corriendo. ¿En qué carajos estaba pensando? Ni siquiera es cierto... ¿No? Porque no puedo permitirme sentir. No debo, joder, no debo, sin embargo siento que me asfixio solo de saber las consecuencias de lo que estoy haciendo: la despedida.

Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón que es la única prenda que llevo puesta. Desbloqueo la pantalla y me encuentro con el mensaje que tanto he esperado.

«Tengo los primeros documentos, tendré los demás en unos días» dice y sonrío. Mi matrimonio empieza a dar frutos, sin embargo mi sonrisa desaparece cuando aparto la mirada y la veo removerse en la cama.

Un frío me congela el alma. La voy a perder y no debería afectarme porque lo sabía desde el principio, solo que nunca me imaginé que ella llenara tantos de mis huecos y si se va, joder... si se va esos pequeños agujeros serán hoyos profundos y negros.

Cuando se retuerce puedo ver la curva de uno de sus senos y la sabana que cubre su trasero se escurre un poco dejando al descubierto esa flor de loto que tiene tatuado en su cintura y que es mi perdición cada vez que la empalo en cuatro como horas atrás.

Me acomodo el pantalón con una dolosa erección y decido a salir de aquí antes de despertarla metido entre sus piernas. No es conveniente, no ahora porque ni siquiera sé qué pasa por su cabeza, la verdad tampoco sé qué pasa por la mía.

Cuando dije esas estúpidas palabras solo se fue, dijo que tenía que limpiarse, subió el segundo piso y permaneció en la ducha durante casi una hora. Me fui a la playa al ver que no regresaría. Me metí al agua queriendo ahogar lo que estaba sintiendo y cuando volví ya había comido y estaba dormida semidesnuda.

Ha dormido como nunca vi dormir a nadie. Supongo que es mi culpa que esté tan agobiada y cansada, y me pesa porque mi objetivo final nunca ha sido lastimarla.

Fuera más sencillo si no se enamorara de mí, pero entonces, ¿por qué cuando dije esas tontas palabras lo único que deseaba era que ella admitiera que estaba sintiendo lo mismo? Y es que puedo verlo en sus ojos, puedo divisarlo incluso a través de la furia que casi siempre carga en la mirada.

Llego a la terraza lateral y me dejó caer en el sofá del exterior. He quitado la mesa y solo he dejado los muebles que siempre han estado aquí. De inmediato me doy cuenta de que ha sido

mala idea no ponerme una camiseta. Ya no estamos en verano y la brisa fresca de otoño se abraza a mi piel.

«Algún día llegará alguien que hará que tu corazón galope en vez de latir, entonces sentirás que mueres, pero también te sentirás más vivo que nunca». Las palabras de mi madre vienen a mi mente.

Solía hablarme mucho del amor. Era la mujer más dulce y amorosa del mundo. Amaba a mi padre como nadie, tal vez esa es la razón por la que sigo guardando una espina con el nombre de él. No puedo entender por qué fue tan cobarde y no la defendió.

En mi caso no llevo una espina, es una estaca en el alma con mi propio nombre. No concibo que no me haya dado cuenta de la arpía que siempre fue mi abuela. Me sumergí tanto en mis estudios y las chicas, que me cegué. Irene siempre fue una mujer con un carácter muy fuerte, pero jamás me di cuenta de que odiaba a mi madre al punto de lastimarla como lo hizo. Eso... eso nunca me lo podré perdonar, pero al menos la haré pagar el daño que le hizo a mi madre y todas las lágrimas que derramó por su culpa. Voy a hacerla pagar por la muerte de mi hermana y el hecho de que nunca me dejó conocerla.

***

El sol se ha ido y empiezan a aparecer algunas estrellas deslumbrantes en el cielo.

—¡Señor! —Una voz que conozco me hace girar hacia la parte trasera de la cabaña.

Un hombre afroamericano y una preciosa trigueña dominicana aparecen con dos canastas en las manos. Fernando y Bere, son los padres de Julián y además son las dos personas que cuidan la cabaña de mi madre, mi lugar seguro. Viven a medio kilómetro con las dos gemelas y siempre me preparan comida en abundancia cuando vengo aquí.

—Hola —les sonrío genuinamente.

Siempre me traen buenos recuerdos, ella era la mejor amiga de mi madre y Fernando es su esposo. Ambos pasan los cincuenta y siempre llevan una sonrisa amplia en los labios. Son como unos segundos padres para mí.

—¡Muchacho! —Fernando me sonríe, ambos se acercan, dejan las canastas de comida en una mesita cerca de donde estoy y vienen a mí a darme un abrazo. Los recibo con el mismo amor que me ofrecen.

—¿Quieres que prepare la mesa? —me pregunta Bere. Siempre me trata con tanta familiaridad y para ser sincero me gusta, hace q ue me sienta en casa.

—No, déjalas ahí. ¡Siéntense!

—No podemos, hijo —alega el moreno—. Vamos a llevar a Salomé y a Maite a la feria que hay en el pueblo.

—He tratado de convencer a este hombre de que no es necesario —dice Bere cruzándose de brazos y mirando mal a su esposo—, pero es terco como una mula. Las niñas están molestas, dicen que su padre las avergonzará.

Sonrío al ver que Fernando hace una mueca. En realidad no son niñas. Son gemelas y tienen veinte años, pero él no deja de verlas como sus bebés.

—Son unas niñas, hay que cuidarlas.

—Ya no son unas niñas. Tú eres quién no quieres verlo.

—Que sí lo son.

—Qué no...

—Unjum —me aclaro la garganta, divertido. Si los dejo terminaran matándose, ya los conozco —. ¿Entonces hay una feria en el pueblo? —Calmo el ambiente.

—Sí. —Se emociona la mujer frente a mí—. Sabes que es un poco lejos, está casi a cuarenta minutos desde aquí, pero vale la pena. Deberías llevar a tu dulce novia.

—¡Bere! —La regaña Fernando.

—¿Qué? Yo solo digo.

El moreno me ofrece una mirada de disculpas. Ambos sabemos que quiere averiguar quién es Elizabeth. Yo respiro antes de darle la respuesta que buscan. Son de mi entera confianza y siempre han querido lo mejor para mí.

—Es mi esposa.

Quizá estaría riendo a carcajadas al ver su cara de estupefacción si no fuera porque sigo con una extraña sensación en el pecho por las palabras que dije y la forma en que ella las recibió.

Los dos se miran entre sí con los ojos muy abiertos y noto que no tenían ni idea. No me resulta extraño que Julián no lo mencionara, siempre ha respetado mi privacidad, sabe que es importante para mí.

Fernando sonríe y vuelve a acercarse. Me da un par de palmadas y me felicita. Por suerte cuando Bere intenta averiguar más, me la quita de encima. Se despiden con amabilidad y recibo su abrazo con gusto. Son importantes para mí. A lo lejos veo que alcanzan el jeep que les regalé el año pasado y un minuto después se pierden en el camino rústico.

—¿Hay una feria en un pueblo cercano? —Su voz me sobresalta.

Al parecer Elizabeth ha escuchado toda la conversación. Volteo para encontrarme con ella. Por suerte (o mala suerte) ya está vestida. Lleva un vestido rojo suelto desde la cintura que le llega a las rodillas, con un precioso escote en v. Un chaleco de cuero y unas sandalias. El cabello está recogido y sus labios parecen brillar bajo la noche que acaba de caer.

Trago saliva y ahogo las ganas que tengo de besarla. De volver a empujarla contra la pared y penetrarle hasta el alma. Meto las manos en los bolsillos y actúo como si nada, aunque por dentro me vuelvo una hoguera.

—¿Sabías que es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas?

—Supongo que aun no aprendo esa lección. —Se encoje de hombros y sonríe.

Joder, sonríe y eso me mata.

¿Cómo una sonrisa puede romper tantas murallas? ¿Cómo una mirada chispeante puede escarbar debajo de la piel?

Necesito que sonría siempre, quiero que me mire así, tan ella, tan profundo. Es evidente que dormir le ha sentado de maravilla. Parece una flor en medio de la primavera. ¿Qué flor? Ella es la primavera misma... ella es el invierno, el verano y el puto otoño que nos resbala por la piel. Ella lo es todo.

Un pensamiento se me cruza por la cabeza. Necesito que siempre esté feliz, que luzca ligera como ahora. Que la vida no le pese y que el día no la maltrate.

—Vas a resfriarte —dice con el ceño fruncido mirando mi torso desnudo. Sonrío cuando la veo morderse el labio inferior recorriéndome por completo—. ¿Qué? —pregunta poniendo mala cara cuando ve que las curvas de mis labios se ensanchan.

—Nada, voy a vestirme para cenar. ¡Ya vengo!

Entro a la cabaña, subo las escaleras a la única habitación que hay arriba, me pongo una

camiseta y una chaqueta. Antes de salir me paro en el barcón. La oscuridad disfraza las olas de sombras, pero el olor a mar sigue impregnándolo todo.

Inspiro y cierro los ojos acomodando las ideas. Deseo con todas mis fuerzas arreglar algo que no tiene arreglo. Quiero regalarle sonrisas antes de robársela de raíz. Quiero... joder, la quiero a ella junto a mí, aunque sé que yo mismo terminaré alejándola.

Me paso la mano por el cabello, ni siquiera me molesto en acomodarlo porque la brisa y el clima lo arruinarán de todos modos, además estoy en casa. ¿No se supone que en casa podemos estar cómodos?

Bajo las escaleras y cuando salgo a la terraza Elizabeth está sentada en el suelo junto a la mesita y la comida está servida.

—Vaya, todo se ve estupendo —digo y me siento frente a ella.

Hay pescado en salsa blanca, lasaña, arroz con coco, tostones y un par de cervezas que al parecer sacó de la nevera.

Elizabeth no contesta, solo asiente y se mete un tostón a la boca. Cierra los ojos y gime de gusto con lo delicioso que está la comida. No me sorprende. Fernando cocina de maravilla y Bere ama hacer comida de su país. También se le da estupendo.

El silencio nos arropa mientras cenamos. Todo está increíble. No digo nada, solo la dejo disfrutar. Yo disfruto más verla a ella comiendo.

—¿Qué tanto me miras? —pregunta y, como si fuera idiota, la cerveza que me tomo me sale hasta por la nariz.

¡Joder! Rompo a toser, el aire se me va y estoy seguro de que la piel blanca de mi rostro está teñida de rojo. Me llevo la mano al pecho y Elizabeth se pone de pie, llega a mí, se suelta a mi lado y me golpea la espalda.

—Dios, lo siento —su voz es preocupada y por alguna estúpida razón eso me llena.

No sé si es consciente, pero incluso cuando logro recuperarme ella sigue con su mano en mi espalda y realiza pequeños círculos que me calientan la piel pese que su contacto es sobre la ropa.

—¿Estás bien? —inquiere.

La miro y me entran ganas de decirle que siempre que está cerca estoy bien. Que incluso cuando se enfada y me grita siento que respiro mejor solo porque puedo ver su rostro frente al mío. Que ahora mismo lo único que me detiene para no lanzarme sobre ella es el miedo atroz de que me rechace por lo que le dije en la mañana. Quiero pedirle que me perdone, que no me juzgue, que lo siento.

«Dile la verdad».

Las palabras de Emily llegan a mi cabeza como un fogonazo. Entreabro la boca para decir no sé qué, pero el miedo a que se vaya ahora mismo me dispara en el medio del pecho. Sé que lo hará en algún momento, sin embargo no estoy preparado para que se vaya, no puedo estropear mis planes y de paso dejar todas mis grietas abiertas una vez más.

—¡Tregua! —digo logrando que pequeñas arruguitas aparezcan en su frente por la confusión que le nace. Quiero pasar mi pulgar por cada una de ellas para deshacerla, pero la verdad se ve adorable—. Hagamos una tregua —aclaro.

—¿A qué te refieres?

Su mano abandona mi espalda y maldigo mil veces el que deje de tocarme. Siempre que lo

hace un vacío se me forma en el estómago. Respiro, solo respiro. Aparto la vista de sus labios tentadores y me concentro en las palabras más difíciles que he dicho en mi vida.

—No voy volver a interferir con tu trabajo ni con la relación que tienes con ese... —idiota, imbécil, malnacido, hijo de puta—, amigo colombiano. —Entorna los ojos y alza una ceja, desconfiada—. Hablo en serio. No voy a meterme en tu vida, haré lo posible por no fastidiarla. Solo deseo que hagamos una tregua. No quiero que sigamos peleando, Elizabeth, no quiero.

—¿Y qué quieres, Holland? —Se cruza de brazos.

—¿Cuándo vas a dejar de decirme así?

—Es tu apellido. ¿No? —Media sonrisa aparece en su rostro.

—También debería ser el tuyo.

Su expresión cambia y deseo patearme el trasero por haber borrado esa sonrisa.

—Ni en tus sueños —me amenaza con el dedo índice.

—¡Vaaale! —Ruedo los ojos—. No insistiré, solo quiero que intentemos que esto funcione el tiempo que dure. Escucha... —Tomo su mano, ella se sorprende, no parece haberlo esperado—, sabes que la pasamos bien, que podemos hacer que esto sea maravilloso mientras dure. Podemos dejar que todo fluya y en cuanto a lo que dije en la mañana...

—No quiero hablar de eso —me interrumpe y esquiva mi mirada.

—Solo... olvídalo, ¿vale? No sé en qué estaba pensando, pero sí me gustas y mucho.

Vuelve a mirarme. Sus ojos se quedan fijos en mi rostro. Se sume en sus pensamientos y yo me voy derrumbando cada segundo que hace silencio. Unos instantes después reacciona, deja caer sus hombros, pero no aparta su mano de la mía. Eso me da algo de tranquilidad.

—¿Quieres que juguemos al matrimonio feliz? ¿Quieres que actuemos como si esto fuera real?

Aprieto su mano.

—Quiero que nos dejemos llevar por las sensaciones en nuestros cuerpos cuando nos acercamos. Que nos besemos hasta quedarnos sin labios. Que vivamos sin pretensiones, sin pensar en el contrato y mucho menos en lo que pasará mañana. Quiero que nos comamos el mundo montados en las nubes que se forman cuando nos corremos. —Inhalo—. Elizabeth, solo vivamos el día a día, déjame tocar las estrellas en forma de lunares que adornan tu piel. Déjame meterme entre tus piernas y vivir allí hasta que esto acabe. Solo... dejemos de pensar y vivamos. Eso... solo quiero eso.

—¡Vale! —dice sin siquiera detenerse a pensarlo y mi cerebro se pausa por la impresión.

Sinceramente esperaba mil «pero» sin embargo su inmediata aceptación me saca de órbita. Aun así sonrío, es como si su «vale» fuera una braza ardiente que me quema, que me prende y logra hacerme palpitar hasta la piel.

Ella también sonríe. Se queda callada mirándome y por un momento quiero pensar que no hay nada más. Que nos conocimos por pura coincidencia. Que solo somos dos cuerpos ahogados en deseo y que nuestras almas son libres, pero libre juntas.

—¡Vamos a la feria!

Me invade su voz entusiasta. Siempre sabe lo que quiere.

—¡No!

—Dijiste que debemos dejar que todo fluya como si fuéramos una pareja normal. —Sonríe con picardía y lleva su mano a mi mejilla, quema, su contacto siempre quema—. Pues las parejas normales pasean juntos, cariño.

¿Cariño?

La observo. Ella me embruja. Sabe que es preciosa, que me vuelve loco. Quiere ir a esa estúpida feria y es capaz de derrochar la inocencia que no tiene. Sonríe de forma chispeante y se me llenan los pulmones con todos los destellos que suelta. Maldigo por dentro por la influencia que tiene la galaxia en sus ojos cuando los posa sobre mí.

Ladeo la cabeza, miro al cielo y dejo caer los brazos. Me gustaría decirle que odio las multitudes, el olor a comida basura, el ruido caótico de la gente y las risas sin sentido de los que se entretienen en esos tontos juegos. Me gustaría decirle que ya la complací con ir a ese parque de diversiones y que ni de broma volveré a un lugar de esos, pero... ¿cómo le digo eso si me sonríe de esa forma? ¿Cómo controlo las agitaciones de mi corazón si cuando roza mi piel no puedo ser consciente de nada más que ella? ¿Cómo coño me niego si solo quiero verla sonreír?

Resoplo, una, dos, tres veces.

—¡Vale! —Me rindo.

Y me hubiese rendido antes si hubiese sabido que se colgaría de mis hombros y hundiría su rostro en mi cuello rompiendo todas las putas barreras. Sí, solo ella ha sido capaz de destruirlas todas en un instante cuando me llevó la mitad de mi vida construirlas.

Entonces dejo de respirar al ser consciente de algo: La vida es una jodida broma, un capricho tortuoso que dispara sin que puedas ver el arma. Todo este tiempo me he lamentado por el daño que puedo hacerle a ella, pero ¿y si ella me destruye? ¿Y si cuando me prive de sus besos me arranco los labios? ¿Y si...?

Me reprendo mentalmente y la abrazo. Lo necesito para borrar todas las dudas. La envuelvo y no sé por qué, pero se siente tan natural. Como si ambos pertenecemos a este instante, a esta noche, a cada respiración, a nuestros brazos, a todas las estrellas que nos miran curiosas y a la luna, a esa luna brillante que escribe poemas con nuestros nombres.

—¡Gracias! —musita y se aparta dejándome ver su precioso rostro.

—¿Por qué? ¿Por aceptar llevarte a la feria?

Sonríe, cada vez que lo hace me azota el alma, pero no duele, todo lo contrario, es como si me inyectara adrenalina.

—Por la tregua.

Puedo verlo en sus ojos, está cansada de discutir. De mis atrevimientos, del caos que traje a su vida.

—¡Un placer! —La atraigo de nuevo a mi cuerpo y la aprieto contra mí.

Y entonces me pregunto, ¿cómo podré desprenderme de ella si se está tatuando con fuego sobre mi piel, sobre mis huesos, sobre mis músculos?

¡Mierda!

El corazón también es un músculo. ¿No?

Mini extra

Clark

El bullicio de la gente en la feria sería más que tormentoso si no fuera porque ella no ha parado de reír.

Elizabeth sonríe y su risa es una explosión de estrellas brillantes que adornan el cielo oscuro, y tiemblo. Tiemblo porque por primera vez me aterra la forma en que su sonrisa me aprieta el pecho. Cómo sus ojos vivaces me acarician el alma. Cómo su mirada sonriente me produce una extraña sensación de alegría que no puedo controlar.

Tiemblo porque por primera vez mi impulso no es empujarla a la oscuridad, arrancarle la ropa y follarla salvajemente, sino abrazarla. Congelar este momento en el que ríe sin miedos, sin máscaras, sin dudas. Solo siendo ella o al menos esa versión cálida que siempre intenta esconder. Tiemblo porque algo dentro de mí vuelve a gritarme que no puedo sentir nada por ella, porque todo acabará pronto y me odiará, por lo que la conozco, me odiará con todas sus fuerzas y tendré que dejarla ir.

Mi respiración se corta cuando la pienso lejos de mí. Cuando recuerdo que llegará el momento en que ya no podré besar su piel, anidarme en sus labios y hundirme en ella hasta quedarnos sin fuerza.

—Clark —su voz cálida y el tirón que da de mi mano me devuelve a la vida. Le sonrío como idiota sintiéndome raro. Ni siquiera había notado que detuve el paso—. Vamos a ver la banda de música que toca.

No quiero ir, pero es imposible negarme.

—Vamos —le digo y seguimos caminando como dos adolescente en medio de tantas personas.

Sigo preguntándome cómo carajos me convenció de venir aquí y luego la miro, y lo entiendo. Ella es un hechizo de mujer y aunque sé que debo resistir para no pagar las consecuencias más tarde, es difícil negarse a sus peticiones cuando sus labios se curvan en una sonrisa o cuando me besa tranquilamente, aunque sé muy bien que solo lo hace para lograr su objetivo: Traerme aquí.

¿Qué se supone que haga ahora? ¿Ahogarme en las mismas olas que yo provoqué? ¿Dejar que el veneno que yo mismo sembré me mate cuando todo termine? ¿Disfrutar del momento esperando que sea eterno? Sí, creo que haré lo último porque quiero que este instante no se rompa, que no se vuelva solo un recuerdo, que no se deshaga en mis manos mientras intento conservarlo como mi mayor tesoro.

Beth

El sabor a cerveza artesanal todavía se siente sobre mi lengua. El aire ha pasado de ser fresco a ser frío. La feria estuvo maravillosa. La música, la gente, la comida chatarra, el baile y los juegos. Esta noche me sentí yo de nuevo.

«Tregua» me dijo y ni siquiera lo pensé. Un botón se presionó solo dentro de mí y acepté. Y es que a pesar de haber dormido como una morsa por tantas horas la sensación de cansancio no desaparece por completo. Clark me tiene agotada y no hablo solo del sexo sino de todo lo que trajo consigo. Sus actitudes y su prepotencia.

Yo, Elizabeth Shaine, me conozco lo suficiente como para saber que si no acepto esa tregua todo será mucho peor. Bien dicen que no hay nada más peligroso que un animal que se siente herido y enjaulado y yo empezaba a sentirme así. Empezaba a querer ver el mundo arder, sobre todo la tal Ruth y la señora Irene. Bueno, todavía quiero ver arder a ese par de brujas, pero al menos he decidido bajar la guardia porque estoy exhausta.

«Creo que me estoy enamorando de ti» sus palabras vuelven a revolotear en mi cabeza,

presionan mis neuronas y asfixian a mi cerebro.

Sacudo ese pensamiento porque no lo quiero en mi mente. ¡Amor! El amor no es para mí. He visto lo que hace en las personas. Las emboba, las vuelve presa, las eleva a las nubes y luego las empuja haciéndolas pensar que es un suicidio.

Mi padre es un ejemplo de ello. El amor que sentía por mi madre lo destruyó en su ausencia. Ese tipo de amor no fortalece, debilita al punto de lograr que alguien renuncie a la vida y no lo quiero, no lo necesito.

Su mano está sobre mi cadera, mi oído reposa sobre su pecho y mi respiración danza al ritmo acompasado de su corazón. Siento sus dedos haciendo suaves caricias sobre la tela de mi vestido, pero aun así puedo sentirlo en todos rincones de mi cuerpo.

Es medianoche y desde que llegamos hace quince minutos nos hemos tumbado sobre un sofá que yace en el balcón de la habitación. Empieza a hacer frío y necesito calentarme. Levanto mi cabeza y me lo encuentro con una expresión pensativa. Está tan sumergido en sus pensamientos que apenas se ha dado cuenta de mi acto.

Llevo mi mano a su mejilla, tengo ganas de preguntarle qué sucede, pero no quiero una respuesta que lo estropee todo. Me sigue costando obviar que se ha comportado como un imbécil estas cuatro semanas, sin embargo lo he dejado atrás por mi salud mental, aunque claro, no lo olvido y una estupidez más de su parte va a acabar con mi cordura.

Me mira cuando nota mis dedos acariciando su rostro perfecto, abre la boca para decir algo, pero me alzo un poco y alcanzo sus labios tragándome las palabras que pretendía soltar. Fuego, cada vez que nos besamos llamas incendian mi cuerpo. El frío que empezaba a sentir desaparece en nanosegundos cuando intensifica el beso y la mano que estaba sobre mi cintura desciende y se escabulle por debajo de mi vestido. La otra mano se vuelve un puño sobre mi cabello y yo vibro de deseo, de ganas de volverme cenizas. Sin embargo se detiene, sé que tiene algo en mente. Lo miro confusa y a la vez enfadada, me ha privado de sus besos. ¿Por qué me resulta tan natural y adictivo posarme en su boca?

—Elizabeth —dice si apartar la mirada de mis labios—. Necesito advertírtelo.

—¿Qué? —Arrugo las cejas.

Respira con agobio, con pesadez.

—Ambos somos fuego y si nos acercamos demasiado nos volveremos cenizas. Eres inteligente, sé que lo sabes, la diferencia entre tú y yo es que a mí no me importa, pero puede que tú termines odiándome.

Respiro con poco aire. Sus palabras deberían producirme terror, pero yo solo quiero que me bese, yo solo quiero que me abrace contra su piel desnuda. Yo solo quiero perderme en el puto universo que crean sus ojos cuando me miran. Ahora mismo yo solo lo quiero a él, metido entre mis piernas, alimentando la fiera que lleva por dentro. Yo solo quiero que su lengua se adueñe de mi humedad. Que se deleite con mi sabor. Que me mire mientras me succiona el alma por el coño y me haga arañar a la vida en medio de un orgasmo.

—Solo... solo quémame —digo con la respiración agitada.

Me regala una sonrisa ladeada de esas que desatan demonios y no tarda ni dos segundos en atacar mi boca. Y entonces nos incendiamos, nuestros cuerpos bailan ansiosos de volvernos polvo. Caricias, roces que marcan más que la piel, besos desenfrenados que lastiman los labios. Palabras obscenas que aumentan las ganas. Embestidas que roban fuerzas...

El sube y baja de mi cuerpo rebotando sobre su falo mientras maltrata mis pechos con vehemencia haciéndome chillar su nombre, porque joder, me fascina. Su perfume se funde con el olor a mar y yo me siento en las nubes. Ya no hay frío, todo lo contrario, somos flama, somos

efervescencia, somos fuegos artificiales explotando en un cielo minado de estrellas que nos envidian porque nos sentimos mucho más alto que ellas.

¡Jugamos! Clark y yo jugamos a devorar el mundo a besos, a obviar la sensatez y solo sentir, a penetrarnos la piel a punta de caricias, pero a final de cuenta la realidad es esa, que estamos haciendo una apuesta que ambos perderemos, que estamos jugando a serlo todo cuando no somos absolutamente nada.

Capítulo 60

Beth

—¡Clark, no! —Me remuevo como una fiera sobre sus hombros.

Llevo ropa y me ha cogido desprevenida. Ahora camina conmigo encima metiéndose al agua.

—¡Quieta! —Su voz ronca es lo más delicioso a media mañana. Me da un azote en la nalga y lo siento entre el medio de mis piernas.

Sí, lo sé, estoy loca. Todavía me duele todo el cuerpo de todas las veces que follamos anoche.

Abro la boca para quejarme, pero el maldito se hunde haciéndome tragar agua.

—¡Idiota! —Lo insulto despojando el agua de mi rostro en medio de una leve tos cuando emergemos.

—¿Qué? ¿No te gusta el agua? —Sus labios se ensanchan—. A mí me gusta cómo te ves cuando te mojas.

No me pasa desapercibido el tono sexual de sus palabras y lo inocente que aparenta mientras sonríe, aunque no haya nada inocente en él.

—¡Pervertido!

—¿Yo? —Se señala el pecho y finge ofenderse—. ¿Qué culpa tengo de que tengas la mente sucia?

—¿Ah sí? —Avanzo y me engancho de su cuello con los brazos—. ¿No te gusta esta mujer de mente sucia? —Me acerco y succiono su labio inferior sacándole un jadeo.

—¡No me gusta, me encanta! —Intenta besarme, pero sonrío y me aparto—. ¡Bruja! —se queja, pero una sonrisa adorna sus labios.

Yo suelto a reír y me sumerjo. Y entonces lo entiendo, hay eternidades que se forjan en segundos. Hay segundos que marcan más que cientos de eternidades. Este instante no va a desaparecer jamás sin importar la inminente despedida. No va a borrarse aunque se rompa, aunque explote en millones de pedazos y solo quede polvo, porque incluso así los vestigios de ello serán suficientes para seguir tatuados debajo de mi piel.

***

Irreal, creo que es la única forma de describir cómo dos semanas pasaron volando luego de nuestra «luna de miel» y el hecho de que las cosas entre Clark y yo se hayan acomodado de tal forma que parece que todo encaja.

En el trabajo hemos seguido teniendo algunos desacuerdos, sin embargo han sido más llevaderos.

Los días han parecido un simple soplo. Me sigue pareciendo increíble lo bien que hemos podido congenial a pesar de ser dos personas tan diferentes.

—Ya basta, Calamardo —exijo.

Estoy intentando cocinar algo para la reunión que he preparado, sin embargo Clark no me deja en paz. Tengo sus manos por todas partes.

—¡Deja de decirme así o tendré que castigarla señora Shaine! —gruñe sobre mi hombro y su aliento en mi piel me calienta todo el cuerpo.

¿Será que se me está volviendo una adicción?

¡Calamardo! Cada vez que quiero molestarlo le digo así, ya que cometió el error de confesarme que le parece una caricatura horrible y que odiaba que su amiga le dijera así cuando estaban en el instituto cuando se enfadaba. Supongo que es porque su genio es muy parecido cuando pierden los estribos.

—¿Y qué me hará, señor Holland? —Lo encaro girando mi cuerpo y dejando mi cintura

recostada de la encimera.

Apoyo mis manos en su pecho cuando se acerca y sin contestar barre mis labios en uno de esos besos que se te estrellan con tanta fuerza que apenas puedes respirar. Abandona mis labios y el aire regresa a mis pulmones.

—Voy a levantarte y a dejarte en la encimera. Voy a tirar de esos lindos pantalones de algodón y de esa camiseta blanca que me tortura, y luego voy a pasar mi lengua por todo ese cuerpo que me vuelve loco. Voy a comerte el coño y hacerte gemir tan alto que se escuchará en toda la puta ciudad.

Intento sonreír pero solo me sale un jadeo. El cuerpo me arde y la lujuria que nace en sus ojos es un pecado que quiero cometer. Estoy a nada de tirarme sobre él cuando el timbre suena.

—¡Maldita sea! —Se queja—. Voy a matar a quien sea.

Empieza a dar pasos hacia la puerta, que son muchos más que lo que serían en mi piso, pero se detiene a medio camino. Me mira y arrugo la frente sin entender la expresión que tiene en el rostro. Entonces se devuelve corriendo y cuando quiero preguntar qué pasa, me levanta por los muslos, deja mi espalda sobre la única pared libre de la cocina y me besa los labios haciendo tanta fricción que quema.

Gimo su nombre cuando se aparta y quiero más de su boca, de su cuerpo, de la dureza que ruge de ganas sobre mi sexo, pero el jodido timbre sigue sonando. Estoy segura de que es Ray o Emily, son los únicos que pueden subir sin ser anunciados.

Me deja en el suelo y respiro como puedo. Clark se acomoda la erección y alcanza una camiseta que dejó en un buró. Algo extraño para ser «el señor orden».

—¡Ya voy! —rezonga. Tira del manubrio y deja al descubierto la linda parejita que se toma de la mano. Clark mira sus manos unidas y hace una mueca—. ¿Qué... qué hacen aquí?

—¿Qué hacemos aquí? —Emily se suelta de mi mejor amigo y saluda a Clark con un beso en la mejilla. No sé si es mi impresión, pero me sigue pareciendo que hay tensión entre ese par—. Ustedes nos invitaron. ¿Lo olvidaste?

Ray saluda a mi esposo y entra sin tanta prisa.

—No lo he olvidado —dice el castaño cerrando la puerta—, pero la reunión era a las siete, son las seis.

—Lo sé —aclara la rubia con voz cantarina mientras me saluda.

Ray es el segundo en llegar a mí. Sus brazos me rodean y a veces vuelvo a preguntarme cómo es que cada vez que me abraza me siento tan segura. Tan yo, como si todo estuviera bien.

—Parece que alguien está caliente —me susurra al oído. Joder, lo ha notado.

—¡Idiota! —Me suelto y golpeo su hombro, lo que hace que suelte una carcajada monumental.

Me veo a mí misma sonriendo por la forma en que su risa se eleva y me llena el pecho.

El ambiente se relaja y todo empieza a fluir de manera maravillosa. Ray me ayuda a terminar de cocinar y en una hora todo está listo sobre el comedor. Yo me he cambiado y me he puesto unos vaqueros y una blusa lisa roja con un escote en la espalda.

Nos anuncian que han llegado las tres personas faltantes y Clark le da acceso. Noto como algo cambia en su rostro, pero se controla. Me parece mentira que lo haya convencido de hacer una reunión social en su *penthouse* y sobre todo, que haya accedido a que Rocco viniera a casa. Eso sí que es un logro, ahora solo puedo esperar a ver qué sucede.

Abro la puerta y sonrío a las tres figuras que están frente a mí. Parece que van a saludarme

cuando se quedan en blanco. Los tres abren la boca y se pierden al ver las magnitudes de lujos y elegancia que hay donde vivo.

Me aparto para que pasen, pero ni siquiera se mueven, parecen idiotizados. Escucho a Ray reír mientras cuchichea algo con su ahora novia.

—¡Chicos! —digo y por fin parecen reaccionar.

El primero en saludarme es Rocco.

—¡Estás como para comerte, mi leona! —musita en mi oído.

Quiero asesinarlo, no va a cambiar nunca. Al parecer no le importa que mi esposo sea un troglodita cuando se enfada. Sonrío como si no lo hubiese escuchado y finjo que no quiero matarlo por tarado. Por suerte sé que la única que pudo escucharlo fui yo.

Neithan y Loly me saludan con entusiasmo y los hago seguir. La tensión se acumula cuando Rocco se dirige justo a donde está Clark, posa una mano en su hombro y le ofrece una mano.

Por un instante siento que todo se irá a la mierda, sobre todo por la forma en que sonríe el colombiano y la mirada fría que le da el castaño. Sin embargo, tres eternos segundos después, Clark corresponde el saludo como si no se hubiesen ido a los puños nunca.

Durante la cena lucha con su instinto, pero por fin lo consigue. Sonrío cuando veo a todos satisfechos y se alzan los brindis por los esposos. ¡Irónico! Recibo felicitaciones por la comida, aunque Loly se queja de que la carne estaba muy picante. A mí me encanta así.

Entonces me doy cuenta de que a pesar de estar casada por un contrato, todo esto se siente demasiado real para ser solo un juego. Las sensaciones de alegría mientras comparto con él y con amigos son demasiado reales. Las noches de sexo hasta quedarnos dormidos, las duchas eternas, las noches de pelis, las miradas en las reuniones, los roces que producen electricidad, los besos insaciables, las caricias en la espalda cuando cree que duermo, las discusiones que terminan en la cama, las conversaciones sobre nuestra niñez, las preocupaciones cuando me duele el estómago o devuelvo lo que como... todo. Todo me parece muy real, demasiado real.

¡Mi estómago!

Sí, otra vez vuelve a matarme. No quiero arruinar el momento así que me disculpo para ir al baño.

¿Qué carajos me pasa?

Apenas subo las escaleras siento que no me dará tiempo a llegar al baño de la habitación, por suerte sí lo tengo, pero me desbordo en cuanto levanto la tapa del escusado.

Aun así no es suficiente, el malestar ha empeorado de forma drástica. No solo son náuseas sino que cada vez duele más. Tengo una acidez horrible y empiezo a sentir debilidad en todo mi sistema.

Me incorporo y apoyo las manos sobre el tocador. Noto en el espejo que mi semblante ha cambiado. Aprieto los ojos unos segundos e inclino la cabeza. Quiero controlar las espantosas sensaciones, pero es imposible.

Vuelvo al escusado cuando una arcada se apresura. Siento como si un dragón lanzara fuego desde dentro. Parece que algo araña con fuerza las paredes de mi estómago y el dolor que nació poco a poco se vuelve insoportable.

Me quejo inconscientemente y caigo al suelo. Las piernas me tiemblan y un mareo me azota todos los sentidos. Fuerzas, no tengo fuerzas. De repente toda la energía que sentía se marchó dejándome en las ruinas.

Logro acomodarme lo suficiente para dejar mi espalda sobre la pared de azulejos cerca del escusado. Encojo mis piernas, reposo los codos sobre mis rodillas y me llevo las manos al rostro.

Resoplo abrumada. Jamás me he enfermado. Solo una vez en la vida he tenido un contratiempo médico que me quitó demasiado por culpa de mi padre y no quiero volver a eso.

No sé cuántos minutos han pasado, pero el malestar no pasa. Quiero pararme, pero me resulta imposible. Joder, me siento tan mal.

—¡Elizabeth! Dios, Elizabeth, ¿qué pasó?

¡Clark!

Clava las rodillas en el suelo y toma mi rostro en sus manos. Apenas puedo verlo con claridad, pero distingo la preocupación en sus ojos.

—No... no es nada. —La voz se me rompe. No puedo evitarlo.

—Llevas días diciendo lo mismo, voy a llevarte a la clínica.

Me ayuda a levantar.

—Estoy bien...

Todo se vuelve borroso. Creo que he vomitado hasta el aliento. En cuanto estoy de pie el dolor de estómago me dobla y mis ojos lo desenfoca todo.

—¡Elizabeth! —Su voz es lo último que escucho cuando me toma en brazos.

Su rostro se desvanece ante mi mirada o más bien soy yo la que me dejo ir. No siento mis extremidades, no siento mi cuerpo. Solo las punzadas horribles que me apuñalan el estómago y ellas también se van yendo poco a poco, hasta que ya no siento ni siquiera mi respiración.

****

Lo primero que percibo es un olor peculiar. Un olor que voy reconociendo a medida que van pasando los segundos y que odio con todas mis fuerzas. El olor a hospital. No importa si es público o privado, ese olor es inconfundible. Estuve muchas veces en lugares como este con mi madre y también esa última vez en donde perdí una parte de mí que no recuperaré nunca.

Al abrir los ojos lo primero que veo es a Clark dormido en un sofá tan grande como la cama que tengo en mi piso. Curvo los labios cuando veo que se cubre los ojos con el antebrazo. Luce desalineado y parece que ha pasado una eternidad. Incluso sin saberlo juraría que apenas ha dormido.

Yo en cambio siento como si hubiese dormido la mitad de mi vida. El dolor ha desaparecido por completo y ya me siento bien.

Me incorporo un poco y cuando giro mi cabeza al otro lado veo a Ray sentado en otro sofá igual de grande que el de Clark. En cuanto me ve sonríe y viene hacia mí.

—Apenas he logrado que descanse. —Señala a Clark—. Parecía que iba a prenderle fuego a esta clínica si no daban con lo que te sucede y para ser sincero... —se sienta en la camilla junto a mí—, yo lo iba a ayudar.

—¡No lo dudo! —rio mientras el aprieta una de mis manos y con la otra acaricia mi mejilla.

—Me has dado un buen susto, Betty. No vuelvas a hacerme algo así.

—Estoy bien.

—Eso no es lo que dicen los médicos.

Frunzo el ceño. Esas palabras no son buenas, pero no me atrevo a preguntar. Las veces que lo hice las respuestas fueron desgarradoras. Supongo que nota mi inquietud porque responde a mi pregunta.

—No te preocupes. Tienes una bacteria en el estómago: Helicobacter o algo así. Supongo que es por toda la comida que comes de la calle, eres una glotona. —Sonríe—. Pero vas a estar bien, lo prometo. —Aprieta mi mano y le creo. Siempre le creo.

Vuelvo a mirar a Clark y parece agotado. Apenas noto que es de día. *Dios, ¿cuánto habré dormido?* Escucho a Ray inhalar profundo y lo conozco tanto que sé qué dirá algo que no me gustará.

—Tu esposo pensó que podrías estar embarazada. —Y bum, ahí está.

Siento que me taladran el pecho, que me llenan de agujeros el corazón con crueldad. Un nudo de piedra se forma en mi garganta y por más que intento no logro tragarlo.

—Sabes... tú sabes que eso no es posible. —Me quiebro un poco, pero no me derrumbo.

—Lo sé —su voz es pesada.

—¡Elizabeth! —Clark salta a mi lado sin que pueda verlo venir.

—Dios, vas a matarme del susto después de que ya me siento bien.

Sonríe ampliamente.

—Lo siento... —Se sienta del otro lado de la camilla—. Pero me alegra ver que ya te sientes bien. Has recuperado tu humor.

—Lo estoy, así que busca un médico que me dé el alta porque no pienso quedarme aquí. Quiero irme. Odio los hospitales.

—Elizabeth, no puedes irte aún. —Sostiene mi mano libre y al instante Ray suelta la otra y se levanta dándonos un poco de espacio.

—No te lo estoy preguntando —mi voz es suave, pero firme. No pienso permanecer aquí.

—Pero es que...

—Hazle caso o será peor —interviene Ray desde el sofá.

Clark inspira hondo y deja caer los hombros.

—Está bien, pero tienes que descansar.

—Ya estoy bien.

—Es eso o te quedarás aquí aunque tenga que amarrarte —me amenaza y sé perfectamente que es capaz de hacerlo.

—Vale, señor Holland, como usted diga. Es el jefe ¿no? —bromeo.

Sonríe y siento que su risa es oxígeno. Es aire puro para mis pulmones. Me reprendo mentalmente cuando noto que Ray me mira sonriente y me lee, sé que solo él puede hacerlo.

«Capullo» le digo con la mirada y solo sonríe más ampliamente.

Una hora después me veo caminando por el estacionamiento de la clínica junto a Clark y Ray, con un montón de recetas y sintiéndome aún aturdida por todos los medicamentos que me administraron.

Escucho a Ray bostezar con tanta fuerza que tengo que mirarlo fijamente.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —le pregunto, aunque sé la respuesta, solo quiero molestarle.

—¿Qué? ¿Piensas que te vas a deshacer de mí porque ya tienes un esposito?

—¿Esposito? Si mide un metro noventa. —Señalo a Clark que camina a mi lado hablando por el móvil con Emily.

—Pues como sea, pequeño monstruo. —Me despeina y luego me apretuja por los hombros—. Sabes que no me iré nunca aunque tengas un guaperas con carácter de mierda como esposo.

Le pongo mala cara, odio que me revuelva el cabello.

—Eso no decías cuando te fuiste a recorrer el mundo y me dejaste sola.

—Oh, vamos... —me aprieta aún más—, eso es injusto. Quise quedarme porque no podías venir conmigo y me convenciste de que lo hicieras.

Me trago una sonrisa, no quiero darle la razón aunque la tenga. Él continúa:

—Además, no puedes quejarte. No parece que la hayas pasado tan mal. Te deshiciste del idiota de Ben y tienes un esposito de un metro noventa. —Ríe a sus anchas y yo me veo imitándolo sin siquiera darme cuenta.

—Sí saben que puedo escucharlos, ¿cierto?

¡Joder, Clark!

No sé qué me sorprende más si su voz o la mano que posa en mi espalda baja. Creía que seguía hablando por teléfono.

—¿Qué? Si solo digo la verdad —se defiende Ray.

—Supongo que he mejorado los gustos —bromeo y de inmediato noto una sonrisa socarrona en los labios de mi esposo y me arrepiento.

—Eso es más que obvio —dice Clark, autosuficiente.

—¡Idiota! —Me los saco de encima a los dos.

—Oye, ¿yo qué culpa tengo? —Ray se hace el ofendido, aunque puedo ver perfectamente la diversión en su rostro.

—Tú también eres un idiota.

Me cruzo de brazos y lucho porque mis labios no se ensanchen, porque pese a que de verdad son dos idiotas, sus risas son contagiosas.

Y entonces una placentera pero extraña sensación me cubre el alma. Me arropa quitándome un frío que ni siquiera sabía que tenía. Me siento ligera, protegida y serena. El dolor de estómago ya no me mata, solo queda un poco de molestia y espero que pase con todas las indicaciones médicas que me han impuesto.

Pareciera que todo está bien. Que las piezas de mi vida van encajando poco a poco y que incluso los vacíos de las que faltan ya no torturan tanto. Pareciera que la vida no pesara de la misma manera. Un momento perfecto, ¿no?

Pues la vida no lo es, a veces, cuando menos lo esperas, en el momento en que sientes que al fin respiras, llega algo y empuña tus pulmones con saña. Te quita el oxígeno y te deja al borde de la muerte.

Mi móvil suena en el bolsillo de mi pantalón. Agradezco que me lo hayan traído. Lo alcanzo y veo el nombre de mi hermana en la pantalla. Lo pienso antes de contestar. Estoy segura de que su chillido me dejará sorda. De seguro Ray le avisó.

Mientras avanzamos al auto y el par de orangutanes se ríen a mi lado, contesto:

—Estoy bien, Addy. —Me adelanto antes de que me pregunte preocupada. No responde, pero puedo escuchar sollozos del otro lado y detengo el paso. Mi corazón se acelera—. ¡Addy! —inquiero.

—¡Beth! —exclama mi nombre con la voz rota y entonces pasa. Llora desconsolada. Llora como si su mundo se estuviese rompiendo. Trago saliva. Lo sé, aun sin que lo diga, lo sé—. Es papá...

Todo lo que sentí minutos atrás se desvanece como el humo. El pecho se me contrae, la respiración se me corta y el estómago vuelve a punzarme de forma feroz.

—Elizabeth, ¿qué pasa? —Ese es Clark y puedo escuchar la voz de Ray haciendo la misma pregunta solo un segundo después.

No respondo. No tengo palabras, no tengo aliento, no tengo fuerzas. El tiempo se ralentiza,

mis pulsaciones se agitan, mi garganta se contrae y un miedo aterrador me abofetea una, dos, tres... mil veces y todo es crudo, como un trancazo de esos que no esperas, como un golpe de realidad. Solo escucho a mi hermana menor del otro lado de la línea llorando como solo se llora cuando pierdes una parte de ti. Como cuando sabes que tu vida jamás volverá a ser la misma y por alguna razón yo también lo siento, algo dentro de mi pecho me lo dice, desde hoy nada volverá a ser igual, nada... ni siquiera la forma en que respiro.

Capítulo 61

Beth

Siento sus pasos todo el tiempo detrás de mí mientras preparo una pequeña maleta. Sigue hablándome, pero apenas puedo escucharlo.

—Ya está todo listo, el avión privado nos espera.

—Ya te dije que no tienes que ir, no eres mi esposo de verdad —repito por décima vez al tiempo en que termino de empacar.

De nuevo estoy irritable. Siempre me irrito cuando no tengo el control de las cosas que ocurren. Cuando todo me sobrepasa.

—¡Elizabeth!

—No insistas.

—Soy tu esposo. —Me toma por el brazo y me hace enfrentarlo—. Y quiero estar contigo.

Inhalo profundo. Veo preocupación real en sus ojos y por un segundo me siento mal por tratarlo de forma tan fría, pero no tengo tiempo para esto.

—Clark, en serio no es necesario.

—Lo es...

—No, no lo es. —Me suelto de una forma más brusca de lo que pretendía—. Todo está bien. Tienes una reunión en solo unas horas y, por lo que me dijiste ayer, si faltas tus empresas pueden perder millones de euros. Debes ir. No te preocupes por mí.

Se pasa la mano por la cabeza, frustrado. No quiero pagarlo con él, pero en serio necesito lidiar con esto sola y no lo entiende.

—¡Elizabeth, quiero estar contigo!

Cierro los ojos y respiro como puedo. No tengo mucho aire en los pulmones. Es como si me lo hubiesen sacado de golpe en cuanto escuché las palabras de mi hermana: «Papá se ha puesto mal, agoniza, Beth, papá agoniza».

—Escucha —me acerco e intento suavizar mi tono de voz—, no te preocupes, estaré bien. Quédate y resuelve lo de tu reunión. Te llamaré si necesito algo. ¿Vale?

Toma mi mano y besa el dorso de ella con tanta dulzura que me sorprende.

—¿Lo prometes?

—¡Lo prometo! —miento.

Lo único que quiero es que me deje ir. Que no siga insistiendo. Necesito hacerlo sola. Necesito volver a casa después de tanto tiempo y enfrentarme a un pasado que pretendía olvidar. A un padre que no he podido perdonar y a un lugar al que dejé de pertenecer desde que mi madre murió. ¿Cómo se enfrentan los fantasmas del pasado? ¿Cómo se mira a los ojos al ayer que enterraste bajo toneladas de tierra, pero que de todas formas sobrevivió? ¿Cómo se respira el presente cuando todo lo que dejaste atrás te llena los pulmones? Y sobre todo, ¿cómo te preparas para volver a perder un pedazo de tu alma cuando sabes con exactitud cómo se siente que te arranquen un trozo sin piedad?

***

Me acomodo en el asiento. Logré convencer a Clark de que no viniera. Me recuesto e intento relajarme, aunque es imposible. Siento que cargo el mundo sobre mis hombros.

Escucho unos pasos y levanto la mirada.

—¡Ray! ¿Qué haces aquí?

—Sabes que no te voy a dejar sola.

Lo miro, pero no discuto. Con él no valdrá la pena. En realidad sabía que vendría. Siempre

viene a mí, siempre sostiene mi mano y no me suelta.

Se sienta a mi lado, entrelaza nuestros dedos y se queda en silencio. No necesito más. Es suficiente para mí.

***

El calor infernal del pueblo costero donde crecí nos recibe. Es de esos lugares en donde no importa la época del año siempre hace calor. El aeropuerto de la ciudad nos recibió con el cielo templado. Clark contrató a alguien que nos recogiera allí y nos tomamos casi una hora hasta llegar aquí.

El único hospital del pueblo nos recibe con las inquietudes de la gente en la sala de emergencias. La primera persona que reconozco es Theo, ni siquiera sé qué hace aquí. Pensé que estaba de viaje, pero no puedo negar que me alegra que mi hermana no haya estado sola en un lugar como este en mi ausencia. Luce desalineado, parece que ha estado todo el tiempo aquí.

Me abraza como saludo y lo recibo con gusto.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunto.

—Está...

No termina de hablar cuando veo a Addy acercarse por un estrecho pasillo con los ojos hinchados y rojos. Con el pelo en una coleta casi desecha y un semblante que me estruja el corazón.

—¡Beth! —Su cuerpo se estrella contra el mío buscando refugio.

Me abraza con tanta necesidad que me crujen los huesos. La sostengo, siempre lo hago. La abrazo con fuerza, aunque puedo sentir los pedazos de su alma ir cayendo a nuestros pies sin que pueda detenerlos. Duele como el infierno ver cómo sus hombros se sacuden por el llanto incesante. El nudo de mi garganta intenta asfixiarme, pero no se lo permito, ella me necesita.

—Estoy aquí, tranquila, estoy aquí, cariño. ¡Todo va a estar bien! —Quiero calmarla, acaricio su pelo y la aprieto aún más contra mi pecho.

Llora desesperada y entonces lo sé. Mis palabras son vacías. Mi padre no va a levantarse de nuevo, no va a volver a abrazarla. No va a volver a insistir en hablar conmigo, en pedir perdón, en decirme cuánto me ama.

—Nada... nada... —Se aparta y me mira con los ojos llenos de lágrimas—. Nada va estar bien. Yo... —se quiebra—, yo no puedo, no puedo con esto.

Vuelvo a acogerla entre mis brazos mientras sigo preguntándome en qué momento la vida se nos volvió solo pérdidas, vacíos, dolor. ¿Cuánto más puede soportar un alma cuando el destino se ensaña con ella hasta desmembrarla por completo?

—¿Familiares del señor Damián Shaine? —La voz gruesa de un hombre delgado, con gafas y algunos cincuenta se acerca.

Addy me suelta y corre hacia él, yo la imito.

—Nosotras somos sus hijas —me apresuro a decir cuando noto que a mi hermana no le sale la voz.

—Señoritas, hemos pasado a su padre a terapia intensiva. Yo... lo siento, no podemos hacer nada por él. Su corazón está muy dañado.

—¡Noooooo! —Addy se derrumba en el suelo antes de que pueda sostenerla, aunque tampoco hubiese podido.

Por suerte Ray está justo detrás de ella y la sostiene. Yo ni siquiera me muevo. Solo la miro.

El estómago me golpea. Siento que dentro de mi pecho nacen miles de grietas más, ni siquiera sé cómo pueden nacer grietas sobre grietas.

Ray y Theo alejan a mi hermana y la apartan para calmarla. Yo me obligo a respirar de nuevo. A ser consciente de mis extremidades.

—Doctor, ¿no hay opciones? Puedo llevarlo a la ciudad si es necesario, solo dígame que existen opciones, por favor.

Trato de controlarme, pero es imposible que mi voz no suene nublaba, impotente.

—Lo siento, señorita... —Mira el anillo en mi dedo y se corrige—. Perdón, señora, pero el corazón de su padre está muy débil. El tratamiento no ha funcionado y si soy sincero ni siquiera sé cómo sigue con vida.

—Pero él dijo que estaba estable. Él dijo que...

—Mintió. He tratado a su padre desde hace más de un año y le he sido claro. Le advertí de esto. Él siempre supo que no podíamos hacer nada por él, que solo era cuestión de tiempo.

Un coraje me llena el cuerpo. Lo sabía y no dijo nada. Otra vez la misma maldita pesadilla. Al igual que mi madre sabía que iba a morir y no dijo nada. Empuño las manos a cada lado, el dolor me apuñala con fuerza el hígado y cada jodida parte de mi ser. Otra vez estoy viviendo la misma situación. Una historia repetida.

Rabia, siento una rabia que no puedo contener. Los ojos se me empañan y no sé si estoy demente porque no es solo el hecho de que mi padre esté muriendo, sino que no nos lo advirtió. Él tampoco nos preparó para su partida, se quedó callado y nos disparó cuando estábamos más desprevenidas.

—¿Eres Elizabeth, cierto? —inquiere al ver mi silencio. Lo miro y asiento—. Tu padre quiere verte. No se ha quedado tranquilo hasta que le dije que haría todo lo posible para que pudiera hacerlo. ¿Quieres seguirme? —pregunta y vuelvo a asentir.

Me he quedado sin voz, de hecho, creo que mi corazón se ha quedado sin latidos. Solo dolor, frustración y rabia corre por mis venas. Mientras avanzo solo quiero llegar a él y exigirle respuestas. Necesito saber cómo se atrevió a hacernos lo mismo que nuestra madre cuando sabe todo lo que sufrimos por ello.

Subimos a la segunda planta por un viejo ascensor. Un pasillo largo nos recibe. Algunas enfermeras pasan con medicamentos y ni siquiera puedo distinguir sus rostros.

Me preparan con bata, gorro y guantes para poder verlo. Dos minutos después el doctor abre una puerta al final del pasillo y veo algunos cubículos con personas muriendo. Una de ellas es mi padre, está en el tercero. En cuanto veo su rostro siento como si alguien me golpeaba por la espalda con un bate de béisbol.

—¡Hija! —Su voz es opaca y es evidente que no puede respirar a pesar de que tiene oxígeno y un montón de máquinas que ni siquiera sé para qué son.

—Solo un momento, el paciente tiene que descansar —dice el doctor antes de salir.

Mis ojos se humedecen y cuando veo que extiende la mano corro hacia él. Me siento a su lado y noto la felicidad de verme en cada parte de su rostro a pesar de estar tan pálido.

—¡Papá! ¿Por qué...? —No puedo soportarlo más, la voz se me rompe.

—Hija... —levanta su mano y la lleva a mi mejilla. Siento su calidez y entonces todo se me revuelve.

Los recuerdos de mi niñez, las veces que me caí y él me levantó. Todos los regaños que me

daba cuando me peleaba en la escuela, mismos que terminaban en un consejo y un helado. Los abrazos, los te quiero y lo felices que siempre fuimos cuando éramos una familia. Pero también llegan esos latigazos cargados de momentos atroces después de la muerte de mi madre, los días en los que no pude dormir por su culpa, las borracheras, sus gritos, nuestras discusiones y ese golpe... ese golpe que me arrebató tanto.

—Lo siento tanto, hija mía. Yo... ¡Perdóname, por favor, mi niña! ¡Por favor! —suplica.

Mis mejillas se humedecen. Tomo su mano que tiembla y la aprieto contra mi pecho. Casi no podía recordar cómo se sentía su contacto.

—¿Por qué, papá? —pregunto, esta vez trato de sonar más suave. Más comprensiva, aunque tenga mil dudas en mi interior.

—No quería... —respira de a poco—. No quería preocuparlas. Quería que fueran felices.

—¿Crees que seremos felices si no estás?

—Sé que no, pero... —Hace una pausa, le cuesta mucho respirar—. Estarán bien. Tú eres fuerte y cuidarás de las dos. Siempre lo has hecho.

Lo suelto y me pongo de pie. Lo miro como si no lo conociera, es obvio que él tampoco me conoce a mí. Qué importa si soy fuerte, soy un ser humano que no puede con una pérdida más.

—¿Crees que estaremos bien? ¿Es en serio, papá? No podemos estar bien solas. Perdimos a mamá, a Jeff y ahora te estamos perdiendo a ti. ¿Crees que estaremos bien? ¿Crees que Addy podrá soportarlo?

—Lo siento tanto. —Las lágrimas lo invaden quitándole el poco aire que tiene.

Me asusto cuando su pecho empieza a subir y bajar con dificultad. No puede respirar. Corro hacia él e intento tranquilizarlo.

—Ya, tranquilo. Tranquilo papá.

—Mi niña.

—No hables, tranquilo, voy a ir por el doctor.

—No... —me detiene—. ¡Espera!

—¡Papá!

—Por favor, escúchame... —Toma mi mano entre las suyas—. Sé que te he lastimado como nadie, yo... —Una pausa para tomar aire—. Yo he sido un mal padre.

—No es así...

—Sí, sí lo es, mi niña. Yo te quité todo y sé que no lo merezco, pero te pido que me perdones. Necesito que me perdones, por favor.

Dos lágrimas gruesas se escurren por mi rostro. Las limpio con el dorso de mi mano. Mi padre se desvanece ante mí. Sus ojos no tienen vida y su corazón apenas late.

—Ya no importa, papá, fue un accidente.

—No... Si no hubiese estado tomado... —respira—, yo no te habría pegado. No habrías tenido una contusión. —Una pausa involuntaria. Tose, intento que no diga más, pero me calla—. Necesito decirlo, hija, siento tanto que hayas perdido a tu bebé.

Ya no tengo corazón, se ha reventado en mil pedazos cuando lo ha dicho en voz alta. ¡Mi bebé... lo perdí! Un bebé inesperado, un bebé que trajo miedos, un bebé sin padre porque solo fue un encuentro sin importancia con un imbécil justo el día en que dejé a Theo. Un bebé que cuando lo acepté me dio fuerzas, un bebé, mi bebé.

—Papá, fue un accidente. Esa hemorragia me quitó a mi hijo, no tú.

—No, fui yo. Yo te quité a tu bebé y la posibilidad de ser madre.

—Fue una hemorragia interna, papá. No sabías que eso iba a pasar.

—Una hemorragia que yo te provoqué por borracho. —Sus ojos tienen una tonelada de llanto —. Perdóname, por favor. Te juro... te juro que no quise hacerlo.

—¡Está bien, papá! Ya no importa. Eso es parte del pasado. —Intento calmarlo al ver que cada vez está más agitado.

—Perdóname.

—Papá, tranquilo, no hables.

—¡Por-fa-vor! —Su voz se corta.

La palidez de su rostro es más notable. Aprieta mi mano y se va deshaciendo delante de mis ojos.

—E-li-za-beth...

—Te perdono, papá, te perdono.

Sonríe levemente y entonces todo se silencia, o al menos para mí. Los médicos llegan y me apartan y yo solo me quedo allí, en una pequeña esquina, abrazada a mí misma, con los ojos llenos de lágrimas, de dolor, de impotencia, de miedo.

Una línea roja se refleja en una pantalla. Veo el desespero de los médicos y sus bocas moviéndose, pero no escucho más que un zumbido. El médico principal presiona su pecho una y otra vez intentando que vuelva, pero yo sé que no lo hará y también soy consciente de que esa imagen jamás se irá. Por el resto de mi vida se repetirá en mi cabeza la forma en que ese hombre tortura a mi padre o al menos es lo que siento.

—Señora, ¿me escucha?

De nuevo esa voz gruesa. El médico está de pie frente a mí. Al parecer me he quedado ida y no sé por cuanto tiempo.

—¿Sí? —respondo, confundida, desorientada y con lágrimas secas en mis mejillas.

—Le digo que lo siento mucho.

Frunzo el ceño y al voltear a ver a mi padre Addy está sobre él llorando a mares mientras Theo intenta consolarla. Ni siquiera me di cuenta de cuándo llegó hasta aquí y tampoco en qué momento Ray pasó su brazo por mis hombros para reconfortarme.

—¡Gracias! —contesto limpiándome el rostro.

«Tengo que estar bien, Addy me necesita» «Soy fuerte, esto pasará como todo lo demás» «Ya está, se ha ido, él también me ha abandonado, pero puedo sola, siempre he podido» me repito en la cabeza.

Respiro hondo, aparto a Ray que me dice algo, pero no le presto atención y me acerco a mi hermana. Sé que soy la única que puedo sostenerla. Deja que la abrace y es así, justo así, como una vez más ambas estamos presenciando cómo la vida vuelve a tirar de nuestros corazones rompiendo cada fibra de él que quedaba intacta.

***

No escucho. El zumbido sigue taladrándome el oído. Mi prioridad es mi hermana, así que he bloqueado cada lágrima que ha querido salir. Me he tragado los nudos en mi garganta y he ignorado a Ray todas las veces que ha tratado de decirme que llore. Lo adoro, pero ahora mismo solo me preocupa mi hermana, nada más.

La abrazo con fuerza cuando solloza. Ver como sepultan a nuestro padre al lado de mi madre

la destroza. Al menos Jeff no está enterrado aquí, yo misma, con ayuda del señor Collins, me encargué de trasladar su cuerpo desde Madrid donde murió, hasta la ciudad donde vivo, cerca de mí. Siempre lo necesitaré cerca de mí.

No hay muchas personas, algo que agradezco. Odio las multitudes y recibir condolencias de personas que no tienen idea de lo que siento. Porque nadie lo sabe, nadie puede entenderlo.

Me duele el estómago, han pasado veinticuatro horas desde que llegué aquí y casi no he comido nada. Sin embargo no puedo permitirme flaquear.

—¡Te ves pálida! ¿Estás bien? —me pregunta Ray a mi lado. Sé a lo que se refiere, cree que puedo desmayarme, pero no puedo darme ese lujo.

—Estoy bien —articulo, aunque ya no sé qué significa esa palabra. Ray no luce conforme, pero me da mi espacio, sabe que lo necesito.

Sigo acunando a mi hermana. Siento un golpe desde dentro. Las piernas me flaquean y Addy ni se entera. Me aferro con uñas y dientes a las fuerzas que me quedan, pero el estómago vuelve a rugir provocando un dolor infernal. No me he tomado los medicamentos, eso fue un error.

Inhalo profundo, el aire no llega a mis pulmones. Todo se vuelve borroso y el dolor me hace tambalear. Unas manos fuertes me sostienen por la cintura y mi espalda choca con un kilo de músculos que conozco bien. ¡Clark!

—Tranquila, ya estoy aquí. Estoy aquí, Elizabeth.

Tal vez debería preguntarle qué hace aquí. Por qué ha venido, pero no respondo. Solo dejo que me sostenga mientras yo sostengo a mi hermana. Cierro los ojos y apoyo mi mentón sobre la cabeza de Addy, la escucho llorar sin poder parar.

La abrazo más fuerte e intento atrapar sus pedazos. Los míos los mantengo intacto sobre mi piel. No puedo rendirme, no ahora.

El funeral termina entre llanto, miradas de lástima que odio, el perfume de Clark rodeándome al igual que sus brazos. Dolor de estómago y un maldito zumbido en los oídos que no se desvanece.

Las horas corren como si quisieran recordarme que ha pasado, que la muerte de mi padre no es un mal sueño como tanto quisiera. Que la chispa arrolladora de mi hermana se ha ido. Que el dolor en sus ojos es tan real como el sol que cae sobre el alféizar de mi antigua habitación mientras Addy duerme en mi vieja cama. Al menos el dolor de estómago ha disminuido, Clark me trajo los medicamentos y me obligó a tomarlos junto a un jugo de manzana.

Miro por la ventana. Todo parece igual y a la vez tan distinto. El Jardín de mi madre sigue bien cuidado y las casas de toda la calle no han sido remodeladas, aunque sí han cambiado de color.

La playa Azul no está muy lejos, incluso puedo sentir el olor a mar desde aquí. Recuerdos me llenan no solo la cabeza, sino el pecho, las vías respiratorias, todo el cuerpo.

—¡Beth! —El rostro sin color de mi hermana aparece frente a mí sentándose en el mueble de la ventana—. No voy a irme.

—¿Qué?

Le dije que nos iríamos al día siguiente, pero no dijo nada. De hecho no había dicho nada.

—Le prometí... —Respira y se limpia las lágrimas que se asoman con rapidez—. Le prometí a papá que iba a terminar mis estudios. Solo falta un mes para ello y no voy a dejarlo.

—Addy —me acerco y acaricio su mejilla—, no puedo dejarte sola aquí y tengo que volver al

trabajo.

—¡Hazlo! ¡Vete! —Su voz es fría y me sorprende.

—Addy...

—¡No! —Se pone de pie—. Vete, trabaja, eso es lo que haces. Irte, trabajar y dejarnos.

—¿Qué estás diciendo? —Me levanto, la tomo del brazo y hago que me mire—. Siempre he cuidado de ustedes.

—¿Crees que no lo sé? —Llora con frustración—. Pero, ¿qué hay de ti?

—¿A qué te refieres? —Se suelta, pero no se aleja.

—Pareces un robot, Beth. No lloras, no gritas, no maldices. Solo estás ahí, entera y...

—Intento ser fuerte para cuidarte.

—Lo sé, pero ¿qué si yo solo quiero que llores conmigo, que te derrumbes conmigo, que te rompas conmigo? ¿Qué si yo solo quiero a una hermana rota y no una de acero que no se permite sentir?

La miro, voto el aire. Ni siquiera sabía que lo había retenido.

—Escucha, cariño. —Tomo su rostro en mis manos—. Todo va a estar bien. Sé que estás dolida, que estás triste y...

—No solo estoy triste. —Se aparta de mí—. Estoy dolida, furiosa y llena de rabia porque no es justo. No es justo que nuestra madre muriera. No es justo que nuestro hermano menor, alguien tan lleno de vida, haya muerto en un estúpido accidente de coche cuando era un experto conductor. Por Dios... —ríe con amargura, aunque su rostro está lleno de lágrimas—. Jeff era un piloto de carrera. Así que no, no es justo. Y tampoco lo es que hayamos enterrado a nuestro padre cuando era lo único que teníamos.

—Me tienes a mí.

—Lo sé —grita, por primera vez mi hermana me grita y mi corazón se agrieta con su nombre en los labios—. Yo sé que te tengo, Beth, pero tú olvidas que me tienes a mí. Estoy hecha mierda y siento un dolor de los mil demonios. No sé si podré con esto, pero ya no soy una niña como cuando mamá murió. Y estoy aquí, sé que no soy tan fuerte como tú, pero estoy aquí y podemos llorar juntas.

—¿Crees que no me duele? —Mis ojos se nublan y una lágrima salta con rapidez, la limpio, de nuevo—. Me duele como si me hubiesen terminado de arrancar el alma, pero no hago nada con llorar porque a diferencia de ti, el llanto no me libera, es todo lo contrario. Las lágrimas no me quitaran todo lo que tengo dentro. Está bien si lloras, es lo que necesitas, pero yo necesito algo más. Yo necesito volver a trabajar. Es lo único que puede ayudarme.

—¡Trabajo! ¡Trabajo! ¡Trabajo! —Agita las manos con evidente frustración—. Deja de escudarte en el trabajo, maldita sea. Deja de esconder lo que sientes. Nadie te va a juzgar. —Hay tanto dolor y rabia en sus palabras que cada vez que abre la boca siento que me golpea la cabeza.

—Addy, no me importa si la gente me juzga o no. No me importa si las personas de este pueblo piensan que soy una hija de puta porque no lloré al enterrar a mi padre. Lo único que me importa eres tú, porque en cuanto lo enterramos supe que solo somos nosotras dos. No voy a disculparme contigo por no derrumbarme, por no echarme a morir, entiende, no puedo hacerlo. Me necesitas.

—Necesito a mi hermana, a la que al igual que yo ha perdido tanto que duele hasta respirar.

—Y estoy aquí. Ni siquiera tengo aire en mis pulmones, Addy. El hecho de que no me veas llorar de la misma forma en que tú lo haces no significa que no me duela. Que no sienta que muero.

—Entonces demuéstramelo, llora conmigo. —Sus lágrimas no dejan de salir ni un segundo y

yo me trago las mías. Estoy tan acostumbrada a hacerlo que me cuesta mucho menos que dejarlas salir—. Beth... —Me toma por los brazos y me mira fijamente—. Déjate caer, no puedo prometerte que te sostendré porque no tengo fuerzas, pero sí que estaré contigo, que me mantendré a tu lado y no soltaré tu mano como tú nunca lo has hecho. Quiero que hagamos esto juntas, no que me cuides mientras te encierras en ti misma.

La observo. Luce devastada, sus ojos hinchados, su cara pálida, su cabello alborotado. Addy solo parece un mal reflejo de lo que siempre ha sido. No brilla, nada en ella brilla. ¡Mi pequeña hermana! Sé que es una adulta, pero ahora me pregunto cuándo creció tanto.

Sin embargo no puedo hacer lo que me pide. Ni siquiera sé cómo hacerlo. Debo enfrentar esto como aprendí hacerlo, sola. Y por más que la adore no puedo complacerla en algo que no tiene sentido para mí.

—Addy, yo...

—Lo sé —dice casi sin voz y un segundo después se desploma de rodillas en el suelo con un grito devastador.

—Lo siento tanto. —Me pongo a su altura y la abrazo. Dejo que llore porque es la única forma que conoce para liberarse.

Dejo que expulse su dolor, su frustración, su rabia e impotencia. Dejo que solloce en mis brazos sin contenerse. La dejo ser, mientras yo solo tengo una certeza. Tengo que salir de aquí lo antes posible. Tengo que salir de esta casa antes de que los recuerdos de la familia feliz me asesinen. Y es que a veces no hay peor arma que los momentos felices que nunca se van a repetir o la imagen borrosa de las personas que amas, pero que ya no están.

Capítulo 62

Beth

Otoño, siempre fue mi época favorita del año. El color anaranjado de las hojas. Lo agradable de la temperatura. El color precioso del cielo... todo me parecía maravilloso. Pero ahora otoño se ha convertido en un recordatorio más de pérdida. Una herida un punzante. Un dolor crudo. Un reencuentro hecho pedazos.

Dejo de mirar al techo y volteo a ver la espalda desnuda de Clark que reposa boca abajo en la cama. Las marcas en su piel son la prueba fehaciente de lo intenso que han sido estas últimas cuarenta y ocho horas desde que volví del lugar donde crecí dejando un trozo más de mi alma.

No pude convencer a Addy de venir conmigo, pero la entiendo. Al menos me dejó tranquila el hecho de que Theo se quedara cuidándola durante el mes faltante y de que ella accediera a venir en cuanto terminara la carrera.

Cojo mi móvil y veo la hora, son las seis de la mañana. Los pensamientos y emociones quieren arroparme y no quiero, tal vez es la razón por la que desde que volvimos no he parado de follar.

Me pongo de costado y estiro mi mano para recorrer su columna vertebral. No se mueve y no lo culpo, lo he tenido ocupado toda la noche y apenas ha dormido un par de horas. Yo ni siquiera eso, por más que intento no concilio el sueño y cuando logro hacerlo es cuando se me van las fuerzas y solo por poco tiempo.

Mis labios buscan su piel. Deposito besos húmedos en su espalda y se remueve como si quemara. Escurro mi mano por su abdomen de forma descendente hasta llegar hasta su polla que empieza a tensarse aunque él sigue dormido.

Se gira quedando boca arriba, gruñe algo pero no despierta. Dios, se ve tan guapo. Sonrío como boba por ver los leves gestos en su rostro. Lo necesito, necesito tenerlo dentro, he descubierto que es la mejor manera de espantar los recuerdos, las malas sensaciones.

Remuevo mi cuerpo hasta quedar de rodillas sobre la cama. Sigo desnuda. Llevo mis labios a su vientre bajo y desciendo con lentitud dejando suaves caricias hasta posar mi boca sobre su latente dureza. Aprecio la obra maestra que me eleva tan alto. Me pregunto cómo rayos no me ha partido en mil pedazos y la respuesta es obvia, sí lo ha hecho.

—En serio quieres matarme, ¿verdad? —su voz vibra en mi piel. Estaba tan sumida en mis pensamientos y en el deseo que me azota que ni siquiera noté que me miraba.

—¡Puede ser! —musito insinuante.

Saco la lengua y rozo su hinchado y húmedo glande con la misma.

—¡Joder! —ruge sin apartar la mirada excitada de mí.

Sonrío antes de enloquecerlo. Ensancho mis labios y lo torturo cuando lo miro como si fuera un todopoderoso. Abro la boca y con mi mano dirijo su hombría cruda hasta abordarlo con mis paredes vocales.

—Ahhhh... Dios, Eli-za-beth. —Paso la lengua por su corona y tiembla. Lo llevo completo a mi boca y succiono logrando que se remueva como una fiera. Lleva su mano a mi cabello y tira de él haciendo más fricción contra mi boca—. Mierda, mierda... —No lo suelto, todo lo contrario, me aferro a sus ganas y a las mías. A su sabor, a la agudeza de mi lengua, a lo tibia y suave de su carne.

Clavo mis uñas en su piel cuando sus movimientos, que eran casi nulos, se intensifican, seguido de gruñidos, obscenidades y miradas lujuriosas que nos envuelven en el placer.

Es una mañana apasionante, con el deseo desbordándonos. Todo sucede perfecto. Por eso,

justo ahora, me preparo para ir a la agencia con toda la energía del mundo.

—Ya te dije que no tienes que ir a trabajar.

—Y yo te dije que estoy bien —repito por millonésima más mientras me zafo de sus brazos, me levanto y me dirijo al cuarto de baño.

No lo dejo replicar, estoy cansada de escuchar a Ray y a mi esposo decir lo mismo. Que debo enfrentar el dolor, que no es normal que esté bien cuando mi padre acaba de morir.

Me ducho con rapidez y me seco antes de volver a la habitación, cuando salgo del baño Clark se está vistiendo, al parecer se duchó en el baño de abajo. Se acomoda la corbata cuando me saco la toalla. Me acerco y lo abrazo por detrás mientras se mira en el espejo de cuerpo entero. Su perfume absorbe mi juicio.

—¡Elizabeth! Sí sabes que soy un hombre, no una máquina. ¿Cierto? —pregunta.

Pero a pesar de sus palabras siento su falo tensarse en cuanto lo toco. Sonrío perversa cuando niega con la cabeza con esa sonrisa que me llega hondo.

—¡Vaaale! —reniego como niña malcriada, aunque la verdad es que me duele todo el cuerpo y todavía siento mis pezones sensibles.

Cuando lo suelto se gira y me atrapa. Sus ojos se incendian con mi desnudez y no sé cómo está siempre listo para mí, pero lo está.

Inclina la cabeza y llega a mis labios sin problemas. Me succiona el alma con ese beso lleno de tanto que ni siquiera puedo identificarlo. Me cuelgo de su cuello con mis brazos, aprieta mis nalgas con vehemencia y fricciona su lengua contra la mía incendiando lo poco que me queda de cordura.

—Lo siento —dice cuando se aparta.

Arrugo las cejas sin entender.

—¿Qué...? —El sonido del timbre me interrumpe. ¡Maldita sea!—. ¿Lo has llamado? —pregunto incrédula.

—Ray es tu mejor amigo, lo necesitas.

—No necesito a nadie. Estoy bien. El trabajo y el buen sexo me hacen bien. ¿Qué tiene de malo eso? Si no quieres darme lo segundo no me importa, puedo...

—¡Elizabeth! —Me calla, sabe lo que voy a decir y es un error, lo sé, pero me irrita que me trate como una niña—. Solo... solo escucha a tu amigo, solo te pido eso.

Me cruzo de brazos y lo miro como asesina en serie. A veces puede ser tan detestable.

—Deja de mirarme así. —Se acerca y toma mi rostro entre sus manos—. Lo hago por tu bien.

—Tengo trabajo. Mañana es la presentación y todo tiene que estar listo.

—Todo está listo y lo sabes. Y si falta algo Ricardo puede encargarse.

—Ja, ahora resulta que eres amigo de Rocco.

Inspira sin dejar de mirarme.

—No, no soy su amigo y nunca lo seré si no deja de mirarte como te mira, pero al menos te respeta y es un buen profesional, eso debo reconocerlo.

—¡Idiota! —mascullo de mala ganas.

Sonríe.

—Yo también te amo —dice en forma de broma y mi corazón salta con brusquedad—. Es decir... eh, vístete. Voy a abrirle a Ray y me voy a la oficina. Si necesitas algo me llamas.

Me da un beso casto en los labios y se va. ¿Yo también te amo? ¿Qué ha sido eso? No lo sé,

pero la forma tan natural como lo dijo y lo nervioso que se puso me confunde. Sobre todo porque mi corazón no deja de agitarse en mi pecho.

Quince minutos después estoy vestida con ropa de estar en casa. Conozco a Ray y no podré escaparme de él en todo el día. Puede ser un puto grano en el culo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en cuanto piso el salón con mi ordenador en la mano.

Me dejo caer en el sofá y estoy decidida a ver que todo esté en orden para la presentación de la marca de maquillaje mañana, pero cuando menos creo mis manos están vacías. Ray me ha quitado el ordenador. Lo miro mal.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —inquiero molesta.

—Salvarte de ti misma —dice.

Se sienta frente a mí y nos miramos por eternos segundos hasta que rompo el silencio.

—Ray, tengo que trabajar.

—Eso no es lo que me ha dicho Clark. Vamos, levanta. —Tira de mi brazo y me obliga a ponerme en pie.

—¿Qué quieres? —Entorno los ojos, no me está gustando el rumbo de esto.

—Ve a ponerte algo deportivo. Tienes cinco minutos.

—Ray...

—Que muevas el culo —dice serio, pero calmado y cálido, así es él.

—No voy a salir de aquí y si lo hago es para ir a la agencia.

Sonríe. Por primera vez en mucho tiempo su sonrisa no me da tranquilidad sino que me pone los nervios de punta. Cuando menos lo pienso me ha levantado del suelo y me ha puesto sobre sus hombros.

—Ray, joder, bájame, joder. —Me remuevo molesta sobre su hombro y logro que deje mis pies en el piso antes de empezar a subir las escaleras.

—Escucha... —Me señala con el dedo índice—. O vas y te cambias para que podamos irnos o yo mismo te llevo arriba, te visto y te saco de aquí a las malas, tú eliges.

Lo miro seria. Él también lo está. Sé que no tengo opción, es capaz de hacerlo. Ray es dulce y comprensivo, pero cuando se trata de mí es como un papá oso. No me deja en paz hasta saber que estoy bien y aunque lo estoy, al parecer no lo convenzo.

—¡Capullo! —digo antes de empezar a subir los escalones.

Lo escucho reír.

—Apúrate, fiera.

Antes de perderme miro atrás y le saco el dedo corazón, lo que hace que ría a sus anchas y yo maldiga bajito. Lo quiero con todo mi corazón, pero ahora mismo solo quiero sacarlo a patadas de aquí.

***

Media hora después estoy entrando a regañadientes al gimnasio donde solíamos venir antes de que se fuera de viaje. Lo observo dirigirse al área donde está el ring y los sacos de boxeo, y entonces me detengo, algo me detiene.

Mi espina dorsal se hiela y mi corazón se prende en llamas. No sé lo que pretende, pero no quiero estar aquí. Hace mucho que dejé de boxear y no me apetece volver a hacerlo.

—No...

Intento negarme, pero ya estoy siendo arrastrada por mi mejor amigo.

—Ray, no voy a boxear —agrego.

—Oh sí, sí lo harás.

En menos que nada me pone los guantes bajo mi mirada de asesina. Él solo sonríe, sabe que lo miro mal aun cuando ahora está concentrado en preparar un saco.

—Ven... —Sostiene el saco—. Ya sabes cómo hacerlo sin lastimarte, golpea.

—Ray, no voy a hacer esto.

Respira profundo, deja el saco a un lado y viene hacia mí.

—Escucha, Betty, no saldrás de aquí hasta que lo hagas, así que si quieres salir de esto, golpea y olvídate del mundo.

—¿Quieres que golpee? —Asiente—. ¿Pues qué tal si te golpeo a ti?

Se carcajea mientras yo ruedo los ojos. Puede que a él le parezca una broma, pero en serio quiero golpearlo.

—Te dejaré golpearme si al terminar el día sigues con ganas de hacerlo. —Sonríe y vuelve a sostener el saco—. Ahora ven, golpea.

Resoplo fastidiada, siempre se sale con la suya. Empiezo a golpear sin mucha energía, solo quiero terminar esta tontería.

—Vamos, golpea más fuerte. Puedes hacerlo...

—Golpearé más fuerte en tu cara si me dejas —suelto dando otro puñetazo y enarca una ceja.

—Sí que estás enfadada conmigo. No me parece justo, soy tu mejor amigo.

—Justo ahora mismo eso me parece debatible. —Golpeo más fuerte.

—Aww, eso dolió. —Sé que se refiere a mis palabras, no a mi golpe.

—A mí me duele que me hayas obligado a venir aquí. —Un derechazo más enérgico.

—No creo que sea eso lo que te duele.

No respondo, ya sé por dónde viene y casi estoy segura que de verdad terminaré golpeándolo.

—Anda, Betty, suéltalo, soy yo, sé que no estás bien.

¿Cómo unas palabras pueden ser tan cálidas y a la vez tan frías? Sigo sin responder, pero mis golpes son cada vez más fuertes. La sangre corre por mis venas con más velocidad y mi corazón palpita con fiereza.

—Así es, golpea fuerte. ¡Déjalo salir!

Por alguna razón todos a mi alrededor, incluso Ray, desaparecen ante mis ojos, solo escucho su voz y mi foco de atención termina centrada en el saco de box.

—No es justo, lo sé. Has perdido demasiado, pero no estás sola. Estoy aquí, Betty, siempre lo he estado, siempre lo estaré.

Mi pecho se contrae. Mis músculos se tensan, pero sigo golpeando.

—Vamos, Betty. Tú puedes hacerlo, solo déjalo salir.

Mis puños se aprietan debajo del guante. Los oídos me zumban. Un nudo monumental se forma en mi garganta y mi cuerpo se estremece.

—Sí, así, golpea fuerte a todo lo que te hace daño. ¡Derríbalo!

Los ojos se me empañan. La furia se apodera de mí y la imagen de mi padre en ese ataúd llega como un terremoto removiendo el piso donde estoy de pie y dejándome caer por un hueco oscuro y profundo.

El sudor adorna mi piel. Ni siquiera soy consciente del tiempo que llevo golpeando sin parar. Solo quiero que el dolor que siento se vaya, que la rabia no siga torturándome. Solo quiero poder

dormir sin que el rostro de mi padre sin vida aparezca en cada sueño. Solo quiero seguir sin que la ausencia de mi madre aniquile mis sonrisas. Solo quiero ahuyentar el dolor tortuoso que respira mi corazón solo de pensar en lo oscura que es mi vida sin la luz que emanaba mi hermano menor.

¿Cómo se vive sin oxígeno? Ellos eran el mío. «¿Yo también estaré muerta?» Me pregunto sintiendo una hilo de sudor recorrer mi columna vertebral.

Las manos empiezan a dolerme a pesar de los guantes, pero no me importa. Ya no sé si Ray me habla, hace rato que dejé de escuchar. Solo golpeo con rabia, dolor y frustración. Solo golpeo por la vida de una chica de dieciocho años que perdió a su madre sin previo aviso y que tuvo que convertirse en una mujer de un momento a otro. Golpeo por una chica que aún no llegaba a los veinte y ya había perdido un bebé y la posibilidad de volver a dar vida. Golpeo por una familia rota en trillones de pedazos. Golpeo por un padre que se volvió alcohólico y adicto a las apuestas. Golpeo por tres chicos que perdieron todo. Golpeo por Addy, por su dolor. Golpeo por Jeff, por su partida. Golpeo por mí, por las lágrimas que he tenido que tragarme. Por los sueños hecho pedazos junto a mis hermanos.

Golpeo por la rabia que me consume. Por la impotencia de haber perdido todo. ¿Qué hice para merecerlo? Esa duda siempre ha estado. Golpeo, solo golpeo con todas mis fuerzas y dejo que el mundo se derribe entre mis puños y con él un par de capas gruesas que me nacieron con la muerte de mi padre.

—¡Elizabeth! —dice y apenas lo escucho.

Me detengo de repente y lo veo. Ray está empapado de sudor y rojo por la fuerza que ejerce sosteniendo el saco.

—¡Elizabeth! —repite y apenas me doy cuenta de mis extremidades.

Me miro los guantes y tiemblo. Frunzo el ceño cuando noto la humedad recorriendo mis mejillas. ¿En qué momento empecé a llorar? No lo sé.

Alzo la mirada y me encuentro con Ray frente a mí. Sus ojos me miran con amor.

—Estoy aquí —dice y entonces no puedo contenerlo.

Ni siquiera soy consciente de que me he estrellado contra su cuerpo hasta que respiro su perfume sobre su pecho. Ray me abraza con fuerza. Me conoce lo suficiente para saber que ya no quiero estar aquí, así que me arrastra, me ayuda a subir unas escaleras y en segundos estamos en el techo del viejo edificio.

—Llora —susurra en mi oído y cae conmigo al piso.

Y entonces las lágrimas se arrojan con rabia, con desesperación. Entonces maldigo mil veces entre sus brazos y me estremezco por la ira y el dolor. Lloro porque acabo de enterrar a mi padre, porque perdí demasiado tiempo en perdonarlo, porque no me perdono el esquivarlo tantas veces y el no devolverle los «te amo» cuando a pesar de todo el daño que me hizo, le quería con todo mi corazón.

Lloro porque la vida parece pesar cada día más. Porque me quedo sin aliento de tanto retener las emociones que ahora brotan sin que pueda detenerlas. Lloro porque sé que es la única vez que me lo permitiré y porque este es el único lugar en el mundo en el que lo haría, los brazos de mi mejor amigo.

—No te diré que todo va a estar bien porque sé que todo esto está hecho una mierda, pero sí que estaré contigo aunque tenga que hundirme junto a ti —dice.

No respondo. Solo lloro como un ser desamparado en medio de un desierto oscuro, ácido y hostil. Lloro porque aunque las lágrimas no me quitan el dolor, al menos sirven como un drenaje de todo lo que alberga mi alma.

Lloro sin aliento, sin fuerzas, sin ganas de seguir. Lloro esperando que pase, que se esfume esta sensación en el pecho, aunque sé que no pasará del todo porque, ¿cómo se esfuma un dolor que se ligó a tu sangre, a tus músculos, a cada parte de ti?

Capítulo 63 parte 1

Beth

Tres periódicos y cinco revistas. ¡¿Tres periódicos y cinco revistas?! ¡Tres periódicos y cinco revistas! ¡Joder! Somos la portada de tres periódicos y cinco jodidas revistas. ¿Qué mierda? Sabía que la familia Holland era importante, pero recién me entero que es la más importante de la ciudad. Dios, si he tenido que esquivar a la prensa cada día desde que supieron que soy la esposa de Clark.

No me puedo creer que haya pasado una semana desde la presentación y sigamos siendo portadas de tantos medios. El día fue estupendo, a excepción de la bruja de Ruth que intentó hacerme creer que se acostaba con Clark y que podía estar embarazada de él y aunque fue un golpe duro a mi orgullo no caí en su trampa, por suerte fue la gota que rebosó el vaso y Clark está revocando su contrato. ¡Zorra!

—¿Qué dice la superestrella del momento? —Rocco entra a mi oficina con una sonrisa socarrona.

—¡Idiota!

—¡Gracias! —Ensancha su sonrisa.

—Sí sabes que no es un cumplido, ¿cierto?

—Lo es si lo dices tú.

Lucho con mis labios por no sonreír, pero es inútil. Y aquí estoy con una sonrisa plantada de oreja a oreja negando con la cabeza.

—¿Qué quieres, colombiano idiota? —bromeo y él se carcajea de forma ruidosa, luego deja una carpeta en mi escritorio.

—Tenemos una nueva campaña, superestrella —bufa.

Ruedo los ojos y le lanzo lo primero que encuentro sobre mi escritorio que termina siendo un vaso de plástico en donde me serví un jugo de naranja. El desgraciado lo esquiva y se va corriendo muerto de la risa. Lleva una semana diciéndome así. Ahora hasta preferiría que me dijera leona como siempre me ha dicho.

Mi móvil vibra sobre el escritorio con un nuevo mensaje.

«Ya no te preocupes por las portadas, lo resolví».

Sonrío como idiota. En la mañana Clark me vio perturbada. En serio estoy harta de ver mi cara en todas partes como la esposa del empresario del año.

«Gracias» contesto.

«¿Gracias? Voy a necesitar mucho más que eso».

Es un simple mensaje pero es como si pudiera verlo con cara de pervertido.

«¿Ah sí? ¿Y qué quiere, señor Holland?» Me quedo mirando la pantalla mordiendo mi labio inferior.

«Para empezar, quiero que me digas qué ropa interior llevas»

Un latigazo eléctrico me azota la entrepierna. ¿Cómo puede un simple mensaje ponerme los pelos de punta?

Sonrío mientras contesto.

«Llevo un conjunto de lencería negro».

«Mierda, ¿tienes idea de cómo me pones».

Vuelvo a sonreír.

«Oh, sí que la tengo»

«Bruja»

«Tu bruja»

No, no sé por qué envié ese mensaje. De hecho quiero borrarlo pero es tarde. Ya lo vio. Es como si lo estuviese esperando. Escribiendo... dice escribiendo, pero no llega respuesta. ¿Tu bruja? Es como si le dijera que le pertenezco. Definitivamente he perdido la cabeza.

Siento que dejo de respirar. Pasan minutos y no recibo nada. Dejo el móvil a un lado y cojo la carpeta. Trabajar siempre me ha ayudado.

¡Mierda! ¿Por qué dije eso?

Loly y Neithan entran discutiendo por no sé qué. No les presto atención. Seguido de ellos entra Rocco con un café gigante en la mano.

—Por cierto, mi leona... —Se acerca y le arrebato el café—. ¡Oyeeee! —Se queja—. Me lo hubieses pedido.

—Soy tu jefa, no tengo que pedirte nada.

—¿Qué te pasa? —Se sienta a mi lado—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, pónganse a trabajar.

Los tres me miran como si estuviesen frente a una extraterrestre y apenas me doy cuenta de que les he hablado de forma fría e inadecuada. Lo peor de todo es que no tengo ganas de disculparme. Dios, otra vez estoy irritable.

¿Qué me pasa?

Clark no respondió tu mensaje.

Sí, eso ya lo noté.

—Lo siento, chicos. Vamos a trabajar.

Me obligo a concentrarme en la nueva campaña que hemos adquirido, no es tan grande como la anterior, pero sí es importante.

Durante media hora nos empapamos de lo que la empresa busca, sin embargo no puedo sacarme a mi esposo de la cabeza. No contestó, aunque tampoco sé qué esperaba que dijera.

¡Estoy loca!

La puerta se abre abruptamente, levanto los ojos y me encuentro con dos olas azules que me arropan.

—¡¿Clark?! —Me levanto y camino hacia él sin entender nada—. ¿Qué... qué haces aquí?

Mis palabras mueren en su boca. No sé en qué momento me llevó contra su cuerpo, pero mi cintura está atrapada por su brazo y su otra mano está engullida entre las hebras de mi cabello. Dios, puedo sentir su dureza restregarse contra mi abdomen.

No tengo aire, su boca me lo roba. Su lengua choca con la mía con violencia y la fricción de nuestros labios hace que sienta que todo mi cuerpo va a incendiarse en cualquier momento.

—Carajo... consigan un cuarto.

Intento separarme cuando las palabras de Rocco me recuerdan que no estamos solos, pero Clark me aprieta más contra él y mueve su boca con más determinación. Su acto es demandante y mierda, me quemo, siento que me quemo.

—¡Clark! — Logro separarme. El aire vuelve a entrar a mis pulmones—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que es obvio —dice Rocco burlón antes de pasar por nuestro lado seguido de Loly y Neithan que nos miran sorprendidos.

—¿Qué ha sido eso? —inquiero, frunciendo el ceño.

Sonríe y sigue mirándome. No me ha perdido de vista ni un segundo desde que llegó.

—Eso, señora Shaine, es lo que usted provocó.

—¿Yo? —pregunto inocente.

Curva una sonrisa coqueta. Suelta mi cuerpo y me da la espalda. Por un momento creo que se irá, pero solo cierra la puerta con seguro y viene hacia mí.

—Sí, usted... —Vuelve a atraparme por la cintura—. Me está volviendo loco y si vuelve a enviarme un mensaje así iré hasta el fin del mundo a follarla.

Trago saliva.

—¿Quiere decir que vino a follarme?

No contesta con palabras, solo me empuja sobre la mesa de reuniones y se lanza sobre mí. Deja un beso fugaz en mis labios y una docena más de ellos en mi mentón y clavícula.

—Elizabeth —con solo pronunciar mi nombre es como una caricia que quema—. Me encantas.

Y entonces lo siento, un huracán categoría cinco se forja de manera arrolladora dentro de mi cuerpo. Clark está en todas partes y no hablo solo de sus manos que recorren mis muslos con frenesí, ni de su boca que succiona mi cuello como si su vida dependiera de ello. Hablo de las vibraciones que me produce su aroma, de las sensaciones que revolotean en mi pecho cuando me mira. Hablo de lo caótica que se vuelve mi respiración solo con tocarme, de sus abrazos fortuitos mientras cocino. Hablo de su risa, de las cosquillas que me hace su corta barba, de sus ojos incitadores y de sus labios que siempre me invitan a pecar. Hablo de él, de todo él.

«Te estás enamorando» me grita mi conciencia cuando vuelve a atacar mis labios.

Pero yo solo intento concentrarme en sus besos, en sus manos que tiran de mis bragas, en su perfecta anatomía que grita mi nombre y en el fuego que expulsan nuestros cuerpos, sin embargo sé que hay mucho más que piel y aunque me gusta, no sé si estoy lista para admitirlo. Después de todo solo somos una imprudencia de la vida, un contrato, una casualidad del destino...

Clark

Semanas después...

No creo en las casualidades, nunca he creído en ellas porque soy muy consciente de que somos las decisiones que tomamos. Siempre lo he sabido y nunca me he arrepentido de las que he tomado, pero entonces ¿por qué diablos tengo tantas dudas?

Miro la carpeta con los documentos que tanto necesito. La razón por la que me casé con ella. Un vacío se me forma en el estómago.

El tiempo no se ha detenido y a diferencia de lo que creí se ha convertido en mi enemigo más letal. Elizabeth ha estado mucho mejor desde que la dejé con Ray aquella mañana y ha recuperado un poco de brillo desde que su hermana llegó a la ciudad hace cinco días.

—Habla con ella —se alza una voz y levanto la cabeza encontrándome a Emily de brazos cruzados en la puerta—. Dile la verdad, estás a tiempo aún.

Trago saliva. Quisiera creerle, quisiera pensar que de verdad tengo tiempo para ello, pero ¿y si no?

Además, no puedo abandonar mis planes. No cuando he hecho tanto por ello. No cuando arriesgué mi apellido y mi reputación por ello. Necesito hacer pagar a todos los que nos hicieron daño.

—No puedo —digo.

No quiero dar más explicaciones, pero es más que obvio que mi mejor amiga no me dejará en paz.

—Clark... —Se acerca y se deja caer en la silla frente a mí—. Debes hacerlo o la perderás. Lo sabes.

—Siempre lo he sabido y es inevitable.

—¿Lo es? ¿Es inevitable?

—No empieces.

—Estás enamorado de ella y ella de ti. —Se inclina apoyando los brazos sobre el escritorio—. Dile la verdad, sabes que ahora que tienes esos documentos no tienes mucho tiempo antes de que la bomba explote. ¿Cuánto te ha dado?

—Quince días, tengo quince días para terminar con esta farsa.

Se pasa las manos por el rostro, frustrada. Aunque sé que no lo está tanto como yo. Vuelvo a mirar la carpeta en mi mano. Se supone que es todo lo que quise desde que esto empezó, pero ¿por qué no me siento feliz? ¿Por qué la idea de perder a Elizabeth me sofoca? ¡Maldita sea, no puedo perderla!

—Clark, tienes que escucharme. Si tú se lo dices se va a enfadar, lo sé, pero terminará por entenderte y perdonarte, sin embargo, si se entera por alguien más te va a odiar y con justa razón.

—No puedo hacer nada, es tarde. Me va a odiar de todas formas. Si no digo nada al menos la tendré en mi vida esos quince días más.

—No lo es. Estoy segura de que ella siente lo mismo por ti y entenderá en algún momento.

Sonrío amargamente.

—¿Y qué va a entender? ¿Que la utilicé vilmente? ¿Que cuando le propuse ese maldito contrato no pensé ni por un segundo en ella y sus sentimientos? Dime, ¿crees que va a entender que no buscaba a una esposa sino a ella en específico porque era la pieza más importante en mis planes?

—Va a entender que te hirieron, que estabas enfadado con el mundo y no razonabas.

—Pero eso no es cierto, maldita sea. —Suelto los documentos, me paro de golpe y le doy la espalda para encontrarme con la vista majestuosa de mi ciudad, aunque hoy no parezca brillar, no para mí—. Sabía lo que estaba haciendo. Me conoces, Emily, tú me conoces como nadie y sabes que nunca he actuado por impulso. Planeé cada paso y lo peor de todo es que no me arrepiento. De lo único que me arrepiento es de haberme enamorado de ella, de haber perdido el control de mis emociones.

—¡No es cierto! —Se apresura a mi lado, pero no la miro—. Lo has dicho bien, te conozco y sé que no te arrepientes de amarla sino de las circunstancias en lo que pasó todo. Clark, por Dios, dile la verdad, que lo escuche de tus labios o lo vas a lamentar.

No contesto. Me gustaría que tuviera razón. Que ciertamente hubiera alguna diferencia entre que se entere por alguien más o por mí, pero no es así, el resultado será el mismo, voy a perderla.

El móvil me suena. Lo saco tratando de esquivar las palabras de la rubia molesta a mi lado, en la pantalla aparece el nombre de su novio, es Ray.

—Hola —digo lo más amable que puedo en medio del caos que tengo la cabeza.

—Hola —dice alegre—. Todo está listo para mañana. Sé que le hará bien.

—Sí, yo también lo creo. —Me froto el puente de la nariz sabiendo que no importa lo que haga por ella, de todas formas va a odiarme—. Gracias por ayudarme con esto.

—De nada, cuñado —canturrea.

Cuelgo sin decir nada más. No estoy de ánimos para nada, lo único que me llena es imaginar la cara de Elizabeth mañana cuando el universo le regale un año más de vida.

Mañana será veinticinco de noviembre, no me puedo creer que hayan pasado dos meses desde que nos casamos.

—Déjame solo —le digo a Emily que sigue de pie a mi lado.

—Pero Clark...

—Déjame solo —repito con más firmeza. La escucho resoplar y empezar a dirigirse a la puerta—. ¡Espera! —Abro la carpeta y tomo un documento que le ofrezco—. Hazte cargo de esto.

Emily arruga las cejas, se acomoda las gafas y se centra en el papel que ahora tiene en manos. No pregunta sobre él, sabe perfectamente lo que quiero que haga.

—¿Estás seguro? Tu abuela se va a morir de un infarto.

—Con gusto asistiré a su entierro.

—Clark...

—¿Puedes hacerlo o tengo que buscar a otro abogado?

Me mira resignada, sabe que hablo en serio.

—Como diga, jefe. —Me da la espalda y se va dejándome solo con una jauría de pensamientos que me atacan como si quisieran desmembrarme el alma.

Vuelvo a girarme hacia la cristalera, empuño mis manos y las apoyo sobre mi propio reflejo. No sé si Emily tenga razón, no sé si lo que estoy sintiendo por ella es amor de verdad, pero si lo es... joder, si lo es, ¿qué voy a hacer? ¿Qué rayos haré cuando se vaya de mi vida?

Respiro como puedo mientras espero que el nudo que tengo en la garganta se deshaga, pero no pasa. Solo crece al igual que el enojo que tengo conmigo mismo, con el destino e incluso con ella por meterse en mi corazón dándole codazos a mi cordura hasta dejarla fuera.

Maldigo entre dientes el día en que la vi por primera vez. Maldigo que haya sido ella la pieza que necesitaba. Maldigo su sonrisa que emerge en el aire solo para recordarme que estoy a punto romperle el corazón y de paso, arrancarme el mío de raíz.

Beth

El coro de la canción Dusk till dawn de ZYAN y Sia suena en los altavoces. Muy pocas veces lo he escuchado encendido en lo que vivo aquí, por lo que me resulta extraño. Pero lo es aún más el hecho de sentir que cada palabra que dice es para mí. ¿Por qué?

Me cuesta abrir los ojos, pero lo hago. Las cortinas están corridas y el sol se me lanza encima. Giro el rostro y me sobresalto cuando veo tres figuras en la puerta, la del medio lleva una bandeja gigante de desayuno: Clark.

—¿Qué...? —Me froto los ojos, quizá alucino. Mi vista se aclara y están ahí, sonrientes y caminando hacia mí—. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué pasa?

—¡No puede ser! ¡Se te olvidó! —Ray se abalanza sobre la cama y me apresuro a cubrirme bien con la sábana ya que como casi siempre después de que me casé, estoy desnuda.

—¿Qué olvidé? —inquiero y Addy literalmente se tira sobre mí y me abraza. Me calienta el alma verla sonreír de nuevo aunque no sé cuál es la razón.

—Tu cumpleaños, Beth. —Besa mi mejilla y se aparta dándole espacio a mi esposo.

—¡Feliz Cumpleaños, Elizabeth! —dice Clark, deja la bandeja sobre la cama cerca de mis

pies, viene a mi rostro y me planta un beso que me deja sin aliento.

—Oye... ¿Te la vas a tragar? —pregunta Ray, divertido.

Ambos lo ignoramos. Clark abandona mis labios y sonríe. Con su pulgar acaricia mi mejilla y yo sigo en shock. ¿Mi cumpleaños? ¿Cómo pude haberlo olvidado? Por un instante me pierdo en su mirada. Últimamente me mira diferente y cada vez que lo hace siento que el corazón se me detiene y al mismo tiempo corre... Corre como un caballo desbocado. Corre con rapidez y no sé si quiere huir de él o lanzarse a sus brazos, siempre hago lo segundo.

—Espero que disfrutes tu día. —Bordea mis labios con su dedo—. Ahora debo irme, nos vemos más tarde.

—¡Gracias! —Atino a decir aunque todavía me siento desorientada.

Clark se despide con las manos de Addy y Ray, luego sale del cuarto. Yo sigo pausada, pero una carcajada estridente me devuelve a la realidad.

—¿Qué? —cuestiono cuando mi amigo se acuesta a mi lado y me atrae por los hombros.

—Tengo dos teorías, querida amiga. Una: que se te olvidó tu cumpleaños y por eso sigues en shock. Dos: que estás tan enamorada de tu esposo que todavía sigues sin respirar por ese beso.

—O tres... —Mi hermana empieza a comer de mi suculento desayuno mientras habla—. Está muy enamorada de su esposo y también se le olvidó su cumpleaños.

Intercalo la mirada entre los dos espécimen que ríen de mí.

—¿Sí saben que los odio? —Me cruzo de brazos.

—Nosotros también te amamos —bromean.

Y entonces un recuerdo vuela a mí:

«Yo también te amo».

Las palabras de Clark de aquel día siguen anidadas en mi mente y cada vez se sienten más profundas, más llenas, más intensas.

«Solo déjate llevar» me dije hace semanas y es lo que he estado haciendo, pero ¿a dónde me llevará esto? Algo me dice que no terminará bien, quizá porque empiezo a querer que no termine y solo es cuestión de tiempo para que lo haga. ¡Maldito contrato!

Me paso toda la mañana de viernes compartiendo con mi hermana y Ray dentro de casa. Es extraño, ya no me resulta raro decir que el *penthouse* de Clark es mi casa. Tal vez porque hemos vivido tanto aquí. Tantas risas, discusiones, aquel fin de semana cuando lo obligué a cocinar conmigo y terminamos bailando en la terraza bajo la luz de la luna con un par de tragos encima, o hace dos días cuando nos caímos del sofá por el tonteo y terminamos riendo como locos en el suelo mirándonos a los ojos mientras nos decíamos tanto sin pronunciar palabras.

—¡Ya la perdimos! —Unos chasquidos frente a mi rostro me hace contraer el rostro, es Addy.

—¿Qué?

—¿Qué? —inquiere Ray—. Tu hermana lleva media hora preguntándote si te apetece hacer algo esta noche por tu cumpleaños.

—No, prefiero quedarme en casa.

Cambio el programa de moda por uno de cocina. Acomodo mis piernas cruzadas sobre el sofá y me llevo a la boca un pedazo de pastel de zanahoria que preparamos juntos.

—¿Eso quiere decir que prefieres quedarte follando con tu esposo y no irte a cenar a un restaurante asquerosamente caro con tu hermana y tu mejor amigo?

—¿Qué te hace pensar que me quedaré follando con Clark?

—Pues si no lo haces es porque eres una tonta, por Dios, si está bien bueno. —Esa fue Addy.

Sonrío no por sus palabras sino porque es la primera vez que la noto con energía desde que papá murió.

—Tu hermana no es nada tonta, Addy. ¿No te diste cuenta de que estaba desnuda cuando fuimos a felicitarla? Su cara era de «follé toda la noche».

Los dos se carcajean y los mataría si no fuera porque mi corazón vuelve a tener oxigeno con la sonrisa de mi hermana. Solo ruedo los ojos y le lanzo un cojín a Ray que está en el otro sofá junto a ella.

Muerdo el último trozo de pastel y lo disfruto, la verdad quedó delicioso. Mi móvil suena sobre mi pierna, es un mensaje de Clark:

«Tengo que hacer un viaje breve, llegaré algo tarde, no me esperes»

«Vale» respondo, aunque algo dentro de mí se apaga. No sé por qué creí que podía pasar la noche de mi cumpleaños junto a él.

—He cambiado de opinión, creo que la cena cara que no nos llenará el estómago estará bien —digo y la sonrisa de Ray se ensancha.

Supongo que es lo mejor. Tal vez estoy viendo cosas donde no las hay, tal vez lo que veo en los ojos de Clark no es nada más que un reflejo de lo que estoy sintiendo y en dado caso, ¿qué es lo que siento yo?

Capítulo 63 parte 2

Beth

Declino la sexta llamada de Ben, no ha parado de llamar en todo el día y me niego a contestar. Reniego una vez más mientras avanzamos en el estacionamiento hacia el restaurante. Me acomodo el vestido azul cobalto de un solo hombro que lleva una abertura en la pierna derecha y me hace lucir despampanante.

—No voy a vendarme los ojos.

—Tienes que hacerlo. Hemos mandando a preparar una mesa especial solo para ti —alega Ray.

—No, no lo haré. No voy a hacer el ridículo delante de la gente. Además... —me detengo a mirarlos—. ¿Por qué me traen a un restaurante tan caro como este? Saben que solo bromeaba.

—No me mires a mí, todo es obra de tu amigo. —Addy levanta las manos en señal de rendición.

Se ve preciosa en ese vestido negro, aunque me gusta más verla con colores más vivos como lo es ella.

—¡Traidora! —Se queja Ray—. Escucha... —Coloca sus manos sobre mis hombros—. Solo quiero sorprenderte con una linda mesa. ¿Puedes hacer esto por mí?

Lo miro a los ojos y como siempre encuentro tanto cariño en ellos que no me puedo negar. Resoplo y me dejo vencer.

—¡Vaaale!

Dos minutos, pasan dos minutos cuando Ray me dice que estamos entrando al restaurante.

—Si me caigo voy a golpearte —amenazo y solo lo escucho reír.

Avanzamos varios pasos más hasta que me suelta. Me siento desamparada.

—¿Ray? —No contesta—. ¿Ray? ¿Addy? Si no contestan voy a quitarme esto.

Espero unos segundos, pero nada, entonces me harto y me saco la venda.

—¿Por qué...?

Mi corazón se detiene, las rodillas se me flojan, la boca se me seca. No hay nadie en el lugar, solo una mesa en el centro, con una luz tenue que viene de una lámpara que despliega mariposas de cristales desde el techo y... él. Clark está ahí, de pie con un traje gris y una camisa negra sin corbata que se le ve maravilloso, pero no tanto como esa sonrisa que me regala.

¿Estaré soñando? Me pregunto. Mis pies no se mueven, juro que quiero hacerlo, pero no puedo. Las manos me tiemblan y mi corazón vuelve a correr sofocándome.

¿El tiempo se detuvo? No lo sé. Mis piernas empiezan a moverse cuando extiende su mano hacia mí. Todo parece irreal, mágico y si estoy soñando juro que no quiero despertar.

Dudo al corresponderle, mis dedos tiemblan en el aire cuando levanto la mano para posarla sobre la suya. La calidez de su cuerpo me recibe cuando tira de mí y me abraza sin darme tiempo a pensar. Por un instante no reacciono, pero cuando logro hacerlo mis brazos lo envuelven. Hundo mi rostro en su pecho y lo respiro, lo siento, lo arrullo con mi alma.

Mi corazón late a otro ritmo, quizá lo ha hecho desde hace un tiempo pero solo hasta ahora lo noto, ahora es una certeza. Late con tanta fuerza que me aterra pensar que podría atravesarme las costillas. Su perfume se desplaza por todo mi ser, la sensación de su cuerpo contra el mío me absorbe. Mis dedos se aferran a la tela de su saco, no quiero soltarlo, me niego a hacerlo. Siento que si lo hago se romperá el momento, se agrietará el aura mágica que nos cubre.

—¡Feliz cumpleaños, Elizabeth! —me susurra al oído.

Su aliento cálido en mi piel es un detonante de emociones que no puedo seguir obviando. No

quiero que pase el tiempo, no quiero que el contrato termine. Quiero quedarme aquí, abrazada a la ilusión más bonita que he tenido en mi vida. Por primera vez quiero derribar las murallas que siguen de pie a mi alrededor. Quiero abrirle la puerta de par en par de mi corazón y correr el riego de dejarlo mirar dentro de mí.

Quiero respirar su aroma sin sentir miedo a que desaparezca. Quiero olvidar las precauciones y decirle que algo dentro de mí se agita cuando me aprieta como lo hace ahora. Quiero decirle que cuando sonríe los destellos de libertad se me clavan en el alma. Quiero apostar a lo que sea que estoy sintiendo, pero ¿y si saquea mi corazón y me destruye? ¿Y si esto es solo un espejismo? ¿Y si Clark no tiene las mismas dudas y sensaciones que yo? ¿Qué pasa si nos rompemos a mitad de camino? ¿Las personas rotas pueden amar? Yo sigo sintiendo que me faltan pedazos y no quiero que arranquen más trozos de mi corazón.

—Clark, yo... —Me aparto y lo miro—. ¡Gracias!

El brillo de sus ojos se cruza con los míos. Sonríe, lleva sus manos a mis mejillas y une nuestros labios. No con la crudeza con la que lo hace cuando somos presos del deseo, me besa con ternura, con suavidad, con anhelo. Nuestras lenguas danzan de forma sutil, rítmica, sublime. El sabor a whisky en su boca me embriaga o quizá son sus dedos en mi nuca que acarician mi piel.

—¡Elizabeth! —Une nuestras frentes y suspira—. ¡No te vayas!

No entiendo sus palabras ni la necesidad que hay en ellas, pero por alguna razón me llegan hondo. Separamos nuestras frentes, pero no la mirada. Nos miramos, por unos segundos solo nos miramos y siento que un nosotros se construye poco a poco.

¿Qué te pasa? Me pregunto siendo consciente de que nunca he sido el tipo de mujer que se entrega a nadie, que se abre por completo, pero aquí estoy, anhelando la eternidad de un instante, añorando un «tal vez», deseando romper la certeza de la caducidad de un contrato y asumiendo que los latidos erráticos de mi corazón llevan su nombre.

—¡Ven! —Coge mi mano y saca la silla para que me siente. Él se sienta en frente de mí, por suerte la mesa es para dos, quedamos bastante cerca.

Sonrío cuando veo la mesa servida. Al ser un restaurante tan caro pensé que habría un montón de platillos que no sabría ni mencionar su nombre, pero no, los platos son alitas picantes, papas fritas, bollos y un vino **Cabernet.**

—¿Lo recuerdas? —pregunta.

—¿Qué? —Sí lo recuerdo, pero quiero escucharlo de su boca.

—Nuestra primera cena juntos... —pausa—, aunque bueno, era las dos de la madrugada, no sabría si decirle cena a eso.

Curvo mis labios en una sonrisa. ¿Cómo olvidarlo? Ese día cambió mi vida, él la cambió.

—Lo recuerdo —admito—. Dijiste que era fantástico verme comer como camionero. Que me veía sexy —bromeo.

Clark rompe a reír y yo me veo imitándolo. Nuestras risas se funden y es la melodía más bonita que he escuchado.

¿Desde cuándo te van esas cursilerías?

Pues no me van para nada. Creo que es el efecto Clark, espero que se me pase.

¿De verdad lo esperas?

¡Cállate!

La cena transcurre entre miradas, sonrisas y un par de anécdotas de cómo pasé el día en casa. Me encuentro hablando de lo feliz que me siento de que Addy volvió a sonreír cuando noto que se queda mirándome más de lo normal.

—¿Por qué me miras así?

Se endereza y se aclara la garganta.

—Yo... tengo un regalo para ti.

Se pone de pie, va a un mueble de madera que está cerca y regresa con una caja en la mano. Me lo entrega con una sonrisa cautelosa en los labios. Abro la caja algo curiosa y dentro encuentro un colgante con una piedra negra dentro de un corazón. No soy experta pero puedo asegurar que cuesta más que mi piso y mi auto juntos. Es demasiado...

—Es hermoso...—Me quedo anonadada viendo el colgante—. Pero no puedo aceptarlo.

—Es un diamante negro. —Acaricia la joya que yace en mi mano—. Era de mi madre.

Sus ojos se inundan de sentimientos. Mi corazón se encoje, su madre está muerta, es importante para él, ¿por qué me lo da a mí?

—Clark... ¿qué significa esto? —pregunto.

Necesito saberlo. Necesito entender por qué me lo regala. Necesito saber si la forma en que me mira, me abraza y me acaricia significan algo para él.

Alza la mirada y se sumerge en el mar lleno de dudas que son mis ojos. Su seriedad me desestabiliza.

—¡Intentarlo! —dice y luego hace una pausa demasiado extensa para mi pobre corazón—. Quiero intentarlo.

—¿Qué? —Trago saliva, él coge aire y luego lo suelta.

Me quita la caja de la mano, se levanta y me rodea hasta colgar la joya en mi cuello seguido de un beso cálido que me hace vibrar. Vuelve a su lugar, reúne mis manos y las abraza con las suyas. La intensidad de su mirada me sacude.

—Tú... yo... nosotros. Quiero que lo intentemos... quiero que lo intentemos de verdad.

Siento que una estrella revienta sobre mi cabeza. Como si millones de fragmentos cayeran a nuestro alrededor. ¿Intentarlo de verdad? Siento mis manos sudar debajo de la suya pese a la temperatura fresca. El músculo en mi pecho parece tener puños de boxeo porque golpea mis costillas como si se defendiera de algo.

Dicen que no es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar. Un rato atrás deseaba escuchar palabras como estas y ahora hay algo gigantesco que me apretuja, que me hace temblar: Miedo, siento un miedo atroz de que esto sea un error.

Clark

Cuando tenía quince años llegué a casa molesto porque creía estar enamorado de una chica de diecisiete y ella no me hacía caso. Mi madre me preguntó si tenía miedo, le dije que no, entonces me dijo que no estaba enamorado, que era solo una ilusión. Un año después me acosté con la chica y supe que mi madre tenía razón, sin embargo seguía sin entender sus palabras, ni siquiera lo entendí cuando creí estar enamorado de June. Me pregunto qué sentí por ella.

No es hasta este momento que lo entiendo. No sé si esto que siento es amor, pero si lo es, es aterrador. O quizá lo que me aterra es su silencio. La duda que hay en sus ojos. No la culpo, yo ni siquiera sé qué estoy haciendo. Ni siquiera pensaba pedirle algo así.

Solo cogí el colgante de mi madre antes de salir de la casa donde crecí, donde están los autos,

y las palabras fluyeron cuando la vi sonreír hablando de su hermana. Cuando me pregunté si estaba preparado para dejarla ir y la respuesta fue clara: No, no lo estoy.

—Escucha, Elizabeth, sé que tenemos que hablar muchas cosas y de hecho tengo que contarte un montón más, pero...

—¡Sí!

—¿Qué?

—Sí, sí quiero que lo intentemos.

Su «sí» me rasguña la piel pero no duele. Todo lo contrario, siento un volcán dentro. Ahora soy yo quien se queda en silencio, sin aliento. Sus ojos grises me traspasan, me llenan y al mismo tiempo me asfixian. Es como tocar el cielo y a la vez aferrarse al borde de la entrada del infierno.

No quiero perderla y no sé si Emily tenga razón, pero es mi única oportunidad, decirle la verdad.

—Clark, ¿me escuchas?

El corazón me golpea, su voz me recorre la columna y respiro, vuelvo a respirar.

—Sí, te escucho. —Sonrío—. Te escucho, cariño. —Beso sus nudillos y veo como su sonrisa destella en su hermoso rostro.

—¿Cariño? —Enarca una ceja con esa coquetería natural que la caracteriza.

—¿No puedo decirte cariño? —Juego con sus delicados dedos.

—Puedes...

No puedo evitarlo, me levanto, me inclino y me apodero de sus labios que ahora son míos, los disfruto, me deleito con su lengua, con el sabor a vino tinto que reposa sobre ella. ¡Dios!

Siento mi móvil vibrar en mi bolsillo y me aparto en contra de mi voluntad. Reviso el mensaje que acaba de llegarme donde Ray me indica que todo está listo.

—Vamos. —Tomo su mano y se levanta.

—¿Qué? ¿A dónde vamos?

—Solo confía en mí.

Lo sé, irónico para ser alguien que he construido un castillo de mentiras a su alrededor, pero la realidad es que nunca fue algo personal, no con Elizabeth. Subimos la escalera hacia el salón de arriba. Tengo que decirle la verdad y esperar un milagro cuando no creo en ellos, pero lo haré mañana, quiero que su cumpleaños sea estupendo.

La puerta doble aparece ante nosotros.

—¿Qué planeas, Clark?

—Hacerte feliz.

Frunce el ceño, confundida. Sonrío cuando esas pequeñas arruguitas se le forman en la frente. Vuelvo a sus labios y me aferro a ellos un momento, parece que cada vez que los beso gano un poco de vida.

—¿Lista? —inquiero.

—¡Lista, cariño!

El corazón se me infla con sus palabras, con su sonrisa, con el brillo que centella en sus ojos. Dejo mi mano en su espalda baja y tiro de la puerta hasta dejarla abierta de par en par.

—¡Sorpresa! —gritan los presentes.

Me encantaría que existiera una palabra que pudiera describir el rostro de Elizabeth. Brilla,

brilla no como una estrella, sino como una constelación completa, como el sol en pleno verano, como un show de fuegos artificiales.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —Parece confusa, pero sus labios no dejan de curvarse en una sonrisa.

—Solo quiero verte sonreír.

De repente se ve arropada por sus amigos. El salón está decorado como Ray dijo que le gustaría, el techo es oscuro y el simulador de estrellas lo hace ver majestuoso.

Una barra negra llena de bebidas y algunas mesas están arregladas cerca de una pista de baile. Quizá no fue buena idea comprar todo el lugar solo por esto, pero vale la pena si ella sonríe. Hay pocas personas, solo las que son importantes para mi esposa. Ray, Addison, Theo, Ricardo, Neithan, Loly, Emily, Julián y unas cinco personas más que no conozco, pero que son de la agencia Collins.

Se forma una algarabía a su alrededor y la apartan de mí hasta llevarla a la barra y darle alcohol. No me gusta que se embriague, pero al menos estoy aquí para cuidarla porque sé que lo hará. Diez minutos después están casi todos en el medio de la pista bailando y yo estoy en la barra junto a Addison que hace un esfuerzo sobre humano para estar aquí.

—Bien hecho, cuñadito —dice, con una sonrisa que no le llega a los ojos.

Me quedo observándola, parece tan frágil, aunque algo me dice que no lo es tanto. Es hermana de Elizabeth y ella es un terremoto.

—Tal vez no deje doler, pero será más llevadero —le digo alto para que pueda escucharme.

Mira el vaso con el que toma cerveza. Juega con el borde unos segundos y luego suspira.

—Lo sé, pero ahora mismo sigue doliendo demasiado. —Se gira a la pista y ve a su hermana —. A ella también le duele mucho, pero es muy buena guardando sus sentimientos.

—Eso he notado.

Me llevo el whisky a la boca y lo saboreo. No quiero pensar en lo que pasará cuando sepa la verdad.

—¡Carlos! —Alguien me grita y no tengo que mirarlo a la cara porque su mano sobre mis hombros y su acento colombiano lo delatan.

—¿Carlos?

—Voy al baño —dice Addy antes de perderse.

—Sí, parcero. En Colombia nadie se llama Clark, así que sería Carlos o algo así.

—¿Qué quieres, Ricardo? —Me tardo más quitándome su mano de encima que él volviendo a ponerla.

—¡Rocco! Ya te dije que puedes decirme Rocco. —Sonríe como idiota, yo solo lo miro serio —. Dios, eres un guapera muy aburrido. No sé cómo mi leona te prefirió a ti y no a mí.

—No lo sé, tal vez tiene algo que ver con que no me drogo —suelto y se tensa.

—Yo no me drogo, ya te dije que fue una confusión.

—¿Ah sí? ¿Por qué no le dijiste a Elizabeth que esa noche del pasado te vi drogándote delante de su hermana? ¿Por qué dejaste que pensara que solo eran celos de mi parte?

—Oye, parcero, lo siento, eso fue un error que no se va a repetir, pero sabes que fue injusto que me sacaras del proyecto porque estaba haciendo muy bien mi trabajo. Además sí estabas celoso. ¿O no? —Sonríe.

Me tomo otro sorbo de whisky. Tiene razón, estaba celoso, pero también quería alejar a Elizabeth y a su hermana de un drogadicto.

—¡Mira! —Me aprieta el hombro—. Sé que quizá piensas que soy un vicioso, pero ya te dije que no es así. Estaba molesto porque créeme que no es fácil ver a la mujer que amas enamorándose de otro hombre. Encontré esa porquería en la chaqueta que le cogí prestada a uno de mis compañeros de piso y cuando apareciste me frustré. Esa noche la probé y no me gustó. Punto final. —Se pone serio, algo raro en este hombre—. Ahora voy a decirte algo y quiero que no lo olvides. Sí, hace tiempo que estoy enamorado de Beth, pero hace mucho que acepté que solo me quiere como un amigo. Para mí es importante que sea feliz, porque también es mi amiga. Así que hagamos una tregua. Soy parte de la vida de tu esposa y eso no va a cambiar porque tú quieras que cambie. Es mejor que te hagas a la idea. ¿Tregua?

Se aparta y extiende su mano. Sonríe, no sé por qué sonríe tanto. Lo miro y me veo tentado a sacarlo a empujones de la vida de mi mujer, pero sé que ella se pondría furiosa, así que solo le correspondo y él curva aún más sus labios.

Cuando suelto su mano se da media vuelta para irse, pero antes de hacerlo se gira hacia mí.

—Si le haces daño te patearé el trasero.

Se va como si nada y aunque ríe sé que habla en serio, pero no me preocupa él. Me preocupa Elizabeth, es lo único en lo que puedo pensar.

—¿Baila conmigo, señor Holland?

Su pecho contra mi espalda, sus manos en mi abdomen y su aliento en mi oído es un maldito afrodisiaco. Sonrío, puedo notar que el alcohol empieza a hacer efecto en su sangre y su cuerpo desprende un fuego que se une al que emana mi piel.

—Por supuesto, señora Holland.

Me giro y la atrapo entre mis brazos.

—¿Señora Holland? —inquiere coqueta. Sé que no le gusta que le diga así.

—Sí, aunque sea por esta noche eres la señora Holland, mi mujer.

Reposo mi rostro en el hueco de su cuello y me embriago con su perfume. Vibra bajo mi acto y eso me enloquece.

—Vale... —Me ofrece una sonrisa ladeada cuando vuelvo a mirarla a los ojos—. Por hoy seré tu señora Holland, pero presiento que seré tu mujer por más tiempo que eso. ¿No?

Se muerde el labio inferior y es mi perdición. Mi boca impacta contra la suya, la beso con necesidad, con deseo, con ganas de desaparecer a las personas presentes y ahogarme en su piel. La beso queriendo asfixiar las dudas y el miedo a perderla.

Diez minutos después nos veo bailando Dusk till dawn, yo mismo la mandé a poner, quiero que sepa que siempre estaré a su lado. Estamos en el medio de la pista rodeados de personas que no me interesan en lo absoluto, pero con una sola certeza, quiero verla así siempre. Quiero que sonría, que se sienta ella, que baile sin tapujos, que cante a todo pulmón, que grite su femineidad como suele hacerlo, que nunca baje la cabeza, que brille, que sus ojos sigan siendo ese hechizo que me envuelve, que siga siendo ella, la mujer que nunca soñé pero que se ha convertido en mi realidad más preciada, más caótica, pero también más bonita.

¿Qué me has hecho, Elizabeth? Me pregunto mientras la veo ser libre, volar incluso llena de heridas, sonreír cuando su corazón sigue lastimado.

***

Beth

Bostezo por décima vez mientras preparo café. Me giro sobre mis pies para ver el salón del

penthouse. Si me preguntas, no tengo ni idea de cómo Ray, Addy y Rocco terminaron durmiendo en los sofás de Clark luego de mi fiesta de cumple. Y como si invocara al último mencionado, lo veo aparecer con unos pantalones de algodón y una camiseta blanca. Antes de llegar a mí se detiene y mira la escena. Su cara lo dice todo, si pudiera los echara a todos ahora mismo. Por suerte es fin de semana y no tenemos que trabajar, porque es casi medio día y apenas nos levantamos.

—Sí, lo sé, parecen unas morsas —digo cuando se acerca.

Sonríe y sin que lo vea venir me levanta como si fuera una pluma.

—Buenos días, señora Holland.

Me besa y lo dejo apoderarse de mis labios.

—Señora Shaine —le corrijo cuando deja mi boca, aunque mis piernas siguen rodeando su cintura y mis manos juegan con su cabello.

—Mi mujer, eso suena mejor.

Me lamo los labios, en realidad sí suena mejor. Sigo sin poderme creer que vayamos a intentarlo. La verdad ni siquiera sé qué significa eso, pero para mí es disfrutar el momento.

—Dejen de comer delante de los hambrientos.

La voz de Rocco se eleva y el lado posesivo de Clark se hace más presente. Supongo que quiere demostrarle que él es el único hombre en mi vida porque lejos de dejarme en el suelo vuelve a besarme, esta vez con más esmero. Quiero apartarme y enfadarme por su actuar infantil, pero es imposible, lo disfruto.

—Vaya, eso es exhibicionismo —dice el colombiano abriendo la nevera.

Me suelto de mi esposo quedando en el suelo.

—Buenos días, Ricardo. ¿Dormiste bien en *mi* casa? —pregunta Clark y no me pasa desapercibido tu tono.

—La verdad es que sí, parcero, tu sofá es más cómodo que mi cama. —Sonríe travieso.

—¿Alguien quiere café? —Intento calmar las aguas.

—¡Yo! —La voz y el salto de Ray me sorprende. No me había dado cuenta de que se había despertado.

Clark y Rocco se sientan del otro lado de la encimera en unos buros mientras mi mejor amigo viene hacia mí, me apretuja y deja un par de besos en mis mejillas.

—Oye, ¿por qué Ray puede hacer eso y no te enojas, pero si yo me acerco a mi leona te pones como una fiera? —inquiere Rocco.

Clark lo mira como asesino en serie. Ray y yo nos miramos y reímos mientras le sirvo el café.

—Porque Ray es su mejor amigo, no un pervertido que mira a mi esposa como si fuera su presa.

—No tengo la culpa de que te hayas casado con la mujer más hermosa que he conocido.

—Ni yo de que mi esposa tenga un amigo colombiano idiota.

—¿Si saben que sigo aquí, cierto? —Enarco una ceja, dejándole una taza de café a cada uno delante de sus narices.

—Yo apuesto a Clark —dice Ray apoyando una de sus manos en la encimera, justo a mi lado.

—¡Sapo! —Se queja Rocco—. ¿No se supone que somos parceros?

—¿Y? —Ray toma un sorbo de su café—. Tú eres el que babea por una mujer casada.

—¿Por qué no me dejan dormir? —Addy aparece en mi campo de visión estrujándose los ojos. Lleva un pijama mío puesto y la verdad apenas me acuerdo cuando se lo presté—. Hola, cuñadito. —Besa la mejilla de Clark y se va directamente a la cafetera.

—¿Cuñadito? ¿Y yo qué? —Lloriquea Rocco con cara de perrito regañado.

Sonrío al ver la cara de victoria que tiene Clark, es un hombre maduro, sin embargo es hombre, no puede ocultar su ego enaltecido por la preferencia de mi hermana.

—Tú eres un colombiano encantador, pero no eres mi cuñadito.

Ray y yo nos carcajeamos. Addy se ve animada y la verdad yo también. El dolor de la perdida de mi padre no se ha ido, pero estamos viviendo con él de la forma en que podemos. Sobreviviendo.

Mi móvil vibra en mi bolsillo de mi pantalón corto de tela suave. Lo alcanzo mientras los demás están distraídos. Frunzo el ceño cuando el nombre de Ben aparece en la pantalla. ¿No se cansa? Estoy segura de que sabe que me casé y quiere que le dé la cara, pero no tiene el derecho de reclamarme nada y yo no estoy interesada en verle ni dar explicaciones.

Declino la llamada de Ben y esta vez bloqueo su número. No entiendo cómo no lo he hecho hasta ahora, supongo que creí que se cansaría. Vuelvo a centrarme en las personas que discuten a mi alrededor y es así como la cocina se vuelve una sala de combate. Yo disfruto de mi café mientras los demás contienden, intentan sacarse los ojos y de vez en cuando ríen entre sí. No sé por qué, pero se siente tan bien. Como si esta fuera mi normalidad y me gusta... me gusta mucho.

Río alto cuando Rocco dice una de sus frases colombianas y Clark se enfada porque no lo entiende. Es increíble que dos hombres de su edad se comporten como dos críos. Addy y Ray parecen team Clark lo que hace al colombiano poner caras.

El timbre suena y Clark se levanta rodando los ojos por algo que acaba de decir Rocco. Niego con la cabeza por su actitud infantil. Puedo verlo renegar mientras aborda la manilla de la puerta y la abre. Mi corazón se detiene cuando cae al piso por un golpe que ni siquiera él vio venir, el tiempo se ralentiza, todo el mundo se gira a ver la escena y mi segunda taza de café cae al suelo cuando veo la figura llena de rabia que está de pie en la entrada.

—¡Ben! —Apenas me sale la voz.

Mi ex parece un animal salvaje que va a desgarrar a su presa y yo no soy más que un puñado de confusión, desconcierto y enfado. ¿Por qué ha vuelto? Algo me dice que solo para destruirlo todo. ¿Y sabes qué es lo peor? Que no creo estar equivocada.

Capítulo 64

Beth

La rapidez con la que Clark se levanta es impresionante, pero no es eso lo que me altera sino el hecho de que se le vaya encima a Ben y terminen siendo una maraña de golpes, jadeos y furia.

Addy, Rocco y yo corremos a ellos, estos últimos intentan meterse pero los dos hombres parecen dos perros con rabia. El fuerte sonido de algunas decoraciones al caerse me hace gruñir.

—¡Ya paren! —grito, pero no creo que siquiera me escuchen.

Veo a Clark tirar al suelo a Ben y sus puños se estrellan con fuerza en su rostro mientras mi ex intenta defenderse. Rocco se rinde en cuanto intenta detenerlos y termina con un golpe en la cara. Addy es inteligente y retrocede manteniéndose al margen. Ray es quien lidia con la bestia en la que se ha convertido mi esposo.

Ben logra quitárselo de encima y cuando lo empuja Ray se cae al suelo golpeándose la cabeza mientras el rubio y el castaño vuelven a embrollarse entre golpes despiadados. Observo a Rocco masajearse la mejilla por el impacto que recibió un minuto antes y a Ray levantándose del suelo desorientado. Esas bestias son animales y ya estoy harta.

Veo el jarrón caro en el único mueble cerca de la puerta que queda ileso, debe costar miles de euros, pero me importa una mierda. Lo tomo con las dos manos mientras los dos idiotas se golpean como dementes. Pesa un poco, lo levanto todo lo que puedo y lo reviento con todas mis fuerzas en el piso formando un estruendo tan fuerte que golpea las paredes.

—¡Que paren de una maldita vez, par de idiotas! —Mi voz es tan potente que siento que me desgarra la garganta, pero al fin logro mi cometido, se separan mirándome como si hubiese enloquecido—. ¿Están dementes o qué les pasa? —La sangre me hierve.

—Beth, mi amor. —Ben intenta acercarse ganándose un empujón de Clark.

—No te acerques a mi esposa, idiota.

—¿Tu esposa? —Lo encara Ben—. Eres un hijo de puta.

Ambos intentan volver a pelear, pero me pongo en medio.

—Vuelven a pelarse y les juro que yo misma les pateo el culo.

—Eso es una mujer con cojones —bromea Rocco.

—¡Tú cierra la boca! —exclamo, furiosa. Rocco se pone serio y se aleja para sentarse en un buró. Ray solo nos mira, cauto—. ¿Qué rayos haces aquí, Ben?

—Vine a abrirte los ojos, Beth. Este imbécil solo te está utilizando —dice Ben, lo miro confusa.

—Te voy a matar, imbécil —Clark intenta volver a golpearlo, pero me intervengo una vez más.

La cara de Ben está roja. Clark está en las mismas.

—Es suficiente, son dos animales.

—Sí, es suficiente, lárgate de mi casa —la voz de Clark es más un rugido.

—¡No! —grita Ben, me siento extraña en medio de estos dos energúmenos—. No me voy a ir. Ella tiene derecho a saberlo, primo.

¿Qué mierda?

—¿Primo? —inquiero.

Ni siquiera me doy cuenta en qué momento Clark me apartó y su puño terminó de nuevo en el rostro del rubio, solo sé que este está en el suelo, sangrando por la nariz.

—¡Clark! —Lo empujo antes de que vuelvan a agarrarse.

Los ojos de mi esposo se clavan en los míos. Su pecho sube y baja con frenesí. Sus manos

están empuñadas a cada lado y su cuerpo es un cúmulo de tensión extrema. Un hueco se me forma en el estómago cuando me centro en su mirada. Quisiera descifrar lo que veo en ella, pero es tanto que me es imposible. Frustración, dolor, rabia, impotencia, miedo e incluso amor. ¿Amor? Sí, puedo verlo bajo capas y capas y más capas de culpa. ¿Culpa? Sí, una culpa que apenas lo deja respirar y a mí me paraliza.

—¿Qué... qué pasa, Clark? —Lo miro, puedo sentir a Ben detrás de mí, pero solo quiero ver al hombre que tan solo anoche me pidió que lo intentáramos—. ¿Qué significa eso de primo?

No habla, solo aparta la mirada y la centra sobre mis hombros, sé que mira al rubio que respira sonoramente. Lo veo apretar la mandíbula como si quisiera masticar las palabras que espero. Como si quisiera tragarse la respuestas que ahora mismo estoy segura de que no me gustarán.

—Cuéntale, primito... —Ese es Ben, no me giro a verlo, sigo observando al hombre frente a mí, parece que está a punto de matarlo—. Dile que te metiste en nuestras vidas, que destruiste nuestra relación por un maldito capricho —suelta y trago hondo, no estoy entendiendo nada—. Dile que nos espiaste por meses, que enviaste esa rubia a seducirme hasta que lo consiguió. Dile que lo planeaste todo, que calculaste cada maldito paso hasta separarnos solo por una estúpida venganza.

No respiro. Sigo sin entender nada. Jamás le creería a Ben, jamás podría aceptar que son primos si tan solo Clark dijera lo contrario, pero no lo hace. Solo me mira mientras se tensa cada vez más, si es que eso es posible.

—¿Es... es cierto? —Me atraganto con mis propias palabras—. ¿Ustedes son primos? —inquiero obviando todo lo demás. Solo tiro de ese pequeño hilo sintiendo que es mucho más largo de lo que pienso—. ¡Clark! —grito—. ¿Son primos?

No habla, solo asiente ahogándose con su propio enojo. Siento que en cualquier momento me quitará del medio y va a volver a golpear a Ben, pero eso no me importa ahora. Algo caliente me quema por dentro. Necesito entender, pero faltan demasiadas piezas para poder empezar a armar el rompecabezas.

Las rodillas se me aflojan. Necesito sentarme. Ignoro el hecho de que si me quito del medio quizá se maten y me conduzco al salón donde me dejo caer en el sofá. Clark reacciona por fin y me sigue. Clava las rodillas en el suelo y posa sus manos en mi rostro para que lo mire a los ojos.

—Te juro que no es lo que parece —dice con la voz cortada.

—Entonces explícame. —Pongo mis manos sobre las suyas. Quiero que me diga que es un error, que esto es un malentendido. Que el hecho de que sean primos es solo una casualidad ya que nunca los presenté—. Dime que lo que dice Ben es mentira. Dime que entraste a mi vida por casualidad.

Sus ojos se cristalizan. Veo su nuez de adán subir y bajar mientras niega con la cabeza. El dolor me invade, aparto sus manos de mi rostro y grito llena rabia.

—¡Explícame de una maldita vez de qué se trata esto!

—Yo te lo voy a explicar, cariño. —Ben aparece junto al sofá, Clark se pone de pie en tiempo record.

—Cállate, Esteban. Lárgate de mi casa.

—¿Esteban? —inquiero.

—Vaya, esto está peor que una telenovela colombiana —bromea Rocco desde la cocina. Quisiera asesinarlo ahora mismo, pero tengo cosas más importante que hacer como saber la

verdad. Entender algo de lo que está pasando porque me siento perdida.

—Se vuelven a pelear y les juro que salgo por esa puerta y no me ven en sus putas vidas —aseguro cuando los veo cogerse por las camisetas.

Ninguno se suelta y siguen retándose con la mirada, pero al menos no avanzan a más.

—Este imbécil mandó a investigarme, supo de nuestra relación, supo que de verdad estoy enamorado de ti. Mandó a esa chica al bar a incitarme hasta que caí. Logró que termináramos y se metió en tu vida. Clark Holland no es más que un psicópata que planeó cada paso para enamorarte.

Clark lo empuja y Ben casi se estrella contra el piso, pero no lo hace. Solo se acomoda la camiseta y ríe socarrón.

Yo solo me congelo. Es mentira, todo debe ser una mentira.

—¡Lárgate de una vez o juro que no respondo! —amenaza Clark.

Yo sigo inmóvil en mi lugar, procesando cada palabra.

—¿Qué? ¿Es mentira? ¿Por qué no le dices la oferta que me hiciste? ¿Por qué no le dices que me la ofreciste como un trozo de carne a cambio de unos malditos documentos? ¿Por qué no le aclaras que pensabas dejarla en quince días?

—No voy a dejarla, lo sabes —alega Clark.

—¿Por qué crees que estoy aquí? Eres un malnacido. —Ben lo señala con el dedo—. Cumplí mi parte del trato y tú no cumpliste la tuya. Le saqué esos malditos documentos a la abuela Irene y ahora que los tienes pretendes quedarte con mi mujer. ¡Eso no lo voy a permitir!

¿Qué diablos pasa? Grita mi mente, pero las palabras no me salen. Solo estoy aquí, mirándolos, como la protagonista de una escena en donde ni siquiera he actuado.

—Es mi mujer, de nadie más. No voy a dejarla por ti.

Cada palabra es como una patada en el estómago, como un puñetazo en la cara. Tengo el pecho caliente, la sangre hirviendo, el corazón agitado y la respiración desenfrenada.

—¿Qué diablos les pasa? —rujo—. ¿Hablan de mí como si fuera un objeto? Estoy aquí, maldita sea. Estoy aquí y no estoy entendiendo una puta mierda. —La mirada se me empaña, pero no lloro, no es el momento. Señalo a Ben—. Todo lo que dices no tiene sentido. No eres un Holland y Clark no tendría por qué hacer algo así. ¿Verdad, Clark?

Lo miro, solo lo miro, pero no responde, aunque no tiene que hacerlo, no necesito que lo confirme porque sus ojos ya lo han hecho. Sonrío con amargura, con dolor, con una sensación sofocante dentro de mi pecho. Sonrío aunque me deshago por dentro.

—¡Beth! —dice Ray, quiere acercarse, pero levanto la mano para que no se atreva a hacerlo.

Vuelvo a sentarme, pero esta vez en el reposa brazos. Tengo dos espécimen, uno a cada lado, que no dejan de mirarme. No tengo aire en los pulmones, pero me obligo a respirar.

—¿Pueden explicarme qué pasa? —cuestiono con voz baja dejando la vista al frente. No quiero gritar, necesito entender qué sucede o voy a enloquecer.

—Yo te lo explicaré...

—¡No! —Me niego a que lo haga Clark, ha tenido tiempo de hacerlo y no lo ha hecho—. Hazlo tú, Ben.

No los miro, solo escucho. Ambos respiran con pesadez y yo apenas tengo oxígeno.

—Mi verdadero nombre es Esteban Holland, aunque mi padre siempre me dijo Ben, así que decidí cambiarme el nombre cuando me alejé de la familia hace muchos años...

—Dile la verdad —interviene Clark, pero el rubio lo ignora y continúa.

—Yo... me enamoré de ti como un loco y lo sabes, pero mi querido primo —ironiza—, no soportó verme enamorado y feliz. Nos espió y metió esa chica a mi vida para que tú me dejaras. —Clark gruñe algo que no entiendo, pero tampoco pregunto—. Mi abuela le hizo una mala jugada a su padre. Hace un año Vicente se enamoró de una mujer que la gran Irene Holland no aprobó, intentó persuadir a su hijo para que le hiciera caso y terminara esa relación, pero este no quiso, por lo que metió mano en la empresa que él dirigía en otra ciudad. Llamó a la junta y denunció un fraude supuestamente ejecutado por Vicente, los convenció a todos para que todo se resolviera internamente, pero le quitó la presidencia de la empresa. Luego lo chantajeó diciéndole que si no dejaba a la mujer de la que se había enamorado lo enviaría a la cárcel y le haría lo mismo a Clark.

Respiro. Desde que conocí a esa mujer supe que era una arpía, pero...

—¿Qué mierda tengo que ver yo con eso?

—Mucho —asegura el rubio. Intenta acercarse, pero lo paro en seco, suelta un aire cansado—. Clark necesitaba los documentos que comprobaran la inocencia de su padre y no sé cómo, pero se enteró de que a pesar de que yo ya no era parte de la familia, la abuela siempre me prefirió a mí, siempre tuvimos contacto a escondidas. —Hace una pausa—. No sé cómo te convenció de casarte con él, pero cuando lo hizo viajó a dónde estaba... —Entonces recuerdo el viaje que hizo antes de casarnos—. Me contó todo lo que planeó. La forma vil en que hizo que esa chica me llevara a la cama, los pasos que dio hasta conocerte en ese bar haciéndote creer que era una casualidad....

Cierro los ojos, el corazón me golpea, una muralla crece en mi garganta, todo fue planeado. Ben continúa:

—Me propuso un trato, me dijo que no se acostaría contigo, que en cuanto yo consiguiera los documentos te dejaría libre para mí, pero cuando lo hice se retractó. Creyó que me quedaría tranquilo, creyó que no diría nada porque...

—Porque eres un maldito violador. —Las palabras de Clark son lava hirviendo. Levanto la cabeza a mirarlos. No puede ser cierto. El rostro de Clark parece una bomba a punto de explotar y Ben esconde su mirada de mí confirmando lo que acaba de decir «mi esposo». El recuerdo de un Ben furioso e intentando forzarme llega a mí como fogonazo letal que me quita el aliento. Es cierto... lo es.

—¿Qué... qué significa eso? —pregunta Ray, aun en la distancia.

—Significa que este miserable abusó de la que era mi novia. Significa que la dejó embarazada y mi abuela y su hermano Stick lo cubrieron. Significa que me lo ocultaron. Dijeron lo que había pasado y me enfurecí tanto que lo eché de la familia, pero nunca me dijeron que abusó de mi novia. Me hicieron creer por años que June se había acostado con Stick cuando fue este malnacido quien la forzó. —Gesticula con la mano mientras vomita cada palabra.

—Yo... —la voz de Ben tiembla—. Yo cambié, tú me conoces, Beth. —Alcanza mi mano y me suelto mirándolo como asesina, se pasa la mano por la cabeza, desesperado—. Era solo un niño en ese momento y estaba muy ebrio. Tú me conoces como nadie, no te haría daño.

Pero quiso hacerlo, lo intentó conmigo.

Trago saliva. Tengo la boca seca y me duele la cabeza con tanta información.

—¿Por qué yo? —Miro a Clark, sé la respuesta, ya Ben lo dijo, pero quiero escucharlo de su

boca.

—No quería hacerte daño...

—¿Por qué yo? —repito.

No habla, solo me mira con la mandíbula apretada.

—¿Sabes cuál era el plan? —inquiere Ben, yo ni siquiera puedo mover un músculo...

—¡Cállate! —ruge Clark al tiempo en que lanza un golpe que termina en la boca del rubio, tirándolo al suelo.

Ray interviene, no lo deja seguir golpeándolo. Ben mira a Clark desde el suelo limpiándose los labios ensangrentados. Sonríe y lo desconozco, desconozco al hombre con el que compartí por casi dos años. Se incorpora.

—El plan era mantener a la abuela tranquila con eso de la boda mientras conseguía los documentos. El plan era conquistarte, hacer que me olvidaras, enamorarte y luego dejarte abandonada. Mi entusiasta primo no te conocía cuando lo planeó porque creyó que cuando eso pasara te refugiarías en mis brazos, pero me dejaría la certeza de que ya no me amabas. De que solo estarías conmigo por despecho. Quería darme una lección, pero tú nunca le importaste. ¡Nunca! ¿Tú no lo amas, cierto? ¿Cierto, cariño?

Clark intenta golpear a Ben de nuevo sin que Ray y Rocco se lo permitan, lo maldice mil veces, pero no lo niega, no niega nada.

Mi corazón se detiene, no me muevo, no pienso con claridad, no respiro, no razono, sin embargo necesito preguntar otra vez, necesito escucharlo de su boca. La herida ya está hecha, pero al parecer soy masoquista y necesito que sea él quien presione el cuchillo, quien lo hunda y terminé de partirme el corazón.

—¿Por qué yo? —pregunto una vez más mirándolo a los ojos. Mi voz es apenas un susurro.

Se frota el cuello con la mano. Mira el piso, luego el techo y de último me enfrenta.

—Porque descubrí que de verdad Esteban estaba enamorado de ti y que haría cualquier cosa por recuperarte. Porque él era la única persona que podía llegar a esos documentos. Porque ellos tenían que pagar por todo lo que hicieron, porque tenía que cobrarle a la abuela no solo lo que le hizo a mi padre y el que apoyara a ese cobarde —señala a Ben—. También tenía que hacerla pagar por la muerte de mi hermana.

Me estremezco, eso último no me lo esperaba.

—Tú no tienes hermana, está inventando mentiras para convencerte —alega el rubio.

—No la tengo porque tu adorada abuela se encargó de ello. Mi padre me lo contó y todo cuadra con los recuerdos que tengo de cuando tenía siete años. Mi madre embarazada y feliz. Tenía seis meses cuando le dijeron que la bebé no estaba desarrollando una de sus extremidades. Mi abuela lo vio como una aberración. Le pagó al médico para que se las ingeniera y la hiciera perder a mi hermana al nacer antes de tiempo y de paso le quitara la posibilidad de ser madre de nuevo. Ellos se enteraron después. Es la razón por la que mi madre casi no se hablaba con Irene. Esa mujer lastimó a mi madre, la humilló porque según ella no merecía el apellido de los Holland por ser una artista, una fotógrafa.

Saboreo sus palabras, las mastico y me las trago esperando digerirlas, pero no pasa. No las proceso. Siento el dolor en cada una de ellas. Siento sus heridas abiertas. Siento su frustración y su rabia, pero ¿y yo? ¿Yo qué culpa tengo? ¿Acaso no tengo suficiente con mis tragedias familiares? ¿Por qué tengo que pagar por Ben, por Stick y por Irene? ¿Qué hago en este lugar?

¿Por qué estoy en medio de esta historia sórdida, retorcida y siniestra? ¿Cómo llegué hasta aquí? ¿En qué momento me convertí en una ficha que mover?

Ben un maldito violador.

Clark un ser despiadado y sin sentimientos.

Yo, una simple pieza, un títere, el instrumento de un juego macabro.

Mis pies se mueven por inercia. No soporto una palabra más. Dejo de asimilar. Solo escucho mi nombre en varios labios. Addy solo me mira mientras las lágrimas corren por sus mejillas. Paso por su lado, ignoro a Ray y cojo mi móvil de encima de la encimera sintiendo pasos detrás de mí. Me devuelvo chocando con el cuerpo de Clark. No lo miro, solo lo empujo y sigo mi paso a pesar del rubio que me implora que me detenga.

Me dirijo a la puerta, cojo las llaves de mi auto y pretendo abrir cuando Ben me alcanza y tira de mi mano.

—Beth, yo...

No lo pienso mucho, estoy frustrada, herida, cabreada... mi rodilla termina en su entrepierna una vez más y se dobla de dolor. No quiero verlo más. Alcanzo la perilla y abro la puerta.

—¡Elizabeth, por favor, escúchame! —su voz me detiene, esta vez es Clark.

Aprieto mis dedos sobre el trozo de metal. Mis pulmones se congestionan y siento que en cualquier momento van a explotar. Me giro en cámara lenta, quiero decirle tantas cosas, pero no digo nada. Solo me pierdo en sus ojos, en la tormenta que habita en ellos...

—¡Por favor, cariño, déjame explicarte! —suplica.

Y yo solo puedo concentrarme en una sola palabra. ¿Cariño? ¿Cómo se atreve?

Veo su intención de acercarse más y doy un paso atrás.

—Por favor, Elizabeth, no me mires así, yo... —Se pasa la mano por el cabello, los golpes en su rostro se hacen más visibles—. Yo... te amo.

¿Te amo?

El dolor en mis dedos y su rostro sorprendido por el golpe que acaba de recibir son la prueba de mi furia. Un puñetazo, acabo de darle un puñetazo. No pude evitarlo. ¿Cómo se atreve a decir que me ama?

—Dios, Elizabeth...

Todo me sobrepasa. Me arranco el colgante de su madre que me regaló y se lo estrello en la cara. ¡Hipócrita! No quiero escucharlo, ya no puedo quedarme un segundo más aquí. Me doy la vuelta y me voy. Subo al ascensor mientras escucho que Ray les impide seguirme, algo que le agradezco a mi mejor amigo

Cinco minutos después conduzco mi coche sin rumbo fijo sin importarme que estoy vestida con unos ligeros pantalones cortos y una playera blanca de mangas.

Abro las ventanillas, el aire está más frío de lo que imaginé, pero no me importa, lo necesito. Aprieto los dedos en el volante, estoy llena de tantos sentimientos que quiero reventar.

Cada maldita palabra que dijeron allí dentro me da un azote con furia. Siento mi alma desgarrarse. Estallar como un globo que se infla demasiado. Mi cuerpo tiembla de la rabia.

—Maldito seas, Clark Holland, maldito seas —grito alto golpeando el volante.

Grito aunque nadie pueda escucharme, grito aunque no lloro. Las lágrimas se atascan en mi garganta. Se vuelven una maraña de impotencia, enojo, frustración. Grito su nombre mil veces mientras el sol golpea con fuerza el cristal de mi coche.

Las calles están llenas de gente que sigue su vida, aunque yo veo la mía derrumbarse de un solo golpe, contundente, preciso, letal.

Río, río porque no me salen las lágrimas. Río con un sabor amargo sintiéndome una herida andante, un cúmulo de dolor, un corazón destrozado, una sonrisa rota, un desecho de la vida. Río porque nunca me sentí tan miserable. Nunca me sentí utilizada y justo ahora soy solo un cuerpo vacío, sin alma, con millones de preguntas que tienen una sola respuesta, él jugó conmigo y yo dejé que lo hiciera.

—Te odio, Holland, te odio.

La rabia me consume, el dolor me absorbe y un frío arremete contra cada uno de mis músculos. No sé si es porque se acerca el invierno o porque la verdad me arrancó de raíz la calidez que poseía, pero soy un tempano de hielo, ya ni siquiera puedo sentir.

Piso el acelerador, enciendo la radio y dejo que Imagine Dragons me envuelva con la melodía de Damons. Parece una maldita broma del destino, pero no la cambio, permito que cada letra me dispare para que nunca se me olvide los demonios que el hombre que dice amarme lleva en los ojos. Para que jamás se borre de mi mente que Clark Holland es mi pecado, ese que nunca debí cometer, ese que nunca debí aceptar en mi vida y ahora... ahora me toca pagar la insolencia de permitirme creer que podíamos serlo todo, cuando la realidad es que nunca fuimos ni siquiera un fragmento de nada.

****

La noche cae sobre mis hombros con todo su peso. Ni siquiera sé cómo volví a este lugar. Conduje casi dos sin darme cuenta. El muelle Buloff está desierto. Llevo horas mirando al horizonte y esquivando todo pensamiento que intenta fusilarme.

El estómago me ruge, no he comido en todo el día. Pero no tengo un maldito euro encima. Cómo me gustaría que Mario apareciera de nuevo con sándwich y cerveza. ¿Mario?

Su propuesta llega a mi cabeza como un rayo de luz en medio una noche de tinieblas. Cojo mi móvil y lo saco de modo avión. Las llamadas perdidas y mensajes no se hacen esperar, pero lo ignoro. Marco el número de Mario dispuesta a aceptar su propuesta de trabajo del otro lado del mundo. No suena, está apagado. Lo intento por casi media hora pero nada. Me frustro por no tener resultados.

La pantalla se ilumina con una imagen que me arrastra. Que me hace temblar, que me golpea con ferocidad y trae a mí todo lo que por horas he dejado a un lado. Clark está llamando y una foto nuestra donde lo beso en la mejilla y él sonríe, me atraviesa el pecho, me somete y me reduce.

Maldigo cien veces su nombre, pero no deja de insistir, así que apago el móvil. Un par de lágrimas me adornan las mejillas, no sé en qué momento salieron. Los recuerdos junto a Clark me atropellan. Me invaden, se meten bajo mi piel. Me abrazo a mí misma. Tiemblo y no sé si es solo por el frío o porque no puedo dejar de pensar en sus besos, en sus caricias, en esas miradas cómplices, en esas noches en las que dormía sobre su pecho sintiendo su corazón latir. Todo fue mentira, una vil mentira.

Me levanto, es tarde. Tengo que volver aunque no sé a dónde. Salgo del muelle, cruzo la calle que me separa de mi auto y vuelvo a conducir. Dejo las ventanillas cerradas. El frío es insoportable.

Enciendo el coche y conduzco con prisa. Son las ocho de la noche, pero las calles están desiertas. La adrenalina empieza a surtir efecto. Piso el acelerador a fondo de mi cacharro renovado. Agradezco no haber vuelto a recibirle el coche a Clark. ¡Clark! Su nombre en mi cabeza es una maldita tortura. Muerde, aruña, corroe, apuñala.

¡Tres meses! Se tardó solo tres meses en meterse hasta en mis huesos y es cuando entiendo que el tiempo es relativo. Pasé casi dos años con Ben y no sentí nada parecido a lo que tengo en el pecho, a esto que me aprieta, que me corta el suministro de aire, que hizo que mi corazón palpitara de alegría y que hoy estrangula cada uno de mis latidos.

Es cuando entiendo que el alma no le pertenece a la persona que vivió con nosotros más tiempo, sino a aquella que nos abrazó más que la piel. A aquel corazón que latió en sincronía con el nuestro, a aquellos ojos que nos miraron dentro y no les asustó nuestros miedos, nuestros demonios. A aquellas caricias que nos llegaron a lo más profundo. A aquellos abrazos que nos reconstruyeron aún sin saber que estábamos rotos.

La noche es oscura, no hay estrellas, las calles de regreso a la ciudad son estrechas. No reduzco, necesito sentir la velocidad, necesito sentir que todo va a estar bien aunque sé que no lo estará.

Casi llego a la ciudad, quiero ir más deprisa porque los pensamientos siguen atacándome en manada, pero mi coche no da más. Estiro el brazo para cambiar la radio que encendí un rato atrás. Giro mi cabeza para buscar lo que necesito, pero el tiempo se vuelve un borrón, un flash. Unas luces me ciegan y piso el freno, pero es tarde... muy tarde. Un impacto retumba por todo mi cuerpo y en lo último que pienso es en él, en que Clark Holland me invitó a volar y cuando estaba más alto, cuando casi tocaba el cielo, justo ahí, me cortó las alas y me dejó caer... y aquí estoy, cayendo en un hoyo oscuro que me deja sin aliento, sin aire, sin vida.

Capítulo 65

Beth

¿Sabes que es lo peor de las grietas? Que no te rompen del todo, que te dejan allí, con la incertidumbre de que en algún momento todo se hará pedazos, pero sin saber cuándo. Mientras tanto el dolor se cuela por cada una de ellas hasta llegar a tu corazón y apretarlo poco a poco haciéndolo sentir que se asfixia, pero sin apretarlo lo suficiente como para asesinarlo. Eso es tortura. ¿No?

Los párpados me pesan, me duele todo el cuerpo. Es como si todos mis huesos estuvieran fracturados. ¡La cabeza! La cabeza me da vueltas y apenas he podido entreabrir los ojos. La luz blanca en el techo me dificulta abrirlos.

Siento que alguien sostiene mi mano. Me cuesta girarme a ver quién es, pero lo hago. Veo algo borroso, pero en pocos segundos logro aclararme la vista. Su frente está apoyada sobre sus puños, que a la vez acogen mi mano.

—¡Clark! —Apenas me sale la voz.

Alza su rostro con rapidez.

—¡Elizabeth! —Se inclina sobre mí, se ve tan preocupado—. ¿Cariño, estás bien?

Luce como si el mundo se le hubiese caído a los pies. Como si no hubiese dormido en años. Me preocupa.

—¿Qué... qué pasó?

Un hombre con bata blanca, con cabello oscuro y cejas demasiado pobladas, entra a la habitación.

—Señora Holland, usted es una mujer con demasiada suerte, juraría que tiene un ángel guardián —asegura y sonríe—. Pese a lo que creí, no tiene fracturas en las costillas, solo contusiones por todo el cuerpo. Por suerte llevaba cinturón de seguridad, de lo contrario no estaría aquí. Debe de reposar por un par de días, pero estará bien. La otra persona tampoco sufrió daños, esto es casi un milagro.

No entiendo nada. Sus palabras carecen de sentido. Me llevo la mano al rostro, me duele la cabeza. Estoy desorientada. Apenas veo a Ray parado cerca de la puerta con las manos en los bolsillos y los ojos acuosos. *¿Qué está pasando?*

Clark no suelta mi mano, me enfoco en él.

—Clark, ¿qué pasa?

Frunce el ceño, pasa su pulgar por mi mejilla y me acaricia con suavidad.

—Lo siento, Elizabeth, lo siento tanto.

—¿Qué está pasando? —Me desespero, no estoy entendiendo.

El médico rodea la cama y viene a mí. Revisa mis ojos y me ordena que siga su dedo. Lo hago.

—Señora Holland, ¿qué es lo último que recuerda?

Obvio el hecho de que me dijo señora Holland y trato de concentrarme. Los recuerdos se me resbalan. Es como si por más que intento retenerlos se me escapan. Pequeños fragmentos se acumulan poco a poco en mi cabeza.

—Yo... estábamos en mi fiesta de cumpleaños, bailamos, tomamos... —hago una pausa, los fragmentos se hacen más grandes, ahora son trozos. Clark aprieta mi mano—. Espera... —Paso mi mirada sobre el médico, luego sobre Ray que luce como si yo agonizara y luego me centro en Clark que está justo a mi lado. Apenas lo noto, pero tiene golpes en la cara, golpes que se estrellan en mi memoria aclarando mis pensamientos y devolviéndome a la realidad—. Tú...

Ben... ustedes.

Suelto su mano y me altero. Entierro sobre él mi mirada llena de sentimientos vivos, amargos, ácidos.

—Elizabeth, yo...

—¡Vete!

—¡Por favor!

—¡Que te vayas! —grito con todas mis fuerzas.

El médico se sorprende, pero no me importa. Ray viene a nosotros y toma a Clark del brazo.

—Vamos afuera, por favor.

Clark me mira, solo hace eso, yo también lo hago dejándole ver toda la furia que llevo dentro por su culpa, por su maldita culpa.

—De verdad lo siento. —Sale de la habitación junto a Ray.

—Debería descansar —dice el médico antes de salir.

Y me quedo sola, sola como siempre debí estar. Nunca debí permitir que Clark entrara a mi vida. Me llevo las manos al rostro. La verdad se derrumba sobre mi cabeza haciendo que sienta que me va a reventar.

Las palabras de Ben.

Las verdades de Clark.

El accidente.

Sus ojos, joder, sus ojos torturados, dolidos, agobiados.

El dolor en el cuerpo es intenso, pero no tanto como el de mi corazón. Miro al techo, me obligo a respirar. A vivir aunque siento que muero.

—Se ha ido, lo convencí para que te dé espacio y tiempo, pero sabes que tendrás que hablar con él.

—Necesito que busques mis cosas en su casa.

—Beth...

—No, no quiero hablar de él. ¿Puedes hacer lo que te pido?

Asiente, suelta el aire, me hace una seña para que le haga espacio y se acuesta a mi lado. Reposo mi cabeza en su pecho y me anido en los latidos de su corazón.

—Lo siento, debí ir detrás de ti, debí protegerte. Quizá no habrías tenido ese accidente. —Suspira.

Pero ambos sabemos que hizo lo mejor. Ambos sabemos que necesitaba estar sola. Ambos sabemos que no le hubiese permitido acercarse.

—Lo estás haciendo, siempre lo haces. —Respira hondo—. ¿Y Addy? —inquiero.

—Tu hermana me matará mañana por no decirle nada, pero sé que ella es lo más importante para ti y no quise preocuparla.

—¡Gracias!

Cierro los ojos, sus brazos me rodean y me dejo cuidar. Es el único lugar seguro que tengo, siempre lo es. Dejo que el aire fluya por mis pulmones, aunque es pesado, denso.

—Vas a estar bien —dice mi mejor amigo besando lo alto de mi cabeza.

No respondo. Es la única persona a la que siempre creí, pero ahora no estoy segura de que tenga razón. Me limpio una lágrima que sale sin previo aviso y aprieto los labios. No sé qué hora es, pero debe de estar por amanecer. Estoy exhausta, me duele todo y ya no tengo fuerzas ni para

mantenerme despierta. Solo me aferro a Ray, a sus brazos, a mi lugar seguro, a la esperanza de que cuando despierte el dolor será solo un destello de una cruel pesadilla.

***

El olor a hospital inunda mis fosas nasales. ¡Cómo odio los hospitales! Sé que Ray duerme aun sin mirarlo, me lo dice su respiración calmada. Alzo el rostro y lo veo. Sonrío, no puedo creer que siempre esté a mi lado no importa qué. Debería estar descansando en su cómoda cama y no aquí, sin dormir bien.

Me levanto con cuidado para no despertarlo. Me deshago de la línea intravenosa que tengo en el brazo y presiono con una servilleta de papel que está sobre la mesita. Veo un bolso sobre un sofá y no sé cómo lo hace, pero sé que ha sido mi mejor. Es obvio que recuerda la ropa y la forma en que salí del *penthouse.*

Entro al baño y me miro al espejo. Apenas noto que tengo una venda en la frente, pero es pequeña, la herida debe serlo también. Me quito la bata de hospital y me sorprendo por los golpes en mi cuerpo, sobre todo el que tengo en el costado derecho, con razón el médico dijo que tuve suerte, el moretón es enorme y es como si me hubiesen dado cien palizas juntas. En la mano también tengo una laceración y aunque lleva puntos, es bastante corta.

Me cambio rápido con un conjunto de chándal gris y unas zapatillas blancas. Me lavo el rostro como puedo y salgo a la habitación. Logro atarme el pelo con una pluma que está en mi expediente cuando termino de leerlo Según lo que entendí, estaré bien como dijo el médico. Alcanzo la cartera de Ray, la dejó sobre la mesita. Saco algo de dinero para pagar un taxi y salgo de la habitación con sigilo.

Sé que está mal, sé que no debería salir del hospital, sé que debería esperar a que Ray despierte, pero si lo hago intentará convencerme de que vuelva a mi piso y no puedo. Clark iría allí y necesito espacio.

Cojo un taxi y le doy la dirección a donde quiero ir. Es la única persona que no hará preguntas que yo no quiero responder.

Llamo al timbre, espero unos segundos, pero nada. Vuelvo a llamar un par de veces hasta que un pelinegro de ojos claro aparece somnoliento ante mí. Parece despertar de golpe cuando me ve.

—Mi leona, ¿qué... qué te pasó?

—¿Puedo pasar?

—Claro... —Se aparta y me deja entrar.

—¿Estás solo?

—¿Me preguntas porque quieres abusar de mí? —Intenta bromear. Entro la mano en los bolsillos, los ojos se me nublan—. Vale, lo siento. Estoy solo. Mis compañeros salieron de la ciudad por un par de días.

—Yo... debo descansar, tuve un accidente y me duele todo. —Noto la preocupación en sus ojos. Quiere hacer cientos de preguntas, pero se limita y lo agradezco—. Estoy bien, solo...

—¡Ven! —Pasa una mano por mis hombros y me conduce a su habitación.

Está hecha un caos, pero en segundos ordena la cama y me hace una señal para que me meta debajo de las sábanas. Lo hago y me cubre con delicadeza. Son las siete de la mañana y en verdad necesito descansar y dormir, pero el estómago me ruge y él lo escucha.

—Voy a traerte algo de comer.

No lo declino. Si no como algo voy a desfallecer. Quince minutos después estoy comiendo

frutas, cereal y jugo. Según él es todo lo que tiene, pero es suficiente. Solo necesito que el dolor no vuelva a atacarme el estómago.

—¿Necesitas algo más?

Asiento. Cuando termino de desayunar le pido tres favores. Primero que llame a Ray y a Addison para informarle que estoy bien, pero que no vengan, no hoy. Segundo que me compre los medicamentos que vi anotado en mi expediente médico y tercero que por nada del mundo Clark puede enterarse en dónde estoy.

—De acuerdo, ahora duerme. —Vuelve a arroparme y se da la vuelta.

—Rocco... —Lo detengo antes de que cierre la puerta a su espalda, se gira a verme—. Eres un gran amigo. ¡Gracias!

Sonríe, siempre ha tenido el poder de iluminarlo todo, pero hoy nada puede iluminar la nube negra que flota sobre mi cabeza. Sin embargo le doy una mirada de agradecimiento, él hace una reverencia con coquetería y se va.

La soledad me abraza, nunca he tenido problema con ella, de hecho suele ser mi amiga y hoy me lo confirma. Debí quedarme así, sola. Ese día cuando vi a Ben con esa chica debí liberarme. Debí volver a esa vida que tuve antes de él. Debí follar sin ningún compromiso como esa noche cuando me fui con Clark.

Lo vi, maldita sea, vi la advertencia en sus ojos. Vi esas sombras en su mirada y no retrocedí.

Meto la cabeza bajo las sábanas y me abrazo. Dos lágrimas aterrizan en mis mejillas y una vez más las limpio. Quisiera no sentir que el cuerpo se me deshace del dolor y no hablo solo de los golpes, que ciertamente son muchos, sino del sentimiento desgarrador que rastrilla mi pecho desde dentro. Quisiera que los recuerdos junto a él no me ahogaran. Quisiera que las uñas que se entierran en mis brazos con desesperación pudieran arrancar sus caricias de raíz, pero ¿cómo se hace para devolver el tiempo? ¿Cómo se borran los besos que se tatuaron en tu piel? ¿Cómo mierda se inventa un olvido cuando los recuerdos son rayos que caen sobre ti cada segundo que pasa?

****

Clark

Dos días, no he sabido de ella en dos días y estoy enloqueciendo. Me duele la cabeza y ni siquiera sé cómo rayos Emily me ha convencido de venir a la oficina.

En realidad sí lo sé. Tengo que ocuparme de asuntos que no pueden esperar. Miro el rolex, son las once en punto. Es hora de que llegue. La puerta se abre sin que nadie toque. No sé por qué sigo pagándole a mi secretaria o peor, por qué sigue trabajando conmigo. Nunca hace su trabajo.

—¿Todo listo? —pregunto cuando Emily deja los documentos en la mesa.

La rubia no llega a responder cuando la anciana de pelo gris aparece furiosa. Emily voltea a mirarla, pero la mano derecha de Irene se estampa en su rostro.

—Tú... tú eres una maldita desgraciada —la voz de mi abuela es una espada afilada.

El rostro de mi mejor amiga está rojo y sus gafas desencajadas. Sus miradas se retan.

—Mejor me voy —dice Emily, me mira y vuelve a mirar a Irene—. Antes de que se me olvide que tu abuela es una vieja decrepita con falta de sexo. ¡Bruja!

Se marcha sin mirar atrás. No me levanto para recibir a la anciana frente a mí. Reclino mi espalda esperando que despliegue su furia, que lejos de molestarme me dará un poco del oxígeno que no tengo desde que vi la decepción, el dolor y la rabia en los ojos de ella, de la mujer que

amo. ¡Maldita sea! La amo y no la voy a perder por el imbécil de mi primo.

—Eres un malnacido, hijo de perra —vocifera—. ¿Cómo te atreves a sacarme de las empresas? Debiste haberte muerto junto con la zorra de tu madre. Sabía que esa mujerzuela no podría parir nada bueno.

No me sorprenden sus palabras, hace mucho que sé la clase de arpía que es, pero duele. Duele que la mujer que admiré por mucho tiempo no sea más que un monstruo.

—¿Ya acabaste? —Sonrío victorioso.

Estrella su bastón sobre mi escritorio y se inclina hacia mí.

—No te vas a salir con la tuya, maldito engendro.

Parece a punto de un infarto y mentiría si dijera que lloraría por ella si se muere, pero no quiero que lo haga. Quiero que sufra, que se vea como siempre debió de estar, sola. Que no tenga a nadie. Quiero que se amague por el resto de su vida sabiendo que yo la bajé de su trono, que le quité lo que más valora, el dinero y el poder.

—Tengo curiosidad, querida abuela —ironizo con una sonrisa—. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a destruirte, niñito estúpido. Nunca debiste ser un Holland. Nunca debiste nacer. —Sonríe—. No sabes lo feliz que me hace que esa mujer, Elizabeth, te haya dejado, porque incluso ella es demasiado para ti. No mereces ni el aire que respiras solo por ser hijo de esa fotógrafa mediocre. Sé que lo sabes, Esteban me lo dijo. —Hace una pausa y se sienta como si fuera una reina—. Sé que sabes que me deshice de ese engendro del demonio que tu madre tenía en el vientre. —Ríe con cinismo—. No me arrepiento, mi familia no iba a estar arruinada por un monstruo deforme.

Quizá un disparo hubiese dolido menos. La rabia me invade. Estoy tentado a agarrarla por el cuello y asfixiarla con mis propias manos. Aprieto los puños sobre la mesa, mi pecho es una hoguera. No le daré el gusto de verme frustrado, se ha quitado la máscara, eso es bueno. Me obligo a calmarme, a hacer uso de esa frialdad que conozco muy bien.

—Creo que hay algo que aún no sabe, *abuela*. —Apoyo los codos sobre la madera y la encaro —. No solo ya no eres parte de la junta de las empresas Holland, sino que me he encargado de sacarte de ellas definitivamente.

—Mientes, no puedes hacer eso. Tengo acciones.

—Tenías... —aclaro—. He comprado tus acciones y con el dinero he repuesto lo que supuestamente mi padre debía por el fraude. Fuiste tú quien lo hiciste, ahora vas a pagarlo.

Abre los ojos. El color desaparece de tu rostro y la veo tragar grueso.

—No... no lo voy a permitir, mis hijos...

—¿Tus hijos? —Río alto—. ¿A los que les arruinaste la vida? Mi padre no quiere volver a verte y mi tía es la única razón por la que no te envío a la cárcel al igual que al médico al que le pagaste para destruir a mi familia. —No me pierdo su expresión, parece desconcertada—. Ah, ¿no lo sabías? Está en la cárcel, yo me encargué de él y haré hasta lo imposible para que se pudra allí. Para que no vuelva a pisar la calle en lo que le quede de vida y en cuanto a ti, tus cuentas están cerradas. No tienes un maldito euro. ¿Qué se siente, Irene? —Bufo—. ¿Qué se siente no tener a nadie? ¿Qué se siente ser la reina de todo un imperio y de pronto no tener ni dónde caerse muerta?

Parece quedarse sin aire. Su mirada va de un lado a otro, desorbitada. Su pecho sube y baja con dificultad.

—Tú... no... —titubea—. No puedes, tú no puedes. No puedes dejarme en la calle.

Me recuesto en mi sillón. La miro un instante y respiro. Al fin puedo respirar.

—No, no soy tan miserable como tú y ese será tu peor castigo. —Junto mis manos—. De ahora en adelante dependerás de mí, de mis migajas. Tendrás que vivir sabiendo que la persona que tanto detestas tiene tu vida en sus manos.

Sus ojos se empañan de la ira. No dice nada. Coge su bastón, se levanta y se dirige a la puerta, pero la conozco tan bien que necesito hacerle una última advertencia.

—Una cosa más... —Se detiene, pero no me mira—. Intentas algo y te juro que no solo te envío a la cárcel sino también acabo con la vida de tu adorado nieto.

Se gira.

—No tienes nada en contra de Esteban, no tienes prueba.

Sonrío.

—Atrévete a intentar cualquier cosa y lo verás.

Si las miradas mataran yo estuviera bajo tierra. Curvo mis labios en una gran sonrisa. Su malestar es aire en mis vías respiratorias. Nunca odié a nadie como la odio a ella. Siempre fue una mujer recta y creí que era solo eso, pero no era más que un disfraz. Un ser despiadado que me odia solo por ser hijo de una mujer que ella no consideraba digna de su apellido.

La gran Irene Holland sale por la puerta echando chispas, vuelta nada y yo, yo solo contemplo por fin su caída, pero ni siquiera el alivio que siento es suficiente para sacármela del pecho, para arrancarme el dolor de su tristeza.

Cojo mi móvil para volver a llamarla por milésima vez, pero sigue desconectado. No sé dónde está. He ido docenas de veces a su piso y casi me peleo con Ray cuando fue a buscar sus cosas a mi *penthouse*. Por suerte Emily intervino.

¡Emily!

Ella también pagó por mis errores. Ray terminó su relación al saber que mi mejor amiga estaba enterada de todo y es algo que me pesa porque ella no tiene la culpa de nada.

—¿Podemos pasar?

Frunzo el ceño antes de levantar la cabeza, conozco esa voz. Stick entra a mi oficina junto a June.

—Si vienes a intervenir por Irene pierdes el tiempo.

Baja la cabeza y me resulta extraño. Stick siempre es activo. Miro a June, como siempre no puede verme a los ojos.

—No... nosotros no estamos aquí por la abuela —aclara mi primo, sosteniendo la mano de su esposa—. Queremos pedirte perdón.

No puedo evitarlo. Empiezo a reír. Dejo salir una risa amarga, agrietada, llena de rabia y frustración.

—Tiene que ser una maldita broma, ¿cierto?

Ambos se acercan. Se sientan con cautela delante de mí. Asumo que quizá piensan que los echaré, pero aunque es lo que merecen no lo hago. Stick coge aire y habla:

—No. No es una broma. Te juro que no sabíamos lo que la abuela le hizo a tus padres. Te lo juro.

—¿Y no sabías que June era mi novia? ¿No sabías que tu hermano abusó de ella y que Mía es el resultado ello? —inquiero con ironía.

—Clark, escucha. —Noto como aprieta la mano de la mujer a su lado, ella solo mira su agarre —. Sé que nos equivocamos. Sé que cometí un error. Éramos buenos amigos antes de esto y lo arruiné, lo sé, pero entiéndeme. Esteban es mi hermano pequeño, no quería que fuera a la cárcel, quería cuidarlo. Creí que era suficiente castigo con que lo echaras de la familia.

—¿Y qué hay de mí? ¿Por qué tuve que pagar yo los actos de tu hermano? ¿Tienes idea de lo que sentí cuando creí que mi primo, mi amigo, se acostó con mi novia y la dejó embarazada? —Apoyo los codos sobre el escritorio, junto mis manos y dejo mi mentón sobre mis puños—. ¿Y tú? —Enfrento a June—. ¿Cuál es tu excusa? No justifico a Stick porque no tiene justificación, pero Ben es su hermano. ¿Cuál es tu pretexto?

No me mira. Solo empieza a llorar. Sus hombros se sacuden y por más que quiero no puedo sentir pena por ella.

—¡Mírame! —le exijo.

—Clark, por favor... —interrumpe Stick.

—¡Que me mires! —grito golpeando el escritorio. Se exalta, pero lo hace. Clava esos ojos miel llenos de culpa, dolor y miedo—. ¿No se suponía que me amabas? ¿No se suponía que eras mi novia, que teníamos planes?

Su rostro está completamente húmedo. Llora desconsolada. Stick la abraza y yo solo los miro preguntándome en qué momento mi familia se destruyó de esta manera.

—Yo... —habla por fin, se sorbe la nariz—. Tenía miedo, mucho miedo. Lo que me hizo Esteban fue... —llora con frustración—, horrible. Sé que es mi culpa por quedarme sola ese día, pero...

—No es tu culpa —aclaro—. Nunca he dicho que lo sea y tampoco lo he pensado y te juro... te juro por la memoria de mi madre que siento lo que tuviste que pasar, pero no te perdono que no hayas confiado en mí, no te perdono que aceptaras esta treta. No te perdono que hayas callado. No perdono que hayas permitido que el imbécil de Esteban se haya salido con la suya. No te perdono, June, y no sé si algún día pueda hacerlo.

—Fue mi culpa, Clark, yo se lo rogué. No quería que la vida de mi hermano acabara. Júzgame a mí, pero June solo es una víctima.

—Es una víctima tuya y de tu hermano, no mía.

—Lo siento mucho, Clark —dice June con la voz llorosa—. Siento... siento mucho haberte herido, pero no me arrepiento de casarme con Stick porque lo amo y es el mejor padre que podría tener mi hija. Sé que fue un error no habértelo contado y te juro que lo lamento, pero amo a este hombre. —Lo mira—. Lo amo como nunca he amado a nadie. Tú y yo solo éramos una ilusión y fue un horror la forma en que terminó todo, pero por favor, entiende que nunca quisimos hacerte daño.

Sonrío con un sabor ácido sobre mi lengua. Los miro abrazados, queriéndose a pesar de todo; juntos aunque se construyeron de la nada en medio del dolor y la tragedia. Los miro, no puedo perdonarlos, no ahora, pero tampoco soy quien para seguir juzgándolos. Ya no me interesa, en lo único que pienso es en Elizabeth.

—Déjenme solo —exijo.

Ambos me miran, luego se ponen de pie y caminan de la mano hacia la puerta.

—Clark —June se gira—. De verdad lo siento, pero necesito pedirte algo. —Suspira agobiada —. No quiero que Mía lo sepa, no quiero que sepa que Stick no es su padre biológico.

—No lo sabrá por mí.

Stick tira de la puerta y la deja pasar, pero antes de volver a cerrarla vuelve a hablar.

—Espero que algún día puedas perdonarnos.

—Yo también lo espero.

Las palabras salen sin pedir permiso. Tal vez porque es cierto, espero algún día perdonarlos, pero ahora no estoy listo para ello.

Me pongo de pie y me voy hacia el ventanal. La ciudad yace bajo un potente sol de mediodía. Respiro o al menos lo intento.

—Elizabeth, ¿dónde estás? —pregunto en voz alta.

Y seguido de esa pregunta vienen miles más. ¿Cómo le explico que el mismo día en que se enteró de la verdad iba a contárselo? ¿Cómo le hago entender que no puedo renunciar a ella porque la amo, porque la llevo clavada tan profundo que si intento sacármela me quedaría sin vida? ¿Cómo la hago entender que estos tres meses han sido los más caóticos de mi vida pero también los más hermosos? ¿Cómo le pido perdón por haberla utilizado? ¿Cómo le demuestro que ella es mi vida, que vive en mi piel, en mi pecho, que su perfume me persigue y que no concibo mi mundo sin el caos arrollador de su mirada? ¿Cómo? ¿Cómo rayos hago eso?

Capítulo 66

Beth

Respiro su agradable aroma, huele a flores y a mar. Acaricia mi cabello mientras mi cabeza reposa en sus piernas. Han pasado seis días desde que supe la verdad y apenas hoy he decidido volver a casa, a mi verdadera casa, de donde nunca debí salir.

—Cuéntame más de ese increíble trabajo —le pido a mi hermana.

Ha conseguido un empleo en relaciones públicas de una agencia que representa a artistas o algo así. Se ve entusiasta con el tema.

—¿Cuánto más vas a seguir evitando hablar de Clark?

—¿Dijiste que inicias a trabajar la próxima semana? —Esquivo su pregunta.

Resopla y detiene su mano.

—Sí, Beth, tengo una última reunión antes de empezar en una hora, pero sabes que vendrá, ¿cierto? Clark no ha parado de venir por aquí, de preguntar por ti.

Me incorporo y me dirijo a mi habitación sin mirar atrás. Amo a mi hermana pero no entiende que no puedo ni siquiera mencionar su nombre, que tengo los momentos que vivimos juntos atorados en la garganta. Que me duele porque jamás creí que podía necesitar tanto una piel. Que desde que no está siempre tengo frío. Que me hacen falta sus abrazos y que no he vuelto a respirar bien desde que me rompió en mil pedazos.

Es media tarde, no he estado trabajando por el accidente, pero agradezco que mañana empiezo de nuevo. Me quito las zapatillas deportivas y me deshago del buzo que tengo puesto. Necesito un baño. Agradezco que Ray esté trabajando tomando fotos en una fiesta de quince años. No me ha insistido en nada, pero puedo ver las preguntas en sus ojos.

Media hora después estoy saliendo de la ducha y Addy casi me pasa por encima porque se le ha hecho tarde. Tiene que tomar un taxi porque ya no tengo coche. Está hecho polvo.

—Lo siento, se me ha ido el tiempo. Nos vemos en la noche. —Me da un beso fugaz en la mejilla y se va.

Niego con la cabeza. El dolor de la perdida sigue en su mirada, pero poco a poco vuelve a ser ella y algo me dice que este nuevo empleo le hará bien.

Me cambio con rapidez. Sigo teniendo moretones en el costado y la pequeña laceración en la frente ya está sana al igual que la de la mano. Apena se notan. La temperatura es agradable, me pongo unos pantalones de lana blanco y una camiseta de mangas color pastel. Me recojo el pelo en una coleta y voy a la cocina. Tengo hambre, solo comí comida chatarra con Rocco sentada en el parque cerca de su casa antes de venir aquí.

En este tiempo he descubierto lo buen amigo que es el colombiano. Resistió las amenazas de Clark cuando lo buscaba en el trabajo preguntando por mí y se desvivió por hacerme reír aunque a mí me costaba siquiera pronunciar palabra.

Me preparo una ensalada de pollo y decido servirme una copa de vino ya que ayer dejé de tomar medicamentos. Me siento en un buró en la pequeña encimera de la diminuta cocina, pero de repente su risa ronca me llega. Sus recuerdos me persiguen y por más que lo intento no puedo sacármelo de la cabeza.

¡Maldito Clark Holland! ¿Cómo fue que te me metiste tan hondo?

Cierro los ojos un segundo, inhalo y dejo salir el aire. Miro mi plato, se ve delicioso, pero ya no tengo hambre. Aun así me obligo a comer, no me puedo permitir recaer con mi estómago.

El timbre suena, mi corazón se acelera. No pienso abrir. No lo haré... Me paso la mano por el rostro cuando el timbre deja de sonar y esta vez alguien golpea fuerte la puerta.

—No me voy a ir de aquí hasta hablar contigo, sé que estás aquí —grita, no es Clark, pero conozco bien esa voz.

Los golpes no cesan, sé que no se irá. Maldigo cien veces mientras camino a la entrada antes de que los vecinos vengan a reclamar.

—¿Qué diablos quieres, Ben? —grito cuando abro la puerta.

Pasa por mi lado sin darme tiempo a estrellarle la madera en la cara. No lo quiero cerca, me da asco. No puedo creer que estuve tanto tiempo con él, con un hombre que fue capaz de abusar de una mujer. ¡Malnacido!

Dejo la puerta abierta, quiero que se largue. Cuando me giro para verlo está de rodillas en el suelo. Tiene mal aspecto y apesta a alcohol.

—Por favor, tienes que escuchar. Todo es culpa de Clark, él se ensañó conmigo. ¡Por favor! Tienes que perdonarme, yo te amo. —Suplica.

No me lo puedo creer. Me cruzo de brazos, me exaspera.

—¡Lárgate! No quiero volver a verte.

—¡Por favor! —Se aferra a mis piernas y casi caigo de culo—. Te amo, te amo como nunca he amado a nadie, Beth, tienes que escucharme.

—¡No! —Lucho hasta apartarme, lo miro desconcertada—. Vete y no vuelvas porque te juro que te denunciaré a la policía por acoso.

Se levanta, su rostro se contrae, su mirada se vuelve afilada. Un par de lágrimas brotan y empieza a respirar con dificultad.

—Es por él, ¿verdad? —su voz es fría—. ¿Te enamoraste de él? —Se acerca y retrocedo, no me gusta lo que veo en sus ojos. No queda nada de lo que creí conocer—. ¿Me cambias por él cuando te dije todo lo que nos hizo?

—¿Y tú? —Miro de reojo la estatuilla de bronce que gané el año pasado con mi campaña. Está en el pequeño mueble cerca de la puerta—. Tú me engañaste, tú abusaste de una mujer, tú intentaste abusar de mí y quisiste convencerme de lo contrario.

Está nublado de la rabia, sus ojos no dejan de escurrir.

—No lo entiendes, te amo. —Se acerca, yo retrocedo y choco con el mueble dejando mis brazos detrás de mi espalda, logrando alcanzar la estatuilla.

—Ben, vete, por favor.

—Quiero que me contestes. ¿Es por él? ¿Me dejaste de amar por él?

—Nunca te amé. Creo que siempre lo supiste.

—No —grita y se lleva las manos a la cabeza tirando de su cabello. Está desesperado.

—Ben —bajo la voz, no quiero descontrolarlo más—. Por favor, vete. Si de verdad me quieres, vete.

—¡Nooooo! —Se lanza sobre mí tomándome por los hombros y sacudiéndome—. Vuelve a quererme, por favor, vuelve a quererme.

Me abraza fuerte, tanto que me duelen los huesos.

—Dios, suéltame, por favor.

—No, tú eres mía, Clark no va a ganar esta vez. Tú eres mía, de nadie más.

Los huesos me crujen por la presión que ejerce sobre mí. Tengo la estatuilla en la mano, pero no puedo moverme.

—Ben, suéltame, por favor.

—No, te amo, tienes que entenderlo, te amo.

Llora, llora como un niño sobre mi hombro. Como si su alma saliera de su cuerpo mientras el aire sale del mío.

¿Qué hago?

De pronto siento libertad. Ya no me retiene, ahora está en el suelo con sangre en la nariz. No tengo que voltear para saber quién lo hizo. Quién está a mi lado parado justo en la puerta. Puedo sentir su presencia por todas partes. Es como si mandara corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Se me calienta la nuca y el corazón me golpea las costillas.

—No vuelvas a ponerle tus garras encima jamás en tu puta vida. —Su voz es una maldita agonía.

No lo miro, no quiero hacerlo.

—Clark, mi querido primito... —Ríe, Ben ríe, está fuera de control.

El castaño no lo deja terminar, lo levanta por la ropa y lo saca de mi piso. Me quedo petrificada por unos segundos, todo parece irreal. Respiro, parece que no lo he hecho desde hace años. Me giro para cerrar la puerta, pero su imponente figura se impone.

—¡Elizabeth! —Hasta mi nombre en sus labios suena a mentira.

Trago saliva cuando mis ojos inevitablemente se incrustan en los suyos. Entonces sucede... me pierdo en su mirada, en las olas que se agitan en el iris de sus ojos. Me pierdo en la intensidad de las emociones que rebotan en mi pecho. En los recuerdos que empiezan a galopar por mi cabeza.

Me pierdo aunque desde hace una semana ya estoy perdida, porque sé la verdad, porque me utilizó, porque solo fui un juego en su vida, porque yo nunca fui nada cuando llegué a creer que éramos tanto.

No puedo con este dolor cargado de rabia. Me pesa, me exprime, me agota.

—No te preocupes por Esteban, se lo he encargado a Julián, la poli lo va a apresar. Ha intentado llevarse a Mía —dice.

Sigo sintiendo extraño el hecho de que Ben se llame Esteban, pero no es importante ahora y tampoco me interesa lo que suceda con él, se ha ganado a pulso todo lo que le pase. Ahora solo necesito dejar de ver al hombre frente a mí.

—Quiero que te vayas.

Dejo la puerta abierta a mi espalda y camino hacia el salón, pero me coge por el brazo obligándome a darle la cara.

—¡Déjame explicarte!

—No tienes que explicarme, ya lo entiendo todo. —Me suelto y sonrío llena de una amargura que jamás sentí.

—No, no lo entiendes. —Intenta acercarse, pero retrocedo—. Está bien, no te toco, pero tú no lo entiendes, ellos me hirieron, yo solo quise hacer justicia.

No sé por qué, pero suelto una carcajada agria, amarga y asfixiante.

—¿Justicia? —grito exasperada—. ¿Eso es justicia para ti? ¿Llegar a mi vida para destruirla con tal de lastimar al imbécil de Ben y a la víbora de tu abuela?

—Por Dios, yo... —se pasa la mano por la cabeza, algo alterado—. Yo jamás quise hacerte daño.

No puedo más de la rabia y me acerco tanto que termino clavando mi dedo en su pecho.

—Entonces dime... —lo golpeo con el dedo enfrentando esos ojos suplicantes—dime ¿qué

diablos pensabas que iba a pasar? Llegaste a mi vida, lo planeaste todo. Me hiciste creer que nos conocimos por coincidencia. Me hiciste creer que yo era importante en tu vida para después dejarme.

—No iba a dejarte. Yo te amo, joder, te amo como a nadie. —Vuelve a querer tocarme, pero no se lo permito.

En otro momento mi alma se hubiese regocijado con su «te amo» pero ahora suena vacío, manchado, marchito.

—¿Amor? ¿Qué sabes tú de amor?

—Te juro que te amo. No pensaba separarme de ti.

—¿No? —Sonrío de forma irónica y me aparto—. ¿Acaso ese no era el plan desde el principio? —Camino de un lado a otro y luego vuelvo a encararlo—. Cuéntame cómo sería todo...

—¡Elizabeth, por favor!

—No, cuéntame, quiero saberlo. Metiste a esa chica rubia a la vida de Ben para seducirlo, lo lograste. Entonces el plan era enamorarme, aprovechar los sentimientos de Ben por mí y su desequilibrio, que ni siquiera sabía que tenía, para conseguir documentos y arruinar a tu abuela. No es tan mal plan ¿No? —Sonrío—. Pero tengo una duda, ¿qué se supone que pasaría conmigo si como dices no querías hacerme daño?

Luce desesperado. Me mira pero no me interesa lo que sienta, solo quiero saber la verdad.

—Yo... antes de conocerte creí que si estabas con alguien como Ben no debías ser muy buena mujer. Creí que estarías bien con el dinero, que podrías resolver tus problemas económicos y que todo volvería a su cauce.

—¿Y qué cambió? Dígame señor Holland, ¿qué cambió?

—Tú, joder, Elizabeth, tú lo cambiaste todo. —Se acerca con rapidez y me toma del brazo. Clavo mis ojos llenos de furia en los suyos—. Te amo, maldita sea, ¿por qué no lo entiendes?

—¡Porque no destruyes a quién amas! —Me suelto, frustrada—. Porque no destrozas la vida de una persona inocente por hacer *justicia*. Joder, porque no hieres porque estés herido. La vida puede ser una porquería, nadie más que yo lo sabe. Solo mírame. —Abro los brazos—. Perdí a mi madre, a mi hermano, a mi padre. Sé muy bien lo cruel que puede ser la vida, pero no ando por el mundo lastimando a personas que no tienen la culpa de ello.

—Sé que no tienes la culpa de nada y no sabes cuánto lo siento, pero ellos me destruyeron la vida.

—¡Y tú destruiste la mía! —escupo dejando salir la rabia—. Maldita sea, Holland. Tú destruiste mi vida. ¿No te das cuenta? No eres diferente a ellos.

Lo siento, lo veo. Mis palabras son puñales atravesándole el corazón. Su rostro se desfigura y casi puedo ver como su corazón se quiebra, pero qué más da. El mío es solo polvo, cenizas, vestigios de un corazón que solo hace una semana latía por él y ahora agoniza.

—No digas eso, por favor, Elizabeth. No lo digas.

La furia sigue invadiendo mis huesos, el dolor de su traición me castiga, pero lo hará con él también.

—¿Por qué? —Me cruzo de brazos—. No digo más que la verdad. Todo este tiempo te has creído juez de ese par, pero la realidad es que eres tan miserable como ellos. Quizá incluso más.

—Elizabeth, me estás matando.

—Pues tienes suerte porque yo ya estoy muerta, Holland. Tú me mataste. Tú clavaste el puñal en mi corazón y me desahuciaste.

Sus ojos se empañan y por mis mejillas corren lágrimas negras. Lagrimas cargadas del dolor más amargo que alguna vez sentí. Lágrimas que empuñan la despedida.

—¡Elizabeth!

—¡Vete!

—Te amo, joder. ¿Qué parte de eso no entiendes? —Intenta llevarme contra su cuerpo y lo empujo con rabia.

—¿Y de qué mierda me sirve tu amor si no tienes ni puta idea de cómo amar?

—Elizabeth...

—¡Vete!

—Por favor...

—¡Que te vayas! —grito desgarrando mi garganta.

Lo veo suspirar agotado, aunque no creo que tanto como yo.

—Me iré —dice—. Me iré si respondes a una sola pregunta.

No digo nada, tengo dos Elizabeth batallando dentro de mí, una quiere correr hacia él y abrazarlo hasta que el dolor desaparezca y la otra quiere partirle la cara, irme y no volver a verlo nunca más.

—Sé que soy un idiota, un desgraciado y todo lo que quieras. —Da un paso hacia mí, no me muevo, no me funcionan las piernas—. Pero necesito saberlo.

Sus ojos azul grisáceo parecen dos tormentas en pleno apogeo, me mira, reprime un par de lágrimas que amenazan con salir y acerca su rostro al mío.

—¿Qué? —No tengo casi voz, sé lo que preguntará. Mis mejillas se humedecen, por más que quisiera no soy de hierro y si lo fuera, él me marcó con fuego, con unas llamas que no se extinguen por más que intento apagarlas a punta de la cruel realidad que me tortura: Él me utilizó.

—¿Me amas?

Lo hace, dispara sin apuntar, pero aun así da directo en el centro de mi pecho. Mis latidos se detienen, el tiempo se vuelve cenizas y me abrazo a mí misma como mecanismo de defensa. Mi visión es borrosa y las punzadas en mi pecho se vuelven insoportables. Mis brazos caen a cada lado sin fuerza, no puedo más, tengo que soltarlo.

—Sí —admito con la voz rota, con lágrimas que se resbalan por la piel de mi cara—. Yo amo al hombre gruñón, serio con todo el mundo, pero divertido conmigo. Yo amo al hombre que me abrazaba con ternura, el que hundía su rostro en mi cuello y respiraba mi perfume como si fuera lo más bonito del mundo. —Me limpio el rostro con el dorso de mi mano—. Sí, Clark, me enamoré del hombre terco que cedía a regañadientes a mis tonterías, pero que sonreía feliz cada vez que lo despertaba a punta de besos. —Sonrío amargamente, él no deja de mirarme.

El tiempo no pasa o corre tan rápido que no lo veo pasar, continúo:

—Sí, querido esposo, lo lograste—. Ironizo en medio de un aplauso que desprende todo el dolor que bordea mi alma—. Me enamoré de ese hombre terco, pero adorable. Me enamoré de una farsa y ese será mi castigo, el tuyo será saber que detesto con todo mi corazón al verdadero Clark Holland. —Me acerco aún más a él, respiro su aliento y me quema, siempre lo hace—. Bien hecho. —Bufo—. Lograste tu cometido, me conquistaste, pero tú también caíste en la

trampa y ahora no eres más que un error a superar.

Traga grueso.

—Soy tu esposo, Elizabeth, soy el hombre que se equivocó, pero que te ama. —Sus palabras son dolor, tristeza, agobio, desesperación. Son trozos y trozos de momentos congelados, de ilusiones hechas pedazos.

—No, Clark Holland, no eres mi esposo... —Me limpio las lágrimas con rabia—. Eres mi verdugo.

Su mirada se fragmenta, se quiebra y pasa... pasa sin siquiera darme cuenta. Un misil impacta contra todos mis sentidos. Sus labios se mecen con ímpetu sobre los míos atropellándome y nublándome el juicio. Siento que muero y al mismo tiempo que vuelvo a la vida.

Sí, lo hace, me besa...

Y su beso sabe a whisky, a dolor y desespero.

Y su beso sabe a miedo, a tristeza y esperanza.

Pero no queda nada de lo último, porque me niego... me niego a seguir caminando sobre el filo de un «tal vez». Me niego a tropezar con los escombros de las ilusiones que se hicieron pedazos por su culpa.

Ahora solo somos cenizas y aunque siento que me quemo en el infierno, tengo que hacerlo, tengo que soplar muy fuerte para que se esparzan, para que no quede rastro de esto que no me deja respirar.

—¡Vete! —Le pido cuando me aparto, no tengo más fuerzas.

—¡Elizabeth...!

—¡Por favor! —suplico mientras las lágrimas me abordan. Lo siento, siento cómo me estoy rompiendo pedazo a pedazo.

Me observa, se limpia una pequeña gota cristalina que desciende por su mejilla y asiente. Se da media vuelta y sale de mi vida. Entonces una figura aparece, Ray entra y cierra la puerta a su espalda. Lo veo en sus ojos, lo ha escuchado todo. Se ha quedado fuera, pero lo ha escuchado todo.

Viene hacia mí, camina despacio.

—¡Déjate caer! —me dice abriendo los brazos e intentando acercarse, pero no se lo permito. Doy dos pasos atrás.

—No puedo, Addy me sigue necesitando, tengo que ser fuerte —respondo con la voz temblorosa.

—Y no te pido que no lo seas, solo quiero que dejes salir lo que sientes dentro. Te prometo que no te harás débil por ello, todo lo contrario, se necesita valor para abrir ese seguro que llevas cerrado por tanto tiempo y permitir que el dolor se extienda por cada parte de ti, pero lo necesitas. —Sonríe con dulzura—. Al final volverás a sonreír, te lo juro.

—Tengo que ser fuerte —repito limpiándome las lágrimas que no cesan.

Por primera vez en mi vida no basta con limpiarme el rostro, porque aunque casi me ahogo intentando que no salgan, las lágrimas brotan como gotas gruesas de lluvia que nada puede detenerlas.

Lo veo caminar hacia mí mientras yo retrocedo, mis piernas chocan con el sofá. De repente me veo envuelta por sus grandes brazos e intento apartarlo, pero no me permite.

—Por favor, mi Betty, por favor —ruega—. Deja de ser la heroína de los demás y sé la tuya.

Addy no está sola y sé bien que te necesita para poder superar la muerte de tu padre, pero ella te necesita bien y no lo estás. Esta vez no podrás guardártelo porque esto te supera. ¡Acéptalo!

—¡No! —Intento empujarlo, pero me estrecha más contra su pecho—. Yo... yo puedo...

—Hazlo, mi pequeña, derrúmbate porque yo estaré aquí y te sostendré. Siempre lo haré.

Y entonces pasa, dejo de luchar. Dejo que el mundo se me venga abajo porque sé que él estará allí, siempre lo estará. Porque Ray es lo único que tengo, siempre lo ha sido. Mi padre y Addy me tenían a mí, pero yo solo lo tuve a él. Solo lo tengo a él y esa es la única certeza que tengo en este momento de mi vida.

Las rodillas me tiemblan y por más que lo intento no logro mantenerme en pie. Y sí, pasa, dejo que todo salga, caigo y terminamos ambos en el suelo. Siento mi garganta desgarrarse con el llanto furioso que la atraviesa. Tengo la sensación de que vidrios rotos se agitan en mi pecho deshaciéndome por dentro.

Duele como el infierno. Gritó, maldigo, lloro como nunca creí hacerlo. Derramo todas las lágrimas que no derramé en el funeral de mi madre. Lloro el manantial que asfixié dentro de mi alma cuando mi hermano se marchó y me dejó en este mundo cruel. Lloro por mi padre y su ausencia.

Empuño mis dedos sobre la tela de su camiseta y me aferro a ella sintiendo que si la suelto caeré en un precipicio sin fin. Las lágrimas ruedan hasta mojar mi camiseta y a pesar de la humedad que cubre mi rostro siento que me arde como nunca en la vida.

Mi pecho es una hoguera que se atiza con cada grito expuesto y la sensación de mis pulmones encogiéndose mientras intento respirar, me drena las pocas fuerzas que me quedan.

Mi cuerpo se desploma en sus brazos sin un ápice de energía y siento el sabor salado en mis labios. Y sigo llorando, liberando de a poco años de dolor anidado, guardado en una caja fuerte dentro de mi ser.

Lloro con el corazón hecho pedazos y me maldigo por dentro por haber confiado en él. Una pieza, una simple pieza desechable, eso fui en su vida. Un medio para lograr su venganza y sin darme cuenta, terminé enamorada de él. Perdida en el azul de sus ojos y arrojada a sus brazos que me dejaron caer.

¡Y me rompo!

Me rompo en trillones de pedazos y me vuelvo una constelación repleta de estrellas muertas. Dejo que el sufrimiento me rompa los huesos y me taladre el alma. Dejo que el llanto sacuda el mundo que he creado y las grietas que he llevado durante años se vuelven cráteres que terminan volviendo polvo la vida que conozco.

¡Lloro!

Dejo salir el llanto, pero no ese que viene de mis ojos sino el que viene de lo más profundo; ese que viene de mis pulmones, de mi pecho y de todas las heridas sin sanar que guardé por cientos de eternidades... eternidades que he roto en un solo instante.

Lloro notando mis pesadas lágrimas volverse más amargas cada segundo. Siento que me duele todo el cuerpo, como si estuviese expulsando un veneno que he llevado por miles de años.

Sí, me desplomo y me termino de romper. El dolor me quema el pecho y las palabras de Clark se estrellan con furia contra las paredes de mi alma.

Un tsunami de sentimientos me arropa y todas las lágrimas que aprisioné en mis entrañas pelean entre sí por salir hasta lograrlo, porque ya no puedo detenerlas, ya no tengo fuerzas y por primera vez en toda mi vida acepto que ya no soy la que siempre sostiene a los demás, ahora solo soy los restos de un corazón de fuego que creyó que nunca se quemaría, pero hoy me doy cuenta de que a veces el fuego no quema tanto como el hielo cruel de otro corazón, en mi caso, el de

Clark Holland.

Capítulo 67

Beth

19 de diciembre

Los toques en la puerta de mi oficina me hacen apartar la vista de mi ordenador. He estado trabajando tanto estas últimas tres semanas y me ha hecho bien. La cara de Drakie aparece frente a mí. Ruedo los ojos en cuanto lo veo.

—Si vienes a molestar, puedes irte por donde... —Me quedo callada cuando vislumbro la figura que aparece a su lado—. Don Mario. ¿Qué hace aquí?

—¡Mi querida Elizabeth! —Viene a mí con una sonrisa, me levanto y lo saludo aún desconcertada—. ¡Qué gusto verte!

Viste un traje perfecto y apenas puedo reconocerlo, esa vez que lo vi en el muelle iba estilo hippie.

—Señor Mario, es un placer volver a verlo. Siéntese. —Mario se sienta y Drakie se sienta a su lado, algo que me extraña—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—He venido a buscar mi nueva empleada estrella.

Sonríe, yo frunzo el ceño, pero en poco tiempo entiendo lo que quiere.

20 de diciembre.

—¿Es en serio? —pregunta Rocco—. ¿Mario Duncan, el dueño de las agencias automotrices más importantes en todo el mundo, te ha venido a buscar para trabajar en sus empresas y quieres llevarme contigo?

Juego con el boli que tengo en la mano y sonrío al ver su expresión incrédula.

—Sí, intentó comunicarse conmigo, pero como mi móvil no sobrevivió al accidente no pudo. Y sí, quiero que vengan conmigo, aunque Neithan ha decidido quedarse, tiene novia nueva. Loly sí ha aceptado, me faltas tú.

Le hago ojitos. Necesito que acepte, siento que no puedo hacerlo sin él. Siento que no puedo dejar tanto de mi vida y ayer cuando hablé con Ray y Addy me han felicitado, pero han dicho que no pueden venir conmigo y lo respeto. Addy ama su trabajo y Ray se ha reconciliado con Emily, algo que me alegra, ambos se merecen ser felices. Yo no puedo ser amiga de la rubia, pero hasta cierto punto entiendo el que haya callado. Ray lo hubiese hecho por mí.

Rocco se sienta a mi lado y toma mi mano. Solo estamos los dos en mi oficina, es hora del almuerzo.

—Mi leona... —Clava esos ojos claros en los míos—. ¿Estás segura de esto?

Sé a qué se refiere. El pecho se me calienta de inmediato. Tomo el vaso de agua que tengo a mi izquierda y bebo un poco. No quiero sumirme en pensamientos, así que hablo antes de que los recuerdos me invadan.

—Sí, estoy segura.

Es lo mejor, lo necesito. Necesito tiempo para reconstruirme, para sentir que respiro de nuevo. Hace tres semanas me permití caer y no me arrepiento. Lloré todas las lágrimas que congelé. El dolor con el nombre de Clark sigue intacto, pero al menos lo acepté, acepté que lo amo como no pensé que se podía amar, pero que no puedo perdonarlo a costa de mi propio corazón.

Le he enviado los papeles del divorcio y no ha dado señales de vida. Tampoco he dejado que Emily me hable de él.

—¡Vale! —Me regala una sonrisa—. Iré contigo hasta el fin del mundo.

Aprieto su mano. Su respuesta me reconforta. A veces la vida nos derriba, nos aplasta, nos hace agachar la cabeza, pero cuando por fin levantamos la mirada nos recuerda que pese al dolor,

a las heridas profundas y la sensación de vacío, no estamos solos. Siempre habrá alguien que nos coja de la mano, que nos mire a los ojos y nos haga sentir que hay esperanzas aun cuando nuestro mundo esté hecho una mierda. Al igual que Ray, Rocco es una de esas personas. Lo iluminan todo, llenan cada espacio con esa sonrisa.

—¡Nos vamos, Rocco! —exclamo y curva sus labios—. ¡Nos vamos en año nuevo!—digo más para mí que para él, tragándome el nudo que intenta formarse en mi garganta.

Sacudo la cabeza y me recuerdo que puedo llorar, derrumbarme y sostener en mis manos los fragmentos de mi corazón deseando morir, pero que sigo siendo fuerte, que sigo siendo la mujer que no se ha rendido.

Sí, he aprendido a llorar por fin, pero ahora no me pesan las lágrimas, me liberan. Quizá es la razón por la que ahora mismo corren un par por mis mejillas y no las limpio.

—Estarás bien —asegura Rocco, secándolas con suavidad.

—¡Lo sé!

Le ofrezco una sonrisa porque algo dentro de mí que me dice que sí, que tal vez vuelva a ser, pero también hay algo que tengo muy claro, mi vida jamás será la misma porque siempre existirá un antes y un después de Clark Holland.

22 de diciembre

El aire helado de invierno me recibe en cuanto salgo de la agencia. Las luces de navidad decoran las calles recordándome que son mis últimos días en esta ciudad donde he vivido tanto.

Miro mi nuevo móvil, es poco más de las ocho y hace frío. Meto las manos a los bolsillos de mi abrigo y espero el taxi que llamé. Se supone que debería estar aquí, pero no debe de tardar.

Unas luces altas de un coche me ciegan. Viene tan rápido que me aterro y retrocedo. Parece que va a estrellarse, pero da un frenazo delante de mí dejándome ver el *Corvette* que conozco bien.

De él sale un Clark completamente ebrio, con una botella de whisky en la mano y barba de algunos días. Lleva puesta una camisa blanca con las mangas recogidas hasta los codos y unos vaqueros oscuros con zapatillas deportivas blancas. ¿Cómo mierda aguanta el frío?

—¡Elizabeth! —exclama sonriente. Viene a mí empinándose la botella y el olor a alcohol llega primero que él. No puedo ni moverme de la impresión—. ¡Estás... Dios, estás preciosa! —Se acerca y deja un beso en mi mejilla.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Vine a buscar a mi esposa. —Su sonrisa se ensancha, parece un niño cometiendo una travesura. Jamás creí verlo así.

Vuelve a llevarse la botella a la boca y se tropieza con sus propios pies. Me muevo rápido antes de que termine rompiéndose la cabeza contra el pavimento. Lo sostengo y deja su mano sobre mi hombro.

—Por Dios, ¿qué se supone que estás...?

—¿Ya no me amas? —me interrumpe.

Duele, su pregunta duele tanto. Respiro, tengo que hacerlo. Está demasiado ebrio para discutir con él. Miro al cielo, esto no puede estar pasando. No quiero verlo, pero tampoco puedo dejarlo así.

Mi taxi llega dándome claridad.

—Ven, te enviaré a tu casa. —Intento que camine, pero se detiene.

—¡No! No me voy a ir. —Otro trago, esta vez más largo—. Vine a hablar contigo, cariño. —Levanta su mano y roza mi mejilla con las yemas de sus dedos. Me quema—. ¡Eres tan hermosa! —Inclina la cabeza e intenta besarme, pero lo esquivo.

—Clark, no sé qué pretendes, pero lo único que quiero es el divorcio...

Ríe y da dos pasos atrás.

—¡Lo sé! —Su risa es amarga, agria, melancólica—. Quieres irte, ¿verdad? —Toma otro trago —. ¿Cómo lo has hecho? —Vuelve a acercarse, deja su rostro cerca del mío—. Dime, ¿cómo me olvidaste tan pronto? ¿Cuál es el secreto?

—Clark...

—¿Por qué no puedo hacerlo yo también? —Se pasa la mano por la cabeza, mira al cielo y vuelve a ingerir el whisky antes de volver a hablar—. Sí, lo sé, soy patético.

Se aleja, pero cuando va dirigirse a su auto da un traspié y termina de culo en el suelo.

—¡Dios mío!

El taxi se va, creo que piensa que estamos locos. Corro a ayudarlo, intento que se ponga de pie, pero solo me mira y se ríe.

—Clark, por favor, ayúdame.

Tiro de su mano, pero no hace el mínimo esfuerzo, solo se carcajea como si estuviera haciéndole cosquillas. ¡Joder!

—Clark, maldita sea, ayúdame a levantarte.

Tira de mí y deja mi rostro frente al suyo. Podría embriagarme solo por su aliento alcoholizado o tal vez son sus ojos.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Qué?

Tira más y sus labios rozan los míos quitándome la respiración. Me ahogo.

—Si me levanto, ¿vendrás conmigo?

—Clark —musito su nombre.

—¿Vendrás conmigo?

Me alejo, no puedo tenerlo tan cerca. Sigue lastimando, pero también lo sigo amando y no se puede luchar con el corazón. Siento que camino en el borde del precipicio.

—Sí, iré contigo —confirmo y su mirada se ilumina. Sonríe y se pone de pie dando tropezones.

Lo meto al asiento copiloto como puedo y me voy al de conductor. Evito mirarlo, pero mientras conduzco a su *penthouse* no puedo evitar notar todas las veces que se atraganta con el whisky.

—No deberías tomar así —le digo un rato después cuando lo dejo caer en su cama y le quito la botella.

—Y tú deberías responder mi pregunta. —Sostiene mi muñeca impidiendo que me aleje.

—Clark, por favor. ¿Por qué rayos bebes así?

—Porque me enteré de que te vas. —Bosteza—. Solo... solo respóndeme.

¿Por qué me está pasando esto?

—Clark, estás ebrio.

—Y enamorado.

Un golpe. Su confesión es un golpe para mi corazón. Exhausta, otra vez estoy exhausta y

asfixiada por mis propios sentimientos.

Lo miro, parece somnoliento y juraría que no ha dormido en días. Sus ojos luchan por no cerrarse, pero lo hacen poco a poco. Remuevo mi mano intentando zafarme y mi pecho vibra cuando tira de mí y me atrapa por la cintura dejando mi espalda contra su pecho. Dice algo que no entiendo y sumerge su rostro en mi cuello.

—Clark, suéltame.

No dice nada, no se mueve, pero me tiene presa entre sus brazos. Por su respiración puedo notar que se ha quedado dormido. Quiero incorporarme, pero cada vez que lo hago ejerce más fuerza. Dejo de luchar cuando veo que parece una misión imposible.

Inspiro hondo, necesito aire. Cierro los ojos un segundo, solo un segundo o eso creo porque cuando los abro ya sus brazos no rodean mi cuerpo.

Me exalto. Cuando giro mi cabeza está sentado en la esquina de la cama mirándome. Me aclaro la vista y cuando lo enfoco me sonríe con timidez.

—Lo siento, lo siento mucho.

Aparto la vista, miro el reloj sobre la mesita, son las dos de la madrugada. Me incorporo acomodándome el pelo. Le doy la espalda y cojo mi bolso, necesito salir de aquí.

Cuando voy a atravesar la puerta su mano atrapa mi brazo. Aprieto los ojos, no quiero verlo, no quiero escucharlo.

—¿Podemos hablar?

Me volteo a verlo. Sus ojos vuelven a sumirme en sentimientos.

—¿Firmaste el divorcio?

—Lo consideraré cuando respondas mi pregunta.

—No importa si todavía te amo o no, Clark, necesito dejarte atrás.

—¿Por eso te vas? ¿Por eso aceptaste ese empleo del otro lado del mundo?

Sus dedos en mi piel son latigazos para mi alma. Su pregunta es una corriente de aire helado.

—Necesito irme, por favor, firma los papeles. Ya no me necesitas, seguro ya te has encargado de tu abuela.

—Siempre voy a necesitarte, Elizabeth, te amo.

Tomo las fuerzas que necesito y me suelto. El dolor gruñe dentro de mí. Intento girarme, pero no me lo permite, vuelve a tomarme, ahora por los hombros.

—Habla conmigo, por favor, solo habla conmigo.

Lo miro cansada. No sé cuánto más podré mantenerme en pie. No me dejará ir así, lo sé, pero tampoco puedo quedarme, no puedo.

—Vale, hablaré contigo si firmas el divorcio.

—Elizabeth...

—Es mi condición para escuchar tus mentiras.

—No son mentiras, Elizabeth, yo te amo y no hay una verdad más grande que esa.

—¿Y quieres que te crea?

Me suelta, se pasa la mano por la cabeza revolviendo su cabello y me da la espalda unos segundos. Luego vuelve a mí. Sus ojos son destellos de un meteoro explotando y yo soy la viva imagen de la decepción.

—Lo sé, te mentí muchas veces. —Me encara, por suerte no me toca—. Pero te amo, Elizabeth, y créeme que nunca creí que se pudiera amar así. He cometido un error tras otro, no

debí meterte en medio, pero estaba ciego de la ira, estaba herido. Esas personas destruyeron mi vida, me clavaron el puñal por la espalda y quería hacerlos pagar.

Lo peor de todo es que todavía no se da cuenta de nada. Me enfada que no se entere de lo que siento. Me frustra que no me conozca, que ni siquiera ahora me conozca.

—¿No te das cuenta, verdad? —Río con amargura y arruga las cejas—. Yo puedo entenderte Clark, puedo hacerlo. Yo puedo imaginar todo lo que sufriste a manos de tu propia familia y no sabes cuánto lo lamento. No sé cómo hubiese reaccionado si mi familia fuera mi peor enemiga, pero estoy segura de que jamás idearía un plan para hacer *justicia* provocando daño a alguien más—. Me froto el puente de la nariz—. Yo... te hubiese ayudado. ¿Sabes? Si me lo hubieses contado yo te hubiese ayudado. Conozco el dolor como pocos y así como acepté ese contrato te hubiese apoyado, pero decidiste jugar a enamorarme. ¿Por qué? ¿Acaso era necesario? ¿No era suficiente con mentirme, también tenías que hacer que sintiera cosas por ti?

—No lo planeé, solo... solo pasó. Y te equivocas en algo, Elizabeth, yo no jugué a enamorarte, tú me conquistaste.

Sonrío, pero no de verdad. Sonrío con mil punzadas atravesándome el pecho, mutilando mi cordura.

—Es suficiente, no quiero volver a verte, firma el maldito divorcio y sal de una puta vez de mi vida.

—¡Por favor! —Intenta acercarse, retrocedo.

Necesito irme, correr del filo del infierno en el que camino. Ya no lo soporto más, acomodo mi bolso, lo miro a los ojos y empuño mi corazón ahogando los sentimientos que habitan en él. Tengo que hacerlo y no hay marcha atrás.

Camino decidida, salgo de su habitación, apresuro mis pasos, bajo las escaleras visualizando una sola cosa, la salida. Atravieso el salón sin desenfocarme, estoy a punto de lograrlo, estoy a punto de dejar atrás al hombre que cambió mi vida para siempre.

Estiro mi mano alcanzando la puerta, pero sus dedos presionan mi cintura, gira mi cuerpo en un solo movimiento y estrella sus labios sobre los míos. Lo empujo con todas mis fuerzas, apenas se aparta. Quiero gritar y maldecir su nombre miles de veces, pero es él quien habla primero.

—No puedo despedirme de ti, Elizabeth, no podré nunca.

Abro la boca para decir no sé qué, pero de nuevo lo tengo presionando mis labios. Su mano derecha se pierde en mi cabellera suelta y la otra me mantiene pegada a él. Vuelvo a empujarlo pero no se mueve, sigue intentando abrirse paso entre mis dientes. No puedo evitarlo por mucho tiempo, mi cuerpo arde, mi sangre se convierte en lava. Me besa con desesperación, con necesidad, con un amor que lo tortura, que nos tortura a ambos.

Quiero golpearlo, separar su cuerpo del mío. Quiero odiarlo y poder decirle que ya no me importa, pero mi cuerpo cede, me traiciona, mi corazón se lanza sobre él. El beso es desgarrador y duele, pero poco a poco se va volviendo suave, cálido.

—¡Déjame hacerte el amor! —Apenas se aparta, lo miro—. Déjame amarte aunque sea una última vez.

Dos lágrimas zarpan de sus ojos claros. Mis mejillas se humedecen en fracciones de segundos. Quiero gritarle que no, que mi piel ya no lo extraña, que he superado sus caricias y que no sueño con sus besos cada noche. Quiero mentirle y hacerle creer que lo olvidé, que mis piernas no están

flojas por tenerlo frente a mí y que mi corazón ya no palpita en su nombre, pero no puedo porque lo hace.

—¡Hazlo! —Seco mis mejillas—. ¡Hazme el amor, Clark!

Se limpia el rostro, nunca lo vi llorar, pero lo hace. Me levanta como si fuéramos recién casados, sube las escaleras conmigo encima mientras no dejo de mirarlo, no lo consigo.

Me deja sobre la cama, se quita la camisa con lentitud y yo me deshago de mi abrigo y mis botas. De un momento a otro estoy de pie y Clark está sacándome la camiseta y el sujetador mientras nuestras miradas se funden. Cuando lo hace roza la piel de mis costillas y lo siento en todas partes.

Nos sumimos en un silencio, pero no es incómodo, nuestros cuerpos lo dicen todo. Estira su mano derecha y la posa en mi mejilla. Dibuja mi perfil con sus suaves dedos, se inclina y me besa de forma ligera.

Desliza su mano por mi nuca y desciende en cámara lenta por toda mi columna vertebral. Una caricia tan suave como un susurro, como un pequeño soplo, pero tan intensa como el fuego que se extiende y devora todo. Vibro, siempre que me toca vibro.

Mis manos rodean su cuello y mis dedos se engullen en las finas hebras de su pelo castaño. El olor de su perfume se mezcla con el olor a whisky y no sé por qué, pero me gusta. Nuestros labios se separan un segundo para tomar aire, pero vuelven a unirse necesitados, urgidos.

Sus manos bordean mi cintura y llegan al cierre de mis vaqueros tirando de él. La calidez de la piel de su tórax se siente la gloria en mis pechos desnudos. Su boca desciende por mi mentón hasta mi cuello. Sus caricias son suaves, sin prisas, pero llenas de tanto.

Me lleva hacia la cama y se incorpora un poco para verme. Sonríe sereno, calmado.

—Eres hermosa.

No digo nada. No siento que sea necesario.

Me saca los vaqueros y las tangas negras. Sus ojos brillan mientras me observa y se desprende de la ropa que le queda puesta.

Entonces sucede, se cierne sobre mí, cálido. Se estaciona en mis labios por tanto tiempo que duelen. Sus manos están por todo mi cuerpo dibujando caricias diferentes a las que solía dejar en mí, pero me gusta, joder, me gustan todas sus facetas.

La humedad de sus labios sucumbe ante mis pezones erectos, saboreándolos con dedicación, con anhelo, con ganas de llenarse de ellos. Una de sus manos perfila mi cuerpo con roces que flagelan mi juicio. No sabía que simples caricias podías llevarme al paraíso, el problema es que no son simples caricias, son promesas de amor... promesas que no se cumplirán.

Sus dedos alcanzan mi entrada y resbalan por la humedad que desprende mi cuerpo. Vuelve a mis labios hinchados y me besa. Mis manos pincelan su espalda y la mía se curva cuando realiza movimientos precisos sobre mis nervios del placer.

—¡Clark! —jadeo su nombre sobre sus labios cuando el placer me envuelve.

—¡Elizabeth! —Su voz es dulce, intensa.

Me mira, me mira como nadie me miró nunca, me mira como si el cielo reposara en mis ojos y quisiera tocarlo, pero no puede.

Estamos tan cerca y a la vez tan lejos. Su hombría se frota contra mí, siento que sus dedos me abandonan y sin darme cuenta gruño por ello. Sonríe llenándome el pecho de oxígeno. ¡Qué sonrisa tan bonita tiene!

Un segundo después su dureza patina sobre mi humedad y...

—¡Te amo! —musita cuando se hunde en mí.

Y justo ahí lo siento todo. Lo vivo todo, lo recuerdo todo. Los momentos juntos. Nuestras

risas, los besos que abrazaban el alma y esos ojos que ahora me miran suplicantes, amorosos, esperanzados.

Se mueve con firmeza, pero se toma su tiempo. Lo hace sin dejar de mirarme, de besarme, de implorar con la mirada que me quede, que estamos a tiempo, que quizá si extiendo la mano y tomo la suya podríamos ser felices.

Y entonces las emociones se mezclan y nos convertimos en todo lo que fuimos y lo que pudimos ser, forjando lo que ahora somos...

¿Y qué somos?

Somos piel, gemidos, promesas incompletas.

Somos alma, grietas y silencios rotos.

Somos dos corazones latiendo al mismo ritmo.

Somos los vestigios de una historia que tenía caducidad antes de construirse.

Somos latidos, ansias y esa pequeña estrella fugaz que muchos llaman ilusión.

Somos amor, un amargo y doloroso amor que nos sube en una nube y nos regala la luna mientras nos preparamos para caer por un precipicio.

Mi corazón se sacudecon fuerza mientras yo siento, vivo, padezco y emerjo del infierno en el queviví en su ausencia... Entonces dejo que pase, dejo que el mundo a mi alrededordesaparezca. Dejo que lo seamos todo, que nos embriaguemos de sentimientos quenos dejaran en la ruina y nos sacarán el alma, porque ¿qué se supone que pasacuando te lanzas desde lo más alto sin paracaídas? Te rompes, te conviertes en un fantasma que flota en la naday al final te extingues.

Capítulo 68

Clark

El sonido de algo al estrellarse en el piso me despierta. Estoy desorientado, miro rápido a mi lado y no está.

¡No pude haberlo soñado!

Salto de la cama, pero vuelvo a dejarme caer cuando el dolor de cabeza me apalea. ¡Por Dios!

Me restriego el rostro con las manos, parece que se me va a reventar el cráneo. Tengo que verla, tengo que saber que lo de anoche fue real. Me levanto, me pongo un bóxer con un pantalón deportivo y camino como puedo bajando por las escaleras.

Siento a alguien caminar por la cocina y sonrío. Avanzo con el corazón acelerado. Quiero correr hacia ella y abrazarla, pero la vida es malditamente cruel y termino estrellándome con la realidad, con la cruda realidad.

—¿¡Emily!?

Está tomando café y se gira cuando me ve.

—Vaya, hasta que al fin despiertas. —Mira su reloj—. Ya es mediodía.

Miro a todos lados, pero no la encuentro. Corro al salón de juegos sin tener éxito.

—¿Dónde está? —inquiero.

Emily arruga la frente.

—¿Quién?

—Elizabeth, ¿dónde está Elizabeth?

—¿De qué hablas?

—Estaba aquí. —Me desespero, corro al baño de abajo, no está por ningún lado—. ¿Dónde está?

—¡Clark! —Emily me toma del brazo—. No está aquí. He llegado hace casi una hora, abrí con las copias que te dejaste en casa el otro día y ella no estaba aquí.

La respiración se me vuelve pesada.

¡No puede ser! ¡No puede haberse ido!

Creí que me había perdonado o al menos que iba a intentarlo, creí que lo que vivimos anoche significó para ella lo mismo que para mí.

Me suelto y subo las escaleras. Entro a la habitación y busco una camiseta y un abrigo. Me siento en la cama para ponerme unas zapatillas deportivas, pero algo llama mi atención.

Los papeles del divorcio, que estaban guardados en un cajón, están sobre la mesa de noche. Abro la carpeta y su firma reluce en cada uno de los documentos. Hay una nota sobre el último papel. Lo tomo en mis manos y lo leo con el corazón en la garganta:

"La respuesta a tu pregunta es sí, sigo amándote, Clark. Sigo temblando en tus brazos. Sigo adorando esos ojos azules que me atraviesan, pero no puedo elegirte por encima de mí, de lo que ahora mismo siento. Sí, te amo, pero anoche entendí que el amor no es suficiente. Espero que algún día encuentres lo que necesitas. Adiós, Clark Holland".

Nunca sentí miedo en mi vida, ni siquiera cuando mi madre murió. Quizá porque ya sabía que, por su delicado estado, iba a morir. Pero ahora lo siento, lo vivo, lo padezco, me somete.

No puede ser posible. Me niego, me niego a perderla. Me niego a dejar de ver esos ojos grises que me dan vida. Cojo las llaves de mi auto y media hora después estoy tocando

incesante la puerta de su piso.

Ray abre la puerta y frunce el ceño cuando me ve. Sé que debo verme fatal, la cabeza se me explota, pero es lo último que puedo pensar.

—¿Dónde está? —Paso por su lado en dirección a su habitación.

—Se ha ido —dice caminado detrás de mí.

Entro a su cuarto, reviso su closet y no queda rastros de ella. ¡Nada! Es como si nunca hubiese estado allí, aunque su perfume sigue en el aire y me vuelve loco.

—No puede haberse ido, hoy es día de noche buena y ella se iba en año nuevo. —Camino, abro todas las puertas por haber queriendo obviar la realidad.

—Así era, pero ha llegado a las seis de la mañana diciendo que acababa de comprar un vuelo, que tenía que irse.

—¿A qué hora sale su vuelo?

—¡Clark!

—¿A qué hora sale su vuelo? —grito tomándolo por la camiseta.

Me mira fijo, suelta el aire y refunfuña entre dientes.

—A las dos de la tarde.

Lo suelto, miro mi reloj, aún tengo tiempo, pero cuando voy a atravesar la puerta la voz de Ray me detiene.

—Déjala ir.

Volteo a verlo.

—No puedo.

—Conozco a Beth más que nadie, si la dejas ir, si le das espacio y tiempo en algún momento va a perdonarte y quizá tengan una oportunidad, pero si la alcanzas y por alguna razón la convences de quedarse, puede que al principio las cosas parezcan funcionar, pero no es así. Si se queda con todas las heridas que tiene nunca va a perdonarte y peor aún, nunca va a perdonarse a sí misma.

Trago grueso. El dolor de cabeza retumba más fuerte y sus palabras parecen cuchilladas letales por todo el cuerpo. No digo nada, solo cruzo la salida y salgo corriendo.

¡Necesito encontrarla!

Un rato después estoy entrando al aeropuerto. Las salas están llenas de gente y yo reviso los vuelos. Doy con el que necesito y corro cuando justo hacen el primer llamado para abordar. Cuando llego la huelo, la siento, la vibro. Ni siquiera le veo la cara, pero la reconozco aún de espalda. Lleva una maleta grande y su bolso en el hombro. Está por pasar la seguridad y cuando intento seguirla los guardias me detienen.

—¡No puede pasar, señor! —Me retienen mientras la mujer que amo se va alejando poco a poco.

—Tengo que pasar... ¡Elizabeth! —grito, necesito que me escuche—. Por favor, déjenme pasar. ¡Elizabeth!

No me escucha, se aleja, se va de mi vida dejándome un vacío que me ahoga.

—Señor, no puede pasar, tranquilícese. —No me sueltan y yo me siento en una maldita cárcel.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! —grito alto desgarrándome la garganta. Es mi último intento antes de que se marche.

Entonces el tiempo se detiene, ella lo hace junto a él. No se da la vuelta, solo se queda allí, congelada.

—¡Elizabeth! —Vuelvo a soltar su nombre, desesperado.

Veo sus hombros encogerse, luego los deja caer y se gira. No puedo distinguir su mirada a tal distancia, pero estoy segura de que al igual que yo, apenas respira.

Parece tener una batalla interna. No se mueve por unos segundos hasta que se da la vuelva y sigue caminando volviéndome mierda.

Vuelvo a gritar su nombre pero me veo arrastrado por los de seguridad hasta dejarme en la entrada del aeropuerto con la advertencia de que no vuelva a entrar.

Duele, duele como el demonio. Se ha ido, Elizabeth se ha ido, la he perdido. Maldigo en voz alta y me halo el cabello por la frustración. Su ausencia me tortura, me mata, me entierra un puñal una y otra vez dejándome sin vida.

—¡Clark! —Su voz apenas es un susurro, un zumbido, una pequeña ola que se rompe.

Me volteo para encontrarme con su rostro cálido. Con la herida punzante colgando en sus ojos. No digo nada, solo la traigo hacia mí. La acuno entre mis brazos llenándome de su aroma. Regresando a la vida, sintiendo mi corazón volver a latir.

Sus manos se aferran a mi espalda con fuerza y ambos nos fundimos en un abrazo de esos que reconstruyen, de los que llenan vacíos, de los que resucitan, de los que albergan esperanzas.

—No voy a quedarme, Clark —asegura cuando me aparta.

—Lo sé —admito acariciando su mejilla.

No puedo evitarlo, mis ojos se nublan y sonrío apreciando sus ojos hipnóticos, sus labios que me vuelven loco.

—¿Entonces qué...?

—Solo vine a decirte algo. —Bordeo sus labios con mi pulgar.

—¿Qué? —Traga hondo.

La miro, la detallo. Memorizo cada trazo de ese rostro perfecto que sueño cada noche. Dibujo en mi cabeza sus largas pestañas, su nariz perfilada, ese lunar casi imperceptible en su mentón y esa expresión divertida que solía tener cuando hacía de las suyas.

Cuando salí a buscarla quería pedirle que se quedara, que lo intentáramos, que podíamos lograrlo, pero ahora que la veo tan frágil, que veo tantas heridas en sus pupilas, ahora que enfrento todos los crudos sentimientos que habitan en su mirada y que yo mismo provoqué, lo entiendo, tengo que dejarla ir.

—Que te amo como no creí que se pudiera amar. Que quiero que seas feliz y por eso... por eso te dejo libre. —Sonrío sintiendo mi corazón deshacerse. De sus ojos salen lágrimas gruesas y su labio inferior tiembla, es fuerte, pero yo la he roto y no la merezco—. Vete, Elizabeth, sana. Y si algún día te sientes lista y quieres volver a mí, ven, yo te esperaré y te juro que dedicaré el resto de mi vida a quererte, a cuidarte, a caminar el mundo de tu mano y hacerte sonreír. —Intento borrar sus lágrimas y es en vano—. Pero si por el contrario conoces a alguien que de verdad te merezca, alguien que te construya un universo solo para ti, no que destruya tu vida. Si encuentras a un hombre que te mire a los ojos y te abrace solo con la mirada. Que te cubra el alma a punta de besos y que se maraville con tu fuerza, belleza e inteligencia. Si algún día ríes junto a alguien y sientes que ya no duele

nada, que su compañía te hace feliz, no lo dudes ni por un segundo, hazlo, olvídame, bórrame de tus recuerdos, sé feliz, Elizabeth, sé feliz y no mires atrás.

—Clark... —No puede continuar, su pecho se sacude con su llanto, el mío se contrae soltando los pedazos de mi alma mientras mi rostro se humedece sin que pueda evitarlo. .

—Te amo, Elizabeth, te amo como un demente y sé que soy un idiota que no te merece, que no merece tu perdón, pero si un día te despiertas y me extrañas. Si una mañana el sol te levanta y sientes que ya no te duelo, que has podido perdonarme y sigues amándome, vuelve a mí, te estaré esperando. ¡Lo juro!

No responde, pero se inunda en lágrimas, y joder, me destruye seguir viendo la decepción y la herida sangrante en su mirada. Se inclina, deja un beso suave en mis labios y se aparta. Coge el mango de su maleta y sonríe con el rostro empapado.

—Adiós, Clark.

—Hasta siempre, Elizabeth.

La veo irse llevándose consigo mi corazón. Me duele todo, nunca me sentí así. Siento como si cada músculo de mi cuerpo se rompiera. Como si mis pulmones fueran desollados, como si en mi pecho hubiese una bomba que acaba de explotar.

Me limpio el rostro que refleja el dolor que estoy sintiendo. Subo al *Corvette* y conduzco sin alma. Elizabeth me ha dejado vacío y lo merezco. Piso el acelerador, nunca rebasé el límite de velocidad, pero hoy hago mucho más que eso... corro velozmente. Entonces entiendo por qué ama tanto conducir con rapidez.

Doy un volantazo, me meto en una curva y entonces pienso en ella, en nosotros, en el amor visceral que hace fricción en nuestros cuerpos a pesar de la distancia y en todo lo que pudimos ser.

Pienso en ella, en su dolor, en lo destrozada que estaba cuando me dio la espalda. Pienso en nosotros, en las cenizas que quedaron de nuestro «tal vez». Pienso en si algún día nuestros caminos volverán a cruzarse o si alguna vez volveré a sentirme vivo.

Se fue, se marchó, se esfumó de mi vida.

¿Quién eres? Me pregunté cuando la vi por primera vez en una fotografía mientras planeaba mis pasos, hoy tengo la respuesta.

Elizabeth, un relámpago, un rayo que cae una sola vez en la vida.

Elizabeth, un torrente de energía, una ráfaga de viento cálido.

Elizabeth, un beso que adsorbe y que llena al mismo tiempo.

Elizabeth, un tsunami, una lluvia en pleno verano.

Elizabeth, un voraz incendio, un atardecer de primavera.

Elizabeth, la mujer que amo, el «te quiero» pronunciado tarde.

Elizabeth, un quizás que no pudo ser, una historia agrietada.

Elizabeth, mi todo que se convirtió en nada.

Las ruedas de mi auto chillan cuando freno de golpe delante de mí edificio. No salgo, solo me quedo allí, incapaz de subir a ese *penthouse* donde me enamoré de ella.

Recuesto mi cabeza en el asiento y respiro su ausencia. Es lo mejor, lo sé, al menos para ella. La dejé volar y me quedé mirando cómo extendía sus alas y se alejaba de mí. Curiosamente hoy entendí que de eso se trata el amor, de apreciar el vuelo de la persona que amas, de dejarla ser libre, de invitarla a sonreír aunque su sonrisa ya no lleve tu nombre.

Cierro los ojos, revivo ese último momento antes de que se perdiera entre la multitud y la beso mil veces en mi cabeza. Sonrío porque sé que es fuerte, sé que estará bien. Sonrío

recordando la forma en que sus labios se curvan con la esperanza de que pase lo que pase, ella sea feliz.

Dicen que el que juega con fuego se quema, ¿no? Pues hoy soy solo cenizas.

Capítulo 69

Beth

18 de febrero

El pobre Rocco está rojo, casi se asfixia con la cerveza. Sigue tosiendo tratando de recomponerse mientras yo estoy petrificada. No me lo esperaba, sinceramente no me esperaba esa noticia.

—¿Qué has dicho? —pregunto a la mujer que está frente a mí, mirándome cauta.

Rocco nos mira desde su altura, está de pie, nosotras estamos sentadas en cojines en el piso comiendo pizza. Yo con una copa de vino en el aire porque iba a tomar un trago cuando mi hermana lo soltó. Sí, sigo siendo adicta al vino tinto.

—¡Estoy embarazada! —Sus ojos bajan a sus tobillos y yo no puedo dejar de mirarla—. Estoy embarazada, tengo ocho semanas, no sé quién es el padre ya que ni siquiera puedo identificar su rostro porque me lo cogí en un baño oscuro de un bar mientras estaba ebria. —Se limpia una lágrima—. Me conoces, sabes que no soy ese tipo de persona, pero era año nuevo, tú no estabas, me sentía sola y cansada. Yo tomé como nunca y perdí la cordura... Pienso tenerlo, Beth, pienso tener a mi bebé.

Trago hondo. Tiene razón, ella no es así. Ella es de las mujeres que siempre han creído en el amor. De las que sueñan con un príncipe azul, por eso me sorprende, pero no la juzgo, no soy quién para hacerlo.

Empieza a llorar y me acerco para abrazarla. Deja que la rodee y solloza.

—Oye, estoy aquí, vamos cuidar de ese pequeño monstruito que llevas en el vientre —digo, se aparta, me mira sorprendida y luego sonríe.

Yo me quedo congelada por un momento. Miro su rostro, bajo la mirada a su vientre y vuelvo a sus ojos.

—¡Dios! —agrego—. Voy a hacer tía.

—Y yo seré madre, madre soltera. —Mira a la nada un instante como si estuviese asimilándolo—. Mi bebé no tendrá padre.

—Oye... —Rocco se sienta a su lado y la abraza por los hombros—. ¿Dónde me dejas a mí? —Le sonríe haciéndole una caricia en la mejilla—. Yo seré el padre, el parcero, el padrino y hasta la madre, es más, yo seré lo que sea que necesite el chino.

—¿chino?

—Así le decimos a los niños en Colombia.

Niego con la cabeza y los tres sonreímos. Miro al colombiano que hace un bailecillo aún sentado. A veces me pregunto cómo puede ser tan tierno. Hace un tiempo supe que ya no tenía solo un gran amigo como lo es Ray, ahora tengo dos y los quiero en mi vida para siempre.

Quizá ese para siempre sí exista, no como el de él y yo. Él, mi pasado. Él, mi herida que no termina de sanar. Él, sigue siendo él.

29 de mayo.

—Deja de chillar que me vas a reventar los tímpanos —demando.

Mi hermana hace un puchero y vuelve a soltar un grito con la revista en la mano. Yo ladeo la cabeza mientras Ray, Loly y Rocco ríen ante la escena.

—Es que no me lo puedo creer, has vuelto a ganar el premio a mejor campaña publicitaria. No puedo creer que tu cara esté en la revista más importante de Gold City.

Me froto el puente de la nariz y niego con la cabeza. No puedo creer que mi hermana y mi mejor amigo hayan venido de la ciudad que dejé atrás con esa revista solo para felicitarme. Para

compartir conmigo.

—Por Dios, es solo un artículo —aclaro cuando me tomo el último sorbo de mi taza de café dejándola en la mesita del centro de los muebles.

Miro a Addy y sonrío, parece niña chiquita de lo feliz que está, no se sienta. Su figura ha cambiado, el vientre abultado se le ve precioso. No puedo creer que mi pequeña hermana vaya a ser madre. Bueno, no tan pequeña, tiene veintitrés años.

—Siéntate, mujer, te va a dar algo —le pide Ray sentado en el sofá frente a mí.

No puedo verle la cara porque mi hermana me tapa la visión, pero por el tono de su voz sé que sonríe.

—Déjala, cachimba —alega Rocco.

Loly lo mira.

—Tú siempre tienes una palabra nueva. ¿Por qué no hablas como la gente? No se te entiende nada.

—No seas así. —El colombiano se hace el ofendido—. No tengo la culpa de que yo tenga un vocabulario más amplio que tú.

Su sonrisa me hace sonreír a mí también. Loly rueda los ojos, se levanta y se despide de todos. No me sorprende que Rocco se levante y se vaya detrás, últimamente lo veo muy interesado en ella y aunque a veces se moleste, Loly babea por él. Los observo mientras salen por la puerta discutiendo.

—¿Oye, qué te pasa? —pregunta Ray haciendo que me enfoque en mi hermana que se ha quedado callada mirándome con los ojos del gato con botas.

—¡Addy! —Frunzo el ceño cuando veo que viene a mí y se sienta a mi lado.

—No has visto la portada de la revista, ¿cierto?

Sacudo la cabeza. La verdad es que no. Sí sabía que saldría en ella, ya que me pidieron que les enviara una fotografía y me hicieron algunas preguntas, pero al no vivir en la misma ciudad, de hecho en otro país, mi ejemplar aún no ha llegado.

—No, solo he visto lo que me has mostrado. Ni siquiera la has soltado desde que tú y Ray llegaron hace una hora. Por cierto, ¿puedes estar viajando? ¿No le hace daño a mi sobrina? —Paso mi mano por su vientre. Se ve tan hermosa.

—Apenas llego a los cinco meses, estamos bien—. Suspira dramáticamente—. Quiero leerte algo, pero por favor, no me interrumpas. ¿Vale? —Asiento sin entender nada. —¡Promételo!

—Lo prometo, pero qué...

Me quedo sin palabras cuando cierra la revista y veo la portada. Visualizo al hombre de traje gris y mirada envolvente que lleva las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa ladeada que me deja sin aliento:

"Clark Holland, una vez más el empresario del año"

—Addy, no...

—Lo prometiste —alega y busca una página en donde hay otra foto con otro traje azul oscuro que le queda como un guante. ¡Joder!

Addy empieza a leer:

Clark Holland, uno de los hombres más importante de la ciudad, vuelve a alzarse como el empresario del año. El joven hombre de negocios lleva casi diez años al frente del imperio que lleva su apellido, convirtiéndolas en las empresas más prósperas e importantes en todo el

mundo. Las empresas Holland han extendido su mercado y desde hace casi un año son propietarios de la marca de maquillaje Green Love posicionándola en el top cinco de las más famosas a nivel mundial.

Clark Holland, además de ser un hombre exitoso en el ámbito laboral, se ha visto en el foco de la prensa ya que el veintiuno de septiembre del año pasado contrajo matrimonio en secreto, y de improviso, con la joven publicista Elizabeth Shaine, ganadora de varios premios por su exitoso trabajo. Sin embargo, llama la atención que la misma haya salido del país tres meses después de su matrimonio y desde entonces no se les ha visto juntos. Cierto rumores aseguran que la hermosa pareja ha puesto fin a su relación mientras otros alegan que solo han querido mantenerla fuera de la prensa.

La realidad es que actualmente se desconoce su estado su civil ya que ninguno de los dos ha hablado al respecto, sin embargo la semana pasada se le vio al hombre de negocios cenando con una hermosa mujer en el restaurante más caro de lo ciudad, reforzado así los rumores de separación con la guapa cobriza.

Pese a todo lo que se dice, hay algo que podemos asegurar y es que ambos están teniendo bastante éxito en su vida laboral. ¿Será cierto que la parejita terminó y que Holland tiene un nuevo amor? ¿Las féminas tendrán oportunidad para entrar al corazón del guapo y exitoso Clark Holland?

—¡Suficiente! —No quiero escuchar más—. ¿Por qué me lees esto?

—Porque sé que lo sigues queriendo, Beth.

Ruedo los ojos aunque el pecho se me calienta.

—El tiempo ha pasado, Addy.

—¿Eso qué significa?

—Significa que no quiero seguir hablando del tema.

—Beth...

—¿Cuándo te ha dicho el médico que nace mi sobrina?

Esquivo el tema, Addison no puede entenderme. Resopla resignada y veo que Ray me mira y sonríe de medio lado.

La tarde avanza sin premura, es una tarde de domingo y me siento genial de tener a las personas que quiero cerca. Me encantaría que mi hermana se mudara conmigo, pero no quiere. Ama su trabajo y allí conoce grandes artista. Supongo que eso la entretiene. Estoy segura de que es la última vez que viaja hasta acá. No creo que pueda volver a tomar un vuelo de diez horas en su estado.

Se supone que todo está bien. Que tengo el trabajo de mis sueños, que estoy ahorrando para comprarme el auto que tanto quiero y que he dejado todo atrás, incluyendo a Clark y el dinero que quiso poner a mi cuenta y no permití, pero entonces, ¿por qué tengo una colmena que se revuelca en mi pecho desde que Addy leyó ese artículo? ¿Me olvidó? ¿Tiene un nuevo amor?

¡Eso no debería de importarte!

Lo sé, joder, lo sé, pero es más fuerte que yo.

****

Estoy en el balcón mirando la ciudad de Lúdhex dormir bajo las luces de las lámparas. Miro el reloj que tengo en la mano izquierda, son las doce de la noche y no tengo sueño. Addy se acostó hace horas y supongo que Ray también porque tengo rato que no lo siento. En dos días regresan

a Gold City y no quisiera que se apartaran de mí, pero la vida es así.

Mi nuevo piso es grande. La agencia lo paga y me gusta. El clima también es agradable y puedo decir que esta ciudad me ha hecho bien, pero hoy siento un sabor amargo sobre mi lengua.

Apoyo mis brazos en la baranda, me llevo la cerveza a la boca, tomo un trago y pienso... pienso en el ayer, en las lunas que he pintado en mi memoria con cada uno de nuestros recuerdos. Pienso en sus ojos, en su sonrisa y en las noches en las que navegaba en su piel hasta flotar en las nubes. Pero también pienso en las mentiras, en las promesas que nacieron y murieron aquella mañana cuando supe la verdad. Pienso en sus razones, que nunca justificarán lo que hizo, pero las entiendo porque el dolor y la rabia no siempre son buenos consejeros. Pienso en todo, en lo que fuimos y en lo que dejamos de ser, pero extrañamente ya no duele tanto. Ya no quema tanto. Ya no me asfixia tanto. Ya no me maltrata ni me consume tanto.

—¿Lo has hecho, cierto?

Me sobresalto.

—Ray, por Dios, ¿quieres que me lance de este sexto piso del susto?

Ríe.

—Supongo que estás en otro planeta. ¿O me equivoco?

—No sé de qué hablas. —Me tomo otro trago, vuelvo a apoyar los brazos en la baranda y él hace lo mismo.

—Sí lo sabes. ¿Lo perdonaste, cierto?

Me aferro al silencio, a la calma que me arropa cuando la brisa sopla acariciando mi alma. Me aferro a los recuerdos bonitos que viví a su lado y que siguen abrazados a cada fibra de mi piel. Me aferro a los meses que he vivido aquí y que poco a poco me han hecho recuperar el aliento. Me aferro al tiempo, a ese que arrastró mi corazón sobre vidrios roto haciéndolo sangrar hasta arrancarle la piel, pero también al que me ayudó a menguar el dolor, sanar mis heridas y asesinar la furia que corría por mi sangre.

¡Estoy bien! Pienso *¡No tengo por qué mirar atrás!*

Siento el brazo de mi mejor amigo posarse sobre mis hombros, llevándome hacia él. Deja un beso en lo alto de mi cabeza y me permite escuchar la melodía que crea su corazón al latir.

—Creo que Addy tiene razón, lo sigues amando.

Respiro. Me termino el líquido de la botella sin apartar la vista de la majestuosa ciudad. Las estrellas están ocultas y la luna apenas es un diminuto faro observado a millones de kilómetros.

—¡Gracias! —musito sin mirarlo a la cara.

—¿Por qué?

—Por siempre estar.

Esta vez me rodea con ambos brazos y yo hundo la cara en su pecho llenándome de ese aroma que conozco bien. Ray es mi lugar seguro, la esperanza de que todavía queden almas hermosas en este mundo en donde tener fe en las personas es enterrarse una daga en el estómago a sí mismo.

Levanto el rostro y enfrento su mirada llena de ese amor fraternal con la que me mira desde que tenemos cuatro años.

—Sé que no te lo digo a menudo, pero... te quiero, Ray, te quiero mucho.

Curva sus labios en una sonrisa y sus ojos se empañan.

—Yo también te quiero, Beth, y sin importar todos lo kilómetros que nos separan, nunca voy a

dejarte sola. ¡Nunca!

Vuelvo a abrazarlo. Vuelvo a sentirlo apretarme contra su cuerpo y me refugio de mis dudas sobre esas heridas que se convirtieron en cicatrices. Sobre esa pregunta hecha por mi mejor amigo y sobre esa respuesta que acabo de tragarme.

14 de Julio

Mis pasos suenan en el piso de la oficina, pero son opacados por montones de aplausos que me apabullan. Me quedo sin aire cuando veo a toda la oficina reunida en el salón de exhibición.

Veo a Rocco venir a mí con una sonrisota en la cara.

—¿Qué... qué pasa? —pregunto cuando me abraza.

—¿No te has enterado? —Niego al separarme—. Pues has ganado los dos premios internacionales a los que estabas nominada con la campaña Imperfect Woman.

¡Genial! ¡Otra vez la campaña de Clark!

—Ahhhh

—¿Ahhh? —Frunce el ceño—. Que te has ganado los premios. Estarás en todas las revistas de negocios y publicitarias.

No me da tiempo a responder porque todos vienen hacia mí. Me llenan de abrazos, felicitaciones y elogios. Los recibo con gusto, pero uno a Rocco y a Loly a la algarabía, después de todo ellos trabajaron duro conmigo en ese proyecto.

El día pasa rápido. Me llenan de regalos, flores y el señor Mario incluso me obsequia un Merlot ya que ha notado que en las reuniones fuera de la empresa suelo consumirlo con gusto, la verdad es que sí.

A media tarde estoy revisando un correo cuando alguien toca.

—¡Adelante!

La puerta se abre y don Mario aparece frente a mí con una sonrisa liviana.

—Hola, Elizabeth —saluda amable. Voy a ponerme de pie para recibirlo, pero me hace una señal para que me quede en mi lugar, él se sienta en la silla frente a mi escritorio—. Trabajando, eh.

—Sí, hay mucho trabajo. Sobre todo con los nuevos autos que han llegado. Están geniales. – Me emociono.

Me sonríe y yo me sonrojo. Sé que he de parecer una niña cuando hablo de coches.

—Lo siento, yo...

—No te disculpes, cariño, sé cuánto te gustan.

Me gusta su voz, es suave y calmada, como un hombre lleno de experiencia y por alguna razón siento su instinto paternal hacia mí.

—¿Necesita algo? —inquiero.

—En realidad sí. —Se acomoda en su lugar—. Verás, Elizabeth, desde que llegaste aquí has hecho un estupendo trabajo y estoy orgulloso de ti. Siempre trabajas horas extras y eso es admirable, pero... —Hace una pausa que me crispa los pelos—. Pero quiero darte un consejo que creo oportuno. —Asiento—. La vida no es solo trabajo, Elizabeth, eres una chica muy joven, bonita e inteligente, pero no veo que estés disfrutando tu juventud.

—Don Mario...

—¡Déjame terminar! —Se inclina sobre la mesa—. Mira, cuando llegaste aquí supe que estabas herida y era más que evidente que alguien te había roto el corazón, por eso no te dije

nada cuando te veía matándote de tanto trabajo. Supe que era tu forma de reconstruirte, pero puedo verlo en tus ojos, Elizabeth, ya estás sana. Ahora es hora de que tú también lo veas y decidas volver a vivir. Sal, disfruta y si tienes que volver a donde eras feliz para volver a serlo, pues hazlo. La vida es una sola y el tiempo que perdemos jamás regresa, jamás.

Abro la boca para hablar, pero vuelvo a cerrarla cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea qué decir. El señor Mario se levanta, me sonríe y sale despidiéndose con la mano. Yo hago lo mismo incapaz de articular palabra.

20 de septiembre

Dejo mi bolso sobre el sofá cuando llego de la oficina. Es la una de la tarde del sábado y por eso he llegado temprano a casa. Miro los cinco sobres en mi mano, he recogido mi correspondencia. La mayoría son facturas, pero uno llama mi atención. Es de color amarillo pálido y el remitente hace que mi corazón se acelere. ¡Ben!

Dudo en abrirlo, pero termino haciéndolo cogiendo aire.

Hola, Beth.

Lo sé, te preguntas qué rayos hago escribiéndote y tienes razón, no merezco ni siquiera el beneficio de la duda, pero no tienes idea de cuánto me costó escribir estas líneas.

No vengo a pedirte que me perdones, es demasiado pedir y la verdad yo no lo merezco, solo quiero que entiendas algo. Lo siento, lo siento muchísimo. No merecías la forma en que te traté y June mucho menos.

No tengo justificación, pero según mi psicóloga tengo problemas de dependencia emocional y un tipo de trastorno de personalidad, ligado a mis problemas con el alcohol. Sí, tengo una psicóloga en una cárcel. Mi hermano Stick me ha ofrecido ayuda y la he aceptado porque gracias ti entendí que la necesito. Según él puede que salga en unos meses y eso me entusiasma.

¿Sabes? Desde que éramos niños Clark y Stick se llevaban muy bien. Creo que desde entonces odié a mi primo porque de algún modo sentí que me quitaba algo que me pertenecía: Mi hermano.

Luego la madre de Clark murió y mi abuela, que siempre me prefirió a mí, empezó a prestarle más atención a él. Lo preparó para ser el gran empresario que es hoy y a mí me dejó de lado solo por ser el menor. Ahí lo odié más. Los celos me mataban. Entonces llegó June, era preciosa y dulce. Clark y ella empezaron a salir a escondidas, lo supe siempre.

Lo detestaba. Era un malnacido que tenía todo lo que yo quería. Me empecé a sumir en el alcohol. Tomaba todos los días mientras los veía ser felices desde mi esquina gris. Una noche Clark salió temprano y June se quedó en una sesión de fotos. Cuando terminó de trabajar se quedó hasta tarde recostada en un sofá de su camerino hablando por el móvil con mi primo y cuando pretendía salir algo me pasó por la cabeza. Estaba muy ebrio, la vi sonreírme con amabilidad y algo se me apretó en el pecho. Fue como si otro ser me poseyera, mi mente se nubló y cuando quise darme cuenta le había hecho daño.

Quise contárselo a Clark, intentar pedirles perdón a ambos porque no estaba en mis cabales, pero la abuela me dijo que no me perdonaría y tenía razón. Por casualidad se enteró de lo que hice, no supo que la chica que había lastimado era su novia. Stick me cubrió. Quise pedirle ayuda, esa noche entendí que tenía problemas con el alcohol, pero él solo me echó como un perro sarnoso. Tal vez sí lo merecía, pero era mi familia y necesitaba su ayuda. Solté un grito de ayuda para que alguien me tendiera la mano y lejos de eso, me hundieron aún más.

De nuevo, no te pido perdón. Soy consciente del desgraciado que soy, solo quiero que sepas lo que me trajo a terminar de convertirme en un hijo de puta, porque lo soy.

Te amé, Beth, te amé desde ese día en que te vi tan ebria en el bar que tuve que llevarte a tu piso y cuidarte. Creí que tú podías llenar todos los vacíos que tuve por tantos años. Me aferré a ti como mi tabla de salvación y cuando terminaste conmigo perdí el rumbo. Volví a ser lo que era. Un ser miserable.

Solo te escribo para agradecerte porque fuiste tú quién me regaló los mejores momentos de mi vida y aunque sé que nunca me amaste, por un tiempo fui feliz a tu lado.

También quiero despedirme. Me ha costado mucho pero entendí que te hice daño. Que hice daño a todos y que ahora tengo que pagar las consecuencias de mis actos y estoy dispuesto a aceptarlo. La verdad no sé si seré una mejor persona después de todo esto, quizá seguiré teniendo el corazón podrido. Tal vez siga odiando a Clark por haberse quedado con tu amor, ese que me correspondía. ¡No lo sé! Solo sé que te digo adiós, que intentaré apartarte de mis pensamientos y que sepultaré lo que siento por ti. Es increíble que el tiempo no sea suficiente para arrancar los sentimientos. ¿No?

En fin, adiós, Beth. Espero que seas feliz, aunque sinceramente ojalá no sea al lado de Clark.

Ben

Termino de leer y suelto todo el aire que guardé con cada oración. Es evidente que Ben tiene problemas y en serio me alegro que aceptara ayuda. Yo tampoco sé si lo logrará y la verdad a esta altura de la vida ni siquiera sé qué siento hacia él. Pero hay algo que me quedó sonando y es eso que escribió casi al final de la carta. «Es increíble que el tiempo no sea suficiente para arrancar los sentimientos» Tal vez es lo mismo que me pasa a mí.

¡Ben! ¿Cómo pude pasar tanto tiempo contigo?

Recuesto mi cabeza en el respaldo y respiro hondo. Por alguna razón siento que me quité un paso de encima. Mi móvil suena a mi lado y sonrío al ver que es mi mejor amigo.

—Hola...

—Addy ha entrado en labor de parto.

Me quedo helada y de inmediato escucho un grito a lo lejos.

—¡Ahhhhhhhhh! Joder, esto duele demasiado. Me estoy rompiendo.

Esa es mi hermana.

—Dios, pero... —Intento decir algo.

—Coge un vuelo, Betty. Vamos a la clínica. ¡Adiós!

—Pero...

Cuelga sin dejarme decir nada. Yo me quedo como idiota mirando la pantalla sin poder reaccionar.

—Voy a ser tía —susurro—. ¡Voy a ser tía! —grito alto y en menos que nada llamo a Mario y le explico lo que sucede. Es un hombre extraordinario y lo entiende.

Compro el primer vuelo que encuentro, sale en tres horas. Hago una pequeña maleta y cuatro horas después, gracias al retraso, estoy en el avión con la emoción a flor de piel. ¡Voy a ser tía! ¡Voy a conocer a la pequeña Alanie!

El vuelo es bastante tedioso y no me doy cuenta de que he vuelto a la ciudad de dónde salí hace nueve meses hasta que el aire fresco se me cuela por la piel.

Son las seis de la mañana y me dirijo directamente a la clínica en donde espero conocer a mi

sobrina. Llamo a Ray, pero su móvil está apagado. Y ni me molesto en llamar a Addy porque no va a contestar.

En media hora estoy entrando a la clínica, arrastrando una maleta y buscando como loca a mi hermana. Nadie tiene información y una chica me tiene quince minutos corriendo de un lado a otro hasta que doy con Ray que está con Emily en un pasillo, abrazados.

Como si pudiera sentirme, se gira a verme y sonríe pese a que tiene lágrimas en los ojos. Corro hacia él, suelto mi maleta y me estrello sobre su cuerpo. Me sostiene, siempre lo hace.

—¡Ya eres tía! —susurra en mi oído—. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

El corazón me palpita con rapidez. Quiero verla. Me aparto de mi mejor amigo y veo todas las dudas en el rostro de Emily que me mira como si no supiera si saludarme o no. Desde que me fui de esta ciudad no he vuelto a verla y la verdad me alegra tenerla en frente.

—¡Elizabeth! —Agacha la cabeza un segundo y luego me mira a los ojos.

No dejo que diga nada más. Me acerco y le doy un abrazo, tarda en corresponderme, pero lo hace. Cuando me separo veo que sonríe.

—Me alegra mucho verte —dice sincera.

—A mí también. —Aprieto su mano y cuando escucho un llanto de bebé la suelto corriendo a la puerta más cercana donde asumo está mi hermana. En efecto allí está y en sus brazos lleva una pequeña bola de carne rosada.

Tiemblo mientras avanzo. Sus ojos se clavan en los míos. ¡Llena! Mi hermana está llena. Llena de amor, de felicidad, de alegría. De sentimientos tan bonitos que hasta a mí se me arruga el alma cuando la observo.

—Es preciosa, Beth. Es la cosita más hermosa que he visto en toda mi vida.

Me siento en un sillón que está a su lado y limpio un par de lágrimas que zarparon sin que me diera cuenta. No creí que se pudiera llorar de felicidad, pero aquí estoy, apreciando la carita de la pequeña Alanie y derritiéndome de amor.

—Es... Dios, es tan bonita.

Estoy embobada, no puedo dejar de mirarla. Veo los mechones negros que se le escapan de su gorro y Dios, ¿cómo puede ser alguien tan preciosa?

Miro a mi hermana. Se ve cansada, pero brilla. Sus ojos brillan como dos estrellas en lo alto del cielo azul. Me acerco y dejo un beso en la frente de Addy como muestra de que la amo con todo mi corazón.

—Alanie Shaine, bienvenida al mundo —musito dejando una pequeña caricia en sus mejillas regordetas y como si me escuchara, sus ojos se abren deteniéndome el corazón.

—¡Madre mía! —decimos mi hermana y yo al mismo tiempo.

Verde, sus ojos son verde esmeralda. Debe haberlo sacado de su padre, el desconocido, al igual que ese pelo azabache. Nunca vi unos ojos más bonitos.

La mañana avanza entre arrumacos, besos y sonrisas. Tomo a mi sobrina en brazos y siento que toco el cielo. Ayudo a mi hermana a ducharse y a, según ella, verse presentable. Emily, Ray y yo las consentimos en todo momento. E incluso nos peleamos por cargar a la pequeña. Addy termina enfadada porque su hija tarda en volver a sus brazos.

—Que me devuelvan a mi hija —hace puchero—. Me he tardado más de diez horas para parirla, joder.

Se la quito de las manos a Ray que le hace caras y se la devuelvo a mi hermana.

—¿Diez horas? Creí que había nacido anoche.

—No. Nació a las dos de la madrugada del veintiuno de septiembre —dice orgullosa.

El corazón me golpea. Debe ser una broma.

Cumple años el mismo día que Clark. ¡Clark cumple años hoy!

—Igual que Clark —salta Emily.

Me esfuerzo por ignorar el golpeteo de mi corazón. La miro y noto que se arrepiente de lo que dijo como si decir su nombre en mi presencia fuera a romperme.

—Lo siento —agrega.

—¿Por qué? —inquiero—. No me voy a morir por escuchar su nombre y la de su nueva novia.

No sé a qué carajos vino eso, tal vez porque hace una semana me topé con un artículo en donde decía que se le había vuelto a ver con la misma mujer y en el mismo restaurante.

Veo que Emily abre la boca para decir algo, pero en ese instante abren la puerta y un despliegue de varios arreglos de globos, peluches, flores y frutas atraviesan la puerta.

Ray y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Es una forma de comunicarse. No ha sido él y tampoco yo. Ambos miramos a Emily.

—¿Qué? —Alza los brazos —. No he sido yo.

Todo es precioso. Una osa gigante lleva el nombre de mi pequeña sobrina. Los hombres que traen los arreglos se marchan y corro a buscar una tarjeta que está en las flores. Mi hermana me mira y asiente para que la lea en voz alta. Al parecer ella tampoco sabe quién ha sido.

«Muchas felicidades, Addison, estoy seguro de que tu hija será muy afortunada de tenerte como madre. Clark Holland»

La voz me tiembla cuando digo su nombre. *¿Por qué carajos me pasa esto si ha pasado tanto tiempo?*

Observo a mi hermana bajar la mirada y sé que me oculta algo.

—¡Addy! —Llamo su atención.

Vuelve a mirarme, suelta el aire y se rinde. Sabe que la conozco demasiado bien.

—Somos... —duda—. Somos amigos desde hace un tiempo.

Ray y Emily la miran sorprendidos. Yo sigo sin entender nada.

—Cuando regresé a casa después de que Ray y yo fuimos a felicitarte por el premio y te leí ese artículo, fui a buscarlo. Quería saber si ya te había olvidado después de todo lo que dijo amarte y después de todo lo que te hizo. Ese día me aclaró algunas cosas y me pidió perdón a mí también por haberte lastimado. —Hace una pausa, yo apenas respiro—. Se ha portado muy bien conmigo desde entonces. A veces quedamos para conversar un poco.

—Creo que es mejor que las dejemos solas —dice Ray, guiando a su novia a la salida.

Yo sigo en shock, no me puedo creer que mi hermana haya hecho algo así, aunque no me sorprende, puede creerse cupido.

—Addy, ¿cómo hiciste eso? ¿Estás loca?

—Lo siento —hace ojitos, casi rio, pero estoy enfadada.

—No me importa que sean amigos si es lo que tú quieres, pero no que me metan en medio y conociéndote sé que así es.

—No, te juro que no le cuento nada de ti a excepción de que estás bien. ¡Te lo juro!

Le creo, Addy me ama y es fiel a mí. Alanie llora y mi hermana se mueve torpe para amamantarla. En cuanto veo la imagen se me va todo el enfado.

Si soy sincera nunca quise tener hijos hasta que tuve uno en mi vientre. Y cuando lo perdí, y con él la posibilidad de ser madre, sentí que me faltaba un pedazo de mí. Hoy miro a mi hermana y a mi sobrina y sonrío sintiendo que se ha llenado ese hueco. No siento que me falte nada más. ¿O sí?

25 de noviembre

Me acurruco en la cama. Es viernes, es mi cumpleaños y tengo que ir a trabajar. No quiero ir. Desde que volví de Gold City no hago más que extrañar a Ray, Addy y mi pedacito de cielo que tiene ojos verdes. Solo pude quedarme una semana a cuidarla, el trabajo nunca aguarda y como me la pasé todo el día en mi piso, que ahora es suyo ya que Ray se fue a vivir con Emily, no vi a nadie que no quería ver.

Me deja tranquila que Ray decidió quedarse dos semanas más en ese piso para cuidarla hasta que estuviera más fuerte y que aparte de ello siempre estará pendiente de ella.

Recibo un mensaje, es de mi hermana. Me desea un feliz cumpleaños y se lamenta por no poder pasarlo junto a mí. Le digo que no pasa nada y le recuerdo que ellas son lo más importante en mi vida. Quedamos para hablar por videollamada más tarde.

Suelto el móvil y me preparo para ir a trabajar. Con Ray hablé desde medianoche hasta las dos de la madrugada, quería que viajara, pero no puede y lo entiendo.

Me hago un café cargado y lo guardo en un termo. Llevo un traje gris de pantalón con una camisa blanca y zapatos de tacones anchos.

Cuando abro la puerta las caras de Rocco y Loly aparecen frente a mí. Están abrazados y llevan un montón de globos que dicen feliz cumpleaños.

Niego con la cabeza y me les lanzo abrazarlos. No sé por qué, pero necesito ese abrazo. Me estrechan contra sus cuerpos y me hacen sentir querida. Yo misma me siento feliz de verlos juntos, sí, juntos. Tantas peleas terminaron por hacerlos reaccionar y darse cuenta de que se gustaban. Algo que me llena el alma, ambos se merecen ser felices.

—Vaya, mi leona, estás guapísima, lista para matar. Tienes que echar un polvo esta noche, lo necesitas.

Ruedo los ojos mientras Loly le da un puño en los hombros.

—¿Cuándo vas a dejar de ser un idiota? —pregunta ella.

Rocco ensancha su sonrisa.

—Nunca.

Rio alto, le recibo los globos, los dejo dentro de casa y nos vamos a la oficina en el coche que tengo desde hace meses. No es el que sueño, pero es de buena marca.

El día transcurre más movido de lo que pensaba. Recibo regalos y montones de felicitaciones. No sé en qué momento un grupo de la empresa armó una fiesta y quedamos para vernos en una discoteca. Al principio no me apetece, pero Rocco logra convencerme. Él tiene razón, llevo mucho tiempo sumergida en el trabajo, debo volver a disfrutar la vida y quizá echar un polvo a menos que quiera meterme a novicia. Desde que inicié mi vida sexual nunca tuve tanto tiempo sin sexo y creo que es hora de dejar todo atrás definitivamente. Después de todo él no volvió a mí y yo no volveré a él.

Me miro al espejo por última vez antes de salir. Escucho a Rocco y Loly discutir en el salón no sé por qué. No es raro, lo bueno es que siempre terminan en arrumacos.

Me acomodo el cabello que lo llevo alto en una cola con ondulaciones. Me miro de arriba abajo. El vestido negro que me llega a los muslos y con escote en la espalda hace resaltar mi figura. Los tacones negros de aguja me suman elegancia y sensualidad.

Luzco jodidamente sexy y joder, tenía tiempo sin sentirme tan bien. Llevo los labios color rojos y un maquillaje ligero para ser de noche, pero me veo genial.

Abro el último cajón de mi mesa de noche buscando un colgante que tengo días buscando y que se vería muy bien con mi vestido. Revuelvo todo hasta toparme con algo que he escondido de mí misma: Mi anillo.

El corazón salta en mi pecho y termino sentándome en la orilla de la cama. Lo tomo en mis manos y me pierdo en él, en los recuerdos. Lo aprieto en la palma de mi mano y cierro los ojos.

¡Estoy bien! ¡Soy feliz! ¡Él ya me olvidó! ¡Yo lo olvidé a él! ¡Clark Holland es pasado! Me repito en la cabeza, pero ¿por qué siento que me sigue faltando algo? ¿Por qué ese algo parece llevar su nombre?

Me levanto y dejo el anillo en el cajón. Ni siquiera sé por qué lo sigo conservando. Abandono la idea seguir buscando el colgante, me conformo con los pendientes de piedras rojas y cojo mi bolso saliendo de mi habitación.

Un silencio se forma en el salón en cuanto salgo. Rocco y Loly me miran embobados y yo me quedo sin aire cuando veo a la figura a su lado.

—¡Ray! —Corro hacia él y lo abrazo—. Dijiste que no vendrías—. Me aparto y lo miro a la cara sonriente.

—No podría perderme tu cumple.

Desde que nos conocimos siempre hemos estado en nuestros cumpleaños. Aunque el de él, que es el veinte de marzo, tuvo que viajar hasta mí.

—¡Gracias!

—Creo que voy a dejarte y volveré a intentar conquistar a mi leona —le dice Rocco a Loly.

Ruedo los ojos y seguido de ello escucho un golpe. No tengo que ser adivina para saber que la morena le ha pegado en la cabeza. Sé que bromea porque estoy convencida de que está enamorado, pero a veces se pasa con sus bobadas.

—¿Por qué me golpeas? Estoy bromeando.

Volteo a verlos y el colombiano se encoge de hombros mientras Loly lo mira como asesina. Luego me mira a mí y sonríe.

—Te ves preciosa —dice acercándose a darme un abrazo y mientras lo hago veo la cara de diversión de Rocco.

¡No va a cambiar!

Cuarenta minutos después entramos a una de las discotecas más populares de Lúdhex. El ambiente es inmejorable y algunos de mis compañeros de trabajo me reciben con tragos en las manos que voy recibiendo. La música es movida y me paso una hora en la pista bailando al ritmo de Jbalvin, Dua lipa y otros tantos artistas del momento.

Ray se queja que está cansado y se va de la pista dejándome con Rocco, Loly y otros chicos de la empresa. Solo me detengo para ir por cervezas porque tengo mucho calor.

Muevo mi cuerpo eufórica. No sabía que necesitaba una noche de fiesta hasta hoy. El sudor empieza a correr por mi columna y el alcohol corre por mis venas poniéndome alegre. Suelto una carcajada cuando veo los movimientos ridículos de Rocco y la cara seria de Loly, aunque detrás de esa seriedad noto una sonrisa escondida, a diferencia del colombiano que no ha parado de reír a sus anchas contagiándome a mí.

De repente la música se detiene y un rubio alto baja por unas escaleras con un micrófono. Me voy a la barra pero no veo a Ray y tampoco a mis amigos. No sé dónde rayos se metieron. Presto

atención a la pista donde el rubio empieza a hablarle a una chica pelirroja. Me tardo unos segundos en saber lo que está pasando. Una propuesta de matrimonio.

—¡Maldición! —mascullo volviéndome al chico de la barra y pidiéndole una copa de vino.

Quizá mañana no me pueda levantar por la liga de bebidas, pero me da igual. Lo necesito porque el destino sigue jugando conmigo.

¿Una propuesta de matrimonio? Tiene que ser una broma.

Me quedo sola allí mientras todos aplauden y la música vuelve a sonar. Me pido la segunda copa y me la zampo sin más. En la quinta todo empieza a darme vueltas. Tengo bastante resistencia, pero creo que me he pasado un poco.

Miro a mi alrededor y busco a Ray, pero no lo veo por ningún lado. Hay demasiada gente. Rocco y Loly tampoco aparecen, pero supongo que tienen que estar cogiendo por ahí.

¡Yo debería estar haciendo lo mismo!

Resoplo pidiendo mi séptima copa cuando las canciones movidas cesan y suena una que conozco demasiado bien y había estado evitando. Dusk till dowm.

Me trago la copa maldiciendo y cuando me pongo de pie siento que todo me da vueltas. Me quedo quieta un momento parpadeando. Me acomodo mi pequeña bolsa roja que está atravesada en mi cuerpo y camino decidida hacia el baño. No quiero escuchar esa jodida canción. Clark ya me olvidó y aunque me cueste un mundo yo también lo voy hacer.

Me tambaleo un poco cuando cojo el pasillo que me aleja de la multitud. Por suerte el baño está retirado y cuando entro logro apagar un poco la música en mi cabeza. Unas chicas me miran, hacen un gesto amable y salen. Miro a mi alrededor y estoy sola. Algo que agradezco.

Apoyo las manos en el amplio lavamanos y me miro al espejo. Sigo viéndome muy bien y mi maquillaje sigue intacto, pero me siento diferente. Esa estúpida canción hizo que me sintiera diferente. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás buscando aire.

¡Clark Holland! ¿Por qué vuelves a revolotear en mi cabeza?

—Te ves hermosa ebria. —Alguien susurra en mi oído.

El tiempo se ralentiza, la música desaparece y mi corazón se detiene. ¡Esa voz! Abro los ojos de golpe y me inclino mirando al espejo notando la figura detrás de mí. Sus ojos azules grisáceos me atraviesan en nuestro reflejo.

—¡¿Clark?! —Ni siquiera sé si mi voz se escucha.

Sonríe mandando mil caballos de fuerza a mi corazón y haciéndolo correr sin freno.

—Hola, Elizabeth —dice girando mi cuerpo por la cintura y dejando mi rostro frente al suyo.

Y entonces todo me absorbe. Su mirada, su sonrisa, su porte y ese cabello castaño tan perfecto. Los recuerdos, los momentos atiborrados de sonrisas, de abrazos, de orgasmos en los que tocábamos el cielo. ¿Se puede seguir amando a alguien que te arrancó el corazón, pero que ahora te mira y sientes que lo está devolviendo a tu pecho?

Capítulo 70

Beth

La música, a pesar de la distancia, nos arropa, nos arrastra hasta donde fuimos felices sin saberlo. A donde nos entregamos uno al otro sin darnos cuenta. Hasta donde nos enamoramos sin siquiera pretender hacerlo.

Y no sé, no sé si estoy loca o demasiado ebria, pero mi corazón se lanza a nadar en el mar en calma que lleva en los ojos. Me mira, otra vez me mira, después de tanto tiempo vuelvo a sentir latigazos eléctricos en todo mi cuerpo por la forma en que lo hace.

—Elizabeth, yo...

Intenta hablar, pero algo se apodera de mí, no sé con exactitud qué es, sin embargo estrello mis labios sobre los suyos. Lo deseo, lo necesito y es como si algo que hubiese estado durmiendo dentro de mi pecho se despertara de golpe, hambriento, urgido de sus besos, de su calor, de la sensación de sus manos capturando mi cintura.

No sé qué mierda estoy haciendo, tengo mil dudas atoradas en mi garganta y quisiera preguntarle qué carajos está haciendo aquí, pero lo que me impulsa a besarlo, a sumirme ante el deseo, es mucho más grande. Más intenso, más arrollador.

Mis dedos se hunden en las hebras de su cabello. Lo suyos se entierran en la piel de mis muslos con la misma ansiedad que yo. Me levanta, camina conmigo hacia la puerta, le pone seguro y deja mi espalda contra la misma.

Me asfixio, no tengo aire, pero no quiero dejar de besarlo. Mis piernas están rodeando su cintura y siento su erección restregarse contra mi intimidad. Mi espalda se curva buscando más, joder, lo necesito. No hay palabras, solo besos desesperados, gemidos que roban cordura y ganas rasgándonos la piel.

No hay miradas inocentes, más bien es un clamor desesperado. Noto cómo se las ingenia para sacarse el miembro aún conmigo encima. Echo mi espalda hacia atrás y dejo que el peso de mi cuerpo descanse en la puerta.

Sus labios viajan a mi cuello y tiemblo bajo el acto. ¡Lo necesito! La humedad de su lengua sobre mi piel me enloquece, vuela cualquier ápice de razonamiento.

Una de sus manos aprieta mi nalga y la otra se escabulle hasta llegar a mi ropa interior. Echa mis bragas a un lado y creo que va a juguetear con mis ansias, pero por suerte coloca su dureza en mi entrada y se hunde sin piedad. Preciso, ardiente, ansioso. Gimo alto cuando lo siento dentro de mí llenándome, deshaciendo cualquier pregunta, porque ahora no quiero saber nada, solo quiero sentirlo. Embriagarme de su aroma, sentir su piel contra la mía.

Me mira a los ojos cuando empieza a embestirme doblegándome. Dejo mi rostro frente al suyo mientras reboto sobre su miembro. No dice nada más que mi nombre y es que no es necesario. Nuestros cuerpos gritan todo. Unos golpes en la puerta lo tensan, pero no para, yo tampoco dejaría que lo hiciera.

Los toques continúan mientras nosotros nos resumimos a montones de estrellas flotando en el aire. Sus besos, sus caricias, nuestros movimientos al compás nos destruyen y al mismo tiempo nos forjan, nos crean, nos vuelven la eternidad más bonita nacida en un solo instante.

—¡Clark! —jadeo su nombre sobre sus labios. Nuestras respiraciones son olas golpeándose entre sí.

—¡Elizabeth! —ruge dejándome sentir cómo sus movimientos se aceleran.

Me besa y yo me pierdo en su lengua. No sé qué se supone que hago, pero la sangre de mis venas corre como si no hubiera un mañana. Mi corazón es una bomba a punto de estallar y no

estoy lista para caer, pero lo hago. Caigo sobre una nube blanca cuando el orgasmo me sacude, me empuja, me hace temblar. De su garganta sale un gruñido cuando él también se deja ir dentro de mí.

Me abrazo a él con más fuerza. Él me aprieta contra su cuerpo sin salir de mí. No hay palabras, solo somos dos cuerpos liberados, exhaustos, con miles de dudas flotando en el aire o al menos en el que yo respiro.

Me baja y voy al cubículo para limpiarme. Todo vuelve a darme vueltas, pero me contengo. Me acomodo el vestido y salgo decidida a tirar de la puerta sin mirar atrás, pensado que quizá, tal vez, fue solo un sueño, una jugarreta de mi cabeza o en su defecto, un juego macabro del alcohol, pero cuando paso por su lado me detiene.

Me giro para verlo pero de nuevo el silencio nos cubre. Los golpes en la puerta son más fuertes y de repente alguien entra con unas llaves en las manos. Nos mira furioso y cuando pienso en qué excusa decir, Clark tira de mí y me saca pasando por el lado de un montón de mujeres enfadadas. No sé por qué, pero río ante la situación.

Sus dedos siguen entrelazados con los míos cuando salimos de la discoteca. El aire es fresco, no soy consciente del tiempo, pero debe ser muy tarde. Siento las piernas como gelatinas y no sé si es por el alcohol, porque acabo de cogérmelo o porque su perfume atenta contra mí haciéndome desear envolverme en su piel una vez más, un millón de veces más.

¿Qué estoy haciendo?

Me detengo en seco cuando Clark abre la puerta de una limosina indicándome que entre, pero es que ni siquiera sé que significa que esté aquí. Suelto su mano, quizá solo lo estoy imaginando, quizá el camarero me drogó o algo así porque el Clark que conozco debe estar con esa mujer con la que ha aparecido en las revistas en estos meses.

Aprieto los ojos intentando enfocarme, mi respiración es pesada y todo mi cuerpo arde.

—¡Elizabeth! —me llama. Abro los ojos y me encuentro con su mirada.

—¿Tú... estás aquí?

Sonríe.

—Supongo que sí, creí que había quedado claro en el cuarto de baño. ¿No?

Sacudo la cabeza. Si es una ilusión debe desaparecer, pero no lo hace. Está frente a mí con un traje oscuro pero sin corbata. Se ve malditamente guapo y sí, creo que ya se me fue la olla.

Mis pies empiezan a moverse sin rumbo.

—¿A dónde vas? —Me sigue, pero yo no puedo detenerme. Camino a tropezones sintiendo sus pasos detrás de mí.

¡No me importa!

Me quito los tacones que ya no aguanto un segundo más y continúo caminando sin detenerme a pesar de que me lo pide cada treinta segundos.

Los pies me duelen. El sudor ya no corre por mi espalda desnuda, pero las sensaciones están por toda mi piel. No sé cuánto tiempo pasa hasta que siento los dedos de los pies hundirse en la arena. ¡Llegué a la playa!

La brisa me azota y de pronto el frío hace que mis huesos crujan. Suelto los tacones junto con el bolso y corro. Corro esperanzada de que todo lo que dejé atrás se desvanezca porque no sé si estoy lista para enfrentarlo. Porque no tengo ni idea de cómo podré renunciar a lo que acabo de sentir en ese baño. Porque el amor que creí muerto resurge como un ave fénix extendiendo sus

alas y aleteando con fuerza dentro de mi pecho. Corro hacia el agua a riesgo de una hipotermia, pero antes de llegar a la orilla una mano me detiene.

—¡Ya basta! —Su voz ronca me estremece, o tal vez es su tacto o quizá son esos ojos que brillan bajo la luz de la luna llena—. Elizabeth, yo...

—¿Qué haces aquí, Clark? —inquiero dudosa—. ¿A qué has venido? ¿Por un polvo? Pues ya lo has conseguido, ahora puedes irte.

Me suelta, se pasa la mano por el cabello y respira hondo.

—Estás muy ebria, deberíamos hablarlo mañana.

Abro la boca para negar mi ebriedad, pero una arcada se me atraviesa volcando todo. Siento que voy a caer y me preparo para ello, sin embargo no pasa, una de sus manos me sostiene por la cadera de espalda a él y con la otra sostiene mi cabello.

La vista se me empaña y todo en mi cabeza se vuelve un caos. La noche se vuelve oscura y siento que la vida se me escapa entre las olas que se rompen en la orilla.

****

Huele a las hojas que caen en otoño. Intento abrir los ojos, pero me pican. Parpadeo varias veces hasta que logro acomodarme a la luz, que aunque es leve, sí que es molesta.

Cuando levanto los párpados lo primero que veo es su rostro. Su perfecto rostro. *¡No fue un sueño!* La calma que habita en él es solemne. Mi corazón late con fuerza y quiero salir corriendo otra vez porque me aterra. Lo que estoy sintiendo me aterra.

Sonrío como idiota porque un Clark dormido es lo más hermoso.

—Si sigues sonriendo así voy a besarte.

Salto en mi lugar cuando escucho su voz y casi me ahogo con mi propia respiración. Me lanzo de la cama sintiendo que dejo la vida sobre las sábanas. Si bien es cierto que el dolor de una resaca no nos mata, sí que nos hace desear estar muerto.

Pese a que siento mi cabeza más grande que mi cuerpo, no me detengo, busco una puerta que me conduzca a un baño y la encuentro en solo unos segundos. No estoy en mi piso, esto es demasiado lujoso. Me miro al espejo y para mi sorpresa me veo mejor de lo que pensé. Llevo una camiseta blanca que me llega a los muslos y no tengo maquillaje corrido, de hecho, no tengo maquillaje pese a que no recuerdo habérmelo quitado. Aunque sí tengo algunas ojeras y el pelo hecho una maraña.

Y entonces los fragmentos de anoche se atrincheran en mi cabeza. Clark llevándome en brazos hasta el auto. Clark trayéndome hasta aquí. Clark quitándome la ropa y metiéndome a la ducha. Clark poniéndome una de sus camisetas y dejándome en la cama. Yo abrazándome a su cuello sin dejarlo apartarse de mí.

¡Dios! ¡No vuelvo a tomar!

El dolor de cabeza es infernal, pero sinceramente no es lo que más me afecta sino el hecho de que él esté aquí. Joder, nunca he sido cobarde y salí corriendo. Respiro, tengo que hacerlo. Decido meterme bajo la ducha a ver si el dolor de cabeza se vuelve soportable.

El agua cae sobre mi piel desnuda y debería sentir frío, pero el saberlo detrás de esa puerta me calienta todo el cuerpo.

Vuelvo a ponerme la camiseta, no veo nada más, sin embargo me quedo sin bragas porque las que tenía las lavé. Me acomodo el pelo como puedo y me preparo para enfrentar lo inevitable.

Cuando salgo lo veo sentado en la cama, sin camiseta, con el rostro metido entre las manos y

los codos apoyados en las rodillas. No tarda ni dos segundos en darse cuenta de mi presencia y se encamina hacia mí.

—Elizabeth...

—¿Por qué viniste? —disparo sin rodeos, no puedo seguir jugando, no cuando mi corazón corre peligro.

—Por ti.

Su respuesta y la certeza con lo que lo dice me aceleran el corazón.

—Clark...

—Escucha —me interrumpe, toma mi mano y me conduce hasta sentarnos en la orilla de la cama gigante—. Vine porque te amo, porque quiero estar contigo. Porque no soporto un día más sin ti. Vine porque todos estos meses han sido una tortura y no soporto un puto segundo sin estar a tu lado o al menos sin saber lo que tú sientes. —Trago grueso, él me sigue viendo a los ojos—. Elizabeth, vine porque creo que te he dado el tiempo necesario para sanar y si no lo has hecho es porque quizá las heridas que llevan mi nombre nunca lo hagan, y créeme, no te culparía, pero necesito saberlo. ¿Tú... tú me perdonaste?

La pregunta llega como una corriente de aire helada. Como una tormenta de nieve que agrieta la capa gruesa que llevé por todo este tiempo. El corazón se me encoge y la lengua me pesa. Sus ojos me miran suplicantes, esperanzados, llenos de una ilusión que lleva mi rostro, mi alma... que me lleva a mí.

Trago saliva y casi inconscientemente mi mano aprieta la suya. Tengo la respuesta, creo que la tengo desde hace semanas o tal vez más, pero no es tan fácil de soltar como parece.

—Elizabeth, yo...

—Sí —dejo salir.

—¿Sí? —Parece desorbitado—. ¿Me perdonas?

La mirada se me empaña, la suya brilla.

—Te perdono, Clark Holland.

Poco a poco va naciendo una sonrisa en sus labios y por mis mejillas ruedan un par de lágrimas liberadoras. De pronto me siento liviana, libre, llena de cicatrices, pero sin heridas que me quiten el aire. Sonrío en su hombro cuando me estrecha contra su cuerpo. Sus brazos me rodean inundándome de su aroma.

Sin embargo tengo dudas, dudas que no me voy callar porque no sé con exactitud qué significa esto, pero lo que sea que signifique, necesito claridad.

—¡Clark! —Me aparto y enfrento sus ojos—. ¿No se supone que tienes una relación con esa mujer?

Arruga la frente.

—¿Te refieres a Marlen?

—No sé cómo se llama, pero se les ha visto...

—Sí, ya sé. Nos han visto cenando juntos, pero ella es solo la gerente de una de nuestras compañías. Me ayudaba a realizar unos trámites importantes que después puedo contarte, pero ahora... —Aparta un mechón de cabello de mi rostro rozando mi mejilla y mandando corriente por el medio de mis pechos hasta llegar mucho más abajo—. Quiero saberlo, Elizabeth.

—¿Qué?

—¿Sigues queriéndome? —Perfila mis labios con su pulgar sin dejar de mirarme—. ¿Lo

haces, Elizabeth? ¿Me amas?

Siempre escuché eso de que cuando te enamoras sientes un montón de mariposas en el estómago y ciertamente noto algo dentro, pero no creo que sea ese simple insecto porque esta sensación es mucho más potente que un aleteo.

No tengo aliento, la última vez que dije esas palabras las solté llena de rabia, de dolor y de una profunda decepción. Ahora quiero decirlas sin peso, sin ataduras, sin ganas de destruir el mundo como aquella vez y las noto... Las noto subir por mi garganta, hacer vibrar mi lengua y quedarse atascada en mis dientes, pero no resulta sencillo decir algo que si bien puede hacerte feliz, también puede arruinarte la vida una vez más.

—¡Elizabeth! —dice mi nombre como un ruego.

Siento los latidos de mi corazón en todas las partes de mi cuerpo al tiempo en que me clavo en su mirada, por primera vez, trasparente y pasa, lo suelto.

—Sí, Clark —respondo sin pensarlo más—. ¡Te amo!

No me da tregua, deja caer sus labios sobre los míos y yo tiemblo. Me estremezco. Me sumerjo en sus ansias y dejo salir las mías cuando me aferro a su cuello. Me arrastra hasta quedarnos en el medio de la cama y maldice cuando nota que no llevo bragas.

—¿Quieres volverme loco? —inquiere en medio de besos mientras hunde sus dedos en la piel de mi muslo.

Sonrío pícara.

—Pues digamos que sí.

Lo empujo y giro mi cuerpo quedando encima de él. Levanta la tela de mi camiseta y magrea mis nalgas sacándome un jadeo.

—Dime que no estoy soñando. —Curva sus labios en la sonrisa más bonita del mundo—. Dios, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. —Busca mi boca y se apodera de ella.

—Si es un sueño yo tampoco quiero despertar.

Levanta una mano, la lleva a mi nuca y entierra sus dedos entre mis cabellos dándome un beso de esos que exprimen tus pulmones y te roban el oxígeno, pero no importa, porque tampoco quieres respirar.

Se aparta un segundo y vuelve dibujar mi rostro con su mirada.

—Quiero llenarte de besos, hacerte reír y perderme en los hoyuelos de tus mejillas —asegura sin soltar mi cabello.

—No tengo hoyuelos, Clark.

—Sí que lo tienes.

—¡Qué no!

Vuelve a sonreír y cuando menos creo gira mi cuerpo de nuevo y me deja bajo el suyo llenándome el rostro de besos.

—¡Clark...! ¡Ya basta! —grito entre risas sin dejar de removerme porque me hace cosquillas aún con la barba afeitada.

—No hasta que admitas que tienes hoyuelos.

Río alto, soy consciente de que en realidad no los tengo, pero digo que sí.

—¡Vale! ¡Vale! Tengo hoyuelos. —Para con una sonrisota en los labios que no se va—. Vaya, eso es nuevo... ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué?

—El gruñón de Clark Holland parece un tierno hombre enamorado.

Suelta una carcajada que me llega al corazón. *¿Estoy soñando?*

—Pues de ahora en adelante seré lo que quieras que sea. ¡Te amo! —Deja un beso sobre mis labios—. Te amo, Elizabeth Shaine de Holland.

—¿De Holland? —Frunzo el ceño—. Nunca fui de Holland y menos ahora que estamos divorciados.

—Uff, creo que eso no te lo he contado, ¿cierto? —Sonríe casi inocente. Algo que obvio no es.

—¿Qué?

—Sé que te dije que te dejaría libre, pero nunca pude firmar ese maldito papel.

No tengo idea de porqué se forma una sonrisa amplia en mi rostro y el corazón me galopa desbocado. En realidad no me lo esperaba. Creí que estábamos divorciados, eso fue en lo que quedamos, pero ahora... ahora es como si de mi corazón nacieran nuevos latidos, diferentes, pero más intensos, más profundos.

—¿Por qué? Es decir... ¿Por qué no firmaste?

—Porque tenía la esperanza de que el amor que sentías por mí fuera más grande que el dolor que te causé. Pero... —Sonríe—. Si quieres puedo firmarlo ahora.

Contengo una sonrisa.

—¡Idiota!

—Sí, definitivamente soy un idiota, pero un idiota que te ama, que quiere verte cada mañana al despertar.

—Y yo quiero hacerte enfadar cada día. —Lo molesto. Sonríe.

—¿Ah sí? Pues yo quiero ver tu piel enrojecida cuando hacemos el amor.

Enarco una ceja.

—¿Piensa hacerme el amor, señor Holland?

Acaricia mi rostro.

—Cada puto día de mi vida.

Y entonces todo se vuelve color, risas, besos, caricias que me construyen y «te amo» que navegan entre gemidos que nos elevan al cielo y nos dibujan alas con las que podemos volar.

****

—Ummm... —Me remuevo un poco cuando siento algo cálido sobre mi intimidad.

Me despierto de golpe cuando siento un tirón. Levanto la sábana y me encuentro con su boca metida entre mis piernas. Su mirada es lasciva y es posesivo a la hora de apoderarse de mi parte sensible.

—¡Clark! —gimo arqueando mi espalda y contrayendo mis piernas.

Dejo que me posea y muevo mis caderas contra sus labios buscando mi placer. Clavo mis dedos en su cabeza y tiro de su cabello cuando siento la vehemencia con la que se atraganta con mi coño.

—¡Dios! —chillo sintiendo que estoy a punto de tocar las estrellas.

Lame, mordisquea y succiona con ferocidad, con hambre de mí. Mis piernas se tensan. Mi pelvis se calienta, tengo la boca entreabierta, el corazón a mil y todo el cuerpo prendido en llamas. Siento sus manos aferrarse a mi cintura intensificando el acto y joder, caigo en lo profundo. Me dejo ir en medio de temblores acompañado de gemidos que me desgarran la

garganta.

Veo cómo se lame los labios y sonríe cerniéndose sobre mi cuerpo.

—Buenos días, hermosa esposa.

Me muerdo el labio inferior aun sintiendo algunos espasmos.

—Buenos días, querido esposo.

Ambos sonreímos antes de fundirnos en un beso apasionado. Antes de unir nuestros cuerpos volviéndonos presos del deseo, de las ganas de tatuarnos en la piel millones de caricias que salgan de nuestras manos, de nuestras bocas, de nuestras almas. Nos fundimos en las ganas de crear una eternidad, nuestra eternidad.

****

Mi piso nos recibe calmado. Siempre extraño a Ray pero sin duda vivir sola ha sido una grata experiencia para mí. Amo este lugar y no hablo de mi piso en sí, sino de esta ciudad y las oportunidades que me ha dado.

—¡Lindo piso! —dice Clark abrazándome por la cintura, dejando mi espalda contra su pecho y su mentón sobre mi hombro.

—Aja...

—¿Qué te pasa? —Me gira—. No has dicho nada en todo el camino. ¿Qué tienes en esa cabecita?

Intento sonreír, pero no lo logro. Él tiene razón, desde que salimos de ese *penthouse* a donde me llevó hace dos noches, luego de tener una mañana estupenda de buen sexo, algo me trepó desde el estómago y se clavó en mi pecho. Tengo que hacerlo, tengo que decírselo porque, por más hermoso que esto parezca, por más feliz que me sienta en este momento, no voy a dejarlo todo.

Me aparto, camino hacia el mediano salón y me dejo caer en el sofá negro. Clark hace lo mismo, se sienta a mi lado.

Lo veo preocupado y por instinto levanto la mano y acaricio su rostro.

—Escucha, Clark... —Tomo aire—. Esto es maravilloso, en serio, lo es. Tenerte conmigo es como un sueño hecho realidad. Te amo, de verdad te amo mucho, pero he aprendido a vivir sin ti. No quiero decir que quiera seguir haciéndolo, de hecho, es todo lo contrario, me gustaría compartir mi vida contigo, pero... —Los ojos se me nublan—. Yo amo esta ciudad, amo mi trabajo y por más que extrañe a mi hermana, a mi sobrina y a Ray, ahora este es mi hogar y no pienso renunciar a él porque me estaría fallando y no pienso hacerlo. —Rozo sus labios con mis dedos—. Durante este tiempo he aprendido algo muy valioso y es que sin importar cuantas veces los demás me fallen, yo me debo lealtad a mí misma, a mis sentimientos y aunque te amo, ahora mismo siento que este es mi lugar y no está en mis planes irme de aquí.

Espero... espero la molestia en su rostro, pero no llega, todo lo contrario, sonríe y yo me confundo sin entender el gesto.

—Elizabeth... —Toma mi rostro en sus manos—. No lo entiendes aún, pero yo no he venido para pedirte que vengas conmigo, he venido para quedarme junto a ti. Para apoyarte en todos tus sueños y para amarte como nadie más podría hacerlo.

Arrugo la frente, sigo sin entender.

—¿Y... y las empresas?

—Verás... —Suelta mi rostro y se acomoda en su lugar—. Resulta que después de todo Stick

no es tan idiota como creí, durante todo este tiempo lo adiestré para que pudiera llevar la presidencia y a decir verdad lo hace muy bien.

—No entiendo... —Ladeo la cabeza—. ¿Y tú?

—Marlen, la mujer con la que pensabas que tenía una relación, me ayudó con algunos trámites. Me he mudado aquí, llevaré las riendas de la empresa que está en esta ciudad. No es como ser la cabeza del gran imperio Holland, pero me basta. Además, tengo otros proyectos en mente y estoy pensando hacer inversiones personales. Me he comprado el *penthouse* en donde estábamos y quiero que empecemos de nuevo. —Toma mi mano y me da un beso en el dorso de la misma—. Te amo, Elizabeth, y si me lo permites quiero hacerte feliz.

Bajo la cabeza un instante, me trago el nudo que se me forma en nanosegundos y vuelvo a enfrentar su mirada llena de amor. Todavía hay algo por decir y ahora es el momento.

—Clark, antes de aceptar tener una relación real contigo tengo que confesarte algo. —Trago saliva, él espera curioso—. Yo no puedo... es decir, yo... no puedo ser madre y si...

—¡Lo sé!

Me quedo fría con su respuesta.

—¿Lo sabes?

—Sí. Lo supe cuando te desmayaste. Hice que te hicieran todo tipo de estudios, estaba muy preocupado, creía que estabas embarazada, pero el médico me dijo que no lo estabas y que tampoco podrías serlo nunca.

—¿Y...?

—Y nada, Elizabeth. ¿Qué parte de que te amo no entiendes?

—Pero no podrás ser padre.

—Yo solo quiero ser tu esposo, el hombre con el que sueñes cada noche y el que se robe cada uno de tus gemidos. Nunca pensé en ser padre y si algún día queremos serlo hay cientos de niños en el mundo sin una familia.

Mi labio inferior tiembla y las lágrimas empiezan a salir. Clark rodea mi cuerpo y me atrae hacia él para abrazarme. ¿Desde cuándo me he vuelto una llorona? La verdad es que sigo siendo un hueso duro de roer, pero cuando alguien te mira como lo hace Clark conmigo, cuando alguien se saca el corazón y lo pone a tus pies, es imposible no sentir que el alma se te infla de alegría, es imposible prohibirle a tus ojos que lo reflejen.

Después de todo, ¿qué son las lágrimas si no un reflejo de nuestro interior? Y hoy el mío, después de tantas grietas, se siente lleno de un amor que ha madurado incluso en la distancia que nos separó.

20 de diciembre

—No puedo creer que me hayas convencido —dice el hombre frente a mí sentado en el sofá gris con el ordenador en la mano.

—Pero si es una monada. ¿A que sí?

La bola de pelos blanco y negro que tengo sobre las piernas maúlla como una afirmación para mí. La verdad yo tampoco sé cómo convencí a Clark de que adoptáramos un gato, bueno, sí lo sé. Fue la condición para mudarme a su *penthouse*.

—No, ese gato me odia.

—No te odia, apenas llevamos tres días con él, solo tiene que acostumbrarse. —Acaricio su pelaje suave y de reojo veo cómo Clark hace una mueca.

—Pues parece que contigo se ha acoplado bien, pero a mí me mira como si fuera a atacarme en cualquier momento. Si te descuidas lo tiro del balcón.

Detengo mis manos y alzo la vista para enfrentarlo, pero él sigue tecleando en su ordenador

como si no hubiese acabado de decir una barbaridad.

—Ni te atrevas a tocarle un pelo a Gary.

Frunce el ceño y clava sus hermosos ojos en los míos

—¿Gary?

Sonrío traviesa y me encojo de hombros.

—Sí, como en las caricaturas de Bob Esponja.

Me mira, me mira, me mira. Cuando menos pienso se ha dejado el ordenador, se ha puesto de pie y ha venido hacia mí arrancándome a Gary de la mano y literalmente lanzándolo al otro sofá.

—¿Me estás tomando el pelo, Elizabeth? —masculla sobre mis labios, pero yo sigo en shock por lo que le ha hecho a mi mascota.

—Pero ¿te has vuelto loco? —Lo acuso e intento separarme para ir por mi gato que, a decir verdad, no parece haberle afectado en lo más mínimo, solo se acurruca entre los cojines—. ¿Y si le pasa algo?

Me aprieta contra él.

—Es un gato, ¿no dicen que siempre caen de pie? —Ríe con malicia—. Ahora ven aquí y dame un beso.

—No —lo empujo—. Ya es tarde, me voy dormir.

Empiezo a caminar y antes de entrar a la habitación, me coge por la cintura.

—Sí, eso suena mejor.

Intento reprimir una sonrisa pero es casi imposible. Entonces, mientras me abraza e inhala mi perfume como siempre suele hacerlo, me doy cuenta de algo, soy feliz, de verdad soy feliz. Perdí tanto de mí que creí que eso no era posible y ahora entiendo que nunca se trató de estar completa sino de lograr ser yo incluso con mis partes rotas.

1 de enero

Gracias a Clark pude pasar cinco días con mi hermana, mi sobrina, Ray, Theo e incluso Rocco y Loly que viajaron con nosotros en su avión privado. Hasta compartimos con Neithan y su novia. Se ven muy felices y me alegró tanto ver que ha superado un poco su timidez.

Ahora mismo camino a regañadientes hacia afuera del edificio. Clark me empuja diciendo que tiene una sorpresa para mí, cosa que no entiendo porque ya que tengo vacaciones ha preparado un tour para algunos países de Latinoamérica, según él, es nuestra segunda luna miel.

Se supone que partiremos mañana y mi plan era pasarme todo el día durmiendo, pero son las ocho de la mañana de año nuevo y mi querido esposo me ha levantado en contra de mi voluntad.

—No seas floja, camina —dice cuando me detengo antes de salir fuera.

Creo que incluso me dormí sobre su hombro en el ascensor.

—Tengo sueño, Clark. —Me quejo—. ¿Qué es tan importante para que me despiertes de madrugada?

Ríe posando su mano en mi cintura y guiándome para que siga caminando.

—Son las ocho, no es de madrugada.

—Lo es para la mujer que follaste hasta las tres de la madrugada.

—No te follé —replica—. Te hice el amor.

—Es lo mismo. ¿No?

Sonríe negando con la cabeza. Quién hubiese dicho que el gran Clark Holland resultaría ser tan dulce, al menos conmigo, porque parece odiar a media humanidad cuando alguien comete

algún error en su empresa y ni qué decir de nuestra mascota. A veces lo pillo mirando a Gary como si en serio quisiera lanzarlo del balcón. *¡Algún día se amarán!* Algo que me ha resultado extraño en estas semanas es que él y Rocco se estén llevando mucho mejor. Eso sí que es algo nuevo e inesperado. Ahora los dos, junto a Julián, se han vuelto buenos amigos.

—Clark, por favor, déjame volver a la cama, tengo...

Me petrifico cuando salimos al exterior y veo lo que está estacionado en nuestro lugar de aparcamiento con un moño dorado gigante. Mis ojos se abren de par en par de la impresión y el corazón me golpea las costillas con fuerza.

—¡Feliz año nuevo! —exclama.

Pero soy incapaz de moverme, hablar o siquiera respirar. Es mi auto, el auto de mis sueños. Un ***Corvette*** gris de octava generación está frente a mí haciéndome ojitos mientras yo siento que me he muerto y estoy en el cielo.

—¡Elizabeth, despierta!

Clark pasa la mano delante de mí rostro y suelto el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Clark, ¿qué...? ¿Cómo?

—Es tu regalo de año nuevo. —Acaricia mi mejilla.

—No, no puedo...

—Pues claro que lo aceptarás.

—Pero es que...

—¡Elizabeth! —Sostiene mi rostro y deja montones de besos en mis mejillas—. Es tuyo... —Más besos que me hacen curvar los labios en una sonrisa—. Verte sonreír es todo lo que necesito.

—Pero...

—Nada de «pero». Es tu coche, Elizabeth y yo soy tu esposo, puedo hacerte un regalo.

Mi corazón se estremece y algo aletea con frenesí dentro de mi estómago. Y no puedo decir más palabras, solo me lanzo sobre él y lo abrazo. Hundo mi rostro en su pecho y respiro su aroma, su amor y lo que nos hemos convertido.

—Te amo, Clark, te amo mucho.

Acaricia mi cabello y suspira.

—Yo también te amo, Elizabeth, eres lo mejor que me pasó en la vida.

Me alejo y lo miro a los ojos.

—¿Ah sí? —Medio sonrío.

—Es imposible que no te hayas dado cuenta, pero tú has logrado derretir todas las capas de dolor, rabia y frustración que cubrían mi corazón. Antes de ti era un ser frío que no creía posible enamorarse de nuevo y mucho menos creer en las personas.

—Creo que aún eres un gruñón —bromeo "o no".

Él echa la cabeza atrás y suelta una carcajada que me da un poco más de vida.

—Supongo que eso es un alago —dice con una ceja enarcada.

—Solo tú puedes pensar que lo es.

Vuelve a reír y yo vuelvo a sentirme libre entre sus brazos.

—¡Gracias, Clark!

—Gracias a ti por dejarme volver a tu vida.

El aire frío nos arropa, la temperatura es tan baja que me duelen los huesos, pero por primera vez en mi vida Clark calma cualquier dolor que pueda sentir. Irónico considerando todo lo que vivimos, pero muy real. Después de todo nadie dijo que la vida fuera perfecta y si lo fuera, sería bastante aburrida.

2 de enero

Miro por última vez a la pequeña figura rosada y regordeta de ojos verdes que hay en la pantalla entre los brazos de mi hermana antes de despedirme. No me puedo creer que haya una cosita tan hermosa.

—Ya vámonos, se nos hace tarde —dice Clark arrastrando mi pequeña maleta, según él no necesitamos mucho porque él se encargará de todo.

Me pongo de pie y lo sigo a la puerta.

—Voy a conducir.

Se detiene.

—¿Cómo que vas a conducir? He metido mi maleta a la camioneta.

—Pues métela a mi coche. No voy a perder oportunidad de conducir a mi bestia.

—Bestia es ese gato endemoniado que te empeñas en tener. Se lo he dado a Julián para que se lo lleve a Loly y Ricardo y casi me aruña la cara.

Sonrío mientras subimos al ascensor para ir al estacionamiento. Rocco irá por mi coche al aeropuerto, algo que le agradezco.

Repaso en mi mente los lugares que iremos, Argentina, Chile, Perú, México, Colombia y República Dominicana. Todo eso en cuatro semanas. No puedo ocultarlo, estoy emocionada, nunca he ido a esos lugares y según Clark es lo mejor en esta época del año.

En menos de cinco minutos cogemos carretera. Clark se pone sus lentes oscuros y yo me pongo los míos. El clima es frío pero el sol está en lo alto del cielo. Pongo la música a todo volumen y Clark sonríe cuando dejo que suene *Dusk till dawn.* Le devuelvo la sonrisa y cuando llega el coro empiezo a cantar a todo pulmón pese a que se me da fatal. ¿Qué más da? Es nuestra canción.

Entonces pasa lo que nunca imaginé, Clark empieza a cantar junto a mí. Río mientras suelto cada letra permitiendo que nos envuelva, que nos llene, que nos regale latidos con nuestros nombres grabados en cada uno de ellos.

Piso el acelerador sintiéndolo todo, la velocidad, su sonrisa, nuestras voces unidas, nuestros corazones latiendo al unísono y el amor invadiendo cada espacio de nuestro ser.

Y entonces lo entiendo, lo asumo, lo veo con claridad. Mi vida pasa ante mí como una polvareda, porque por mucho tiempo lo fue, pero los malos recuerdos se disipan con ella dejando una constelación de estrellas brillantes, porque ahora esa es mi vida y no es perfecta, pero estoy agradecida por ello.

Soy Elizabeth Shaine, tengo 28 años y he aprendido que el amor no debe debilitarnos y que nunca debemos elegir a nadie por encima de nosotros. Sí, la vida es todo un reto y casi siempre tenemos vacíos que nunca se llenarán, como yo que perdí a mi madre, a mi hijo, a mi hermano y a mi padre y es complejo vivir con ello, pero cuando enfrenté mi dolor entendí que la vida no se trata de estar completos o llenos de las personas que amamos, se trata de disfrutar con nuestros seres queridos mientras están. De, aun estando rotos, amarse, respetarse como si estuviésemos completos.

La vida no es tener o no. No es perder o ganar. La vida es amar aún con cicatrices. Es perdonar para no ahogarnos en el dolor del engaño.

Y aunque me costó mucho, hoy puedo decir que aprendí a creer en la eternidad, no en esa que la mayoría se imagina cuando escuchan esa palabra, sino en esa que estoy viviendo con el hombre al que amo, esa eternidad que habita en sus ojos cuando me mira con las pupilas repletas de amor. Esa eternidad que emerge cuando me toma de la mano y me regala una sonrisa. Esa eternidad de dos seres que han superado un mundo de obstáculos y que se aman con sus defectos. Hoy creo en la eternidad de esa vida que quizá se acabe en un segundo mientras conduzco a alta velocidad al aeropuerto o tal vez en setenta años más llenos de gatos que siguen poniendo de mal humor a Clark. La verdad no lo sé, pero esta es mi vida, es real y la amo mientras lo amo a él.

La canción termina y seguida de ella se eleva la melodía de Destino o casualidad de Ha-Ash y Melendi.

«Los dos estaban caminando en el mismo sentido y no hablo de la dirección errante de sus pasos».

Clark aprieta mi mano libre por unos segundos y ambos nos sonreímos. No tengo idea si haberlo conocido haya sido el destino o una casualidad para traernos hasta aquí, pero lo que sea que haya sido lo agradezco.

Tú... sí, tú que estás leyendo estas líneas quizá esperas que deje un «FIN» en alguna parte, pero no puedo hacerlo porque no existe un final para un amor de dos personas que se construyó sobre cenizas y que a pesar de ello echó raíces y creció tanto que no solo nos llena el pecho, sino todo el cuerpo. Dos seres imperfectos, con un carácter de mierda, pero con dos corazones que se fundieron hasta volverse uno.

Clark Holland y Elizabeth Shaine, un tsunami de sensaciones, una electricidad que corre por nuestras venas. Una historia de amor que apenas empieza, porque, ¿quién dijo que después de aceptar nuestros sentimientos y empezar a vivirlos tiene que haber un final?

Freno frente al aeropuerto, ambos nos bajamos del coche y cuando pienso girarme para sacar la maleta, Clark me toma por la cintura y me planta un beso llenándome de todo lo que siente por mí.

—¿Lista para nuestro nuevo comienzo, Señora Shaine?

Sonrío llena de amor, de ilusión y de un mundo de sentimientos que ni siquiera tienen nombre, pero que me llenan el alma.

—Listo, señor Holland.

Y así empieza nuestra historia, con montones de matices, con puntos seguidos y con cicatrices que nunca se van a borrar. Nuestra relación puede que no sea perfecta, pero es nuestra y este es apenas el punto de partida.

Capítulo 71

Beth

30 de diciembre

El aire de la ciudad donde viví por tantos años nos muerde la piel con dientes afilados. Hace un frío de los mil demonios. Clark, a mi lado y con maletas en mano, refunfuña cuando no ve a nuestros amigos que se supone vendrían a buscarnos.

—Si no llegan en los siguientes sesenta segundos voy a estrangularlos cuando los vea.

Sonrío. Me costó mucho convencerlo para que viajáramos a pasar la noche de año viejo con nuestros amigos, mi hermana y mi sobrina. Clark odia viajar en estas épocas y lo entiendo, pero yo no puedo esperar para ver la cara de mi hermana. Ella no sabe que estoy aquí. Y mi pequeño monstruito. ¡Dios, cuánto la extraño! De verdad necesito ver a Alanie.

—Ya van a venir. Tranquilo, cariño. —Meto las manos por su abrigo y le rodeo la cintura—. Deja de ser el grinch de la navidad. —Alcanzo sus labios y lo beso. No tarda ni un segundo en corresponderme.

—Te amo, Elizabeth.

—Lo sé.

—¿Lo sé? —Arruga la frente—. No es la respuesta que esperaba, la verdad.

—¿Entonces cuál? —Curvo los labios en una sonrisa.

—Pues me conformaría con algo así como: Te amo, eres el mejor esposo del mundo, el más guapo y el más detallista al aceptar viajar en medio del caos navideño. Eres mi superhéroe.

—No voy a decir eso.

—¿No? —Me muerdo el labio y niego con la cabeza—. Pues entonces tomo el próximo vuelo y te dejo...

— Te amo, eres el mejor esposo del mundo, el más guapo y el más detallista al aceptar viajar en medio del caos navideño. Eres mi superhéroe.

Sonríe con una de esas sonrisas que llevan una mezcla de amor, ego y satisfacción.

—Eso suena mejor. —Me da un beso inesperado de esos que me aturden y me llevan a las nubes.

—Creo que en vez de un auto necesitan un hotel.

Me aparto con rapidez cuando escucho la voz de Ray. En cuanto me giro a verlo con esa sonrisota y con los brazos ya abiertos para mí, el corazón se me encoge. Suelto el bolso como una loca y mis pies se mueven por inercia hasta que mi cuerpo rebota en el suyo. Me aferro a la tela de su abrigo y siento sus brazos a mi alrededor. Llevaba cuatro meses sin verlo y aunque hablamos a cada nada por videollamadas, nunca es igual.

—Siempre sí que te hago falta, ¿eh?

Puedo escuchar su risa media burlona, pero no me importa porque lo he extrañado horrores y por la forma en que me abraza sé que él también lo ha hecho. Me quedo un poco más pegada a él sin importar que nos estemos congelando bajo la noche.

—Pues sí. —Me aparto para verle la cara—. Te he echado mucho de menos. ¿Contento?

—¡Contento! —Me pellizca la nariz y, a pesar de adorarlo, lo fulmino con la mirada. Sabe que odio eso.

Ni siquiera me di cuenta, pero cuando volteo a ver a mi esposo está en las mismas que yo con uno de sus brazos sobre los hombros de la rubia.

—Hola, Emily. —Me acerco y la saludo con un corto, pero cálido abrazo—. ¿Cómo estás?

—Pues mejor ahora que los veo, sobre todo a este gruñón. —Le rodea el brazo a Clark y lo mira sonriente. Él rueda los ojos aunque no puede borrar esa sonrisita que intenta retener entre los diente. Es evidente su alegría por ver su mejor amiga.

Ray y mi esposo se saludan y quince minutos después, luego de guardar el equipaje, nos vamos al *penthouse* que aún conserva Clark en esta ciudad.

Cuando llegamos no me sorprende que todo siga igual. Estuvimos aquí hace cinco meses y nada ha cambiado. Por suerte todo está limpio, Emily se ha encargado de todo, de lo contrario mi amado esposo le daría un infarto. «Don orden» se habría muerto de encontrar algo fuera de lugar.

Media hora más tarde estamos todos en la cocina tomando un café y poniéndonos al día, hasta que...

—Voy arriba. —Clark se pone de pie—. Necesito darme un baño, cariño. —Me da un beso y desaparece escalera arriba.

Lo entiendo, está agotado y mañana toca otro corto viaje a la cabaña de la playa donde fue nuestra fugaz luna de miel hace cuatro años.

—Tengo malas noticias —dice Ray cuando cuelga con mi hermana—. Addy sigue fuera de la ciudad.

El estómago me da un vuelco y dejo el café al lado.

—¿Pero cómo? Hablé con ella ayer y me dijo que vendría hoy. Sé que viajó por algo de trabajo y se llevó a Alanie, pero se suponía que llegarían hoy y mañana todos compartiríamos en la cabaña. Ese era el plan.

Emily, que está sentada a mi lado, posa una mano en mi hombro.

—Lo siento, Beth.

—Pero es que no entiendo...

—Me acaba de decir que llega pasado mañana temprano. ¡Lo siento! —aclara Ray.

Apoyo los codos en la encimera y me llevo las manos al rostro, decepcionada. Ray, que está de pie, se me acerca y me rodea.

—Tranquila. No podremos pasar el día de año viejo juntos, pero te prometo que pasaremos el día de año nuevo todos en la cabaña.

—No puedes saberlo —mascullo aún con el rostro escondido entre las manos.

—Te hice una promesa. ¿Cuándo te he fallado? —Levanto el rostro y me encuentro con la candidez de su mirada. Él me sonríe.

—Nunca. —Inhalo hondo y suelto el aire—. ¿En serio me lo prometes?

—Te lo prometo, pero...

—¿Qué? —Arrugo las cejas.

Su sonrisita traviesa me dice que algo va mar y los nervios me invaden.

—Ray, ¿qué pasa?

—Es que... —suspira—. Si mañana no podremos pasar el día todos juntos y lo dejaremos para pasado mañana, pues... Emily y yo pasaremos el día solos.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquiere Emily sorprendida.

Me quedo mirando a mi mejor amigo y una idea me pasa por la cabeza. Lo conozco tan bien que podría leerle la mente.

—Está bien —digo.

—¡Gracias! —Ray me abraza.

—Oye, te hice una pregunta —interviene la rubia.

—Y yo te escuché, Em.

—Entonces contéstame.

Y así empiezan una discusión absurda que me hace salir corriendo de la cocina. Niego con la cabeza mientras me dirijo al balcón. La ciudad me recibe como una constelación. Las luces navideñas es toda una maravilla desde esta altura.

Hace un frío devastador y dejé el abrigo dentro, pero aun así se siente bien estar aquí. Me abrazo para calentarme los brazos. La sudadera que llevo no es suficiente, sin embargo, dentro de mi pecho siento un fuego arrasador. El móvil en el bolsillo del pantalón me suena con un mensaje. Cuando lo cojo noto que tengo un par más de ellos.

El primero es de Rocco diciendo que su vuelo de mañana está retrasado y no podrá llegar a tiempo. Definitivamente el destino está en mi contra. Resoplo y voy a los demás mensajes. Loly me desea unas felices fiestas y lamenta no poder viajar pese a que la invité. El señor Mario me dice que disfrute mis vacaciones. Y el último es el que me acaba de llegar, de mi hermana. Dice que no tendrá mucha señal en las próximas horas y que me llamará en año nuevo por video llamada. Que me adora.

Contesto todos los mensajes. Luego guardo el móvil y me quedo perdida en la majestuosidad que tengo al frente. ¿Alguna vez has sonreído como idiota recordando? Pues es justo lo que me pasa. Sonrío cuando un montón de recuerdos me llenan la cabeza.

El día que Clark y yo terminamos llenos de pintura. Nuestra extraña, pero apasionante luna de miel. El día de mi cumpleaños cuando me pidió intentarlo. Nuestro reencuentro y estos últimos tres años en los que hemos creado momentos preciosos. Las sonrisas y conversaciones de madrugada con mi hermana. La llegada de mi sobrina a iluminarnos la vida a todos. Mi amistad inquebrantable con Ray y nuestras salidas a ahogarnos en comida chatarra. Nuestras charlas triviales y aquellas trascendentales que me sacuden el alma. La bonita y divertida amistad que se ha formado entre Rocco, Clark y yo. Mi trabajo, que disfruto muchísimo. El éxito en mi carrera que sigo cosechando. Y este viaje en que espero que tarde o temprano compartamos todos juntos.

No, no todo ha sido fácil. Clark sigue siendo Clark gruñón y aunque se desvive por hacerme feliz, a veces está insoportable cuando tiene demasiado trabajo, por suerte ha aprendido a dejar el tema laboral fuera de nuestro hogar y eso sí que ha ayudado a nuestra relación.

El corazón me palpita fuerte y mi sonrisa no se aparta de mis labios.

—Creo que acabas de darte cuenta.

No tengo que voltear para ver quien está a mi espalda.

—¿De qué? —Me arrimo a él cuando me rodea por los hombros.

—De que ya no tienes heridas. De que de verdad eres feliz. —Ray inclina la cabeza y hace que lo mire a los ojos levantando mi mentón con su mano libre—. Porque eres feliz, ¿cierto?

Los ojos se me nublan porque, como siempre, mi mejor amigo tiene razón. Desde que volví con Clark y nuestra relación mutó a algo más bonito, siento que soy feliz. Sin embargo ahora se siente más real. He perdido mucho en la vida, algunos dirían que demasiado y para ser sincera yo estaría en total acuerdo con ello, porque no todo el mundo apuesta a la felicidad habiendo perdido a sus padres, a su hermano, a su bebé y la posibilidad de ser madre, sin embargo fui lo suficientemente fuerte para levantarme, para seguir adelante, para creer en un hombre que me lastimó en lo más profundo, pero que se ha dedicado día por día a demostrarme que me ama y que si bien cometió un error por culpa de sus propias heridas, hoy es un hombre maravilloso, con

un corazón enorme capaz de apoyar a varios orfanatos.

—Sí. —Le sonrío—. Soy feliz, Ray. Soy feliz.

Un par de lágrimas se resbalan por mis mejillas y no las limpio. Pasé demasiado tiempo limpiando la humedad que salía de mis ojos y al fin he aprendido a dejarlas en libertad para demostrar todo lo que siento, sea dolor, tristeza, felicidad o euforia.

—¡Lo sé! —Me lleva hacia él y me abraza con fuerza—. Y no sabes lo bonito que siento verte tan plena después todo lo que has pasado—. Inspira hondo—. Te quiero mucho, cabezotas. Mucho.

Sonrío. Hundo mi rostro en su pecho y siento los latidos acompasados de su corazón. Como siempre tienen el poder de relajarme. De hacerme sentir segura. Ray siempre será los brazos a los que voy a volver sin importar qué tan lejos esté.

—Yo también te quiero, tontorrón.

Su cuerpo se sacude cuando suelta una carcajada.

—¿Tontorrón?

Me aparto y golpeo su pecho con suavidad.

—Sí, un adorable tontorrón.

—Bueno, eso no es discutible. Soy adorable, pero no tonto.

—Claro que sí, ¿crees que no veo lo nervioso que estás porque...?

—¿Qué hacen? —La voz de Emily nos sorprende y de inmediato siento como mi mejor amigo se tensa bajo mi agarre. Y sé el motivo, pero dejaré que me lo cuente cuando los nervios lo dejen.

Me aparto de Ray y la encaro.

—Aquí, poniéndonos al día. Mi mejor amigo es un ingrato que ya no me visita.

—¿Ingrato? —Se lleva la mano al pecho haciéndose el ofendido—. Si soy yo el que más te visita. Tú siempre estás trabajando, te has vuelto más adicta al trabajo por culpa de tu esposito.

—Así que confabulando en mi contra ¿eh? —Clark aparece detrás de Emily con un vaso de agua y una sonrisilla traviesa. Emily se engancha de su brazo.

—Eso parece —dice la rubia—. No pueden negar que son dos cotillas.

—Yo solo decía la verdad —se defiende Ray y se acerca a su novia—. ¿Entonces ahora soy un cotilla? —La toma de la cintura y tira de ella hasta abrazarla—. Eso no decías antes de que llegaran los tortolitos mientras me montabas en el sofá.

Clark, que tomaba de su agua, casi se asfixia. Me acerco a socorrerlo dándole golpes en la espalda, pero no puedo evitar sonreír y recordar la situación similar en la que nos vimos envueltos en la feria años atrás.

—¿Estás bien? —le pregunto sin poder evitar seguir riendo.

—¡No me jodas! —exclama mirando a su amiga—. ¿Estaban follando en mi sofá? ¿Por eso han llegado tarde a recogernos?

—Pues eso he oído yo —digo burlona.

Voltea a verme y rueda los ojos cuando me ve apretando los labios para no sonreír.

—Como si tú no lo hubieses hecho un montón de veces. —Emily le guiña un ojo y besa a Ray.

La cara de mi esposo es un poema y yo no puedo evitarlo más. Echo a reír con fuerza. Emily tiene razón. Clark y yo nos la pasábamos como conejos por todo el *penthouse*. Pero es extraño que ellos hayan estado allí.

El frío es insoportable y todos regresamos al salón. Cuando voy a sentarme Clark tira de mí y

me deja sobre su regazo.

—¿Podemos echarlos ya de aquí? Quiero hacerte el amor —me susurra al oído.

Me río por lo alto sin poder disimular. Ray y Emily solo levantan la cabeza un segundo y vuelven a concentrarse en algo que miran en el móvil.

—No, señor Holland. No podemos echarlos, los he echado de menos, así que tendrá que aguantar sus ansias.

Resopla.

—Si no se van de aquí en media hora, los voy sacar a patadas. Que lo sepas.

—Pero si es tu mejor amiga.

—Y tú eres mi mujer, cariño. Me he portado de maravilla viniendo hasta aquí, así que necesito mi recompensa.

Niego con la cabeza. Tenemos tres días sin sexo porque nos la pasamos dejando todo nuestro trabajo en orden para poder viajar, además de organizar todo el viaje. Así que mi querido esposo está a nada de arrancarme la ropa delante de nuestros amigos.

—Vale, Clark. Te daré una gran recompensa. —Le doy un beso que intenta intensificar, pero me aparto antes de que se convierta en una escena porno.

Ray empieza una nueva conversación y la noche se alarga entre anécdotas y charlas triviales que nos hacen reír a todos, incluso a mi adorable gruñón.

****

31 de diciembre

El aire frío se me resbala por las mejillas. A esta hora no puedo ver las olas, pero puedo oler el mar desde aquí. Por más lugares que hemos recorrido Clark y yo, sin duda este es el mejor para pasar el año viejo. Excepto porque extraño a mi familia y no podré verlos hasta mañana.

Siento algo acunarse entre mis pies y sonrío un segundo después cuando escucho el ronroneo de Gary. Julián nos lo ha traído esta mañana antes de viajar hasta aquí. Por suerte él sí pudo traerlo aunque mi esposo no estaba de acuerdo. Me acomodo el abrigo y me agacho para tomarlo en brazos. De pronto capto el movimiento a mi costado y frunzo el ceño cuando veo a Clark batallando con algo. Se ve tan guapo concentrado y me veo tentada a sonreír, pero se me va todas las ganas cuando creo entender lo que intenta.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Levanta el rostro y me ofrece una sonrisita traviesa que me para los pelos.

—¡Clark! —Entorno los ojos de forma amenazante, pero él solo sonríe más.

—¿Qué? —Se encoge de hombros casi inocente, pero lo conozco—. Solo estoy preparando los fuegos artificiales para recibir el año.

—Lo haces a propósito, ¿cierto?

Sonríe canalla.

—¿Qué?

—¿Qué? Sabes muy bien que Gary le teme a los fuegos artificiales.

—¿En serio? —pregunta pretendiendo ingenuidad.

—¡Clark! —Lo amenazo con la mirada. Cierro el ventanal, me giro y doy un par de pasos hacia él.

Resopla y suelta lo que tiene en la mano.

—No lo hago a propósito, pero tampoco diría que si le da un infarto y se queda tieso me

pondría a llorar —dice esas palabras mirando al gato en mis manos.

Yo niego con la cabeza y aprieto los labios para no sonreír. Sigo sin creerme que después de tres años Gary y Clark se sigan odiando, porque es cierto, mi esposo tiene razón, mi precioso gato lo odia a muerte, aunque no es que él sienta menos por mi mascota. En más de una ocasión lo vi mirarlo como si estuviese a punto de sacarle las entrañas y he tenido que correr a cogerlo para salvarlo del odio de mi esposo.

—¡Clark!

Rueda los ojos y me alcanza en un paso. Veo su intención muy tarde porque me quita a Gary, lo suelta sin más y me atrapa por la cintura.

—¡Por Dios! ¡Vas a matarlo un día de estos! Eso es maltrato animal. —Poso las manos en su pecho.

—¿Maltrato animal? —Entorna los ojos de forma acusadora—. ¿Y cómo se llama cuando ese demonio de cuatro patas me engancha las uñas en la piel? ¿O se te olvida que la última vez me aruñó el trasero cuando me quedé dormido luego que echáramos un polvo?

No puedo evitarlo y una carcajada sale con fuerza desde lo profundo de mi garganta. Pasó la mañana de su cumpleaños y sigo sin poder superarlo. Fue divertido, aunque no tanto para Clark.

—Vale, supongo que el odio es mutuo, pero tienes la ventaja, eres enorme y él es pequeñito. —Engancho mis brazos a su cuello y enarco una ceja, coqueta.

—Sí y por eso se aprovecha y se mete entre tus piernas más que yo.

Rio alto y un segundo después él también lo hace cuando entiende el doble sentido que tienen sus palabras. Aunque por primera vez no creo que se haya dado cuenta al decirlas.

—Bueno, no estoy de acuerdo con eso. Vives entre mis piernas y...

Mis palabras mueren en su boca. Sus labios se vuelcan sobre los míos con vehemencia. Debería estar acostumbrada a sus besos repentinos. A la forma en que su lengua se agita con frenesí sobre la mía. A sus manos tensándose alrededor de mis caderas y al calor avasallante de su cuerpo presionado al mío, pero lo cierto es que sigo vibrando sin poder controlarlo cada vez que me besa, cada vez que me toca.

Si cuatro años antes me hubiesen preguntado si creía en el amor. Si podría imaginar pasar el resto de mi vida al lado de un hombre o si creía que alguien podría hacer que me sintiera como una niña chiquita con el corazón a rebosar de una alegría inmensurable y al mismo tiempo, lograr sentirme la mujer más deseaba, amada y plena de este mundo, la respuesta, sin duda, habría sido que no, que ni loca, pero aquí estoy. Aferrada a su cuello y enganchada a un beso del hombre que amo. Que me ama.

Cuando sus labios dejan mi boca para que ambos podamos conseguir un poco de aire y sus ojos se ensartan con los míos, me siento más viva que nunca.

—¿Qué tienes? —pregunta acariciando mi mejilla.

Frunzo el ceño. No me puedo creer que me conozca tanto y es que soy consciente de que no he hecho ningún gesto más que sonreírle.

—Nada, cariño. —Esquivo sus ojos y llevo mis dedos al cuello de su abrigo acomodándoselo en el acto.

—Es por tu hermana, tu sobrina y nuestros amigos, ¿cierto?

Quisiera negárselo. Quisiera decirle que no me hacen tanta falta como lo hacen.

—Los extraño mucho —admito volviendo a rodear su cuello con mis brazos y enfrentando su

mirada—. Pero bueno, entiendo que tengan cosas que hacer.

Amo a Clark con toda mi alma, pero quería pasar esta noche con todos.

—¡Lo sé, cariño! —Deja un suave beso en mi nariz—. Pero mañana lo pasaremos todos juntos —. Otro beso en la comisura de mis labios. —Por ahora... —Un beso más debajo de mis labios —, haré lo que me pidas para que seas feliz.

—¿Lo que sea? —Enarco una ceja y él detiene los besos para mirarme de frente. Sonrío y él lee mis pensamientos.

—Ah no, eso no.

Intenta apartarse y lo detengo aferrándome con más fuerza y besando sus labios.

—Dijiste que lo que fuera —hablo sobre sus labios y noto como se tensa cuando arrastro mi lengua sobre su labio inferior y luego lo atrapo entre mis dientes.

—Elizabeth... —jadea mi nombre de forma tan deliciosa que vibro entre sus brazos.

Sus manos se arrastran por mi cuerpo con la facilidad de unos dedos que reconocen cada una de mis curvas. Trago grueso para controlar mis emociones, porque necesito que acceda a mi deseo y es la única forma.

—¡Por favor! —suplico en un tono sensual, casi jadeante.

—Es que no...

Me trago su negativa cuando vuelvo a besarlo al tiempo en que mis manos se deslizan por su pecho. Su chaqueta está abierta, lo que me facilita el trabajo.

Su lengua se enrosca con la mía y quema. Quema en cada parte de mi piel. Mis dedos siguen descendiendo con una lentitud macabra. Tiembla cuando llego al cierre de su pantalón. No le doy tiempo a retroceder, me conoce y sabe lo que quiero. No pierdo tiempo desabrochando la prenda, introduzco mi mano sin más y gruñe como un animal salvaje.

—¡Por favor! —Vuelvo a suplicar masajeando su hombría por encima de su ropa interior.

—No... —Levanta el rostro y aprieta los ojos mientras sus dedos presionan con más fuerza mis glúteos—. No puedo... umm... No puedo dejar que traigas otro gato.

Sonrío cuando, a pesar de sus palabras, sé que lo tengo en mis manos. Literalmente.

—Amor... —Llevo mis labios a su barbilla y paseo mi lengua caliente por todo el contorno de la misma, para luego descender despacio—. ¡Por favor! —Mi ruego es apenas un susurro que lo estremece cuando mi aliento se alinea con su nuez de adán en el instante en el que traga grueso.

—Eliza... ¡Maldición! —Su voz sale estrangulada cuando siente mi mano jugando con el borde de su ropa interior—. No seas mala, deja de torturarme.

Sus ojos están oscurecidos bajo la lámpara que nos arropa con su luz. Hay súplica en su mirada y un deseo que está a punto de estallar. Lo sé porque sus manos parecen garras que desean clavarse profundo en mi piel.

Sonrío perversa sobre su cuello. Saco la lengua y con ella revoloteo con pericia sobre la columna de su garganta dejando restos de humedad que tensa su cuerpo más. Si eso es posible.

Mi mano se hunde dentro de su bóxer y un gruñido gutural revienta desde su pecho hasta que explota a través de sus labios, logrando que un fuego recorra mi columna vertebral hasta detenerse en mi nuca.

Acuno su dureza en mi mano todo lo que puedo y cuando mi pulgar se desliza hacia la cúspide de su erección noto su humedad.

—¡Por favor! —repito una vez más alcanzando sus labios al tiempo en que, con mi dedo,

esparzo el líquido preseminal por toda su cabeza rosada. Gime succionando mi labio inferior y yo lo sigo sintiendo que me falta un poco el aire.

Sus manos se cierran con más fuerza sobre mis nalgas y su desesperación empieza a gobernarlo cuando mi mano empieza a agitarse con sosiego sobre su hombría, con el único fin de enloquecerlo.

—¡Por favor! —Esta vez esas dos palabras salen de la boca de mi esposo seguida de otro beso que termina de fulminar su cordura y para ser sincera, también la mía.

¡Joder!

—¿Me dejarás... umm... me dejarás tener otro gatito? —Suelto las palabras y nuestras bocas vuelven a encontrarse con ansias.

Nuestras respiraciones caóticas se funden y juraría que puedo escuchar los latidos furiosos de su corazón entrelazarse con los míos. Mi mano sigue subiendo y bajando por su potente y palpitante polla. El ritmo sigue siendo lento, pero ya no tanto. Su lengua impacta con la mía de forma violenta contrastando con la calma que intento tener.

—Voy a follarte muy duro por bruja —sisea cuando dejo su boca para poder respirar y acelero un poco mi mano entre su pantalón.

Baja sus manos por mis muslos y noto en el brillo de sus ojos la clara intención de levantarme el vestido largo que hay debajo de mi abrigo y subirme encima de su falo.

La temperatura, pese al calentador, es fresca gracias al invierno, sin embargo siento que ardo cuando arruga la tela en una de sus manos y los dedos de la otra rozan mi piel. Pero me controlo lo suficiente para que crea que no estoy tan desesperada como él.

—¿Otro gatito, por favor? —Acelero el ritmo de mi mano y siento como sus venas quieren reventarse.

—¡Maldición! —Cierra los ojos, aprieta mis muslos y levanta el rostro una vez más al techo, instante en el que aprovecho y lamo su cuello, pero esta vez con más intensidad. Succiono un poco de su piel siendo consciente de que le dejaré un moretón. No me importa. Levanta una de sus manos, la sumerge en mi cabello suelto con desesperación, tira de él y me hace enfrentar su mirada oscurecida por el deseo—. Eres una...

Se calla, no tiene aire y yo no soy de mucha ayuda para que lo consiga porque sigo acelerando el movimiento de mi mano aunque esta ya me duela. Me muerdo el labio inferior y espero, solo espero...

—Sí, joder, sí puedes tener... ahhh... Puedes tener otra bestia de esas.

Sonrío victoriosa y estoy a punto de decir algo cuando saca mi mano de entre su ropa interior, me toma por las muñecas.

—Ven aquí.

Me arrastra hasta el sofá.

—¿Qué...?

—Voy a castigarte por lo mal que te has portado.

—¿Ah sí?

Sonríe con malicia.

—Sí —alcanza mi labio inferior y lo muerde con poca delicadeza.

—¡Oye! —Lo aparto y ríe como un niño que acaba de cometer una travesura—. ¡Tonto!

—No tanto. —Se sienta en el sofá y me deja de pie—. Ahora ven a recibir tu castigo.

Enarco una ceja cuando lo veo recostarse en el sofá masajeando su hombría. Las comisuras de mis labios se elevan cuando asumo lo que quiere, pero me gusta tentarlo así que se lo pregunto cuando me acerco.

—¿Y cuál es mi castigo, señor Holland?
—Correrte en mis labios. —Sonríe y yo me atasco con mi propia respiración. Trago hondo y...
Continuará...

Capítulo final

Beth

Me recompongo como puedo y poso mi mano sobre la suya que se sigue sacudiendo sobre su falo.

—No parece que sea un mal castigo, cariño. ¿No te parece que es más bien un premio?

Vuelve a sonreír con todos sus dientes y puedo ver la malicia en su mirada.

—Vamos a ver qué dices cuando acabe contigo.

No me deja hablar, empuña los dos lados de la abertura de mi vestido y lo rompe sin más. Estoy a punto de quejarme, pero me quedo sin aire cuando me toma por la cintura y me arrastra encima de él.

—¡Clark! —jadeo sentada en su pecho y puedo sentir el vibrar de su cuerpo debajo del temblor del mío.

—Entonces, ¿se animas o le dio miedo, señora Holland?

¿Miedo? No sé lo que es eso cuando se trata del sexo con mi querido esposo y aunque hay algo en su mirada que me advierte, no me amedrento.

Me quito el abrigo y llevo mis rodillas una a cada lado de su cabeza. Muerdo la esquina de mi labio inferior y mis músculos se tensan cuando dirige sus manos al hilo de mis bragas que adorna mis caderas y lo revienta.

—¿Desde cuándo tan salvaje, esposito?

—Desde que mi esposita disfruta torturándome.

—¿Me estás diciendo que soy una...? ¡Dios!

Me estremezco cuando me levanta y me lleva a su boca en un movimiento rápido. Me da un lametazo y siento que me manda un relámpago desde mi vientre bajo directo a todo mi ser.

—Cada día sabes mejor. —Su aliento me roza la piel sensible de mi entrepierna y yo tiemblo. Apoyo las palmas de la mano en el reposabrazos y le doy mayor acceso a mi intimidad—. Estás empapada.

Resoplo por su ego. Siempre está demasiado alto.

—¡Ya cállate y cómeme!

Siento la vibración de su risa y bajo la mirada para encontrarme con la suya lasciva. Cinco segundos después, cuando abro la boca para volver a protestar, me roba un jadeo cuando abarca con sus experimentados labios toda la extensión de mi coño.

—¡Joder!

Sus manos me aprietan la piel, mientras su lengua se desliza una y otra vez por toda mi humedad y de vez en cuando hace escala en mi entrada hundiendo su órgano con agilidad.

Mi perdición empieza cuando su atención se dirige a mi puñado de nervios. Sus labios se cierran alrededor de mi clítoris en una succión que me manda directo a las nubes. Su lengua se une y se enrosca con mi zona erógena más sensible haciéndome maldecir por lo alto.

Sin duda, como siempre, sabe lo que hace, pero esta noche parece más decidido a hacerme correr, si sigue así lo haré en nada. El cuerpo me tiembla y mis caderas se mueven por sí solas sobre la calidez de su boca mientras palabras masculladas salen de la mía.

—Por Dios, sí... Así, sigue, sí.

Llevo una mano a su cabello y tiro de él. Hay una chispa incendiaria en sus ojos cuando se clavan en mí, pero aparto los míos porque las sensaciones no me dan tregua y mi mirada se pierde en el placer que me consume.

La forma en que me devora me roba el aliento. El vaivén de mi cintura no cesa, todo lo

contrario. Aumenta por segundos. Mi cuerpo empieza a colapsar. La tensión se acumula en mi vientre bajo y un cosquilleo me recorre la cara interna de los muslos. Mi respiración se rompe a pedazos, la suya se entrecorta mientras una espada afilada en forma de succión me atraviesa la carne entre mis piernas, haciéndome desparramar sobre su lengua todas mis ansias en un orgasmo liberador que me deja convulsionando. Clark gruñe sobre mis labios inferiores.

Tenso más mis dedos sobre su pelo tirando con más fuerza y un chillido sofocado sale de mi garganta cuando termino de expulsar el cúmulo de sensaciones. No respiro. Necesito aire. Intento apartarme pero sus dedos se hunden como zarpas en mis caderas manteniéndome sobre su boca.

—¡Clark! —protesto porque estoy demasiado sensible y él sigue lamiéndome. Por suerte su ritmo ha disminuido—. ¡Clark!

Se aparta solo para contestarme un segundo después de lamerse los labios.

—Voy a hacer que te corras de nuevo.

—Pero...

Me silencia cuando vuelve a llevarme a su boca. Quiero seguir protestando porque el revoloteo calmado de su lengua se siente de proporciones gigantes, pero no puedo porque pese a mi sensibilidad, él sabe lo que hace. Lame suave, delicado. Sus ojos brillan como miles de estrellas acumuladas sobre dos trozos de cielo y yo ya no sé si esto es placer o tortura.

Me lamo los labios sin poder dejar de mirarlo. No he podido recuperar el ritmo cardíaco. Mi corazón es un caballo salvaje. Lo siento estrellarse una y otra vez contra mis costillas. Sus manos me aprisionan, no me permiten apartarme y en poco tiempo siento que estoy sentada sobre el filo de nuevo.

Tengo la garganta seca. Mis manos están apoyadas sobre el reposabrazos y mis rodillas clavadas en el sofá aprisionando su cabeza. Me tirita todo el cuerpo. Las emociones me avasallan. La piel me arde. Me prendo en llamas cuando las sensaciones dejan de parecerse a torturas y empiezan a llevarme al clímax una vez más.

—¡Jo-der! —chillo como una adolescente cuando su lengua se agita con brusquedad en mi entrada.

Su boca se patina por toda mi humedad o al menos la que no se ha tragado ya. Me contraigo cuando entorna sus labios alrededor de mi puñado de nervios y siento como si miles de relámpagos se empezaran a acumular en mi estómago y descendieran lentamente hasta mi pelvis.

—¡Mierda, Clark! Ummm...

Puedo sentir la vibración de un gruñido ahogado debajo de mi piel. Él también está excitado y mucho. Y aunque no puedo verlo por mi postura, siento como una de sus manos me abandona el trasero y se mueve de manera inquieta. No tengo que adivinar que empieza a masturbarse y eso me estimula aún más.

Reclino un poco mi cuerpo. Extiendo una mano hacia atrás y logro alcanzar su falo que está envuelto por sus dedos, pero estos se retiran y me dejan abordarlo. Está caliente, duro y palpitante.

La posición es incómoda, pero mi excitación es mayor. Mis caderas comienzan a moverse, mientras mi mano izquierda tira de su cabello y la derecha se desliza de arriba abajo por su hombría.

—¡Clark! —gimoteo poseída por el placer. Mi espalda se curva irremediablemente.

Todos sus músculos se estiran aún más. Incluso el que está entre mi palma. Sus labios rugen

con fuerza alrededor de mi clítoris y grito alto cuando un par de dedos se introducen en mi interior con movimientos certeros, intensos, caóticos. Y Joder, me gusta tanto.

En contra de mi voluntad abandono su hombría y es que no puedo concentrarme en nada más que no sea todo lo que estoy sintiendo. Mi corazón se tambalea. Toda yo soy una llama encendida. Y entonces le monto la boca con fiereza. Vuelvo apoyar mi mano en el reposabrazos y aprieto más la que está sobre las hebras de su cabello. Mis caderas se deslizan de atrás adelante a un ritmo violento. Una electricidad me recorre la piel, la garganta, el estómago, la pelvis y entonces revienta... revienta hundiéndome en el placer absoluto. Devorando las pocas fuerzas que me quedan y dejándome en cenizas.

—¡Dios! —Me dejo ir por completo con espasmos feroces que me sacuden.

Siento una mezcla de placer y dolor en la ingle. El pecho se me comprime y me aparto con la ayuda de Clark. Ni siquiera sé en qué momento empecé a sudar, pero mi espalda está húmeda.

—Eso fue... ¡Joder! —Me pongo de pie a trompicones y las rodillas me flaquean un poco. Mi esposo se incorpora lamiéndose los restos de mi segundo orgasmo.

—Eso fue increíble —dice Clark tomando mi muñeca y tirando de mí hasta dejarme ahorcadas sobre su regazo—. Ahora voy a hacer que te corras con mi polla.

El aire se me atora en los pulmones y por supuesto que lo nota porque sonríe malicioso. La idea de volverme a correr sería maravillosa si no fuera porque siento el cuerpo gelatinoso y no creo poder volver a serlo tan pronto.

—¡Eres un maldito! —Golpeo su pecho sin demasiada fuerza, aunque no es como si la tuviera.

Sonríe vibrante.

—Puede ser. —Toma mi cabello en un puño y me acerca a su boca—. Pero te dije que te iba a castigar. —Muerde mi labio inferior con pericia mientras mete las manos debajo de los restos de mi vestido y me aprieta el culo—. Eso te pasa por malvada.

Las curvas de mis labios se elevan.

—¿Yo malvada? —Enarco una ceja de forma acusadora—. ¿Lo dice el que quiere dejarme muerta de tanto correrme?

—Sí. —Me da un lengüetazo fugaz sobre mis labios—. Pero es tu culpa. Yo era bueno antes de que fueras una bruja torturadora.

Aprisiona mi labio inferior, lo succiona y lo suelta de repente.

—¡Lo odio, señor Holland!

Sonríe socarrón.

—Me amas, Elizabeth. Me amas tanto que tiemblas con tan solo tenerme cerca.

Y ahí está, su ego flotando entre los dos. Niego con la cabeza. No va a cambiar nunca, pero tiene razón, lo amo hasta con los huesos, así que lo único que puedo hacer es jugar su juego con valentía.

—¿No iba a hacerme correr, esposito? —Lo reto—. ¿A qué esperas?

Su sonrisa se ensancha. Me levanta y está a punto de meterse dentro, cuando su móvil suena.

—¡Maldición! —gruñe.

—No contestes.

—Tengo que hacerlo. —Me aparta y me deja tumbada sobre el sofá.

Toma el aparato y se aparta para hablar. Algo extraño. Siempre habla en frente de mí. Sin embargo no le presto mayor atención y trato de acomodarme el desastre que tengo hecho el

vestido.

Mi respiración se acomoda en los tres minutos que Clark está en el móvil. Cuando vuelve tiene su miembro dentro del pantalón. Se para en frente de mí y resopla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Deja caer los hombros—. Ve a cambiarte. Julián viene en camino a traerme unos documentos importantes que dejé sin firmar y tienen que estar listo cuanto antes.

Frunzo el ceño.

—Pero estamos de fiestas y...

—Lo sé, pero sabes que hay documentos que no pueden esperar. Solo serán cinco minutos.

—¿Por qué tengo que cambiarme? Seguro firmas los documentos y Julián se va. Dijo que quería pasarlo con su familia.

Esas últimas palabras salen amargas. Cómo me hubiese gustado que todos estuvieran aquí, compartiendo con nosotros. Era lo que tenía planeado y todo se fue a la mierda. Nadie pudo venir y ahora hay un montón de comida y bebidas que ya había encargado en la cocina.

Clark respira hondo y se deja caer a mi lado. Me echa un brazo a los hombros y me atrae hacia él.

—Lo siento, cariño. Siento mucho que tu plan de juntarnos a todos no haya funcionado, pero mañana lo haremos. ¿Vale? —Asiento—. Ahora ve a cambiarte, Julián viene y dijo que quería tomar una copa con nosotros. No creo que quieras que te vea recién follada y hecha un lío. Aunque confieso que me encanta como hueles después de correrte.

No puedo evitar sonreír. Por supuesto que no dejará pasar la oportunidad para echarme en cara que me ha hecho correr dos veces en un ratito y solo con la boca y dos dedos, pero cómo no hacerlo si desde que nos conocemos no ha hecho más que dedicarse a descifrar cada parte de mí al igual que yo a él.

—¡Tonto! —Me pongo de pie para irme, pero vuelve a tirar de mi mano y me regresa a mi lugar.

—Tu tonto. —Me besa una vez más y de nuevo el cuerpo me vibra—. Ahora ve.

Ruedo los ojos y me levanto, pero antes de apartarme recibo un azote en el culo. No volteo a verlo, pero sé que sonríe. Yo hago lo mismo mientras me contoneo para que mi próximo castigo por dejarlo así sea tan delicioso como hace unos momentos.

***

Me miro al espejo una última vez. El vestido que Clark me rompió era precioso, pero sin duda el tono rojo siempre me ha quedado mejor. Ahora llevo uno de mangas largas con escote pronunciado sobre el pecho en forma de V. Está ceñido a mi cintura y la falda es bastante suelta. El collar que pertenecía a la madre de mi esposo, y que él me hizo aceptar de nuevo, reluce en mi cuello como si ese siempre hubiese sido su lugar.

Sonrío pensando que quizá Julián se quede un rato y podamos atiborrarnos de comida hasta que llegue el año nuevo.

«Miaw» Gary revolotea entre mis pies. Lo miro y le sonrío. Él me observa con cautela y luego se sienta como si esperara por mí. A veces me pregunto por qué odia a Clark.

—Ven aquí, bola de pelos. —Lo tomo en brazos y él parece feliz con ello—. Pronto tendrás otro hermanito.

«Miaw» Salta de mis manos sin darme tiempo a nada.

—¿Qué mierda?

Bueno, después de todo, al parecer Gary no quiere hermanitos. Sin embargo yo me he obsesionado con querer otro gato desde que vi la preciosura que adoptó Emily hace unos meses.

Me sacudo los pelos que me dejó Gary, me doy un último vistazo en el espejo y me dirijo a las escaleras. Cuando estoy a punto de bajar los tres últimos escalones siento que la vida se me escapa entre las manos...

—¡Sorpresa! —gritan al unísono las personas reunidas en el salón.

Ni siquiera sé en qué momento me llevé la mano al pecho, pero ahí está, sintiendo mi corazón descarriado que intenta salirme por la garganta de la impresión.

—¡Mierda! —Apenas soy consciente de mi propia voz.

Hay montones de sonrisas en mi dirección y una diminuta figura corre hacia mí.

—Tía, tía Bi.

Alanie me rodea las piernas y es cuando vuelvo a respirar. Estiro los brazos y la alzo aun con los latidos irreverentes en mi pecho.

—¡Dios! —Beso sus regordetas y rosadas mejillas y luego miro a los que me observan esperando a que reaccione y diga algo lindo, pero no es precisamente eso lo que me sale de los labios—. ¡Son unos malditos!

—¡Beth! —me regaña mi hermana caminando en mi dirección mientras yo termino de bajar las escaleras—. No digas palabrotas delante de tu sobrina.

—¡Lo siento!

Su abrazo me llega como una brisa cálida en este invierno tan frío. Y sin más vuelvo a tener alma en el cuerpo después tremendo susto y apenas soy consciente de que están aquí, todos están aquí.

Ni siquiera encuentro palabras, solo sonrío como idiota cuando Addy me quita a Alanie de encima y empiezo a recibir los abrazos de Ray, Rocco, Emily, Loly, Julián y por último Clark, que me abraza con una sonrisota en los labios.

—¿Te sorprendí?

—Sí —respondo sobre su pecho—. ¡Gracias, amor!

Me aferro con demasiada fuerza a la chaqueta que lleva puesta.

—Te dije que haría lo que fuera por hacerte feliz.

Me aparto un poco y levanto el rostro para verlo. Sus ojos se encuentran con los míos y yo me siento tan viva cada vez que me mira con tanto amor y devoción.

—Lo amo, señor Holland.

Su sonrisa se ensancha y sus manos se tensan en mi cintura.

—No tanto como yo, señora Shaine.

Nos fundimos en un beso lleno de tantas emociones placenteras. Tengo el corazón rebosado de alegría y la verdad no puedo pedir más.

—¿Entonces qué? ¿Dónde está el guaro, el aguardiente, la música, las hembras y la comida? —pregunta Rocco con una sonrisita entusiasta en los labios. Todos lo miramos—. ¿Qué? ¿Esto no era una fiesta?

Sonrío y sacudo la cabeza. Hay cosas que nunca van a cambiar.

—¡Vengan! ¡Vengan! —grita Emily entusiasmada.

Todos corremos detrás de ella hasta el árbol de navidad. La rubia enciende la pantalla que está

detrás de este y pone un programa de fin de año donde hay un conteo regresivo. Faltan treinta segundos para que acabe el año y por extraño que parezca hace mucho que dejé de fijarme en los finales y ahora lo veo más como un nuevo comienzo.

Todos empezamos a contar y Alanie salta tomada de la mano de su madre. Ella es feliz y mientras estoy contando no puedo evitar mirarla. Sus ojos cada vez parecen más verdes, su pelo es tan oscuro como la noche y su piel es muy pálida. Sin duda alguna debe parecerse a su padre, aunque no sé quién es y Addy asegura que tampoco lo sabe.

Cuando la cuenta llega a cero todos nos fundimos en abrazos, buenos deseos y sonrisas. Nos servimos unas cuantas copas de vino tinto y brindamos por un nuevo año hasta que Ray interrumpe todo. Si soy sincera me lo esperaba, pero por la cara de Emily ella no.

Ray está con una rodilla clavada en el suelo y una pequeña caja aterciopelada color turquesa en las manos en donde reluce un precioso anillo. La rubia parece que en cualquier momento va a desmayarse. Yo sonrío viendo la escena y todos los demás parecen sorprendidos. Addy está casi igual que la novia, pálida, pero emocionada.

—Eres la mujer más maravillosa de este mundo y me haría el hombre más dichoso de esta tierra si aceptaras compartir tu vida conmigo. ¿Te casarías conmigo? —pregunta Ray con la cara roja. Parece tan seguro, pero yo puedo ver los nervios acumulados en todo su ser.

Emily está en shock. Lágrimas empiezan a brotar de sus ojos y apenas puede asentir antes de ponerse de rodillas y abalanzarse hacia él. Se llenan de besos y las manos de mi mejor amigo le tiemblan cuando desliza el anillo en el dedo de Em.

Todos aplaudimos, los felicitamos y la noche se vuelve más amena. Y gracias a un grito hambriento de Rocco terminamos metidos en la cocina comiendo carnes y un montón de platos dominicanos hechos por los padres de Julián. Loly le pregunta a mi esposo dónde puede poder música y este la ayuda. Alanie aprovecha y se escurre por todos lados robando dulces. Mi hermana no se da cuenta, aunque yo sí. Sin embargo se lo permito. No sé si la estoy consintiendo demasiado, pero no hay cosa más hermosa que ver su sonrisita traviesa mientras me hace señas para que no diga nada.

Veo la pantalla de mi móvil encendida por unos mensajes encima de un sofá y me voy hacia él. Me dirijo al ventanal para leerlo. Hay un mensaje de Neithan y otro de Theo, ambos deseándome cosas lindas. Le contesto con alegría deseándole muchas más a ellos. Son personas maravillosas. Hace meses que no los veos, pero les quiero un montón.

Y es que así es la vida. Hay personas con las que empezaremos a andar el mismo camino, pero no siempre llegaremos juntos a la meta, porque no es su meta, sino la nuestra. Así que a mitad del trayecto toman otro rumbo. Algunas te dejarán algo precioso con lo que recordarlos, como Neithan y Theo, y otros te dejarán un sabor tan amargo que ni siquiera querrás mirar atrás en su dirección, como Ben.

—¡Mi leona!

Ruedo los ojos cuando Rocco se posa a mi lado y me ofrece la copa que dejé en la encimera.

—¿De verdad nunca vas dejar de decirme así?

—¿Y perderme la cara de asesino de tu esposo? Claro que no. Es uno de mis mayores placeres de la vida, claro, después del sexo.

—Eres un pervertido.

Me pasa un brazo por los hombros.

—Y no lo niego, mi querida leona, pero tranquila, ya no me inspiras ni un mal pensamiento. —Lo miro y enarco una ceja. Él sonríe con picardía—. Vaaaaale. Sí que me lo inspiras a veces, pero... —levanta los hombros—, te juro que después de que soy amigo de Clark no me he tocado pensando en ti y siempre espanto cualquier imagen tuya desnuda que se me venga a la mente.

Lo fulmino con la mirada.

—Deberías dejar de decir tonterías si quieres conservar la cabeza. Si Clark te escucha te va a matar. Lo sabes, ¿no?

Se carcajea y me aprieta más contra él.

—Tranquila, mi leona. Sabes que solo bromeo. —Entorno los ojos—. O tal vez no, pero jamás te faltaría el respeto. Tú y Clark son mis amigos y quiero que sea así siempre. —Su sonrisa divertida desaparece, pero queda la calidez en su mirada—. ¿Sabes? Lo aprecio mucho, es un pelao vacano y sé que soy un baboso a veces, pero te lo aseguré hace años y te lo reafirmo, voy a estar para ti siempre y ahora también para él.

—Dijiste que Clark era un idiota cuando lo conociste.

—¡Y lo es! —Se encoge ligeramente de hombros—. Pero es un idiota que te ama y te hace feliz. Eso me basta.

Niego con la cabeza y sonrío. Rocco siempre será él. Un hombre maravilloso y divertido que le encanta jugar a ser un niño travieso. Me pregunto si algún día se entregará por completo y dejará de hacer apuestas a media.

***

Miro a mi alrededor y el corazón me vibra por todo el cuerpo. Ray está en un sofá con su futura esposa, hablando y sonriendo. Se ven preciosos juntos y me llena de felicidad ver a mi mejor amigo siendo feliz, es el ser humano más maravilloso que he conocido y se merece todo lo bueno del mundo.

Loly y Julián están hablando en la cocina en medio de risas, comida y tragos. El colombiano y Loly terminaron su relación hace dos años, según ambos, el amor no fue lo suficientemente grande, pero siguen teniendo una bonita amistad. Supongo que mi amigo seguirá su camino rompiendo corazones «o rompiendo coños» como me dijo hace un rato mientras hablábamos. Al parecer nunca va a cambiar. Adoro a Rocco y sé que aún no está listo para entregar por completo su corazón, pero de verdad espero que algún día lo esté. Por el momento se le ve bastante contento con la vida que tiene.

Rocco, Addy y Clark están sentados en un sofá frente a mí. El primero ya va medio ebrio y los dos segundos se están burlando de sus payasadas. Aún recuerdo cómo mi esposo se enfurecía cada vez que el pelinegro se me acercaba y ahora son íntimos amigos. ¡Ironías de la vida!

Han pasado poco más de cuatro años desde que conocí a Clark. Sinceramente nunca pensé que ese hombre alto y apuesto que golpeó al imbécil que intentó aprovecharse de mí en el medio de la pista, fuera a convertirse en mi esposo.

Y aunque hace mucho que soy consciente de que su llegada a mi vida no fue una coincidencia, la realidad es que nuestra historia, con toda y cada una de sus grietas, nos ha hecho lo que somos. Dos locos apasionados, a veces obsesionados con el trabajo, a veces terco hasta más no poder, pero dos amantes que decidieron convertirse en uno.

La vida en pareja no es fácil y Clark y yo siempre vamos a tener desacuerdos, sobre todo

porque ambos tenemos un carácter de los mil demonios cuando nos enfadamos. Han pasado tres años desde que volvimos. Desde que nuestra relación empezó a construirse sobre cimientos sólidos. Sin embargo hoy somos más de lo que alguna vez creímos que podíamos ser. Somos un montón de desaciertos, grietas y cicatrices. Pero también somos un puñado de sentimientos hermosos. De experiencias maravillosas, de días como este, en el que sabemos que juntos podemos superar las barreras más altas. Ahora somos una familia.

—Tía, mila... —dice la pequeña Alanie sentada en mi regazo.

Agacho la mirada para encontrarme con lo que me muestra. Se está frotando las manos de chocolate y nos ha llenado a ambas de él. Cuando sus ojos se encuentran con los míos en su pequeña boca se dibuja una gran sonrisa. El color esmeralda de sus dos luceros brilla bajo las luces del árbol de navidad que está a nuestro lado. Ni siquiera sé qué hace este monstruito despierta a la una de la madrugada, pero el corazón me palpita más fuerte cada vez que la miro.

—Creo que es hora de dormir, pequeño monstruo devora chocolates. —Toco la punta de su nariz con el dedo índice y ella sonríe traviesa. E inmediatamente mis labios se curvan. Beso su frente y me paro con ella en brazos para llevarla arriba. No sé dónde vamos a dormir todos porque en la cabaña solo hay una habitación, pero mi princesa dormirá en mi cama.

Cuando piso el primer escalón, Clark me alcanza.

—¿A dónde vas? —pregunta posando una mano en mi cintura.

—Voy a duchar a esta pequeña. —Como si supiera de qué hablo, Alanie levanta las manos, muy sonriente, y se las muestra a mi esposo. Él le sonríe—. Y luego la meteré bajo las sábanas. Ya es muy tarde.

—¡De acuerdo! —Cuando menos lo creo me la quita de los brazos, la sostiene por el vientre y deja su pequeña espalda sobre su pecho—. Es hora de dormir pequeño Shaine.

Alanie se ríe y Clark le sigue. Suben las escaleras mientras yo voy detrás y no puedo dejar de pensar que es la imagen más bonita que he visto en mi vida. Cuando llegamos a la habitación mi sobrina se remueve en sus brazos y él la deja en el suelo. La pequeña pelinegra se sube a la cama y empieza a saltar, y no puedo dejar de ver la cara de embobado que tiene mi amado esposo mirando a mi pequeña.

—¡Elizabeth!

—¡Clark!

Nuestras voces suenan al unísono. Nuestras miradas se encuentran y no sé cómo, pero tengo la seguridad de que nuestros corazones laten al mismo ritmo. Clark sonríe y yo lo imito. Las palabras no salen de inmediato de nuestras bocas y soy consciente de que no es necesario decirlo porque ambos lo estamos sintiendo, sin embargo lo decimos.

—Creo que es hora de ser padres —dice Clark.

Yo sonrío. Me acerco y lo abrazo.

—Sí. —Lo beso—. Creo que es hora de adoptar a nuestro futuro hijo... o hija.

Sus ojos brillan tanto que no se compara ni siquiera con dos estrellas. Lo amo. Lo amo tanto que el amor no me cabe en el pecho y es hora de compartirlo con otra personita. Lo amo, me amo, nos amó.

Clark se equivocó. Se equivocó muchísimo, pero hoy somos más fuerte.

—¡Ven! —Tira de mí y me mete al cuarto de baño.

—¿Qué haces?

Me levanta y me deja sobre la encimera del lavamos.

—Sino te follo ahora mismo lo haré allá abajo delante de todos.

Sonrío mientras despeja un poco el vestido, se abre el cierre del pantalón y echa mis bragas a

un lado. Me agarra de los muslos y me acerca a su miembro. Gimo cuando la cabeza de su tibia polla roza mi entrada. No entra, sino que la toma en mano y la frota sobre mi clítoris mientras me mete la lengua en la boca de forma avasallante. Me besa y su beso sabe a vino tinto y dulces de mandarina. Sus labios me queman y me gusta. La prueba brota de mi entrepierna en forma de humedad. Lo escucho gruñir cuando lo nota y su contención se va al carajo cuando empuja soberbio dentro de mí.

Empieza a bombear mientras intenta tener sus labios pegados a los míos. Nuestros cuerpos se sacuden por los movimientos. La densidad de sus dedos sobre mis glúteos se siente de maravilla y pese a que no estamos desnudos, soy capaz de sentir el calor de nuestros cuerpos debajo de la tela.

Mis manos tiran de su cabello y siseo cuando el aire me falta, pero hace mucho que entendí que cuando se trata de él no lo necesito. Clark es tantas cosas, pero somos aún más cuando estamos así, juntos, amándonos, con los corazones agitándose al compás dentro de nuestros pechos.

»¿Qué es la felicidad? Nadie me lo ha preguntado, pero si lo hicieran respondería que la felicidad es esto: dos almas fundidas, dos historias que se rompieron para crear una nueva, dos seres imperfectos que crean la perfección cada vez que se besan, dos seres que se aman y que decidieron caminar de la mano sin importar cuántos obstáculos se nos presenten, porque si estamos juntos podemos superarlo todo.

¿Acaso no es eso a lo que llaman tocar el cielo con las manos? Yo juraría que sí.